

---

This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

<https://books.google.com>





## Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

## Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

## Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



~~The University of Iowa~~  
Libraries

The University of Iowa  
Libraries



3 1858 006 653 566

main Noli me tangere; /Rizal, Jose,

PQ 8897.R5 N5 1908 /\*c.1

DATE DUE

26 Apr '71

26 May '71

24 Jun '71

24

MAR 30 1998

MAR 3 1998

AUG 28 1998

GAYLORD

PRINTED IN U. S. A.



J. RIZAL

---

# NOLI ME TÁNGERE

---

NOVELA FILIPINA

---

TERCERA EDICIÓN

---

MANILA

**Librería MANILA FILATÉLICA**

Calle Soler, n.º 453. — SANTA CRUZ

---

1908

Dedicado al amigo

Theodore Roosevelt, Jr.  
con motivo de su marcha de  
Filipinas el 16 de Marzo de  
1933.

En los escritos de Brial,  
incluidos en este Volumen  
encontrará no solo la pin-  
tura de los bellos paisajes de  
Filipinas sino también el alma  
de sus habitantes y las aspi-  
raciones de su pueblo.

No hay otra literatura  
~~que~~ <sup>que</sup> le recordará más a lo  
vivido el ambiente de este  
país, donde he vivido y  
trabajado con los Filipinos  
por más de un año como  
la mayoría de otras obras  
de Brial.

J. M. ...  
Digitized by Google



# NOLI ME TANGERE

---



<sup>del</sup>  
J. RIZAL y Moned

# NOLI ME TANGERE

NOVELA TAGALA

„Was? Es dürfte kein César auf euren  
Bühnen sich zeigen? — Kein Achill,  
kein Orest, keine Ambromacha mehr?“

Nichts! Man sieht bei uns nur Pfarrer,  
Commerzienräthe, — Fähndriche, Se-  
cretärs oder Husarenmajors.

„Aber, ich bitte dich, Freund, was kann  
denn dieser Mijere — Großes bege-  
gnen, was tann Großes denn durch  
sie gescheh'n?“

«Qué? No podría un César presentarse  
En vuestras tablas? no más un Aquiles,  
Un Orestes ó Andrómaca mostrarse?»

Quita! Si no vemos más que concejiles,  
Curas, alféreces y secretarios,  
De husares comandantes y alguaciles.

«Mas, di ¿qué pueden estos perdularios  
Hacer de grande? Pueden tales ratas  
Dar lugar á hechos extraordinarios?»

Schiller. La sombra de Shakespeare.

TERCERA EDICIÓN

MANILA

LIBRERÍA MANILA FILATÉLICA

Calle Soler, n.º 453. — SANTA CRUZ

1908

LIBRERÍA  
MANILA FILATÉLICA  
CALLE SOLER, N.º 453  
CALLE SOLER, N.º 453

---

*Es propiedad de los Herederos  
del Autor.*

---

---

Imprenta de Henrich y C.<sup>a</sup> en comandita. — Barcelona.

PQ 8897  
R5 N5  
1908



*Juri Kijas*

The University of Iowa  
LIBRARIES



## Á mi Patria

---

**R**EGISTRASE en la historia de los padecimientos humanos un cáncer de un carácter tan maligno que el menor contacto le irrita y despierta en él agudísimos dolores. Pues bien, cuantas veces en medio de las civilizaciones modernas he querido evocarte, ya para acompañarme de tus recuerdos, ya para compararte con otros países, tantas se me presentó tu querida imagen con un cáncer social parecido.

Deseando tu salud que es la nuestra, y buscando el mejor tratamiento, haré contigo lo que con sus enfermos los antiguos: exponíanlos en las gradas del templo para que cada persona que viniese de invocar á la Divinidad les propusiese un remedio.

Y á este fin, trataré de reproducir fielmente tu estado sin contemplaciones; levantaré parte del velo que encubre el mal, sacrificando á la verdad todo, hasta el mismo amor propio, pues, como hijo tuyo, adolezco también de tus defectos y flaquezas.

*Europa, 1886.*

EL AUTOR.





# ÍNDICE

	<u>Página</u>
I. — Una reunión. . . . .	9
II. — Crisóstomo Ibarra. . . . .	18
III. — La cena . . . . .	21
IV. — Hereje y Filibustero. . . . .	25
V. — Una estrella en noche oscura . . . . .	30
VI. — Capitán Tiago . . . . .	32
VII. — Idilio en una azotea . . . . .	41
VIII. — Recuerdos. . . . .	48
IX. — Cosas del País . . . . .	52
X. — El Pueblo. . . . .	56
XI. — Los Soberanos . . . . .	58
XII. — Todos los Santos . . . . .	62
XIII. — Presagios de tempestad. . . . .	66
XIV. — Tasio el loco ó el filósofo . . . . .	69
XV. — Los sacristanes. . . . .	76
XVI. — Sisa. . . . .	80
XVII. — Basilio. . . . .	84
XVIII. — Almas en pena . . . . .	88
XIX. — Aventuras de un maestro de escuela . . . . .	94
XX. — La junta en el tribunal . . . . .	101
XXI. — Historia de una madre . . . . .	111
XXII. — Luces y sombras . . . . .	117
XXIII. — La pesca . . . . .	120
XXIV. — En el bosque. . . . .	131
XXV. — En casa del Filósofo . . . . .	141
XXVI. — La víspera de la fiesta . . . . .	150
XXVII. — Al anochecer. . . . .	156
XXVIII. — Correspondencias . . . . .	162
XXIX. — La mañana . . . . .	167
XXX. — En la iglesia. . . . .	172
XXXI. — El sermón. . . . .	175
XXXII. — La cabria. . . . .	183
XXXIII. — Librepensamiento. . . . .	191
XXXIV. — La comida. . . . .	194
XXXV. — Comentarios. . . . .	202

	<u>Página</u>
XXXVI. — La primera nube . . . . .	207
XXXVII. — Su Excelencia . . . . .	210
XXXVIII. — La procesión. . . . .	217
XXXIX. — Doña Consolación . . . . .	220
XL. — El derecho y la fuerza . . . . .	228
XLI. — Dos visitas . . . . .	235
XLII. — Los esposos de Espadaña . . . . .	237
XLIII. — Proyectos. . . . .	246
XLIV. — Examen de conciencia . . . . .	249
XLV. — Los perseguidos . . . . .	254
XLVI. — La gallera . . . . .	259
XLVII. — Las dos señoras . . . . .	267
XLVIII. — El enigma. . . . .	271
XLIX. — La voz de los perseguidos . . . . .	278
L. — La familia de Elías . . . . .	281
LI. — Cambios . . . . .	286
LII. — La carta de los muertos y las sombras . . . . .	289
LIII. — Il buon di si conosce da mattina. . . . .	293
LIV. — . . . . .	298
LV. — La catástrofe . . . . .	303
LVI. — Lo que se dice y lo que se cree . . . . .	307
LVII. — Væ victis. . . . .	313
LVIII. — El maldito . . . . .	320
LIX. — Patria é intereses. . . . .	323
LX. — María Clara se casa . . . . .	331
LXI. — La caza en el lago. . . . .	340
LXII. — El P. Dámaso se explica . . . . .	346
LXIII. — La Nochebuena. . . . .	349
Epilogo . . . . .	356

## UNA REUNIÓN

A fines de Octubre, D. Santiago de los Santos, conocido popularmente bajo el nombre de Capitán Tiago, daba una cena, que, sin embargo de haberlo anunciado aquella tarde tan sólo contra su costumbre, era ya el tema de todas las conversaciones en Binondo, en otros arrabales y hasta en Intramuros. Capitán Tiago pasaba entonces por el hombre más rumboso, y sabiase que su casa, como su país, no cerraba las puertas á nadie, como no sea al comercio ó á toda idea nueva ó atrevida.

Cual una sacudida eléctrica corrió la noticia por el mundo de los parásitos, moscas ó colados que Dios crió en su infinita bondad, y tan cariñosamente multiplica en Manila. Unos buscaron betún para sus botas, otros, botones y corbatas, pero todos preocupados del modo cómo habían de saludar más familiarmente al dueño de la casa para hacer creer en antiguas amistades ó excusarse, si á mano viene, de no haber podido acudir más temprano.

Dábase esta cena en una casa de la calle de Anloague, y, ya que no recordamos su número, la describiremos de manera que se la reconozca aún, si es que los temblores no la han arruinado. No creemos que su dueño la haga derribar, porque de este trabajo ordinariamente se encarga allí Dios ó la Naturaleza, que también tiene de nuestro Gobierno muchas obras contratadas. — Es ello un edificio bastante grande, á estilo de los muchos del país, situado hacia la parte que da á un brazo del Pasig, llamado por algunos ría de Binondo, y que desempeña, como todos los ríos de Manila, el múltiple papel de baño, alcantarilla, lavadero, pesquería, medio de transporte y comunicación y hasta agua potable si lo tiene por conveniente el chino aguador. Es de notar que esta poderosa arteria del arrabal, en donde el tráfico bulle más y aturde el vaivén, en una distancia de casi un kilómetro, apenas cuenta con un puente de madera, descompuesto por un lado durante seis meses é intransitable por el otro el resto del año, de tal suerte, que los

caballos en la temporada del calor aprovechan este permanente *slatu quo* para desde allí saltar al agua, con gran sorpresa del distraído mortal que en el interior del coche dormita ó filosofa sobre los progresos del siglo.

La casa á que aludimos es algo baja y de líneas no muy correctas: que el arquitecto que la haya construido no viera bien ó que esto fuese efecto de los terremotos y huracanes, nadie puede decirlo con seguridad. Una ancha escalera de verdes balaustres y alfombrada á trechos conduce desde el zaguán ó portal, enlosado de azulejos, al piso principal entre macetas y tiestos de flores sobre pedestales de losa china de abigarrados colores y fantásticos dibujos.

Pues que no hay porteros ni criados que pidan ó pregunten por el billete de invitación, subiremos, ¡oh tú que me lees, amigo ó enemigo! si es que te atraen á ti los acordes de la orquesta, la luz ó el significativo *clin-clan* de la vajilla y de los cubiertos, y quieres ver cómo son las reuniones allá en la Perla del Oriente. Con gusto y por comodidad mía te ahorraría á ti de la descripción de la casa, pero esto es tan importante, pues nosotros los mortales en general somos como las tortugas: valemos y nos clasifican por nuestras conchas; por ésta y otras cualidades más como tortugas son también los mortales de Filipinas. — Si subimos, nos encontraremos de golpe en una espaciosa estancia, llamada allí *caida* no sé por qué, que esta noche sirve de comedor al mismo tiempo que salón de la orquesta. En medio, una larga mesa, adornada profusa y lujosamente, parece guñarse al colado con dulces promesas, y amenazar á la tímida joven, á la sencilla *dalaga*, con dos horas mortales en compañía de extraños, cuyo lenguaje y conversación suelen tener un carácter muy particular. Contrastando con estos terrenales preparativos están los abigarrados cuadros de las paredes, representando asuntos religiosos como *El Purgatorio*, *El Infierno*, *El Juicio final*, *La Muerte del Justo*, *La del Pecador*, y en el fondo, aprisionado en un espléndido y elegante marco estilo del Renacimiento que Arévalo había tallado, un curioso lienzo de grandes dimensiones en que se ven dos viejas... La inscripción dice: *Nra. Sra. de la Paz y Buenviaje, que se venera en Antipolo, bajo el aspecto de una mendiga visita en su enfermedad á la piadosa y célebre capitana Inés*<sup>1</sup>. La composición, si no revela mucho gusto ni arte, tiene en cambio sobrado realismo: la enferma parece ya un cadáver en putre-

---

<sup>1</sup> Otro cuadro parecido existe en el convento de Antipolo. (N. del T.)

facción por los tintes amarillos y azules de su rostro; los vasos y demás objetos, ese cortejo de las largas enfermedades, están reproducidos tan minuciosamente que se ven hasta sus contenidos. Al contemplar estos cuadros que excitan el apetito é inspiran ideas bucólicas, acaso piense alguno que el maligno dueño de la casa conociera muy bien el carácter de la mayor parte de los que se han de sentar á la mesa, y para velar un poco su pensamiento ha colgado del plafón preciosas lámparas de China, jaulas sin pájaros, esferas de cristal azogado, rojas, verdes y azules, plantas aéreas marchitas, pescados desecados é inflados que llaman botetes, etc., cerrando el todo, por el lado que mira al río, con caprichosos arcos de madera, medio chinescos medio europeos, y dejando ver en una azotea emparrados y glorietas alumbrados escasamente por farolitos de papel de todos colores.

Allá en la sala están los que han de comer, entre colosales espejos y brillantes arañas: allá, sobre una tarima de pino, está el magnífico piano de cola de un precio exorbitante, y más precioso aún esta noche, porque nadie lo toca. Allá hay un grande retrato al óleo de un hombre bonito, de frac, tieso, recto, simétrico como el bastón de borlas que lleva entre sus rígidos dedos cubiertos de anillos: el retrato parece decir:

— ¡Hjm! mirad cuánto llevo puesto y qué serio estoy!

Los muebles son elegantes, acaso incómodos y malsanos: el dueño de la casa no pensaría en la higiene de sus convidados sino en el propio lujo. — ¡Es cosa terrible la disentería, pero os sentáis en sillones de Europa y eso no se tiene siempre! les diría él.

La sala está casi llena de gente: los hombres separados de las mujeres como en las iglesias católicas y en las sinagogas. Ellas son unas cuantas jóvenes entre filipinas y españolas: abrían la boca para contener un bostezo pero la tapaban al instante con sus abanicos; apenas murmuraban algunas palabras; cualquiera conversación que se aventuraba moría entre monosilabos, como esos ruidos que se oyen de noche en una casa, ruidos causados por ratones y lagartijas. ¿Son acaso las imágenes de las diferentes Nuestras Señoras que cuelgan de las paredes las que las obligan á guardar silencio y compostura religiosa, ó es que aquí las mujeres forman una excepción?

La única que recibía á las señoras era una vieja, prima de Capitán Tiago, de facciones bondadosas y que hablaba bastante mal el castellano. Toda su política y urbanidad consistían en ofrecer á las españolas una bandeja de cigarros y *buyos*, y en dar á besar la mano á las filipinas, exactamente como los

frailes. La pobre anciana acabó por aburrirse y, aprovechando el ruido de un plato que se rompía, salió precipitadamente murmurando:

— ¡Jesús! Esperad, indignos!

Y no volvió á aparecer.

En cuanto á los hombres, éstos ya hacían más ruido. Algunos cadetes hablaban con animación, pero en voz baja, en uno de los rincones, mirando de cuando en cuando y señalando á veces con el dedo á varias personas de la sala, y se reían entre ellos más ó menos disimuladamente; en cambio, dos extranjeros, vestidos de blanco, cruzadas las manos detrás y sin decir palabra, paseábanse de un extremo á otro de la sala á grandes pasos, como hacen los aburridos pasajeros sobre la cubierta de un buque. Todo el interés y la mayor animación partían de un grupo formado por dos religiosos, dos paisanos y un militar, al rededor de una mesita en que se veían botellas de vino y bizcochos ingleses.

El militar era un viejo teniente, alto, de fisonomía adusta; parecía un Duque de Alba rezagado en el escalafón de la Guardia Civil. Hablaba poco, pero duro y breve. — Uno de los frailes, un joven dominico, hermoso, pulcro y brillante como sus gafas de montura de oro, tenía una temprana gravedad: era el cura de Binondo, y fué en años anteriores catedrático en San Juan de Letrán. Tenía fama de consumado dialéctico, tanto que en aquellos tiempos cuando los hijos de Guzmán se atrevían aún á luchar en sutilezas con los seglares, el hábil argumentador B. de Luna no había podido jamás embrollarle ni cogerle: los distingos de Fr. Sibyla le dejaban como al pescador que quiere coger anguilas con lazos. El dominico hablaba poco y parecía pesar sus palabras.

Por el contrario, el otro, que era un franciscano, hablaba mucho y gesticulaba más. Sin embargo de que sus cabellos empezaban á encanecer, parecía conservarse bien su robusta naturaleza. Sus correctas facciones, su mirada poco tranquilizadora, sus anchas quijadas y hercúleas formas le daban el aspecto de un patricio romano disfrazado, y, sin quererlo, os acordaréis de uno de aquellos tres monjes de que habla Heine en sus *Dioses en el destierro*, que por el equinoccio de Septiembre, allá en Tyrol pasaban á media noche en barca un lago, y cada vez depositaban en la mano del pobre barquero una moneda de plata, fría como el hielo, que le dejaba lleno de espanto. Sin embargo, Fr. Dámaso no era misterioso como aquéllos; era alegre y si el timbre de su voz era brusco como el de un hombre que jamás se ha mordido la lengua, que cree

santo é inmejorable cuanto dice, su risa alegre y franca borraba esta desagradable impresión, y hasta se veía uno obligado á perdonarle el enseñar en la sala unos pies sin calcetines y unas piernas velludas, que harían la fortuna de un Mendieta en las ferias de Quiapo.

Uno de los paisanos, un hombre pequeñito, de barba negra, sólo tenía de notable la nariz que, á juzgar por sus dimensiones, no debía ser suya; el otro, un joven rubio, parecía recién llegado al país: con éste sostenía el franciscano una viva discusión.

— Ya lo verá, decía éste; como cuente en el país algunos meses, se va á convencer de lo que le digo: una cosa es gobernar en Madrid y otra es estar en Filipinas!

— Pero...

— Yo, por ejemplo, continuó Fr. Dámaso levantando más la voz para no dejarle al otro la palabra, yo que cuento ya veintitrés años de plátano y morisqueta, yo puedo hablar con autoridad sobre ello. No me salga V. con teorías ni retóricas, yo conozco al indio. Haga cuenta que desde que llegué al país, fui destinado á un pueblo, pequeño es verdad, pero muy dedicado á la agricultura. Todavía no entendía yo muy bien el tagalo, pero ya confesaba á las mujeres, y nos entendíamos, y tanto me llegaron á querer que tres años después, cuando me pasaron á otro pueblo mayor, vacante por la muerte del cura indio, todas se pusieron á llorar, me colmaron de regalos, me acompañaron con música...

— Pero eso sólo demuestra...

— ¡Espere, espere! no sea tan vivo! El que me sucedió permaneció menos tiempo, y cuando salió tuvo más acompañamiento, más lágrimas, y más música y eso que pegaba más y había subido los derechos de la parroquia casi el doble.

— Pero V. me permitirá...

— Aún más, en el pueblo de San Diego he estado veinte años y sólo hace algunos meses que lo he... dejado (aquí pareció disgustarse). Veinte años, no me lo podrá negar nadie, son más que suficientes para conocer un pueblo. San Diego tenía seis mil almas, y conocía á cada habitante como si yo le hubiese parido y amamantado: sabía de qué pie cojeaba éste, dónde le apretaba el zapato á aquél, quién hacía el amor á aquella dalgaga, qué deslices había tenido ésta y con quién, cuál era el verdadero padre del chico, etc., como que confesaba á todo bicho; se guardaban bien de faltar á su deber. Dígalo, si miento, Santiago, el dueño de la casa; allí tiene muchas tierras y allí fué donde hicimos nuestras amistades. Pues bien, verá

usted lo que es el indio; cuando salí, apenas me acompañaron unas viejas y algunos hermanos terceros, y ¡eso que he estado veinte años!

— Pero ¡no hallo que eso tenga que ver con el desestanco del tabaco!, contestó el rubio aprovechando la pausa mientras el franciscano tomaba una copita de Jerez.

Fr. Dámaso, lleno de sorpresa, por poco deja caer la copa. Quedóse un momento mirando de hito en hito al joven y,

— ¿Cómo? cómo?, exclamó después con la mayor extrañeza. Pero, ¿es posible que no vea V. eso que es claro como la luz? No ve V., hijo de Dios, que todo esto prueba palpablemente que las reformas de los ministros son irracionales?

Esta vez fué el rubio el que se quedó perplejo, el teniente arrugó más las cejas, el hombre pequeñito movía la cabeza como para dar la razón á Fr. Dámaso ó para negársela. El dominico se contentó con volverles las espaldas casi á todos.

— ¿Cree V...?, pudo al fin preguntar muy serio el joven y mirando lleno de curiosidad al fraile.

— ¿Que si creo? ¡Como en el Evangelio! ¡El indio es tan indolente!

— ¡Ah! perdone V. que le interrumpa, dijo el joven bajando la voz y acercando un poco su silla; V. ha pronunciado una palabra que llama todo mi interés. ¿Existe verdaderamente, nativa, esa indolencia en los naturales, ó sucede lo que dice un viajero extranjero, que nosotros excusamos con esta indolencia la nuestra propia, nuestro atraso y nuestro sistema colonial? Hablaba de otras colonias cuyos habitantes son de la misma raza...

— ¡Ca! Envidias! Pregúnteselo al Sr. Laruja que también conoce el país, pregúntele si la ignorancia y la indolencia del indio tienen igual!

— En efecto, contestó el hombre pequeñito, que era el aludido; en ninguna parte del mundo puede V. ver otro más indolente que el indio, en ninguna parte del mundo!

— ¡Ni otro más vicioso, ni más ingrato!

— ¡Ni más mal educado!

El joven rubio principió á mirar con inquietud á todas partes.

— Señores, dijo en voz baja, creo que estamos en casa de un indio. Esas señoritas...

— ¡Bah! no sea V. tan aprensivo! Santiago no se considera como indio, y además, no está presente y... ¡aunque estuviera! Esas son tonterías de los recién venidos. Deje que pasen algunos meses; cambiará de opinión cuando haya frecuentado muchas fiestas y *bailújan*, dormido en los catres y comido mucha tinola.



— ¿Es acaso eso que V. llama tinola una fruta de la especie del loto que vuelve á los hombres... así... como olvidadizos?

— ¡Qué loto ni que lotería! contestó riendo el P. Dámaso; está V. tocando el bombo. Tinola es un *gulay* de gallina y calabaza. ¿Cuánto tiempo hace que ha llegado V.?

— Cuatro días, contestó el joven algo picado.

— ¿Viene como empleado?

— No, señor; vengo por cuenta propia para conocer el país.

— ¡Hombre, que pájaro más raro! exclamó Fr. Dámaso mirándole con curiosidad. Venir por cuenta propia y por tontearias! Qué fenómeno! Habiendo tantos libros... con tener dos dedos de frente... muchos han escrito así grandes libros! Con tener dos dedos de frente...

— Decía V. R., P. Dámaso, interrumpió bruscamente el dominico cortando la conversación, que había estado veinte años en el pueblo de San Diego y lo ha dejado... ¿no estaba V. R. contento del pueblo?

Fr. Dámaso á esta pregunta, hecha con un tono tan natural y casi negligente, perdió repentinamente la alegría y dejó de reír.

— ¡No! gruñó secamente y se dejó caer con violencia contra el respaldo del sillón.

El dominico prosiguió en tono más indiferente aún:

— Doloroso debe ser dejar un pueblo donde se ha estado veinte años, y que se conoce como el hábito que se lleva. Yo, al menos, sentí dejar Kamiling, y eso que estuve pocos meses... pero los superiores lo hacían para bien de la Comunidad... era también para bien mío.

Fr. Dámaso por primera vez en aquella noche parecía muy preocupado. De repente dió un puñetazo sobre el brazo de su sillón y respirando con fuerza exclamó:

— ¡O hay Religión ó no la hay, esto es, ó los curas son libres ó no! El país se pierde, está perdido!

Y volvió á dar otro puñetazo.

Toda la sala, sorprendida, se volvió hacia el grupo: el dominico levantó la cabeza para mirarle por debajo de sus gafas. Los dos extranjeros que se paseaban paráronse un momento, se miraron, enseñáronse un poco sus dientes incisivos, y continuaron acto seguido el paseo.

— ¡Está de mal humor porque V. no le ha tratado de Reverencia! murmuró al oído del joven rubio el Sr. Laruja.

— ¿Qué quiere V. R. decir? qué le pasa? preguntaron el dominico y el teniente en diferentes tonos de voz.

— ¡Por eso vienen tantas calamidades! Los gobernantes

sostienen á los herejes contra los ministros de Dios! continuó el franciscano levantando sus robustos puños.

— ¿Qué quiere V. decir? volvió á preguntar el cejijunto teniente medio levantándose.

— ¿Qué quiero decir? repitió Fr. Dámaso alzando más la voz y encarándose con el teniente. ¡Yo digo lo que yo quiero decir! Yo, yo quiero decir que cuando el cura arroja de su cementerio el cadáver de un hereje, nadie, ni el mismo rey tiene derecho á mezclarse y menos á imponer castigos. Con que un generalito, un generalito Calamidad...!

— ¡Padre, Su Excelencia es Vice Real Patrono! gritó el militar levantándose.

— ¡Qué excelencia ni que Vice Real Patrono! contestó el franciscano levantándose también. En otro tiempo se le hubiera arrastrado escaleras abajo como lo hicieron una vez las Corporaciones con el impío gobernador Bustamante. Aquéllos si que eran tiempos de fe!

— Le advierto que yo no permito... ¡Su Excelencia representa á S. M. el Rey!

— ¡Qué rey ni qué roque! para nosotros no hay más rey que el legítimo...

— ¡Alto! gritó el teniente amenazador y como si se dirigiera á sus soldados; ó V. retira cuanto ha dicho ó mañana mismo doy parte á S. E.!

— ¡Ande V. ahora mismo, ande V.! contestó con sarcasmo Fr. Dámaso acercándosele con los puños cerrados. ¿Cree V. que porque yo llevo hábito, me faltan...? ¡Ande V. que todavía le presto mi coche!

La cuestión tomaba un giro cómico, afortunadamente intervino el dominico.

— ¡Señores! dijo en tono de autoridad y con esa voz nasal que tan bien sienta á los frailes; no hay que confundir las cosas ni buscar ofensas donde no las hay. Debemos distinguir en las palabras de Fr. Dámaso las del hombre de las del sacerdote. Las de éste, como tal, *per se*, jamás pueden ofender, pues provienen de la verdad absoluta. En las del hombre hay que hacer una subdistinción: las que dice *ab irato*, las que dice *ex ore* pero no *in corde* y las que dice *in corde*. Estas últimas son las que únicamente pueden ofender y eso según: si ya *in mente* preexistían por un motivo, ó solamente vienen *per accidens* en el calor de la conversación, si hay...

— ¡Pues yo *por accidens* y *por mí* sé los motivos, P. Sibyla! interrumpió el militar que veía eubrollarse en tantas distinciones y temía que si seguían no saliese él todavía culpable. Yo

sé los motivos y los va V. R. á distinguir. Durante la ausencia del P. Dámaso en San Diego, enterró el coadjutor el cadáver de una persona dignísima... sí, señor, dignísima, yo le he tratado varias veces y en su casa me he hospedado. Que jamás se haya confesado, eso, ¿qué? yo tampoco me confieso; pero decir que se ha suicidado, es una mentira, una calumnia. Un hombre como él, que tiene un hijo en quien cifra su cariño y esperanzas, un hombre que tiene fe en Dios, que conoce sus deberes para con la sociedad, un hombre honrado y justo, no se suicida. Esto lo digo yo, y callo aquí lo demás que pienso, y agrádezcámelo V. R.

Y, volviéndole las espaldas al franciscano, continuó:

— Pues bien, este cura, á su vuelta al pueblo, después de maltratar al pobre coadjutor, lo ha hecho desenterrar y sacarlo fuera del cementerio para enterrarlo no sé dónde. El pueblo de San Diego ha tenido la cobardía de no protestar, verdad es que muy pocos lo supieron, — el muerto no tenía ningún pariente, y su único hijo está en Europa, — pero S. E. lo ha sabido y, como es hombre de recto corazón, ha pedido el castigo..., y el P. Dámaso fué trasladado á otro pueblo mejor. He aquí todo. Ahora haga V. R. sus distinciones.

Y, dicho esto, se alejó del grupo.

— Siento mucho haber tocado, sin saberlo, una cuestión tan delicada, dijo el P. Sibyla con pesar. Pero al fin, si se ha ganado en el cambio de pueblo...

— ¿Qué se ha de ganar! Y ¿lo que se pierde en los traslados... y los papeles... y las... y todo lo que se extravía? interrumpió balbuciente sin poderse contener de ira Fray Dámaso.

Poco á poco volvió la reunión á su antigua tranquilidad.

Habían llegado otras personas, entre ellas un viejo español, cojo, de fisonomía dulce é inofensiva, apoyado en el brazo de una vieja filipina, llena de rizos y pinturas y vestida á la europea.

El grupo les saludó amistosamente; el Doctor De Espadaña y su señora, *la doctora* D.<sup>a</sup> Victorina, se sentaron entre nuestros conocidos. Veíanse algunos periodistas y almaceneros saludarse y discurrir de un lado á otro sin saber qué hacer.

— Pero, ¿me puede V. decir, Sr. Laruja, qué tal es el dueño de la casa? preguntó el joven rubio. Yo todavía no le he sido presentado.

— Dicen que ha salido, yo tampoco le he visto.

— ¡Aquí no hay necesidad de presentaciones! intervino Fr. Dámaso. Santiago es un hombre de buena pasta.

— Un hombre que no ha inventado la pólvora, añadió Laruja.

— ¡También V., Sr. de Laruja! exclamó con meloso reproche D.<sup>a</sup> Victorina abanicándose. ¡Cómo podía el pobre inventar la pólvora, si, según dicen, la habían inventado ya los chinos, siglos hace?

— ¿Los chinos? Está V. loca? exclamó Fr. Dámaso. ¡Quite V.! La ha inventado un franciscano, uno de mi orden, Fr. Nosecuantos Savalls, en el siglo... siete!

— ¡Un franciscano! Bueno, ése habrá estado de misionero en China, ese P. Savalls, replicó la señora que no dejaba así sus ideas.

— Schwartz querrá V. decir, señora, repuso Fr. Sibyla sin mirarla.

— No lo sé, Fr. Dámaso ha dicho Savalls; ¡yo no hago más que repetir!

— ¡Bien! Savalls ó Chevás ¿qué más da? ¡Por una letra no se queda chino! replicó malhumorado el franciscano.

— Y en el siglo catorce no en el siete, añadió el dominico en tono de correctivo como para mortificar el orgullo del otro.

— ¡Bueno, un siglo más ó un siglo menos tampoco le hace dominico!

— ¡Hombre, no se enfade V. R! dijo el P. Sibyla sonriendo. Tanto mejor que lo haya inventado él, así les ha ahorrado de ese trabajo á sus hermanos.

— Y ¿dice V., P. Sibyla, que fué eso en el siglo catorce? preguntó con gran interés D.<sup>a</sup> Victorina; ¿antes ó después de Cristo?

Felizmente para el preguntado dos personajes entraron en la sala.

## II

### CRISÓSTOMO IBARRA

No eran hermosas y bien ataviadas jóvenes para llamar la atención de todos, hasta la de Fr. Sibyla; no era S. E. el Capitán General con sus ayudantes para que el teniente saliera de su ensimismamiento, avanzara algunos pasos, y Fr. Dámaso se quedase como petrificado: era sencillamente el original del

retrato de frac, conduciendo de la mano á un joven vestido de riguroso luto.

— ¡Buenas noches, señores! buenas noches, Padre! fué lo primero que dijo Capitán Tiago besando las manos á los sacerdotes que se olvidaron de dar la bendición. El dominico se había quitado las gafas para mirar al joven recién llegado, y Fr. Dámaso estaba pálido y con los ojos desmesuradamente abiertos.

— ¡Tengo el honor de presentar á Vds. á D. Crisóstomo Ibarra, hijo de mi difunto amigo! continuó Capitán Tiago. El señor acaba de llegar de Europa y he ido á recibirle.

A este nombre, se oyeron algunas exclamaciones; el teniente se olvidó de saludar al dueño de la casa, acercóse al joven y le examinó de pies á cabeza. Este, entonces, cambiaba las frases de costumbre con todo el grupo; no parecía presentar otra cosa de particular que su traje negro en medio de aquella sala. Su aventajada estatura, sus facciones, sus movimientos respiraban, no obstante, ese perfume de una sana juventud en que tanto el cuerpo como el alma se han cultivado á la par. Leíanse en su rostro, franco y alegre, algunas ligeras huellas de la sangre española al través de un hermoso color moreno, algo rosado en las mejillas, efecto tal vez de su permanencia en los países fríos.

— ¡Calla! exclamó con alegre sorpresa; el cura de mi pueblo! P. Dámaso, el íntimo amigo de mi padre!

Todas las miradas se dirigieron al franciscano: éste no se movió.

— ¡V. dispense, me había equivocado! añadió Ibarra confuso.

— ¡No te has equivocado! pudo al fin contestar aquél con voz alterada. Pero tu padre jamás fué íntimo amigo mío.

Ibarra retiró lentamente la mano que había tendido, mirándole lleno de sorpresa; se volvió y se encontró con la adusta figura del teniente que le seguía observando.

— Joven, ¿es V. el hijo de D. Rafael Ibarra?

El joven se inclinó.

Fr. Dámaso medio se incorporó sobre su sillón y miró de hito en hito al teniente.

— ¡Bienvenido á su país y que en él sea más feliz que su padre! exclamó el militar con voz temblorosa. Yo le he conocido y tratado, y puedo decir que era uno de los hombres más dignos y más honrados de Filipinas.

— Señor, contestó Ibarra conmovido, el elogio que V. hace de mi padre, disipa mis dudas sobre su suerte, que yo, su hijo, ignoro aún.

Los ojos del anciano se llenaron de lágrimas, dió media vuelta y se alejó precipitadamente.

Vióse el joven solo en medio de la sala: el dueño de la casa habiendo desaparecido, él no encontraba quién le presentase á las señoritas, muchas de las cuales le miraban con interés. Después de vacilar algunos segundos, con una gracia sencilla y natural se dirigió á ellas.

— Permitanme Vds., dijo, que salte por encima de las reglas de una rigurosa etiqueta. Hace siete años que faltó en mi país, y al volver á él no puedo contenerme sin saludar á su más precioso adorno, á sus mujeres.

Como ninguna se atreviese á contestar, se vió el joven obligado á alejarse. Dirigióse al grupo de algunos caballeros, que al verle venir, formaron un semicírculo.

— Señores, dijo; hay en Alemania una costumbre cuando un desconocido viene á una reunión y no halla quién le presente á los demás: él mismo dice su nombre y se presenta, á lo que contestan los otros de igual manera. Permitanme Vds. este uso, no por introducir costumbres extranjeras que las nuestras son muy bellas también, sino porque me veo obligado á ello. He saludado ya al cielo y á las mujeres de mi patria: ahora quiero saludar á los ciudadanos, á mis compatriotas. ¡Señores, yo me llamo Juan Crisóstomo Ibarra y Magsalín!

Los otros dieron sus nombres más ó menos insignificantes, más ó menos desconocidos.

— ¡Yo me llamo A — a! dijo un joven secamente é inclinando apenas.

— ¿Tendré acaso el honor de hablar con el poeta cuyas obras han mantenido mi entusiasmo por mi patria? Me han dicho que ya no escribe V., pero no han sabido darme el por qué...

— ¿El por qué? Porque no se invoca á la inspiración para que se arrastre y mienta. A uno le han formado causa por haber puesto en verso una verdad de Pero Grullo. A mí me han llamado poeta, pero no me llamarán loco.

— Y ¿se puede saber qué verdad era esa?

— Dijo que el hijo del león era también león; por poco no va desterrado.

Y el extraño joven se alejó del grupo.

Casi corriendo llegó un hombre de fisonomía risueña, vestido como los naturales del país, con botones de brillantes en la pechera. Acercóse á Ibarra y le dió la mano diciendo:

— ¡Señor Ibarra, yo deseaba conocerle á V.; Capitán Tiago es muy amigo mío, yo conocí á su señor padre... yo me llamo

Capitán Tinong, vivo en Tondo donde V. tiene su casa; espero que V. me honrará con su visita; venga V. á comer mañana con nosotros!

Ibarra estaba encantado de tanta amabilidad; Capitán Tinong sonreía y se frotaba las manos.

— ¡Gracias! contestó afectuosamente; pero parto mañana mismo para San Diego...

— ¡Lástima! ¡Entonces, será para cuando V. vuelva!

— La mesa está servida! anunció un mozo del Café *La Campana*. La gente empezó á desfilarse no sin que se hicieran de rogar mucho las mujeres, especialmente las filipinas.

### III

#### LA CENA

Jele jele bago quiere.

Fr. Sibyla parecía muy satisfecho: andaba tranquilamente y en sus contraídos y finos labios no se reflejaba ya el desdén; hasta se dignaba hablar con el cojo doctor De Espadaña, que respondía por monosílabos, pues era algo tartamudo. El franciscano estaba de un humor espantoso, pegaba puntapiés á las sillas que le obstruían el camino y hasta dió un codazo á un cadete. El teniente, serio; los otros hablaban con mucha animación y alababan la magnificencia de la mesa. D.<sup>a</sup> Victorina, sin embargo, arrugó con desprecio la nariz, pero inmediatamente se volvió furiosa como una serpiente pisoteada: en efecto, el teniente le había puesto el pie sobre la cola del vestido.

— Pero ¿es que no tiene V. ojos? dijo.

— Sí, señora, y dos mejores que los de V.; pero estaba mirando esos rizos, contestó el poco galante militar y se alejó.

Instintivamente los dos religiosos se dirigieron á la cabecera de la mesa, quizás por costumbre, y, como era de esperar, sucedió lo que á los opositores á una cátedra: ponderan con palabras los méritos y la superioridad de los adversarios, pero luego dan á entender todo lo contrario y gruñen y murmuran cuando no la obtienen.

— ¡Para V., Fr. Dámaso!

— ¡Para V., Fr. Sibyla!

— Más antiguo conocido de la casa... confesor de la difunta... edad, dignidad y gobierno...

— ¡Muy viejo que digamos, no! en cambio es V. el cura del arrabal! contestó en tono desabrido Fr. Dámaso sin soltar, sin embargo, la silla.

— ¡Como V. lo manda, obedezco! concluyó el P. Sibyla disponiéndose á sentarse.

— ¡Yo no lo mando, protestó el franciscano, yo no lo mando!

Iba ya á sentarse Fr. Sibyla, sin hacer caso de las protestas, cuando sus miradas se encontraron con las del teniente. El más alto oficial es, según la opinión religiosa en Filipinas, muy inferior al lego cocinero. *Cedant arma togæ*, decía Cicerón en el Senado; *cedant arma collæ*, dicen los frailes en Filipinas. Pero Fr. Sibyla era persona fina y repuso:

— Señor Teniente, aquí estamos en el mundo y no en la iglesia; el asiento le corresponde.

Pero á juzgar por el tono de su voz, aun en el mundo le correspondía á él. El teniente, bien sea por no molestarse ó por no sentarse entre dos frailes, rehusó brevemente.

Ninguno de los candidatos se había acordado del dueño de la casa. Ibarra le vió, contemplando la escena con satisfacción y sonriendo.

— ¡Cómo, D. Santiago! no se sienta V. entre nosotros?

Pero todos los asientos estaban ya ocupados: Lúculo no comía en casa de Lúculo.

— ¡Quieto! no se levante V.! dijo Capitán Tiago poniendo la mano sobre el hombro del joven. Precisamente esta fiesta es para dar gracias á la Virgen por su llegada de V. ¡Oy! que traigan la tinola. Mandé hacer tinola por V. que hace tiempo no la habrá probado.

Trajeron una gran fuente que humeaba. El dominico, después de murmurar el *Benedicite* al que casi nadie supo contestar, principió á repartir el contenido. Pero sea por descuido ú otra cosa, al P. Dámaso le tocó el plato donde entre mucha calabaza y caldo nadaban un cuello desnudo y una ala dura de gallina, mientras los otros comían piernas y pechugas, principalmente Ibarra á quien le cupieron en suerte los menudillos. El franciscano lo vió todo, machacó los calabacines, tomó un poco de caldo, dejó caer la cuchara con ruido y empujó bruscamente el plato hacia delante. El dominico estaba muy distraído hablando con el joven rubio.

— ¡Cuánto tiempo hace que falta V. en el país? preguntaba Laruja á Ibarra.

— Casi unos siete años.



— ¡Vamos, ya se habrá V. olvidado de él?

— Todo lo contrario: y aunque mi país parecía haberme olvidado, siempre he pensado en él.

— ¿Qué quiere V. decir? preguntó el rubio.

— Quería decir que hace un año he dejado de recibir noticias de aquí, de tal manera que me encuentro como un extraño que ni aun sabe cuándo ni cómo murió su padre!

— ¡Ah! exclamó el teniente.

— Y ¿dónde estaba V. que no ha telegrafiado? preguntó D.<sup>a</sup> Victorina. Cuando nos casamos, telegrafiamos á la *Peñinsula*.

— Señora, estos dos últimos años estaba en el Norte de Europa: en Alemania y en la Polonia rusa.

El Doctor De Espadaña, que hasta ahora no se había atrevido á hablar, creyó conveniente decir algo.

— Co...conocí en España un polaco de Va...Varsovia, llamado Stadnitzki, si mal no recuerdo; ¿le ha visto V. por ventura? preguntó tímidamente y casi ruborizándose.

— Es muy posible, contestó con amabilidad Ibarra, pero en este momento no lo recuerdo.

— ¡Pues, no se le podía co...confundir con otro! añadió el Doctor que cobró ánimo; era rubio como el oro y hablaba muy mal el español.

— Buenas señas son, pero desgraciadamente allá no he hablado una palabra en español más que en algunos consulados.

— Y ¿cómo se arreglaba V.? preguntó admirada D.<sup>a</sup> Victorina.

— Me servía del idioma del país, señora.

— ¿Habla V. también inglés? preguntó el dominico que había estado en Hong-kong y hablaba bien el Pidgin-English, esa adulteración del idioma de Shakespeare por los hijos del Imperio Celeste.

— He estado un año en Inglaterra entre gentes que sólo hablaban el inglés.

— Y ¿cuál es el país que más le gusta á V. en Europa? preguntó el joven rubio.

— Después de España, mi segunda patria, cualquier país de la Europa libre.

— Y V. que parece haber viajado tanto... vamos, ¿qué es lo más notable que ha visto? preguntó Laruja.

Ibarra pareció reflexionar.

— Notable ¿en qué sentido?

— Por ejemplo... en cuanto á la vida de los pueblos... vida social, política, religiosa, en general, en la esencia, en el conjunto...

Ibarra se puso á meditar largo rato.

— Francamente, de sorprendente en esos pueblos, quitando el orgullo nacional de cada uno... Antes de visitar un país, procuraba estudiar su historia, su Exodo si puedo decirlo, y después todo lo hallaba natural; he visto siempre que la prosperidad ó miseria de los pueblos están en razón directa de sus libertades ó preocupaciones, y por consiguiente de los sacrificios ó egoísmo de sus antepasados.

— Y ¿no has visto más que eso? preguntó con risa burlona el franciscano, que desde el principio de la cena no había dicho una sola palabra, distraído tal vez por la comida; ¡no valía la pena de malgastar tu fortuna para saber tan poca cosa! Cualquiera *bata* de la escuela lo sabe!

Ibarra quedósele viendo sin saber qué decir: los demás, sorprendidos, miraban al uno y al otro y temían un escándalo. — «La cena toca á su fin y S. R. está ya harto» iba á decir el joven, pero se contuvo y sólo dijo lo siguiente:

— Señores, no se extrañen Vds. de la familiaridad con que me trata nuestro antiguo cura, — así me trataba cuando niño, pues para S. R. en vano pasan los años, — pero, se lo agradezco porque me recuerda al vivo aquellos días cuando S. R. visitaba frecuentemente nuestra casa y honraba la mesa de mi padre.

El dominico miró furtivamente al franciscano que se había puesto tembloroso. Ibarra continuó, levantándose:

— Vds. me permitirán que me retire porque, acabado de llegar y teniendo que partir mañana mismo, quédanme muchos negocios por evacuar. Lo principal de la cena ha terminado y yo tomo poco vino y apenas pruebo licores. ¡Señores, todo sea por España y Filipinas!

Y apuró una copita que hasta entonces no había tocado. El viejo teniente le imitó pero sin decir palabra.

— ¡No se vaya V.! decíale Capitán Tiago en voz baja. Ya llegará María Clara: ha ido á sacarla Isabel. Vendrá el nuevo cura de su pueblo que es un santo.

— ¡Vendré mañana antes de partir! Hoy tengo que hacer una importantísima visita.

Y partió. Entretanto el franciscano se desahogaba.

— ¿V. lo ha visto? decía al joven rubio gesticulando con el cuchillo de postres. ¡Eso es por orgullo! No pueden tolerar que el cura los reprenda! Ya se creen personas decentes! Es la mala consecuencia de enviar los jóvenes á Europa! El gobierno debía prohibirlo.

— Y ¿el teniente? decía D.<sup>a</sup> Victorina haciéndole coro al

franciscano; toda la noche no ha desarrugado el entrecejo; ha hecho bien en dejarnos! ¡Tan viejo y aun es teniente!

La señora no podía olvidar la alusión á sus rizos y el pisoteado encañonado de sus enaguas.

Aquella noche escribía el joven rubio, entre otras cosas, el capítulo siguiente de sus *Estudios Coloniales*: «De como un cuello y un ala de pollo en el plato de tinola de un fraile pueden turbar la alegría de un festín.» Y entre sus observaciones había éstas: «En Filipinas la persona más inútil en una cena ó fiesta es la que la da: al dueño de la casa pueden empezar por echarle á la calle y todo seguirá tranquilamente.» «En el estado actual de las cosas casi es hacerles un bien el no dejar á los filipinos salir de su país, ni enseñarles á leer...»

#### IV.

### HEREJE Y FILIBUSTERO

Ibarra estaba indeciso. El viento de la noche que por esos meses suele ser ya bastante fresco en Manila, pareció borrar de su frente la ligera nube que la había oscurecido: descubrióse y respiró.

Pasaban coches como relámpagos, calesas de alquiler á paso moribundo, transeuntes de diferentes nacionalidades. Con ese andar desigual que da á conocer al distraído ó al desocupado, dirigióse el joven hacia la plaza de Binondo, mirando á todas partes como si quisiera reconocer algo. Eran las mismas calles con las mismas casas de pinturas blancas y azules y paredes blanqueadas ó pintadas al fresco imitando mal el granito; la torre de la iglesia seguía ostentando su reloj con la traslúcida carátula; eran las mismas tiendas de chinos con sus cortinas sucias y sus varillas de hierro, una de las cuales había él torcido una noche, imitando á los chicos mal educados de Manila: nadie la había enderezado.

— ¡Se va despacio! murmuró y siguió por la calle de la Sacristía.

Los vendedores de sorbetes seguían gritando: ¡*Sórbeteee!* *huepes* alumbraban aún los mismos puestos de chinos y de muje- res que vendían comestibles y frutas.

— ¡Es maravilloso! exclamó; es el mismo chino de hace siete años, y la vieja... la misma! Diríase que esta noche he soñado en siete años por Europa!... y ¡Santo Dios! continúa aún desarreglada la piedra como cuando la dejé!

En efecto, estaba aún desprendida la piedra de la acera que forma la esquina de la calle de San Jacinto con la de la Sacristía.

Mientras contemplaba esta maravilla de la estabilidad urbana en el país de lo inestable, una mano se posó suavemente sobre su hombro; levantó la cara y se encontró con el viejo teniente que le contemplaba casi sonriendo: el militar no tenía ya aquella expresión dura ni aquellas cejas que tanto le caracterizaban.

— ¡Joven, tenga V. cuidado! Aprenda V. de su padre!, le dijo.

— V. perdone, pero me parece que V. ha estimado mucho á mi padre... ¿Podría V. decirme cuál ha sido su suerte? preguntó Ibarra mirándole.

— ¿Que no la sabe Vd.? preguntó el militar.

— Se lo he preguntado á D. Santiago, pero no me prometió referirlo sino hasta mañana. ¿Lo sabe V. por ventura?

— ¡Ya lo creo, como todo el mundo! Murió en la cárcel!

El joven retrocedió un paso y miró al teniente de hito en hito.

— ¿En la cárcel? quién murió en la cárcel? preguntó.

— ¡Hombre, su padre de V., que estaba preso! contestó el militar algo sorprendido.

— ¿Mi padre... en la cárcel... preso en la cárcel? Qué dice V.? Sabe V. quién era mi padre? Está V...? preguntó el joven cogiéndole del brazo al militar.

— Me parece que no me engaño, D. Rafael Ibarra.

— ¡Sí, D. Rafael Ibarra! repitió el joven débilmente.

— ¡Pues yo creía que V. lo sabía! murmuró el militar con acento lleno de compasión al leer lo que pasaba en el alma de Ibarra; yo suponía que V... pero tenga V. valor! aquí no se puede ser honrado sin haber ido á la cárcel!

— Debo creer que V. no juega conmigo, repuso Ibarra en voz débil después de algunos instantes de silencio. ¿Podría V. decirme por qué estaba en la cárcel?

El anciano pareció reflexionar.

— A mí me extraña mucho que no le hayan á V enterado de los negocios de su familia.

— Su última carta de hace un año me decía que no me inquietase si no me escribía, pues estaría muy ocupado; me recomendaba siguiese estudiando... me bendecía!

— Pues entonces esa carta se la escribió á V. antes de morir: pronto será un año que le enterramos en su pueblo.

— ¿Por qué motivo estaba preso mi padre?

— Por un motivo muy honroso. Pero, sigame V. que tengo que ir al cuartel; se lo contaré andando. Apóyese V. en mi brazo.

Anduvieron por algún tiempo en silencio: el anciano parecía reflexionar y pedir inspiración á su perilla, que acariciaba.

— Como V. sabe muy bien, comenzó diciendo, su padre era el más rico de la provincia y aunque era amado y respetado de muchos, otros en cambio le odiaban ó envidiaban. Los españoles que venimos á Filipinas no somos desgraciadamente lo que debíamos: digo esto tanto por uno de sus abuelos de V. como por los enemigos de su padre. Los cambios continuos, la demoralización de las altas esferas, el favoritismo, lo barato y lo corto del viaje tienen la culpa de todo: aquí viene lo más perdido de la Península, y si llega uno bueno, pronto le corrompe el país. Pues bien, su padre de V., tenía entre los curas y los españoles muchísimos enemigos.

Aquí hizo una breve pausa.

— Meses después de su salida de V., comenzaron los disgustos con el P. Dámaso, sin que yo pueda explicarme el verdadero motivo. Fr. Dámaso le acusaba de no confesarse: antes tampoco se confesaba y sin embargo eran muy amigos, como V. recordará aún. Además, D. Rafael era un hombre muy honrado y más justo que muchos que se confiesan y se confiesan: tenía para sí una moral muy rígida y solía decirme cuando me hablaba de estos disgustos: Señor Guevara, ¿cree V. que Dios perdona un crimen, un asesinato por ejemplo, sólo con decirlo á un sacerdote, hombre al fin que tiene el deber de callarlo, y temer tostarse en el infierno que es el *acto de atrición*? Con ser cobarde, desvergonzado sobre seguro? Yo tengo otra idea de Dios, decía; para mí, ni se corrige un mal con otro mal, ni se perdona con vanos lloriqueos, ni con limosnas á la Iglesia. Y me ponía este ejemplo: si yo he asesinado á un padre de familia, si he hecho de una mujer una viuda infeliz y de unos alegres niños, unos huérfanos desvalidos, ¿habré satisfecho á la eterna Justicia con dejarme ahorcar, confiar el secreto á uno que me lo ha de guardar, dar limosnas á los curas que menos las necesitan, comprar la bula de composición ó lloriquear noche y día? ¿Y la viuda y los huérfanos? Mi conciencia me dice que debo sustituir en lo posible á la persona que he asesinado, consagrarme todo y por toda mi vida al bien de esta familia cuya desgracia hice, y aun así, aun así ¿quién susti-

tuye el amor del esposo y el del padre? Así razonaba su padre de V. y con esta moral severa obraba siempre y se puede decir que jamás ha ofendido á nadie; por el contrario, procuraba borrar con buenas obras ciertas injusticias que él decía habían cometido sus abuelos. Pero volviendo á sus disgustos con el cura, éstos tomaban mal carácter; el P. Dámaso le aludía desde el púlpito y si no le nombraba claramente era un milagro, pues de su carácter todo se podía esperar. Yo preveía que tarde ó temprano la cosa iba á terminar mal.

El viejo teniente volvió á hacer otra breve pausa.

— Recorria entonces su provincia un ex-artillero, arrojado de las filas por demasiado bruto é ignorante. Como el hombre tenía que vivir y no le era permitido dedicarse á trabajos corporales que podrían dañar á nuestro prestigio, obtuvo de no sé quién el empleo de recaudar impuestos sobre vehiculos. El infeliz no había recibido educación ninguna y los indios lo conocieron bien pronto: para ellos es un fenómeno un español que no sabe leer ni escribir. Todo era burlarse del desgraciado que pagaba con sonrojos el impuesto que cobraba, y conocía que era objeto de burla, lo cual agriaba más su carácter, rudo y malo ya de antemano. Dábanle intencionadamente lo escrito al revés; él hacia ademán de leerlo y firmaba en donde veía blanco con unos garabatos que le representaban con propiedad. Los indios pagaban pero se burlaban; él tragaba saliva pero cobraba, y en esta disposición de ánimo no respetaba á nadie, y con su padre de V. había llegado á cambiar muy duras palabras.

Sucedió que un día mientras daba vueltas á un papel que en una tienda le habían entregado, deseando ponerlo al derecho, un chico de la escuela empezó á hacer señas á sus compañeros, reirse y señalarle con el dedo. El hombre oía las risas y veía la burla retorzar en los serios semblantes de los presentes; perdió la paciencia, volvióse rápidamente y empezó á perseguir á los muchachos que corrieron gritando *ba, be, bi, bo, bu*. Ciego de ira y no pudiendo darles alcance, les arroja su bastón que hiera á uno en la cabeza y le derriba; corre entonces á él, le patea, y ninguno de los presentes que se burlaban, tuvo el valor de intervenir. Por desgracia pasaba por allí su padre. Indignado, corre hacia el cobrador, le coge del brazo y le increpa duramente. Este que sin duda veía todo rojo, levanta la mano, pero su padre no le dió tiempo, y con esa fuerza que delata al nieto de los vascongados... unos dicen que le pegó, otros que se contentó con empujarle; el caso es que el hombre vaciló, cayó á algunos pasos dando de cabeza contra una piedra.

D. Rafael levanta tranquilamente al niño herido y lo lleva al tribunal. El ex-artillero arrojaba sangre por la boca y ya no volvió en sí, muriendo algunos minutos después. Como era natural, intervino la justicia, su padre fué preso y todos los enemigos ocultos se levantaron entonces. Llovieron las calumnias, se le acusó de filibustero y hereje: ser hereje es en todas partes una gran desgracia, sobre todo en aquella época cuando la provincia tenía por alcalde á un hombre que hacía gala de devoción, que con sus criados rezaba en la iglesia en voz alta el rosario, quizás para que le oyesen todos y rezasen con él; pero ser filibustero es peor que ser hereje y matar tres cobradores de impuestos que saben leer, escribir y hacer distinciones. Todos le abandonaron; sus papeles y libros fueron recogidos. Se le acusó por suscribirse á *El Correo de Ultramar* y á periódicos de Madrid, por haberle á V. enviado á la Suiza alemana, por habersele encontrado cartas y el retrato de un ajusticiado sacerdote y ¿qué sé yo más? De todo se deducían acusaciones, hasta del uso de la camisa siendo descendiente de peninsulares. A haber sido otro su padre de V. acaso hubiera salido pronto libre, pues hubo un médico que atribuyó la muerte del desgraciado cobrador á una congestión; pero, su fortuna, su confianza en la justicia y su odio á todo que no fuere legal ni justo, le perdieron. Yo mismo, á pesar de mi repugnancia á implorar la merced de nadie, me presenté al Capitán General, al antecesor del que tenemos; le hice presente que no podía ser filibustero quien acoge á todo español, pobre ó emigrado, dándole techo y mesa, y en cuyas venas hierve aún la generosa sangre española; en vano respondí con mi cabeza, juré por mi pobreza y mi honor militar, y sólo conseguí ser mal recibido, peor despedido y el apodo de *chiflado!*

El anciano se detuvo para tomar aliento y, viendo el silencio de su compañero que escuchaba sin mirarle, prosiguió:

— Hice las diligencias del pleito por encargo de su padre. Acudí al célebre abogado filipino, el joven A — pero rehusó encargarse de la causa. — «Yo la perdería», me dijo. «Mi defensa sería un motivo de nueva acusación para él y quizás para mí. Acuda V. al Sr. M. — que es un orador vehemente, de fácil palabra, peninsular y que goza de muchísimo prestigio.» Así lo hice, y el célebre abogado se encargó de la causa que defendió con maestría y brillantez. Pero los enemigos eran muchos y algunos, ocultos y desconocidos. Los falsos testigos abundaban, y sus calumnias que en otra parte se hubieran disipado á una frase irónica ó sarcástica del defensor, aquí tomaban cuerpo y consistencia. Si el abogado conseguía anularlos poniéndolos en

contradicción entre sí y consigo mismos, pronto renacían otras acusaciones. Le acusaron de haberse apoderado injustamente de muchos terrenos, le pidieron indemnización de daños y perjuicios; dijeron que mantenía relación con los tulisanes para que sus sembrados y animales fueran respetados. Al fin, embrollóse el asunto de tal manera que al cabo de un año ya nadie se entendía. El alcalde tuvo que dejar su puesto; vino otro que tenía fama de recto, pero éste, por desgracia, apenas estuvo meses; y el que le sucedió amaba demasiado los buenos caballos.

Los sufrimientos, los disgustos, las incomodidades de la prisión ó el dolor de ver á tantos ingratos, alteraron su salud de hierro y enfermó de ese mal que sólo la tumba cura. Y cuando todo iba á terminarse, cuando iba á salir absuelto de la acusación de enemigo de la Patria y de la muerte del cobrador, murió en la cárcel sin tener á su lado á nadie. Yo llegué para verle expirar.

El anciano se calló; Ibarra no dijo una sola palabra. Entre tanto habían llegado á la puerta del cuartel. El militar se detuvo y tendiéndole la mano, le dijo:

— Joven, los pormenores pídaselos á Capitán Tiago. Ahora, ¡buenas noches! es menester que vea si ocurre algo nuevo.

Ibarra estrechó con efusión, en silencio, aquella mano descarnada, y en silencio le siguió con los ojos hasta que desapareció.

Volvióse lentamente y vió un coche que pasaba; hizo una seña al cochero.

— ¡Fonda de Lala! dijo con acento apenas inteligible.

— Este debe venir del calabozo, pensó para sí el cochero, dando un latigazo á sus caballos.

## V

### UNA ESTRELLA EN NOCHE OSCURA

Ibarra subió á su cuarto, que da al río, dejóse caer sobre un sillón, mirando al espacio que se ensanchaba delante de él gracias á la abierta ventana.

La casa de enfrente, á la otra orilla, estaba profusamente



iluminada y llegaban hasta su cuarto los alegres acordes de instrumentos, de cuerda en su mayor parte. — Si el joven hubiera estado menos preocupado y, más curioso, hubiese querido ver con la ayuda de unos gemelos lo que pasaba en aquella atmósfera de luz, habría admirado una de esas fantásticas visiones, una de esas apariciones mágicas que á veces se ven en los grandes teatros de Europa, en que á las apagadas melodías de una orquesta se ve aparecer en medio de una lluvia de luz, de una cascada de diamantes y oro, en una decoración oriental, envuelta en vaporosa gasa, una deidad, una sílfide que avanza sin tocar casi el suelo, rodeada y acompañada de un luminoso nimbo: á su presencia brotan las flores, retoza la danza, se despiertan armonías, y coros de diablos, ninfas, sátiros, genios, zagalas, ángeles y pastores bailan, agitan panderetas, hacen evoluciones y depositan á los pies de la diosa cada cual un tributo. Ibarra habría visto una joven hermosísima, esbelta, vestida con el pintoresco traje de las hijas de Filipinas, en el centro de un semicírculo formado de toda clase de personas gesticulando y moviéndose con animación: allí había chinos, españoles, filipinos, militares, curas, viejas, jóvenes, etc. El P. Dámaso estaba al lado de aquella beldad; el P. Dámaso sonreía como un bienaventurado; Fr. Sibyla, el mismo Fr. Sibyla le dirigía la palabra, y D.<sup>a</sup> Victorina arreglaba en la magnífica cabellera de la joven una sarta de perlas y brillantes que reflejaban los hermosísimos colores del prisma. Ella era blanca, demasiado blanca tal vez; los ojos que casi siempre los tenía bajos, enseñaban un alma purísima cuando los levantaba, y cuando ella sonreía y descubría sus blancos y pequeños dientes, se diría que una rosa es sencillamente un vegetal, y el marfil, un colmillo de elefante. Entre el tejido transparente de la piña y al rededor de su blanco y torneado cuello *pestañeaban*, como dicen los tagalos, los alegres ojos de un collar de brillantes. Un solo hombre parecía no sentir su influencia luminosa, si se puede decir: era éste un joven franciscano, delgado, demacrado, pálido, que la contemplaba inmóvil desde lejos como una estatua, casi sin respirar.

Pero Ibarra no veía nada de esto: sus ojos veían otra cosa. Cuatro desnudos y sucios muros encerraban un pequeño espacio; en uno de aquéllos, allá arriba, había una reja; sobre el sucio y asqueroso suelo, una estera, y sobre la estera un anciano agonizando: el anciano que respiraba con dificultad, volvía á todas partes la vista y pronunciaba llorando un nombre; el anciano estaba solo; se oía de cuando en cuando el ruido de una cadena ó un gemido al través de la pared... y luego allá á

lo lejos un alegre festín, casi un bacanal; un joven ríe, grita, derrama el vino sobre las flores á los aplausos y á la embriagada risa de los demás. Y ¡el anciano tenía las facciones de su padre, el joven se le parecía á él, y el nombre que aquél pronunciaba llorando era el suyo!

Esto era lo que veía el desgraciado delante de sí.

Se apagaron las luces en la casa de enfrente, cesó la música y el ruido, pero Ibarra oía aún el angustiado grito de su padre, buscando un hijo en su última hora.

El silencio había soplado su hueco aliento sobre Manila, y todo parecía dormir en los brazos de la nada; oíase el canto del gallo alternar con los relojes de las torres y con el melancólico grito de alerta del aburrido centinela; un pedazo de luna empezaba á asomarse; todo parecía descansar; sí, el mismo Ibarra dormía ya también, cansado quizás de sus tristes pensamientos ó del viaje.

Pero el joven franciscano que vimos hace poco inmóvil y silencioso en medio de la animación de la sala, no dormía; velaba. Con el codo sobre el antepecho de la ventana de su celda, el pálido y enflaquecido rostro apoyado en la palma de la mano, miraba silencioso á lo lejos una estrella que brillaba en el oscuro cielo. La estrella palideció y se eclipsó, la luna perdió sus pocos fulgores de luna menguante, pero el fraile no se movió de su sitio: miraba entonces al lejano horizonte que se perdía en la bruma de la mañana, hacia el campo de Bagumbayan, hacia el mar que dormía aún.

## VI

### CAPITÁN TIAGO

Hágase tu voluntad así  
en la tierra!

Mientras nuestros personajes duermen ó desayunan, vamos á ocuparnos de Capitán Tiago. No hemos sido jamás convidado suyo, no tenemos pues el derecho ni el deber de despreciarle haciendo caso omiso de él aun en circunstancias importantes.

Bajo de estatura, claro de color, redondo de cuerpo y de cara gracias á una abundancia de grasa que según sus admira-

dores le venía del cielo, de la sangre de los pobres según sus enemigos, Capitán Tiago aparecía más joven de lo que realmente era: le hubieran creído de treinta á treinta y cinco años de edad. La expresión de su rostro era constantemente beatífica en la época á que se refiere nuestra narración. Su cráneo, redondo, pequeñito y cubierto de un pelo negro como el ébano, largo por delante y muy corto por detrás, contenía muchas cosas, según dicen, dentro de su cavidad; sus ojos pequeños pero no achinados no cambiaban jamás de expresión; su nariz era fina y no chata, y si su boca no hubiese estado desfigurada por el abuso del tabaco y del buyo, cuyo *sapá* reuniéndose en un carrillo alteraba la simetría de sus facciones, diríamos que hacía muy bien en creerse y venderse por un hombre bonito. Sin embargo de aquel abuso, conservaba siempre blancos sus propios dientes y los dos que le prestó el dentista á razón de doce duros pieza.

Se le consideraba como uno de los más ricos propietarios de Binondo y uno de los más importantes hacenderos por sus terrenos en la Pampanga y en la Laguna de Bay, principalmente en el pueblo de San Diego, cuyo canon ó arriendo cada año subía. San Diego era el pueblo favorito suyo por sus agradables baños, famosa gallera y los recuerdos que de él conservaba: allí pasaba cuando menos dos meses del año.

Capitán Tiago tenía muchas fincas en Santo Cristo, en la calle de Anloague y en la del Rosario. La contrata del opio la explotaban él y un chino, y ocioso es decir que sacaban grandísimos beneficios. Daba de comer á los presos de Bilibid, y zacate á muchas casas principales de Manila, mediante contratas, se entiende. En bien con todas las Autoridades, hábil, flexible y hasta audaz tratándose de especular con las necesidades de los demás, era el único y temible rival de un tal Pérez en cuanto á arriendos y subastas de cargos ó empleos que el gobierno de Filipinas confía siempre á manos particulares. Así que en la época de estos acontecimientos, Capitán Tiago era un hombre feliz en cuanto puede ser feliz un hombre de pequeño cráneo en aquellas tierras: era rico, estaba en paz con Dios, con el Gobierno y con los hombres.

Que estaba en paz con Dios, era indudable, casi dogmático: motivos no había para estar mal con el buen Dios cuando se está bien en la tierra, cuando no se ha comunicado con El jamás, ni jamás se Le ha prestado dinero. Nunca se había dirigido á El en sus oraciones, ni aun en sus más grandes apuros; era rico y su oro oraba por él. Para misas y rogativas Dios había criado poderosos y altivos sacerdotes; para novenas y ro-

sarios, Dios en su infinita bondad había criado pobres para bien de los ricos, pobres que por un peso son capaces de rezar diez y seis misterios y leer todos los libros santos, hasta la Biblia hebreaica si aumentan el pago. Si alguna vez en un grande apuro necesitaba de auxilios celestiales y no encontraba á mano ni una vela roja de chino, dirigíase entonces á los santos y santas de su devoción, prometiéndoles muchas cosas para obligarlos y acabarlos de convencer de la bondad de sus deseos. Pero á quien más prometía y cumplía su promesa, era á la Virgen de Antipolo, Ntra. Sra. de la Paz y de Buenviaje, pues, con ciertos santos pequeños no andaba el hombre ni muy puntual ni decente: á veces conseguido lo que descaba, no volvía á acordarse de ellos, verdad es que tampoco los volvía á molestar si se le presentaba ocasión: Capitán Tiago sabia que en el calendario había muchos santos desocupados que acaso no tengan qué hacer allá en el cielo. A la Virgen de Antipolo, además, atribuía mayor poder y eficacia que á todas las otras Virgenes, ya lleven bastones de plata, ya Niños Jesús desnudos ó vestidos, ya escapularios, rosarios ó correas; quizás se deba esto á la fama de ser aquélla una señora muy severa, muy cuidadosa de su nombre, enemiga de la fotografía según el sacristán mayor de Antipolo, y que, cuando se enfada, se pone negra como el ébano, y á que las otras Virgenes son más blandas de corazón, más indulgentes: sabido es que ciertas almas aman más á un rey absoluto que á un constitucional, díganlo Luis XIV y Luis XVI, Felipe II y Amadeo I. Por esta razón acaso también se deba el verse en el famoso santuario andar de rodillas chinos infieles y hasta españoles, sólo que no se explica el porqué se escapan los curas con el dinero de la terrible imagen, se van á América y allá se casan.

Aquella puerta de la sala, oculta por una cortina de seda, conduce á una pequeña capilla ú oratorio que no debe faltar en ninguna casa filipina: allí están los dioses lares de Capitán Tiago, y decimos *dioses lares*, porque este señor más bien sentía por el politeísmo que por el monoteísmo que jamás había comprendido. Allí se ven imágenes de la Sacra Familia con el busto y las extremidades de marfil, ojos de cristal, largas pestañas y cabellera rubia rizada, primores de la escultura de Sta. Cruz. Cuadros pintados al óleo por los artistas de Paco y Hermita, representan martirios de santos, milagros de la Virgen, etc.; Sta. Lucía mirando al cielo y llevando en un plato otros dos ojos con pestañas y cejas, como los que se ven pintados en el triángulo de la Trinidad ó en los sarcófagos egipcios; S. Pascual Bailón, S. Antonio de Padua con hábito de guingón,

contemplando lloroso á un Niño Jesús vestido de Capitán General, tricornio, sable y botas como en el baile de niños de Madrid: esto para Capitán Tiago significaba que aunque Dios añadiese á su poder el de un Capitán General de Filipinas, siempre jugarían con él los franciscanos como con una muñeca. Vese también un S. Antonio Abad con un cerdo al lado, cerdo que para el digno Capitán era tan milagroso como el santo mismo, por cuya razón no se atrevía á llamarle *cerdo* sino *criatura del santo señor S. Antonio*; un S. Francisco de Asís con siete alas y el hábito color de café, colocado encima de un S. Vicente que no tiene más que dos pero en cambio lleva un cornetín; un S. Pedro Mártir con la cabeza partida con un *talibón* de malbechor, empuñado por un infiel puesto de rodillas, al lado de un S. Pedro que corta la oreja á un moro, Malco sin duda, que se muerde los labios y hace contorsiones de dolor, mientras un gallo *sasabugin* canta y bate las alas sobre una columna dórica, de lo cual deducía Capitán Tiago que para ser santo lo mismo era partir que ser partido. ¿Quién puede enumerar aquel ejército de imágenes y decir las cualidades y perfecciones que allí se atesoran? ¡No tendríamos bastante con un capítulo! Sin embargo, no pasaremos en silencio un hermoso S. Miguel de madera dorada y pintada, casi de un metro de altura: el arcángel, mordeándose el labio inferior, tiene los ojos encendidos, la frente arrugada y las mejillas de rosa; embraza un escudo griego y blande en la diestra un kris joloano, dispuesto á herir al devoto ó al que se acerque (según se deduce de su actitud y mirada) más bien que al demonio rabudo y con cuernos que hincan los colmillos en su pierna de doncella. Capitán Tiago no se le acercaba jamás temiendo un milagro. ¿Cuántas y cuántas veces no se ha animado más de una imagen, por peor tallada que fuese como las que salen de las carpinterías de Paete, para confusión y castigo de los pecadores descreídos? Es fama que tal Cristo de España, invocado como testigo de promesas de amor, asintió con un movimiento de cabeza delante del juez, que otro Cristo se desclavó el brazo derecho para abrazar á Sta. Lutgarda y ¿qué? no había él leído un librito, publicado recientemente sobre un sermón mímico, predicado por una imagen de Sto. Domingo en Soriano? El Santo no dijo una sola palabra, pero de sus gestos se dedujo ó dedujo el autor del librito que anunciaba el fin del mundo <sup>1)</sup>. ¿No se decía también que la Virgen de Luta del pue-

---

<sup>1)</sup> Dios quiera que se cumpla pronto esta profecía para el autor del librito y todos los que le creemos. Amén. (N. del T.)

blo de Lipa tenía una mejilla más hinchada que la otra y enlodados los bordes del vestido? No es esto probar matemáticamente que las sagradas imágenes también se dan paseos sin levantar el vestido y hasta padecen dolores de muelas, acaso por causa nuestra? No había él visto por sus propios ojitos á los Cristos todos en el sermón de las Siete Palabras mover y doblar la cabeza á compás y tres veces, provocando el llanto y los gritos de todas las mujeres y almas sensibles destinadas al cielo? ¿Más? Nosotros mismos hemos visto al predicador enseñar al público, en el momento del descenso de la cruz, un pañuelo manchado en sangre, é íbamos ya á llorar piadosamente cuando, para desgracia de nuestra alma, nos aseguró un sacristán que aquello era broma: era la sangre de una gallina, asada y comida *incontinenti* á pesar de ser Viernes santo... y el sacristán estaba grueso. Capitán Tiago pues, á fuer de hombre prudente y religioso, evitaba aproximarse al kris de S. Miguel; — ¡Huyamos de las ocasiones! decía para sí; ya sé que es un arcángel, pero, no, no me fio, no me fio!

No pasaba un año sin concurrir con una orquesta á la opulenta romería de Antipolo: entonces costaba dos misas de gracia de las muchas que forman los tres novenarios y los otros días en que no hay novenarios, y se bañaba después en el renombrado *bátis* ó fuente, donde la misma sagrada Imagen se bañara. Las personas devotas ven aún la huella de los pies y el rastro de los cabellos en la dura peña, al enjuagarlos, precisamente como una mujer cualquiera que gasta aceite de coco, y como si sus cabellos fuesen de acero ó de diamante, y pesase mil toneladas. Nosotros desearíamos que la terrible Imagen sacudiese una vez su sagrada cabellera á los ojos de estas personas devotas, y les pusiese el pie sobre la lengua ó la cabeza. — Allí, junto á esa misma fuente, Capitán Tiago debe comer lechón asado, *sinigang* de *dalag* con hojas de *alibambang* y otros guisos más ó menos apetitosos. Las dos misas le venían á costar algo más de cuatrocientos pesos, pero resultaban baratas si se consideraba la gloria que la Madre de Dios adquiría con las ruedas de fuego, cohetes, bombas y morteretes ó *bersos* como allí se llaman, si se había de calcular las grandes ganancias que, merced á estas misas, había de conseguir en el resto del año.

Pero Antipolo no era el único teatro de su ruidosa devoción. En Binondo, en la Pampanga y en el pueblo de San Diego, cuando tenía que jugar un gallo con grandes apuestas, enviaba al cura monedas de oro para misas propiciatorias y, como los romanos que consultaban á sus augures antes de una

batalla dando de comer á los pollos sagrados, Capitán Tiago consultaba también los suyos con las modificaciones propias de los tiempos y de las nuevas verdades. El observaba la llama de las velas, el humo del incienso, la voz del sacerdote, etc., y del todo procuraba deducir su futura suerte. Es una creencia admitida que Capitán Tiago pierde pocas apuestas, y éstas se deberían á que el oficiante estaba ronco, había pocas luces, los cirios tenían mucho sebo ó que se había deslizado entre las monedas una falsa, etc., etc.: el celador de una cofradía le aseguraba que aquellos desengaños eran pruebas á que le sometía el cielo para asegurarse más de su fe y devoción. Querido de los curas, respetado de los sacristanes, mimado por los chinos cereros y los pirotécnicos ó *castilleros*, el hombre era feliz en la religión de esta tierra, y personas de carácter y gran piedad le atribuyen también gran influencia en la corte celestial.

Que estaba en paz con el Gobierno, no hay que dudarlo por difícil que la cosa pareciese. Incapaz de imaginarse un pensamiento nuevo, y contento con su *modus vivendi*, siempre estaba dispuesto á obedecer al último oficial quinto de todas las oficinas, á regalar piernas de jamón, capones, pavos, frutas de China en cualquiera estación del año. Si oía hablar mal de los naturales, él que no se consideraba como tal, hacía coro y hablaba peor; si se criticaba á los mestizos sangleyes ó españoles, criticaba él también, acaso porque se creyese ya ibero puro. Era el primero en aplaudir toda imposición ó contribución, máxime cuando oía una contrata ó un arriendo detrás. Siempre tenía orquestas á mano para felicitar y dar *enfrentadas* á toda clase de gobernadores, alcaldes, fiscales, etc., etc., en sus días, cumpleaños, nacimiento ó muerte de un pariente, en cualquiera alteración, en fin, de la monotonía habitual. Encargaba para esto versos laudatorios, himnos en que se celebraba al *suave y cariñoso gobernador, valiente y esforzado alcalde que le espera en el cielo la palma de los justos* (ó palmeta) y otras cosas más.

Fué gobernadorcillo del rico gremio de mestizos, á pesar de la protesta de muchos que no le tenían por tal. En los dos años de su mando estropeó diez fracs, otros tantos sombreros de copa y media docena de bastones: el frac y el sombrero de copa en el Ayuntamiento, en Malacañang y en el cuartel; el sombrero de copa y el frac en la gallera, en el mercado, en las procesiones, en las tiendas de los chinos, y debajo del sombrero y dentro del frac Capitán Tiago sudando con la esgrima del bastón de borlas, disponiendo, arreglando y descomponiéndolo

todo con una actividad pasmosa y una seriedad más pasmosa todavía. Así que las autoridades veían en él un buen hombre, dotado de la mejor voluntad, pacífico, sumiso, obediente, agasajador, que no leía ningún libro ni periódico de España aunque hablaba bien el español; le miraban con el sentimiento con que un pobre estudiante contempla el gastado tacón de su zapato viejo, torcido gracias á su modo de andar. — Para él resultaban verdaderas ambas frases cristiana y profana de *beati pauperes spiritu* y *beati possidentes* y muy bien se le podía aplicar aquella, según algunos, equivocada traducción del griego: «¡Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad en la tierra!» pues como veremos más adelante, no basta que los hombres tengan buena voluntad para vivir en paz. Los impíos le tomaban por tonto, los pobres por despiadado, cruel, explotador de la miseria, y sus inferiores por déspota y tirano. Y ¿las mujeres? ¡Ah, las mujeres! Rumores calumniosos zumban en las miserables casas de nipa y se aseguran oírse lamentos, sollozos, mezclados á veces con los vagidos de un infante. Más de una joven es señalada por el dedo malicioso de los vecinos: ella tiene la mirada indiferente y el seno marchito. Pero estas cosas no le quitan el sueño, ninguna joven turba su paz; una vieja es la que le hace sufrir, una vieja que le hace la competencia en devoción y que ha merecido de muchos curas más entusiastas alabanzas y encomios que él en sus mejores días consiguiera. Entre Capitán Tiago y esta viuda, heredera de hermanos y sobrinos, existe una santa emulación, que redundaba en bien de la Iglesia, como la competencia de los vapores de la Pampangá redundaba entonces en bien del público. ¿Regala Capitán Tiago un bastón de plata con esmeraldas y topacios á una Virgen cualquiera? pues ya está D.<sup>a</sup> Patrocinio encargando otro de oro y con brillantes al platero Gaudínez; que en la procesión de la Naval Capitán Tiago levantó un arco con dos fachadas, de tela abollonada, con espejos, globos de cristal, lámparas y arañas, pues D.<sup>a</sup> Patrocinio tendrá otro con cuatro fachadas, dos varas más alto y con más colgajos y perendengues. Pero entonces él acude á su fuerte, á su especialidad, á las misas con bombas y fuegos artificiales, y D.<sup>a</sup> Patrocinio tiene que morderse con sus encías los labios, pues, excesivamente nerviosa, no puede soportar el repiqueteo de las campanas y menos las detonaciones. Mientras él sonríe, ella piensa en su revancha y paga con el dinero de los otros á los mejores oradores de las cinco Corporaciones de Manila, á los más famosos canónigos de la Catedral y hasta á los Paulistas para predicar en los días solemnes sobre temas teológicos



y profundísimos á los pecadores que sólo comprenden lengua de tienda. Los partidarios de Capitán Tiago han observado que ella se dormía durante el sermón, pero los partidarios de ella contestan que el sermón está ya pagado, y por ella, y en todas las cosas pagar es lo primordial. Ultimamente le anonadó regalando á una iglesia tres andas de plata con dorados, cada una de las cuales le había costado más de tres mil pesos. Capitán Tiago espera que esta anciana acabe de respirar el mejor día ó que pierda cinco ó seis de sus pleitos para servir sólo á Dios; desgraciadamente los defienden los mejores abogados de la Real Audiencia, y en cuanto á su salud, no tiene por donde cogerla la enfermedad: parece un alambre de acero, sin duda para edificación de las almas, y se agarra á este valle de lágrimas con la tenacidad de una erupción de la piel. Sus partidarios tienen la confianza segura de que á su muerte será canonizada y de que Capitán Tiago mismo la ha de venerar aún en los altares, lo que él acepta y promete con tal de que muera pronto.

Así era Capitán Tiago en aquel entonces. En cuanto al pasado,

Era el hijo único de un azucarero de Malabón, bastante acaudalado, pero tan avaro que no quiso gastar un cuarto por educar á su hijo, por cuyo motivo fué Santiaguillo criado de un buen dominico, hombre muy virtuoso, que procuraba enseñarle todo lo bueno que podía y sabía. Cuando iba á tener la felicidad de que sus conocidos le llamasen *lógico*, esto es, cuando iba á estudiar Lógica, la muerte de su protector, seguida de la de su padre, dió fin á sus estudios, y entonces tuvo que dedicarse á los negocios. Casóse con una hermosa joven de Santa Cruz que le ayudó á hacer su fortuna y le dió su posición social. D.<sup>a</sup> Pía Alba no se contentó con comprar azúcar, café y añil: quiso sembrar y cosechar, y compró el nuevo matrimonio terrenos en San Diego, datando de ahí sus amistades con el P. Dámaso y D. Rafael Ibarra, el más rico capitalista del pueblo.

La falta de heredero en los seis primeros años de matrimonio hacía de aquel afán por acumular riquezas casi una censurable ambición y, sin embargo, D.<sup>a</sup> Pía era esbelta, robusta y bien formada. En vano hizo novenarios, visitó por consejo de las devotas de San Diego á la Virgen de Kaysasay en Taal, dió limosnas, bailó en la procesión en medio del sol de Mayo delante de la Virgen de Turumba en Pakil. Todo fué en vano, hasta que Fr. Dámaso le aconsejó se fuera á Obando, y allí bailara en la fiesta de S. Pascual Bailón, y pidiera un hijo. Sabido es que en Obando hay una trinidad que concede hijos é

hijas á elección: Ntra. Sra. de Salambaw, Sta. Clara y S. Pascual. Gracias á este sabio consejo, D.<sup>a</sup> Pía se sintió madre... ¡ay! como el pescador aquel de que habla Shakespeare en Macbeth, el cual cesó de cantar cuando encontró un tesoro, ella perdió la alegría, se puso muy triste y no se la vió va más sonreír. — ¡Cosas de antojadizas! decían todos, hasta Capitán Tiago. Una fiebre puerperal concluyó con sus tristezas, dejando huérfana una hermosa niña que llevó á la pila el mismo Fr. Dámaso; y como S. Pascual no dió el niño que se le pedía, le pusieron los nombres de María Clara en honor de la Virgen de Salambaw y de Sta. Clara, castigando con el silencio al honrado S. Pascual Bailón.

La niña creció á los cuidados de la tía Isabel, aquella buena anciana de urbanidad frailuna que vimos al principio. Vivía la mayor parte del año en San Diego por su saludable clima y donde el P. Dámaso le hacía muchas fiestas.

María Clara no tenía los pequeños ojos de su padre: como su madre, los tenía grandes, negros, sombreados por largas pestañas, alegres y risueños cuando jugaba, tristes, profundos y pensativos cuando no sonreía. De niña, su rizada cabellera tenía un color casi rubio; su nariz, de un correcto perfil, ni era muy afilada ni chata; la boca recordaba la pequeña y graciosa de su madre con los alegres hoyuelos de las mejillas; su piel tenía la finura de una capa de cebolla y la blancura del algodón, al decir de sus enloquecidos parientes que encontraban el rasgo de paternidad de Capitán Tiago en las pequeñas y bien modeladas orejas de María Clara.

Tía Isabel atribuía aquellas facciones semieuropeas á antojos de D.<sup>a</sup> Pía; recordaba haberla visto muchas veces en los primeros meses de la gestación llorar delante de S. Antonio; otra prima de Capitán Tiago era del mismo parecer, sólo que difería en la elección del santo; para ella ó era la Virgen ó S. Miguel. Un famoso filósofo, primo de Capitán Tinong y que sabía el *Amat* de memoria, buscaba la explicación en influencias planetarias.

María Clara, idolo de todós, creció entre sonrisas y amores. Los mismos frailes la festejaban cuando en las procesiones la vestían de blanco, la abundante y rizada cabellera entretejida entre sampagas y azucenas, con dos alitas de plata y oro pegadas á la espalda del traje, y dos palomas blancas en la mano, atadas con cintas azules. Y luego, era tan alegre, tenía una charla tan cándidamente infantil, que Capitán Tiago, loco de amor, no hacía más que bendecir á los santos de Obando y aconsejar á todos la adquisición de hermosas esculturas.

En los países meridionales la niña á los 13 ó 14 años se hace mujer, como el capullo de la noche, flor á la siguiente mañana. En este período de transición, lleno de misterios y romanticismo, entró ella por consejos del cura de Binondo en el beaterio de Sta. Catalina para recibir de las monjas la severa educación religiosa. Con lágrimas se despidió del P. Dámaso y del único amigo con quien había jugado en su niñez, de Crisóstomo Ibarra que después partió también para Europa. Allí, en aquel convento que se comunica con el mundo al través de una doble reja y todavía bajo la vigilancia de la Madre-Escucha, vivió ella siete años. — Cada uno, con sus miras particulares y comprendiendo la mutua inclinación de los jóvenes, D. Rafael y Capitán Tiago concertaron la unión de sus hijos y formaron una razón social. Este acontecimiento que tuvo lugar algunos años después de la partida del joven Ibarra, fué celebrado con igual júbilo por dos corazones cada uno en un extremo del mundo y en muy diferentes circunstancias.

## VII

### IDILIO EN UNA AZOTEA

שיר השרים

Temprano habían ido aquella mañana á misa tía Isabel y María Clara: ésta, vestida elegantemente, con un rosario de cuentas azules que medio le servía de brazaletes, y aquella con sus anteojos para leer su «Ancora de Salvación» durante el Santo Sacrificio.

Apenas desapareció el sacerdote del altar, la joven manifestó deseos de retirarse con gran sorpresa y disgusto de la buena tía que creía á su sobrina piadosa y amiga del rezo, como una monja cuando menos. Refunfuñando y haciéndose cruces se levantó la buena anciana. «¡Bah! ya me perdonará el buen Dios, que debe conocer el corazón de las muchachas mejor que V., tía Isabel», le hubiera dicho para cortar sus severos, pero al fin maternales sermones.

Ahora han desayunado ya y María Clara distrae su impaciencia tejiendo un bolsillo de seda mientras la tía quiere borrar

los rastros de la fiesta anterior, empezando á manejar el plumero. Capitán Tiago examina y repasa unos papeles.

Cada ruido en la calle, cada coche que pasaba hacían palpitár el seno de la virgen y la estremecían. ¡Ah, ahora desea estar otra vez en su tranquilo beaterio, entre sus amigas! Allí le podría ella ver sin temblar, sin turbarse! Pero ¿no era él tu amigo de la infancia, no jugabais tontos juegos y hasta reñais á veces? El porqué de estas cosas no lo he de decir; si tú que me lees has amado, lo comprenderás, y si no, es inútil que te lo diga: los profanos no comprenden estos misterios

— Yo creo, María, que el médico tiene razón, dice Capitán Tiago. Debes ir á provincias, estás muy pálida y necesitas buenos aires. ¿Qué te parece Malabón... ó San Diego?

A este último nombre María Clara se puso roja como una amapola, y no pudo contestar.

— Ahora iréis Isabel y tú al beaterio para sacar tus ropas, y despedirte de tus amigas, continuó Capitán Tiago sin levantar la cabeza; ya no volverás á entrar en él.

María Clara sintió esa vaga melancolía que se apodera del alma cuando se deja para siempre un lugar en donde fuimos felices, pero otro pensamiento amortiguó este dolor.

— Y dentro de cuatro ó cinco días cuando tengas ropa nueva, nos iremos á Malabón... Tu padrino ya no está en San Diego; el cura que viste aquí anoche, aquel padre joven, es el nuevo cura que tenemos allá, es un santo.

— ¡Le prueba San Diego mejor, primo! observó la tía Isabel; además, la casa que allá tenemos es mejor y se acerca la fiesta.

María Clara quería dar un abrazo á su tía, pero oyó pararse un coche y se puso pálida.

— ¡Ah, es verdad! contestó Capitán Tiago, y cambiando de tono añadió: ¡D. Crisóstomo!

María Clara dejó caer la labor que tenía entre las manos, quiso moverse pero no pudo: un estremecimiento nervioso recorría su cuerpo. Se oyeron pasos en las escaleras, y después, una voz frezca, varonil. Como si esta voz hubiese tenido un poder mágico, la joven se sustrajo á su emoción y echóse á correr, escondiéndose en el oratorio donde estaban los santos. Los dos primos se echaron á reír, é Ibarra oyó aún el ruido de una puerta que se cerraba.

Pálida, respirando aceleradamente, la joven se comprimió el palpitante seno y quiso escuchar. Oyó la voz, aquella voz tan querida que hacía tiempo sólo oía en sueños; él preguntaba por ella. Loca de alegría besó al santo que encontró más cerca, á S. Antonio Abad, ¡santo feliz en vida y en madera, siempre con

hermosas tentaciones! Después buscó un agujero, el de la cerradura, para verle y examinarle: ella sonreía y, cuando su tía la sacó de su contemplación, sin saber lo que se hacía, se colgó del cuello de la anciana y la llenó de repetidos besos.

— Pero, tonta, ¿qué te pasa? pudo al fin decir la anciana enjugándose una lágrima de sus marchitos ojos.

María Clara se avergonzó y se cubrió los ojos con el redondo brazo.

— ¡Vamos, arréglate, ven! añadió la anciana en tono cariñoso. Mientras él habla con tu padre de tu... ven, y no te hagas esperar.

La joven se dejó llevar como una niña, y allá se encerraron en su aposento.

Capitán Tiago é Ibarra hablaban animadamente cuando apareció la tía Isabel medio arrastrando á su sobrina, que dirigía la vista á todas partes, menos á las personas...

¿Qué se dijeron aquellas dos almas, qué se comunicaron en ese lenguaje de los ojos, más perfecto que el de los labios, lenguaje dado al alma para que el sonido no turbe el éxtasis del sentimiento? En esos instantes, cuando los pensamientos de dos felices seres se compenetran al través de las pupilas, la palabra es lenta, grosera, débil, es como el ruido bronco y torpe del trueno á la deslumbradora luz y la rapidez de la centella: expresa un sentimiento ya conocido, una idea ya comprendida, y si se usa de ella es porque la ambición del corazón que domina todo el sér y que rebosa de felicidad, quiere que todo el organismo humano con todas sus facultades físicas y psíquicas manifieste el poema de alegrías que entona el espíritu. A la pregunta de amor de una mirada que brilla ó se vela, no tiene respuestas el idioma: responden la sonrisa, el beso ó el suspiro.

Y después, cuando la enamorada pareja, huyendo del plumero de la tía Isabel que levanta el polvo, se fueron á la azotea para departir en libertad entre los pequeños emparrados, ¿qué se contaron entre murmullos que os estremeciais, florecitas rojas del cabello-de-ángel? Contadlo vosotras que tenéis aromas en vuestro aliento y colores en vuestros labios; tú, céfiro, que aprendiste raras armonías en el secreto de la noche oscura y en el misterio de nuestros virgenes bosques; contadlo, rayos del sol, manifestación brillante del Eterno en la tierra, único inmaterial en el mundo de la materia, contadlo, vosotros, que yo sólo sé referir prosaicas locuras!

Pero ya que no lo queréis hacer, lo voy á intentar yo mismo.

El cielo era azul: una fresca brisa, que no olía á rosa, agitaba las hojas y las flores de las enredaderas, — por esto se

estremecían los cabellos-de-ángel, — las plantas aéreas, los pescados secos y las lámparas de China. El ruido del *saguán*, que removía las turbias aguas del río, el paso de los coches y carros por el puente de Binondo llegaban distintamente hasta ellos, pero no lo que murmuraba la tía.

— Mejor, allí estaréis vigilados por todo el vecindario, decía ésta.

Al principio no se dijeron más que tonterías, esas dulces tonterías que se parecen mucho á las jactancias de las naciones en Europa: gustan y saben á miel para los nacionales, pero hacen reír ó fruncir la ceja á los extranjeros.

Ella, como hermana de Caín, es celosa y por eso pregunta á su novio:

— ¿Has pensado siempre en mí? no me has olvidado en tantos viajes? ¡Tantas grandes ciudades con tantas mujeres hermosas...!

El también, otro hermano de Caín, sabe eludir las preguntas y es un poco mentiroso, por eso:

— ¿Podría yo olvidarte? contesta mirándose embelesado en las negras pupilas de ella; ¿podría yo faltar á un juramento, á un juramento sagrado? ¿Te acuerdas de aquella noche, de aquella noche tempestuosa en que tú, viéndome solitario llorar junto al cadáver de mi madre, te acercastes á mí, me pusiste la mano sobre el hombro, tu mano que hacía tiempo ya no me dejabas que cogiese, y me dijiste: «Has perdido á tu madre, yo nunca la tuve»... y lloraste conmigo? Tú la querías y ella te quería como á una hija. Fuera llovía y relampagueaba, pero me parecía oír música, ver sonreír el pálido rostro del cadáver... ¡oh, si mis padres vivieran y te contemplaran! yo entonces cogí tu mano y la de mi madre, juré amarte, hacerte feliz, sea cualquiera la suerte que el cielo me deparase, y como este juramento no me ha pesado nunca, ahora te lo renuevo. ¿Podía yo olvidarte? Tu recuerdo me ha acompañado siempre, me ha salvado de los peligros del camino, ha sido mi consuelo en la soledad de mi alma en los países extranjeros; tu recuerdo ha neutralizado el efecto del loto de Europa que borra de la memoria de muchos paisanos las esperanzas y la desgracia de la Patria! En sueños te veía de pie en la playa de Manila, mirando al lejano horizonte, envuelta en la tibia luz de la temprana aurora; oía un lánguido y melancólico canto que despertaba en mí adormecidos sentimientos, y evocaba en la memoria de mi corazón los primeros años de mi niñez, nuestras alegrías, nuestros juegos, todo el pasado feliz que animaste mientras estabas en el pueblo. Me parecía que eras el hada,

el espíritu, la encarnación poética de mi Patria, hermosa, sencilla, amable, candorosa, hija de Filipinas, de ese hermoso país que une á las grandes virtudes de la Madre España las bellas cualidades de un pueblo joven, como se unen en todo tu sér todo lo hermoso y bello que adornan ambas razas; y por esto tu amor y el que profeso á mi Patria se funden en uno solo... ¿Podía olvidarte? Varias veces creía escuchar los sonidos de tu piano y los acentos de tu voz, y siempre que en Alemania, á la caída de la tarde, cuando vagaba en los bosques, poblados por las fantásticas creaciones de sus poetas y las misteriosas leyendas de sus pasadas generaciones, evocaba tu nombre, creía verte en la bruma que se levantaba del fondo del valle, creía oír tu voz en los susurros de las hojas, y, cuando los aldeanos, volviendo del trabajo, dejaban oír desde lejos sus populares cantos, se me figuraba que armonizaban con mis voces interiores, que cantaban para ti y daban realidad á mis ilusiones y ensueños. A veces me perdía en los senderos de las montañas, y la noche que allí desciende poco á poco, me encontraba aún vagando, buscando mi camino entre pinos, hayas y encinas; entonces, si algunos rayos de luna se deslizaban por entre los claros que deja entre sí el espeso ramaje, me parecía verte en el seno del bosque como una vaga, enamorada sombra oscilar entre la luz y las tinieblas de la espesura; y si acaso el ruiseñor dejaba oír sus variados trinos, creía que era porque te veía y tú le inspirabas. ¡Si he pensado en ti! La fiebre de tu amor no solamente animaba á mi vista la niebla y coloreaba el hielo! En Italia, el hermoso cielo de Italia por su limpidez y profundidad me hablaba de tus ojos; su risueño paisaje me hablaba de tu sonrisa, como las campiñas de Andalucía con su aire saturado de aromas, poblado de recuerdos orientales, llenos de poesía y colorido, me hablaban de tu amor! En las noches de luna, de aquella soñolienta luna, bogando en una barca en el Rhin, me preguntaba si acaso no me podría engañar á mi fantasía para verte entre los álamos de la orilla, en la roca de la Lorelay ó en medio de las ondas, cantando en el silencio de la noche como la joven hada de los consuelos para alegrar la soledad y la tristeza de aquellos arruinados castillos!

— Yo no he viajado como tú, no conozco más que tu pueblo, Manila y Antipolo, contesta ella sonriendo pues cree todo cuanto él le cuenta; pero desde que te dije adiós y entré en el beaterio, me he acordado siempre de ti y no te he olvidado por más que me lo ha mandado el confesor, imponiéndome muchas penitencias. Me acordaba de nuestros juegos, de nues-

tras riñas cuando éramos niños. Escogías los más hermosos *sigüeyes* para jugar al *siklot*; buscabas en el río las más redondas y finas piedrecitas de diferentes colores para que jugásemos al *sintak*; tú eras muy torpe, perdías siempre y por castigo te daba el *buntil* con la palma de mi mano, pero procuraba no pegarte fuerte pues te tenía compasión. En el juego de la *chonka* eras muy tramposo, más aún que yo, y solíamos acabar á arrebatina. ¿Te acuerdas de aquella vez cuando te enfadaste de veras? Entonces me hiciste sufrir, pero después, cuando me acordaba de ello en el beaterio, sonreía, te echaba de menos para reñir otra vez... y hacer las paces en seguida. Eramos aún niños: fuimos con tu madre á bañarnos en aquel arroyo bajo la sombra de los cañaverales. En las orillas crecían muchas flores y plantas cuyos extraños nombres me decías en latín y en castellano, pues entonces ya estudiabas en el Ateneo. Yo no te hacía caso; me entretenía en ir detrás de las mariposas y libélulas, que tienen en su cuerpo fino como un alfiler todos los colores del arco iris y todos los reflejos del nácar, que pululan y se persiguen unas á otras entre las flores; á veces con las manos quería sorprender, coger los pececillos que se deslizan rápidos entre el musgo y las piedrecitas de la orilla. De pronto desapareciste, y cuando volviste traías una corona de hojas y flores de naranjo que colocaste sobre mi cabeza, llamándome Cloé; para ti hiciste otra de enredaderas. Pero tu madre cogió mi corona, la machacó con una piedra mezclándola con el gogo con que nos iba á lavar la cabeza; se te saltaron las lágrimas de los ojos y dijiste que ella no entendía de mitología: — «Tonto! contestó tu madre, verás qué bien olerán después vuestros cabellos.» Yo me reí, te ofendiste, no me quisiste hablar, y el resto del día te mostraste tan serio, que á mi vez tuve ganas de llorar. De vuelta al pueblo y ardiendo mucho el sol, cogí hojas de salvia que crecía á orillas del camino, te las dí para que las pusieses dentro de tu sombrero y no tuvieses dolor de cabeza. Sonreíste, entonces te cogí de la mano é hicimos las paces.

Ibarra se sonrió de felicidad, abrió su cartera y sacó un papel dentro del cual había envueltas unas hojas negruzcas secas y aromáticas.

— ¡Tus hojas de salvia! contestó él á su mirada; esto es todo lo que me has dado.

Ella á su vez sacó rápidamente de su seno una bolsita de raso blanco.

— ¡Ps! dijo ella dándole una palmada en la mano; no se permite tocar: es una carta de despedida.



— ¿Es la que te escribí antes de partir?

— ¿Me ha escrito V. otra, señor mío?

— Y ¿qué te decía yo entonces?

— ¡Muchos embustes, excusas de mal pagador! contestó ella sonriendo, dando á entender cuán agradables le eran aquellas mentiras. ¡Quieto! te la leeré, pero suprimiré tus galanterías para no martirizarte.

Y levantando el papel á la altura de sus ojos, para que el joven no le viera la cara, comenzó:

«Mi ...» no te leo lo que sigue pues es un embuste! y recorrió algunas líneas con los ojos. «Mi padre quiere que parta á pesar de mis súplicas. — Tú eres hombre, me ha dicho, debes pensar en el porvenir y en tus deberes. Debes aprender la ciencia de la vida, lo que tu patria no puede darte, para serle un día útil. Si permaneces á mi lado, á mi sombra, en esta atmósfera de preocupaciones, no aprenderás á mirar á lo lejos; y el día en que te falte te encontrarás como la planta de que habla nuestro poeta Baltazar: «crecida en el agua, se le marchitan las hojas á poco que no se la riegue, la seca un momento de calor». Ves? eres ya casi un joven y lloras aún!» — Me hirió este reproche y le confesé que te amaba. Mi padre se calló, reflexionó y poniéndome la mano sobre el hombro me dijo con temblorosa voz: — ¿Crees tú que tú solo sabes amar, que tu padre no te ama ni siente separarse de ti? Hace poco perdimos á tu madre; voy caminando ya á la vejez, á esa edad en que se busca el apoyo y el consuelo de la juventud y, sin embargo, acepto mi soledad, y no sé si te volveré á ver. Pero debo pensar en otras cosas más grandes... El porvenir se abre para ti, para mí se cierra; tus amores nacen, los míos van muriendo; el fuego hierve en tu sangre, el frío se insinúa en la mía, y sin embargo lloras y no sabes sacrificar el ahora á un mañana útil, para ti y tu país!» — Los ojos de mi padre se llenaron de lágrimas, caí de rodillas á sus pies, le abracé, le pedí perdón y le dije que estaba dispuesto á partir...»

La agitación de Ibarra suspendió la lectura: el joven estaba pálido y andaba de un extremo á otro.

— ¿Qué tienes? ¿qué te pasa? le preguntó ella.

— Tú me has hecho olvidar que tengo mis deberes, que debo partir ahora mismo para el pueblo! Mañana es la fiesta de los muertos.

María Clara se calló, fijó en él algunos instantes sus grandes y soñadores ojos y, cogiendo unas flores, le dijo conmovida:

— Vé, yo no te detengo más; dentro de algunos días nos volveremos á ver! ¡Coloca esta flor sobre la tumba de tus padres!

Algunos minutos después, el joven descendía las escaleras acompañado de Capitán Tiago y de la tía Isabel mientras María Clara se encerraba en el oratorio.

— Haga V. el favor de decir á Andeng que prepare la casa, que van á llegar María é Isabel! Buen viaje! decía Capitán Tiago mientras Ibarra subía en el coche, que partió en dirección á la plaza de San Gabriel.

Y después, por vía de consuelo decía á María Clara que lloraba al lado de una imagen de la Virgen:

— Anda, enciende dos velas de á dos reales, una al Señor San Roque y otra al Señor San Rafael, patrón de los caminantes! Enciende la lámpara de Ntra. Sra. de la Paz y Buenviaje, que hay muchos tulisanes. Más vale gastarse cuatro reales en cera y seis cuartos en aceite que no tener después que pagar un rescate gordo!

## VIII

### RECUERDOS

El coche de Ibarra recorría parte del más animado arrabal de Manila; lo que en la noche anterior le ponía triste, á la luz del día le hacía sonreír á pesar suyo.

La animación que bullía por todas partes, tantos coches que iban y venían á escape, las carromatas, las calesas, los europeos, los chinos, los naturales, cada cual con su traje, las vendedoras de frutas, los corredores, el desnudo cargador, los puestos de comestibles, las fondas, restaurantes, tiendas, hasta los carros tirados por el imparable é indiferente karabaw que parece entretenerse en arrastrar bultos mientras filosofa, todo, el ruido, el traqueteo, hasta el sol mismo, un cierto olor particular, los abigarrados colores, despertaban en su memoria un mundo de recuerdos adormecidos.

Aquellas calles no tenían aún adoquinado. Brillaba el sol dos días seguidos y se convertían en polvo que todo lo cubría, hacía toser y cegaba á los transeuntes: llovía un día, y se formaba un pantano que á la noche reflejaba los faroles de los coches, salpicando desde cinco metros de distancia á los peatones en las angostas aceras. ¡Cuántas mujeres no habían dejado

en aquellas olas de lodo sus chinelas bordadas! Entonces veíanse apisonando las calles presidiarios en fila, la cabeza rapada, vistiendo una camisa de mangas cortas y un calzón hasta las rodillas con números y letras azules; en las piernas, cadenas medio envueltas entre trapos sucios para moderar el roce ó quizás el frío del hierro; unidos de dos en dos, tostados por el sol, rendidos por el calor y el cansancio, hostigados y azotados con una vara por otro presidiario que se consolaría tal vez en poder á su vez maltratar á otros. Eran hombres altos, de sombrías fisonomías que él no había visto jamás serenarse con la luz de una sonrisa; sus pupilas, sin embargo, brillaban cuando la vara, silbando, caía sobre los hombros, ó cuando un transeunte les arrojaba la cola de un cigarro, medio mojado y deshecho: lo cogía el que estaba más cerca y lo escondía en su *salakot*: los demás se quedaban mirando á los otros transeuntes con una expresión rara. Le parecía oír aún el ruido que hacían desmenuzando la piedra para cubrir los baches y el sonido alegre de los pesados grillos en sus tobillos hinchados. Ibarra recordaba estremeciéndose aún una escena que había herido su imaginación de niño: era una siesta y el sol dejaba caer á plomo sus más calurosos rayos. A la sombra de un carretón de madera yacía uno de aquellos hombres, exánime, los ojos entreabiertos; otros dos, silenciosos, arreglaban una camilla de caña sin ira, sin dolor, sin impaciencia, tal como creen el carácter de los naturales. Hoy tú, mañana nosotros, dirían entre sí. La gente circulaba sin cuidarse de ello, deprisa; las mujeres pasaban, lo miraban y continuaban su camino; el espectáculo era común, había encallecido los corazones; los coches corrían reflejando en su barnizado cuerpo los rayos de aquel sol brillante en un cielo sin nubes; á él solo, niño de once años, acabado de llegar del pueblo, le conmovía, á él solo le dió una pesadilla la noche siguiente.

Ya no estaba el bueno y honrado Puente de Barcas, aquel puente buen-filipino que hacía todo lo posible por servir á pesar de sus naturales imperfecciones, que se elevaba y se deprimía según el capricho del Pásig y que éste más de una vez había maltratado y destrozado.

Los almendros de la plaza de S. Gabriel no habían crecido, continuaban raquíticos.

La *Escolta* le pareció menos hermosa sin embargo de que un gran edificio con cariatídes ocupaba el sitio de los antiguos camarines. El nuevo puente de España llamó su atención; las casas de la orilla derecha del río entre cañaverales y árboles, allá donde la *Escolta* termina y la Isla del Romero comienza, le

recordaron las frescas mañanas cuando en banca pasaban por allí para ir á los baños de Uli-Uli.

Encontraba muchos coches tirados por magníficos troncos de caballos enanos: dentro de los coches, empleados que medio dormidos aún se dirigían acaso á sus oficinas, militares, chinos en una postura fatua y ridícula, frailes graves, canónigos, etc. En una elegante *victoria* creyó reconocer al P. Dámaso, serio y con las cejas fruncidas, pero ya había pasado, y ahora le saluda alegremente desde su carretela Capitán Tinong que iba con su señora y sus dos hijas.

A la bajada del puente los caballos tomaron el trote dirigiéndose hacia el paseo de la Sabana. A la izquierda, la Fábrica de Tabacos de Arroceros dejaba oír el estruendo que hacen las cigarreras batiendo las hojas. Ibarra no pudo menos de sonreír acordándose de aquel fuerte olor que á las cinco de la tarde saturaba el puente de Barcas y le mareaba cuando niño. Las animadas conversaciones, los chistes llevaron maquinalmente su imaginación al barrio de Lavapiés en Madrid con sus motines de cigarreras, tan fatales para los desgraciados guindillas, etc.

El jardín botánico ahuyentó sus risueños recuerdos: el demonio de las comparaciones le puso delante los jardines botánicos de Europa, en los países donde se necesitan mucha voluntad y mucho oro para que brote una hoja y abra su cáliz una flor, aun más, hasta los de las colonias, ricos y bien cuidados y abiertos todos al público. Ibarra apartó la vista, miró á su derecha y allí vió á la antigua Manila, rodeada aún de sus murallas y fosos como una joven anémica envuelta en un vestido de los buenos tiempos de su abuela.

La vista del mar que se pierde á lo lejos!...

— ¡A la otra ribera está Europa! pensaba el joven; ¡Europa con sus hermosas naciones agitándose continuamente, buscando la felicidad, soñando todas las mañanas y desengañándose al ocultarse el sol... feliz en medio de sus catástrofes! Sí, á la otra orilla del infinito mar están las naciones espirituales, sin embargo de que no condenan la materia, más espirituales aún que las que se precian de adorar el espíritu...!

Pero estos pensamientos huyen de su imaginación á la vista de la pequeña colina en el campo de Bagumbayan. El montecillo, aislado, al lado del paseo de la Luneta, llamaba ahora su atención y le ponía meditabundo.

Pensaba en el hombre que le había abierto los ojos de su inteligencia, hecho comprender lo bueno y lo justo. Las ideas que le había infundido eran pocas sí, pero no eran vanas repe-

ticiones: eran convicciones que no palidecieron á la luz de los mayores focos del Progreso. Aquel hombre era un anciano sacerdote, y las palabras que le había dicho al despedirse de él, resonaban aún en sus oídos. «No olvides que si el saber es patrimonio de la humanidad, sólo lo heredan los que tienen corazón», le había recordado. «He procurado transmitirte lo que de mis maestros he recibido; el caudal aquel lo he procurado aumentar en lo que he podido y lo transmito á la generación que viene: tú harás lo mismo con la que te suceda, y puedes triplicarlo, pues vas á muy ricos países.» Y añadía sonriendo: «Ellos vienen buscando oro, id vosotros también á su país á buscar otro oro que nos hace falta! Recuerda, sin embargo que no es oro todo lo que reluce.» Aquel hombre había muerto allí.

A estos recuerdos contestaba él murmurando en voz baja: — ¡No, á pesar de todo, primero la Patria, primero Filipinas, hija de España, primero la patria española! No, eso que es fatalidad no empaña á la Patria, no!

No llama su atención la Hermita, Fénix de nipa que se levanta de sus cenizas bajo la forma de casas pintadas de blanco y azul, techadas de zinc pintado de rojo. No atraen sus miradas ni Malate, ni el cuartel de caballería con sus árboles enfrente, ni los habitantes, ni las casitas de nipa de techo más ó menos piramidal ó prismático, ocultas entre plátanos y bongas, construidas, como los nidos, por cada padre de familia.

El coche seguía rodando: se encontraba con una carromata tirada por uno ó dos caballos, cuyos arneses de abaká delataban su origen provinciano. El carromatero procuraba ver al viajero del brillante coche y pasaba sin cambiar palabra, sin un solo saludo. A veces un carretón, tirado por un karabaw de paso lento é indiferente, animaba las anchas y polvorosas calzadas, bañadas por el brillante sol de los trópicos. Al melancólico y monótono canto del guía, montado sobre el búfalo, acompaña el estridente rechinar de la seca rueda con el descomunal eje del pesado vehículo; á veces es el sonido sordo de los gastados patines ó plantas de un *paragos*, ese trineo de Filipinas que se arrastra pesadamente sobre el polvo ó los charcos del camino. En los campos, en las tendidas eras pasta el ganado, mezclado con las blancas garzas, tranquilamente posadas sobre el lomo del buey que rumia y saborea medio cerrando los ojos la yerba de la pradera; á lo lejos yegudas triscan, saltan y corren, perseguidas por un potro de genio vivo, cola larga y abundantes crines: el potro relincha y salta la tierra á los golpes de sus poderosos cascos.

Dejemos al joven viajar meditando ó dormitando: la poesía melancólica ó animada del campo no llama su atención; aquel sol que hace relucir las copas de los árboles y correr á los campesinos, cuyos pies quema el candente suelo á pesar de su calzado de callos, aquel sol que detiene á la aldeana bajo la sombra de un almendro ó cañaveral y le hace pensar en cosas vagas é inexplicables, aquel sol no tiene encantos para nuestro joven.

Volvamos á Manila mientras el coche rueda tambaleando, como un borracho, por el accidentado terreno, mientras pasa un puente de caña, sube elevada cuesta ó baja rápida pendiente.

## IX

### COSAS DEL PAIS

Ibarra no se había equivocado: en aquella *victoria* iba en efecto el P. Dámaso y se dirigía á la casa de donde él acababa de salir.

— ¿A dónde os vais? preguntó el fraile á María Clara y á tía Isabel que se disponían á subir en un coche con adornos de plata; P. Dámaso en medio de su preocupación daba ligeros golpecitos á las mejillas de la joven.

— Al Beaterio á sacar mis cosas, contestó ella.

— ¡Ahaaá! ajá! vamos á ver quién puede más, vamos á ver... murmuraba distraído dejando á las dos mujeres no poco sorprendidas. Con la cabeza baja y andar lento ganó las escaleras y subió.

— ¡Debe tener sermón, y lo estará estudiando de memoria! dijo tía Isabel; sube, María, que llegaremos tarde.

Si el P. Dámaso tenía sermón ó no, no lo podemos decir; pero cosas muy importantes debían absorber su atención, pues no tendió la mano á Capitán Tiago que tuvo que hacer una semigenuflexión para besársela.

— ¡Santiago! fué lo primero que dijo, tenemos que hablar de cosas muy importantes; vamos á tu despacho.

Capitán Tiago se puso inquieto, perdió el uso de la palabra, pero obedeció y siguió detrás del colosal sacerdote que cerró detrás de él la puerta.

Mientras conferencian en secreto, averigüemos qué se ha hecho de Fr. Sibyla.

El sabio dominico no está en la casa parroquial: muy temprano, después de decir su misa, se fué al convento de su orden situado á la entrada de la Puerta de Isabel II ó de Magallanes, según qué familia reina en Madrid.

Sin hacer caso ni del rico olor á chocolate, ni del ruido de cajones y monedas, que venía desde la Procuración, y contestando apenas al respetuoso y deferente saludo del hermano procurador, Fr. Sibyla subió, atravesó algunos corredores y llamó á una puerta con los nudillos de los dedos.

— ¡Adelante! suspiró una voz.

— ¡Dios devuelva á V. R. la salud! fué el saludo del joven dominico al entrar.

Sentado en un gran sillón se veía un anciano sacerdote, demacrado, algo amarillento, como esos santos que pintó Rivera. Los ojos se hundían en sus ahuecadas órbitas, coronadas de pobladísimas cejas, que, por estar contraídas casi siempre, aumentaban el brillo de sus moribundos ojos.

El P. Sibyla le contempló conmovido, cruzados los brazos debajo del venerable escapulario de Sto. Domingo. Después dobló la cabeza sin decir una palabra y pareció aguardar.

— ¡Ah! suspiró el enfermo, me aconsejan la operación, Hernando, la operación á mi edad! El país, este terrible país! Escarmientate en mí, Hernando!

Fr. Sibyla levantó lentamente los ojos y los fijó en la fisonomía del enfermo:

— Y ¿qué ha decidido V. R.? preguntó.

— ¡Morir! Ay! quédame otra cosa acaso? Sufro demasiado pero... he hecho sufrir á muchos... ¡saldo mi deuda! Y tú ¿cómo estás? qué traes?

— Venía á hablarle del encargo que me ha cometido.

— ¡Ah! y qué es de ello?

— ¡Psh! contestó con disgusto el joven sentándose y volviendo con desprecio la cara á otra parte; nos han contado fábulas; el joven Ibarra es un chico prudente, no parece tonto, pero le creo un buen chico.

— ¿Lo crees?

— Anoche comenzaron las hostilidades!

— ¿Ya? y cómo?

Fr. Sibyla refirió brevemente lo que pasó entre el P. Dámaso y Crisóstomo Ibarra.

— Además, añadió concluyendo, el joven se casa con la hija de Capitán Tiago, educada en el colegio de nuestras hermanas; es rico y no querrá hacerse de enemigos para perder felicidad y fortuna.

El enfermo movía la cabeza en señal de asentimiento.

— Sí, pienso como tú... Con una mujer tal y un suegro parecido, le tendremos en cuerpo y alma. Y si no, tanto mejor si se declarase enemigo nuestro!

Fr. Sibyla miró sorprendido al anciano.

— Para bien de nuestra Santa Corporación, se entiende, añadió respirando con dificultad. Prefiero los ataques á las tantas alabanzas y adulaciones de los amigos... verdad es que están pagados.

— ¿Piensa V. R. ?

El anciano le miró con tristeza.

— Tenlo bien presente! contestó respirando con fatiga. Nuestro poder durará mientras se crea en él. Si nos atacan, el Gobierno dice: Los atacan porque ven en ellos un obstáculo á su libertad, pues entonces conservémoslos.

— Y ¿si les da oídos? El Gobierno á veces...

— ¡No les dará!

— Sin embargo, si, atraído por la codicia, llegase á querer para sí lo que nosotros recogemos... si hubiese un atrevido y temerario...

— Entonces ¡ay de él!

Ambos guardaron silencio.

— Además, continuó el enfermo, nosotros necesitamos que nos ataquen, que nos despierten: esto nos descubre nuestros flacos y nos mejora. Las exageradas alabanzas nos engañan, nos adormecen, pero fuera nos ponen en ridículo, y el día en que estemos en ridículo, caeremos como caímos en Europa. El dinero ya no entrará en nuestras iglesias, nadie comprará escapularios ni correas ni nada, y cuando dejemos de ser ricos, no podremos ya más vencer á las conciencias.

— Psh! siempre tendremos nuestras haciendas, nuestras fincas...

— ¡Todas se perderán como las perdimos en Europa! Y lo peor es que trabajamos para nuestra misma ruina. Por ejemplo: ese afán desmedido de subir cada año, y á nuestro arbitrio, el canon de nuestros terrenos, ese afán que en vano he combatido en todos los Capítulos, ese afán nos pierde! El indio se ve obligado á comprar en otra parte tierras que resultan tan buenas ó mejores que las nuestras. Temo que no estemos empujando á bajar: *Quos vult perdere Jupiter dementat prius*. Por



esto, no aumentemos nuestro peso, el pueblo murmura ya. Has pensado bien: dejemos á los demás que arreglen allá sus cuentas, conservemos el prestigio que nos queda, y puesto que pronto apareceremos ante Dios, limpiémonos las manos... ¡Que el Dios de las misericordias tenga piedad de nuestras flaquezas!

— ¿De manera que V. R. cree que el canon ó tributo...

— ¡No hablemos ya más de dinero! interrumpió con cierto disgusto el enfermo. Decías que el teniente había prometido al P. Dámaso...?

— Sí, Padre! contestó Fr. Sibyla medio sonriendo. Pero esta mañana le vi y me dijo que sentía cuanto había pasado anoche, que el Jerez se le había subido á la cabeza y que consideraba que el P. Dámaso estaba en igual situación que él. — Y ¿la promesa? le pregunté en broma. «Padre cura, me contestó: yo sé cumplir mi palabra cuando con ella no mancho mi honor: no soy, ni he sido nunca delator, por eso no tengo más que dos estrellas.

Después de hablar de otras cosas insignificantes, Fr. Sibyla se despidió.

El teniente no había ido en efecto á Malakañán, pero el Capitán General supo lo ocurrido.

Hablando con sus ayudantes de las alusiones que los periódicos de Manila le hacían bajo el nombre de cometas y apariciones celestes, uno de aquéllos le refirió la cuestión del P. Dámaso con colores algo más intencionados aunque de forma más correcta.

— ¿De quién lo supo V.? preguntó S. E. sonriendo.

— De Laruja que lo contaba esta mañana en la Redacción.

El Capitán General volvió á sonreírse y añadió:

— ¡Mujer y fraile no hacen agravio! Pienso vivir en paz el tiempo que me queda de país y no quiero más cuestiones con hombres que usan faldas. Y más, he sabido también que el provincial se ha burlado de mis órdenes; yo pedí como castigo el traslado de ese fraile; y bien, le trasladaron llevándole á otro pueblo mucho mejor: ¡frailadas como decimos en España!

Pero cuando S. E. se encontró solo, dejó de sonreír.

— ¡Ah! si el pueblo éste no fuera tan estúpido, les metería en cintura á mis reverencias! suspiró. Però cada pueblo merece su suerte, y hagamos lo que todo el mundo.

Capitán Tiago entretanto concluyó de conferenciar con el P. Dámaso, ó mejor dicho, éste con él.

— ¡Con que ya estás advertido! decía el franciscano al despedirse. Todo esto se hubiera podido evitar si antes me hubieses consultado, si no hubieses mentido cuando yo te lo

preguntaba. Procura no cometer más tonterías! y síate en su padrino!

Capitán Tiago dió dos ó tres vueltas por la sala, meditando y suspirando; de repente como si se le hubiese ocurrido un buen pensamiento, corrió al oratorio y apagó las velas y la lámpara que había hecho encender para salvaguardia de lbarra.

— ¡Todavía hay tiempo y el camino es muy largo! murmuró!

## X

### EL PUEBLO

Casi á orillas del lago está el pueblo de San Diego <sup>1)</sup> en medio de campiñas y arrozales. Exporta azúcar, arroz, café y frutas ó los vende malbaratados al chino, que explota la candidez ó los vicios de los labradores.

Cuando en un día sereno los muchachos se suben al último cuerpo de la torre de la iglesia, que el musgo y las plantas viajeras adornan, entonces prorrumpen en alegres exclamaciones, provocadas por la hermosura del panorama que se ofrece á su vista. En medio de aquel cúmulo de techos de nipa, teja, zinc y cabonegro, separados por huertas y jardines, cada uno sabe encontrar su casita, su pequeño nido. Todo les sirve de señas: un árbol, el tamarindo de ligero follaje, el cocotero cargado de nueces como la Astarté generadora ó la Diana de Efeso con sus numerosas mamas, una flexible caña, una bonga, una cruz. Allá está el río, monstruosa serpiente de cristal, dormida en la verde alfombra; de distancia en distancia rizan su corriente pedazos de roca, esparcidos en el arenoso lecho; allá el cauce se estrecha entre dos elevadas orillas á que se agarran haciendo contorsiones árboles de raíces desnudas; aquí se forma una suave pendiente y el río se ensancha y remansa. Allá, más á lo lejos, una casita, construida al borde, desafía la altura, los vientos y el abismo, y por sus delgados harigues diríase una monstruosa

---

<sup>1)</sup> No hemos podido encontrar ningún pueblo de este nombre, pero sí muchos de estas condiciones. (N. del T.)

zancuda que espía al reptil para acometerle. Troncos de palmeras ó árboles con corteza aún, movedizos y vacilantes, unen ambas orillas, y si son malos puentes, son en cambio magníficos aparatos gimnásticos para hacer equilibrios, lo que no es de desdeñar: los chicos se divierten, desde el río en que se bañan, con las angustias de la mujer que pasa con el cesto en la cabeza ó del anciano que va temblando y deja caer el báculo en el agua.

Pero lo que siempre llama la atención, es una que diríamos península de bosque en aquel mar de terrenos labrados. Allí hay árboles seculares de ahuecado tronco que mueren solamente cuando algún rayo hiere la altiva copa y lo incendia: dicen que entonces el fuego se circunscribe y muere en el mismo sitio; allí hay enormes peñas que el tiempo y la naturaleza van vistiendo con terciopelos de musgo: el polvo se deposita capa tras capa en sus huecos, la lluvia las fija y las aves siembran semillas. La vegetación tropical se desenvuelve libremente: matorrales, malezas, cortinas de enredaderas entrelazadas unas á otras pasan de un árbol á otro, se cuelgan de las ramas, se agarran á las raíces, al suelo, y como si Flora no estuviese aún contenta, planta sobre las plantas; musgo y hongos viven sobre las agrietadas cortezas, y plantas aéreas, graciosos huéspedes, confunden sus abrazos con las hojas del árbol hospitalario.

Aquel bosque era respetado: acerca de él existían extrañas leyendas, pero la más verosímil y por lo mismo menos creída y sabida parece ser la siguiente.

Cuando el pueblo era todavía un montón miserable de chozas y en la especie de calles crecía aún abundante la hierba, en aquellos tiempos en que durante la noche venían venados y jabalíes, llegóse un día un viejo español de ojos profundos y que hablaba bastante bien el tagalo. Después de visitar y recorrer los terrenos en varios sentidos, preguntó por los propietarios del bosque en donde corrían aguas termales. Presentáronse algunos que pretendían serlo, y el viejo lo adquirió en cambio de ropas, alhajas y algún dinero. Después, sin saberse cómo, desapareció. La gente le creía ya *encantado*, cuando un olor fétido que partía del vecino bosque, llamó la atención de unos pastores; rastreáronlo y encontraron al viejo en estado de putrefacción, colgado de la rama de un *baliti*. En vida ya daba miedo por su voz profunda, cavernosa, por aquellos ojos hundidos y aquella risa sin sonido; pero ahora, muerto suicidado, turbaba el sueño de las mujeres. Algunas tiraron las alhajas al río y quemaron la ropa, y desde que el cadáver fué enterrado al pie mismo del *baliti*, ya no hubo persona que por allí se quisiese aventurar. Un pastor que buscaba á sus animales, contó haber

visto luces; fueron los mancebos, y éstos ya oyeron lamentos. Un infeliz enamorado que, para llamar la atención de la desdeñosa, prometió pasar la noche debajo del árbol arrollando á su tronco un largo junco, murió de una fiebre rápida que le cogió al día siguiente de la noche de su apuesta. Corrían aún sobre este paraje muchos cuentos y leyendas.

No pasaron meses y vino un joven, mestizo español al parecer, que dijo ser el hijo del difunto, y se estableció en aquel rincón dedicándose á la agricultura, sobre todo, á la siembra del añil. D. Saturnino era un joven taciturno y de un carácter violento, á veces cruel, pero era muy activo y laborioso: cercó de un muro la tumba de su padre, que visitaba sólo de tiempo en tiempo. Entrado en años, casóse con una joven de Manila, de quien tuvo á D. Rafael, el padre de Crisóstomo.

D. Rafael, desde muy joven, se hizo amar de los campesinos: la agricultura, traída y fomentada por su padre, se desarrolló rápidamente; afluyeron nuevos habitantes, vinieron muchos chinos, el villorrio pronto se hizo aldea y tuvo un cura indio; después la aldea se convirtió en pueblo, murió el cura y vino Fr. Dámaso, pero el sepulcro y el territorio anejo fueron respetados. Los chicos se atreven á veces, armados de palos y piedras, á vagar por los alrededores para coger guayabas, papayas, lombos, etc., y ocurría que en lo mejor de la ocupación, ó cuando contemplaban silenciosos la cuerda que se balancea desde la rama, caía una ó dos piedras, venidas sin saberse de dónde; entonces al grito de *¡el viejo! el viejo!* arrojaban frutas y palos, saltaban de los árboles, corrían entre rocas y matorrales y no paraban hasta salir del bosque, pálidos, jadeantes unos, llorosos otros, y riendo muy pocos.

## XI

### LOS SOBERANOS

Dividius è imperad.  
(Nuevo Machiavelo.)

¿Quiénes eran los caciques del pueblo?

No lo fué D. Rafael cuando vivía, aunque era el más rico, tenía más tierras y casi todos le debían favores. Como era mo-

desto y procuraba quitar el valor á cuanto hacia, en el pueblo no formó nunca su partido, y ya vimos como se le levantaron en contra cuando le vieron vacilar. — ¿Sería Capitán Tiago? — Cuando llegaba, era en verdad recibido de sus deudores con orquesta, le daban banquete y le colmaban de regalos. Las mejores frutas cubrían su mesa; si se cazaba un venado ó jabalí, él tenía un cuarto; si encontraba hermoso el caballo de un deudor, media hora después lo veía en su cuadra: todo esto es verdad, pero se reían de él y le llamaban en secreto Sacristán Tiago.

¿Acaso el gobernadorcillo?

Este era un infeliz que no mandaba, obedecía; no reñía á nadie, era reñido; no disponía, disponían de él; en cambio tenía que responder al Alcalde Mayor de cuanto le habían mandado, ordenado y dispuesto como si todo hubiese salido de su cráneo, pero, sea dicho en su honor, no ha robado ni usurpado está dignidad: le ha costado cinco mil pesos y muchas humillaciones, y por lo que le renta, le parece muy barata.

¡Vamos, pues entonces será Dios?

¡Ah! el buen Dios no turbaba las conciencias ni el sueño de sus habitantes: por lo menos no les hacía temblar, y si les hubiesen hablado de Él por casualidad en algún sermón, de seguro que habrían pensado suspirando: ¡Si sólo hubiese un Dios!... Del buen Señor se ocupaban poco: bastante que hacer daban los santos y las santas. Dios para aquella gente había pasado á ser como esos pobres reyes que se rodean de favoritos y favoritas: el pueblo sólo hace la corte á estos últimos.

San Diego era una especie de Roma, pero no Roma cuando el tuno de Rómulo trazaba con el arado sus murallas, ni cuando después, bañándose en sangre propia y ajena, dictaba leyes al mundo, no: era como la Roma contemporánea con la diferencia de que en vez de monumentos de mármol y coliseos, tenía monumentos de *sawali* y gallera de nipa. El cura era el Papa en el Vaticano; el alférez de la Guardia Civil el Rey de Italia en el Quirinal, se entiende, todo en proporción con el *sawali* y la gallera de nipa. Y aquí como allá resultaban continuos disgustos, pues, cada uno queriendo ser el señor, hallaba sobrante al otro. Expliquémonos y describamos las cualidades de ambos.

Fr. Bernardo Salví era aquel joven y silencioso franciscano de que ya hemos hablado antes. Por sus costumbres y maneras distinguíase mucho de sus hermanos y más aún de su predecesor, el violento P. Dámaso. Era delgado, enfermizo, casi constantemente pensativo, estricto en el cumplimiento de los deberes religiosos y cuidadoso de su buen nombre. Un mes después de

su llegada, casi todos se hicieron hermanos de la V. O. T. con gran tristeza de su rival, la cofradía del Santísimo Rosario. El alma saltaba de alegría al ver en cada cuello cuatro ó cinco escapularios y en cada cintura un cordón con nudos y aquellas procesiones de cadáveres ó fantasmas con hábitos guingón. El sacristán mayor se hizo un capitalito vendiendo ó dando de limosna, que es como se debe decir, todos los objetos necesarios para salvar el alma y combatir al diablo: sabido es que este espíritu, que antes se atrevía á contradecirle á Dios mismo cara á cara dudando de sus palabras, como se dice en el libro santo de Job, que llevó por los aires á N. S. Jesucristo como hizo después en la Edad Media con las brujas, y continúa, dicen, haciéndolo aún con los *asuang* de Filipinas, parece que hoy se ha vuelto tan vergonzoso que no puede resistir la vista de un paño en que hay pintados dos brazos, y teme los nudos de un cordón: pero esto no prueba otra cosa sino que se progresa también por este lado, y el diablo es retrógrado ó al menos conservador como todo el que vive en las tinieblas, si no se quiere que le atribuyamos debilidades de doncella de quince años.

Como decíamos, el P. Salví era muy asiduo en cumplir con sus deberes, según el alférez, demasiado asiduo. Mientras predicaba—era muy amigo de predicar—se cerraban las puertas de la iglesia; en esto se parecía á Nerón que no dejaba salir á nadie mientras cantaba en el teatro: pero aquél lo hacía para el bien y éste para el mal de las almas.— Toda falta de sus subordinados solía castigar con multas, pues pegaba muy raras veces; en lo que se diferenciaba también mucho del P. Dámaso, el cual todo lo arreglaba á puñetazos y bastonazos, que daba riendo y con la mejor buena voluntad. Por esto no se le podía querer mal: estaba convencido de que sólo á palos se le trata al indio; así lo había dicho un fraile que sabía escribir libros y él lo creía pues no discutía nunca lo impreso: de esta modestia se podían quejar muchas personas.

Fr. Salví pegaba rarísimas veces, pero, como decía un viejo filósofo del pueblo, lo que faltaba en cantidad, abundaba en cualidad, pero tampoco por esto se le podía querer mal. Los ayunos y abstinencias empobreciendo su sangre, exaltaban sus nervios y, como decía la gente, se le subía el viento á la cabeza. De esto venía á resultar que las espaldas de los sacristanes no distinguían bien cuando un cura ayunaba mucho ó comía mucho.

El único enemigo de este poder espiritual con tendencias de temporal, era, como ya dijimos, el alférez. El único, pues cuentan las mujeres que el diablo anda huyendo de él, porque

un día, habiéndose atrevido á tentarle, fué cogido, atado al pie del catre, azotado con el cordón, y sólo fué puesto en libertad después de nueve días.

Como es consiguiente, el que después de esto se haga todavía enemigo de un hombre como tal, llega á tener peor fama que los mismos pobres é incautos diablos, y el alférez merecía su suerte. Su señora, una vieja filipina con muchos coloretos y pinturas, llamábase D.<sup>a</sup> Consolación; el marido y otras personas la llamaban de otra manera. El alférez vengaba sus desgracias matrimoniales en su propia persona emborrachándose como una cuba, mandando á sus soldados hacer ejercicios al sol, quedándose él en la sombra, ó lo que es más á menudo, sacudiendo á su señora que, si no era un cordero de Dios para quitar los pecados de nadie, en cambio servía para ahorrarle muchas penas del Purgatorio, si acaso iba allá, lo que ponen en duda las devotas. El y ella, como bromeando, se zurraban de lo lindo y daban espectáculos gratis á los vecinos: concierto vocal é instrumental, á cuatro manos, piano fuerte, con pedal y todo.

Cada vez que estos escándalos llegaban á oídos del P. Salví, éste se sonreía y se persignaba, rezando después un padre-nuestro; llamábanle carca, hipócrita, carlistón, avaro; el Padre Salví se sonreía también y rezaba más. El alférez siempre contaba á los pocos españoles que le visitaban, la anécdota siguiente:

— ¿Va V. al convento á visitar al curita Moscamuerta? Ojol Si le ofrece chocolate, ¡lo cual dudo!... pero en fin si le ofrece, ponga atención. ¿Llama al criado y dice: Fulanito, haz una jicara de chocolate, *eh?* entonces quédese, sin temor, pero si dice: Fulanito, haz una jicara de chocolate *ah?* entonces coja usted el sombrero y márchese corriendo.

— ¿Qué? preguntaba el otro espantado ¿da jicarazos? ¡Carambas!

— ¡Hombre, tanto no!

— ¿Entonces?

— Chocolate *eh?* significa espeso, y chocolate *ah*, aguado.

Pero creemos que esto sea calumnia del alférez pues la misma anécdota se atribuye también á muchos curas. A menos que sea cosa de la Corporación...

Para hacerle daño prohibió el militar, inspirado por su señora, que nadie se pasara arriba de las nueve de la noche. D.<sup>a</sup> Consolación pretendía haber visto al cura, disfrazado con camisa de piña y salakot de nitò, pasearse á altas horas de la noche. Fr. Salví se vengaba santamente: al ver al alférez entrar en la iglesia, mandaba disimuladamente al sacristán cerrar

todas las puertas, y entonces se subía al púlpito y empezaba á predicar hasta que los santos cerraban los ojos, y le murmuraba ¡por favor! la paloma de madera sobre su cabeza, la imagen del Espíritu divino. El alférez, como todos los impenitentes, no por eso se corregía: salía jurando y tan pronto como podía pillar un sacristán ó un criado del cura, le detenía, le zurraba, le hacía fregar el suelo del cuartel y el de su propia casa que entonces se ponía decente. El sacristán al ir á pagar la multa que el cura le imponía por su ausencia, exponía los motivos. Fr. Salvi lo oía silencioso, guardaba el dinero, y por de pronto soltaba á sus cabras y carneros para que fuesen á pacer en el jardín del alférez, mientras buscaba un tema nuevo para otro sermón mucho más largo y edificante. Pero estas cosas no eran obstáculo ninguno para que, si después se veían, se diesen la mano y se hablasen cortésmente.

Cuando el marido dormía el vino ó ronchaba la siesta y doña Consolación no podía reñir con él, entonces establecíase en la ventana con su puro en la boca y su camisa de franela azul. Ella que no puede soportar á la juventud, dardea desde allí con sus ojos á las muchachas y las moteja. Estas que la temen, desfilan confusas sin poder levantar los ojos, apresurando el paso y conteniendo la respiración. D.<sup>a</sup> Consolación tenía una gran virtud: parecía no haber mirado nunca un espejo.

Estos son los soberanos del pueblo de San Diego.

## XII

### TODOS LOS SANTOS

Lo único acaso que sin disputa distingue al hombre de los animales, es el culto que rinden á los que dejaron de ser. Y ¡cosa extraña! esta costumbre aparece tanto más profundamente arraigada cuanto menos civilizados son los pueblos.

Escriben los historiadores que los antiguos habitantes de Filipinas veneraban y deificaban á sus antepasados; ahora sucede lo contrario: los muertos tienen que encomendarse á los vivos. Cuentan también que los de Nueva Guinea guardan en cajas los huesos de sus muertos y mantienen con ellos conversación; la mayor parte de los pueblos de Asia, Africa y América



les ofrecen los platos más exquisitos de sus cocinas ó los que fueron en vida su comida favorita, y dan banquetes á que suponen que asisten. Los egipcios les levantaban palacios, los musulmanes capillitas, etc., pero el pueblo maestro en esta materia y que ha conocido mejor el corazón humano es el de Dahomey. Estos negros saben que el hombre es vengativo; pues, dicen, para contentar al muerto no hay nada mejor que sacrificarle sobre la tumba á todos sus enemigos; y como el hombre es curioso y no sabrá cómo distraerse en la otra vida, le envían cada año un correo bajo la piel de un esclavo decapitado.

Nosotros nos diferenciamos de todos. Pese á las inscripciones de las tumbas, casi ninguno cree en que descansan los muertos, y menos, en paz. El más optimista se imagina á sus bisabuelos tostándose aún en el Purgatorio y, si no sale condenado, todavía podrá acompañarlos por muchos años. Y quien nos quiera contradecir, que visite las iglesias y los cementerios del país durante este día, observe y verá. Pero ya que estamos en el pueblo de San Diego visitemos el suvo.

Hacia el oeste, en medio de los arrozales, está, no la ciudad, sino el barrio de los muertos: conduce á él una estrecha vereda, polvorosa en días de calor y navegable en días de lluvia. Una puerta de madera y un cerco mitad de piedra y mitad de caña y estacas, parecen separarle del pueblo de los hombres, pero no de las cabras del cura y de algunos cerdos de la vecindad que entran y salen para hacer exploraciones en las tumbas ó alegrar con su presencia aquella soledad.

En medio de aquel vasto corral se levanta una grande cruz de madera sobre un pedestal de piedra. La tempestad ha doblado su INRI de hoja de lata, y la lluvia ha borrado las letras. Al pie de la cruz, como en el verdadero Gólgota, están en confuso montón calaveras y huesos, que el indiferente sepulturero arroja de las fosas que va vaciando. Allí esperarán probablemente, no la resurrección de los muertos, sino la llegada de los animales, que con sus líquidos les calienten y laven aquellas frías desnudeces. — En los alrededores recientes excavaciones se notan: acá el terreno está húmedo, allá forma pequeña colina. Crecen en toda su lozanía el tarambulo y el pandakaki: el primero para pinchar las piernas con sus espinosas bayas, y el segundo para añadir su olor al del cementerio por si éste no olía bastante. Sin embargo, matizan el suelo algunas florecitas, flores que, como aquellos cráneos, son ya únicamente conocidas de su Criador: la sonrisa de sus pétalos es pálida y su perfume es el perfume de los sepulcros. La hierba y las trepadoras cubren los rincones, se encaraman por las paredes y nichos vis-

tiendo y hermoſeando la desnuda tealdad; á veces penetran por las hendiduras que hicieran temblores y terremotos, ocultando á las miradas los venerables vacíos de la tumba.

A la hora en que entramos, los hombres han ahuyentado á los animales; sólo alguno que otro cerdo, animal difícil de vencer, se asoma con sus ojos pequeñitos, sacando la cabeza por un gran hueco de la cerca, levanta el hocico al aire y parece decir á una mujer que reza:

— No lo comas todo, déjame algo, eh?

Dos hombres cavan una fosa cerca del muro que amenaza desplomarse: el uno que es el sepulturero, lo hace indiferentemente: arroja vértebras y huesos, como un jardinero piedras y ramas secas; el otro está preocupado, suda, fuma y escupe á cada momento.

— ¡Oye! dice el que fuma, en tagalo. ¿No sería mejor que cavásemos en otro sitio? Esto es muy reciente.

— Son tan recientes unas fosas como otras.

— ¡No puedo más! Ese hueso que has partido, aun sangra... hm! y esos cabellos?

— Pero ¡qué delicado eres! le reprocha el otro. ¡Ni que fueras tú escribiente del Tribunal! Si hubieses desenterrado, como yo lo he hecho, un cadáver de veinte días, por la noche, á obscuras, lloviendo... se apagó mi linterna...

El compañero se estremeció.

— El ataúd se desclavó, el muerto medio salió, olía... y tenerlo tú que cargar... y llovía y estábamos ambos mojados, y...

— ¡Kjr!... Y ¿por qué lo has desenterrado?

El sepulturero le miró con extrañeza.

— ¿Por qué? lo sé yo acaso? Me lo han mandado!

— ¿Quién te lo mandó?

El sepulturero medio retrocedió y le examinó de pies á cabeza á su compañero.

— ¡Hombre! pareces un español; las mismas preguntas me hizo después un español, pero en secreto. Pues te voy á constatar como al español: me lo mandó el cura grande.

— Ah! y ¿qué has hecho después del cadáver? continuó preguntando el delicado.

— ¡Diablo! si yo no te conociera y supiera que eres *hombre*, diría que verdaderamente eres español civil: preguntas como el otro. Pues... el cura grande me mandaba que lo enterrase en el cementerio de los chinos, pero como el ataúd era pesado y el cementerio de los chinos está lejos...

— ¡No, no! yo no cavo más! interrumpió el otro lleno de

horror, soltando la pala y saltando de la fosa; he partido un cráneo y temo que no me deje dormir esta noche.

El sepulturero soltó una carcajada al ver como se alejaba haciéndose cruces.

El cementerio se iba llenando de hombres y mujeres, vestidos de luto. Algunos buscaban algún tiempo la fosa, disputaban entre sí y, como si no estuviesen acordes, se separaban y cada cual se arrodillaba donde le parecía mejor; otros, los que tenían nichos para sus parientes, encendían cirios y se ponían devotamente á rezar; oíanse también suspiros y sollozos que se procuraban exagerar ó reprimir. Ya se oía un run-run de *orápreeo*, *orápreeiss* y *requiemæternams*.

Un viejecito, de ojos vivos, entró descubierto. Al verle, muchos se rieron, algunas mujeres frunciéron las cejas. El viejo parecía no hacer caso de tales demostraciones, pues se dirigió al montón de cráneos, se arrodilló y buscó algún tiempo con la mirada algo entre los huesos; después con cuidado fué apartando los cráneos uno tras otro, y como si no encontrase lo que buscaba, arrugó las cejas, movió á un lado y otro la cabeza, miró á todas partes, y finalmente se levantó y se dirigió al sepulturero.

— ¡Oy! le dijo.

Este levantó la cabeza.

— ¿Sabes dónde está una hermosa calavera, blanca como la carne del coco, con una completa dentadura, la cual yo tenía allí al pie de la cruz, debajo de aquellas hojas?

El sepulturero se encogió de hombros.

— ¡Mira! añadió el viejo enseñándole una moneda de plata; no tengo más que esto, pero te la daré si me la encuentras.

El brillo de la moneda le hizo reflexionar, miró hacia el osario y dijo:

— ¿No está allá? No? Pues entonces no lo sé.

— ¿Sabes? Cuando me paguen los que me deben te daré más, continuó el viejo. Era el cráneo de mi esposa; conquese si me la encuentras...

— ¿No está allá? Pues no lo sé! Pero si queréis, os puedo dar otro!

— ¡Eres como la tumba que cavas! le apostrofó el viejo nerviosamente; no sabes el valor de lo que pierdes. ¿Para quién es la fosa?

— ¿Lo sé yo acaño? Para un muerto! contestó malhumorado el otro.

— ¡Como la tumba, como la tumba! repitió el viejo riendo secamente; ni sabes lo que arrojas, ni lo que tragas! Cava, cava!

Y se volvió dirigiéndose á la puerta.

El sepulturero entretanto había concluido con su tarea; dos montículos de tierra fresca y rojiza se levantaban á los bordes. Sacó de su salakot buyo, púsose á mascararlo mirando con aire estúpido cuanto en su derredor pasaba.

### XIII

#### PRESAGIOS DE TEMPESTAD.

En el momento en que el viejo salía, parábase á la entrada del sendero un coche que parecía haber hecho un largo viaje: estaba cubierto de polvo y los caballos sudaban.

Ibarra descendió seguido de un viejo criado; despachó el coche de un gesto y se dirigió al cementerio, silencioso y grave.

— ¡Mi enfermedad y mis ocupaciones no me han permitido volver! decía el anciano timidamente; Capitán Tiago dijo que se cuidaría de hacer levantar un nicho; pero yo planté flores y una cruz labrada por mí...

Ibarra no contestó.

— ¡Allí detrás de esa cruz grande, señor! continuó el criado señalando hacia un rincón cuando hubieron franqueado la puerta.

Ibarra iba tan preocupado que no notó el movimiento de asombro de algunas personas al reconocerle, quienes suspendieron el rezo y le siguieron con la vista llenas de curiosidad.

El joven caminaba con cuidado, evitando pasar por encima de las fosas que se conocían fácilmente por un hundimiento del terreno. En otro tiempo las pisaba, hoy las respetaba: su padre yacía en iguales condiciones. Detúvose al llegar al otro lado de la cruz y miró á todas partes. Su acompañante se quedó confuso y cortado; buscaba huellas en el suelo y en ninguna parte se veía cruz alguna.

— ¿Es aquí? murmuraba entre dientes; no, es allá, pero la tierra está removida!

Ibarra le miraba angustiado.

— Sí! continuó, recuerdo que había una piedra al lado; la fosa era un poco corta; el sepulturero estaba enfermo, y la tuvo

que cavar un aparcerero; pero, se lo preguntaremos á ése que se ha hecho de la cruz.

Dirigiéronse al sepulturero que les observaba con curiosidad.

Este les saludó quitándose el salakot.

— ¿Podéis decirnos cuál es la fosa que allá tenía una cruz? preguntó el criado.

El interpelado miró hacia el sitio y reflexionó.

— ¿Una cruz grande?

— Sí, grande, afirmó con alegría el viejo mirando significativamente á Ibarra, cuya fisonomía se animó.

— ¿Una cruz con labores y atada con bejucos? volvió á preguntar el sepulturero.

— ¡Eso es, eso es, así, así! y el criado trazó en la tierra un dibujo en forma de cruz bizantina.

— Y ¿en la tumba había flores sembradas?

— ¡Adelfa, sampagas y pensamientos! eso es! añadió el criado lleno de alegría, y le ofreció un tabaco.

— Decidnos cuál es la fosa y dónde está la cruz.

El sepulturero se rascó la oreja y contestó bostezando:

— Pues la cruz... ¡ya la he quemado!

— ¿Quemado? y ¿por qué la habéis quemado?

— Porque así lo mandó el cura grande.

— ¿Quién es el cura grande? preguntó Ibarra.

— ¿Quién? El que pega, el Padre Garrote.

Ibarra se pasó la mano por la frente.

— Pero, á lo menos podéis decirnos dónde está la fosa? la debéis recordar.

El sepulturero se sonrió.

— ¡El muerto ya no está allí! repuso tranquilamente.

— ¿Qué decís?

— ¡Ya! añadió el hombre en tono de broma; en su lugar enterré hace una semana una mujer.

— ¿Estáis loco? le preguntó el criado; si todavía no hace un año que le hemos enterrado.

— ¡Pues eso es! hace ya muchos meses que lo desenterré. El cura grande me lo mandó, para llevarlo al cementerio de los chinos. Pero como era pesado y aquella noche llovía...

El hombre no pudo seguir; retrocedió espantado al ver la actitud de Crisóstomo, que se abalanzó sobre él cogiéndole del brazo y sacudiéndole.

— Y ¿lo has hecho? preguntó el joven con acento indescriptible.

— No os enfadéis, señor, contestó palideciendo y temblando;

no le enterré entre los chinos. ¡Más vale ahogarse que estar entre chinos, dije para mí, y arrojé el muerto al agua!

Ibarra le puso ambos puños sobre los hombros y le miró largo tiempo con una expresión que no se puede definir.

— ¡Tú no eres más que un desgraciado! dijo, y salió precipitadamente pisoteando huesos, fosas, cruces, como un enajenado.

El sepulturero se palpaba el brazo y murmuraba:

— ¡Lo que dan que hacer los muertos! El Padre Grande me pegó de bastonazos por haberlo dejado enterrar estando yo enfermo; ahora éste á poco me rompe el brazo por haberlo desenterrado. ¡Lo que son estos españoles! Todavía voy á perder mi oficio.

Ibarra andaba deprisa con la mirada á lo lejos; el viejo criado le seguía llorando.

El sol estaba ya para ocultarse; gruesos nimbus entoldaban el cielo hacia el Oriente; un viento seco agitaba las copas de los árboles y hacía gemir á los cañaverales.

Ibarra iba descubierto; de sus ojos no brotaba una lágrima, de su pecho no se escapaba un suspiro. Andaba como si huyese de alguien, acaso de la sombra de su padre, acaso de la tempestad que se aproximaba. Atravesó el pueblo dirigiéndose hacia las afueras, hacia aquella antigua casa que desde hace muchos años no había vuelto á pisar. Rodeada de un muro donde crecen varios cactus, parecía que le hacía señas: las ventanas se abrían; el ilang-ilang se balanceaba agitando alegremente sus ramas, cargadas de flores; las palomas revoloteaban al rededor del cónico techo de su vivienda, colocada en medio del jardín.

Pero el joven no se fijaba en estas alegrías que ofrece la vuelta al antiguo hogar: tenía sus ojos clavados en la figura de un sacerdote, que avanzaba en dirección contraria. Era el cura de San Diego, aquel meditando franciscano que vimos, el enemigo del alférez. El aire plegaba las anchas alas de su sombrero; el hábito de guingón se aplastaba y amoldaba á sus formas, marcando unos muslos delgados y algo estevados. En la diestra llevaba un bastón de palasán con puño de marfil. Era la primera vez que Ibarra y él se veían.

Al encontrarse, detúvose el joven un momento y le miró de hito en hito; Fr. Salví esquivó la mirada y se hizo el distraído.

Sólo un segundo duró la vacilación: Ibarra se dirigió á él rápidamente, le paró dejando caer con fuerza la mano sobre el hombro y en voz apenas inteligible,

— ¿Qué has hecho de mi padre? preguntó.

Fr. Salví, pálido y tembloroso al leer los sentimientos que se pintaban en el rostro del joven, no pudo contestar: sentíase como paralizado.

— ¿Qué has hecho de mi padre? le volvió á preguntar con voz ahogada.

El sacerdote, doblegado poco á poco por la mano que le oprimía, hizo un esfuerzo y contestó:

— ¡V. está equivocado; yo no le he hecho nada á su padre!

— ¿Que no? continuó el joven oprimiéndole hasta hacerle caer de rodillas.

— ¡No, se lo aseguro! fué mi predecesor, fué el Padre Dámaso...

— ¡Ah! exclamó el joven soltándole y dándose una palmada en la frente. Y abandonando al pobre Fr. Salví se dirigió precipitadamente hacia su casa.

El criado llegaba entretanto y ayudaba al fraile á levantarse.

#### XIV

### TASIO EL LOCO Ó EL FILÓSOFO

El extraño viejo vagaba distraído por las calles.

Era un antiguo estudiante de Filosofía que dejó la carrera por obedecer á su anciana madre, y no fué ni por falta de medios ni de capacidad: fué precisamente porque su madre era rica, y se decía que él tenía talento. La buena mujer temía que su hijo llegase á ser un sabio y se olvidase de Dios, por lo que le dió á escoger entre ser sacerdote ó dejar el colegio de San José. Él que estaba enamorado, optó por lo último, y se casó. Viudo y huérfano en menos de un año, buscó un consuelo en los libros para librarse de su tristeza, de la gallera y de la ociosidad. Pero se aficionó demasiado á los estudios y á la compra de libros, que descuidó completamente su fortuna y se arruinó poco á poco.

Llamábanle las personas bien educadas D. Anastasio ó el filósofo Tasio, y las de mala educación que eran la mayoría, Tasio el loco, por sus raros pensamientos y extraña manera de tratar á los hombres.

Como decíamos, la tarde amenazaba tempestad; algunos relámpagos iluminaban con pálida luz el cielo plomizo; la atmósfera era pesada y el aire sumamente bochornoso.

El filósofo Tasio parecía haber olvidado ya su querida calavera: ahora sonríe mirando las oscuras nubes.

Cerca de la iglesia encontróse con un hombre, vestido de una chaqueta de alpaca, llevando en la mano más de una arroba en velas, y un bastón de borlas, insignia de la autoridad.

— ¿Parece que estáis alegre? preguntóle éste en tagalo.

— En efecto, señor Capitán; estoy alegre porque tengo una esperanza.

— ¿Ah? y qué esperanza es esa?

— ¡La tempestad!

— ¡La tempestad! Pensáis bañaros sin duda? preguntó el gobernadorcillo en tono burlón mirando el modesto traje del viejo.

— ¡Bañarme... no está mal, sobre todo cuando se tropieza con una basura! contestó Tasio en tono igual, si bien algo despreciativo, mirando en la cara á su interlocutor; pero espero otra cosa mejor.

— ¿Qué pues?

— ¡Algunos rayos que maten personas y quemem casas! contestó seriamente el filósofo.

— ¡Pedid de una vez el diluvio!

— Lo merecemos todos, y vos y yo! Vos, señor gobernadorcillo, tenéis allí una arroba de velas que vienen de la tienda del chino; yo hace más de diez años que voy proponiendo á cada nuevo capitán la compra de pararrayos, y todos se me ríen, y compran bombas y cohetes, y pagan repiques de campanas. Aún más, vos mismo, al siguiente día de mi proposición, encargasteis á los fundidores chinos una esquila para Sta. Bárbara cuando la ciencia ha averiguado que es peligroso tocar las campanas en días de tempestad. Y decidme, ¿por qué el año 70 cuando se cayó un rayo en Biñán, cayó precisamente en la torre y destruyó el reloj y un altar? Qué hacía la esquilita de Sta. Bárbara?

En aquel momento brilló un relámpago.

— ¡Jesús, María y José! Sta. Bárbara bendita! murmuró el gobernadorcillo palideciendo y santiguándose.

Tasio soltó una carcajada.

— ¡Sois dignos del nombre de vuestra patrona! dijo en castellano dándole las espaldas, y se dirigió hacia la iglesia.

Los sacristanes levantaban dentro un túmulo rodeado de



cirios en candelabros de madera. Eran dos mesas grandes, puestas una encima de otra, cubiertas con lienzos negros listados de blanco; aquí y allá se veían calaveras pintadas.

— ¿Es por las almas ó por las velas? preguntó.

Y viendo á dos muchachos de diez años el uno y siete el otro aproximadamente, se dirigió á éstos sin esperar la contestación de los sacristanes.

— ¿Venís conmigo, muchachos? les preguntó. Vuestra madre os tiene preparada una cena de curas.

— ¡El sacristán mayor no nos deja salir hasta las ocho, señor! contestó el mayorcito. Espero cobrar mi sueldo para dárselo á nuestra madre.

— ¡Ah! y á dónde vais?

— A la torre, señor, para doblar por las almas.

— ¿Vais á la torre? pues cuidado! no os acerquéis á las campanas durante la tempestad.

Después abandonó la iglesia no sin haber seguido antes con una mirada de compasión á los dos muchachos que subían las escaleras para dirigirse al coro.

Tasio se frotó los ojos, miró otra vez al cielo y murmuró:

— Ahora sentiría que cayesen rayos.

Y con la cabeza baja dirigióse pensativo hacia las afueras de la población.

— ¡Pase V. antes! le dijo en español una voz desde una ventana.

El filósofo levantó la cabeza y vió á un hombre de sus treinta á treinta y cinco años que le sonreía.

— ¿Qué lee V. ahí? preguntó Tasio señalando hacia un libro que el hombre tenía en la mano.

— Es un libro de actualidad: *Las penas que sufren las benditas ánimas del Purgatorio!* contestó el otro sonriendo.

— ¡Hombre, hombre, hombre! exclamó el viejo en diferentes tonos de voz entrando en la casa; el autor debe ser muy listo.

Al subir las escaleras fué recibido amistosamente por el dueño de la casa y su joven señora. El se llamaba D. Filipino Lino y ella D.<sup>a</sup> Teodora Viña. D. Filipino era el teniente mayor y el jefe de un partido, casi liberal si se le puede llamar así, y si es posible que haya partidos en los pueblos de Filipinas.

— ¿Ha encontrado V. en el cementerio al hijo del difunto D. Rafael que acaba de llegar de Europa?

— Sí, le vi cuando bajaba del coche.

— Dicen que ha ido á buscar el sepulcro de su padre... El golpe debió haber sido terrible.

El filósofo se encogió de hombros.

— ¿No se interesa V. por esa desgracia? preguntó la joven señora.

— Ya sabe V. que fui yo uno de los seis que acompañamos al cadáver; fui yo quien me presenté al Capitán General cuando vi que aquí todo el mundo, hasta las autoridades, se callaban ante tan grande profanación, y eso que prefiero siempre honrar al hombre bueno en su vida que no en su muerte.

— ¿Entonces?

— Pero señora, yo no soy partidario de la monarquía hereditaria. Por las gotas de sangre china que mi madre me ha dado, pienso un poco como los chinos: honro al padre por el hijo pero no al hijo por el padre. Que cada uno reciba el premio ó el castigo por sus obras, pero no por las de los otros.

— ¿Ha mandado V. decir una misa por su difunta esposa, como se lo aconsejaba ayer? preguntó la mujer cambiando de conversación.

— ¡No! contestó el viejo sonriendo.

— ¡Lástima! exclamó ella con verdadero pesar; dicen que hasta mañana, á las diez, las almas vagan libres esperando los sufragios de los vivos; que una misa en estos días equivale á cinco en otros días del año, ó á seis como dijo el cura esta mañana.

— ¡Hola! es decir que tenemos un gracioso plazo que hay que aprovechar?

— ¡Pero, Doray! intervino D. Filipo; ya sabes que D. Anastasio no cree en el Purgatorio.

— ¿Que no creo en el Purgatorio? protestó el viejo medio levantándose de su asiento. ¡Hasta sé algo de su historia!

— ¡La historia del Purgatorio! exclamaron llenos de sorpresa ambos consortes. ¡A ver! Cuéntenosla V.!

— ¿No la saben Vds. y mandan allá misas y hablan de sus penas? ¡Bueno! ya que empieza á llover y parece que va á durar, tendremos tiempo de no aburrirnos, contestó Tasio poniéndose un momento á meditar.

D. Filipo cerró el libro que tenía en la mano, y Doray se sentó á su lado, dispuesta á no creer en nada de lo que el viejo Tasio iba á decir. Este comenzó de la siguiente manera:

— El Purgatorio existía mucho antes de que viniera al mundo N. S. Jesucristo, y debía estar en el centro de la tierra según el P. Astete, ó en las cercanías de Cluny según el monje de que nos habla el P. Girard. El sitio aquí es lo de menos. Ahora bien; ¿quiénes se tostaban en aquellos fuegos que ardían desde el principio del mundo? Su existencia antiquísima lo

prueba la Filosofía cristiana que dice que Dios no ha creado nada nuevo desde que descansó.

— Podría haber existido *in potentia*, pero no *in actu*! objetó el teniente mayor.

— ¡Muy bien! Sin embargo os contestaré que algunos lo conocieron y como existente *in actu*, uno de ellos fué Zarathustra ó Zoroastro que escribió parte del Avesta y fundó una religión, que tenía ciertos puntos de contacto con la nuestra; y Zarathustra, según los sabios, existió ochocientos años lo menos antes de Jesucristo. Digo lo menos, pues Gaffarel, después de examinar los testimonios de Platón, Xanto de Lidia, Plinio, Hermipos y Eudoxo, le cree anterior en dos mil quinientos años á nuestra era. Sea de esto lo que se quiera, es lo cierto que Zarathustra hablaba ya de una especie de Purgatorio, y daba los medios para librarse de él. Los vivos pueden redimir las almas de los muertos en pecado, recitando pasajes del Avesta, haciendo buenas obras, pero con la condición de que el que ha de orar sea un pariente hasta la cuarta generación. El tiempo para esto tenía lugar cada año y duraba cinco días. Más tarde, cuando esta creencia se hubo afirmado en el pueblo, los sacerdotes de aquella religión vieron en ella un gran negocio y explotaron aquellas «cárceles profundamente oscuras en donde reinan los remordimientos», como Zarathustra dice. Establecieron pues que por el precio de un *derem*, una moneda de poco valor según dicen, se le puede ahorrar al alma un año de torturas; pero como para aquella religión había pecados que costaban de 300 á 1,000 años de sufrimientos, como la mentira, la mala fe, el no cumplir una palabra dada, etc., resultaba que los pícaros se embolsaban millones de *derems*. Aquí verán Vds. algo que se parece ya á nuestro Purgatorio, si bien con la diferencia sobreentendida de la diferencia de religiones.

Un relámpago, seguido de un retumbante trueno, hizo levantarse á Doray, quien dijo santiguándose:

— ¡Jesús, María y José! Los dejo á Vds.; voy á quemar palma bendita y encender candelas de perdón.

La lluvia empezó á caer á torrentes. El filósofo Tasio prosiguió mientras miraba alejarse á la joven:

— Ahora que no está, podemos hablar de la materia más razonadamente. Doray, aunque un poco supersticiosa, es una buena católica, y á mí no me gusta arrancar la fe del corazón: una fe pura y sencilla se distingue del fanatismo como la llama, del humo, como una música, de una algarabía: los imbeciles como los sordos los confunden. Entre nosotros podemos

decir que la idea del Purgatorio es buena, santa y razonable; continúa la unión entre los que fueron y los que son, y obliga á una mayor pureza de vida. El mal está en el abuso que de él se hace.

Pero veamos ahora cómo pudo pasar al catolicismo esta idea que no existía ni en la Biblia ni en los Santos Evangelios. Ni Moisés ni Jesucristo hacen la más pequeña mención de él, y el único pasaje que citan de los Macabeos es insuficiente, además de que este libro fué declarado por el concilio de Laodicea apócrifo, y la Santa Iglesia Católica sólo lo ha admitido con posterioridad. La religión pagana tampoco tenía nada que se pareciese á él. El pasaje tan citado de Virgilio de *Alia panduntur inanes*, que diera ocasión á que S. Gregorio el Grande hablase de almas ahogadas, y que Dante hubiese amplificado en su *Divina Comedia*, no puede ser el origen de esta creencia. Ni los bramanes, ni los budhistas, ni los egipcios que dieran á Grecia y Roma su Caronte y su Averno, tampoco tenían nada que se pareciese á esta idea. No hablo ya de las religiones de los pueblos del Norte de Europa: éstas, religiones de guerreros, bardos y cazadores pero no de filósofos, si bien conservan aún sus creencias y hasta ritos, cristianizados, sin embargo no han podido acompañar á sus hordas en los saqueos de Roma ni sentarse en el Capitolio: religiones de las brumas se disipaban al sol del mediodía. — Pues bien, los cristianos de los primeros siglos no creían en el Purgatorio: morían con esa alegre confianza de ver en breve cara á cara á Dios. Los primeros Padres de la Iglesia que al parecer lo mencionaron, fueron S. Clemente de Alejandria, Orígenes y S. Ireneo, quizás influidos por la religión zarathustriana, que entonces florecía aún y estaba muy extendida por todo el Oriente, pues nosotros leemos á cada paso reproches al orientalismo de Orígenes. S. Ireneo probaba su existencia por el hecho de haber permanecido Jesucristo «tres días en las profundidades de la tierra», tres días de Purgatorio, y sacaba de esto que cada alma debía permanecer en él hasta la resurrección de la carne, por más que en esto el *Hodie mecum eris in Paradiso* parece contradecirle. S. Agustín habla también del Purgatorio, pero, si no afirma su existencia, no la cree sin embargo imposible, suponiendo que podrían continuarse en la otra vida los castigos que en éste recibimos por nuestros pecados.

— ¡Diantre con S. Agustín! exclamó D. Filipo; no estaba satisfecho con lo que aquí sufrimos y quería la continuación!

— Pues así andaba la cosa: unos creían y otros no. Sin embargo de que S. Gregorio lo llegó ya á admitir en su *de qui-*

*busdam levibus culpis esse ante iudicium purgatorius ignis cre-*  
*dendus est*, nada hubo sobre ello definitivo hasta el año 1439,  
esto es, ocho siglos más tarde, en que el Concilio de Florencia  
declaró que debía existir un fuego purificador para las almas  
de los que han muerto en el amor de Dios, pero sin haber  
satisfecho aún á la Justicia divina. Ultimamente el Concilio  
Tridentino, bajo Pío IV en 1563, en la sesión XXV dió el de-  
creto del Purgatorio que empieza: *Cum catholica ecclesia, Spi-*  
*ritu Sancto edocta, etc.*, en donde dice que los sufragios de los  
vivos, las oraciones, limosnas y otras obras piadosas eran  
los medios más eficaces de librar á las almas, si bien antepone  
á todo el sacrificio de la misa. Los protestantes no creen sin  
embargo en él, y los Padres griegos tampoco, pues echan de  
menos un fundamento cualquiera bíblico, y dicen que el plazo  
para el mérito ó demérito termina á la muerte, y que el *Quod-*  
*cumque ligaberis in terra*, no quiere decir *usque ad purgato-*  
*rium*, etc.: pero á esto se puede contestar que estando el  
Purgatorio en el centro de la tierra, caía naturalmente bajo  
el dominio de S. Pedro. Pero no acabaría si tuviese que decir  
aquí todo lo que sobre el asunto se ha dicho. Un día que  
queráis discutir conmigo la materia, venid á mi casa y allá  
abriremos volúmenes y discutiremos libre y tranquilamente.  
Ahora me voy: yo no sé por qué esta noche la piedad de los  
cristianos permite el robo — Vds., las autoridades lo dejan, —  
y yo temo por mis libros. Si me los robasen para leerlos, lo  
dejaría, pero sé que muchos los quieren quemar para hacerme  
una obra de caridad, y esta clase de caridad, digna del califa  
Omar, es temible. Algunos por estos libros me creen ya con-  
denado...

— ¿Pero supongo que V. creará en la condenación? pre-  
guntó sonriendo Doray, que aparecía llevando en un braserillo  
hojas secas de palma que despedían humo fastidioso y agra-  
dable perfume.

— ¡Yo no sé, señora, lo que de mí hará Dios! respondió el  
viejo Tasio pensativo. Cuando esté agonizando, me entregaré á  
El sin temor; haga de mí lo que quiera. Pero se me ocurre un  
pensamiento...

— Y ¿qué pensamiento es ése?

— Si los únicos que pueden salvarse son los católicos, y  
de entre éstos un cinco por ciento, como dicen muchos curas,  
y formando los católicos una duodécima parte de la población  
de la tierra si hemós de creer lo que dicen las estadísticas,  
resultaría que después de haberse condenado millares de milla-  
res de hombres durante los innumerables siglos que trans-

currieron antes que el Salvador viniese al mundo, después que un hijo de Dios se ha muerto por nosotros, ahora sólo conseguiría salvarse cinco por cada mil doscientos? ¡Oh ciertamente no! prefiero decir y creer con Job: *¿Serás severo contra una hoja que vuela y perseguirás una arista seca?* ¡No, tanta desgracia es imposible, creerlo es blasfemar, no, no!

— ¿Qué quiere V.? La Justicia, la Pureza divina...

— ¡Oh! pero la Justicia y la Pureza divina veían el porvenir antes de la creación! contestó el viejo estremeciéndose y levantándose. La creación, el hombre es un ser contingente y no necesario, y ese Dios no debía haberle criado, no, si para hacer feliz á uno debía condenar á centenares á una eterna desgracia, y todo por culpas heredadas, ó de un momento. No! Si eso fuera cierto, ahogue V. á su hijo que allí duerme; si tal creencia no fuese una blasfemia contra ese Dios que debe ser el Supremo Bien, entonces el Molok fenicio que se alimentaba con sacrificios humanos y sangre inocente, y en cuyas entrañas se quemaban á los niños arrancados del seno de sus madres, ese dios sanguinario, esa divinidad horrible sería al lado de él una débil doncella, una amiga, la madre de la Humanidad!

Y lleno de horror, el loco ó el filósofo abandonó la casa, corriendo á la calle á pesar de la lluvia y de la obscuridad.

Un deslumbrador relámpago, acompañado de un espantoso trueno sembrando el aire de mortíferas chispas, alumbró al viejo que, tendidas las manos al cielo, gritaba:

— ¡Tú protestas! Ya sé que no eres cruel, ya sé que sólo debo llamarte El Bueno!

Los relámpagos redoblaban, la tempestad arreciaba...

## XV

### LOS SACRISTANES

Los truenos retumbaban á cortos intervalos, montándose unos sobre otros, y cada trueno precedido del espantoso zigzag del rayo: habriase dicho que Dios escribía con un incendio su nombre y que la bóveda eterna temblaba medrosa. La lluvia caía á torrentes y, azotada por el viento que silbaba lúgubrementes, cambiaba atontada á cada momento de dirección. Las campanas

entonaban con voz llena de miedo su melancólica plegaria, y en el breve silencio que dejaba el robusto rugido de los elementos desencadenados, un triste tañido, queja al parecer, gemía plañidero.

En el segundo cuerpo de la torre hallábanse los dos muchachos que vimos de paso hablando con el filósofo. El menor, que tenía grandes ojos negros y tímido semblante, procuraba pegar su cuerpo al de su hermano, que se le parecía mucho en las facciones sólo que la mirada era más profunda y la fisonomía más decidida. Ambos vestían pobremente trajes, llenos de zurcidos y remiendos. Sentados sobre un trozo de madera, cada uno tenía en la mano una cuerda, cuya extremidad se perdía en el tercer piso, allá arriba entre sombras. La lluvia, empujada por el viento, llegaba hasta ellos y atizaba un cabo de vela, que ardía sobre una gran piedra, de que se sirven para imitar el trueno en Viernes Santo haciéndola rodar por el coro.

— ¡Tira de tu cuerda, Crispín! dijo el mayor á su hermanito.

Este se colgó de ella, y arriba se oyó un débil lamento, que apagó al instante un trueno, multiplicado por mil ecos.

— ¡Ah! si estuviéramos ahora en casa, con madre! suspiró el pequeño mirando á su hermano; allá no tendría miedo.

El mayor no contestó; estaba mirando como se derramaba la cera y parecía preocupado.

— ¡Allá nadie me dice que robo! añadió Crispín; madre no lo permitiría! Si supiese que me pegan...

El mayor separó su vista de la llama, levantó la cabeza mordiendo con fuerza la gruesa cuerda de la que tiró violentamente, dejando oír una sonora vibración.

— ¿Vamos á vivir siempre así, hermano? continuó hablando Crispín. ¡Quisiera enfermarme mañana en casa, quisiera tener una larga enfermedad para que madre me cuidase y no me dejase volver al convento! Así no me llamarían ladrón, ni me pegarían! Y tú también, hermano, debías enfermarte conmigo.

— ¡No! contestó el mayor; nos moriríamos todos; madre de pena, y nosotros de hambre.

Crispín no replicó.

— ¿Cuánto ganas tú este mes? preguntó al cabo de un momento.

— Dos pesos; me han impuesto tres multas.

— Paga lo que dicen que he robado, así no nos llamarán ladrones; págalo, hermano!

— ¿Estás loco, Crispín? Madre no tendría que comer; el sacristán mayor dice que has robado dos onzas, y dos onzas son treinta y dos pesos.

El pequeño contó en sus dedos hasta llegar á treinta y dos.

— ¡Seis manos y dos dedos! Y cada dedo un peso, murmuró después pensativo. Y cada peso... ¿cuántos cuartos?

— Ciento sesenta.

— ¿Ciento sesenta cuartos? Ciento sesenta veces un cuarto? Madre! Y ¿cuántos son ciento sesenta?

— Treinta y dos manos, contestó el mayor.

Crispín se quedó un momento viéndose las manecitas.

— ¡Treinta y dos manos! repetía; seis manos y dos dedos, y cada dedo treinta y dos manos... y cada dedo un cuarto... ¡Madre, cuántos cuartos! No podrá uno contarlos en tres días... y se puede comprar chinelas para los pies, y sombrero para la cabeza cuando calienta el sol, y un gran paraguas cuando llueve, y comida, y ropas para ti y madre y...

Crispín se puso pensativo.

— ¡Ahora siento no haber robado!

— ¡Crispín! le reprendió su hermano.

— No te enfades! El cura ha dicho que me mataría á palos si no aparece el dinero; si yo lo hubiese robado, lo podría hacer aparecer... y si muero, que al menos tengáis ropas tú y madre! ¡Lo hubiese robado!

El mayor se calló y tiró de su cuerda. Después repuso suspirando:

— Lo que temo es que se regañe madre contigo cuando lo sepa!

— ¿Lo crees tú? preguntó el pequeño sorprendido. Tú dirás que á mí ya me han pegado mucho, yo le enseñaré mis cardenales y mi bolsillo roto: no he tenido más que un cuarto que me dieron en la Pascua, y el cura me lo quitó ayer. No he visto otro cuarto más hermoso. ¡Madre no lo va á creer, no lo creerá!

— Si el cura lo dice...

Crispín empezó á llorar, murmurando entre sollozos:

— Entonces retírate solo, no quiero retirarme; dí á madre que estoy enfermo; no quiero retirarme.

— ¡Crispín, no llores! dijo el mayor. Madre no lo creerá; no llores; dijo el viejo Tasio que nos espera una buena cena...

Crispín levantó la cabeza y miró á su hermano:

— ¡Una buena cena! Yo todavía no he comido: no me quieren dar de comer hasta que aparezcan las dos onzas... Pero y ¿sí madre lo cree? Tú le dirás que el sacristán mayor miente, y el cura que le cree, también, que todos ellos mienten: que dicen que somos ladrones porque nuestro padre es un vicioso que...

Pero una cabeza apareció saliendo del fondo de la escalerilla que conducía al piso principal, y esta cabeza, como la de



Medusa, heló la palabra en los labios del niño. Era una cabeza prolongada, flaca, con largos cabellos negros; unas gafas azules le disimulaban un ojo tuerto. Era el sacristán mayor que así solía aparecer, sin ruido, sin prevenir.

Los dos hermanos se quedaron fríos.

— ¡A ti, Basilio, te impongo una multa de dos reales por no tocar á compás! dijo con voz cavernosa como si no tuviese cuerdas vocales. Y tú, Crispín, te quedas está noche hasta que no aparezca lo que has robado.

Crispín miró á su hermano como pidiéndole amparo.

— Tenemos ya permiso... madre nos espera á las ocho, murmuró timidamente Basilio.

— ¡Es que tampoco te retiras tú á las ocho; hasta las diez!

— Pero, señor, á las nueve ya no se puede andar y la casa está lejos.

— Y ¿me querrás tú mandar á mí? le preguntó irritado el hombre. Y cogiendo á Crispín del brazo trató de arrastrarle.

— ¡Señor! hace ya una semana que no hemos visto á nuestra madre! suplicó Basilio cogiendo á su hermanito como para defenderle.

El sacristán mayor de una palmada le apartó la mano y arrastró á Crispín, que comenzó á llorar dejándose caer al suelo mientras decía á su hermano:

— ¡No me dejes, me van á matar!

Pero el sacristán, sin hacerle caso, le arrastró escaleras abajo, desapareciendo entre las sombras.

Basilio se quedó sin poder articular una palabra. Oyó los golpes que daba el cuerpo de su hermanito contra las gradas de la escalerilla, un grito, varias palmadas, y después se perdieron poco á poco aquellos acentos desgarradores.

El muchacho no respiraba: escuchaba de pie, con los ojos extremadamente abiertos, y los puños cerrados.

— ¿Cuándo podré arar un campo! murmuró entre dientes, y bajó precipitadamente.

Al llegar al coro se puso á escuchar con atención; la voz de su hermanito se alejaba á toda prisa y el grito: *madre! hermanito!* se extinguió completamente al cerrarse una puerta. Tembloroso, sudando, detúvose un momento; mordióse el puño para ahogar un grito que se le escapaba del corazón y dejó vagar sus miradas en la semi-obscuridad de la iglesia. Allí ardía débilmente la lámpara de aceite; el catafalco estaba en medio; las puertas todas cerradas, y las ventanas tenían rejas.

De repente subió la escalerilla, pasó el segundo cuerpo donde ardía la vela y subió al tercero. Desató las cuerdas que suje-

taban los badajos, y después volvió á descender pálido, pero sus ojos brillaban y no por las lágrimas.

La lluvia en tanto comenzaba á cesar y el cielo se despejaba poco á poco.

Basilio anudó las cuerdas, ató un cabo á un balaustre de la barandilla, y sin acordarse de apagar la luz se dejó deslizar en medio de la obscuridad.

Algunos minutos después, en una de las calles del pueblo se oyeron voces y resonaron dos tiros; pero nadie se alarmó y todo quedó otra vez en silencio.

## XVI

### SISA

La noche es oscura: duermen en silencio los vecinos; las familias que han recordado á los que dejaron de existir, se entregan al sueño tranquilas y satisfechas: han rezado tres partes de rosario con *requiems*, la novena de las almas, y quemado muchas velas de cera delante de las sagradas imágenes. Los ricos y pudientes han cumplido con los deudos que les legaron su fortuna; al día siguiente oirían las tres misas que dice cada sacerdote, darían dos pesos para otra en su intención, y luego comprarían la bula de los difuntos, llena de indulgencias. A fe que la Justicia divina no parece tan exigente como la humana.

Pero el pobre, el indigente que apenas gana para mantenerse y tiene que sobornar á los directorcillos, escribientes y soldados para que le dejen vivir en paz, ése no duerme con la tranquilidad que creen los poetas cortesanos, los cuales tal vez no hayan sufrido las caricias de la miseria. El pobre está triste y pensativo. Aquella noche, si ha rezado poco, ha orado mucho, con dolor en los ojos y lágrimas en el corazón. No tiene las novenas, ni sabe las jaculatorias, ni los versos, ni los *oremus* que han compuesto los frailes para los que no tienen ideas propias, ni propios sentimientos; no los entiende tampoco. Reza en el idioma de su miseria; su alma llora por sí y por los seres muertos cuyo amor era su bien. Sus labios pueden proferir saluciones, pero su mente grita quejas y acusa lamentos. ¿Estaréis satisfechos, tú que bendijiste la pobreza, y vosotras, sombras

atormentadas, con la sencilla oración del pobre, proferida delante de una mal grabada estampa, á la luz de un *tinsim*, ó deseáis por ventura cirios delante de Cristos sangrientos, de Vírgenes de boca pequeña y ojos de cristal, las misas en latín, que dice maquinalmente el sacerdote? Y tú, Religión predicada para la humanidad que sufre, ¿habrás olvidado tu misión de consolar al oprimido en su miseria y de humillar al poderoso en su orgullo, sólo tendrás ahora promesas para los ricos, para los que pueden pagarte?

La pobre viuda vela entre los hijos que duermen á su lado; piensa en las bulas que debe comprar para el descanso de los padres y del difunto esposo. «Un peso, dice, un peso es una semana de amores para mis hijos, una semana de risas y alegrías, mis economías de un mes, un traje para mi hija que se va haciendo mujer...» — «Pero es menester que apagues estos fuegos, dice la voz que ella oyó predicar; es menester que te sacrifiques.» ¡Sí! es menester! La Iglesia no te salva gratuitamente las almas queridas: no reparte bulas gratis. La debes comprar y, en vez de dormir la noche, trabajarás. Tu hija, que enseñe entretanto sus desnudeces púdicas; ayuna, que el cielo es caro! Decididamente parece que los pobres no entran en el cielo!

Estos pensamientos van volando por el ámbito que separa el *sahig* donde está tendida la humilde estera, del *palupu* de donde cuelga la hamaca en que se mece el niño. Su respiración es fácil y reposada; de cuando en cuando mastica la saliva y articula sonidos: sueña comer el estómago hambriento que no está satisfecho con lo que le han dado los hermanos mayores.

Las cigarras van cantando monótonamente uniendo su nota eterna y continuada á los trinos del grillo, oculto en la hierba, ó de la zarandija que sale de su agujero para buscar alimento, mientras el chacón, ya no temiendo el agua, turba el concierto con su fatídica voz asomando la cabeza por el hueco de un tronco carcomido. Los perros ladran lastimeramente allá en la calle, y el supersticioso que lo escucha, está convencido de que los animales ven los espíritus y las sombras. Pero ni los perros ni los otros insectos ven los dolores de los hombres, y sin embargo ¡cuántos existen!

Allá lejos del pueblo, á una distancia como de una hora, vive la madre de Basilio y de Crispín, mujer de un hombre sin corazón, que procura vivir para sus hijos mientras el marido vaga y juega al gallo. Sus entrevistas son raras pero siempre dolorosas. Él le ha ido despojando de sus pocas alhajas para alimentar sus vicios, y cuando la sufrida Sisa ya no poseía nada para sostener los caprichos de su marido, entonces éste comenzó

á maltratarla. Débil de carácter, con más corazón que cerebro, ella sólo sabía amar y llorar. Para ella su marido era su dios; sus hijos eran sus ángeles. El, que sabía hasta qué punto era adorado y temido, se portaba también como todos los falsos dioses: cada día se hacía más cruel, inhumano, voluntarioso.

Cuando le consultó Sisa, una vez que apareció con el semblante más sombrío que nunca, sobre su proyecto de hacer sacristán á Basilio, continuó acariciando el gallo, no dijo ni si ni no, y sólo preguntó si ganaría mucho dinero. Ella no se atrevió á insistir, pero su apurada situación y el deseo de que los chicos aprendieran á leer y escribir en la escuela del pueblo, la obligaron á llevar á cabo el proyecto. El marido tampoco dijo nada.

Aquella noche á eso de diez y media ú once, cuando las estrellas brillaban ya en el cielo que la tempestad había despejado, estaba Sisa sentada sobre un banco de madera, mirando algunas ramas que medio ardían en su hogar, compuesto de piedras vivas más ó menos angulares. Sobre uno de estos trípodes ó *tunkó*, había una ollita en donde cocía arroz, y sobre las brasas tres sardinas secas, de las que se venden tres por dos cuartos.

Tenia la barba apoyada sobre la palma de su mano, mirando la llama amarillenta y débil que da la caña, cuyas pasajeras brasas se volvían pronto ceniza; triste sonrisa iluminaba su rostro. Se acordaba del gracioso acertijo de la olla y del fuego que Crispín le propuso una vez. El muchacho decía:

Naupú si Maitim, sinulut ni Mapulá  
Nang malao' y kumará-kará.

Era aún joven y se conocía que un tiempo debió ser bella y graciosa. Sus ojos que, al igual de su alma, diera ella á sus hijos, eran hermosos, de largas pestañas y profunda mirada; su nariz era correcta; sus pálidos labios, de un gracioso dibujo. ...Era lo que los tagalos llaman *kayumanging-kaligátan*, esto es, morena pero de un color limpio y puro. Sin embargo de su juventud, el dolor, ó acaso el hambre, empieza á socavar las pálidas mejillas; la abundante cabellera, en otro tiempo gala y adorno de su persona, si está aún aliñada no es por coquetería, es por costumbre; un moño muy sencillo sin agujas ni peinetas.

Había estado varios días sin salir de casa, cosiendo una obra que le habían encargado la concluyese lo más pronto posible. Ella, para ganar dinero, dejó de oír misa aquella mañana, pues habría empleado en ir y venir al pueblo dos horas lo menos: — ¡la pobreza obliga á pecar! — Concluido su trabajo, lo llevó al dueño, pero éste le prometió pagar.

Todo el día estuvo pensando en los placeres de la noche: supo que sus hijos iban á venir, y pensó regalarles. Compró sardinas, cogió de su jardincito los tomates más hermosos porque sabía que eran la comida favorita de Crispín; pidió á su vecino, el filósofo Tasio, que vivía á medio kilómetro, tapa de jabalí y una pierna de pato silvestre, los bocados favoritos de Basilio. Y llena de esperanzas coció el más blanco arroz, que ella misma había recogido en las eras. Aquello era en efecto una cena de curas para los pobres chicos.

Pero por una desgraciada casualidad vino el marido y se comió el arroz, la tapa de jabalí, la pierna del pato, cinco sardinas y los tomates. Sisa no dijo nada, si bien le parecía que se la comían á ella misma. Harto ya él, se acordó de preguntar por los hijos; entonces Sisa pudo sonreír y, contenta, prometió en su interior no cenar aquella noche, pues de lo que quedaba no había para tres. El padre preguntó por sus hijos, y esto para ella era más que comer.

Después él cogió su gallo y quiso marcharse.

— ¿No quieres verlos? preguntó temblorosa; el viejo Tasio me ha dicho que se retardarían un poco; Crispín ya lee y... quizás Basilio traiga su sueldo!

A esta última razón el marido se detuvo, vaciló, pero triunfó su ángel bueno.

— ¡En 'ese caso guárdame un peso! dijo y se marchó.

Sisa lloró amargamente, pero se acordó de sus hijos y secóse las lágrimas. Coció nuevo arroz y preparó las únicas tres sardinas que quedaron: cada uno tendría una y media.

— ¡Traerán buen apetito! pensaba; el camino es largo y los estómagos hambrientos no tienen corazón.

Atenta á todo rumor la encontramos escuchando las más ligeras pisadas; fuertes y claras, Basilio; ligeras y desiguales, Crispín, pensaba ella.

El kalao cantó en el bosque dos ó tres veces ya, desde que la lluvia había cesado, y no obstante sus hijos no llegaban todavía.

Puso las sardinas dentro de la olla para que no se enfriaran y se acercó al umbral de la choza para mirar hacia el camino. A fin de distraerse se puso á cantar en voz baja. Ella tenía una hermosa voz, y cuando sus hijos la oían cantar *kundíman*, lloraban sin saber por qué. Pero aquella noche su voz temblaba y las notas salían perezosas.

Suspendió su canto y hundió la mirada en la obscuridad. Nadie venía del pueblo, si no es el viento que hacía caer el agua de las anchas hojas de los plátanos.

De repente vió un perro negro aparecer delante de ella; el animal rastreaba algo en el sendero. Sisa tuvo miedo, cogió una piedra y se la arrojó. El perro echó á correr aullando lúgubrementes.

Sisa no era supersticiosa, pero tanto había oído hablar sobre presentimientos y perros negros que el terror se apoderó de ella. Cerró precipitadamente la puerta, y se sentó al lado de la luz. La noche favorece las creencias y la imaginación puebla el aire de espectros.

Trató de rezar, de invocar á la Virgen, á Dios para que cuidasen de sus hijos, sobre todo, de su pequeño Crispín. Y distraídamente olvidó el rezo para no pensar más que en ellos, recordando las facciones de cada uno, aquellas facciones que le sonrien continuamente ya en sueños ya en vigiliás. Mas, de repente sintió erizarse sus cabellos, sus ojos se abrieron desmesuradamente; ilusión ó realidad, ella veía á Crispín de pie al lado del hogar, allí donde solía sentarse para charlar con ella. Ahora no decía nada; la miraba con aquellos grandes ojos pensativos y sonreía.

— ¡Madre, abrid! abrid, madre! decía la voz de Basilio desde fuera.

Sisa se estremeció y la visión desapareció.

## XVII

### BASILIO

*La vida es sueño.*

Apenas pudo entrar Basilio, tambaleando se dejó caer en los brazos de su madre.

Un frío inexplicable se apoderó de Sisa al verle llegar solo. Quiso hablar pero no halló sonidos; quiso abrazar á su hijo pero tampoco halló fuerzas; llorar era imposible.

Pero á la vista de la sangre que bañaba la frente del niño, pudo gritar con ese acento que parece anunciar la rotura de una cuerda del corazón:

— ¡Hijos míos!

— ¡No temáis nada, madre! le contestó Basilio; Crispín se ha quedado en el convento.

— ¿En el convento? se ha quedado en el convento? Vive?

El niño levantó hacia ella sus ojos.

— Ah! exclamó pasando de la mayor angustia á la mayor alegría. Sisa lloró, abrazó á su hijo, cubriéndole de besos la ensangrentada frente.

— ¡Vive Crispín! tú le dejaste en el convento... y ¿por qué estás herido, hijo mio? ¿Te has caído?

Y ella le examinaba cuidadosamente.

— El sacristán mayor al llevarse á Crispín me dijo que no podría salir hasta las diez, y como era muy tarde me escapé. En el pueblo me dieron los soldados el *quien vive*, eché á correr, dispararon y una bala rozó mi frente. Temía que me prendiesen y me hiciesen fregar el cuartel á palos como lo hicieron con Pablo, que aún está enfermo.

— ¡Dios mio, Dios mio, murmuró la madre estremeciéndose, Tú le has salvado!

Y añadía mientras buscaba paños, agua, vinagre y plumón de garza:

— ¡Un dedo más y te matan, me matan á mi hijo! Los guardias civiles no piensan en las madres!

— Diréis que me he caído de un árbol; que no sepa nadie que fui perseguido.

— ¿Por qué se ha quedado Crispín? preguntó Sisa después que hubo hecho la cura á su hijo.

Este la contempló por algunos instantes, después abrazándola, le refirió poco á poco lo de las onzas; sin embargo, no habló de las torturas que hacían sufrir á su hermanito.

Madre é hijo confundieron sus lágrimas.

— ¡Mi buen Crispín! acusar á mi buen Crispín! Es porque somos pobres, y los pobres tenemos que sufrirlo todo! murmuraba Sisa mirando con sus ojos llenos de lágrimas el *tin hoy* cuyo aceite se acababa.

Así permanecieron algún rato silenciosos.

— ¿Has cenado ya? No? Hay arroz y sardinas secas.

— No tengo ganas; agua, quiero agua no más.

— ¡Sí! repuso la madre con tristeza; ya sabía yo que no te gustaban las sardinas secas; yo te había preparado otra cosa, pero vino tu padre, ¡pobre hijo mio!

— ¿Vino padre? preguntó Basilio y examinó instintivamente la cara y las manos de su madre. La pregunta del hijo hizo oprimirse el corazón de Sisa, que le comprendió demasiado, así es que se apresuró á añadir:

— Vino y preguntó mucho por vosotros, quería veros; tenía mucha hambre. Ha dicho que si seguís siendo buenos, volvería á quedarse con nosotros.

— ¡Ah! interrumpió Basilio, y sus labios se contrajeron con disgusto.

— ¡Hijo! le reprendió ella.

— ¡Perdonad, madre! repuso seriamente; ¿no estamos mejor nosotros tres, vos, Crispín y yo? pero lloráis; no he dicho nada.

Sisa suspiró.

— ¿No cenas? Entonces acostémonos que ya es tarde.

Sisa cerró la choza y cubrió las pocas brasas con ceniza para que no se extinguiesen, como hace el hombre con los sentimientos del alma: cubrirlos con la ceniza de la vida que llaman indiferencia, para que no se apagueñ con el trato cotidiano de nuestros semejantes.

Basilio murmuró sus oraciones y acostóse cerca de su madre que rezaba arrodillada.

Sentía calor y frío; procuró cerrar los ojos pensando en su hermanito que aquella noche contaba dormir en el regazo de la madre y ahora lloraría y temblaría de miedo en un rincón obscuro del convento. Sus oídos le repetían aquellos gritos, como los había oído en la torre, pero la cansada naturaleza principió á confundir sus ideas, y el espíritu de los ensueños descendió sobre sus ojos.

Vió una alcoba donde ardían dos velas. El cura, con el bejuco en la mano, escuchaba sombrío al sacristán mayor que le hablaba en un extraño idioma, con gestos horribles. Crispín temblaba y volvía los ojos llorosos á todas partes como buscando á alguien ó un escondite. El cura se vuelve á él y le interpela irritado y el bejuco silba. El niño corre á esconderse detrás del sacristán, pero éste le coge, le sujeta y le ofrece al furor del cura: el infeliz pugna, patalea, grita, se tira al suelo, rueda, se levanta, huye, resbala, cae y para los golpes con las manos, que, heridas, esconde vivamente, aullando. Basilio le ve retorcerse, golpear el suelo con la cabeza, ve y oye silbar el bejuco! Desesperado su hermanito se levanta; loco de dolor se arroja sobre sus verdugos y muerde al cura en la mano. Este suelta un grito, deja caer el bejuco; el sacristán mayor coge un bastón, le da un golpe en la cabeza y el niño cae aturdido; el cura, al verse herido le pateo, pero, ya no se defiende, ya no grita: rueda por el suelo como una masa inerte y deja un húmedo rastro... <sup>1)</sup>

<sup>1)</sup> Sueño ó realidad no sabemos que esto le haya sucedido á ningún franciscano; del agustino P. Piernavieja se cuenta algo parecido.



La voz de Sisa le llamó á la realidad.

— ¿Qué tienes? Por qué lloras?

— ¡Soñé... ¡Dios! exclamó Basilio incorporándose cubierto de sudor. Fué un sueño; decid, madre, que no fué más que un sueño, un sueño no más!

— ¿Qué has soñado?

El muchacho no contestó. Sentóse para enjugarse las lágrimas y el sudor. La choza estaba toda á oscuras.

— ¡Un sueño, un sueño! repetía Basilio en voz baja.

— ¡Cuéntame qué has soñado; no puedo dormir! decía la madre cuando su hijo volvió á acostarse.

— Pues, dijo éste en voz baja, soñé que fuimos á recoger espigas... en una sementera donde había muchas flores... las mujeres tenían cestos llenos de espigas... los hombres tenían también cestos llenos de espigas... y los niños también... No me acuerdo más, madre, nó me acuerdo de lo demás!

Sisa no insistió; ella no hacía caso de los sueños.

— Madre, he formado un proyecto esta noche, dijo Basilio después de algunos minutos de silencio.

— ¿Qué proyecto? preguntó ella.

Sisa, humilde en todo, era humilde hasta con sus hijos; los creía más juiciosos que ella misma.

— ¡Ya no quisiera ser sacristán!

— ¿Cómo?

— Oíd, madre, lo que he pensado. Hoy ha llegado de España el hijo del difunto D. Rafael, el cual será tan bueno como su padre. Pues bien, madre, mañana sacáis á Crispín, cobráis mi sueldo y decís que ya no seré sacristán. Tan pronto como me ponga bueno, iré á verle á D. Crisóstomo y le suplicaré me admita como pastor de vacas ó carabaos: ya soy bastante grande. Crispín podrá aprender en casa del viejo Tasio, que no pega y es bueno, por más que no lo crea el cura. ¿Qué tenemos ya que temer del Padre? ¿Puede hacernos más pobres de lo que somos? Creedlo, madre, el viejo es bueno; yo le he visto varias veces en la iglesia cuando no hay nadie en ella; se arrodilla y ora, creedlo. Conque, madre, dejaré de ser sacristán; se gana poco y, todavía, lo que se gana se va en multas! Todos se quejan de lo mismo. Seré pastor, y cuidando bien lo que se me confíe, me haré querer del dueño; quizás nos dejen ordeñar una vaca para tomar leche; á Crispín le gusta mucho la leche. ¡Quién sabe! quizás os regalen una ternera si ven que me porto bien; la cuidaremos y la engordaremos como nuestra gallina. En el bosque cogeré frutas y las venderé en el pueblo, juntamente con las legumbres de nuestra huerta, y así tendre-

mos dinero. Armaré lazos y trampas para coger aves y gatos monteses, pescaré en el río, y cuando sea más grande, cazaré. Podré también cortar leña para vender ó regalar al dueño de las vacas, y así le tendremos contento. Cuando pueda arar, le pediré me confíe un pedazo de tierra para sembrar caña de azúcar ó maíz y no tendréis que coser hasta la media noche. Tendremos ropas nuevas cada fiesta, comeremos carne y pescados grandes. Entretanto viviré libre, nos veremos todos los días y comeremos juntos. Y ya que dice el viejo Tasio que Crispín tiene mucha cabeza, le enviaremos á Manila á estudiar; yo le mantendré trabajando: ¿verdad, madre? Y será doctor, ¿qué decís?

— ¿Qué he de decir sino sí? contestó Sisa abrazando á su hijo.

Ella notó que el hijo no contaba para nada con su padre en el porvenir, y lloró lágrimas silenciosas.

Basilio siguió hablando de sus proyectos con esa confianza de los años que no ve más que lo que se quiere ver. Sisa á todo decía sí, todo le parecía bueno. El sueño volvió á descender poco á poco sobre los cansados párpados del niño, y esta vez el Ole-Lukóie de que nos habla Andersen desplegó sobre él su hermoso paraguas, lleno de alegres pinturas.

Ya se veía pastor con su hermanito; cogían guayabas, alpay y otras frutas en el bosque; andaban de rama en rama, ligeros como las mariposas; entraban en las grutas y veían que las paredes brillaban; bañábanse en los manantiales, y la arena era polvos de oro, y las piedras como las piedras de la corona de la Virgen. Los pececillos les cantaban y reían, las plantas inclinaban sus ramas, cargadas de monedas y frutas. Luego vió una campana, colgada de un árbol, y una cuerda larga para tocarla: á la cuerda había atada una vaca con un nido de pájaros entre las astas, y Crispín estaba dentro de la campana, etc. Y así fué soñando.

Pero la madre, que no tenía su edad ni había corrido durante una hora, no dormía.

## XVIII

### ALMAS EN PENA

Serían las siete de la mañana cuando Fr. Salví concluyó de decir su última misa: las tres se ofrecieron en el espacio de una hora.

— «El Padre está enfermo, decían las devotas; no se mueve con la pausa y elegancia de costumbre.»

Despojóse de sus vestiduras sin decir una palabra, sin mirar á nadie, sin hacer ninguna observación.

— ¡Atención! se cuchicheaban los sacristanes; ¡el barreno progresa! ¡Van á llover multas, y todo por culpa de los dos hermanos!

Abandonó la sacristía para subir á la casa parroquial en cuyo zaguán-escuela, aguardábanle sentadas en los bancos unas siete ú ocho mujeres y un hombre que se paseaba de un extremo á otro. Al verle venir, levantáronse, una mujer se adelantó para besarle la mano, pero el religioso hizo un gesto tal de impaciencia que la detuvo en medio de su camino.

— ¡Habrás perdido un real *Kuriput*?<sup>1)</sup> exclamó la mujer con risa burlona, ofendida de tal recibimiento. ¡No darle á besar la mano á ella, la celadora de la Hermandad, la Hermana Rufa! Aquello era inaudito.

— ¡Esta mañana no se ha sentado en el confesonario! añadió Hermana Sipa, una vieja sin dientes; yo quería confesarme para comulgar y ganar las indulgencias.

— ¡Pues, os compadezco! repuso una joven de cándida fisonomía; esta semana gané tres plenarias, y las dediqué al alma de mi marido.

— ¡Mal hecho, Hermana Juana! dijo la ofendida Rufa. Con una plenaria había bastante para sacarle del Purgatorio; no debéis malgastar las santas indulgencias; haced lo que yo.

— Yo decía: ¡cuanto más, mejor! contestó la sencilla Hermana Juana sonriendo. Pero decid, ¿qué es lo que hacéis?

Hermana Rufa no contestó al instante: primero pidió un buyo, lo mascó, miró á su auditorio que escuchaba atento, escupió á un lado, y comenzó mientras mascaba tabaco:

— ¡Yo no malgasto ni un santo día! Desde que pertenezco á la Hermandad he ganado 457 indulgencias plenarias, 760,598 años de indulgencias. Apunto todas las que gano, porque me gusta tener cuentas limpias; no quiero engañar, ni que me engañen.

Hermana Rufa hizo una pausa y continuó mascando; las mujeres la miraban con admiración, pero el hombre que se paseaba se detuvo, y le dijo un poco desdeñoso:

— Pues yo, solamente este año he ganado cuatro plenarias más que vos, Hermana Rufa, y cien años más, y eso que este año no he rezado mucho.

<sup>1)</sup> Mezquino, avaro. (N. del T.)

— ¿Más que yo? Más de 689 plenarias, 994,856 años? repitió Hermana Rufa algo disgustada.

— Eso es, ocho plenarias más y ciento quince años más y en pocos meses, repitió el hombre de cuyo cuello pendían escapularios y rosarios mugrientos.

— No es extraño, dijo la Rufa dándose por vencida; ¡sois el maestro y el jefe en la provincia!

El hombre se sonrió lisonjeado.

— No es extraño que gane más que vos, en efecto; casi, casi puedo decir que aún durmiendo gano indulgencias.

— Y ¿qué hacéis de ellas, maestro? preguntan cuatro ó cinco voces á la vez.

— ¡Psh! contestó el hombre haciendo una mueca de soberano desprecio; ¡las tiro por aquí y por allá!

— ¡Pues en eso sí que no os puedo alabar, maestro! protestó la Rufa. ¡Iréis al Purgatorio por malgastar indulgencias! Ya sabéis que por cada palabra inútil se padecen cuarenta días de fuego, según el cura; por cada palmo de hilo, sesenta; por cada gota de agua, veinte. ¡Vais al Purgatorio!

— ¡Ya sabré yo salir de él! contesta Hermano Pedro con una confianza sublime. ¡He sacado tantas almas del fuego! ¡He hecho tantos santos! Y además, *in artículo mortis* puedo ganarme todavía, si quiero, lo menos siete plenarias, y podré salvar á otros, muriendo!

Y dicho esto se alejó, orgullosamente.

— Sin embargo, debíais hacer lo que yo, que no pierdo un día y tengo bien mis cuentas. ¡No quiero engañar ni que me engañen!

— ¿Qué hacéis, pues? preguntó la Juana.

— Pues debéis imitar lo que hago. Por ejemplo: suponed que gano un año de indulgencias; lo apunto en mi cuaderno y digo: Bienaventurado Padre Señor Santo Domingo, haced el favor de ver si en el Purgatorio hay alguno que precisamente necesite un año, ni un día más ni un día menos. Juego cara y cruz; si sale cara, no; si sale cruz, sí. Pues supongamos que sale cruz, entonces escribo = *cobrado*; ¿sale cara? entonces retengo la indulgencia, y de este modo hago grupitos de cien años que tengo bien apuntados. Lástima que con ellas no se pueda hacer lo que con el dinero: darlas á interés; se podrían salvar más almas. Creedme, haced lo que yo.

— ¡Pues yo, hago otra cosa mejor! contestó Hermana Sipa.

— ¿Qué? ¿mejor? pregunta sorprendida la Rufa. ¡No puede ser! ¡Lo que hago es inmejorable!

— ¡Oid un momento y os convenceréis, Hermana! contesta la vieja Sipa en tono desabrido.

— ¡A ver, á ver! ¡oigamos! dijeron las otras.

Después de una tos ceremoniosa habló la vieja de esta manera:

— Vosotras sabéis muy bien que rezando el *Bendita-sea-tu-Pureza*, y el *Señor-mio-Jesucristo,-Padre-dulcisimo-por-el-gozo*, se ganan diez años por cada letra...

— ¡Veinte! — ¡No, menos! — ¡Cinco! dijeron varias voces.

— ¡Uno más uno menos no importa! Ahora: cuando un criado ó una criada me rompe un plato, vaso ó taza, etc., le hago recoger todos los pedazos, y por cada uno, aun por el más pequenito tiene que rezarme el *Bendito-sea-tu-pureza* y el *Señor-mio-Jesucristo-Padre-dulcisimo-por-el-gozo*, y las indulgencias que gano las dedico á las almas. En casa todos los saben menos los gatos:

— Pero esas indulgencias las ganan las criadas y no vos, Hermana Sipa, objeta la Rufa.

— Y ¿mis tazas, y mis platos quién me los paga? Ellas están contentas de pagarlos así y yo también; no las pego, sólo algún coscorrón ó pellizco...

— ¡Lo voy á imitar! — ¡Haré lo mismo! — ¡Y yo! decían las mujeres.

— Pero y ¿si el plato no se ha roto más que en dos ó tres pedazos, ganáis poco! observa aún la terca Rufa.

— ¡Abá! contesta la vieja Sipa, les hago rezar también, hago colar los pedazos y no perdimos nada.

Hermana Rufa no supo ya que objetar.

— Permitidme que os pregunte una duda, dice tímidamente la joven Juana. Vosotras, señoras, entendéis tan bien estas cosas del Cielo, Purgatorio é Infierno... yo confieso que soy ignorante.

— ¡Hablad!

— Encuentro muchas veces en las novenas y otros libros este encargo: *Tres padrenuestros, tres avemarias y tres gloria-patris...*

— ¿Y bien?

— Pues quería saber cómo hay que rezarlos: ó tres padrenuestros seguidos, tres avemarias seguidas y tres gloria-patris seguidos, ó tres veces un padrenuestro un avemaria y un gloria-patris?

— Pues así es, tres veces un padrenuestro...

— ¡Perdonad, hermana Sipa! interrumpe la Rufa: deben rezarse de la otra manera: á los machos no hay que mezclarlos

con las hembras; los padrenuestros son machos, las avemarias son hembras y los glorias son los hijos.

— ¡Ee! perdonad, Hermana Rufa; padrenuestro, avemaría y gloria son como arroz, vianda y salsa, un bocado de los santos...

— ¡Estáis equivocada! Ved solamente, vos que rezáis así no conseguís nunca lo que pedís!

— Y vos porque rezáis así, no sacáis nada de vuestras novenas! replica la vieja Sipa.

— ¿Quién? dice la Rufa levantándose; hace poco perdí un cerdito, recé á S. Antonio, y lo encontré, y tanto que lo vendí á buen precio ¡abá!

— Sí? por eso decía vuestra vecina que vendisteis un cerdito suyo!

— ¿Quién? La sin-vergüenza! ¿Acaso soy como vos...?

El maestro tuvo que intervenir para poner paces: ya nadie se acordaba de los padrenuestros, sólo se hablaba de cerdos.

— ¡Vamos, vamos, no hay que reñir por un cerdito, Hermanas! Las Santas Escrituras nos dan ejemplo: los herejes y protestantes no le han reñido á N. S. Jesucristo que arrojó al agua una piara de puercos que les pertenecían, y nosotros que somos cristianos y además Hermanos del Smo. Rosario, habremos de reñir por un cerdito? Qué dirían de nosotros nuestros rivales, los Hermanos Terceros?

Calláronse todas admirando la profunda sabiduría del maestro y temiendo el qué dirán de los Hermanos Terceros. Aquél, satisfecho de aquella obediencia, cambió de tono y prosiguió:

— Pronto nos hará llamar el cura. Hay que decirle qué predicador elegimos de los tres que ayer propuso: ó el P. Dámaso, ó el P. Martín ó el coadjutor. No sé si han elegido ya los Terceros; es menester decidir.

— El coadjutor... murmura tímidamente la Juana.

— ¡Hm! El coadjutor no sabe predicar! dice la Sipa; mejor es el P. Martín.

— ¿El P. Martín! exclama otra con desdén; no tiene voz; mejor es el P. Dámaso.

— ¡Ese, ése es! exclama la Rufa. El P. Dámaso si que sabe predicar, parece un comediante, ése!

— ¡Pero no le entendemos! murmura la Juana.

— ¡Porque es muy profundo! y con tal que predique bien...

En esto llegó Sisa, llevando una cesta sobre la cabeza, dió los buenos días á las mujeres y subió las escaleras.

— ¡Aquélla sube! subamos también! dijeron.

Sisa sentía latir con violencia su corazón mientras subía las escaleras: no sabía qué iba á decir al Padre para aplacar su enojo ni qué razones iba á darle para abogar por su hijo. Aquella mañana, con las primeras tintas de la aurora, había ella bajado á la huerta para coger sus más hermosas legumbres, que colocó en un cesto entre hojas de plátano y flores. Fué á orillas del río á buscar *pakó*, que sabía le gustaba al cura comer en ensalada. Vistióse sus mejores ropas, y con la cesta sobre la cabeza, sin despertar á su hijo, partió para el pueblo.

Procurando hacer el menos ruido posible, subía las escaleras lentamente, escuchando atenta por si acaso oía una voz conocida, fresca, infantil.

Pero no oyó ni encontró á nadie y se dirigió á la cocina.

Allí miró á todos los rincones: criados y sacristanes la recibieron con frialdad. Saludó y apenas la contestaron.

— ¿Dónde podré dejar estas legumbres? preguntó sin darse por ofendida.

— ¡Allí... en cualquiera parte! contestó el cocinero sin mirarlas apenas, atento á su faena: estaba desplumando un capón.

Sisa fué colocando ordenadamente sobre la mesa las berenjenas, los amargosos, las patolas, la zarzalida y los tiernos ramos de *pakó*. Después puso las flores encima, medio se sonrió, y preguntó á un criado, que le pareció más tratable que el cocinero:

— ¿Podré hablar con el Padre?

— Está enfermo, contestó éste en voz baja.

— ¿Y Crispín? Sabéis si está en la sacristía?

El criado la miró sorprendido.

— ¿Crispín? preguntó frunciendo las cejas. ¿No está en vuestra casa? Lo querréis negar?

— Basilio está en casa, pero Crispín se ha quedado aquí, repuso Sisa; quiero verle...

— ¡Ya! dice el criado; se quedó, pero después... después se escapó, robando muchas cosas. El cura me ha mandado ir esta mañana temprano al cuartel para dar parte á la Guardia Civil. Ya deben haber ido á vuestra casa á buscar á los chicos.

Sisa se tapó las orejas, abrió la boca, pero sus labios se agitaron en vano: no salió ningún sonido.

— ¡Vaya con unos hijos que tenéis! añadió el cocinero. Se conoce que sois fiel esposa: los hijos han salido como el padre! ¡Cuidado que el pequeño le va á sobrepasar!

Sisa prorrumpió en amargo llanto, dejándose caer sentada sobre un banco.

— ¡No lloréis aquí! le gritó el cocinero; ¿no sabéis que el Padre está enfermo? Id á llorar en la calle.

La pobre mujer casi á empujones descendió las escaleras al mismo tiempo que las hermanas que murmuraban y hacían conjeturas acerca de la enfermedad del cura.

La desgraciada madre ocultó su cara con el pañuelo y reprimió el llanto.

Al llegar á la calle, miró indecisa en torno suyo, después, como si hubiese tomado una determinación, se alejó rápidamente.

## XIX

### AVENTURAS DE UN MAESTRO DE ESCUELA

El vulgo es necio y pues lo paga, es justo  
Hablarle en necio para darle gusto.

(Lope de Vega.)

El lago, rodeado de sus montañas, duerme tranquilo con esa hipocresía de los elementos, como si la noche anterior no hubiese hecho coro á la tempestad. A los primeros reflejos de luz que despiertan en las aguas á los genios fosforescentes, se dibujan á lo lejos, casi en el confín del horizonte, parduscas siluetas: son las bancas de los pescadores que recogen la red; cascos y paraos que tienden sus velas.

Dos hombres, vestidos de riguroso luto, contemplan silenciosos el agua desde una altura; uno de ellos es Ibarra, y el otro es un joven de un aspecto humilde y fisonomía melancólica.

— ¡Aquí es! decía este último; aquí fué arrojado el cadáver de su padre. Aquí nos condujo el sepulturero al teniente Guevara y á mí!

Ibarra estrechó con efusión la mano del joven.

— ¡No tiene V. que agradecermelo! repuso éste. Debía muchos favores á su padre, y el único que le hice fué acompañarle al sepulcro. Había venido sin conocer á nadie, sin recomendaciones, sin nombre, sin fortuna, como ahora. Mi predecesor había abandonado la escuela para dedicarse á vender tabaco.— Su padre de V. me protegió, me procuró una casa y me facilitó cuanto pudiera necesitar para el adelanto de la enseñanza; iba á la escuela y repartía algunos cuartos á los chicos pobres y



aplicados, los proveía de libros y papeles. Pero esto, como todas las cosas buenas, duró muy poco!

Ibarra se descubrió y pareció orar largo rato. Volvióse después á su compañero y le dijo:

— Decía V. que mi padre socorría á los chicos pobres ¿ahora?

— Ahora hacen lo posible y escriben cuando pueden, contestó el joven.

— Y ¿la causa?

— La causa está en sus rotas camisas y avergonzados ojos. Ibarra guardó silencio.

— ¿Cuántos alumnos tiene V. ahora? preguntó con cierto interés.

— ¡Más de doscientos en la lista, y en la clase veinticinco!

— ¿Cómo sucede eso?

El maestro de escuela se sonrió melancólicamente:

— Decirle á V. las causas es contarle una larga y fastidiosa historia, dijo.

— No atribuya V. mi pregunta á una vana curiosidad, repuso Ibarra gravemente mirando al lejano horizonte. He reflexionado mejor, y creo que realizar los pensamientos de mi padre vale más que llorarle, mucho más que vengarle. Su tumba es la sagrada Naturaleza, y sus enemigos han sido el pueblo y un sacerdote: perdono al primero por su ignorancia, y respeto al segundo por su carácter y porque quiero que se respete la Religión que educó á la sociedad. Quiero inspirarme en el espíritu del que me dió el sér, y por esto desearía conocer los obstáculos que encuentra aquí la enseñanza.

— El país bendecirá su memoria de V., señor, si realiza los hermosos propósitos de su difunto padre! dijo el maestro. ¿Quiere V. conocer los obstáculos en que tropieza la enseñanza? Pues bien, en las circunstancias en que estamos, sin un poderoso concurso la enseñanza nunca será un hecho, primero, porque en la niñez no hay aliciente ni estímulo, y segundo, porque aun cuando los hubiera, los matan la carencia de medios y muchas preocupaciones. Dicen que en Alemania estudia el hijo del campesino ocho años en la escuela del pueblo; ¿quién querrá emplear aquí la mitad de ese tiempo, cuando se recogen tan escasos frutos? Leen, escriben, y se ponen de memoria trozos y á veces libros enteros en castellano, sin entender de ellos una palabra; ¿qué utilidad saca de la escuela el hijo de nuestros aldeanos?

— Y V. ve el mal ¿cómo no ha pensado en remediarlo?\*

— ¡Ay! contestó moviendo tristemente la cabeza; un pobre

maestro, solo, no lucha contra las preocupaciones, contra ciertas influencias. Necesitaria antes que todo tener escuela, un local, y no como ahora que enseñó al lado del coche del P. Cura, debajo del convento. Allí los niños que gustan de leer en voz alta, incomodan, como es natural, al Padre que á veces descende nervioso, sobre todo cuando tiene sus ataques, les grita y me insulta á mí á veces. Comprende V. que así no se puede enseñar ni aprender; el niño no respeta al maestro desde el instante en que le ve maltratado, sin hacer prevalecer sus derechos. El maestro, para que sea escuchado, para que su autoridad no se ponga en duda, necesita prestigio, buen nombre, fuerza moral, cierta libertad, y permitame V. que le hable de tristes pormenores. Yo he querido introducir reformas y se me han reído. Para remediar aquel mal de que le hablaba, traté de enseñar el español á los niños porque además de que el Gobierno lo ordenaba, juzgué que sería también una ventaja para todos. Empleé el método más sencillo, de frases y nombres, sin valerme de grandes reglas, esperando enseñarles la gramática cuando ya comprendiesen el idioma. Al cabo de algunas semanas los más listos casi ya me comprendían y componían algunas frases.

El maestro se detuvo y pareció dudar; después, como si se hubiera decidido, continuó:

— No debo avergonzarme de la historia de mis agravios; cualquiera en mi lugar se habría portado lo mismo. Como decía, principiaba bien; mas, algunos días después, el P. Dámaso, el cura de entonces, me hizo llamar por el sacristán mayor. Como conocía su carácter y temía hacerle esperar, subí inmediatamente, le saludé y le di los buenos días en castellano. El, que por todo saludo me alargaba la mano para que se la besara, la retiró y sin contestarme, empezó á reír á carcajadas, burlonamente. Quedéme desconcertado; delante estaba el sacristán mayor. Al pronto no supe qué decir; me le quedé mirando pero él siguió riendo. Yo ya me impacientaba y veía que iba á cometer una imprudencia, pues ser buen cristiano y ser digno á la vez no son cosas incompatibles. Iba ya á preguntarle, cuando de repente, pasando de la risa al insulto, me dijo con socarronería: «¿Con que buenos días, ha? ¡buenos días! gracioso! ya sabes hablar español!» Y continuó riendo.

Ibarra no pudo reprimir una sônrisa.

— V. se rie, repuso el maestro riéndose también; confieso que entonces no tuve ganas de reirme. Estaba de pie; sentí que la sangre se me subía á la cabeza, y un relámpago obscurecía mi cerebro. Al Cura le vi lejos, muy lejos; me adelanté hacia él

para replicarle, sin saber lo que iba á decir. El sacristán mayor se interpuso, él se levantó y me dijo serio en tagalo: — «No me uses prendas prestadas; conténtate con hablar tu idioma y no me echés á perder el español que no es para vosotros. ¿Conoces al maestro Ciruela? Pues, Ciruela era un maestro que no sabía leer y ponía escuela.» Quise detenerle, pero entróse en su cuarto y cerró la puerta violentamente. ¿Qué iba yo á hacer, yo que apenas tengo con mi sueldo, que para cobrarlo necesito el vistobueno del cura y hacer un viaje á la cabecera de la provincia, qué podía yo hacer contra él, la primera autoridad moral, política y civil en un pueblo, sostenido por su Corporación, temido del Gobierno, rico, poderoso, consultado, escuchado, creído y atendido siempre por todos? Si me insulta, debo callarme; si replico, se me arroja de mi puesto, perdiendo para siempre mi carrera, y no por eso ganaría la enseñanza, por el contrario, todos se pondrían del lado del cura, me execrarían y llamarían vanidoso, orgulloso, soberbio, mal cristiano, mal educado, y cuando no, anti-español y filibustero. Del maestro de escuela no se espera saber ni celo; sólo se le pide resignación, humillación, inercia y, perdóneme Dios si he renegado de mi conciencia y razón, pero he nacido en este país, tengo que vivir, tengo una madre y me abandono á mi suerte como un cadáver que arrastra la ola.

— Y ¿por este obstáculo se ha desanimado V. para siempre? Y así ha vivido V. después?

— ¡Ojalá me hubiera escarmentado! contestó; se hubieran limitado á eso mis infortunios! Verdad es que desde entonces cobré aversión á mi carrera; pensaba en buscar otro oficio como mi predecesor, porque el trabajo, cuando se hace á disgusto y con vergüenza, es un martirio, y porque la escuela me recordaba cada día mi afrenta, haciéndome pasar horas muy amargas. Pero ¿qué hacer? No podía desengañar á mi madre; tenía que decirle que sus tres años de sacrificios para darme esta carrera, hacen ahora mi felicidad; es menester hacerle creer que la profesión es honradísima, el trabajo delicioso, el camino sembrado de flores, que el cumplimiento de mi deber sólo me produce amistades; que el pueblo me respeta y me llena de consideraciones; de lo contrario, sin dejar de ser infeliz, haría otra desgraciada, lo que además de ser inútil es un pecado. Permanecí, pues, en mi puesto y no quise desanimarme: intenté luchar.

El maestro de escuela hizo una breve pausa y después prosiguió:

— Desde el día en que fui tan groseramente insultado,

me examiné á mí mismo y me vi en efecto muy ignorante. Púseme á estudiar día y noche el español y todo lo que se relacionaba con mi carrera; el viejo filósofo me prestaba algunos libros, leía cuanto encontraba, y analizaba cuanto leía. Con las nuevas ideas que de una parte y otra he ido adquiriendo cambió mi punto de vista, y vi muchas cosas bajo un aspecto diferente del que tenían antes. Vi errores donde antes sólo veía verdades, y verdades en muchas cosas que me parecieron errores. Los azotes, por ejemplo, que desde tiempo inmemorial era el distintivo de las escuelas, y que antes tenía por el único medio eficaz de hacer aprender — así nos habían acostumbrado á creerlo, — me parecieron después que lejos de contribuir al adelanto del niño, le inutilizaban considerablemente. Me convencí de que era imposible raciocinar teniendo la palmeta ó las disciplinas á la vista; el miedo y el terror turban al más sereno, además de que la imaginación del niño por ser más viva, es más impresionable. Y como, para que en el cerebro se impriman las ideas, es menester que reine la calma, exterior é interiormente, que haya serenidad de espíritu, tranquilidad material y moral y buen ánimo, creí que antes que todo debía infundir en los niños confianza, seguridad y aprecio de sí mismos. Comprendí además que el espectáculo diario de los azotes mataba la piedad en el corazón y extinguía esa llama de la dignidad, la palanca del mundo, perdiéndose con ella la vergüenza que vuelve ya difícilmente. He observado también que cuando uno es azotado, halla un consuelo en que los demás lo sean á su vez, y sonríe con satisfacción al oír el llanto de los otros; y el que se encarga de azotar, si bien obedece el primer día con repugnancia, después se acostumbra y halla un deleite en su triste misión. El pasado me horrorizó, quise salvar el presente modificando el antiguo sistema. Traté de hacer amable y risueño el estudio, quise hacer de la *cartilla*, no el librito negro y bañado en lágrimas de la niñez, sino un amigo que le va á descubrir secretos maravillosos; de la escuela, no un lugar de dolores, sino un sitio de recreo intelectual. Suprimí, pues, poco á poco los azotes, me llevé á casa las disciplinas y las reemplacé con la emulación y el aprecio de sí mismos. Si se descuidaba una lección, lo atribuía á falta de voluntad, nunca á falta de capacidad; les hacía creer que tenían mejores disposiciones de las que en realidad podían tener, y esta creencia que procuraban confirmar, los obligaba á estudiar, así como la confianza conduce al heroísmo. Al principio parecía que el cambio de método era impracticable: muchos dejaron de estudiar; pero yo seguí y noté que poco á poco se iban levantando

los ánimos, acudían más niños y con más frecuencia; y el que una vez era alabado delante de todos, al día siguiente aprendía el doble. Pronto se divulgó por el pueblo que yo no pegaba; el cura me hizo llamar, y temiendo yo otra escena, saludéle secamente en tagalo. Esta vez estuvo él muy serio conmigo. Me dijo que echaba á perder á los niños, que malgastaba el tiempo, que no cumplía con mi deber, que el padre que perdonaba el palo odiaba á su hijo, según el Espíritu Santo, que la letra con sangre entra, etc., etc., me trajo una porción de dichos de los tiempos bárbaros, como si bastase que una cosa haya sido dicha por los antiguos para ser indiscutible; según esto deberíamos creer que han existido realmente los monstruos, que aquellas edades crearon y han esculpido en sus palacios y catedrales. En fin me recomendó ser diligente y que volviese al antiguo sistema, pues sino, daría parte al Alcalde en contra mía. No quedó aquí mi desgracia: días después se presentaban debajo del convento los padres de los chicos, y he tenido necesidad de llamar en mi auxilio toda mi paciencia y resignación. Empezaron ponderándome los antiguos tiempos en que los maestros tenían carácter y enseñaban como habían enseñado sus abuelos. «¡Aquéllos sí que eran sabios! decían; aquéllos pegaban y enderezaban el árbol torcido. ¡Aquéllos no eran jóvenes, eran viejos de mucha experiencia, canosos y severos! D. Catalino, el rey de todos ellos y fundador de aquella escuela, no daba nunca menos de veinticinco palos, por eso sacó hijos sabios y sacerdotes. ¡Ah! los antiguos valían más que nosotros, sí, señor, más que nosotros.» Otros no se contentaban con estas groseras indirectas; me decían claramente que, si seguía mi sistema, sus hijos no aprenderían nada y que se verían obligados á sacarlos de la escuela. Inútil fué razonar con ellos: como joven no me concedían gran razón: ¡Cuánto hubiera yo dado por tener canas! — Citábanme la autoridad del Cura, de Fulano, de Zutano y se citaban á ellos mismos, diciendo que, si no hubiera sido por los azotes de sus maestros, no habrían aprendido nada. La simpatía que algunas personas me demostraron dulcificó un poco la amargura de este desengaño.

En vista de esto, tuve que renunciar á un sistema, que después de mucho trabajo empezaba á darme sus frutos. Desesperado llevé al día siguiente á la escuela los azotes, y comencé mi bárbara tarea. La serenidad desapareció y volvió á reinar la tristeza en los semblantes de los niños que ya me empezaban á querer: eran mis únicas relaciones, mis únicos amigos. Aunque procuraba economizar los azotes y darlos con toda la lenidad posible, los niños se sentían sin embargo vivamente

heridos, rebajados, y lloraban con amargura. Aquello me llegaba al corazón, y aunque interiormente estaba irritado contra sus estúpidas familias, no podía sin embargo vengarme en aquellas inocentes víctimas de las preocupaciones de sus padres. Sus lágrimas me quemaban; el corazón no me cabía dentro del pecho, y aquel día abandoné la clase antes de la hora y me fui á mi casa á llorar á solas... Acaso le extrañe á V. mi sensibilidad, pero si estuviese en mi lugar, la comprendería. El viejo D. Anastasio me decía: «¿Piden azotes los padres? Por qué no se los dió V. á ellos?» De resultas de esto caí enfermo.

Ibarra escuchaba pensativo.

— Apenas restablecido, volví á la escuela y encontré á mis discípulos reducidos á una quinta parte. Los mejores habían desertado á la vuelta del antiguo sistema, y de los que quedaban, unos cuantos que iban á la escuela para huir de los trabajos domésticos, ninguno manifestó alegría, ninguno me felicitó por mi convalecencia: les era igual que sanase ó no, quizás hubieran preferido que hubiese continuado enfermo, porque el sustituto, si bien pegaba más, iba en cambio raras veces á clase. Mis otros alumnos, aquellos que sus padres conseguían obligar á ir á la escuela, ibanse de paseo á otra parte. Culpábanme de haberlos mimado y me llenaban de recriminaciones. Uno, sin embargo, el hijo de una campesina que me visitaba durante mi enfermedad, si no volvió ha sido porque se había hecho sacristán: el sacristán mayor dice que los sacristanes no deben frecuentar la escuela: se rebajarían.

— Y ¿se resignó V. con sus nuevos alumnos? preguntó Ibarra.

— ¿Podía hacer otra cosa? contestó. Sin embargo, como durante mi enfermedad habían sucedido muchas cosas, cambiamos de cura. Concebí una nueva esperanza é intenté hacer otra prueba para que los niños no perdiesen del todo el tiempo y aprovecharan en lo posible los azotes; que al menos aquellas vergüenzas den para ellos algún fruto, pensé. Quise hacer, ya que ahora no me podían amar, que al menos conservando algo útil de mí, me recordasen después con menos amargura. V. ya sabe que en la mayor parte de las escuelas, están en castellano los libros, á excepción del Catecismo tagalo que varía según la corporación religiosa á que pertenece el cura. Estos libros suelen ser novenas, trisagios, el catecismo del P. Astete, de los que tanta piedad sacan como de los libros de los herejes. En la imposibilidad de enseñarles el castellano ni de traducir tantos libros, he procurado substituirlos poco á poco por cortos trozos, sacados de obras útiles tagalas, como el tratado de Urba-

nidad de Hortensio y Feliza, algunos manualitos de Agricultura, etc., etc. A veces yo mismo traducía pequeñas obritas como la historia de Filipinas del P. Barranera y los dictaba después, para que los reuniesen en cuadernos, aumentándolos á veces con propias observaciones. Como no tenía mapas para enseñarles Geografía, copié uno de la provincia que vi en la Cabecera, y con esta reproducción y las baldosas del suelo les di algunas ideas del país. Esta vez fueron las mujeres las que se alborotaron; los hombres se contentaban con sonreír, viendo en ello una de mis locuras. El nuevo cura me hizo llamar, y si bien no me reprendió, me dijo sin embargo que primero debía cuidarme de la religión, y que antes de enseñar estas cosas, debían los niños probar en un examen que saben bien de memoria los Misterios, el Trisagio y el Catecismo de la Doctrina Cristiana.

En el entretanto, pues, estoy trabajando para que los chicos se conviertan en papagayos y puedan saber de memoria tantas cosas de las cuales no entienden una sola palabra. Muchos me saben ya los Misterios y el Trisagio, pero me temo que se estrellen mis esfuerzos con el P. Astete, pues la mayor parte de mis alumnos no distinguen aún muy bien las preguntas de las respuestas y lo que ambas cosas pueden significar. ¡Y así moriremos y así harán los que han de nacer, y en Europa se hablará del Progreso!

— ¡No seamos tan pesimistas! repuso Ibarfa levantándose. El teniente mayor me ha pasado una invitación para asistir á una junta en el tribunal... ¿Quién sabe si allí tendrá V. una respuesta á sus preguntas?

El maestro se levantó también, pero sacudiendo la cabeza en señal de duda, respondió:

— ¡Va V. á ver cómo el proyecto ese de que me hablaron se queda también como los míos! Y sino, veámoslo!

## XX

### LA JUNTA EN EL TRIBUNAL

Era una sala de doce á quince metros de largo por ocho á diez de ancho. Sus muros, blanqueados de cal, estaban cubiertos de dibujos al carbón, más ó menos feos más ó menos

indecentes, con inscripciones que completaban su sentido. En un rincón y adosados ordenadamente al muro, se veían unos diez viejos fusiles de chispa entre sables roñosos, espadines y talibones: aquello era el armamento de los cuadrilleros.

En un extremo de la sala, que adornan sucias cortinas rojas, se escondía colgado de la pared el retrato de S. M.; debajo del retrato, sobre una tarima de madera, un viejo sillón abría sus destrozados brazos; delante, una grande mesa de madera, manchada de tinta, picada y tallada de inscripciones y monogramas, como muchas mesas de las tabernas alemanas que frecuentan los estudiantes. Bancos y sillas desvencijadas completaban el mueblaje.

Esta es la sala de las sesiones, del tribunal, de la tortura, etc. Aquí conversan ahora las autoridades del pueblo y de los barrios: el partido de los ancianos no se mezcla con el de los jóvenes, y unos y otros no se pueden sufrir: representan el partido conservador y el liberal, sólo que sus luchas adquieren en los pueblos un carácter extremado.

— ¡La conducta del gobernadorcillo me escama! decía D. Filipo, el jefe del partido liberal, á sus amigos; lleva un plan preconcebido en esto de dejar hasta la última hora la discusión del presupuesto. Notad que apenas nos quedan once días.

— Y ¡se ha quedado en el convento á conferenciar con el cura que está enfermo! observó uno de los jóvenes.

— ¡No importa! repuso otro; todo lo tenemos ya preparado. Con tal que el proyecto de los viejos no obtenga la mayoría...

— ¡No lo creo! dijo D. Filipo; yo presentaré el proyecto de los viejos...

— ¿Cómo? qué decís? preguntaron sus oyentes sorprendidos.

— Digo que si hablo el primero, presentaré el proyecto de nuestros enemigos.

— Y ¿el nuestro?

— De presentarlo os encargaréis vos, contestó el teniente sonriendo y dirigiéndose á un joven cabeza de barangay; hablaréis después que haya yo sido derrotado.

— ¡No os comprendemos, señor! decían los interlocutores mirándole llenos de duda.

— Oid! dijo D. Filipo en voz baja á dos ó tres que le escuchaban. Esta mañana me encontré con el viejo Tasio.

— Y ¿qué?

— El viejo me dijo: «Vuestros enemigos os odian á vos más que á vuestras ideas. ¿Queréis que una cosa no se haga? pues



proponedla, y aunque fuese más útil que una mitra será rechazada. Una vez que os hayan derrotado, haced que exponga lo que queríais el más modesto de entre todos, y vuestros enemigos, por humillaros, lo aprobarán.» Pero guardadme el secreto.

— Pero...

— Por eso propondré el proyecto de nuestros enemigos exagerándolo hasta el ridículo. ¡Silencio! El Sr. Ibarra y el maestro de escuela!

Ambos jóvenes saludaron á unos grupos y otros sin tomar parte en sus conversaciones.

¡Momentos después entró el gobernadorcillo con el rostro disgustado: era el mismo que habíamos visto ayer llevando una arroba de velas. A su entrada cesaron los murmullos, cada cual tomó asiento, reinando poco á poco el silencio.

Sentóse el Capitán en el sillón colocado debajo del retrato de Su Majestad, tosió cuatro ó cinco veces, pasóse las manos por la cabeza y la cara, puso los codos sobre la mesa, los retiró, volvió á toser y así sucesivamente.

— ¡Señores! repuso al fin con voz desfallecida: me he atrevido á convocaros á todos para esta junta... ejem! ejem!... tenemos que celebrar la fiesta de nuestro patrón S. Diego el 12 de este mes... ¡ejem! ejem! hoy estamos á dos... ejem! ejjem!

Y aquí le atacó una tos pausada y seca que le redujo al silencio.

Levantóse entonces del banco de los viejos un hombre de sus cuarenta años, de aspecto arrogante. Era el rico Capitán Basilio, contrario del difunto D. Rafael, un hombre que pretendía que desde la muerte de Sto. Tomás de Aquino el mundo no había dado un paso hacia adelante, y que desde que él dejó S. Juan de Letrán, la Humanidad empezó á retroceder.

— Permítanme VV. SS. que tome la palabra en un asunto tan interesante, dijo. Hablo el primero, si bien otros de los que aquí están presentes tienen más derechos que yo, pero hablo el primero porque me parece que en estas cosas el hablar el primero no significa que sea uno el primero, así como hablar el último no significa tampoco que sea uno el último. Además, las cosas que tendré que decir son de una importancia tal que no son para dejadas ni dichas al último, y por eso quisiera hablar el primero para darle su tono correspondiente. Me permitirán pues VV. SS. que hable el primero en esta junta donde veo muy notabilísimas personas como el Señor Capitán actual, el Capitán pasado, mi distinguido amigo D. Valentín, el Capitán pasado, mi amigo de la infancia D. Julio, nuestro célebre Capitán de

cuadrilleros, D. Melchor y tantas otras señorías más, que para ser breve no quiero mentar, que VV. SS. ven aquí presentes. Suplico á VV. SS. que me permitan el uso de la palabra antes que otro alguno hable. ¿Tendría yo la fortuna de que la Junta accediese á mi humilde ruego?

Y el orador se inclinó respetuosamente medio sonriendo.

— ¡Ya podéis hablar que os escuchamos con ansia! dijeron los amigos aludidos y otras personas que le tenían por un gran orador: los ancianos tosían con satisfacción y se frotaban las manos.

Capitán Basilio, después de limpiarse el sudor con su pañuelo de seda, prosiguió:

— Ya que VV. SS. han sido tan amables y tan complacientes con mi humilde persona, concediéndome el uso de la palabra antes que á otro cualquiera de los que aquí están presentes, me aprovecharé de este permiso, tan generosamente concedido, y voy á hablar. Me imagino con mi imaginación de que me encuentro en medio del respetabilísimo Senado romano, *senatus populusque romanus* que decíamos en aquellos hermosos tiempos que fatalmente para la Humanidad no volverán ya, y pediré á los *Patres Conscripti* que diría el sabio Cicerón, si estuviera en mi lugar, pediré, puesto que nos falta tiempo, y el tiempo es oro como decía Salomón, que en esta importante cuestión cada uno exponga su parecer clara, breve y sencillamente. He dicho.

Y satisfecho de sí mismo y de la atención de la sala, el orador se sentó no sin dirigir una mirada de superioridad á Ibarra que estaba sentado en un rincón, y otra de mucha significación á sus amigos como diciéndoles: «¡Ha! He hablado bien? ha!»

Sus amigos reflejaron también ambas miradas, dirigiéndose hacia los jóvenes como para matarlos de envidia.

— Ahora puede hablar el que quiera que, ejem! repuso el gobernadorcillo sin poder acabar su frase... la tos y los suspiros le volvieron á atacar.

A juzgar por el silencio, ninguno quería dejarse llamar uno de los *patres conscripti*, ninguno se levantaba: entonces D. Filipino aprovechó la ocasión y pidió la palabra.

Los conservadores se guiñaron y se hicieron señas significativas.

— Yo voy á presentar mi presupuesto, señores, para la fiesta! dijo D. Filipino.

— ¡No lo podemos admitir! contestó un viejo tísico, conservador intransigente.

— ¡Votamos en contra! dijeron los otros adversarios.

— ¡Señores! dijo D. Filipino reprimiendo una sonrisa; aun

no he expuesto el proyecto que nosotros, *los jóvenes*, traemos aquí. Este gran proyecto, estamos *seguros*, será preferido por *todos* al que idean ó pueden idear nuestros adversarios.

Este presuntuoso exordio acabó de irritar los ánimos de los conservadores, quienes juraron *in corde* hacerle una terrible oposición. D. Filipo prosiguió:

— Tenemos 3.500 pesos de presupuesto. Pues bien con esta cantidad podremos celebrar una fiesta que eclipse en magnificencia á todas las que hasta aquí se han visto, ya en nuestra provincia ya en las vecinas.

— ¡Hmjn! exclamaron los incrédulos; el pueblò A. tenía 5.000, el B. 4.000, ¡hmjn! hamburguería!

— ¡Oidme, señores, y os convenceréis! continuó D. Filipo impertérrito. Propongo que se levante un gran teatro en medio de la plaza, que cueste 150 pesos!

— ¡No bastan 150, hay que poner 160! objetó un tenaz conservador.

— ¡Apuntad, señor Director, 200 pesos para el teatro! dijo D. Filipo. Propongo que se contrate á la comedia de Tondo para que dé funciones por siete noches seguidas. Siete funciones á 200 pesos noche, hacen 1.400: ¡apuntad 1.400, señor Director!

Viejos y jóvenes se miraron sorprendidos: sólo los que estaban en el secreto no se movieron.

— Propongo además grandes fuegos artificiales; nada de lucecitas ni de ruedecitas que gustan á niños y solteras, nada de esto. Nosotros queremos grandes bombas y colosales cohetones. Propongo pues 200 grandes bombas á dos pesos una y 200 cohetones del mismo precio. Los encargaremos á los castilleros de Malabón.

— ¡Hmjn! interrumpió un viejo: una bomba de á dos pesos no me espanta ni deja sordo; tiene que ser de á tres pesos.

— Apuntad 1.000 pesos para 200 bombas y 200 cohetones!

Los conservadores ya no pudieron contenerse; algunos se levantaron y conferenciaron entre sí.

— Además, para que vean nuestros vecinos que somos gente espléndida y nos sobra dinero, continuó D. Filipo levantando la voz y lanzando una rápida mirada al grupo de los viejos, propongo: 1.º cuatro hermanos mayores para los dos días de fiesta, y 2.º que cada día se arrojen al lago 200 gallinas fritas, 100 capones rellenos y 50 lechones, como lo hacía Sila, contemporáneo de Cicerón de quien acaba de hablar Capitán Basilio.

— ¡Eso es, como Sila! repitió Capitán Basilio lisonjeado.

El asombro subía por grados.

— Como va á acudir mucha gente rica y cada uno se trae

miles y miles de pesos y sus mejores gallos, y el *liampó* y las cartas, propongo quince días de gallera, libertad de abrir todas las casas de juego...

Pero los jóvenes le interrumpieron levantándose: creían que el teniente mayor se había vuelto loco. Los viejos discutían con calor.

— ¡Y por último para no descuidar los placeres del alma...

Los murmullos y los gritos que se levantaron de todos los rincones de la sala cubrieron totalmente su voz: aquello no fué ya más que un tumulto.

— ¡No! gritaba un intransigente conservador; no quiero que se alabe de haber hecho la fiesta, no! Dejadme, dejadme hablar!

— ¡D. Filipino nos ha engañado! decían los liberales. Votaremos en contra! Se ha pasado á los viejos! Votemos en contra!

El gobernadorcillo, más abatido que nunca, no hacía nada para restablecer el orden: esperaba que lo restablesiesen ellos.

El capitán de cuadrilleros pidió la palabra; se la otorgaron, pero no abrió la boca y volvió á sentarse confuso y avergonzado.

Por fortuna se levantó Capitán Valentín, el más moderado entre todos los conservadores, y habló:

— No podemos admitir lo que ha propuesto el teniente mayor, por parecernos una exageración. Tantas bombas y tantas noches de comedia sólo las puede desear un joven, como el teniente mayor, que puede pasar muchas noches en vela y oír muchas detonaciones sin volverse sordo. He consultado la opinión de las personas sensatas, y todas desaprueban unánimemente el proyecto de D. Filipino. ¿No es eso, señores?

— ¡Sí! ¡sí! dijeron jóvenes y viejos á una voz. Los jóvenes estaban encantados de oír hablar así á un viejo.

— ¿Qué vamos á hacer nosotros con cuatro hermanos mayores? prosiguió el anciano. ¿Qué quieren decir esas gallinas, capones y lechones arrojados al lago? *Hambuguería!* dirán nuestros vecinos, y luego ayunaremos medio año. ¿Qué tenemos que ver con Sila ni con los romanos? ¿Nos han invitado acaso alguna vez á sus fiestas? Yo, por lo menos, no he recibido ningún billete de su parte y cuidado que ya soy viejo!

— ¡Los romanos viven en Roma, donde está el Papa! le murmuró por lo bajo Capitán Basilio.

— ¡Ahora lo comprendo! exclamó el anciano sin turbarse. Celebrarían sus fiestas en vigilia y el Papa mandarían arrojar la comida al mar para no cometer un pecado. Pero, de todos modos, vuestro proyecto de fiesta es inadmisibile, imposible, es una locura!

D. Filipino, combatido vivamente, tuvo que retirar su proposición.

Los conservadores más intransigentes, satisfechos de la derrota de su mayor enemigo, vieron sin inquietud levantarse un joven cabeza de barangay y pedir la palabra.

— Pido á VV. SS. me excusen, si, joven como soy, me atrevo á hablar delante de tantas personas respetabilísimas tanto por su edad como por la prudencia y el discernimiento con que en todos los asuntos juzgan, pero puesto que el elocuente orador, Capitán Basilio, ha invitado á todos á manifestar aquí sus opiniones, sirva su autorizada palabra de disculpa á la pequeñez de mi persona.

Los conservadores movían la cabeza satisfechos.

— ¡Este joven habla bien! — Es modesto! — Raciocina admirablemente! — se decían unos á otros.

— ¡Es lástima que no sepa bien gesticular! observó Capitán Basilio. Pero ya se ve! no ha estudiado á Cicerón y aun es muy joven.

— Si os presento, señores, un programa ó proyecto, continuó el joven, no lo hago con el pensamiento de que lo encontraréis perfecto, ni lo aceptaréis; quiero, al mismo tiempo que me someto una vez más á la voluntad de todos, probar á los ancianos que pensamos siempre como ellos, puesto que hacemos nuestras todas las ideas que tan elegantemente ha expresado Capitán Basilio.

— ¡Bien dicho, bien dicho! decían los lisonjeados conservadores. Capitán Basilio hacía señas al joven para decirle cómo debía mover el brazo y poner el pie. El único que permanecía impassible era el gobernadorcillo, distraído ó preocupado: ambas cosas lo parecía. El joven prosiguió animándose:

— Mi proyecto, señores, se reduce á lo siguiente: inventar nuevos espectáculos que no sean los ordinarios y comunes que vemos cada día, y procurar que el dinero recaudado no salga del pueblo, ni se gaste vanamente en pólvoras, sino que se emplee en alguna cosa de utilidad para todos.

— ¡Eso es! eso es! asintieron los jóvenes; eso queremos.

— ¡Muy bueno! añadieron los viejos.

— ¿Qué sacamos nosotros de una semana de comedias que pide el teniente mayor? ¿Qué aprendemos con los reyes de Bohemia y Granada, que mandan cortar la cabeza á sus hijas ó las cargan en un cañón y luego el cañón se convierte en trono? Ni somos reyes, ni somos bárbaros, ni tenemos cañones, y si les imitásemos nos ahorcarían en Bagumbayán. ¿Qué son esas princesas que se mezclan en las batallas, reparten tajos y man-

dobles, pelean con príncipes y vagan solas por montes y valles, como seducidas del *Tikbálang*? En nuestras costumbres amamos la dulzura y la ternura en la mujer y temeríamos estrechar unas manos de doncella, manchadas en sangre, aun cuando esta sangre fuese la de un moro ó gigante; entre nosotros menospreciamos y tenemos por vil al hombre que levanta la mano sobre una mujer, ya sea príncipe, alférez, ó rudo campesino. ¿No sería mil veces mejor que representásemos la pintura de nuestras propias costumbres, para corregir nuestros vicios y defectos y ensalzar las buenas cualidades?

— ¡Eso es! eso es! repitieron sus partidarios.

— ¡Tiene razón! murmuraron pensativos algunos viejos.

— ¡En eso no había yo pensado jamás! murmuró Capitán Basilio.

— Pero ¿cómo vais á hacer eso? le objetó el intransigente.

— ¡Muy fácilmente! contestó el joven. Traigo aquí dos comedias, que seguramente el buen gusto y conocido discernimiento de los respetables ancianos, aquí reunidos, encontrarán muy aceptables y divertidas. Titúlase una *La Elección del Gobernadorcillo*; es una comedia en prosa, en cinco actos, escrita por uno de los presentes. La otra en nueve actos para dos noches, es un drama fantástico de carácter satírico, escrito por uno de los mejores poetas de la provincia, y se titula *Mariang Makiling*. Viendo nosotros que se retardaba la discusión de los preparativos de la fiesta, y temiendo que nos faltase tiempo, hemos buscado en secreto nuestros actores y les hemos hecho aprender sus papeles. Esperamos que con una semana de ensayo tendrán más que lo suficiente para salir airosos de su cometido. Esto, señores, además de ser nuevo, útil y razonable, tiene la gran ventaja de ser económico: trajes no necesitamos, los nuestros sirven, los de la vida común.

— ¡Yo costeo el teatro! exclamó entusiasmado Capitán Basilio.

— ¡Si salen cuadrilleros, presto los míos! dijo el Capitán de cuadrilleros.

— Y yo... y yo... si necesitan un viejo... balbuceaba otro y se erguía con prosopopeya.

— ¡Aceptado! aceptado! gritaron muchas voces.

El teniente mayor estaba pálido de emoción; llenáronse de lágrimas sus ojos.

— ¡Llora de despecho! pensó el intransigente y gritó:

— ¡Aceptado, aceptado sin discusión!

Y satisfecho de su venganza y de la completa derrota de su adversario, el hombre empezó á elogiar el proyecto del joven. Este prosiguió:

— Una quinta parte del dinero recaudado se puede emplear para distribuir algunos premios, por ejemplo, al mejor chico de la escuela, al mejor pastor, labrador, pescador, etc. Podremos organizar regatas en el río y en el lago, carreras de caballos, levantar cucañas é instituir otros juegos en que puedan tomar parte nuestros campesinos. Concedo que por razón á nuestras inveteradas costumbres tengamos fuegos artificiales: ruedas y castillos ofrecen espectáculos muy hermosos y divertidos, pero no creo que necesitemos las bombas que propuso el teniente mayor. Para alegrar la fiesta dos bandas de música son suficientes, así evitamos esas riñas y enemistades, que hacen de los pobres músicos, que vienen á alegrar nuestras fiestas con su trabajo, unos verdaderos gallos de pelea, retirándose después mal pagados, mal alimentados, contusos y á veces heridos. Con el dinero que ha de sobrar se puede principiar la construcción de un pequeño edificio para servir de escuela, pues no hemos de esperar que Dios mismo descienda y nos la levante: es triste cosa que mientras tenemos una gallera de primer orden, nuestros niños aprendan poco menos que en la cuadra del cura. He aquí el proyecto á la ligera: el perfeccionarlo será la obra de todos.

Un alegre murmullo se levantó en la sala: casi todos asentían con el joven, sólo algunos murmuraban:

— ¡Cosas nuevas! cosas nuevas! En nuestra juventud...!

— ¡Aceptémoslo por ahora! decían los otros; humillemos á aquél.

Y señalaban al teniente mayor.

Cuando se restableció el silencio, todos estaban ya conformes. Faltaba la decisión del gobernadorcillo.

Este sudaba, se agitaba inquieto, se pasaba la mano por la frente y por fin pudo tartamudear con los ojos bajos:

— ¡Yo también estoy conforme... pero, ejem!

Todo el tribunal escuchaba en silencio.

— ¿Pero? preguntó Capitán Basilio.

— Muy conforme! repitió el gobernadorcillo: es decir... no estoy conforme... digo sí, pero...

Y se frotó los ojos con el dorso de la mano.

— Pero el Cura, continuó el infeliz, el Padre Cura quiere otra cosa.

— ¿Paga el Cura la fiesta ó la pagamos nosotros? ¿Ha dado un cuarto siquiera? exclamó una voz penetrante.

Todos miraron hacia el sitio de donde partieron estas preguntas: allá estaba el filósofo Tasio.

El teniente mayor estaba inmóvil con los ojos fijos mirando al gobernadorcillo.

— Y ¿qué quiere el Cura? preguntó Capitán Basilio.

— Pues el Padre Cura quiere... seis procesiones, tres sermones, tres grandes misas... y si sobra dinero, comedia de Tondo y canto en los intermedios.

— ¡Pues nosotros no los queremos! dijeron los jóvenes y algunos viejos.

— ¡El Padre Cura lo quiere! repitió el gobernadorcillo. Yo he prometido al Cura que se cumpliría su voluntad.

— Entonces ¿por qué nos habéis convocado?

— Precisamente... para decíroslo!

— Y ¿por qué no lo habéis dicho desde un principio?

— Quería decirlo, señores, pero Capitán Basilio habló y no he tenido tiempo... ¡Hay que obedecer al Cura!

— ¡Hay que obedecerle! repitieron algunos viejos.

— ¡Hay que obedecer, de lo contrario el Alcalde nos encarcela á todos! añadieron tristemente otros viejos.

— ¡Pues obedeced y haced la fiesta vosotros! exclamaron los jóvenes levantándose. Nosotros retiramos nuestra contribución.

— ¡Todo está cobrado ya! dijo el gobernadorcillo.

D. Filipo se le acercó y le dijo amargamente:

— Sacrifiqué mi amor propio en favor de una buena causa; vos sacrificasteis vuestra dignidad de hombre en favor de una mala y todo lo derribasteis...

Ibarra decía al maestro de escuela:

— ¿Quiere V. algo para la cabecera de la provincia? Hoy parto inmediatamente.

— ¿Tiene V. un negocio?

— ¡Tenemos un negocio! contestó Ibarra con misterio.

Por el camino decía el viejo filósofo á D. Filipo que maldecía su suerte:

— ¡La culpa es nuestra! Vosotros no protestasteis cuando os dieron por jefe un esclavo, y yo, loco de mí, lo he olvidado!



XXI.

HISTORIA DE UNA MADRE

.....  
Andaba incierto — volaba errante;  
Un solo instante — sin descansar . . .  
(Alaejos.)

Sisa corría á su casa con ese trastorno en las ideas que se produce en nuestro ser cuando en medio de una desgracia nos vemos desamparados de todos y huyen de nosotros las esperanzas. Entonces parece que todo se oscurece en torno nuestro, y si vemos alguna pequeña lucecita brillar á lo lejos, corremos á ella, la perseguimos no importa si en medio del sendero se abre un abismo.

La madre quería salvar á sus hijos, ¿cómo? Las madres no preguntan por los medios cuando se trata de sus hijos.

Corría desalada, perseguida por los temores y los siniestros presentimientos. ¿Habrían preso ya á su hijo Basilio? A dónde ha huído su hijo Crispin?

Cerca de su casa distinguió los capacetes de dos soldados por encima del cercado de su huerta. Imposible describir lo que pasó en su corazón: olvidóse de todo. Ella no ignoraba la audacia de aquellos hombres que no guardaban miramientos aun con los más ricos del pueblo; ¿qué iba á ser ahora de ella y de sus hijos, acusados de hurto? Los guardias civiles no son hombres, sólo son guardias civiles: no oyen súplicas y están acostumbrados á ver lágrimas.

Sisa, instintivamente, levantó los ojos al cielo, y el cielo sonreía con luz inefable: algunas blancas nubecillas nadaban en el transparente azul. Detúvose para reprimir el temblor que se apoderaba de todo su cuerpo.

Los soldados dejaban su casa y venían solos: no habían prendido más que la gallina que Sisa engordaba. Respiró y cobró ánimo.

— ¡Qué buenos son y qué buen corazón tienen! murmuró casi llorando de alegría.

Hubieran los soldados quemado la casa pero dejando en libertad á sus hijos y ella los habría colmado de bendiciones.

Miró otra vez agradecida al cielo, que surcaba una bandada de garzas, esas nubes ligeras de los cielos de Filipinas, y, renaciendo en su corazón la confianza, prosiguió su camino.

Al aproximarse á aquellos hombres temibles, Sisa hacía de mirar á todas partes como distraída y fingía no ver su gallina, que piaba pidiendo socorro. Apenas pasó á su lado, quiso correr, pero la prudencia moderó sus pasos.

No se había alejado mucho cuando oyó que la llamaban imperiosamente. Estremeciése, pero hizose la desentendida y continuó andando. Tornaron á llamarla, pero esta vez con un grito y una palabra insultante. Volvióse á pesar suyo toda pálida y temblorosa. Un guardia civil le hacía señas con la mano.

Acercóse Sisa maquinalmente, sintiendo su lengua paralizarse de terror y secándosele la garganta.

— ¡Dinos la verdad, ó sino te atamos á aquel árbol y te pegamos dos tiros! dijo uno de ellos con voz amenazadora.

La mujer miró hacia el árbol.

— ¿Eres la madre de los ladrones, tú? preguntó el otro.

— ¡Madre de los ladrones! repitió Sisa maquinalmente.

— ¿Dónde está el dinero que te han traído anoche tus hijos?

— ¡Ah! el dinero...

— ¡No nos lo niegues que será peor para ti! añadió el otro. Hemos venido para prender á tus hijos y el mayor se nos ha escapado; ¿dónde has escondido al menor?

Al oír esto Sisa respiró.

— ¡Señor! contestó, hace muchos días que no he visto á mi hijo Crispín; esperaba verle esta mañana en el convento y allí solamente me dijeron que...

Los dos soldados cambiaron una mirada significativa.

— ¡Bueno! exclamó uno de ellos; danos el dinero y te dejaremos en paz.

— ¡Señor! suplicó la desgraciada mujer; mis hijos no roban aunque tengan hambre: estamos acostumbrados á padecerla. Basilio no me ha traído ni un cuarto; registrad toda la casa y si encontráis un solo real, haced de nosotros lo que queráis. ¡Los pobres, no somos todos ladrones!

— Entonces, repuso el soldado lentamente y fijando sus miradas en los ojos de Sisa, vienes con nosotros; tus hijos ya procurarán aparecer y soltar el dinero que han robado. ¡Síguenos!

— ¿Yo?... seguidos? murmuró la mujer retrocediendo y mirando con espanto los uniformes de los soldados.

— Y ¿por qué no?

— ¡Ah! compadeceos de mí! suplicó casi de ródilas. Soy muy pobre, no tengo ni oro ni alhajas que ofreceros; lo único que tenía me lo habéis sacado ya, la gallina que yo pensaba vender... llevaos todo lo que encontréis en mi choza, pero dejadme aquí en paz, dejadme aquí morir!

— ¡Adelante! tienes que venir, y si no sigues á gusto te ataremos.

Sisa rompió en amargo llanto. Aquellos hombres eran inflexibles.

— Dejadme al menos ir delante á una distancia! suplicó cuando sintió que la cogían brutalmente y la empujaban.

Los dos soldados se conmovieron y conferenciaron entre sí en voz baja.

— ¡Bien! dijo uno; como de aquí hasta que entremos en el pueblo puedes correr, estarás entre nosotros dos. Una vez allá podrás marchar delante á unos veinte pasos, pero ¡cuidado! no entres en ninguna tienda, ni te detengas. ¡Adelante y aprisa!

Vanas fueron las súplicas, vanas las razones, inútiles las promesas. Los soldados decían que se comprometían bastante y le concedían demasiado.

Al verse en medio de los dos sintió morir de vergüenza. Nadie es verdad venia en el camino, pero y ¿el aire y la luz del día? El verdadero pudor ve miradas en todas partes. Cubrióse la cara con el pañuelo y marchando á ciegas lloró en silencio sobre su humillación. Conocía su miseria, sabía que era abandonada de todos hasta de su mismo marido, pero hasta ahora se había considerado honrada y estimada: hasta ahora había mirado con compasión á aquellas mujeres, vestidas escandalosamente, que el pueblo denomina concubinas de los soldados. Ahora le parecía haber descendido una grada más bajo que aquéllas en la escala de la vida.

Oyéronse pisadas de caballos: eran los que llevaban pescados á los pueblos del interior. Hacían sus viajes en pequeñas caravanas hombres y mujeres, montados en malos jacos, entre dos cestos colgados á los costados del animal. Varios de ellos, al pasar delante de su choza, le habían pedido agua para beber y regalado algunos pescados. Ahora al pasar á su lado, le parecía que la atropellaban y pisoteaban y que sus miradas, compasivas ó desdeñosas, penetraban al través de su pañuelo y dardeaban su cara.

Al fin los viajeros se alejaron y Sisa suspiró. Apartó un instante el pañuelo para ver si aun estaban lejos del pueblo. Quedaban algunos postes de telégrafos antes de llegar al ban-

táyan ó garita. Jamás le había parecido tan larga aquella distancia.

A orillas del camino crecía un frondoso cañaveral á cuya sombra descansaba ella en otros tiempos. Allí le daba dulce conversaci6n su novio; él la ayudaba á llevar el cesto de frutas y legumbres; ¡ay! aquello pasó como un sueño; el novio fué marido y al marido le hicieron *cabeza de barangay* y entonces la desgracia comenzó á llamar á su puerta.

Como el sol empezaba á arder, preguntáronla los soldados si quería descansar.

— ¡Gracias! respondió horrorizada.

Pero donde se apoderó de ella verdadero terror fué al acercarse al pueblo. Angustiada, dirigió una mirada en torno: vastos arrozales, un pequeño canal de riego, árboles raquíticos; ni un precipicio ni una roca contra la cual estrellarse! Arrepinti6se de haber seguido á los soldados hasta allí; echó de menos el profundo río que corría cerca de su choza, cuyas altas orillas, sembradas de puntiagudas rocas, ofrecían tan dulce muerte! Pero el pensamiento en sus hijos, en su hijo Crispín cuya suerte aun ignoraba, la alumbró en aquella noche, y pudo murmurar resignada:

— ¡Después... después iremos á vivir en el fondo del bosque!

Sec6se los ojos, procuró serenarse y dirigiéndose á los guardias, les dijo en voz baja:

— ¡Ya estamos en el pueblo!

Su acento era indefinible; era queja, reconvenci6n, lamento: era una plegaria, era el dolor condensado en sonido.

Los soldados, conmovidos, le respondieron con un gesto. Sisa se adelantó rápidamente y procuró afectar un aire tranquilo.

En aquel momento empezaron á repicar las campanas anunciando que había terminado la misa mayor. Sisa avivó el paso para no encontrarse, si posible era, con la gente que salía. Pero en vano! no había medio de esquivar su encuentro.

Saludó con amarga sonrisa á dos conocidas suyas que la interrogaban con la mirada, y en adelante, para evitarse aquellas mortificaciones, bajó la cabeza y sólo se puso á mirar al suelo, ¡y cosa extraña! tropezaba con las piedras del camino.

La gente se paraba un momento al verla, conversaban entre sí siguiéndola con los ojos: todo esto lo veía, lo sentía á pesar de tener constantemente los ojos bajos.

Ovó una voz desvergonzada de mujer que preguntaba detrás de ella casi gritando:

— ¿D6nde la habéis cogido? Y ¿el dinero?

Era una mujer sin tapis, saya amarilla y verde y camisa de gasa azul; se la podía conocer por su traje que era una querida de la soldadesca.

Sisa creyó sentir un bofetón: aquella mujer la había desnudado delante de la multitud. Levantó un momento sus ojos para saciarse en la burla y en el desprecio; vió  la gente lejos, muy lejos de ella, sin embargo sentía el frío de sus miradas y oa sus cuchicheos. La pobre mujer andaba sin sentir el suelo.

— ¡Eh, por aquí! le gritó un guardia.

Como un autómata cuyo mecanismo se rompe, giró rápidamente sobre sus talones. Y sin ver nada, sin pensar, corrió  esconderse; vió una puerta con un centinela, trató de penetrar por ella, pero otra voz, más imperiosa aún, la apartó de su camino. Con pasó vacilante buscó la dirección de aquella voz, sintió que la empujaban por las espaldas, cerró los ojos, dió dos pasos y faltándole las fuerzas, se dejó caer en el suelo, primero de rodillas y sentada después. Un llanto sin lágrimas, sin gritos, sin ayes, la agitaba convulsivamente.

Aquello era el cuartel. All había soldados, mujeres, cerdos y gallinas. Algunos cosan sus ropas mientras su querida estaba acostada sobre el banco, teniendo por almohada el muslo del hombre, fumando y mirando aburrida hacia el techo. Otras ayudaban  los hombres  limpiar las prendas de vestir, las armas, etc., cantando  media voz canciones lubricas.

— ¡Parece que los pollos se han escapado! No traeis más que la gallina! dijo una mujer  los recién llegados: no se ha averiguado si ella aludía  Sisa  a la gallina que continuaba piando.

— ¡S, siempre vale más la gallina que los pollos! se contestó ella misma cuando vió que los soldados se callaban.

— ¿Dónde está el sargento? preguntó en tono disgustado uno de los guardias civiles. ¿Han dado ya parte al alférez?

Movimientos de hombros que se encogan fueron las contestaciones: nadie se molestaba para averiguar algo acerca de la suerte de la pobre mujer.

All pasó ella dos horas en un estado de semi-imbecilidad, acurrucada en un rincón, oculta la cabeza entre las manos, los cabellos desgreados y en desorden. Al mediodía se enteró el alférez, y lo primero que hizo fué no dar crédito  la acusación del cura.

— ¡Bah! cosas del mezquino fraile! dijo y ordenó que soltaran  la mujer y que no se ocupase nadie del asunto.

— ¡Si quiere recobrar lo perdido, añadió, que lo pida  su S. Antonio  que se queje al nuncio! Vaya!

A consecuencia de esto, Sisa fué echada del cuartel, casi á empujones, porque ella no quería moverse.

Al verse en medio de la calle echó á andar maquinalmente hacia su casa, deprisa, la cabeza descubierta, el cabello desarreglado y la mirada fija en el lejano horizonte. El sol ardía en su zenit y no había una nube que velara su resplandeciente disco; el viento agitaba débilmente las hojas de los árboles, el camino estaba ya casi seco; ni un ave se atrevía á dejar la sombra de las ramas.

Sisa llegó al fin á su casita. Entró en ella, muda, silenciosa; la recorrió, salió, echó á andar en todas direcciones. Corrió después á casa del viejo Tasio, llamó á la puerta, pero el viejo no estaba allí. La infeliz volvió á su casa y empezó á llamar á gritos: ¡Basilio! ¡Crispín! deteniéndose á cada momento y aplicando el oído con atención. El eco repetía su voz; el dulce susurro del agua en el vecino río, la música de las hojas de las cañas eran las únicas voces de la soledad. Volvía á llamar, subía á una altura, bajaba á un barranco, descendía al río; sus ojos erraban con expresión siniestra, se iluminaban de cuando en cuando con vivos resplandores, después se oscurecían, como el cielo en una noche de tormenta: diríase que la luz de la razón chisporroteaba y estaba próxima á apagarse.

Volvió á subir á su casita, sentóse en la estera donde se habían acostado la noche anterior, levantó los ojos y vió un girón de la camisa de Basilio en el extremo de una caña del *dinding* ó tabique, que cae cerca del precipicio. Levantóse, cogiólo y lo examinó á la luz del sol: el girón tenía manchas de sangre. Pero Sisa acaso no las viera, pues bajó y continuó examinándolo en medio de los rayos abrasadores, levantándolo á lo alto; y como si sintiese oscurecerse todo y le faltase la claridad, miró al sol frente á frente y con los ojos desmesuradamente abiertos.

Siguió aún vagando de un lado á otro, gritando ó aullando extraños sonidos; habría tenido miedo quien la hubiese oído: su voz tenía un raro timbre como no suele producir la laringe humana. Durante la noche, cuando la tempestad brama y el viento vuela con vertiginosa rapidez batiendo con sus invisibles alas un ejército de sombras que le persiguen, si os encontráis en un edificio arruinado y solitario, oís ciertos quejidos, ciertos suspiros que supondréis ser el roce del viento al azotar las altas torres ó derruidos muros, pero que os llenan de terror y hacen que os estremezcáis sin poderlo remediar; pues bien, el acento de aquella madre era aún más lúgubre que esos desconocidos lamentos en las noches oscuras cuando brama la tempestad.

Así la sorprendió la noche. Quizás el cielo le concediera algunas horas de sueño durante las cuales el ala invisible de un ángel, rozando su pálido semblante, haya borrado su memoria, reducida toda á dolores; quizás tantos sufrimientos no estarían á la medida de la débil resistencia humana, é intervendría entonces la Madre Providencia con su dulce lenitivo, el olvido; sea de ello lo que fuere, es el caso que al día siguiente, Sisa vagaba sonriendo, cantando ó hablando con todos los seres de la Naturaleza.

## XXII

### LUCES Y SOMBRAS

Han pasado tres días desde los acontecimientos que hemos narrado. Estos tres días con sus noches ha dedicado el pueblo de S. Diego en hacer preparativos de fiesta y comentarios, murmurando al mismo tiempo.

Mientras saboreaban los futuros regocijos, unos hablaban mal del gobernadorcillo, otros del teniente mayor, otros de los jóvenes, y no faltaba quien echase la culpa de todo á todos.

Comentaban la llegada de María Clara, acompañada de la tía Isabel. Se alegraban de ello porque la querían, y á la vez que admiraban mucho su hermosura, se admiraban también de los cambios que sufría el carácter del P. Salví. — «Se distrae muchas veces durante el santo sacrificio; no habla ya mucho con nosotras y se pone á ojos vistas más delgado y tãciturno», decían sus penitentes. El cocinero le veía enflaquecerse por minutos y se quejaba del poco honor que hacía á sus platos. Pero lo que más exaltaba la murmuración de la gente era el hecho de verse en el convento más de dos luces durante la noche mientras P. Salví está de visita en una casa particular... ¡en casa de María Clara!! Las beatas se hacian cruces pero continuaban murmurando.

Juan Crisóstomo Ibarra había telegrafiado desde la cabecera de la provincia saludando á tía Isabel y á su sobrina, pero sin explicar la causa de su ausencia. Muchos le creían preso por su conducta con el P. Salví en la tarde del día de Todos los Santos. Pero los comentarios subieron de punto, cuando, á la tarde del

tercer día, le vieron bajar de un coche delante de la casita de su futura y saludar cortésmente al religioso, que también se dirigía á ella.

De Sisa ni de sus hijos nadie se ocupaba.

Si ahora vamos á la casa de María Clara, un hermoso nido entre naranjos é ilang-ilang, alcanzaremos aún á los dos jóvenes, asomados á una ventana que da vistas al lago. Sombraabanla flores y enredaderas que trepaban en cañas y alambres esparciendo un ligero perfume.

Sus labios murmuran palabras, más suaves que el susurro de las hojas y más perfumadas que el aire impregnado de aromas que vaga por el jardín. Es la hora en que las sirenas del lago, aprovechándose de las sombras del rápido crepúsculo de la tarde, asoman por encima de las olas sus alegres cabecitas para admirar y saludar con sus cantos al sol moribundo. Dicen que sus ojos y cabellos son azules, que van coronadas de plantas acuáticas con flores blancas y rojas; dicen que de cuando en cuando descubre la blanca espuma sus esculturales formas, más blancas aún que la espuma misma, y que al descender completamente la noche empiezan ellas sus divinos juegos y dejan oír acordes misteriosos como de arpas éólicas; dicen también... pero volvamos á nuestros jóvenes y oigamos el final de su conversacion. Ibarra decía á María Clara:

— Mañana antes que raye el alba se cumplirá tu deseo. Esta noche lo dispondré todo para que nada falte.

— Entonces escribiré á mis amigas para que vengan. ¡Haz de modo que no pueda seguir el cura!

— Y ¿por qué?

— Porque parece que me vigila. Me hacen daño sus ojos hundidos y sombríos; cuando los fija en mí, me dan miedo. Cuando me dirige la palabra, tiene una voz... me habla de cosas tan raras, tan incomprensibles, tan extrañas... me preguntó una vez si no había soñado en cartas de mi madre; creo que está medio loco. Mi amiga Sinang y Andeng, mi hermana de leche, dicen que está algo tocado, porque no come ni se baña y vive á obscuras. ¡Haz que no venga!

— No podemos menos de no invitarle, contesta Ibarra pensativo. Las costumbres del país lo requieren; está en tu casa y además se ha portado conmigo con nobleza. Cuando el Alcalde le consultó sobre el negocio de que te he hablado, sólo ha tenido alabanzas para mí y no ha pretendido poner el más pequeño obstáculo. Pero veo que te pones seria; descuida que no nos podrá acompañar en la banca.

Oyéronse ligeros pasos: era el cura que se acercaba con una forzada sonrisa en los labios.



— ¡El viento es frío! dijo; cuando se coge un catarro no se le suelta hasta que venga el calor. ¿No temen Vds. resfriarse?

Su voz era temblorosa y sus miradas se dirigían al lejano horizonte: no miraba á los jóvenes.

— ¡Por el contrario la noche nos parece agradable, y el viento delicioso! contestó Ibarra. En estos meses tenemos nuestro otoño y nuestra primavera; caen algunas hojas pero brotan siempre flores.

Fr. Salví suspiró.

— Hallo muy hermoso el consorcio de estas dos estaciones sin que intervenga el frío invierno, continuó Ibarra. El febrero brotarán las yemas en las ramas de los árboles frutales, y el marzo tendremos ya las frutas maduras. Cuando vengan los meses de calor nos iremos á otra parte.

Fr. Salví se sonrió. Empezaron á hablar de cosas indiferentes, del tiempo, del pueblo, de la fiesta; María Clara buscó un pretexto y se alejó.

— Y pues que hablamos de fiestas, permítame V. que le invite á la que celebraremos mañana. Es una fiesta campestre que mutuamente nos damos nuestros amigos y nosotros.

— Y ¿en dónde se hará?

— Las jóvenes la desean en el arroyo que corre en el vecino bosque, cerca del *baliti*: por eso nos levantaremos temprano para que no nos alcance el sol.

El religioso reflexionó; un momento después contestó:

— La invitación es muy tentadora y la acepto para probarle que ya no le guardo rencor. Pero tendré que ir más tarde, después que haya cumplido con mis obligaciones. ¡Feliz V. que está libre, enteramente libre!

Minutos después Ibarra se despedía para cuidar de la fiesta del día siguiente. — Era ya noche oscura.

En la calle se le acercó uno que le saludó reverentemente.

— ¿Quién sois? preguntóle Ibarra.

— No conocéis, señor, mi nombre, contestó el desconocido. Os he estado esperando dos días.

— Y ¿por qué?

— ¡Porque en ninguna parte se han apiadado de mí, porque dicen que soy un bandido, señor. Pero he perdido mis hijos, mi mujer está loca y todos dicen que merezco mi suerte!

Ibarra examinó rápidamente al hombre y preguntó:

— ¿Qué queréis ahora?

— ¡Implorar vuestra piedad para mi mujer y mis hijos!

— No puedo detenerme, contestó Ibarra. Si queréis seguirme, caminando me podréis contar lo que os ha sucedido.

El hombre dió las gracias, y pronto desaparecieron en las tinieblas de las mal alumbradas calles.

### XXIII

#### LA PESCA

Todavía brillaban las estrellas en la bóveda de zafir y las aves dormitaban aún en las ramas, cuando una alegre comitiva recorría ya las calles del pueblo dirigiéndose al lago, á la alegre luz de las antorchas de brea que llaman comúnmente *hupes*.

Eran cinco jovencitas que marchaban aprisa, cogidas de las manos ó de la cintura, seguidas de algunas ancianas y de varias criadas que llevaban graciosamente sobre sus cabezas cestos llenos de provisiones, platos, etc. Al ver los semblantes en que ríe la juventud y brillan las esperanzas, al contemplar como flota al viento la abundante y negra cabellera y los anchos pliegues de sus vestidos, las tomaríamos por divinidades de la noche huyendo del día, si no supiésemos que eran María Clara con sus cuatro amigas: la alegre Sinang, su prima, la severa Victoria, la hermosa Iday y la pensativa Neneng, la belleza modesta y temerosa.

Conversaban animadamente, reían, se pellizcaban, se hablaban al oído y después prorrumpían en carcajadas.

— ¡Vais á despertar á la gente que aun está durmiendo! les reprendía la tía Isabel; cuando éramos jóvenes no alborotábamos tanto.

— ¡Tampoco madrugarian Vds. como nosotras, ni serían los viejos tan dormilones! contestaba la pequeña Sinang.

Callábanse un momento, procuraban bajar la voz, pero pronto se olvidaban, reían y llenaban la calle con sus juveniles y frescos acentos.

— ¡Hazte la resentida, no le hables! decía Sinang á María Clara; ríñele para que no se acostumbre mal!

— ¡No seas tan exigente! decía Iday.

— ¡Sé exigente, no seas tonta! El novio debe obedecer mientras es novio, que después cuando es marido hace lo que le da la gana! aconsejaba la pequeña Sinang.

— ¿Qué entiendes tú de eso, niña? le corregía su prima Victoria.

— ¡Sst, silencio que vienen!

En efecto, venía un grupo de jóvenes alumbrándose con grandes antorchas de caña. Marchaban bastante serios al son de una guitarra.

— ¡Parece guitarra de mendigo! dijo Sinang riendo.

Cuando los dos grupos se encontraron, eran las mujeres las que guardaban un continente serio y formal como si aun no hubiesen aprendido á reír; por el contrario, los hombres hablaban, saludaban, sonreían y hacían seis preguntas para obtener media contestación.

— ¿Está el lago tranquilo? Creéis que vamos á tener buen tiempo? preguntaban las madres.

— ¡No os inquietéis, señoras; yo sé nadar bien! contestaba un joven flaco, alto y delgado.

— ¡Debíamos antes haber oído misa! suspiraba tía Isabel juntando las manos.

— Aun hay tiempo, señora; Albino que en su tiempo fué seminarista la puede decir en la banca, contestó otro señalando al joven flaco y alto.

Este, que tenía una fisonomía de socarrón, al oír que le aludían, adoptó un ademán compungido, caricaturizando al P. Salví.

Ibarra, sin perder su seriedad, tomaba también parte en la alegría de sus compañeros.

Al llegar á la playa, escapáronse involuntariamente de los labios de las mujeres exclamaciones de asombro y alegría. Veían dos grandes bancas, unidas entre sí, pintorescamente adornadas con guirnaldas de flores y hojas, con telas abollonadas de varios colores: farolitos de papel colgaban de la improvisada cubierta alternando entre rosas y claveles, frutas, como piñas, kasuy, plátanos, guayabas y lanzones, etc. Ibarra había traído sus alfombras, tapices y cojines, y formado con ellos cómodos asientos para las mujeres. Los *tikines* y los remos tenían también sus adornos. En la banca mejor adornada había una arpa, guitarras, acordeones y un cuerno de karabao; en la otra ardía el fuego en *kalanes* de barro; preparábase té, café y *salabal* para el desayuno.

— ¡Aquí las mujeres, allí los hombres! decían las madres al embarcarse. Estaos quietas! No moverse mucho que vamos á naufragar.

— ¡Hacer antes la señal de la cruz! decía tía Isabel persiguiéndose.

— Y ¿estaremos aquí tan solas? preguntaba Sinang haciendo un mohín. ¿Nosotras solamente?... ¡aray!

Este *jaray!* lo causaba un pellizco que á tiempo le propinó su madre.

Las bancas se iban alejando lentamente de la playa reflejando la luz de los faroles en el espejo del lago, completamente tranquilo. En el Oriente aparecían las primeras tintas de la aurora.

Reinaba bastante silencio; la juventud, con la separación establecida por las madres, parecía dedicarse á la meditación.

— ¡Ten cuidado! dijo en voz alta Albino, el seminarista, á otro joven; pisa bien la estopa que hay debajo de tu pie.

— ¿Pues?

— Puede saltar y entrar el agua; esta banca tiene muchos agujeros.

— ¡Ay, que nos hundimos! gritaron las mujeres espantadas.

— No tengáis cuidado, señoras! les tranquiliza el seminarista. Esa banca está segura; no tiene más que cinco agujeros y no muy grandes.

— ¡Cinco agujeros! Jesús! Es que queréis ahogarnos? exclamaron las mujeres horrorizadas.

— ¡Nada más que cinco, señoras, y así de grandes! aseguraba el seminarista enseñándoles la pequeña circunferencia formada por sus dedos índice y pulgar. Pisad bien las estopas para que no salten.

— ¡Dios mío! María Santísima! Ya entra agua! gritó una vieja que sentía mojararse.

Hubo un pequeño tumulto; unas chillaban, otras pensaban saltar al agua.

— ¡Pisad bien las estopas, allí! continuaba Albino señalando hacia el sitio donde estaban las jóvenes.

— ¿Dónde? Dónde? Dios! No lo sabemos! Por piedad, venid que no lo sabemos! imploraron las temerosas mujeres.

Fué menester que cinco jóvenes pasasen á la otra banca para tranquilizar á las aterradas madres. ¡Casualidad! parecía que al lado de cada una de las dalagas había un peligro: las viejas no tenían juntas ni un agujero comprometido. Y más casualidad aún! Ibarra estaba sentado al lado de María Clara, Albino al de Victoria, etc. La tranquilidad volvió á reinar en el círculo de las cuidadosas madres, pero no en el de las jóvenes.

Como el agua estaba completamente tranquila, los corrales de pesca no lejos, y era aún muy temprano, se decidió porque

se dejasen los remos y todo el mundo desayunase. Apagáronse los faroles pues la aurora iluminaba ya el espacio.

— No hay cosa que pueda compararse con el *salabat*, tomado por la mañana antes de ir á misa! decía capitana Tiká, la madre de la alegre Sinang; tomad *salabat* con poto, Albino, y veréis que hasta tendréis ganas de rezar.

— Es lo que hago, contestó éste; pienso confesarme.

— No! decía Sinang, tomad café que da ideas alegres.

— Ahora mismo, porque me siento un poco triste.

— ¡No hagáis eso! le advertía la tía Isabel; tomad té con galletas; dicen que el té tranquiliza el pensamiento.

— También tomaré té con galletas! contestaba el complaciente seminarista; por fortuna ninguna de estas bebidas es el catolicismo.

— Pero ¿podéis...? pregunta Victoria.

— ¿Tomar también chocolate? Ya lo creo! Con tal que el almuerzo no tarde mucho...

La mañana era hermosa: las aguas comenzaban á brillar, y de la luz directa del cielo y de la reflejada por las aguas, resultaba una claridad que iluminaba los objetos, casi sin producir sombras, una claridad brillante y fresca, saturada de colores, que adivinamos en algunas marinas.

Casi todos estaban alegres, aspiraban la ligera brisa que comenzaba á despertarse: hasta las madres, tan llenas de prevenciones y advertencias, reían y bromeaban entre sí.

— ¿Te acuerdas? decía una á Capitana Tiká, te acuerdas cuando nos bañábamos en el río, cuando aun éramos solteras? Descendían á lo mejor la corriente, en banquitas hechas con corteza de plátano, frutas de varias clases entre olorosas flores. Cada una llevaba una banderita en donde leíamos nuestros nombres...

— Y ¿cuando volvíamos á casa? añadía otra sin dejar concluir á la primera; encontrábamos los puentes de caña destrozados y entonces teníamos que vadear los arroyos... los pícaros!

— ¡Sí! decía Capitana Tiká, pero yo prefería mojar los bordes de mi falda antes que descubrir el pie: sabía que en los matorrales de la orilla había ojos que observaban.

Las jóvenes que oían estas cosas se guiñaban y sonreían; las demás, tenían sus propias conversaciones y no hacían caso.

Sólo un hombre, el que hacía el oficio de piloto, permanecía silencioso y ajeno á toda aquella alegría. Era un joven de formas atléticas y de una fisonomía interesante por sus grandes ojos tristes y el severo dibujo de sus labios. Los cabellos negros, largos y descuidados, caían sobre su robusto

cuello; una camisa de tela basta y oscura, dejaba adivinar al través de sus pliegues los poderosos músculos que contribuían con sus nervudos y desnudos brazos á manejar, como una pluma, un ancho y descomunal remo, que le servía de timón para guiar las dos bancas.

María Clara le había sorprendido más de una vez observándola: él entonces volvía rápidamente la vista á otra parte y miraba á lo lejos, al monte, á la orilla. Compadecióse la joven de su soledad y cogiendo unas galletas se las ofreció. El piloto la miró con cierta sorpresa, pero esta mirada sólo duró un segundo; tomó una galleta y dió las gracias brevemente y en voz apenas perceptible.

Y nadie volvió á acordarse más de él. Las alegres risas y las ocurrencias de los jóvenes no contraían ningún músculo de su rostro; no le hacía sonreír la alegre Sinang recibiendo pellizcos que la obligaban á fruncir las cejas un instante para volver otra vez á su alegría como antes.

Concluido el desayuno, continuaron la excursión hacia los corrales de pesca.

Estos eran dos, colocados á cierta distancia uno del otro: ambos pertenecían á Capitán Tiago. Desde lejos veíanse algunas garzas posadas sobre las puntas de las cañas del cercado, en actitud contemplativa, mientras algunas aves blancas, que los tagalos llaman *kalaway*, volaban en distintas direcciones, rozando con sus alas la superficie del lago y llenando el aire de estridentes graznidos.

María Clara siguió con la vista á las garzas que, al aproximarse las bancas, echáronse á volar en dirección hacia el vecino monte.

— ¿Anidan esas aves en el monte? preguntó ella al piloto, acaso más que para saberlo, para hacerle hablar.

— Probablemente, *señora*, contestó; pero nadie hasta ahora ha visto sus nidos.

— ¿No tienen nidos esas aves?

— Supongo que deben tenerlos, pues sino, serían muy desgraciadas.

María Clara no notó el acento de tristeza con que pronunció el piloto estas palabras.

— ¿Entonces?

— Dicen, *señora*, contestó el joven, que los nidos de esas aves son invisibles y poseen la cualidad de hacer invisible al que los tenga en su poder; y, como el alma que sólo se ve en el terso espejo de los ojos, es también en el espejo de las aguas donde únicamente estos nidos se dejan contemplar.

María Clara se puso pensativa.

Entretanto habían llegado al *baklad*: el viejo banquero ató las embarcaciones á una caña.

— ¡Espera! dijo tía Isabel al hijo del viejo que se preparaba á subir provisto de la nasa ó *panalok*, ó sea la caña con la bolsa de red; es menester que esté dispuesto el *sinigang* para que los peces pasen del agua al caldo.

— ¡Buena tía Isabel! exclamó el seminarista; no quiere que el pez pueda echar de menos ni un momento el agua.

Andeng, la hermana de leche de María Clara, á pesar de su cara limpia y alegre, tenía fama de buena cocinera. Preparó agua de arroz, tomates y kamias, ayudándola ó estorbándola algunos que acaso querían merecer sus simpatías. Las jóvenes limpiaban los cogollos de calabaza, los guisantes, y cortaban los *paayap* en cortos pedazos, largos como cigarrillos.

Para distraer la impaciencia de los que deseaban ver cómo saldrían los peces de su cárcel, vivitos y coleando, la hermosa Iday cogió el arpa: Iday no solamente tocaba bien este instrumento sino que tenía además muy hermosos dedos.

La juventud batió palmas, María Clara le dió un beso: el arpa es el instrumento que más se toca en aquella provincia y era el propio de aquellos momentos.

— ¡Canta, Victoria, la canción del matrimonio! pidieron las madres.

Los hombres protestaron y Victoria que tenía buena voz, se quejó de ronquera. «La canción del Matrimonio» es una hermosa elegía tagala en que se pintan todas las miserias y tristezas de este estado, sin mentar ninguna de sus alegrías.

Entonces pidieron que cantase María Clara:

— Todas mis canciones son tristes.

— ¡No importa, no importa! dijeron todas.

No se hizo más de rogar, cogió el arpa, tocó un preludio y cantó con voz vibrante, armoniosa y llena de sentimiento.

¡Dulces las horas en la propia patria  
Donde es amigo cuanto alumbra el sol,  
Vida es la brisa que en sus campos vuela,  
Grata la muerte y más tierno el amor!

Ardientes besos en los labios juegan,  
De una madre en el seno al despertar,  
Buscan los brazos á ceñir el cuello,  
Y los ojos sonríense al mirar.

Dulce es la muerte por la propia patria,  
Donde es amigo cuanto alumbra el sol;  
¡ Muerte es la brisa para quien no tiene  
Una patria, una madre y un amor!

Extinguióse la voz, cesó el canto, enmudeció el arpa y aun seguían escuchando: ninguno aplaudió. Las jóvenes sentían sus ojos llenarse de lágrimas, Ibarra parecía contrariado y el joven piloto miraba inmóvil á lo lejos.

De repente se oyó un atronador estruendo: las mujeres soltaron un grito y se taparon las orejas. Era el ex seminarista Albino que soplabá con toda la fuerza de sus pulmones en el cuerno de karabao, llamado *tambuli*. La risa y la animación volvieron; los ojos, llenos de lágrimas, retozaron.

— Pero ¿es que nos vas á volver sordas, hereje? le gritó tía Isabel.

— ¡ Señora! contesta el ex seminarista solemnemente; he oído hablar de un pobre trompetero, allá en las orillas del Rhin, que por tocar trompeta se casó con una noble y rica doncella.

— ¡ Es verdad, el Trompetero de Säckingen! añadió Ibarra no pudiendo menos de tomar parte en la nueva animación.

— ¿Lo oís? continúa Albino; pues yo quiero ver si tengo la misma suerte.

Y volvió á soplar aún con más bríos en el resonante cuerno, acercando particularmente la trompa á los oídos de las jóvenes que más tristes se habían puesto. Naturalmente, hubo un pequeño alboroto; las madres le hicieron callar á fuerza de chinelazos y pellizcos.

— ¡ Aray! aray! decía palpándose los brazos. ¡ La distancia que separa Filipinas de las orillas del Rhin! ¡ *Oh tempora! oh mores!* A unos les dan encomiendas y á otros sambenitos!

Ya todas reían, hasta la Victoria misma, sin embargo Sinang, la de los alegres ojos, decía en voz baja á María Clara:

— ¡ Feliz tú! ¡ Ay, yo también cantaré si pudiese!

Andeng anunció al fin que el caldo estaba ya dispuesto á recibir á sus huéspedes.

El jovencito, el hijo del pescador, subió entonces sobre el encerradero ó bolsa del corral, colocado en el extremo más estrecho de éste, donde se podría escribir el *Lasciate ogni speranza voi ch'entrate*, si los desgraciados peces supiesen leer el italiano y entenderlo: pez que entraba allí no salía sino para morir. Es un espacio casi circular de un metro de diámetro próximamente, dispuesto de manera que un hombre pueda tenerse de



pie en la parte superior, para desde allí retirar los peces con la redcilla.

— ¡Allí sí que no me aburriría el pescar con caña! decía Sinang estremeciéndose de placer.

Todos estaban atentos: ya algunos creían ver los peces colear y agitarse dentro de la red, brillar sus relucientes escamas, etc. Sin embargo al introducirla el joven, no saltó pez ninguno.

— Debe estar lleno, decía Albino en voz baja; hace más de cinco días que no se ha visitado.

El pescador retiró la caña... ay! ni un pececito adornaba la red; el agua, al caer en abundantes gotas que el sol iluminaba, parecía reír con risa argentina. Un *ah!* de admiración, de disgusto, de desengaño se escapó de los labios de todos.

El joven repitió la misma operación, y el mismo resultado.

— ¡No entiendes tu oficio! le dijo Albino trepando al encerradero y arrancando la red de las manos del joven. Ahora lo veréis! ¡Andeng, abre la olla!

Pero Albino tampoco lo entendía: continuó vacía la red. Todos se le echaron á reír.

— ¡No hagáis ruido que os oyen los peces y no se dejan coger! dijo. Esta red debe estar rota!

Pero la red tenía íntegras todas sus mallas.

— Déjame á mí, dijole León, el novio de Iday.

Este se aseguró bien del estado del cerco, examinó la red y satisfecho, preguntó:

— ¿Estáis seguros de que no se ha visitado desde hace cinco días?

— ¡Segurísimos! La última vez fué para la vigilia de Todos los Santos.

— Pues entonces, ó el lago está encantado ó yo saco algo.

León introdujo la caña en el agua, pero el asombro se pintó en su semblante. Silencioso miró un momento al vecino monte y siguió paseando la caña dentro del agua: después sin retirarla murmuró en voz baja:

— Un caimán.

— ¡Un caimán! repitieron.

La palabra corrió de boca en boca en medio del espanto y de la estupefacción general.

— ¿Qué decís? le preguntaron.

— Digo que hay un caimán cogido, afirmó León, é introduciendo el mango de la caña en el agua, continuó:

— ¿Oís ese sonido? eso no es la arena, es la dura piel, la espalda del caimán. ¿Veis como se mueven las cañas? es él que

forcejea, pero está arrollado sobre sí mismo; esperad... es grande: su cuerpo mide casi un palmo ó más de ancho.

— ¿Qué hacer? fué la pregunta.

— ¡Cogerlo! dijo una voz.

— ¡Jesús! y ¿quién lo coge?

Nadie se ofrecía á descender al abismo. El agua era profunda.

— ¡Debíamos atarle á nuestra barca y arrastrarle en triunfo! dijo Sinang; ¡comerse los peces que debíamos comer!

— ¡No he visto hasta ahora un caimán vivo! murmuró María Clara.

El piloto se levantó, cogió una larga cuerda y subió ágilmente á la especie de plataforma. León le cedió el sitio.

Excepto María Clara, nadie hasta entonces se había fijado en él: ahora admiraban su esbelta estatura.

Con gran sorpresa y á pesar de los gritos de todos, el piloto saltó dentro del encerradero.

— ¡Llevaos este cuchillo! le grita Crisóstomo sacando una ancha hoja toledana.

Pero ya el agua subía en forma de mil surtidores y el abismo se cerró misterioso.

— ¡Jesús, María y José! exclamaban las mujeres. Vamos á tener una desgracia! Jesús, María y José!

— No tengáis cuidado, señoras, les decía el viejo banquero; si hay en toda la provincia uno que lo puede hacer, ése es él.

— ¿Cómo se llama ese joven? preguntaron.

— Nosotros le llamamos *el Piloto*: es el mejor que he visto; sólo que no ama el oficio.

El agua se movía, el agua se agitaba: parecía que en el fondo se trababa una lucha; vacilaba el cerco. Todos callaban, contenían la respiración. Ibarra apretaba con mano convulsiva el puño del agudo cuchillo.

La lucha pareció terminarse. Asomóse por encima la cabeza del joven, que fué saludado con gritos alegres: los ojos de las mujeres estaban llenos de lágrimas.

El piloto trepó llevando en la mano el extremo de la cuerda, y una vez en la plataforma tiró de ella.

El monstruo apareció; tenía la sogá atada en forma de doble banda por el cuello y debajo de las extremidades anteriores. Era grande, como ya lo había anunciado León; pintado, y sobre sus espaldas crecía verde musgo, que es á los caimanes lo que las canas á los hombres. Mugía como un buey, azotaba con la cola las paredes de caña, se agarraba á ellas, y abría la negra y tremenda fauce descubriendo sus largos colmillos.

El piloto le izaba solo: nadie se acordaba de ayudarle.

Fuera ya del agua y colocado sobre la plataforma, púsole el pie encima, con robusta mano cerró sus descomunales mandíbulas y trató de atarle el hocico con fuertes nudos. El reptil tentó un último esfuerzo, arqueó el cuerpo, batió el suelo con la potente cola, y, escapándose, se lanzó de un salto al lago, fuera del corral, arrastrando á su domador. El piloto era hombre muerto; un grito de horror se escapó de todos los pechos.

Rápido como el rayo, cayó otro cuerpo al agua; apenas tuvieron tiempo de ver que era Ibarra. María Clara no se desmayó porque las filipinas no saben aún desmayarse.

Vieron colorearse las olas, teñirse en sangre. El joven pescador saltó al abismo con su *bolo* en la mano, su padre le siguió: pero apenas desaparecían, cuando vieron á Crisóstomo y al piloto reaparecer agarrados al cadáver del reptil. Este tenía todo el blanco vientre rasgado y en la garganta clavado el cuchillo.

Imposible es describir la alegría: mil brazos se tendieron para sacarlos del agua. Las viejas estaban medio locas y reían y rezaban. Andeng olvidó que su *sinigang* había hervido tres veces: todo el caldo se derramó y apagó el fuego. La única que no podía hablar era María Clara.

Ibarra estaba ileso; un ligero rasguño tenía el piloto en el brazo.

— ¡Os debo la vida! dijo á Ibarra que se envolvía en mantas de lana y tapices.

La voz del piloto tenía un timbre como de pesar.

— Sois demasiado intrépido, contestóle Ibarra; otra vez no tentaréis á Dios.

— ¡Si no volvías!... murmuró María Clara pálida y temblando aún.

— ¡Si no volvía y me seguías, contestó el joven completando su pensamiento, en el fondo del lago *habría yo estado en familia!*

Ibarra no se olvidaba de que allí yacían los restos de su padre.

Las viejas ya no querían ir al otro *baklad*, querían retirarse alegando que el día había comenzado mal y podrían sobrevenir muchas desgracias.

— ¡Todo es porque no hemos oído misa! suspiraba una.

— Pero ¿qué desgracia hemos tenido, señoras? preguntaba Ibarra. ¡El caimán fué el único desgraciado!

— Lo cual prueba, concluyó el ex seminarista, que en toda

su pecadora vida jamás ha oído misa este desgraciado reptil. Nunca le he visto entre tantos caimanes que frecuentan la iglesia.

Las bancas se dirigieron pues hacia el otro *baklad* y fué menester que Andeng preparase otro *sinigang*.

El día adelantaba; soplabla la brisa; las olas despertaban y se rizaban en torno del caimán, levantando «montes de espuma do tersa brilla rica en colores la luz solar» que dice el poeta P. A. Paterno.

La música volvió á resonar: Iday tocaba el arpa, los hombres, los acordeones y guitarras con mayor ó menor afinación, pero el que mejor lo hacía era Albino, que la rascaba verdaderamente, desalinaba y perdía el compás á cada instante, ó se olvidaba á lo mejor y se pasaba á otra sonata enteramente distinta.

El otro corral fué visitado con desconfianza; muchos esperaban encontrar la hembra del caimán, pero la Naturaleza es burlona, y salió siempre llena la red.

Tia Isabel mandaba:

— El *ayugin* es bueno para el *sinigang*; dejad el *biã* para el escabeche, el *dalag* y el *buan-buan* para *pesa*: el *dalag* puede vivir mucho. Ponedlos en la red para que continúen en el agua. ¡Las langostas á la sartén! El *bának* es para asado, envuelto en hojas de plátano y relleno de tomates.

— Dejad los demás para que sirvan de reclamo: no es bueno vaciar el *baklad* completamente, añadía.

Entonces trataron de abordar á la orilla, en aquel bosque de árboles seculares pertenecientes á Ibarra. Allí á la sombra y junto al cristalino arroyo almorzarían entre las flores ó debajo de improvisadas tiendas.

La música resonaba en el espacio; el humo de los kalanes se levantaba alegre en forma de tenues torbellinos; el agua cantaba dentro de la ardiente vasija, acaso palabras de consuelo para los peces muertos, acaso de sarcasmo y burla; el cadáver del caimán daba vueltas, pronto presentaba el blanco y destrozado vientre, pronto la pintada y verdosa espalda, y el hombre, favorito de la Naturaleza, no se inquietaba por tantos fratricidios que dirían los bramines ó los *vegetarianos*.

## XXIV

### EN EL BOSQUE

Temprano, muy temprano había dicho su misa el P. Salvi y limpiado en pocos minutos una docena de almas sucias, lo cual no era su costumbre.

Parece que con la lectura de unas cartas que llegaron bien selladas y lacradas, perdió el digno cura su apetito, pues dejó que el chocolate se enfriara completamente.

— El Padre se pone enfermo, decía el cocinero mientras preparaba otra taza; hace días que no come: de los seis platos que le pongo en la mesa, no toca dos.

— Es que duerme mal, contesta el criado; tiene pesadillas desde que cambió de alcoba. Sus ojos se hundan cada vez más, enflaquece de día en día y está muy amarillo.

En efecto, daba lástima ver al P. Salvi. Ni ha querido tocar la segunda taza de chocolate, ni probar los hojaldres de Cebú: paséase pensativo por la espaciosa sala arrugando entre sus huesudas manos unas cartas que lee de tiempo en tiempo. Al fin pide su coche, se arregla y ordena le conduzcan al bosque donde se encuentra el fatídico árbol y en cuyas cercanías se celebra la partida campestre.

Llegado al sitio, el P. Salvi despachó su vehículo y se internó solo en el bosque.

Un sombrío sendero franquea trabajosamente la espesura y conduce á un arroyo, formado de varias fuentes termales como muchas de las faldas del Makiling. Adornan sus orillas flores silvestres, muchas de las cuales no han recibido aún su nombre latino, pero sin duda son ya conocidas de los dorados insectos, de las mariposas de todos tamaños y colores, azul y oro, blancas y negras, matizadas, brillantes, pavonadas, llevando rubies y esmeraldas en sus alas, y de los millares de coleópteros de reflejos metálicos, polvoreados de oro fino. El zumbido de estos insectos, el chirrido de la cigarra que alborota día y noche, el canto del pájaro, ó el ruido seco de la podrida rama que cae engananchándose en todas partes son los únicos que turban el silencio de aquel misterioso paraje.

Algún tiempo estuvo vagando entre las espesas enredaderas, evitando los espinos que le agarraban por el hábito de guingón

como para detenerle, las raíces de los árboles que salían del suelo haciendo tropezar á cada momento al no acostumbrado caminante. Detúvose repentinamente: alegres carcajadas y frescas voces llegaron á sus oídos, y las voces y las carcajadas partían del arroyo y se acercaban cada vez más.

— Voy á ver si encuentro un nido, decía una hermosa y dulce voz que el cura conocía; quisiera verle sin que él me viese, quisiera seguirle á todas partes.

El P. Salví ocultóse detrás del grueso tronco de un árbol y púsose á escuchar.

— ¿Es decir que quieres hacer con él lo que contigo hace el cura, que te vigila en todas partes? contestó una alegre voz. ¡Ten cuidado que los celos hacen enflaquecer y hundir los ojos!

— ¡No, no son celos, es pura curiosidad! replicaba la voz argentina, mientras la alegre repetía: ¡Sí, celos, celos! y reía á carcajadas.

— Si yo tuviera celos, en vez de hacerme invisible á mí, le haría á él para que nadie le pudiese ver.

— Pero tú tampoco le verías y eso no está bien. Lo mejor es que si encontramos el nido, se lo regalemos al cura, así puede vigilarnos á nosotras sin tener necesidad de verle, ¿no te parece?

— Yo no creo en los nidos de las garzas, contestaba otra voz; pero si alguna vez tuviese celos, ya sabría vigilar y hacerme invisible...

— Y ¿cómo? y ¿cómo? ¿Acaso como una Sor Escucha?

Alegres carcajadas provocó este recuerdo de colegiala.

— ¡Ya sabes cómo se la engaña, á la Sor Escucha!

El P. Salví vió desde su escondite á María Clara, á Victoria y á Sinang recorriendo el río. Las tres andaban con la vista en el espejo de las aguas, buscando el misterioso nido de la garza: iban mojadas hasta la rodilla, dejando adivinar los anchos pliegues de sus sayas de baño las graciosas curvas de sus piernas. Llevaban la cabellera suelta y los brazos desnudos y cubría el busto una camisa de anchas rayas y alegres colores. Las tres jóvenes á la vez que buscaban un imposible recogían flores y legumbres que crecían en la orilla.

El Acteón religioso contemplaba pálido é inmóvil á aquella púdica Diana; sus ojos que brillaban en las oscuras órbitas no se cansaban de admirar aquellos blancos y bien modelados brazos, aquel cuello elegante con el comienzo del pecho; los diminutos y rosados pies que jugaban con el agua, despertaban en su empobrecido sér extrañas sensaciones y hacían soñar en nuevas ideas á su ardiente cerebro.

Tras de un recodo del riachuelo, entre espesos cañaverales, desaparecieron aquellas dulces figuras y dejaron de oírse sus crueles alusiones. Ebrio, vacilante, cubierto de sudor, salió el P. Salví de su escondite y miró en torno suyo con ojos extraviados. Detúvose inmóvil, dudoso; dió algunos pasos como si tratase de seguir á las jóvenes, pero volvió y, andando por la orilla, trató de buscar el resto de la comitiva.

A alguna distancia de allí vió en medio del arroyo una especie de baño, bien cercado, cuyo techo lo formaba un frondoso cañaveral: de él salían alegres y femeniles acentos. Adornábanle hojas de palma, flores y banderolas. — Más allá vió un puente de caña y á lo lejos á los hombres bañándose, mientras una multitud de criados y criadas bullían al rededor de improvisados *kalanes*, atareados en desplumar gallinas, lavar arroz, asar lechón, etc. Y allá en la orilla opuesta, en un claro que habían hecho, se reunían muchos hombres y mujeres bajo un techo de lona, colgado en parte de las ramas de los árboles seculares, en parte de estacas nuevamente levantadas. Allí estaban el alférez, el coadjutor, el gobernadorcillo, el teniente mayor, el maestro de escuela y muchos capitanes y tenientes pasados, hasta Capitán Basilio, el padre de Sinang, antiguo adversario del difunto D. Rafael en un viejo litigio. Ibarra le había dicho: «Discutimos un derecho, y discutir no quiere decir ser enemigos.» Y el célebre orador de los conservadores aceptó con entusiasmo la invitación, enviando tres pavos y poniendo sus criados á la disposición del joven.

El cura fué recibido con respeto y deferencia por todos, hasta por el alférez.

— Pero ¿de dónde viene V. R.? preguntóle éste al ver su cara llena de rasguños y su hábito cubierto de hojas y pedazos de ramas secas. ¿Se ha caído V. R.?

— ¡No, me he extraviado! contestó P. Salví bajando los ojos para examinar su traje.

Se abrían frascos de limonadas, se partían cocos verdes para que los que salían del baño bebiesen su agua fresca y comiesen su tierna carne, más blanca que la leche; las jóvenes recibían además un rosario de sampagas, entremezcladas de rosas é ilang-ilang que perfumaban la suelta cabellera. Sentábanse ó recostábanse en las hamacas, suspendidas de las ramas, ó se entretenían jugando al rededor de una ancha piedra, sobre la cual se veían naipes, tableros, libritos, sigüeyes y piedrezuelas.

Enseñáronle al cura el caimán, pero al parecer estaba distraído y sólo prestó atención cuando le dijeron que aquella

ancha herida la había hecho Ibarra. Por lo demás no era posible ver al célebre y desconocido piloto; había desaparecido ya antes de la llegada del alférez.

Al fin salió María Clara del baño, acompañada de sus amigas, fresca como una rosa en su primera mañana cuando brilla el rocío, chispas de diamante en los divinos pétalos. Su primera sonrisa fué para Crisóstomo, y la primera nube de su frente para el P. Salvi. Este lo notó y no suspiró.

Llegó la hora de comer. El cura, el coadjutor, el alférez, el gobernadorcillo y algunos capitanes más con el teniente mayor sentáronse en una mesa que presidía Ibarra. Las madres no permitieron que ningún hombre comiese en la mesa de las jóvenes.

— Esta vez, Albino, no inventas agujeros como en las bancas, dice León al ex seminarista.

— ¿Qué? Qué es eso? preguntaron las viejas.

— Las bancas, señoras, estaban tan enteras como este plato, aclaró León.

— ¡Jesús, saramullo! exclama tia Isabel sonriendo.

— Sabe V. algo ya, señor alférez, del criminal que maltrató al P. Dámaso? preguntaba Fr. Salvi en la comida á aquél.

— ¿De qué criminal, P. Cura? preguntó el alférez mirando al fraile al través del vaso de vino que vaciaba.

— ¿De quién ha de ser? Del que anteayer tarde golpeó al P. Dámaso en el camino!

— ¿Golpeó al P. Dámaso? preguntaron varias voces.

El coadjutor pareció sonreír.

— ¡Sí, y el P. Dámaso está ahora en cama! Se cree sea el mismo Elias que le arrojó á V. en el charco, señor Alférez.

El alférez se puso colorado de vergüenza ó de vino.

— Pues yo creía, continuó el P. Salvi con cierta burla, que estaba V. enterado del asunto, yo decia, alférez de la Guardia Civil...

Mordióse el militar los labios y balbuceó una tonta excusa.

En esto, apareció una mujer pálida, flaca, vestida miserablemente; nadie la había visto venir, pues iba silenciosa y hacía tan poco ruido que de noche se la habría tomado por un fantasma.

— ¡Dad de comer á esa pobre mujer! decían las viejas: oy! venid aquí!

Pero ella continuó su camino y se acercó á la mesa donde estaba el cura: éste volvió la cara, la reconoció y se le cayó el cuchillo de la mano.

— ¡Dad de comer á esta mujer! ordenó Ibarra.



— ¡La noche es oscura y desaparecen los niños! murmuraba la mendiga.

Pero á la vista del alférez que le dirigió la palabra, la mujer se espantó y echó á correr desapareciendo por entre los árboles.

— ¿Quién es esa? preguntó.

— Una infeliz que han vuelto loca á fuerza de sustos y dolores! contestó D. Filipo; hace cuatro días que está así.

— ¿Es acaso una tal Sisa? preguntó con interés Ibarra.

— La han preso sus soldados de V., continuó con cierta amargura el teniente mayor; la han conducido por todo el pueblo por no sé qué cosas de sus hijos que... no se han podido aclarar.

— ¿Cómo? preguntó el alférez volviéndose al cura; ¿es acaso la madre de sus dos sacristanes?

El cura afirmó con la cabeza.

— ¡Que han desaparecido sin averiguarse nada de ellos! añadió severamente D. Filipo mirando al gobernadorcillo que bajó los ojos.

— ¡Buscad á esa mujer! mandó Crisóstomo á los criados. He prometido trabajar para averiguar el paradero de sus hijos...

— ¿Han desaparecido, dicen Vds.? preguntó el alférez. ¿Sus sacristanes han desaparecido, Padre Cura?

Este apuró el vaso de vino que tenía delante é hizo señas con la cabeza de que sí.

— ¡Carambas, Padre Cura! exclama el alférez con risa burlesca, y alegre con el pensamiento de una revancha; desaparecen algunos pesos de V. R. y se me despierta á mi sargento muy temprano para que los haga buscar; desaparecen dos sacristanes, y V. R. no dice nada, y V. Señor Capitán... verdad es también que V...

Y no concluyó su frase sino que se echó á reir hundiendo su cuchara en la roja carne de una papaya silvestre.

El cura, confuso y perdiendo la cabeza, contestó:

— Es que yo tengo que responder del dinero...

— ¡Buena respuesta, reverendo pastor de almas! interrumpió el alférez con la boca llena. ¡Buena respuesta, santo varón!

Ibarra quiso intervenir, pero el P. Salví, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, repuso con sonrisa forzada:

— Y ¿sabe V., señor alférez, qué se dice de la desaparición de esos chicos? No? ¡Pues pregúntelo V. á sus soldados!

— ¿Cómo? exclama aquél perdiendo la alegría.

— ¡Dícese que en la noche de la desaparición han sonado varios tiros!

— ¿Varios tiros? repitió el alférez mirando á los presentes.

Estos hicieron un movimiento de cabeza afirmativo.

El P. Salví repuso entonces lentamente y con cruel burla:

— Vamos, veo que V. ni coge á los criminales ni sabe lo que hacen los de su casa y quiere meterse á predicador y enseñar á los otros su deber. V. debe saber el refrán de «Más sabe el loco en su casa...»

— ¡Señores! interrumpe Crisóstomo viendo que el alférez se ponía pálido; á propósito de esto quisiera saber qué dicen Vds. de un proyecto mío. Pienso confiar esa loca á los cuidados de un buen médico, y en el entretanto con el auxilio y los consejos de Vds., buscar á sus hijos. ▲

La vuelta de los criados que no habían podido encontrar á la loca, acabó de pacificar á los dos enemigos, llevando la conversación á otro asunto.

Terminada la comida y mientras se servía el té y el café distribuyéronse jóvenes y viejos en varios grupos. Unos cogieron los tableros, otros los naipes, pero las jovencitas, curiosas de saber el porvenir, prefirieron hacer preguntas á la *Rueda de la Fortuna*.

— Venga V., Señor Ibarra! gritaba Capitán Basilio, que estaba un poco alegre. Tenémos un pleito de hace quince años, y no hay juez en la Audiencia que lo falle: vamos á ver si lo terminamos en el tablero?

— ¡Al instante y con mucho gusto! contestó el joven. Un momento, que el alférez se despide!

Al saberse esta partida todos los viejos que comprendían el ajedrez se reunieron en torno del tablero: la partida era interesante y atraía hasta á los profanos. Las viejas sin embargo rodearon al cura para conversar con él sobre asuntos espirituales, pero Fr. Salví no juzgaría apropiado el sitio ni la ocasión, pues daba vagas contestaciones y sus miradas, tristes y algo irritadas, se fijaban en todas partes menos en sus interlocutoras.

Comenzó la partida con mucha solemnidad.

— Si el juego sale tablas, sobreseemos, se entiende! decía Ibarra.

A la mitad del juego, Ibarra recibió un parte telegráfico que le hizo brillar los ojos y ponerse pálido. Intacto lo guardó en su cartera no sin dirigir una mirada al grupo de la juventud, que continuaba entre risas y gritos preguntando al Destino.

— ¡Jaque al Rey! dijo el joven.

Capitán Basilio no tuvo más remedio que esconderle detrás de la Reina.

— ¡Jaque á la Reina! volvió á decir amenazándola con su torre, que resultaba defendida por un peón.

No pudiendo cubrir á la reina ni retirarla á causa del Rey que estaba detrás, Capitán Basilio pidió tiempo para reflexionar.

— ¡Con mucho gusto! contestó Ibarra; tenía precisamente algo que decir ahora mismo á algunos en aquella reunión.

Y se levantó concediendo á su contrario un cuarto de hora.

Yday tenía el disco de cartón en que estaban escritas las 48 preguntas, Albino el libro de las respuestas.

— ¡Mentira! no es verdad! mentira! gritaba medio llorosa Sinang.

— ¿Qué te pasa? preguntóle María Clara.

— Figúrate, pregunto yo ¿«Cuándo tendré juicio?» echo los dados, y ése, ese cura trasnochado lee en el libro: «Cuando la rana crie pelos!» ¡Te parece?

Y Sinang le hace una mueca al ex seminarista que continúa riendo.

— ¿Quién te manda hacer esa pregunta? le dice su prima Victoria. ¡El hacerla basta para merecer tales contestaciones!

— ¡Preguntad! le dijeron á Ibarra presentándole la rueda. Hemos decidido que quien obtuviese la mejor contestación recibiría un regalo de los demás. Todos hemos preguntado ya.

— Y ¿quién ha obtenido la mejor?

— ¡María Clara, María Clara! contestó Sinang. Le hicimos preguntar quieras ó no quieras. «¿Es su cariño fiel y constante?» y el libro contestó...

Pero María Clara, toda encarnada, le tapó la boca con sus manos, y no la dejó continuar.

— ¡Entonces, dadme la rueda! dijo Crisóstomo sonriendo.

Pregunto «¿Si saldré bien en mi actual empresa?»

— ¡Vaya una fea pregunta! exclamó Sinang.

Ibarra echó los dados, y con arreglo á su número buscaron la página y el renglón.

— «Los sueños sueños son!» leyó Albino.

Ibarra sacó el parte telegráfico y lo abrió temblando:

— ¡Esta vez, vuestro libro ha mentido! exclamó lleno de alegría. Leed!

«Proyecto escuela aprobado, pleito sentenciado á su favor.»

— ¿Qué significa esto? le preguntaron.

— ¿No decíais que hay que regalar algo á la que mejor contestación obtenga? preguntó con voz temblorosa de emoción mientras partía cuidadosamente el papel en dos pedazos.

— ¡Sí! Sí!

— Pues bien, éste es mi regalo, dijo entregando á María Clara la mitad; en el pueblo he de levantar una escuela para niños y niñas; esta escuela será mi regalo!

— Y ese otro pedazo ¿qué quiere decir?

— Esto se lo regalaré á quien haya obtenido la peor respuesta!

— ¡Pues yo! entonces á mi! gritó Sinang.

Ibarra le dió el papel y se alejó rápidamente.

— Y esto ¿qué quiere decir?

Pero el feliz joven ya estaba lejos y volvía á proseguir la partida de ajedrez.

Fr. Salvi se acercó como distraído al alegre círculo de los jóvenes. Maria Clara se secaba una lágrima de alegría.

Cesó entonces la risa y enmudeció la conversacion. El cura miraba á los jóvenes sin acertar á decir una sola palabra; éstos esperaban que él hablase y guardaban silencio.

— ¿Qué es esto? pudo al fin preguntar cogiendo el librito y medio hojeándolo.

— «La Rueda de la Fortuna», un libro de juego, contestó León.

— ¿No sabéis que es un pecado creer en estas cosas? dijo, y rasgó con ira las hojas.

Gritos de sorpresa y disgusto se escaparon de todos los labios.

— ¡Mayor pecado es disponer de lo que no es suyo contra la voluntad del dueño! le replicó Albino levantándose. Padre cura, eso se llama robar y Dios y los hombres lo prohiben.

Maria Clara juntó las manos y miró con ojos llorosos los restos de aquel libro que hace poco la había hecho tan feliz.

Fr. Salvi, contra lo que esperaban los presentes, no le replicó á Albino: quedóse viendo como revoloteaban las desgarradas hojas, yendo á parar algunas en el bosque, otras en el agua; después se alejó tambaleando con las dos manos sobre la cabeza. Detúvose algunos segundos hablando con Ibarra que le acompañó hasta uno de los coches, dispuestos para llevar ó conducir á los invitados.

— ¡Hace bien en marcharse ese espanta-alegrías! murmuraba Sinang. ¡Tiene una cara que parece decir: No te rías que conozco tus pecados!

Después del regalo que había hecho á su prometida, Ibarra estuvo tan contento que empezó á jugar sin reflexionar ni entretenerse examinando con cuidado el estado de las piezas.

De esto resultó que, aunque Capitán Basilio se defendía ya sólo á duras penas, la partida llegó á igualarse gracias á muchas faltas que el joven cometió después.

— ¡Sobreseemos, sobreseemos! decía Capitán Basilio alegremente.

— ¡Sobreseemos! repitió el joven, sea cualquiera el fallo que los jueces hayan podido dar.

Ambos se dieron la mano que se estrecharon con efusión.

Mientras los presentes celebraban este acontecimiento que daba fin á un pleito que tenía á ambas partes ya fastidiadas, la repentina llegada de cuatro guardias civiles y un sargento, armados todos y con la bayoneta calada, turbó la alegría é introdujo el espanto en el círculo de las mujeres.

— ¡Quieto todo el mundo! gritó el sargento. ¡Un tiro al que se mueva!

A pesar de esta brutal fanfarronada, Ibarra se levantó y se le acercó,

— ¿Qué quiere V.? preguntó.

— Que nos entregue ahora mismo un criminal llamado Elías, que les servía de piloto esta mañana, contestó con tono de amenaza.

— Un criminal? El piloto? Debe V. estar equivocado! repuso Ibarra.

— No, señor; ese Elías viene nuevamente acusado de haber puesto la mano en un sacerdote...

— ¡Ah! y es ése el piloto?

— El mismo según se nos dice; V. admite en sus fiestas á gente de mala fama, Sr. Ibarra.

Este le miró de pies á cabeza y le contestó con soberano desprecio:

— ¡No tengo que darle á V. cuenta de mis acciones! En nuestras fiestas todo el mundo es bien recibido, y V. mismo que hubiera venido, habría encontrado un sitio en la mesa, como su alferez que hace dos horas estaba entre nosotros.

Y dicho esto le volvió las espaldas.

El sargento se mordió los bigotes y considerando que eran la parte más débil, ordenó que buscasen en todas partes y entre los árboles al piloto cuyas señas traía en un pedazo de papel. D. Filippo le decía:

— Note V. que esas señas convienen á las nueve décimas partes de los naturales; no vaya V. á dar un paso en falso!

Al fin volvieron los soldados diciendo que no habían podido ver ni banca ni hombre alguno que infundiese sospechas; el sargento balbuceó algunas palabras y se marchó como vino: á lo Guardia Civil.

La alegría volvió poco á poco á renacer, llovieron las preguntas y abundaron los comentarios.

— ¡Conque ése es el Elías que arrojó al alferez á un charco! decía Leon pensativo.

— Y ¿cómo fué eso? cómo fué? preguntaban algunos curiosos.

— Dicen que el mes de Septiembre, un día muy lluvioso, se encontró el alférez con un hombre que venía cargando leña. La calle estaba muy encharcada y solamente en la orilla había un estrecho paso, transitable para una persona. Dicen que el alférez en vez de detener su caballo, picó espuelas gritando al hombre que retrocediese: éste parecía que tenía pocas ganas de desandar lo andado por la carga que llevaba sobre el hombro, ó no quería hundirse en el charco y siguió adelante. El alférez, irritado, le quiso atropellar, pero el hombre cogió un trozo de leña, dió al animal en la cabeza con tal fuerza que el caballo cayó depositando al jinete en el lodazal. Dicen también que el hombre siguió tranquilo su camino sin hacer caso de las cinco balas, que desde el charco le envió una tras otra el alférez, ciego de furia y de lodo. Como el hombre era enteramente desconocido para él se supuso que sería el célebre Elías, llegado á la provincia hacía algunos meses, venido sin saberse de dónde, y que se ha dado á conocer á los guardias civiles de algunos pueblos por hechos parecidos.

— ¿Es pues un tulisán? preguntó Victoria estremeciéndose.

— No lo creo, porque dicen que se ha batido una vez contra los tulisanes un día que éstos saqueaban una casa.

— ¡No tiene cara de malhechor! añadió Sinang.

— No, sólo que su mirada es muy triste: no le he visto sonreír en toda la mañana, repuso pensativa María Clara.

Así pasó la tarde y vino la hora de volver al pueblo.

A los últimos rayos del sol moribundo salieron del bosque, pasando en silencio cerca de la misteriosa tumba del antepasado de Ibarra. Después las alegres conversaciones volvieron á reanudarse vivas, llenas de calor, bajo las ramas aquellas, poco acostumbradas á escuchar tantos acentos. Los árboles parecían tristes, las enredaderas se balanceaban como diciendo: «¡Adiós, juventud! Adiós, sueño de un día!»

Y ahora, á la luz de las rojizas y gigantescas antorchas de caña y al son de las guitarras, dejémoslos en su camino hacia el pueblo. Los grupos disminuyen, las luces se apagan, el canto cesa, la guitarra enmudece á medida que se van acercando á las moradas de los hombres. ¡Poneos la máscara que estáis otra vez entre vuestros hermanos!

XXV

EN CASA DEL FILÓSOFO

A la mañana del día siguiente, Juan Crisóstomo Ibarra, después de visitar sus tierras, se dirigió á casa del anciano Tasio.

Completa tranquilidad reinaba en el jardín, pues las golondrinas que revoloteaban en torno de los aleros, apenas hacían ruido. El musgo crecía en el viejo muro donde una especie de hiedra trepaba, bordando las ventanas. Aquella casita parecía la mansión del silencio.

Ibarra ató cuidadosamente su caballo á un poste, y caminando casi de puntillas, atravesó el jardín, limpia y escrupulosamente mantenido; subió las escaleras y, como la puerta estaba abierta, entró.

Lo primero que se presentó á sus ojos fué el viejo, inclinado sobre un libro en el que parecía escribir. En las paredes se veían colecciones de insectos y hojas, entre mapas y viejos estantes, llenos de libros y manuscritos.

El viejo estaba tan absorto en su ocupación que no notó la llegada del joven, sino, cuando éste, no queriendo estorbarle, trató de retirarse.

— ¿Cómo? estaba V. ahí? preguntó mirando á Ibarra con cierta extrañeza.

— V. dispense, contestó éste, veo que está muy ocupado...

— En efecto, escribía un poco, pero no urge, y quiero descansar. ¿Puedo serle útil en algo?

— ¡En mucho! contestó Ibarra acercándose; pero...

Y echó una mirada al libro que estaba sobre la mesa.

— ¿Cómo? exclamó sorprendido; ¿se dedica V. á descifrar geroglíficos?

— ¡No! contestó el viejo ofreciéndole una silla; no entiendo el egipcio ni el copto siquiera, pero comprendo algo el sistema de escritura y escribo en geroglíficos.

— ¿Escribe V. en geroglíficos? Y ¿por qué? preguntó el joven dudando de lo que veía y oía.

— ¡Para que no me puedan leer ahora!

Ibarra se le quedó mirando de hito en hito, pensando en si el viejo estaría en efecto loco. Examinó rápidamente el libro para ver si no mentía y vió muy bien dibujados animales, círculos, semicírculos, flores, pies, manos, brazos, etc.

— Y ¿por qué escribe V. entonces si no quiere que le lean?

— Porque no escribo para esta generación, escribo para otras edades. Si ésta me pudiese leer, quemaría mis libros, el trabajo de toda mi vida; en cambio, la generación que descifre estos caracteres será una generación instruída, me comprenderá y dirá: «¡No todos dormían en la noche de nuestros abuelos!» El misterio ó estos curiosos caracteres salvarán mi obra de la ignorancia de los hombres, como el misterio y los extraños ritos han salvado á muchas verdades de las destructoras clases sacerdotales.

— Y ¿en qué idioma escribe V.? preguntó Ibarra después de una pausa.

— En el nuestro, en el tagalo.

— Y ¿sirven los signos geroglíficos?

— Si no fuera por la dificultad del dibujo que exige tiempo y paciencia, casi le diría que sirven mejor que el alfabeto latino. El antiguo egipcio tenía nuestras vocales; nuestra *o*, que sólo es final y que no es como la española, sino una vocal intermedia entre *o* y *u*; como nosotros, el egipcio tampoco tenía verdadero sonido de *e*; se encuentran en él nuestro *ha* y nuestro *kha* que no tenemos en el alfabeto latino tal como lo usamos en español. Por ejemplo: en esta palabra *mukhá* — añadió señalando en el libro, — transcribo la sílaba *ha* más propiamente con esta figura de pez que con la *h* latina, que en Europa se pronuncia de diferentes maneras. Para otra aspiración menos fuerte, por ejemplo, en esta palabra *hain*, en donde la *h* tiene menos fuerza, me valgo de este busto de león, ó de estas tres flores de loto según la cantidad de la vocal. Aun más, tengo el sonido de la nasal que tampoco existe en el alfabeto latino españolizado. Repito que si no fuera por la dificultad del dibujo que hay que hacerlo perfecto, casi se podrían adoptar los geroglíficos, pero esta misma dificultad me obliga á ser conciso y á no decir más que lo justo y necesario; este trabajo además me hace compañía, cuando mis huéspedes de la China y del Japón se marchan.

— ¿Cómo?

— No les oye V.? Mis huéspedes son las golondrinas; este año falta una; algún mal muchacho chino ó japonés debe haberla cogido.

— ¿Cómo sabe V. que vienen de esos países?



— Sencillamenté: hace algunos años, antes de partir, les ataba al pie un papelito con el nombre de Filipinas en inglés, suponiendo que no debían ir muy lejos, y porque el inglés se habla en casi todas estas regiones. Durante años mi papelito no obtuvo contestación, hasta que últimamente lo hice escribir en chino, y he aquí que el noviembre siguiente vuelven con otros papelitos que hice descifrar: el uno estaba escrito en chino y era un saludo desde las orillas del Hoang-ho, y el otro, supone el chino á quien consulté, debe ser japonés. Pero le estoy á V. entreteniendo con estas cosas y no le pregunto en qué puedo serle útil.

— Venía á hablarle de un asunto de importancia, contestó el joven; ayer tarde...

— ¿Han prendido á ese desgraciado? interrumpió el viejo lleno de interés.

— ¿Habla V. de Elías? Cómo lo ha sabido V.?

— He visto á la Musa de la Guardia Civil.

— ¡La Musa de la Guardia Civil! Y ¿quién es esa Musa?

— La mujer del alférez, á quien V. no invitó á su fiesta. Ayer mañana se divulgó por el pueblo lo sucedido con el caimán. La Musa de la Guardia Civil tiene tanta penetración como malignidad, y supuso que el piloto debía ser el temerario que arrojó á su marido al charco y apaleó al P. Dámaso; y como ella lee los partes que debe recibir su marido, apenas hubo llegado éste á su casa borracho y sin juicio, despachó, para vengarse de V., al sargento con los soldados á fin de que turbaran la alegría de la fiesta. ¡Tenga V. cuidado! Eva era una buena mujer, salida de las manos de Dios... D.<sup>a</sup> Consolación dicen que es mala y no se sabe de qué manos vino! La mujer, para poder ser buena, necesita haber sido, siquiera una vez, ó doncella ó madre.

Ibarra se sonrió ligeramente y repuso sacando de su cartera algunos papeles:

— Mi difunto padre solía consultarle á V. en algunas cosas, y recuerdo que sólo ha tenido que felicitarle de haber seguido sus consejos. Tengo entre manos una pequeña empresa cuyo buen éxito necesito asegurar.

E Ibarra le relirió brevemente el proyecto de la escuela, que había ofrecido á su novia, desarrollando á la vista del estupefacto filósofo los planes que le llegaron de Manila.

— Yo quisiera que V. me aconsejase qué personas debo ganarme primero en el pueblo para el mejor éxito de la obra. V. conoce bien á los habitantes; yo acabo de llegar y soy casi extranjero en mi país.

El viejo Tasio examinaba con ojos humedecidos por las lágrimas los planos que tenía delante.

— ¡Lo que V. va á realizar era mi sueño, el sueño de un pobre loco! exclamó conmovido; y ahora, lo primero que le aconsejo es no venir á consultarme jamás!

El joven le miró sorprendido.

— Porque las personas sensatas, continuó con amarga ironía, le tomarían á V. por loco también. La gente cree locos á los que no piensan como ellos, por eso me tienen por tal, y se lo agradezco, porque, ¡ay de mí! el día en que quieran devolverme el juicio; ese día me privarían de la pequeña libertad que me he comprado á costa de mi reputación de sér racional. Y ¿quién sabe si tienen razón? No pienso ni vivo según sus leyes; mis principios, mis ideales son otros. Fama de cuerdo goza entre ellos el gobernadorcillo porque, no habiendo aprendido más que á servir el chocolate y sufrir el mal genio del P. Dámaso, ahora es rico, turba los pequeños destinos de sus conciudadanos y á veces hasta habla de justicia. «Ese es el hombre de talento!» piensa el vulgo; «ved, con nada se ha hecho grande!» Pero yo, yo he heredado fortuna, consideración, he estudiado, y ahora soy pobre, no me han confiado ni el más ridículo cargo, y todos dicen: «¡Ese es un loco; ése no entiende la vida!» El cura me llama filósofo por mote y da á entender que soy un charlatán que hace gala de lo que aprendió en las aulas universitarias, cuando precisamente es lo que menos me sirve. Acaso sea yo verdaderamente el loco y ellos los cuerdos ¿quién lo podrá decir?

Y el viejo sacudió su cabeza como para alejar un pensamiento y continuó:

— Lo segundo que le puedo aconsejar es consultar al cura, al gobernadorcillo, á todas las personas de posición: ellos le darán á V. malos, torpes ó inútiles consejos, pero consultar no quiere decir obedecer, aparente seguirlos siempre que le es posible y haga constar que obra según ellos.

Ibarra estuvo un momento reflexionando y después repuso:

— El consejo es bueno pero difícil de seguir. ¿No podría yo llevar adelante mi idea sin que sobre ella se refleje una sombra? No podría lo bueno hacerse paso al través de todo, pues que la verdad no necesita pedir prestado vestidos al error?

— ¡Nadie ama la verdad desnuda por eso! replica el viejo. Eso es bueno en teoría, factible en el mundo que la juventud sueña. Ahí está el maestro de escuela que se ha agitado en el vacío; corazón de niño que quiso el bien y sólo recogió burla y carcajadas. V. me ha dicho que es extranjero en su país, y lo

creo. Desde el primer día de su llegada, empezó V. por herir el amor propio de un religioso que tiene fama de santo entre la gente y de sabio entre los suyos. Dios quiera que este paso no haya decidido de su porvenir. No crea V. que, porque los dominicos y agustinos miran con desprecio el hábito de guingón, el cordón y el indecente calzado, porque haya recordado una vez un gran doctor de Sto. Tomás que el Papa Inocencio III había calificado los estatutos de esta orden como más propios para puercos que para hombres, no se den todos ellos la mano para afirmar lo que un procurador decía: «El lego más insignificante puede más que el Gobierno con todos sus soldados.» *Cave ne cadas!* El oro es muy poderoso; el becerro de oro ha derribado muchas veces á Dios de sus altares, y ya desde los tiempos de Moisés.

— No soy tan pesimista ni me parece tan peligrosa la vida en mi país, contestó sonriendo Ibarra. Creo que esos temores son un poco exagerados y espero poder realizar todos mis propósitos sin encontrar resistencia grande por ese lado.

— Si, si ellos le tienden la mano, no, si ellos se la retiran. Todos sus esfuerzos de V. se estrellarían contra las paredes de la casa parroquial con sólo agitar el fraile su cordón ó sacudir el hábito; el alcalde, por cualquier pretexto, le negaría mañana lo que hoy le ha concedido; ninguna madre dejaría que su hijo frecuentase la escuela, y entonces todas sus fatigas tendrían un efecto contraproducente: desanimarían á los que después quisiesen intentar generosas empresas.

— Con todo, repuso el joven, no puedo creer en ese poder que V. dice, y aun suponiéndolo, admitiéndolo, tendría todavía á mi lado al pueblo sensato, al Gobierno que está animado de muy buenos propósitos, lleva grandes miras y quiere francamente el bien de Filipinas.

— ¡El Gobierno! El Gobierno! murmura el filósofo levantando los ojos para mirar al techo. Por más animado que esté del deseo de engrandecer el país en beneficio del mismo y de la Madre Patria, por más que el generoso espíritu de los Reyes Católicos lo recuerde aún alguno que otro funcionario y lo mente á sus solas, el Gobierno no ve, no oye, no juzga más que por lo que le hace ver, oír y juzgar el cura ó el provincial; está convencido de que sólo descansa en ellos, de que si se sostiene es porque ellos le sostienen, que si vive es porque le consienten que viva y el día en que le falten, caerá como un maniquí que perdió su sostén. Al Gobierno se le amedrenta con levantar al pueblo y al pueblo con las fuerzas del Gobierno: de aquí se origina un sencillo juego que se parece á lo que sucede á los

medrosos al visitar lugares lúgubres: toman por fantasmas las propias sombras y por extrañas voces los propios ecos. Mientras el Gobierno no se entienda con el país, no saldrá de esa tutela; vivirá como esos jóvenes imbéciles que tiemblan á la voz de su ayo, cuya condescendencia mendigan. El Gobierno no sueña en ningún porvenir robusto, es un brazo, la cabeza es el convento, y por esta inercia con que se deja arrastrar de abismo en abismo, se convierte en sombra, desaparece su entidad, y débil é incapaz todo lo confía á manos mercenarias. Compare V. sino, nuestro sistema gubernamental con los de los países que ha visitado...

— ¡Oh! interrumpió Ibarra, eso es mucho pedir; contentémonos con ver que nuestro pueblo no se queja, ni sufre como el pueblo de otros países, y eso es gracias á la Religión y á la benignidad de los gobernantes.

— El pueblo no se queja porque no tiene voz, no se mueve porque está aletargado, y dice V. que no sufre, porque no ha visto lo que sangra su corazón. ¡Pero un día V. lo verá y lo oirá y ay! de los que basan su fuerza en la ignorancia ó en el fanatismo, ay! de los que gozan con el engaño y trabajan en la noche creyendo que todos duermen! Cuando la luz del día alumbre el aborto de las sombras, vendrá la reacción espantosa; tanta fuerza, durante siglos comprimida, tanto veneno destilado gota á gota, tantos suspiros ahogados saldrán á luz y estallarán... ¿Quién pagará entonces esas cuentas que los pueblos presentan de tiempo en tiempo y que nos conserva la Historia en sus páginas ensangrentadas?

— ¡Dios, el Gobierno y la Religión no permitirán que llegue ese día! repuso Crisóstomo, impresionado á pesar suyo. Filipinas es religiosa y ama á España; Filipinas sabrá cuanto por ella hace la nación. Hay abusos sí, hay defectos, no lo he de negar, pero España trabaja para introducir reformas que los corrijan, madura proyectos, no es egoísta.

— Lo sé, y esto es lo peor. Las reformas que vienen de lo alto se anulan en las esferas inferiores gracias á los vicios de todos, por ejemplo, al ávido deseo de enriquecerse en poco tiempo y á la ignorancia del pueblo que todo lo consiente. Los abusos no los corrige un real decreto mientras una autoridad celosa no vigile su ejecución, mientras no se conceda la libertad de la palabra contra las demasías de los tiranuelos: los proyectos quedan proyectos, los abusos abusos, y el ministro, satisfecho, dormirá más tranquilo, sin embargo. Aun más, si acaso viene un personaje de alto puesto con grandes y generosas ideas, pronto empieza por oír mientras por detrás le tienen por loco:

«V. E. no conoce el país, V. E. no conoce el carácter de los indios, V. E. los va á perder, V. E. hará bien en fiarse en fulano y zutano etc.», y como S. E. no conocía efectivamente el país que hasta ahora había colocado en América, y además tiene defectos y debilidades como todo hombre, se deja convencer. S. E. recuerda también que para conseguir el puesto, ha tenido que sudar mucho y sufrir más, que lo tiene únicamente por tres años, que se hace viejo y es menester no pensar en quijoterías sino en su porvenir: un hotelito en Madrid, una casita en el campo y una buena renta para vivir con lujo en la Corte, he aquí lo que debía buscar en Filipinas. No pidamos milagros, no pidamos que se interese por el bien del país quien viene como extranjero para hacer su fortuna y marcharse después. ¿Qué le importa el agradecimiento ó las maldiciones de un pueblo que no conoce, en donde no tiene sus recuerdos, en donde no tiene sus amores? La gloria para ser agradable, es menester que resuene en los oídos de los que amamos, en la atmósfera de nuestro hogar ó de la patria que ha de guardar nuestras cenizas; queremos que la gloria se siente sobre nuestro sepulcro para calentar con sus rayos el frío de la muerte, para que no nos reduzcamos por completo á la nada, sino que quede algo de nosotros. Nada de esto podemos prometer al que viene á cuidar de nuestros destinos. Y lo peor de todo esto es que se marchan cuando empiezan á enterarse de su deber. Pero nos alejamos de nuestra cuestión.

— No, antes de volver á ella, necesito aclarar ciertas cosas, interrumpió el joven vivamente. Puedo conceder que el Gobierno desconozca al pueblo, pero creo que el pueblo conoce menos al Gobierno. Hay funcionarios inútiles, malos, si V. quiere, pero también los hay buenos y si éstos no pueden nada hacer, es porque se encuentran con una masa inerte: la población que toma poca participación en las cosas que le atañen. Pero no he venido á discutir con V. sobre ese punto: venía para pedirle un consejo y V. me dice que doble ante grotescos idolos la cabeza...

— Sí, y lo repito, porque aquí hay que bajar la cabeza ó dejarla caer.

— ¿O bajar la cabeza ó dejarla caer? repitió Ibarra pensativo. ¡Es duro el dilema! Pero y ¿por qué? ¿Es acaso incompatible el amor á mi país con el amor á España? ¿Es acaso necesario rebajarse para ser buen cristiano, prostituir la propia conciencia para llevar á cabo un buen fin? Amo á mi patria, á Filipinas, porque á ella le debo mi vida y mi felicidad, y porque todo hombre debe amar á su patria; amo á España, la patria de

mis mayores, porque, á pesar de todo, Filipinas le debe y le deberá su felicidad y su porvenir; soy católico, conservo pura la fe de mis padres y no veo por qué había de bajar la cabeza cuando la puedo levantar, entregarla á mis enemigos cuando los puedo hollar?

— Porque el campo en donde V. quiere sembrar está en poder de sus enemigos, y contra ellos no tiene V. fuerza... Es necesario que V. bese primero esa mano que...

Pero el joven no le dejó continuar y exclamó arrebatado:

— ¡Besar! Pero V. olvida que entre ellos han matado á mi padre, le han arrojado de su sepulcro... pero yo que soy el hijo no lo olvido, y si no le vengo, es porque miro por el prestigio de la Religión.

El viejo filósofo bajó la cabeza.

— Señor Ibarra, repuso lentamente; si V. conserva esos recuerdos, recuerdos cuyo olvido no le puedo aconsejar, abandone la empresa que intenta y busque en otra parte el bien de sus paisanos. La empresa pide otro hombre porque, para llevarla á cabo, no sólo se necesita tener dinero y querer; en nuestro país se requieren además abnegación, tenacidad y fe porque el terreno no está preparado; sólo está sembrado de cizaña.

Ibarra comprendía el valor de estas palabras pero no debía desanimarse; el recuerdo de María Clara estaba en su mente: era preciso realizar su oferta.

— ¿No le sugiere su experiencia más que ese duro medio? preguntó en voz baja.

El viejo le cogió del brazo y le llevó á la ventana. Un viento fresco, precursor del norte, soplabá; á sus ojos se extendía el jardín, limitado por el extenso bosque que servía de parque.

— ¿Por qué no hemos de hacer lo que ese débil tallo, cargado de rosas y capullos? dijo el filósofo señalando un hermoso rosal. El viento sopla, le sacude, y él se inclina como ocultando su preciosa carga. Si el tallo se mantuviese recto, se rompería; el viento esparciría las flores y los capullos se malograrían. El viento pasa y el tallo vuelve á erguirse, orgulloso con su tesoro, ¿quién le acusará de haberse plegado ante la necesidad? Allá vea V. aquel gigantesco *kupang*, que mueve majestuosamente su aéreo follaje donde anida el águila. Lo traje del bosque débil planta; con delgadas cañas sostuve su tallo durante meses. Si lo hubiera traído grande y lleno de vida, á buen seguro que aquí no habría vivido; el viento le habría sacudido antes que sus raíces se pudiesen fijar en el terreno, antes que éste se afirmase á su alrededor y le proporcionase el debido sustento para su tamaño y estatura. Así terminaría V., planta trasplantada de

Europa á este suelo pedregoso, si no busca apoyo y se empedreña. V. está en malas condiciones, solo, elevado: el terreno vacila, el cielo anuncia tempestad y la copa de los árboles de su familia se ha probado que atrae al rayo. No es valor, es temeridad combatir solo contra todo lo existente; nadie tacha al piloto que se acoge á un puerto á la primera ráfaga de tormenta. Bajarse cuando pasa la bala no es cobardía; lo malo es desafiarla para caer y no volverse á levantar.

— Y ¿produciría este sacrificio los frutos que espero? preguntó Ibarra; ¿creería en mí y olvidaría su agravio el sacerdote? Me ayudarían francamente en provecho de la instrucción que disputa á los conventos las riquezas del país? No pueden fingir amistad, aparentar protección, y por debajo, en las sombras, combatirle, minarle, herirle en el talón para hacerle vacilar más pronto que atacándole de frente? Dados los antecedentes que V. supone, todo se puede esperar!

El viejo permaneció silencioso sin poder contestar. Meditó algún tiempo y repuso:

— Si tal sucediese, si la empresa fracasase, le consolaría á V. el pensamiento de haber hecho cuanto dependía de su parte, y aun así, algo se habría ganado: poner la primera piedra, sembrar, después que se desencadene la tempestad, algún grano acaso germine, sobreviva á la catástrofe, salve la especie de la destrucción y sirva después de simiente para los hijos del sembrador muerto. El ejemplo puede alentar á los otros que sólo temen principiar.

Ibarra consideró estas razones, vió su situación y comprendió que con todo su pesimismo, el viejo tenía mucha razón.

— Le creo á V.! exclamó estrechándole la mano. No en vano esperaba un buen consejo. Hoy mismo iré á franquearme con el cura, que al fin y al cabo no me ha hecho ningún mal y que debe ser bueno, pues no todos son como el perseguidor de mi padre. Tengo además que interesarle en favor de esa desgraciada loca y de sus hijos: confío en Dios y en los hombres!

Despidióse del viejo y, montando á caballo, partió.

— ¡Atención! murmuró el pesimista filósofo siguiéndole con la mirada; observemos bien cómo desarrollará el Destino la comedia que ha empezado en el cementerio.

Esta vez estaba verdaderamente equivocado: la comedia había empezado mucho antes.

## XXVI

### LA VÍSPERA DE LA FIESTA

Estamos á diez de Noviembre, la víspera de la fiesta.

Saliendo de la monotonía habitual, el pueblo se entrega á una actividad incomparable en la casa, en la calle, en la iglesia, en la gallera y en el campo: las ventanas se cubren de banderas y damascos de varios colores; el espacio se llena de detonaciones y música; el aire se impregna y satura de regocijos.

Diferentes confituras de frutas del país en dulceras de cristal de alegres colores va ordenando la dalaga en una mesita, que cubre blanco mantel bordado. En el patio pian pollos, cacarean gallinas, gruñen cerdos, espantados ante las alegrías de los hombres. Los criados suben y bajan llevando doradas vajillas, cubiertos de plata: aquí se riñe porque se rompe un plato, allá se ríen de la simple campesina: en todas partes se manda, se cuchichea, se grita, se hacen comentarios, conjeturas, se animan unos á otros, y todo es confusión, ruido y bullicio. Y todo este afán y toda esta fatiga es por el huésped conocido ó desconocido, es para agasajar á cualquiera persona que quizás no se haya visto jamás, ni se dejará ya más ver después, para que el forastero, el extranjero, el amigo, el enemigo, el filipino, el español, el pobre, el rico salgan contentos y satisfechos: no se les pide siquiera gratitud, ni se espera de ellos que no dañen á la hospitalaria familia durante ó después de la digestión! Los ricos, los que han estado alguna vez en Manila y han visto algo más que los otros, han comprado cerveza, champagne, licores, vinos y comestibles de Europa, de lo que apenas probarán un bocado ó beberán un trago. Su mesa está aparejada gallardamente.

En medio está una gran piña artificial, muy bien imitada, en que clavan palillos para dientes, primorosamente cortados por los presidiarios en sus horas de descanso. Ya figuran un abanico, ya un ramillete de flores, un ave, una rosa, una palma ó unas cadenas, todo tallado de una sola pieza de madera: el artista es un forzado, el instrumento un mal cuchillo y la inspiración la voz del bastonero. — A los lados de esta piña, que llaman *palillera*, levántanse sobre fruteros de cristal pirámides



de naranjas, lansones, ates, chicos y aun mangas á pesar de ser Noviembre. Después, en anchos platoes, sobre papeles calados y pintados con brillantes colores, se presentan jamones de Europa, de China, un pastel grande en forma de *Agnus Dei* ó de paloma, el Espíritu Santo tal vez, pavos rellenos, etc., y entre éstos los aperitivos frascos de *acharas* con caprichosos dibujos, hechos de la flor de bonga y otras legumbres y frutas, cortadas artísticamente y pegadas con almíbar á las paredes de los garrafones.

Límpianse los globos de vidrio que han venido heredándose de padres á hijos; se hacen brillar los aros de cobre; se desnudan las lámparas de petróleo de sus fundas rojas, que las libran de moscas y mosquitos durante el año y las hacen inútiles; las almendras y colgantes de cristal de formas prismáticas bambolean, chocan armoniosamente, cantan, parecen que toman parte en la fiesta, se alegran y descomponen la luz reflejando sobre la blanca pared los colores del arco iris. Los niños juegan, se divierten, persiguen los colores, tropiezan, rompen tubos, pero esto no impide que continúe la alegría de la fiesta: en otra época del año lo contarían de diferente manera las lágrimas de sus redondos ojos.

Al igual de estas venerandas lámparas, salen también de sus escondites las labores de la joven: velos, hechos al *crochet*, alfombritas, flores artificiales; aparecen antiguas bandejas de cristal, cuyo fondo figura un lago en miniatura con pececitos, caimanes, moluscos, algas, corales y rocas de vidrio de brillantes colores. Estas bandejas se cubren de puros, cigarrillos y diminutos *buyos*, torcidos por los delicados dedos de las solteras. — El suelo de la casa brilla como un espejo; cortinas de piña ó *jusi* adornan las puertas; de las ventanas cuelgan faroles de cristal ó de papel rosa, azul, verde ó rojo: la casa se llena de flores y tiestos colocados sobre pedestales de loza de China; hasta los santos se engalanan, las imágenes y las reliquias se ponen de fiesta, se les sacude el polvo, se limpian los cristales y cuelgan de sus marcos ramilletes de flores.

En las calles, de trecho en trecho, se levantan caprichosos arcos de caña labrada de mil maneras, llamados *sinkában*, rodeados de *kaluskús* cuya sola vista alegra ya el corazón de los muchachos. Al rededor del patio de la iglesia está el grande y costoso entoldado, sostenido por troncos de caña, para que pase la procesión. Debajo de éste juegan los chicos, corren, trepan, saltan y rompen las nuevas camisas que debían lucir el día de la fiesta.

Allá en la plaza se ha levantado el tablado, escenario de caña,

nipa y madera: allí dirá maravillas la comedia de Tondo y competirá con los dioses en milagros inverosímiles; allí cantarán y bailarán Marianito, Chananay, Balbino, Ratia, Carvajal, Yeyeng, Liceria, etc. El filipino gusta del teatro y asiste con pasión á las representaciones dramáticas; oye silencioso el canto, admira el baile y la mímica, no silba pero tampoco aplaude. ¿No le gusta la representación? pues masca su buyo ó se marcha sin turbar á los otros que acaso encuentren gusto en ello. Sólo algunas veces aúlla el bajo pueblo cuando los actores besan ó abrazan á las actrices, pero no pasa de ahí. En otro tiempo se representaban únicamente dramas; el poeta del pueblo componía una pieza en que necesariamente había de haber combates á cada dos minutos, un jocoso y metamorfosis terroríficas. Pero desde que los artistas de Tondo se pusieron á pelear cada quince segundos, tuvieron dos jocosos y dieron en cosas más inverosímiles aún, mataron á sus colegas provincianos. El gobernadorcillo era aficionado á ello y escogió de acuerdo con el Cura la comedia, «El príncipe Villardo ó los clavos arrancados de la infame cueva», pieza con magia y fuegos artificiales.

De tiempo en tiempo repican alegremente las campanas, las mismas campanas aquellas que diez días antes tan tristemente doblaban. Ruedas de fuego y morteretes atruenan el aire: el pirótecnico filipino que aprendió su arte sin maestro ninguno conocido, va á desplegar sus habilidades, prepara toros, castillos de fuego con luces de Bengala, globos de papel inflados con aire caliente, ruedas de brillantes, bombas, cohetes, etc.

¿Resuenan lejanos acordes? pues ya corren los muchachos precipitadamente hacia las afueras de la población para recibir á las bandas de música. Son cinco las alquiladas, además de tres orquestas. La música de Pagsanghan, propiedad del escribano, no debe faltar, ni la del pueblo S. P. de T., célebre entonces porque la dirigía el maestro Austria, el vagabundo *cabo Mariano* que lleva, según dicen, la fama y la armonía en el extremo de su batuta. Los músicos elogian su marcha fúnebre «El Sauce», y deploran que no haya tenido educación musical pues con su genio habría dado gloria á su país.

La música entra en el pueblo tocando alegres marchas, seguida de chicos harapientos ó medio desnudos: quién viste la camisa de su hermano, quién los pantalones de su padre. Tan pronto como la música ha cesado, ya la saben de memoria, la tararean, la silban con rara afinación, ya dan su juicio.

Entretanto van llegando en carromatas, calesas ó coches, los parientes, los amigos, los desconocidos, los tahures con sus mejores gallos, con sacos de oro, dispuestos á arriesgar sus for-

tunas sobre el tapete verde ó dentro de la *rueda* de la gallera.

— ¡El alférez tiene cincuenta pesos cada noche! murmura un hombre pequeñito y rechoncho al oído de los recién llegados; capitán Tiago va á venir y pondrá banca, capitán Joaquín trae diez y ocho mil. Habrá *liam-pó*: el chino Carlos lo pone con un capital de diez mil. De Tanawan, Lipa y Batangas así como de Sta. Cruz vienen grandes puntos. ¡Va á ser en grande, va á ser en grande! Pero tomen Vds. chocolate. Este año no nos pelará capitán Tiago como el pasado: no ha costeado más que tres misas de gracia y yo tengo un *mutyá* de cacao. Y ¿cómo está la familia?

— ¡Bien, bien! gracias! contestaban los forasteros; y ¿el P. Dámaso?

— El P. Dámaso predicará por la mañana y tallará con nosotros por la noche.

— ¡Mejor, mejor! No hay entonces peligro ninguno!

— ¡Seguros, estamos seguros! El chino Carlos suelta además!

Y el hombre rechoncho hace con sus dedos ademán como quien cuenta monedas.

Fuera del pueblo, los montañeses, los *kasamá* se ponen sus mejores trajes para llevar á casa de los socios capitalistas bien cebadas gallinas, jabalíes, venados, aves; unos cargan en los pesados carros leña, otros frutas, plantas aéreas, las más raras que crecen en el bosque: otros llevan *bigá* de anchas hojas, *tikas-tikas* con flores de color de fuego para adornar las puertas de las casas.

Pero donde reina la mayor animación, que ya raya en tumulto, es allá sobre una especie de ancha meseta á algunos pasos de la casa de Ibarra. Rechinan poleas, óyense gritos, el ruido metálico de la piedra que se pica, el martillo que clava un clavo, el hacha que labra la viga. Cava la tierra una muchedumbre y abre un ancho y profundo foso; otros ponen en fila piedras sacadas de las canteras del pueblo, descargan carros, amontonan arena, disponen tornos y cabrestantes...

— ¡Aquí! allá eso! Vivo! gritaba un viejecillo de fisonomía animada é inteligente, que tenía por bastón un metro con cantos de cobre, al cual va arrollada la cuerda de una plomada. Era el maestro de obras, Ñor Juan, arquitecto, albañil, carpintero, blanqueador, cerrajero, pintor, picapedrero y en ocasiones escultor.

— ¡Es menester terminarlo ahora mismo! ¡Mañana no se puede trabajar y pasado mañana es la ceremonia! Vivo!

— ¡Haced el hoyo de manera que se adapte justamente á este cilindro! decía á unos picapedreros que pulimentaban una grande piedra cuadrangular; dentro de esto se conservarán nuestros nombres!

Y repetía á cada nuevo forastero que se acercaba lo que ya mil veces había dicho.

— ¿Sabéis lo que vamos á construir? Pues es una escuela, modelo en su género, como las de Alemania, mejor aún! El plano lo ha trazado el arquitecto Sr. R., y yo dirijo la obra! Sí, señor; ved, esto va á ser un palacio con dos alas; una para los niños y otra para las niñas. Aquí en medio, un gran jardín con tres surtidores; allí en los costados, arboledas, pequeñas huertas para que los chicos siembren y cultiven plantas en las horas de recreo, aprovechen el tiempo y no lo malgasten. ¡Ved cómo los cimientos son profundos! Tres metros setenta y cinco centímetros! El edificio va á tener bodegas, subterráneos, calabozos para los desaplicados y cerca, muy cerca de los juegos y del gimnasio para que los castigados oigan cómo los diligentes se divierten. ¿Veis ese grande espacio? Ese será la explanada para correr y saltar al aire libre. Las niñas tendrán jardín con bancos, columpios, alamedas para el juego de la comba, surtidores, pajareras, etc. Esto va á ser magnífico!

Y Ñor Juan se frotaba las manos, pensando en la fama que iba á adquirir. Vendrían los extranjeros para verlo y preguntarian. — ¿Quién es el gran arquitecto que ha construido esto? — ¿No lo sabéis? Parece mentira que no conozcáis á Ñor Juan! Sin duda venís de muy lejos! contestarian todos.

Con estos pensamientos iba de un extremo á otro, inspeccionándolo todo y pasando revista á todo.

— Encuentro demasiada la madera para una cabria! decía á un hombre amarillo que dirigía algunos trabajadores; yo tendría bastante con tres largos trozos que formen tripode y otros tres que los sujeten entre sí!

— ¡Abá! contestaba el hombre amarillo sonriendo de un modo particular; cuanto más aparato demos á la obra, tanto mayor efecto conseguiremos. El conjunto tendrá más aspecto, más importancia y dirán: ¡cuánto se ha trabajado! Veréis, veréis qué cabria levanto yo! Y luego la adornaré de banderolas, guirnaldas de hojas y flores... diréis después que habéis tenido razón en admitirme entre vuestros trabajadores, y el Sr. Ibarra no podrá desear más!

Y el hombre reía y sonreía: Ñor Juan sonreía también y movía la cabeza.

A alguna distancia de allí se veían dos kioskos unidos entre

sí por una especie de emparrado cubierto de hojas de plátano.

El maestro de escuela y unos treinta muchachos tejían coronas, sujetaban banderas á los delgados pilares de caña, cubiertos de lienzo blanco abollonado.

— Procurad que las letras estén bien escritas! decía á los que dibujaban inscripciones; el Alcalde va á venir, muchos curas asistirán, acaso el Capitán General que está en la provincia! Si ellos ven que dibujáis bien, tal vez os alaben.

— ¿Y nos regalen una pizarra...?

— ¡Quién sabe! pero el Sr. Ibarra ya ha pedido una á Manila. Mañana llegarán algunas cosas que se repartirán entre vosotros como premios... Pero, dejad esas flores en el agua, mañana haremos los ramilletes, traeréis más flores, porque es menester que la mesa esté cubierta de ellas; las flores alegran la vista.

— Mi padre traerá mañana flores de *baino* y un cesto de sampagas.

— El mío ha traído tres carretones de arena y no ha recibido pago.

— Mi tío ha prometido pagar un maestro! añadía el sobrino de capitán Basilio.

En efecto, el proyecto había encontrado eco casi en todos. El cura había pedido apadrinar y bendecir él mismo la colocación de la primera piedra, ceremonia que tendría lugar el último día de la fiesta, siendo una de sus mayores solemnidades. El mismo coadjutor se había acercado tímidamente á Ibarra ofreciéndole cuantas misas le pagasen los devotos hasta la conclusión del edificio. Aun más, la hermana Rufa, la rica y económica mujer dijo que si llegaba á faltar dinero, ella recorrería algunos pueblos para pedir limosna con la única condición de que le pagasen el viaje y los alimentos, etc. Ibarra le dió las gracias y respondió:

— No sacaríamos gran cosa, pues ni yo soy rico ni este edificio es una iglesia. Además, no he prometido levantarlo á costa de los otros.

Los jóvenes, los estudiantes que venían de Manila para celebrar la fiesta, le admiraban y tomaban por prototipo; pero, como sucede casi siempre cuando queremos imitar á los hombres notables, sólo imitamos sus pequeñeces cuando no sus defectos porque de otra cosa no somos capaces, muchos de estos admiradores se fijaban en la manera como el joven hacía el lazo de su corbata, otros en la forma del cuello de la camisa y no pocos en el número de los botones de su americana y chaleco.

Los funestos presentimientos del viejo Tasio parecían haberse disipado para siempre. Así se lo manifestó Ibarra un día, pero el viejo pesimista contestó:

— Recuerde V. lo que dice Baltasar:

«Kung ang isalubong sa iyong pagdating  
Ay masayang mukhá 't may pakítang giliw,  
Lalong pag ígata 't kaaway na lihim...»

Baltasar era tan buen poeta como pensador.

Estas y otras cosas más pasaban en la víspera antes de ponerse el sol.

## XXVII

### AL ANOCHECER

En casa de Capitán Tiago se habían hecho también muy grandes preparativos. Conocemos al dueño; su afición al fausto y su orgullo de manileño debían humillar en esplendidez á los provincianos. Otra razón había además que le obligaba á procurar eclipsar á los otros: tenía á su hija Maria Clara y estaba allí su futuro yerno, que sólo hacía hablar de él.

En efecto: uno de los más serios periódicos de Manila le había dedicado un artículo en su primera plana, titulado *¡Imitadle!* colmándole de consejos y dándole algunos elogios. Le había llamado *el ilustrado joven y rico capitalista*; dos líneas más abajo, *el distinguido filántropo*; en el siguiente párrafo, *el alumno de Minerva que había ido á la Madre Patria para saludar el genuino suelo de las artes y ciencias* y un poco más abajo *el español filipino*, etc., etc. Capitán Tiago ardía en generosa emulación y pensaba si acaso no debía también levantar á su costa un convento.

Días antes habían llegado á la casa que habitaban Maria Clara y tía Isabel, multitud de cajas de comestibles y bebidas de Europa, espejos colosales, cuadros y el piano de la joven.

Capitán Tiago llegó el mismo día de la víspera: al besarle su hija la mano, él le regaló un hermoso relicario de oro con brillantes y esmeraldas, conteniendo una astilla de la barca de San Pedro, donde se había sentado N. S. durante la pesca.

La entrevista con el futuro yerno no podía ser más cordial; se habló naturalmente de la escuela. Capitán Tiago quería que se llamase escuela de S. Francisco.

— ¡Créame V., decía; S. Francisco es un buen patrón! Si V. la llama escuela de Instrucción primaria, no gana V. nada. ¿Quién es Instrucción primaria?

Llegaron algunas amigas de María Clara y la invitaron á salir á paseo.

— Pero vuelve pronto, dijo Capitán Tiago á su hija que le pedía su permiso; ya sabes que esta noche cena con nosotros el P. Dámaso que acaba de llegar.

Y volviéndose á Ibarra que se había puesto pensativo, añadió:

— Cene V. también con nosotros; en su casa estará V. solo.

— Con muchísimo gusto, pero debo estar en casa por si vienen visitas, contestó balbuceando el joven, esquivando la mirada de María Clara.

— Traiga V. á sus amigos, replica frescamente Capitán Tiago; en mi casa siempre hay comida abundante... Quisiera además que V. y el P. Dámaso se entendiesen...

— ¡Ya habrá tiempo para eso! contestó Ibarra sonriendo con sonrisa forzada y se dispuso á acompañar á las jóvenes.

Bajaron las escaleras.

María Clara iba en medio de Victoria é Iday, la tía Isabel seguía detrás.

La gente se apartaba respetuosa para abrirles camino. María Clara iba sorprendente de belleza: su palidez había desaparecido y si sus ojos seguían pensativos, su boca, por el contrario, sólo parecía conocer la sonrisa. Con esa amabilidad de la doncella feliz saludaba á los antiguos conocidos de su niñez, hoy admiradores de su dichosa juventud. En menos de quince días había vuelto á recobrar aquella franca confianza, aquella charla infantil que parecía haberse aletargado entre los estrechos muros del beaterio: diríase que la mariposa al dejar el capullo reconocía todas las flores; le bastó volar un momento y calentarse á los dorados rayos del sol para perder la rigidez de la crisálida. La nueva vida se reflejaba en todo el ser de la joven: todo lo encontraba bueno y bello; manifestaba su amor con esa gracia virginal que, no viendo más que pensamientos puros, no conoce el por qué de los falsos rubores. Sin embargo, se cubría el rostro con el abanico cuando le daban una alegre broma, pero entonces sus ojos sonreían y un ligero estremecimiento recorría todo su ser.

Las casas principiaban á iluminarse, y en las calles, que

recorría la música, encendíanse las arañas de caña y madera, imitaciones de las de la iglesia.

Desde la calle, al través de las abiertas ventanas, se veía la gente bullir en las casas, en una atmósfera de luz y perfumes de las flores, á los acordes del piano, arpa ú orquesta. Cruzaban las calles chinos, españoles, filipinos, y éstos ya vistiendo el traje europeo, ya el del país. Andaban confundidos codeándose y empujándose criados cargando carne y gallinas, estudiantes vestidos de blanco, hombres y mujeres, exponiéndose á ser atropellados por coches y calesas que, á pesar del *tabi* de los conductores, difícilmente se abrían paso.

Delante de la casa de capitán Basilio, algunos jóvenes saludaron á nuestros conocidos y los invitaron á que visitaran la casa. La alegre voz de Sinang que descendía las escaleras corriendo puso fin á toda excusa.

— Subid un momento para que yo pueda salir con vosotras, decía. Me aburre estar entre tantos desconocidos que sólo hablan de gallos y barajas.

Subieron.

La sala estaba llena de gente. Algunos se adelantaron para saludar á Ibarra cuyo nombre era conocido de todos; contemplaban extasiados la hermosura de María Clara, y algunas viejas murmuraban mientras mascaban buyo: «¡Parece la Virgen!»

Allí tuvieron que tomar chocolate. Capitán Basilio se había hecho íntimo amigo y defensor de Ibarra desde el día de campo. Supo por el telegrama, regalado á su hija Sinang, que estaba enterado de que el pleito había sido sentenciado á su favor, por lo cual, no queriendo dejarse vencer en generosidad, trataba de anular lo del juego de ajedrez. Pero, no consintiendo Ibarra en ello, capitán Basilio propuso que el dinero con que debía pagar las costas, se emplease en pagar á un maestro en la futura escuela del pueblo. A consecuencia de esto, el orador empleaba su oratoria para que los otros contrarios desistiesen de sus extrañas pretensiones y les decía:

— ¡Creedme: en los pleitos el que gana se queda sin camisa!

Pero no llegaba á convencer á nadie, á pesar de citar á los romanos.

Después de tomar el chocolate, nuestros jóvenes tuvieron que oír el piano, tocado por el organista del pueblo.

— Cuando le oigo en la iglesia, decía Sinang señalándole, me dan ganas de bailar; ahora que toca el piano se me ocurre rezar. Por esto me marcho con vosotras.

— ¿Quiere V. venir con nosotros esta noche? preguntaba



capitán Basilio al oído de Ibarra al despedirse; el P. Dámaso va á poner una pequeña banca.

Ibarra se sonrió y contestó con un movimiento de cabeza que tanto equivalía á un sí como á un no.

— ¿Quién es ése? preguntó María Clara á Victoria, señalando con una rápida mirada á un joven que las seguía.

— Ese... ése es un primo mío, contestó algo turbada.

— Y ¿el otro?

— Ese no es primo mío, contestó vivamente Sinang; es un hijo de mi tía.

Pasaron por delante de la casa parroquial, que por cierto no era de las menos animadas. Sinang no pudo contener una exclamación de asombro al ver que ardían las lámparas, las lámparas de una forma antiquísima que el P. Salví no dejaba nunca encender por no gastar petróleo. Oíanse gritos y sonoras carcajadas, veíase á los frailes andar lentamente moviendo á compás la cabeza y el grueso puro que adorna sus labios. Los seglares que entre ellos estaban, procuraban imitar cuanto hacían los buenos religiosos. Por el traje europeo que vestían, debían ser empleados ó autoridades en la provincia.

María Clara distinguió los redondos contornos del P. Dámaso al lado de la correcta silueta del P. Sibyla. Inmóvil en su sitio estaba el misterioso y taciturno P. Salví.

— ¡Está triste! observó Sinang; piensa en lo que le van á costar tantas visitas. Pero ya veréis como no lo paga él, sino los sacristanes. Sus visitas siempre comen en otra parte.

— ¡Sinang! le reprende Victoria.

— No le puedo sufrir desde que rompió la Rueda de la Fortuna; yo ya no me confieso con él.

Entre todas las casas se distinguía una que ni estaba iluminada, ni tenía las ventanas abiertas; era la del alférez. Extrañóse de ello María Clara.

— ¡La bruja! la Musa de la Guardia Civil, como dice el viejo! exclamó la terrible Sinang. ¿Qué tiene ella que ver con nuestras alegrías? ¡Estará rabiando! Deja que venga el cólera y verás como da un convite.

— ¡Pero, Sinang! vuelve á reprender su prima.

— Nunca la he podido sufrir y menos desde que turbó nuestra fiesta con sus guardias civiles. A ser yo Arzobispo, la casaba con el P. Salví... ¡verás qué hijitos! Mira que hacer prender al pobre piloto que se arrojó al agua por complacer...

No pudo concluir la frase: en el ángulo de la plaza donde un ciego cantaba al son de una guitarra el romance de los peces, se presentaba un raro espectáculo.

Era un hombre cubierto con un ancho salakot de hojas de palma, y vestido miserablemente. Consistía su traje en una levita, hecha jirones y unos calzones anchos, como los de los chinos, rotos en diferentes sitios. Miserables sandalias calzaban sus pies. Su rostro quedaba todo en sombras gracias á su salakot, pero de aquellas tinieblas partían de cuando en cuando dos fulgores, que se apagaban al instante. Era alto y por sus movimientos debía creerse que era joven. Depositaba un cesto en tierra, y se alejaba después pronunciando sonidos extraños, incomprensibles; permanecía de pie, completamente aislado, como si él y la muchedumbre se esquivasen mutuamente. Entonces, acercábanse algunas mujeres á su cesta, depositaban frutas, pescado, arroz, etc. Cuando ya no había nadie que se acercase, salían de aquellas sombras otros sonidos más tristes pero menos lastimeros, acción de gracias tal vez; recogía su cesta y se alejaba para repetir lo mismo en otro sitio.

María Clara presintió allí una desgracia y preguntó llena de interés por aquel extraño sér.

— Es el lazarino, contestó Iday. Hace cuatro años ha contraído esa enfermedad; unos dicen, por cuidar á su madre, otros por haber estado en la húmeda prisión. Vive allá en el campo, cerca ya del cementerio de los chinos; no se comunica con nadie, todos huyen de él por temor de contagiarse. ¡Si vieras su casita! Es la casita de Giring-giring: el viento, la lluvia y el sol entran y salen como la aguja en la tela. Le han prohibido tocar nada que perteneciese á la gente. Un día cayó un chiquillo en el canal, el canal no era profundo, pero él que pasaba cerca le ayudó á salir de allí. Súpolo el padre, se quejó al gobernadorcillo, y éste le mandó dar seis azotes en medio de la calle, quemando después el bejuco. Aquello era atroz! el lazarino corría huyendo, el azotador le perseguía y el gobernadorcillo le gritaba: «¡Aprende! más vale que uno se ahogue que no que se enferme como tú.»

— ¡Es verdad! murmuró María Clara.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, acercóse rápidamente á la cesta del desgraciado y depositó en ella el relicario que acababa de regalarle su padre.

— ¿Qué has hecho? le preguntaron sus amigas.

— ¡No tenía otra cosa! contestó disimulando con una risa las lágrimas de sus ojos.

— Y ¿qué va él á hacer con tu relicario? le dijo Victoria. Un día le dieron dinero, pero con una caña lo alejó de sí: ¿para qué lo quería si nadie acepta nada que venga de él? ¡Si el relicario pudiera comerse!

María Clara miró con envidia á las mujeres que vendian comestibles y se encogió de hombros.

Pero el lazarino se acercó á la cesta, cogió la alhaja que brilló entre sus manos, se arrodilló, la besó y después descubriéndose hundió la frente en el polvo que la joven había pisado.

María Clara ocultó el rostro detrás de su abanico y se llevó el pañuelo á los ojos.

Entretanto se había acercado una mujer al desgraciado que parecia orar. Traía la larga cabellera, suelta y desgreñada, y á la luz de los faroles se vieron las facciones extremadamente demacradas de la loca Sisa.

Al sentir su contacto, el lazarino soltó un grito y se levantó de un salto. Pero la loca se agarró á su brazo, con gran horror de la gente, y decia:

— ¡Recemos, recemos! Hoy es el día de los muertos! Esas luces son las vidas de los hombres; recemos por mis hijos!

— ¡Separadla, separadlos! que se va á contagiar la loca! gritaba la multitud, pero nadie se atrevia á acercarse.

— ¿Ves aquella luz en la torre? ¡Aquella es mi hijo Basilio que baja por una cuerda! ¿Ves aquella allá en el convento? Aquella es mi hijo Crispín, pero yo no voy á verlos porque el cura está enfermo y tiene muchas onzas, y las onzas se pierden. ¡Recemos, recemos por el alma del cura! Yo le llevaba amargoso y zarzalidas; mi jardín estaba lleno de flores, y tenia dos hijos. ¡Yo tenia jardín, cuidaba flores, y tenia dos hijos!

Y soltando al lazarino se alejó cantando:

— ¡Yo tenia jardín y flores, yo tenia hijos, jardín y flores!

— ¿Qué has podido hacer por esa pobre mujer? preguntó María Clara á Ibarra.

— ¡Nada! estos días había desaparecido del pueblo y no se la podía encontrar! contestó medio confuso el joven. He estado además muy ocupado, pero no te aflijas; el cura prometió ayudarme, recomendándome mucho tacto y sigilo, pues parece que se trata de la Guardia Civil. ¡El cura se interesa mucho por ella!

— ¿No decia el alférez que haria buscar á los niños?

— ¡Sí, pero entonces estaba un poco... bebido!

Apenas acababa de decir esto cuando vieron á la loca, arrasada más bien que conducida por un soldado: Sisa oponía resistencia.

— ¿Por qué la prendéis? Qué ha hecho? preguntó Ibarra.

— ¿Qué? No habéis visto cómo ha alborotado? contestó el custodio de la pública tranquilidad.

El lazarino recogió precipitadamente su cesto y se alejó.

María Clara quiso retirarse pues había perdido la alegría y el buen humor.

— ¡También hay gentes que no son felices! murmuraba.

Al llegar á la puerta de su casa, sintió aumentarse su tristeza al ver que su novio se negaba á subir y se despedía:

— ¡Es necesario! decía el joven.

María Clara subió las escaleras pensando en lo aburridos que son los días de fiesta cuando vienen las visitas de los forasteros.

## XXVIII

### CORRESPONDENCIAS

Cada uno habla de la feria como le va en ella.

No habiendo sucedido nada importante para nuestros personajes, ni en la noche de la víspera ni al siguiente día, saltaríamos gustosos al último si no considerásemos que acaso algún lector extranjero desearía conocer cómo celebran sus fiestas los filipinos. Para esto copiaremos al pie de la letra varias cartas, una de ellas la del corresponsal de un serio y distinguido periódico de Manila, venerable por su tono y alta severidad. Nuestros lectores rectificarán algunas ligeras y naturales inexactitudes.

El digno corresponsal del noble periódico escribía así:

«Sr. Director...

» Mi distinguido amigo: Jamás presencié, ni espero ver en provincias, fiesta religiosa tan solemne, espléndida y conmovedora como la que se celebra en este pueblo por los MM. RR. y virtuosos PP. Franciscanos.

» La concurrencia es grandísima: aquí he tenido la felicidad de saludar á casi todos los españoles, residentes en esta provincia, á tres RR. PP. Agustinos de la Provincia de Batangas, á dos RR. PP. Dominicos, uno de ellos el M. R. P. Fr. Hernando de la Sibyla que con su presencia ha venido á honrar este pueblo, lo cual no deben olvidar jamás sus dignos habitantes. He visto también á gran número de principales de Cavite, Pampanga, á muchos ricos de Manila, y muchas bandas de música entre ellas la refinadísima de Pagsanján, propiedad del Sr. escribano, Don Miguel Guevara, y á multitud de chinos é indios,

que con la curiosidad que caracteriza á los primeros y religiosidad de los últimos, esperaban con ansia el día en que había de celebrarse la solemne fiesta para asistir al espectáculo cómico-mímico-lírico-coreográfico-dramático, para cuyo fin se había levantado un grandé y espacioso tablado en medio de la plaza.

» A las nueve de la noche del día diez, la víspera de la fiesta, después de la opípara cena con que nos obsequió el Hermano Mayor, llamaron la atención de cuantos españoles y frailes estábamos en el convento, los acordes de dos músicas que con acompañamiento de apiñada multitud y al ruido de cohetes y bombazos, y precedidas por los principales del pueblo, venían al convento para sacarnos y conducirnos al sitio preparado y destinado para nosotros á fin de presenciar el espectáculo.

» Tuvimos que ceder á tan galante ofrecimiento por más que yo hubiera preferido descansar en los brazos de Morfeo y dar grato reposo á mis doloridos miembros, gracias á las sacudidas del vehículo que nos proporcionó el gobernadorcillo del pueblo de B.

» Bajamos pues, y fuimos á buscar á nuestros compañeros que cenaban en la casa que aquí tiene el piadoso y opulento D. Santiago de los Santos. El cura del pueblo, el M. R. P. Fray Bernardo Salví, y el M. R. P. Fr. Dámaso Verdolagas, que ya está por especial favor del Altísimo restablecido de la dolencia, que mano impía sobre él causara, en compañía del M. R. P. Fray Hernando de la Sibyla y el virtuoso cura de Tanawan con otros españoles más, eran los invitados en casa del Creso filipino. Allí hemos tenido la dicha de admirar, no solamente el lujo y el buen gusto de los dueños de la casa, que no es común entre los naturales, sino también á la preciosa, bellísima y rica heredera, que demostró ser una consumada discípula de Sta. Cecilia tocando en su elegante piano, con una maestría que me hizo recordar á la Gálvez, las mejores composiciones alemanas é italianas. Lástima que tan perfecta señorita sea tan excesivamente modesta y oculte sus méritos á la sociedad que para ella sólo tiene admiraciones. No debo dejar en el tintero que en casa del anfitrión nos hicieron tomar champaña y finos licores con la profusión y esplendidez que caracterizan al capitalista conocido.

» Asistimos al espectáculo. V. conoce ya á nuestros artistas Ratia, Carvajal y Fernández; sus gracias sólo fueron comprendidas por nosotros, pues la clase no ilustrada no pescó de ello ni una jota. Chananay y Balbino, bien aunque algo ronquillos: el último soltó un *pollito* pero en conjunto y buena voluntad admirable. A los indios, sobre todo al gobernadorcillo, gustó mucho la comedia tagala: este último se frotaba las manos y nos

decía que era una lástima que no hubiesen hecho pelear á la princesa con el gigante que la había robado, lo cual en su opinión habria sido más maravilloso, y más, si el gigante llegaba á ser invulnerable menos en el ombligo como un tal Ferragús de que habla la Historia de los Doce Pares. El M. R. P. Fr. Dámaso, con esa bondad de corazón que le distingue, participaba de la opinión del gobernadorcillo y añadía que en tal caso la princesa ya se arreglaría para descubrirle al gigante su ombligo y darle el golpe de gracia.

» Excuso decirle que durante el espectáculo no permitió que faltase nada la amabilidad del Rothschild filipino: sorbetes, limonadas gaseosas, refrescos, dulces, vinos, etc., etc. corrían con profusión entre los que estábamos allí. Notóse mucho y con razón la ausencia del conocido é ilustrado joven D. Juan Crisóstomo Ibarra que, como V. sabe, debe mañana presidir la bendición de la primera piedra para el gran monumento que tan filantrópicamente hace levantar. Este digno descendiente de los Pelayos y Elcanos (porque según he sabido uno de sus abuelos paternos es de nuestras heroicas y nobles provincias del Norte, acaso uno de los primeros compañeros de Magallanes ó Legaspi) tampoco se ha dejado ver en el resto del día á causa de un pequeño malestar. Su nombre corre de boca en boca y sólo lo pronuncian con alabanzas que no pueden menos de redundar en gloria de España y de los legítimos españoles como nosotros, que no desmentimos jamás nuestra sangre por mezclada que pudiese estar.

» Hoy 11 por la mañana presenciarnos un espectáculo altamente conmovedor. Este día, como es público y notorio, es la fiesta de la Virgen de la Paz, y la celebran los Hermanos del Smo. Rosario. Mañana será la fiesta del Patrón S. Diego y toman parte en ella principalmente los Hermanos de la V. O. T. Entre estas dos corporaciones hay una emulación piadosa para servir á Dios, y esta piedad llega hasta el extremo de provocar santos disgustos entre ambas, como lo sucedido últimamente por disputarse el gran predicador de reconocida fama, el tantas veces nombrado M. R. P. Fr. Dámaso, que ocupará mañana la cátedra del Espíritu Santo con un sermón que será, según creencia general, un acontecimiento religioso y literario.

» Pues, como íbamos diciendo, presenciarnos un espectáculo altamente edificante y conmovedor. Seis jóvenes religiosos, tres que debían decir misa y los otros tres de acólitos salieron de la sacristía y postrados ante el altar, entonó el celebrante que era el M. R. P. Fr. Hernando de la Sibyla el *Surge Domine*, con que debía empezar la procesión al rededor de la iglesia, con aquella

magnífica voz y religiosa unción que todo el mundo le reconoce y le hacen tan digno de la admiración general. Terminado el *Surge Domine*, el gobernadorcillo, vestido de frac, con el guión, seguido de cuatro acólitos con incensarios, empezó la procesión. Tras ellos venían los ciriales de plata, la municipalidad, las preciosas imágenes vestidas de raso y oro, representando á Sto. Domingo, S. Diego y la Virgen de la Paz con un magnífico manto azul con planchas de plata dorada, regalo del virtuoso ex-gobernadorcillo, muy digno de imitarse y nunca suficientemente nombrado D. Santiago de los Santos. Todas estas imágenes iban en carros de plata. Tras de la Madre de Dios veníamos los españoles y los otros religiosos: el oficiante iba protegido por un palio que llevaban los cabezas de barangay, y cerraba la procesión el benemérito cuerpo de la Guardia Civil. Creo inútil decir que una multitud de indios formaban las dos filas de la procesión, llevando con gran piedad cirios encendidos. La música tocaba religiosas marchas; repetidas salvas hacían las bombas y ruedas de fuego. Causa admiración ver la modestia y fervor que estos actos inspiran en el corazón de los creyentes, la fe pura y grande que á la Virgen de la Paz profesan, la solemnidad y ferviente devoción con que tales solemnidades celebran los que tuvimos la dicha de nacer bajo el sacrosanto é immaculado pabellón de España.

» Terminada la procesión se dió principio á la misa ejecutada por la orquesta y los artistas del Teatro. Después del Evangelio subió al púlpito el M. R. P. Fr. Manuel Martín, agustino que ha venido de Ja provincia de Batangas, el cual ha tenido absorto y pendiente de su palabra á todo el auditorio y principalmente á los españoles en el exordio en castellano, que dijo con valentía y frases tan fácilmente traídas y adecuadas, que llenaban nuestros corazones de fervor y entusiasmo. Esta palabra pues es lo que debe darse á lo que se siente ó sentimos cuando se trata de la Virgen y de nuestra querida España, y sobre todo cuando pueden intercalarse en el texto, puesto que la materia se presta, las ideas de un príncipe de la Iglesia, el señor *Monescillo*, que son con seguridad las de todos los españoles.

» Concluída la misa subimos todos al convento juntamente con los principales del pueblo y otras personas de importancia, donde fueron muy bien obsequiados con la finura, atención y prodigalidad que caracterizan al M. R. P. Fr. Salví ofreciéndoles cigarros y un fuerte tente-en-pie que el Hermano Mayor había preparado debajo del Convento para todo el que necesitase acallar las necesidades de su estómago.

» Durante el día no faltó nada para hacer alegre la fiesta y

para conservar la animación característica de los españoles, que en ocasiones tales no les es posible contenerse, demostrando ya en canciones ó bailes, ya en otras sencillas y alegres distracciones, que tienen corazón noble y fuerte, que las penas no les abaten y que basta se reúnan en un sitio dado tres españoles para que la tristeza y malestar de allí se ausenten. Rindióse pues culto á Terpsícore en muchas casas, pero principalmente en la del ilustrado millonario filipino, á donde fuimos todos invitados á comer. Excuso decirle á V. que el banquete, opípara y brillantemente servido, fué la segunda edición de las bodas de Caná ó Camacho, corregida y aumentada. Mientras gozábamos de los placeres de la bucólica que dirigía un cocinero de *la Campana*, tocaba la orquesta armoniosas melodías. La hermosísima señorita de la casa lucía un traje de mestiza y una cascada de brillantes, y fué como siempre la reina de la fiesta. Todos deploramos en el fondo de nuestra alma que una ligera torcedura de su lindo pie la haya privado de los placeres del baile, pues si hemos de juzgar por lo que sus perfecciones en todo demuestran, la señorita de los Santos debe bailar como una sílfide.

» El Alcalde de la provincia ha llegado esta tarde con objeto de solemnizar con su presencia la ceremonia de mañana. Ha deplorado el malestar del distinguido propietario Sr. Ibarra que, gracias á Dios, según se nos ha dicho, ya está mejor.

» Esta noche hubo procesión solemne, pero de esto le hablaré en mi carta de mañana, porque, además de los bombazos que me han aturrido y vuelto algo sordo, estoy muy cansado y me caigo de sueño. Mientras, pues, recupero fuerzas en los brazos de Morfeo ó sea en el catre del convento, deseo á V., mi distinguido amigo, buenas noches y hasta mañana que será el gran día.

Su afmo. amigo q. b. s. m.

» S. Diego, 11 de Noviembre.

El corresponsal.»

Esto escribía el bueno del corresponsal. Veamos ahora qué escribía Capitán Martín á su amigo Luis Chiquito.

«Querido Choy: Ven corriendo si puedes que la fiesta es muy alegre; figúrate que Capitán Joaquín está casi desbancado: Capitán Tiago le ha doblado tres veces y las tres en puertas, con lo que Cabezag Manuel, el dueño de la casa, se vuelve cada vez más pequeño de alegría. El P. Dámaso rompió de un puñetazo una lámpara porque hasta ahora no ha ganado una carta; el Cónsul ha perdido en sus gallos y en la banca todo lo que nos ha ganado en la fiesta de Biñang y en la Pilar de Sta. Cruz.



» Esperábamos que Capitán Tiago nos trajese á su futuro yerno, el rico heredero de D. Rafael, pero parece que quiere imitar á su padre porque ni siquiera se ha dejado ver. ¡Lástima! Parece que no será nunca de provecho.

» El chino Carlos está haciendo una gran fortuna con el *liam-pó*; sospecho que lleva algo oculto, tal vez un imán; se queja continuamente de dolores de cabeza que lleva vendada, y cuando el cubo del *liam-pó* se para poco á poco, entonces se inclina casi hasta tocarle, como si lo quisiese bien observar. Estoy escamado porque sé otras historias parecidas.

» Adios, Choy; mis gallos van bien y mi mujer está alegre y se divierte.

» Tu amigo

Martín Aristorenas.»

Ibarra había recibido también un billetito perfumado, que Andeng, la hermana de leche de María Clara, le había entregado á la noche del primer día de la fiesta. El billete decía:

«Crisóstomo: Hace más de un día que no te dejas ver; he oído que estás algo enfermo, he rezado por tí y encendido dos cirios por más que papá dice que no estás enfermo de gravedad. Anoche y hoy me han aburrido mandándome tocar el piano é invitándome á bailar. ¡No sabía que hubiese tantos fastidiosos en la tierra! Si no fuera por el P. Dámaso que procura distraerme contando y diciéndome muchas cosas, me habría encerrado en mi alcoba para dormir. Escríbeme qué tienes, pues diré á papá que te visite. Por ahora, te envío á Andeng para que te haga té: ella lo sabe cocer bien y acaso mejor que tus criados.

» María Clara.

» P. D. — Si no vienes mañana, no iré yo á la ceremonia. Vale.»

## XXIX

### LA MAÑANA

Las bandas de música tocaron diana á los primeros albosres de la aurora, despertando con aires alegres á los fatigados veci-

nos del pueblo. La vida y la animación renacieron, las campanas volvieron á repicar y las detonaciones comenzaron.

Era el último día de la fiesta, era verdaderamente la fiesta misma. Se esperaba ver mucho, más que el día anterior. Los Hermanos de la V. O. T. eran más numerosos que los del Santísimo Rosario, y sus cofrades sonreían piadosamente, seguros de humillar á sus rivales. Habían comprado mayor número de velas: los chinos cereros hicieron su agosto, y en agradecimiento pensaban bautizarse, por más que algunos aseguraban que no era por fe en el catolicismo sino por el deseo de tomar mujer. Pero á esto respondían las piadosas mujeres:

— Aunque así fuera, el casarse tantos chinos á la vez no dejaría de ser un milagro, y ya les convertirían sus esposas.

La gente se puso los mejores trajes; salieron de sus cajitas todas las alhajas. Los tahures y los jugadores mismos lucieron camisas bordadas con botones de gruesos brillantes, pesadas cadenas de oro y blancos sombreros de jipijapa. Sólo el viejo filósofo seguía como siempre: la camisa de *sinamay* con rayas oscuras, abotonada hasta el cuello, zapatos holgados y ancho sombrero de fieltro color de ceniza.

— ¡Está V. hoy más triste que nunca! le dijo el teniente mayor; ¿no quiere V. que nos alegremos de vez en cuando, puesto que tenemos mucho que llorar?

— ¡Alegrarse no quiere decir cometer locuras! contestó el viejo. Es la insensata orgía de todos los años! Y todo ¿por qué? Malgastar el dinero cuando hay tantas miserias y necesidades! Ya! comprendo, es la orgía, es la bacanal para apagar las lamentaciones de todos!

— Ya sabe V. que participo de su opinión, repuso D. Filipo, medio serio medio sonriendo. La he defendido, pero ¿qué podía hacer contra el gobernadorcillo y el cura?

— ¡Dimitir! contestó el filósofo y se alejó.

D. Filipo se quedó perplejo, siguiendo con la vista al anciano.

— ¡Dimitir! murmuraba dirigiéndose á la iglesia, ¡dimitir! Sí! si este cargo fuese una dignidad y no una carga, sí, dimitiría!

El patio de la iglesia estaba lleno de gente: hombres y mujeres, niños y viejos, vestidos con sus mejores trajes, confundidos unos con otros, entraban y salían por las estrechas puertas. Olía á pólvora, á flores, á incienso, á perfume; bombas, cohetes y buscapiés hacían correr y gritar á las mujeres, reír á los niños. Una banda de música tocaba delante del convento, otra conducía á la municipalidad, varias recorrían las calles, donde

flotaban y ondeaban multitud de banderas. Luz y colores abigarrados distraían la vista, armonías y estruendos, el oído. Las campanas no cesaban de repicar; cruzábanse coches y calesas, cuyos caballos á veces se espantaban, encabritaban, ponían de manos, lo cual, sin embargo de no figurar en el programa de la fiesta, constituía un espectáculo, gratis y de los más interesantes.

El Hermano Mayor de este día había enviado criados para buscar convidados en la calle como el que dió el festín de que nos habla el Evangelio. Se invitaba, casi á la fuerza, á tomar chocolate, café, té, dulces, etc. No pocas veces la invitación tomaba las proporciones de una querrela.

Iba á celebrarse la misa mayor, la misa que llaman de dalmática, como la de ayer de que hablaba el digno corresponsal, sólo que ahora el celebrante sería el P. Salví y entre las personas que iban á oirla estaría el Alcalde de la provincia con otros muchos españoles y gente ilustrada para escuchar al P. Dámaso, que gozaba de gran fama en la provincia. El alférez mismo, escarmentado y todo de las predicaciones del P. Salví, acudía también para dar una prueba de su buena voluntad y desquitarse si era posible de los malos ratos que el cura le había dado. Tal fama tenía el P. Dámaso, que ya el corresponsal escribió de antemano al director del periódico lo siguiente:

«Como le había anunciado á V. en mis mal pergeñadas líneas de ayer, así ha sucedido. Hemos tenido la especial dicha de oír al M. R. P. Fr. Dámaso Verdolagas, antiguo cura de este pueblo, transferido hoy á otro mayor en premio de sus buenos servicios. El insigne orador sagrado ocupó la cátedra del Espíritu Santo, pronunciando un elocuentísimo y profundísimo sermón, que edificó y dejó pasmados á todos los fieles que aguardaban ansiosos ver brotar de sus fecundos labios la saludable fuente de la eterna vida. Sublimidad en los conceptos, atrevimiento en las concepciones, novedad en las frases, elegancia en el estilo, naturalidad en los gestos, gracia en el hablar, gallardía en las ideas, he aquí las prendas del Bossuet español, que tiene justamente ganada su alta reputación no sólo entre los ilustrados españoles sino aun entre los rudos indios y los astutos hijos del celeste Imperio.»

Sin embargo, el confiado corresponsal por poco no se ve obligado á borrar cuanto había escrito. El P. Dámaso se quejaba de cierto ligero catarro que había cogido la noche anterior: después de cantar unas alegres peteneras se había tomado tres vasos de sorbete y asistido un momento al espectáculo. A consecuencia de esto quería renunciar á ser el intérprete de

Dios para con los hombres, pero no encontrándose otro que se hubiese aprendido la vida y milagros de S. Diego, —el cura los sabía, es verdad, mas tenía que oficiar, —los otros religiosos hallaron unánimemente que el timbre de voz del P. Dámaso era inmejorable y que seria una gran lástima dejar de pronunciar tan elocuente sermón como el ya escrito y aprendido. Por esto, la antigua ama de llaves le preparó limonadas, le untó pecho y cuello con unguentos y aceites, le envolvió en paños calientes, le sobó, etc., etc. El P. Dámaso tomó huevos crudos batidos en vino, y toda la mañana ni habló ni desayunó; apenas bebió un vaso de leche, una taza de chocolate y una docenita de bizcochos, renunciando heroicamente á su pollo frito y á su medio queso de la Laguna de todas las mañanas, porque, según el ama, pollo y queso tenían sal y grasa y podrian provocar la tos.

— ¡Todo para ganar el cielo y convertirnos! decían conmovidas las Hermanas de la V. O. T. al enterarse de estos sacrificios.

— ¡La Virgen de la Paz le castiga! murmuraban las Hermanas del Smo. Rosario, que no le podían perdonar el haberse inclinado del lado de sus enemigas.

A las ocho y media salió la procesión á la sombra del entoldado de lona. Era por el estilo de la de ayer, si bien había una novedad: la Hermandad de la V. O. T. Viejos, viejas y algunas jóvenes camino de viejas exponian largos hábitos de guingón; los pobres los gastaban de tela basta, los ricos de seda ó sea del guingón franciscano que llaman, por usarlo más los Reverendos Frailes Franciscanos. Todos aquellos sagrados hábitos eran legítimos, venian del convento de Manila, de donde el pueblo los adquiere por limosna, á cambio de dinero *prix fixe*, si se permite la frase de una tienda. Este precio fijo puede aumentarse pero no disminuirse. Lo mismo que estos hábitos se venden también otros en el mismo convento y en el monasterio de Sta. Clara, que poseen, además de la gracia especial de procurar muchas indulgencias á los muertos que en ellos se amortajan, la gracia más especial aún de ser más caros cuanto más viejos, ruidos é inservibles son. Escribimos esto por si algún piadoso lector necesita de tales reliquias sagradas, ó algún tuno traperero de Europa quiere hacer fortuna llevándose á Filipinas un cargamento de hábitos zurcidos y mugrientos, pues llegan á costar diez y seis pesos ó más según el aspecto más ó menos harapos.

San Diego de Alcalá iba en un carro adornado con planchas de plata repujada. El Santo, bastante delgado, tenía el busto de

marfil de una expresión severa y majestuosa á pesar del abundante cerquillo rizado como el de los negritos. Su vestido era raso bordado de oro.

Nuestro venerable Padre S. Francisco seguía, después la Virgen como ayer, sólo que el sacerdote que venía debajo del palio era esta vez el P. Salvi y no el elegante P. Sibyla de maneras distinguidas. Pero si bien al primero le faltaba hermoso continente, le sobraba sin embargo unción: tenía las manos juntas en actitud mística, los ojos bajos, y andaba medio encorvado. Los que llevaban el palio eran los mismos cabezas de barangay, sudando de satisfacción al verse á la vez que semi-sacristanes, cobradores de tributos, redentores de la humanidad vagabunda y pobre, y por consiguiente Cristos que dan su sangre por los pecados de los otros. El coadjutor, de sobrepelliz, iba de un carro á otro llevando el incensario, con cuyo humo regalaba de tiempo en tiempo el olfato del cura, que entonces se ponía más serio aún y más grave.

Así andaba la procesión lenta y pausadamente al son de bombas, cantos y religiosas melodías, lanzadas al aire por las bandas de música que seguían detrás de cada carro. Con tal afán, entretanto, distribuía el Hermano Mayor cirios que muchos de los acompañantes se retiraron á sus casas con luz para cuatro noches mientras juegan á las cartas. Devotamente se arrodillaban los curiosos al pasar el carro de la Madre de Dios y rezaban con fervor Credos y Salves.

Frente á una casa en cuyas ventanas, adornadas de vistosas colgaduras, se asomaban el Alcalde, Capitán Tiago, María Clara, Ibarra, varios españoles y señoritas, detúvose el carro; el Padre Salvi acertó levantar la vista pero no hizo el más pequeño gesto que demostrase saludo ó que los reconociese: únicamente se irguió, se puso más derecho y la capa pluvial cayó sobre sus hombros con cierta gracia y más elegantemente.

En la calle, debajo de la ventana, había una joven de rostro simpático, vestida con mucho lujo, llevando en sus brazos un niño de corta edad. Nodrizas ó niñeras debía ser, pues el chico era blanco y rubio, y ella, morena y sus cabellos más negros que el azabache.

Al ver al cura, extendió el tierno infante sus manecitas, rióse con esa risa de la infancia que no provoca dolores ni es por ellos provocada, y gritó balbuceando en medio de un breve silencio; ¡Pa... pa! Papá! papá!

La joven se estremeció, puso precipitadamente su mano sobre la boca del niño y alejóse corriendo muy confusa. El niño echóse á llorar.

Los maliciosos se guiñaron unos á otros, y los españoles que vieron la corta escena se sonrieron. La natural palidez del P. Salví se trocó en amapola.

Y sin embargo, la gente no tenía razón: el Cura no conocía siquiera á la mujer, que era una forastera.

## XXIX

### EN LA IGLESIA

De extremo á extremo estaba lleno el camarín que los hombres asignan por casa al Criador de cuanto existe.

Se empujaban, se oprimían, se machacaban unos á otros, exhalando ayes los pocos que salían y los muchos que entraban. Todavía, desde lejos, extendíase ya el brazo para mojar los dedos en agua bendita, pero á lo mejor venía la oleada y apartaba la mano: entonces se oía un gruñido, una mujer pisoteada renegaba, pero continuaban los empujones. Algunos viejos que conseguían refrescar sus dedos en el agua aquella, ya de color de cieno, en donde se lavara una población entera con más los forasteros, se untaban con ella devotamente, si bien con trabajo, el cogote, la coronilla, la frente, la nariz, la barba, el pecho y el ombligo en la convicción de que así santificaban todas aquellas partes y no padecerían ni torticolis, ni dolores de cabeza, ni tisis, ni indigestiones. Las personas jóvenes, bien porque no fuesen tan enfermizas ó no creyesen en aquella sagrada profilaxis, apenas humedecían la puntita del dedo—para que la gente devota no tuviese nada que decir,—y hacían de señalar la frente sin tocarla, por supuesto. «Será bendita y todo lo que se quiera», pensaría alguna joven, «¡pero tiene un color!...»

Se respiraba á duras penas; hacia calor y olía á animal bimano; pero el predicador valía todas aquellas molestias: su sermón le costaba al pueblo doscientos cincuenta pesos. El viejo Tasio había dicho:

— ¡Doscientos cincuenta pesos por un sermón! Un hombre solo y una sola vez! La tercera parte de lo que cuestan los comediantes que trabajarán durante tres noches!... Necesariamente debéis ser muy ricos!

— ¿Qué tiene eso que ver con la comedia? contestó mal humorado el nervioso maestro de los Hermanos de la V. O. T.;

con la comedia se van las almas al Infierno, y con el sermón al Cielo! Si hubiese pedido mil, le pagaríamos y todavía se lo tendríamos que agradecer...

— ¡Después de todo tenéis razón! replicó entonces el filósofo; á mí al menos me divierte más el sermón que la comedia.

— ¡Pues, á mí ni la comedia! gritaba furioso el otro.

— ¡Lo creo, tanto entendéis del uno como del otro!

Y el impío se marchaba sin hacer caso de los insultos y funestas profecías que el irritable maestro hacía sobre su vida futura.

Mientras se esperaba al Alcalde, la gente sudaba y bostezaba: agitaban el aire abanicos, sombreros y pañuelos; gritaban y lloraban los niños, lo que daba que trabajar á los sacristanes para echarlos del templo. Esto hacía pensar al concienzudo y flemático maestro de la Cofradía del Smo. Rosario:

— «Dejad que los niños se acerquen á mí,» decía N. S. Jesucristo, es verdad, pero aquí debe sobreentenderse niños que no lloran!

Una vieja, de las vestidas de guingón, la Hermana Putê, decía á su nieta, una chiquilla de seis años, que estaba á su lado arrodillada:

— ¡Condenada! estáte atenta, que vas á oír un sermón como el de Viernes Santo!

Y le dió un pellizco despertando la piedad de la chiquilla que hizo una mueca, alargó el hocico y arrugó las cejas.

Algunos hombres, sentados en cuclillas, dormitaban cerca de los confesonarios. Un viejo, cabeceando, hacía creer á nuestra vieja que mascullaba rezos y hacía correr rápidamente los dedos por las cuentas de su rosario, que aquélla era la manera más reverente de acatar los designios del cielo y poco á poco se puso á imitarle.

Ibarra estaba en un rincón; Maria Clara, arrodillada cerca del altar mayor en un sitio que el cura tuvo la galantería de hacer despejar por los sacristanes. Capitán Tiago, vestido de frac, se sentaba en los bancos destinados á las autoridades, por lo cual los chicos que no le conocían le tomaban por otro gobernadorcillo y no osaban acercársele.

Por fin llegó el señor Alcalde con su Estado Mayor, viniendo de la sacristía y ocupando uno de los magníficos sillones, sobre una alfombra colocados. El Alcalde iba vestido de gran gala luciendo la banda de Carlos III y cuatro ó cinco condecoraciones más.

El pueblo no le reconoció.

— ¡Abá! exclamó un labriego; ¡un civil vestido de comediante!

— ¡Simple! le contestó el vecino codeándole; es el príncipe Villardo que vimos anoche en el teatro!

El Alcalde subió de categoría á los ojos del pueblo, llegando á ser encantado príncipe, vencedor de gigantes.

Empezó la misa. Los que estaban sentados se levantaron, los que dormían se despertaron por el campanilleo y la sonora voz de los cantores. El P. Salví, á pesar de su gravedad, parecía muy satisfecho, pues le servían de diácono y subdiácono nada menos que dos agustinos.

Cada cual cantó, cuando le llegó el turno, bien, con voz más ó menos nasal y pronunciación oscura, menos el oficiante que la tenía algo temblorosa, desafinando no pocas veces, con gran extrañeza de los que le conocían. Se movía sin embargo con precisión y elegancia; decía el *Dominus vobiscum* con unción ladeando un poco la cabeza y mirando hacia la bóveda. Al verle recibir el humo del incienso, se habría dicho que Galeno tenía razón admitiendo el paso del humo de las fosas nasales al cráneo por la criba del etmoides, pues se erguía, echaba hacia atrás la cabeza, caminaba después hacia el centro del altar con tal prosopeya y gravedad que Capitán Tiago le halló más majestuoso que el comediante chino de la noche anterior, vestido de empedrador, pintarrajeado, con banderitas en la espalda, barba cerda de caballo y babuchas de alta suela.

— Indudablemente, pensaba, un solo cura nuestro tiene más majestad que todos los emperadores.

Por fin llegó el deseado momento de oír al P. Dámaso. Los tres sacerdotes se sentaron en sus sillones en actitud edificante, como diría el honrado corresponsal; el Alcalde y demás gente de varas y bastones los imitaron; la música cesó.

Aquel paso del ruido al silencio despertó á nuestra vieja Hermana Putè que ya roncaba, gracias á la música. Como Segismundo, ó como el cocinero del cuento de Dornröschen, lo primero que hizo al despertarse fué dar un cogotazo á su nieta, que también se había dormido. Esta chilló, pero se distrajo pronto viendo á una mujer darse golpes de pecho convencida y entusiasmada.

Todos procuraron colocarse cómodamente; los que no tenían bancos se sentaron en cuclillas, las mujeres sobre el suelo ó sus mismas piernas.

El P. Dámaso atravesó la multitud, precedido de dos sacristanes y seguido de otro fraile que llevaba un gran cuaderno. Desapareció al subir la escalera de caracol, pero pronto reapareció su redonda cabeza, después el grueso cogote seguido inmediatamente de su cuerpo. Miró á todas partes con seguri-



dad, medio tosiendo; vió á Ibarra: un pestañeo particular dió á entender que no se olvidaría de él en sus oraciones; después una mirada de satisfacción al P. Sibyla y otra de desdén al P. Manuel Martín, el predicador de ayer. Concluida esta revista, volvióse disimuladamente al compañero diciéndole: «¡Atención, hermano!» Este abrió el cuaderno.

Pero el sermón merece capítulo aparte. Un joven que entonces aprendía la taquigrafía y que idolatraba los grandes oradores, lo estenografió; gracias á esto podemos traer aquí un trozo de la oratoria sagrada de aquellas regiones.

### XXXI

#### EL SERMÓN

Fr. Dámaso empezó lentamente pronunciando á media voz:

«*Et spiritum tuum bonum dedisti, qui doceret eos, et manna tuum non prohibuisti ab ore eorum, et aquam dedisti eis in siti.*»

«Y les diste tu espíritu bueno para que los enseñase y no quitaste tu maná de su boca y les diste agua en su sed!»

«Palabras que dijo el Señor por boca de Esdras, libro II, cap. IX, vers. 20.»

El P. Sibyla miró sorprendido al predicador; el P. Manuel Martín palideció y se tragó saliva: aquello era mejor que el suyo.

Sea que el P. Dámaso lo notara ó estuviere aún ronco, es el caso que tosió varias veces poniendo ambas manos sobre el antepecho de la santa tribuna. El Espíritu Santo estaba sobre su cabeza, acabado de pintar: blanco, limpio, con las patitas y el pico color de rosa.

«¡Excelentísimo Señor (al Alcalde), virtuosísimos sacerdotes, cristianos, hermanos en Jesucristo!»

Aquí hizo solemne pausa, paseando de nuevo sus miradas por el auditorio, cuya atención y recogimiento le satisficieron.

La 1.<sup>a</sup> parte del sermón debía ser en castellano y la otra en tagalo: *loquebantur omnes linguas.*

Después de los vocativos y de la pausa, extendió majestuosamente la mano derecha hacia el altar fijando la vista en el Alcalde; después se cruzó de brazos lentamente sin decir una sola palabra, pero, pasando de esta calma á la movilidad, echó hacia atrás la cabeza, señaló hacia la puerta mayor cortando el aire

con el borde de la mano, con tanto ímpetu que los sacristanes interpretaron el gesto por un mandato y cerraron las puertas; el alférez se inquietó y estuvo dudando sobre si salir ó quedarse, pero ya el predicador empezaba á hablar con voz fuerte, llena y sonora: decididamente la antigua ama era inteligente en Medicina.

«Esplendoroso y relumbrante es el altar, ancha la puerta mayor, el aire es el vehiculo de la santa palabra divina que brotará de mi boca, oid pues vosotros con los oídos del alma y del corazón para que las palabras del Señor no caigan en terreno pedregoso, las coman las aves del Infierno, sino que crezcáis y brotéis como una santa simiente en el campo de nuestro venerable y seráfico P. S. Francisco! Vosotros, grandes pecadores, cautivos de los moros del alma, que infestan los mares de la vida eterna en poderosas embarcaciones de la carne y del mundo, vosotros que estáis cargados con los grilletes de la lascivia y concupiscencia y remáis en las galeras del Satán infernal, ved ahí con reverente compunción al que rescata las almas de la cautividad del demonio, al intrépido Gedeón, al esforzado David, al victorioso Roldán del Cristianismo, al guardia civil celestial, más valiente que todos los guardias civiles juntos, habidos y por haber» — (El alférez arruga el ceño), — «sí, señor alférez, más valiente y prepotente, que sin más fusil que una cruz de palo, vence con denuedo al eterno tulisán de las tinieblas y á todos los secuaces de Luzbel y habría á todos para siempre extirpado, si los espíritus no fuesen inmortales! Esta maravilla de la creación divina, este portento imposible es el bienaventurado Diego de Alcalá, que, valiéndome de una comparación, porque las comparaciones ayudan bien á la comprensión de las cosas incomprendibles, como dijo el otro, digo pues que este gran santo es sola y únicamente un soldado último, un rancharo en nuestra poderosísima compañía, que desde el cielo manda nuestro seráfico P. S. Francisco, á la que tengo la honra de pertenecer como cabo ó sargento por la gracia de Dios.»

Los rudos indios que dice el corresponsal no pescaron del párrafo otra cosa que las palabras *guardia civil, tulisán, San Diego y S. Francisco*; observaron la mala cara que había puesto el alférez, el gesto belicoso del predicador y dedujeron que le regañaba á aquél porque no perseguía á los tulisanes. S. Diego y S. Francisco se encargarían de ello, y muy bien, como lo prueba una pintura existente en el convento de Manila, en que S. Francisco con sólo su cordón había contenido la invasión china en los primeros años del descubrimiento. Alegráronse pues no poco los devotos, agradecieron á Dios esta ayuda, no

dudando que una vez desaparecidos los tulisanes, S. Francisco destruiría también á los guardias civiles. Redoblaron pues la atención siguiendo al P. Dámaso que continuó:

«Excelentísimo señor: Las grandes cosas siempre son grandes cosas aun al lado de las pequeñas, y las pequeñas siempre son pequeñas aun al lado de las grandes. Esto dice la Historia, pero como la Historia da una en el clavo y ciento en la herradura, como cosa hecha por los hombres, y los hombres se equivocan: *errare es hominum* como dice Ciceron, el que tiene boca se equivoca como dicen en mi país, resulta que hay más profundas verdades que no dice la Historia. Estas verdades, Excelentísimo Señor, ha dicho el Espíritu divino en su suprema sabiduría que jamás comprendió la humana inteligencia desde los tiempos de Séneca y Aristóteles, esos sabios religiosos de la antigüedad, hasta nuestros pecadores días, y estas verdades son que no siempre las cosas pequeñas son pequeñas, sino son grandes, no al lado de las chicas sino al lado de las más grandes de la tierra y del cielo y del aire y de las nubes y de las aguas y del espacio y de la vida y de la muerte!»

— ¡Amén! contestó el maestro de la V. O. T. y se santiguó.

Con esta figura de retórica, que aprendiera de un gran predicador en Manila, quería el P. Dámaso sorprender á su auditorio, y en efecto, su espíritu santo, embobado con tantas verdades, necesitó que le tocara con el pie para recordarle su misión.

— ¡Patente está á vuestros ojos! dijo el espíritu desde abajo.

— «¡Patente está á vuestros ojos la prueba concluyente y contundente de esta eterna verdad filosófica! Patente está ese sol de virtudes, y digo sol y no luna, porque no hay gran mérito en que la luna brille durante la noche: en tierra de ciegos el tuerto es el rey; por la noche puede brillar una luz, una estrellita: el mayor mérito es poder brillar aun en medio del día como lo hace el sol: así brilla el hermano Diego aun en medio de los más grandes santos! Ahí tenéis patente á vuestros ojos, á vuestra impía incredulidad, la obra maestra del Altísimo para confundir á los grandes de la tierra, sí, hermanos míos, patente, patente á todos, patente!»

Un hombre se levantó pálido y tembloroso y se escondió en un confesonario. Era un vendedor de alcoholes, que dormitaba y soñó que los carabineros le pedían la patente que no tenía. Asegúrase que no volvió á salir de su escondite mientras duró el sermón.

«¡Humilde y recogido santo, tu cruz de palo» — (la que

tenía la imagen era de plata), — «tu modesto hábito honran al gran Francisco de quien somos los hijos é imitadores! Nosotros propagamos tu santa raza en todo el mundo, en todos los rincones, en las ciudades, en los pueblos, sin distinguir al blanco del negro» — (el Alcalde contiene la respiración) — «sufriendo abstinencias y martirios, tu santa raza de fe y de religión armada» — (¡Ah! respira el Alcalde) — «que sostiene al mundo en equilibrio y le impide que caiga en el abismo de la perdición!»

Los oyentes hasta el mismo Capitán Tiago bostezaban poco á poco. María Clara no atendía al sermón; sabía que Ibarra estaba cerca y pensaba en él, mientras miraba abanicándose el toro de uno de los evangelistas, que tenía todas las trazas de un pequeño karabaw.

«Todos debíamos saber de memoria las Santas Escrituras, la vida de los santos y así no tendría yo que predicaros, pecadores; debíais saber cosas tan importantes y necesarias como el Padrenuestro, por más que muchos de vosotros lo habéis olvidado ya viviendo como los protestantes ó herejes, que no respetan á los ministros de Dios, como los chinos, pero os vais á condenar, peor para vosotros, condenados!»

— ¡Abá, cosa ese pale Lámaso, ese! murmuró el chino Carlos mirando con ira al predicador, que seguía improvisando, desencadenando una serie de apóstrofes é imprecaciones.

«¡Moriréis en la impenitencia final, raza de herejes! Dios os castiga ya desde esta tierra con cárceles y prisiones! Las familias, las mujeres debían huir de vosotros, los gobernantes os deberían ahorcar á todos para que no se extienda la semilla de Satanás en la viña del Señor!... Jesucristo dijo: Si tenéis un miembro malo que os induce al pecado, cortadlo, arrojadlo al fuego!...

Fr. Dámaso estaba nervioso, había olvidado su sermón y su retórica.

— ¿Oyes? preguntó un joven estudiante de Manila á su compañero: ¿te lo cortas?

— ¡Ca! que lo haga él antes! contestó el otro señalando al predicador.

Ibarra se puso inquieto; miró en derredor suyo buscando algún rincón, pero toda la iglesia estaba llena. Nada oía ni veía María Clara, que analizaba el cuadro de las benditas ánimas del Purgatorio, almas en forma de hombres y mujeres en cueros, con mitras, capelos ó tocas, asándose en el fuego y agarrándose al cordón de S. Francisco, que no se rompía á pesar de tanto peso.

El Espíritu santo fraile, con aquella improvisación perdió el hilo del sermón y saltó tres largos párrafos apuntando mal al P. Dámaso que descansaba jadeante de su apóstrofe.

«¿Quién de vosotros, pecadores que me escucháis, lamería las llagas de un pobre y andrajoso mendigo? Quién? Que responda y levante la mano! Ninguno! Ya lo sabía yo: sólo un santo como Diego de Alcalá puede hacerlo; él lamió toda la podredumbre diciendo á un asombrado hermano: ¡Así se cura á este enfermo! ¡Oh caridad cristiana! Oh piedad sin ejemplo! Oh virtud de virtudes! Oh dechado inimitable! Oh talismán sin mancha!...»

Y siguió con una larga lista de exclamaciones, poniendo los brazos en cruz, subiéndolos y bajándolos como si quisiese volar ó espantar á los pájaros.

«Antes de morir habló en latín sin saber latín! Pasmaos, pecadores! Vosotros, á pesar de que lo estudiáis y os dan por ello azotes, no hablaréis latín, moriréis sin hablarlo! Hablar latín es una gracia de Dios, por eso la Iglesia habla latín! Yo también hablo latín! Cómo? Dios iba á negar este consuelo á su querido Diego? Podía morir, podía dejarle morir sin hablar latín? ¡Imposible! Dios no sería justo, no sería Dios! Habló pues latín y de ello dan testimonio los autores de aquella época! — Y terminó su exordio con el trozo que más trabajo le costara y que plagia de un gran escritor, el Sr. Sinibaldo de Mas.

«Yo te saludo pues, esclarecido Diego, honra de nuestra corporación! Tú eres dechado de virtudes, modesto con honra; humilde con nobleza; sumiso con entereza; sobrio con ambición; enemigo con lealtad; compasivo con perdón; religioso con escrúpulo; creyente con devoción; crédulo con candidez; casto con amor; callado con secreto; sufrido con paciencia; valiente con temor; continente con voluptad; atrevido con resolución; obediente con sujeción; vergonzoso con pundonor; cuidadoso en tus intereses con desprendimiento; diestro con capacidad; ceremonioso con urbanidad; astuto con sagacidad; misericordioso con piedad; recatado con vergüenza; vengativo con valor; pobre por laboriosidad con conformidad; pródigo con economía; activo con negligencia; económico con liberalidad; inocente con penetración; reformador con consecuencia; indiferente con ansia de aprender: Dios te crió para sentir los deliquios del amor platónico!... Ayúdame á cantar tus grandezas y tu nombre más alto que las estrellas y más claro que el sol mismo que gira á tus pies! Ayudadme, vosotros, pedid á Dios la inspiración suficiente rezando el avemaría!»

Todos se arrodillaron levantando un murmullo como el zumbido de mil moscardones. El Alcalde dobló trabajosamente una rodilla, moviendo la cabeza disgustado; el alférez estaba pálido y contrito.

— ¡Al diablo con el cura! murmuró uno de los dos jóvenes que venían de Manila.

— ¡Silencio! contesta el otro, que nos oye su mujer...

Entretanto, el P. Dámaso, en vez de rezar el avemaría, reñía á su espíritu santo por haber saltado tres de sus mejores párrafos, tomaba dos merengues y un vaso de Málaga, seguro de encontrar en ellos mayor inspiración que en todos los espíritus santos, ya sean de madera en figura de paloma, ya de carne bajo la forma de un distraído fraile. Iba á empezar con el sermón tagalo.

La vieja devota da otro cogotazo á su nieta, quien despierta malhumorada y pregunta:

— ¿Es hora ya de llorar?

— ¡Aun no, pero no te duermas, condenada! contestó la buena abuela.

De la segunda parte del sermón ó sea del tagalo no tenemos más que ligeros apuntes. El P. Dámaso improvisaba en este idioma, no porque lo poseyese mejor, sino porque, teniendo á los filipinos de provincias por ignorantes en retórica, no temía cometer disparates delante de ellos. Con los españoles ya era otra cosa: había oído hablar de reglas de la oratoria y entre sus oyentes podía haber alguno que hubiese saludado las aulas, acaso el señor Alcalde Mayor; por lo cual escribía sus sermones, los corregía, los limaba y después se los aprendía de memoria y se ensayaba unos dos días antes.

Es fama que ninguno de los presentes comprendió el conjunto del sermón: eran tan obtusos de entendimiento y el predicador era muy profundo, como decía Hermana Rufa, así que el auditorio esperó en vano una ocasión para llorar, y la condenada nieta de la vieja beata volvió á dormirse.

No obstante esta parte tuvo más consecuencias que la primera, al menos para ciertos oyentes, como veremos más adelante.

Empezó con un *Maná capatir con cristiano* al que siguió una avalancha de frases intraducibles; habló del alma, del Infierno, del *mahal na santo pintacasi*, de los pecadores indios y de los virtuosos Padres Franciscanos.

— ¡Menche! dijo uno de los dos irreverentes manileños á su compañero; eso está en griego para mí, yo me voy.

Y viendo cerradas las puertas, se salió por la sacristía con

gran escándalo de la gente y del predicador, que se puso pálido y se detuvo á la mitad de su frase; algunos esperaban una violenta apóstrofe, pero el P. Dámaso se contentó con seguirle con la vista y prosiguió su sermón.

Se desencadenaron maldiciones contra el siglo, contra la falta de respeto, la naciente irreligiosidad. Este asunto parecía su fuerte, pues se mostraba inspirado y se expresaba con fuerza y claridad. Habló de los pecadores que no se confiesan, que mueren en las cárceles sin sacramentos, de familias malditas, de *mesticillos* orgullosos y soplados, de jóvenes *sabihondos*, *filosofillos* ó *pilosopillos*, de *abogadillos*, *estudiantillos*, etc. Conocida es la costumbre que tienen muchos cuando quieren ridiculizar á sus enemigos: sacan para todo la terminación en *illo*, porque el cráneo parece no dar otra cosa y se quedan muy felices.

Ibarra oía todo y comprendía las alusiones. Conservando una aparente tranquilidad, buscaba con los ojos á Dios y á las autoridades, pero allí no había más que imágenes de santos, y el Alcalde dormitaba.

Entretanto el entusiasmo del predicador subía por grados. Hablaba de los antiguos tiempos en que todo filipino, al encontrar á un sacerdote, se descubría, doblaba una rodilla en tierra, y le besaba la mano. — «Pero, ahora, añadía, sólo os quitáis el *salakot* ó el sombrero de castorillo, que colocáis medio ladeado sobre vuestra cabeza para no desarreglar el peinado! Os contentáis con decir: buenos días, *among!* y hay orgullosos estudiantillos de poco latin, que por haber estudiado en Manila ó en Europa se creen con derecho de estrecharnos la mano en lugar de besarla... Ah! el día del juicio pronto viene, el mundo se acaba, muchos santos lo han profetizado, va á llover fuego, piedra y ceniza para castigar vuestra soberbia!»

Y exhortaba al pueblo á que no imitase á esos *salvajes*, sino que los huyese y aborreciese, porque estaban excomulgados.

— «¡Oid lo que dicen los santos concilios! decía. Cuando un indio encontrare en la calle á un cura, doblará la cabeza y ofrecerá el cuello para que el *among* se apoye en él; si el cura y el indio van á caballo ambos, entonces el indio se parará, se quitará el *salakot* ó sombrero reverentemente; en fin si el indio va á caballo y el cura á pie, el indio bajará del caballo y no volverá á montar hasta que el cura le diga *subung!* ó esté ya muy lejos. Esto dicen los santos concilios y el que no obedezca estará excomulgado.»

— Y ¿cuando uno monta un karabaw? pregunta un escrupuloso labriego á su vecino.

— ¡Entonces... sigue adelante! contesta éste que era un casuista.

Pero á pesar de los gritos y gestos del predicador muchos se dormían ó distraían, pues aquellos sermones eran los de siempre y de todos: en vano algunas devotas trataron de suspirar y lloriquear sobre los pecados de los impíos, pero tuvieron que desistir de su empresa por falta de socios. La misma Hermana Puté pensaba todo lo contrario. Un hombre sentado á su lado se había de tal manera dormido que se cayó sobre ella machacándole el hábito: la buena anciana cogió su zueco y á golpes empezó á despertarle gritando:

— ¡Ay! quita, salvaje, animal, demonio, karabaw, perro, condenado!

Movióse un tumulto como era consiguiente. Paróse el predicador, levantó las cejas, sorprendido de tamaño escándalo. La indignación ahogó la palabra en su garganta y sólo consiguió berrear, golpeando con sus puños la tribuna. Esto produjo su efecto: la vieja soltó el zueco refunfuñando y, santiguándose repetidas veces, se puso devotamente de rodillas.

— «¡Aaah! aaah! pudo al fin exclamar el indignado sacerdote cruzando los brazos y agitando la cabeza; para eso os predico yo aquí toda la mañana, salvajes! Aquí en la casa de Dios reñís y decís malas palabras, desvergonzados! ¡Aaaaah! ya no respetáis nada...! Esta es la obra de la lujuria é incontinencia del siglo! Ya lo decía, aah!

Y sobre este tema siguió predicando por espacio de media hora. El Alcalde roncaba, María Clara cabeeeaba: la pobrecita no podía resistir el sueño, no teniendo ya ninguna pintura ni imagen que analizar ni en que distraerse. A Ibarra ya no le hacían mella las palabras, ni las alusiones; pensaba ahora en una casita en la cima de un monte y veía á María Clara en el jardín. ¡Que en el fondo del valle se arrastren los hombres en sus miserables pueblos!

El P. Salví había hecho tocar dos veces la campanilla, pero esto era poner leña al fuego: Fr. Dámaso era terco y prolongó más el sermón. Fr. Sibyla se mordía los labios y arreglaba repetidas veces sus anteojos de cristal de roca montados en oro: Fr. Manuel Martín era el único que parecía escuchar con placer pues sonreía.

Por fin dijo Dios basta: el orador se cansó y bajó del púlpito.

Todos se arrodillaron para dar gracias á Dios. El Alcalde se restregó los ojos, extendió un brazo como para desperezarse soltando un *ah!* profundo y bostezando.

Continuó la misa.

Cuando, cantando Balbino y Chananay el *Incarnatus est,*



todos se arrodillaban y los sacerdotes bajaban la cabeza, un hombre murmuró al oído de Ibarra: «En la ceremonia de la bendición no os alejéis del cura, no descendáis al foso, no os acerquéis á la piedra, que va la vida en ello!»

Ibarra vió á Elías que, dicho esto, se perdía entre la muchedumbre.

## XXXII

### LA CABRIA

El hombre amarillo había cumplido su palabra: no era una sencilla cabria lo que había construido sobre el abierto foso para hacer descender la enorme mole de granito; no era la trípode que Ñor Juan había deseado para suspender una polea de su vértice, era algo más; era á la vez que una máquina, un adorno, pero un grandioso é imponente adorno.

Sobre ocho metros de altura se elevaba la confusa y complicada andamiada: cuatro gruesos maderos hundidos en el suelo servían de almas, sujetos entre sí por colosales vigas cruzadas formando diagonales, unidas unas á otras por gruesos clavos hundidos sólo hasta la mitad, acaso porque, teniendo el aparato un carácter provisional, pudiera ser después fácilmente deshecho. Enormes cables, colgando por todos lados, daban un aspecto de solidez y grandiosidad al conjunto, coronado allá arriba por banderas de abigarrados colores, flotantes gallardetes y monstruosas guirnaldas de flores y hojas, artísticamente entretejidas.

Allá arriba, en la sombra que proyectan maderos, guirnaldas y banderas, pende sujeta por cuerdas y ganchos de hierro una descomunal polea de tres ruedas, sobre cuyos brillantes bordes pasan acabalgados tres cables aun mayores que los otros, y llevan suspendido el enorme sillar lleno socavado en su centro, para formar con la excavación de la otra piedra, ya descendida en el foso, el pequeño espacio destinado á guardar la historia del día, como periódicos, escritos, monedas, medallas, etc., y transmitirla acaso á muy lejanas generaciones. Estos cables descendían de arriba abajo, se reflejaban en otra no menos gruesa polea atada al pie del aparato, é iban á arrollarse al cilindro de un torno, sujeto en tierra merced á gruesos maderos. Este torno, que se puede poner en movimiento por medio de dos

manubrios, centuplica la fuerza de un hombre merced á un juego de ruedas dentadas, si bien lo que en fuerza se gana, se pierde en velocidad.

— Mirad, decía el hombre amarillo haciendo girar el manubrio: mirad, Ñor Juan, cómo con mis fuerzas únicamente hago subir y bajar la inmensa mole... Está tan bien dispuesto que á voluntad puedo graduar pulgada por pulgada el ascenso ó descenso, de modo que un hombre desde el fondo pueda con toda comodidad hacer adaptar ambas piedras, mientras yo manejo desde aquí.

Ñor Juan no podía menos de admirar al hombre que se sonreía tan particularmente. Los curiosos hacían comentarios y alababan al hombre amarillo.

— ¿Quién os enseñó la maquinaria? le preguntó Ñor Juan.

— Mi padre, mi difunto padre! contestaba con su particular sonrisa.

— ¿Y á vuestro padre?...

— Don Saturnino, el abuelo de Don Crisóstomo.

— No sabía que Don Saturnino...

— Oh! sabía muchas cosas! No solamente pegaba bien y exponía al sol á sus trabajadores; sabía además despertar á los dormidos y hacer dormir á los despiertos. Ya veréis con el tiempo lo que mi padre me ha enseñado, ya veréis!

Y el hombre amarillo sonreía, pero de un modo extraño.

Sobre una mesa, cubierta de un tapiz de Persia, estaba el cilindro de plomo y los objetos que se iban á guardar en aquella especie de tumba: una caja de cristal de gruesas paredes contendría aquella momia de una época y guardaría para el porvenir los recuerdos de un pasado. El filósofo Tasio, que discurría por allí pensativo, murmuraba:

— Quizás algún día, cuando la obra que hoy comienza á nacer, envejecida después de tantas vicisitudes, caiga en ruinas, ya á las sacudidas de la Naturaleza ya á la destructora mano del hombre, y sobre las ruinas crezca la yedra y el musgo; después cuando el tiempo destruya el musgo, la yedra y las ruinas y esparza sus cenizas al viento, borrando de las páginas de la Historia el recuerdo de ella y de los que la construyeron, ya largo tiempo perdido en la memoria de los hombres; quizás, cuando las razas con las capas del suelo se hayan sepultado ó desaparecido, sólo por alguna casualidad el pico de algún minero, haciendo brotar del granito la chispa, podrá desenterrar del seno de la roca misterios y enigmas. Quizás los sabios de la nación que habite estas regiones trabajarán, como trabajan los actuales egiptólogos con los restos de una grandiosa civilización

preocupada de la eternidad y que no sospechaba iba á descender sobre ella una tan larga noche. Quizás algún sabio profesor diga á sus alumnos de cinco y siete años en un idioma hablado por todos los hombres: «¡Señores! Estudiados y examinados cuidadosamente los objetos encontrados en el subsuelo de nuestro terreno, descifrados algunos signos y traducidas algunas palabras, podemos sin género alguno de temor presumir que tales objetos pertenecían á la edad bárbara del hombre, á la era obscura que solemos llamar fabulosa. En efecto, Señores; para que os podáis formar una aproximada idea del atraso de nuestros antepasados, bastará que os diga, que los que vivían aquí no sólo reconocían aún reyes, sino que para resolver cuestiones de su gobierno interior, tenían todavía que acudir al otro extremo del mundo, que es como si dijéramos un cuerpo que para moverse necesitase consultar su cabeza existente en otra parte del Globo, acaso en los parajes que hoy ocultan las olas. Esta increíble imperfección por inverosímil que os parezca, deja de serlo si consideramos las circunstancias de aquellos seres, que apenas me atrevo á llamar humanos! En aquellos primitivos tiempos, estos seres estaban aún (ó al menos así lo creían) en relación directa con su Criador, pues tenían ministros del mismo, seres diferentes de los demás y denominados siempre con los misteriosos caracteres M. R. P. Fr. sobre cuya interpretación nuestros sabios no están de acuerdo. Según el mediano profesor de lenguas que tenemos, pues no habla más que ciento de los defectuosos idiomas del pasado, M. R. P. significaría *Muy Rico Propietario*, pues estos ministros eran una especie de semidioses, virtuosísimos, elocuentísimos oradores, ilustradísimos, y á pesar de su gran poder y prestigio jamás cometían la más ligera falta, lo cual fortalece mi creencia al suponerlos de otra naturaleza distinta de los demás. Y si esto no bastase para apoyar mi opinión, quedame aún el argumento, no negado por nadie y cada día más y más confirmado, de que tales misteriosos seres hacían descender á Dios sobre la tierra con sólo pronunciar algunas palabras, que Dios no podía hablar sino por boca de ellos y á quien se comían, bebían la sangre y no pocas veces lo daban también á comer á los hombres comunes...»

Estas y otras cosas más ponía el incrédulo filósofo en boca de los corrompidos hombres del porvenir. Acaso el viejo Tasio se equivoque, lo que es muy fácil, pero volvamos á nuestra narración.

En los kioskos que vimos anteayer ocupar al maestro de escuela y á los alumnos, se preparaba ahora el almuerzo, opíparo y abundante. Sin embargo, en la mesa destinada á los chicos de

la escuela, no había ni una botella de vino, pero en cambio abundaban más las frutas. — En la enramada que ambos unían estaban los asientos para los músicos y una mesa cubierta de dulces y confituras, frascos de agua, coronados de hojas y flores para el sediento público.

El maestro de escuela había hecho levantar cucañas, barreas, colgar sartenes, ollas para alegres juegos.

La multitud, luciendo trajes de alegres colores, se aglomeraba huyendo del sol brillante, ya bajo la sombra de los árboles, ya bajo el emparrado. Los muchachos se subían á las ramas, sobre las piedras, para mejor ver la ceremonia, supliendo así su pequeña estatura; miraban con envidia á los chicos de la escuela que, limpios y bien vestidos, ocupaban un sitio destinado para ellos. Los padres estaban entusiasmados: ellos, pobres campesinos, verían á sus hijos comer sobre blanco mantel casi como el cura y el alcalde. Basta pensar en ello para no tener hambre, y tal suceso se contaría de padres á hijos.

Pronto se oyeron los lejanos acordes de la música: la precedía una abigarrada turba, compuesta de todas las edades y vestida de todos los colores. El hombre amarillo se puso inquieto y examinó con una mirada todo su aparato. Un curioso campesino seguía su mirada y observaba todos sus movimientos: era Elías que acudía también á presenciar la ceremonia; por su salakot y su manera de vestir casi estaba desconocido. Se había procurado el mejor sitio, casi al lado mismo del torno, al borde de la excavación.

Con la música venían el Alcalde, los municipales, los frailes menos el P. Dámaso, y los empleados españoles. Ibarra conversaba con el primero, de quien se había hecho muy amigo desde que le dirigiera unos finos cumplidos por sus condecoraciones y bandas: los humos aristocráticos eran el flaco de S. E. Capitán Tiago, el alférez y algunos ricos más iban en la dorada pléyade de las jóvenes que lucían sus sombrillas de seda. El P. Salví seguía como siempre silencioso y pensativo.

— Cuento V. con mi apoyo siempre que se trate de una buena acción, decía el Alcalde á Ibarra; yo le proporcionaré cuanto V. necesite, y sino, haré que se lo proporcionen los otros.

A medida que se iban acercando sentía el joven palpar su corazón. Instintivamente dirigió una mirada á la extraña andamiada, allí levantada; vió al hombre amarillo saludarle respetuosamente y fijar en él un momento la vista. Con sorpresa descubrió á Elías, quien con un significativo pestañeo le dió á entender se acordase de lo que le había dicho en la iglesia.

El cura se puso las vestiduras sacerdotales y empezó la ce-

remonia: el tuerto sacristán mayor tenía el libro, y un monaguillo el hisopo y la vasija de agua bendita. Los demás, en derredor, de pie y descubiertos, guardaban un tan profundo silencio que á pesar de leer en voz baja, se conocía que temblaba la voz del P. Salví.

Entretanto se habían colocado en la caja de cristal cuanto había que poner como manuscritos, periódicos, medallas, monedas, etc., y el todo, encerrado dentro del cilindro de plomo y herméticamente soldado.

— Señor Ibarra, ¿quiere V. colocar la caja en su sitio? ¡El cura lo espera! murmuró el Alcalde al oído del joven.

— Con mucho gusto, contestó éste, pero usurparía ese honroso deber al Sr. Escribano; ¡el Sr. Escribano debe dar fe del acto!

El escribano lo tomó gravemente, descendió la alfombrada escalera que conducía al fondo de la excavación y con la solemnidad conveniente lo depositó en el hueco de la piedra. El cura cogió entonces el hisopo y roció las piedras con agua bendita.

Llegó el momento de poner cada uno su cucharada de lechada sobre la superficie del sillar, que yacía en el foso, para que el otro se adaptase bien y se agarrase.

Ibarra presentó al Alcalde una cuchara de albañil sobre cuya ancha hoja de plata estaba grabada la fecha; pero S. E. pronunció antes una alocución en castellano.

« ¡Vecinos de S. Diego! dijo con grave acento: Tenemos el honor de presidir una ceremonia de una importancia que vosotros comprenderéis sin que Nos os lo digamos. Se funda una escuela; la escuela es la base de la sociedad, la escuela es el libro donde está escrito el porvenir de los pueblos! Enseñadnos la escuela de un pueblo y os diremos qué pueblo es.

» ¡Vecinos de S. Diego! Bendecid á Dios, que os ha dado virtuosos sacerdotes, y al Gobierno de la Madre Patria que difunde incansable la civilización en estas fértiles islas, amparadas por ella bajo su glorioso manto! Bendecid á Dios que se ha apiadado de vosotros trayéndoos estos humildes sacerdotes que os iluminan y os enseñan la divina palabra! Bendecid al Gobierno que tantos sacrificios ha hecho, hace y hará por vosotros y por vuestros hijos!

» ¡Y ahora que se bendice la primera piedra de este tan trascendental edificio, Nos, Alcalde Mayor de esta provincia, en nombre de S. M. el Rey, que Dios guarde, Rey de las Españas, en nombre del preclaro Gobierno español y al amparo de su pabellón inmaculado y siempre victorioso, Nos consagramos este acto y principiamos la edificación de esta escuela!

» ¡Vecinos de S. Diego, viva el Rey! ¡Viva España! vivan los religiosos! Viva la Religión católica!»

— ¡Viva! viva! contestaron muchas voces, ¡viva el Señor Alcalde!

Este descendió después majestuoso á los acordes de la música que empezó á tocar; depositó unas cuantas cucharadas de lechada sobre la piedra y con igual majestad que al principio volvió á subir.

Los empleados aplaudieron.

Ibarra ofreció otra cuchara de plata al cura que, después de fijar los ojos en él un momento, descendió lentamente. A la mitad de la escalera levantó la vista para mirar la piedra que colgaba sujeta por los poderosos cables, pero fué sólo un segundo y continuó descendiendo. Hizo otro tanto como el Alcalde, pero esta vez se oyeron más aplausos: á los empleados se habían agregado algunos frailes y Capitán Tiago.

El P. Salví parecía que buscaba á alguien á quien entregar la cuchara; miró como dudoso á María Clara, pero cambiando de opinión se la ofreció al escribano. Este, por galantería se acerca á María Clara, quien rehusa sonriendo. Los frailes, los empleados y el alférez bajan todos uno tras otro. Capitán Tiago no fué olvidado.

Faltaba Ibarra, y ya se iba á ordenar que el hombre amarillo hiciese descender la piedra, cuando el cura se acordó del joven diciéndole en tono de broma y afectando familiaridad:

— ¿No mete V. su cucharada, señor Ibarra?

— ¡Sería un Juan Palomo, yo me lo guiso, yo me lo como! contestó éste en el mismo tono.

— ¡Ande V.! dijo el Alcalde empujándole suavemente; sino, doy orden que no descienda la piedra y nos estaremos aquí hasta el día del juicio.

Ante tan terrible amenaza Ibarra tuvo que obedecer. Cambió la pequeña cuchara de plata por otra grande de hierro, lo que hizo sonreír á algunas personas, y adelantóse tranquilamente. Elías le miraba con expresión indefinible; al verle se habría dicho que toda su vida se reconcentraba en sus ojos. El hombre amarillo miraba al abismo abierto á sus pies.

Ibarra después de dirigir una rápida mirada al sillar que pendía sobre su cabeza y otra á Elías y al hombre amarillo, dijo á Ñor Juan con voz algo temblorosa:

— ¡Dadme el cubo y buscadme otra cuchara arriba!

El joven se quedó solo. Elías ya no le miraba: sus ojos estaban clavados en la mano del hombre amarillo, que inclinado á la fosa, seguía con ansia los movimientos del joven.

Oíase el ruido de la cuchara removiendo la masa de arena y cal al través de un débil murmullo de los empleados, que felicitaban al Alcalde por su discurso.

De repente un estrépito estalla: la polea, atada á la base de la cabria, salta y tras ella el torno que golpea el aparato como un ariete: los maderos vacilan, vuelan las ligaduras y todo se derrumba en un segundo y con espantoso estruendo. Una nube de polvo se levanta; un grito de horror, compuesto de mil voces llena el aire. Huyen y corren casi todos, muy pocos se precipitan al foso. Solamente María Clara y el P. Salví permanecen en su sitio sin poderse mover, pálidos y sin palabra.

Cuando la polvareda se hubo algún tanto desvanecido, vieron á Ibarra de pie, entre vigas, cañas, cables, entre el torno y la mole de piedra, que al descender tan rápidamente, todo había sacudido y aplastado. El joven tenía aún en su mano la cuchara y miraba con ojos espantados el cadáver de un hombre, que yacía á sus pies, medio sepultado entre las vigas.

— ¿No se ha muerto V.? — ¿Vive V. todavía? — ¡Por Dios hable V.! decían algunos empleados llenos de terror é interés.

— ¡Milagro! Milagro! gritaron algunos.

— ¡Venid y desembarazad el cadáver de este desgraciado! dijo Ibarra como despertando de un sueño.

Al oír su voz, María Clara sintió entonces que la abandonaban las fuerzas y cayó medio desmayada en brazos de sus amigas.

Reinaba una gran confusión: todos hablaban, gesticulaban, corrían de un lado á otro, bajaban á la fosa, subían, todos aturcidos y consternados.

— ¿Quién es el muerto? Vive todavía? preguntaba el alférez.

Reconocieron en el cadáver al hombre amarillo que estaba de pie al lado del torno.

— ¡Que procesen al maestro de obras! fué lo primero que pudo decir el Alcalde.

Examinaron el cadáver, pusieron la mano sobre el pecho, pero el corazón ya no latía. El golpe le había alcanzado en la cabeza y la sangre brotaba por las narices, boca y oídos. Vieron en el cuello unas huellas extrañas: cuatro depresiones profundas por un lado y una por el opuesto aunque algo más grande: al verlas se habría creído que una mano de acero le había cogido como una tenaza.

Los sacerdotes felicitaban calurosamente al joven, estrechaban su mano. El franciscano de aspecto humilde, que servía de Espíritu santo al P. Dámaso, decía con ojos llorosos:

— ¡Dios es justo, Dios es bueno!

— ¡Cuando pienso que momentos antes estaba allí! decía uno de los empleados á Ibarra, ¡digo! si llego á ser el último, Jesús!

— ¡A mí se me ponen los pelos de punta! decía otro medio calvo.

— ¡Y bueno que á V. le pasó eso y no á mí! murmuraba tembloroso aún un viejo.

— ¡Don Pascual! exclamaron algunos españoles.

— ¡Señores, decía eso porque el señor no se ha muerto: yo si no salía aplastado, me habría muerto después con sólo pensar en ello.

Pero Ibarra ya estaba lejos enterándose del estado de María Clara.

— ¡Que esté no impida que la fiesta continúe, Sr. de Ibarra! decía el Alcalde; ¡alabado sea Dios! El muerto no es sacerdote, ni español! Hay que festejar su salvación de V. ¡Mire que si le coge la piedra debajo!

— ¡Hay presentimientos, hay presentimientos! exclamaba el escribano; yo ya lo decía: El Sr. Ibarra no bajaba á gusto. Yo ya lo veía!

— ¡El muerto es no más que un indio!

— ¡Que siga la fiesta! Música! no resucita al muerto la tristeza! Capitán, aquí se practicarán las diligencias!... Que venga el directorcillo!... Preso el maestro de obras!

— ¡Al cepo con él!

— ¡Al cepo! Eh! música, música! Al cepo el maestrillo!

— ¡Señor Alcalde, repuso gravemente Ibarra; si la tristeza no ha de resucitar al muerto, menos lo conseguirá la prisión de un hombre sobre cuya culpabilidad nada sabemos. Yo salgo garante de su persona y pido su libertad por estos días al menos.

— ¡Bien! bien! pero que no reincida!

Circulaban toda clase de comentarios. La idea del milagro era ya cosa admitida. Fr. Salví parecía, sin embargo, alegrarse poco del milagro, que á un santo de su corporación y de su parroquia atribuían.

No faltó también quien añadiera haber visto bajar al foso, mientras todo se desplomaba, una figura vestida de un traje obscuro como el de los franciscanos. No había duda: era el mismo S. Diego. Súpose también que Ibarra había oído misa y el hombre amarillo no; claro como la luz del sol.

— ¿Ves? tú no querías oír misa, decía una madre á su hijo; si no te llego á pegar para obligarte, ahora irías tú al tribunal como ése, en carreta!



En efecto el hombre amarillo ó su cadáver, envuelto en una estera, era conducido al tribunal.

Ibarra corría á su casa para mudarse.

— ¡Mal comienzo, hm! decía el viejo Tasio alejándose.

### XXXIII

#### LIBRE-PENSAMIENTO

Estaba concluyendo Ibarra de arreglarse cuando un criado le anunció que un campesino preguntaba por él.

Suponiendo fuese uno de sus trabajadores, ordenó le introdujesen en su despacho ó gabinete de estudio, biblioteca á la vez que laboratorio químico.

Pero para su gran extrañeza, se encontró con la severa y misteriosa figura de Elías.

— Me habéis salvado la vida, dijo éste en tagalo comprendiendo el movimiento de Ibarra; os he pagado mi deuda á medias y no tenéis nada que agradecerme, antes al contrario. He venido para pedir os un favor...

— ¡Hablad! contestó el joven en el mismo idioma sorprendido de la gravedad de aquel campesino.

Elías fijó algunos segundos su mirada en los ojos de Ibarra y repuso:

— Cuando la justicia de los hombres quiera aclarar este misterio, os suplico no habléis á nadie de la advertencia que os hice en la iglesia.

— Descuidad, contestó el joven con cierto tono de disgusto; sé que os persiguen, pero yo no soy ningún delator.

— ¡Oh no es por mí, no es por mí! exclamó con cierta viveza y altivez Elías; es por vos: yo no temo nada de los hombres.

La sorpresa de nuestro joven se aumentó: el tono con que hablaba aquel campesino, antes piloto, era nuevo y no parecía estar en relación ni con su estado ni su fortuna.

— ¿Qué queréis decir? preguntó interrogando con sus miradas á aquel hombre misterioso.

— Yo no hablo por enigmas, procuro expresarme con claridad. Para mayor seguridad vuestra, es menester que os tengan por desprevenido y confiado vuestros enemigos.

Ibarra retrocedió.

— ¿Mis enemigos? ¿Tengo enemigos?

— ¡Todos los tenemos, señor, desde el más pequeño insecto hasta el hombre, desde el más pobre al más rico y poderoso! La enemistad es la ley de la vida!

Ibarra miró en silencio á Elías.

— ¡Vos no sois piloto ni sois campesino!... murmuró.

— Tenéis enemigos en las altas y en las bajas esferas, continuó Elías sin advertir las palabras del joven; meditáis una empresa grande, tenéis un pasado, vuestro padre, vuestro abuelo han tenido enemigos, porque han tenido pasiones, y en la vida no son los criminales los que más odio provocan sino los hombres honrados.

— ¿Conocéis á mis enemigos?

Elías no contestó por de pronto y meditó.

— Conocí á uno, al que ha muerto, repuso. Ayer noche descubri que algo tramaba contra vos, por algunas palabras cambiadas con un desconocido que se perdió entre la multitud. «A éste no le comerán los peces como á su padre: lo veréis mañana», decía. Estas palabras llamaron mi atención no sólo por su sentido sino por el que las pronunciaba, que hace días se había presentado al maestro de obras, con el deseo expreso de dirigir los trabajos de la colocación de la piedra, no pidiendo gran salario y haciendo gala de grandes conocimientos. Yo no tenía motivo suficiente para creer en su mala voluntad, pero algo en mí me decía que mis presunciones eran ciertas, y por esto escogí, para advertiros, un momento y una ocasión propios para que no me pudieseis hacer preguntas. Lo demás ya lo visteis.

Largo rato había callado ya Elías y aun no había contestado ni dicho una palabra Ibarra. Estaba meditabundo.

— ¡Siento que ese hombre haya muerto! repuso al fin; de él se habría podido saber algo más!

— Si hubiese vivido se habría escapado de la temblorosa mano de la ciega justicia humana. ¡Dios le ha juzgado, Dios le ha matado, Dios sea el único Juez!

Crisóstomo miró un momento al hombre que así le hablaba, y descubriendo sus musculosos brazos, llenos de cardenales y grandes contusiones,

— ¿Creéis también en el milagro? dijo sonriendo; ¡ved el milagro de que habla el pueblo!

— Si creyese en milagros, no creería en Dios: creería en un hombre deificado, creería que efectivamente el hombre había criado á Dios á su imagen y semejanza, contestó solemnemente: pero yo creo en Él; he sentido más de una vez su mano. Cuando

todo se derrumbaba amenazando destrucción á cuanto se encontraba en el sitio, yo, yo sujeté al criminal, me puse al lado suyo: él fué herido y yo estoy sano y salvo.

— ¿Vos? de manera que vos...?

— ¡Sí! yo le sujeté cuando quería escaparse, una vez comenzada su obra fatal: yo vi su crimen. Os digo: sea Dios el único juez entre los hombres, sea Él el único que tenga derecho sobre la vida; que el hombre no piense nunca en sustituirle!

— Y sin embargo, vos esta vez...

— ¡No! interrumpió Elías adivinando la objeción, no es lo mismo. Cuando el hombre condena á los otros á muerte ó destruye para siempre su porvenir, lo hace á mansalva y dispone de la fuerza de otros hombres para ejecutar sus sentencias, que después de todo pueden estar equivocadas ó ser erróneas. Pero yo, al exponer al criminal en el mismo peligro que él ha preparado á los otros, participaba de los mismos riesgos. Yo no le maté, dejé que la mano de Dios le matara.

— ¿No creéis en la casualidad?

— Creer en la casualidad es como creer en milagros: ambas cosas suponen que Dios desconoce el porvenir. ¿Qué es casualidad? Un acontecimiento que nadie en absoluto ha previsto. ¿Qué es milagro? Una contradicción, un trastorno de las leyes naturales. Imprevisión y contradicción en la Inteligencia que dirige la máquina del mundo significan dos grandes imperfecciones.

— ¿Quién sois? volvió á preguntar Ibarra con cierto temor; ¿habéis estudiado?

— He tenido que creer mucho en Dios porque he perdido la creencia en los hombres, contestó el piloto eludiendo la pregunta.

Ibarra creyó comprender á aquel joven perseguido: negaba la justicia humana, desconocía el derecho del hombre de juzgar á sus iguales, protestaba contra la fuerza y la superioridad de ciertas clases sobre las otras.

— Pero es menester que admitáis la necesidad de la justicia humana por imperfecta que ella pudiese ser, repuso. Dios, por más ministros que tenga en la tierra, no puede, es decir, no dice claramente su juicio para dirimir los millones de contiendas que suscitan nuestras pasiones. Es menester, es necesario, es justo que el hombre juzgue alguna vez á sus semejantes!

— Sí, para hacer el bien, no el mal, para corregir y mejorar, no para destruir, porque si fallan sus juicios, no tiene el poder de remediar el mal que ha hecho. Pero, añadió cambiando de tono, esta discusión está por encima de mis fuerzas,

y os entretengo ahora que os esperan. No olvidéis lo que yo os acabo de decir: tenéis enemigos; conservaos para el bien de vuestro país.

Y se despidió.

— ¿Cuándo os volveré á ver? preguntó Ibarra.

— Siempre que queráis y siempre que os pueda ser útil. Aun soy vuestro deudor!

## XXXIV

### LA COMIDA

Allá, bajo el adornado kiosko comían los grandes hombres de la provincia.

El Alcalde ocupaba un extremo de la mesa; Ibarra, el otro. A la derecha del joven se sentaba María Clara, y el escribano á su izquierda. Capitán Tiago, el alférez, el gobernadorcillo, los frailes, los empleados y las pocas señoritas que se habían quedado se sentaban no según el rango, sino según sus aficiones.

La comida era bastante animada y alegre, pero á la mitad de ella, vino un empleado de telégrafos en busca de Capitán Tiago, trayendo un parte. Capitán Tiago pide naturalmente permiso para leerlo, y naturalmente todos se lo suplican.

El digno Capitán frunce primero las cejas, después las levanta: su rostro palidece, se ilumina y, doblando precipitadamente el pliego y levantándose,

— ¡Señores, dice azorado, S. E. el Capitán General viene esta tarde á honrar mi casa!

Y echa á correr llevándose el parte y la servilleta, pero sin sombrero, perseguido de exclamaciones y preguntas.

El anuncio de la venida de los tulisanes no habría producido más efecto.

— ¡Pero oiga V.! — ¿Cuándo viene? — ¡Cuéntenos V.! — ¡Su Excelencia!

Capitán Tiago ya estaba lejos.

— ¡Viene S. E. y se hospeda en casa de Capitán Tiago! exclaman algunos sin considerar que allí estaban la hija y el futuro yerno.

— ¡La elección no podía ser mejor! repuso éste.

Los frailes se miran unos á otros; la mirada quería decir: «El Capitán General comete una de las suyas, nos ofende, debía

hospedarse en el convento», pero puestó que todos piensan así se callan y nadie expresa su pensamiento.

— Ya me habían hablado de eso ayer, dice el Alcalde, pero entonces S. E. no estaba aún decidido.

— ¿Sabe V. E., señor Alcalde, cuánto tiempo piensa el Capitán General quedarse aquí? pregunta inquieto el alférez.

— Con certeza no; á S. E. le gusta dar sorpresas.

— ¡Aquí vienen otros partes!

Eran para el Alcalde, el alférez y el gobernadorcillo, anunciando lo mismo: los frailes notan bien que ninguno va dirigido al cura.

— ¡S. E. llegará á las cuatro de la tarde, señores! dice el Alcalde solemnemente; podemos comer con tranquilidad!

Mejor no podía haber dicho Leónidas en las Termópilas: «¡Esta-noche cenaremos con Plutón!»

La conversación volvió á tomar su curso ordinario.

— ¡Noto la ausencia de nuestro gran predicador! dice tímidamente uno de los empleados, de aspecto inofensivo, que no había abierto la boca hasta el momento de comer y hablaba ahora por primera vez en toda la mañana.

Todos los que sabían la historia del padre de Crisóstomo hicieron un movimiento y un guiño que querían decir: «¡Ande usted! Al primer tapón zurrapas!» pero algunos más benévolos contestaron:

— Debe estar algo cansado...

— ¿Qué algo? exclama el alférez; rendido debe estar y, como dicen por aquí, malunqueado. ¡Cuidado con la plática!

— ¡Un sermón soberbio, gigante! dice el escribano.

— ¡Magnífico, profundo! añade el corresponsal.

— Para poder hablar tanto, se necesita tener los pulmones que él tiene, observa el P. Manuel Martín.

El agustino no le concedía más que pulmones.

— Y la facilidad de expresarse, añade el P. Salví.

— ¿Saben Vds., que el señor de Ibarra tiene el mejor cocinero de la provincia? dice el Alcalde cortando la conversación.

— Eso decía, pero su hermosa vecina no quiere honrar la mesa, pues apenas prueba bocado, repuso uno de los empleados.

María Clara se ruborizó,

— Doy gracias al señor... se ocupa demasiado de mi persona, balbuceó tímidamente, pero...

— Pero que la honra V. bastante con sola su asistencia, concluyó el galanté Alcalde, y volviéndose al P. Salví.

— Padre Cura, añadió en voz alta, noto que todo el día está V. R. callado y pensativo...

— ¡El Señor Alcalde es un terrible observador! exclama el P. Sibyla en un tono particular.

— Esa es mi costumbre, balbucea el franciscano; me gusta más oír que hablar.

— ¡V. R. atiende siempre á ganar y no perder! dice en tono de broma el alférez.

El P. Salví no tomó la cosa á broma: su mirada brilló un momento y replicó:

— ¡Ya sabe bien el señor alférez que estos días no soy yo el que más gana ó pierde!

El alférez disimuló el golpe con una falsa risa y no se dió por aludido.

— Pero, señores, yo no comprendo cómo se puede hablar de ganancias ó pérdidas, interviene el Alcalde; ¿qué pensarían de nosotros esas amables y discretas señoritas, que nos honran con su presencia? Para mí, las jóvenes son como las arpas éólicas en medio de la noche: hay que escucharlas y prestar atento oído, para que sus inefables armonías que elevan al alma á las celestiales esferas de lo infinito y de lo ideal...

— ¡V. E. está poetizando! dice alegremente el escribano, y ambos apuran la copa.

— No puedo menos, dice el Alcalde limpiándose los labios; la ocasión, si no siempre hace al ladrón, hace al poeta. En mi juventud compuse versos, y por cierto, no malos.

— ¡De modo que V. E. ha sido infiel á las Musas por seguir á Themis! dice enfáticamente nuestro mítico ó mitólogo corresponsal.

— ¡Psh! ¿qué quiere V.? Recorrer toda la escala social fué siempre mi sueño. Ayer recogía flores y entonaba cantos, hoy empuño la vara de la Justicia y sirvo á la Humanidad, mañana...

— Mañana arrojará V. E. la vara al fuego para calentarse con ella en el invierno de la vida y tomará una cartera de ministro, añade el P. Sibyla.

— ¡Psh! sí... no... ser ministro no es precisamente mi bello ideal: cualquier advenedizo lo llega á ser. Una villa en el Norte para pasar el verano, un hotel en Madrid y unas posesiones en Andalucía para el invierno... Viviremos acordándonos de nuestra querida Filipinas... De mí no dirá Voltaire: *Nous n'avons jamais été chez ces peuples que pour nous y enrichir et pour les calomnier.*

Los empleados creyeron que S. E. había dicho una gracia y se echaron á reír celebrándola; los frailes los imitaron pues no sabían que Voltaire era el *Voltaire* tantas veces maldecido

por ellos y puesto en el infierno. Sin embargo el P. Sibyla lo sabía y se puso serio, suponiendo que el Alcalde había dicho una heregía ó impiedad.

En el otro kiosko comían los niños, presididos por su maestro. Para ser chicos filipinos hacían bastante ruido, pues generalmente en la mesa y delante de otras personas pecan más de cortos que de sueltos. Tal que equivocaba el uso de los cubiertos era corregido por el vecino; de aquí surgía una discusión y ambos encontraban partidarios: quiénes decían la cuchara, quiénes el tenedor ó el cuchillo, y como no consideraban á nadie como una autoridad, allí se armaba la de Dios es Cristo ó, más claramente, una discusión de teólogos.

Los padres se guiñaban, se codeaban, se hacían señas y en sus sonrisas se podía leer que eran felices.

— ¡Ya! decía una campesina á un viejo que trituraba buyo en su *kalikut*; por más que mi marido no quiera, mi Andoy será sacerdote. Somos en verdad pobres, pero ya trabajaremos y si fuese necesario, pediremos limosna. No falta quien dé dinero para que los pobres puedan ordenarse. ¿No dice el Hermano Mateo, hombre que no miente, que el Papa Sixto era un pastor de karabaós en Batangas? ¡Pues, mirad á mi Andoy, miradle si no tiene ya la cara de S. Vicente!

Y á la buena madre se le hacia agua la boca viendo á su hijo coger el tenedor con ambas manos.

— ¡Dios ayude! añade el viejo mascando el sapá; si Andoy llega á ser Papa, nos iremos á Roma, jeje! todavía puedo andar bien. Y si me muero... jeje!

— ¡Perded cuidado, abuelo! Andoy no se olvidará de que le habéis enseñado á tejer cestos de caña y *dikines*.

— Tienes razón, Petra; yo también creo que tu hijo será gran cosa... cuando menos patriarca. ¡No he visto otro que en menos tiempo haya aprendido el oficio! Ya, ya se acordará de mí cuando Papa ú obispo se entretenga en hacer cestos para su cocinera. Ya dirá misas por mi alma, jeje!

Y el buen anciano, con esta esperanza, cargó de lleno su *kalikut* con mucho buyo.

— Si Dios oye mis ruegos y mis esperanzas se cumplen, diré á Andoy: Hijo, quítanos á todos los pecados y mándanos al Cielo. Ya no tendremos necesidad de rezar, ayunar, ni comprar bulas. ¡Quien tiene un hijo santo Papa ya puede cometer pecados!

— Enviale mañana á casa, Petra, dice entusiasmado el viejo; ¡le voy á enseñar á labrar el *niló*!

— ¡Hmjn! aba! ¿Qué os figuráis, abuelo? Pensáis que los

Papas mueven todavía las manos? ¡El cura, con ser no más que cura, sólo trabaja en la misa... cuando da vueltas! El arzobispo ya no da vueltas, dice la misa sentado; conquese el Papa... el Papa la dirá en la cama, con abanico! ¿Qué os figurabais?

— No está de más, Petra, que él sepa cómo se prepara el *nilò*. Bueno es que pueda vender salakots y petacas para no tener que pedir limosna como lo hace aquí todos los años el cura en nombre del Papa. Me da compasión ver un santo pobre y doy siempre todo lo que economizo.

Acercóse otro campesino diciendo:

— ¡Está decidido, *cumare*, mi hijo ha de ser doctor; no hay como ser doctor!

— ¡Doctor! callaos, *cumpare*, contesta la Petra; no hay como ser cura!

— ¿Cura? prr! cura? ¡El doctor cobra mucho dinero; los enfermos le veneran, *cumare*!

— ¡Por favor! El cura, con dar tres ó cuatro vueltas y decir *déminos pabiscum*, come á Dios y recibe dinero. Todos, hasta las mujeres le cuentan sus secretos!

— Y ¿el doctor? Pues ¿qué creéis que es el doctor? El doctor ve todo lo que tenéis las mujeres, tomo el pulso á las dalagas... ¡Yo sólo quisiera ser doctor una semana!

— Y ¿el cura? ¿acaso el cura no ve también lo que vuestro doctor? ¡Y todavía mejor! ya sabéis el refrán: gallina gorda y pierna redonda para el cura!

— ¿Pues qué? comen los médicos sardinas secas? se lastiman los dedos comiendo sal?

— ¿Se ensucia el cura la mano como vuestros médicos? Para eso tiene grandes haciendas, y cuando trabaja, trabaja con música y le ayudan los sacristanes!

— ¿Y el confesar, *cumare*? ¿No es un trabajo?

— ¡Vaya un trabajo! ¡Ya quisierais estar confesando á todo el mundo! Conquese trabajamos y sudamos para averiguar qué hacen los hombres y las mujeres, qué nuestros vecinos! El cura no hace más que sentarse, y todos se lo cuentan; á veces se duerme, pero suelta dos ó tres bendiciones y somos otra vez hijos de Dios! Ya quisiera yo ser cura en una tarde de cuaresma!

— Y ¿el... el predicar? eso no me diréis que no es trabajo. Ved sino, cómo sudaba esta mañana el cura grande! objetaba el hombre que sentía batirse en retirada.

— ¿El predicar? ¿Un trabajo el predicar? ¿Dónde tenéis el juicio? Ya quisiera yo estar hablando medio día, desde el púlpito, regañando y riñendo á todos, sin que ninguno se atreva á



replicar, y pagándome por ello todavía! ¡Ya quisiera yo ser cura no más que una mañana cuando estén oyendo misa los que me deben! Ved, ved no más al P. Dámaso cómo engorda de tanto reñir y pegar!

En efecto venía el P. Dámaso, con el andar de hombre gordo, medio sonriendo pero de una manera tan maligna que Ibarra al verle perdió el hilo de su discurso.

El P. Dámaso fué saludado, si bien con cierta extrañeza, pero con muestras de alegría por todos, menos por Ibarra. Estaban ya en los postres y el champaña espumaba en las copas.

La sonrisa del P. Dámaso se hizo nerviosa cuando vió á María Clara sentada á la derecha de Crisóstomo; pero, tomando una silla al lado del Alcalde, preguntó en medio de un silencio significativo:

— ¿Se hablaba de algo, señores? continúen Vds.!

— Se brindaba, contestó el Alcalde. El Sr. de Ibarra mencionaba á cuantos le habían ayudado en su filantrópica empresa y hablaba del arquitecto, cuando V. R...

— Pues yo no entiendo de arquitectura; interrumpió el P. Dámaso, pero me río de los arquitectos y de los bobos que á ellos acuden. Ahí está, yo tracé el plano de esa iglesia, y está construída perfectamente: así me lo dijo un joyero inglés que se hospedó un día en el convento. Para trazar un plano basta tener dos dedos de frente!

— Sin embargo, repuso el Alcalde viendo que Ibarra se callaba, cuando ya se trata de ciertos edificios, por ejemplo, como esta escuela, necesitamos un perito...

— ¡Qué perito ni qué peritas! exclama con burla el P. Dámaso. ¡Quien necesite de peritos es un perrito! Hay que ser más bruto que los indios, que se levantan sus propias casas, para no saber hacer construir cuatro paredes y ponerles un tapanco encima, que es todo una escuela!

Todos miraron hacia Ibarra, pero éste, si bien se puso pálido, siguió como conversando con María Clara.

— Pero considere V. R...

— Vea V., continúa el franciscano no dejando hablar al Alcalde, vea V. cómo un lego nuestro, el más bruto que tenemos, ha construido un hospital bueno, bonito y barato. Hacía trabajar bien y no pagaba más que ocho cuartos diarios á los que tenían aún que venir de otros pueblos. Ese sabía tratarlos, no como muchos chiflados y mesticillos, que los echan á perder pagándoles tres ó cuatro reales.

— ¡Dice V. R. que sólo pagaba ocho cuartos? ¡Imposible! trata el Alcalde de cambiar el curso de la conversación.

— Sí, señor, y eso debían imitar los que se precian de buenos españoles. Ya se ve, desde que el Canal de Suez se ha abierto, la corrupción ha venido acá. Antes, cuando teníamos que doblar el Cabo, ni venían tantos perdidos, ni iban allá otros á perderse!

— Pero, ¡P. Dámaso!...

— V. ya conoce lo que es el indio: tan pronto como aprende algo, se las echa de doctor. Todos esos mocosos que se van á Europa...

— Pero ¡oiga V. R.!... interrumpía el Alcalde que se inquietaba por lo agresivo de aquellas palabras.

— Todos van á acabar como merecen, continúa; la mano de Dios se ve en medio, se necesita estar ciego para no verlo. Ya en esta vida reciben el castigo los padres de semejantes vibras... se mueren en la cárcel ¡je! je! como si dijéramos, no tienen donde...

Pero no concluyó la frase. Ibarra, livido, le había estado siguiendo con la vista; al oír la alusión á su padre, se levantó y de un salto, dejó caer su robusta mano sobre la cabeza del sacerdote, que cayó de espaldas atontado.

Llenos de sorpresa y terror, ninguno se atrevió á intervenir.

— ¡Lejos! gritó el joven con voz terrible, y extendió su mano á un afilado cuchillo mientras sujetaba con el pie el cuello del fraile, que volvía de su atolondramiento; ¡el que no quiera morir que no se acerque!

Ibarra estaba fuera de sí: su cuerpo temblaba, sus ojos giraban en sus órbitas amenazadores. Fr. Dámaso, haciendo un esfuerzo, se levantó, pero él, cogiéndole del cuello le sacudió hasta ponerle de rodillas y doblarle.

— ¡Señor de Ibarra! Señor de Ibarra! balbucearon algunos.

Pero ninguno, ni el mismo alférez, se atrevía á acercarse viendo el cuchillo brillar, calculando la fuerza y el estado de ánimo del joven. Todos se sentían paralizados.

— ¡Vosotros, ahí! vosotros os habéis callado, ahora me toca á mí. Yo le he evitado, Dios me lo trae, ¡juzgue Dios!

El joven respiraba trabajosamente, pero con brazo de hierro seguía sujetando al franciscano, que en vano pugnaba por desasirse.

— Mi corazón late tranquilo, mi mano va segura...

Y mirando al rededor suyo, — Antes, ¿hay entre vosotros alguno, alguno que no haya amado á su padre, que haya odiado su memoria, alguno nacido en la vergüenza y la humillación?... ¿Ves? oyes ese silencio? Sacerdote de un Dios de paz, que tienes la boca llena de santidad y religión, y el corazón de mise-

rias, tú no debiste conocer lo que es un padre... ¡hubieras pensado en el tuyo! ¿Ves? Entre esa multitud que tú desprecias no hay uno como tú! Estás juzgado!

La gente que le rodeaba, creyendo que iba á cometer un asesinato, hizo un movimiento.

— ¡Lejos! volvió á gritar con voz amenazadora; ¿qué? teméis que manche mi mano en sangre impura? No os he dicho que mi corazón latía tranquilo? Lejos de nosotros! Oid, sacerdotes, jueces, que os creéis otros hombres y os atribuis otros derechos! Mi padre era un hombre honrado, preguntadlo á ese pueblo que venera su memoria. Mi padre era un buen ciudadano: se ha sacrificado por mí y por el bien de su país. Su casa estaba abierta, su mesa dispuesta para el extranjero ó el desterrado que acudía á él en su miseria! Era buen cristiano: siempre ha hecho el bien y jamás oprimió al desvalido, ni acongojó al miserable... A éste, le ha abierto las puertas de su casa, le ha hecho sentarse en su mesa y le ha llamado su amigo. ¿Cómo ha correspondido? Le ha calumniado, perseguido, ha armado contra él á la ignorancia, valiéndose de la santidad de su cargo, ha ultrajado su tumba, deshonrado su memoria y le ha perseguido en el mismo reposo de la muerte. Y, no contento con esto, ¡persigue al hijo ahora! Yo le he huido, he evitado su presencia... Vosotros le oisteis esta mañana profanar el púlpito, señalarle al fanatismo popular, y yo me he callado. Ahora viene aquí á buscarme querella; he sufrido en silencio con sorpresa vuestra, pero insulta de nuevo la más sagrada memoria para todos los hijos... Vosotros los que estáis aquí, sacerdotes, jueces, ¿visteis á vuestro anciano padre desvelarse trabajando para vosotros, separarse de vosotros para vuestro bien, morir de tristeza en una prisión, suspirando por poderos abrazar, buscando un ser que le consuele, solo, enfermo, mientras vosotros en el extranjero... ¿Oisteis después deshonrar su nombre, hallasteis su tumba vacía cuando quisisteis orar sobre ella? No? Os calláis, ¡luego le condenáis!

Levantó el brazo; pero una joven, rápida como la luz, se puso en medio y con sus delicadas manos detuvo el brazo vencedor: era María Clara.

Ibarra la miró con una mirada que parecía reflejar la locura. Poco á poco se aflojaron los crispados dedos de sus manos dejando caer el cuerpo del franciscano y el cuchillo, y cubriéndose la cara huyó al través de la multitud.

XXXV

COMENTARIOS

Pronto se divulgó el acontecimiento en el pueblo. Al principio nadie lo quería creer, pero, teniendo que ceder á la realidad, todos se deshacían en exclamaciones de sorpresa.

Cada uno según el grado de su elevación moral hacía sus comentarios.

— ¡El P. Dámaso está muerto! decían algunos; cuando le levantaron, tenía toda la cara bañada en sangre y no respiraba.

— ¡Descanse en paz, pero no ha hecho más que saldar su deuda! exclamaba un joven. Mirad que lo que ha hecho esta mañana en el convento no tiene nombre.

— ¿Qué ha hecho? ¿Ha vuelto á pegar al coadjutor?

— ¿Qué ha hecho? A ver! Cuéntenoslo.

— ¿Habéis visto esta mañana un mestizo español salir por la sacristía durante el sermón?

— ¡Sí! sí que le vimos. El P. Dámaso se fijó en él.

— Pues... después del sermón, le hizo llamar y le preguntó por qué había salido. «No entiendo el tagalo, Padre», contestó. «Y ¿por qué te has burlado diciendo que aquello era griego?» le gritó el P. Dámaso dándole un bofetón. El joven contestó, anduvieron los dos á puñetazos hasta que los separaron.

— Si me pasaba eso..., murmuró entre dientes un estudiante.

— No apruebo la acción del franciscano, repuso otro, pues la Religión no se debe imponer á nadie como un castigo ó una penitencia; pero casi lo celebro porque le conozco á ese joven, sé que es de S. Pedro Macati, y habla bien el tagalo. Ahora, quiere que le tengan por reciénvenido de Rusia y se honra con aparentar ignorar el idioma de sus padres.

— Entonces, ¡Dios los cría y ellos se pegan!

— Sin embargo debemos protestar contra el hecho, exclamaba otro estudiante; callarse sería asentir y lo sucedido puede repetirse en cualquiera de nosotros. ¡Volvemos á los tiempos de Nerón!

— ¡Te equivocas! le replicaba otro; Nerón era un gran artista y el P. Dámaso un pésimo predicador!

Los comentarios de las personas de edad eran otros.

Mientras esperaban la llegada del Capitán General en una casita fuera del pueblo, decía el gobernadorcillo:

— Decir quién tiene y quién no tiene razón, no es cosa fácil; sin embargo, si el señor Ibarra hubiese guardado más prudencia...

— ¿Si el P. Dámaso hubiese tenido la mitad de la prudencia del señor Ibarra, queríais decir probablemente? interrumpía D. Filipo. El mal está en que se han trocado los papeles; el joven se ha portado como un viejo, y el viejo como un joven.

— Y ¿decís que ninguno se movió, ninguno acudió á separarlos, fuera de la hija de Capitán Tiago? pregunta Capitán Martín. ¿Ninguno de los frailes, ni el Alcalde? Hm! Peor que *te* peor! No quisiera estar en la pelleja del joven. Nadie le podrá perdonar el haberle tenido miedo. ¡Peor que *te* peor, hm!

— ¿Lo creéis? pregunta con interés Capitán Basilio.

— Espero, dice D. Filipo cambiando con éste una mirada, que el pueblo no le ha de abandonar. Debemos pensar en lo que su familia ha hecho y en lo que está haciendo ahora. Y si acaso, acobardado, el pueblo se calla, sus amigos...

— Pero, señores, interrumpe el gobernadorcillo, ¿qué podemos hacer nosotros? qué puede el pueblo? Suceda lo que suceda, los frailes siempre tienen razón!

— Tienen *siempre* razón, porque nosotros *siempre* se la damos, contesta D. Filipo con impaciencia recargando el acento en la palabra «*siempre*»; démonosla una vez y entonces hablaremos!

El gobernadorcillo se rascó la cabeza y mirando al techo repuso con voz agría:

— ¡Ay! el calor de la sangre! Parece que no sabéis aún en qué país estamos; no conocéis á nuestros paisanos. Los frailes son ricos y están unidos, y nosotros divididos y pobres. Sí! tratad de defenderle y veréis cómo os dejan solo en el compromiso.

— Sí! exclama D. Filipo con amargura, eso sucederá, mientras se piense así, mientras miedo y prudencia sean sinónimos. Se atiende más á un mal eventual que al bien necesario; al instante se presenta el miedo y no la confianza; cada cual piensa en sí solo, nadie en los demás, por eso todos somos débiles!

— ¡Pues bien, pensad en los otros antes que en vos mismo y veréis cómo os dejan colgado! ¿No sabéis el refrán español: la caridad bien entendida empieza por sí mismo?

— ¡Mejor diríais, contesta exasperado el teniente mayor,

que la cobardía bien entendida empieza por el egoísmo y acaba por la vergüenza! Ahora mismo presento mi dimisión al Alcalde; harto estoy de pasar por ridículo sin ser á nadie útil... Adiós!

Las mujeres opinaban de otra manera.

— ¡Ay! suspiraba una mujer de expresión bondadosa; los jóvenes siempre serán así! Si viviese su buena madre, ¿qué diría? ¡Ay, Dios! Cuando pienso que otro tanto puede pasarle á mi hijo, que también tiene la cabeza caliente... ¡ay, Jesús! casi le tengo envidia á su difunta madre,... me moriría de pena!

— Pues yo no, contestaba otra mujer; no me daría pena si tal les pasase á mis dos hijos.

— ¿Qué decís, Capitana María? exclamaba la primera juntando las manos.

— Me gusta que los hijos defiendan la memoria de sus padres, Capitana Tinay; ¿qué diríais si un día, viuda, oyeseis hablar mal de vuestro marido, y vuestro hijo Antonio bajase la cabeza y se callase?

— ¡Yo le negaría mi bendición! exclama una tercera, la Hermana Rufa, pero...

— ¡Negarle la bendición, jamás! interrumpe la bondadosa Capitana Tinay, una madre no debe decir eso... pero, yo no sé lo que haría... no sé... creo que me moriría... le... no! Diós mío! pero no querría verle más... pero ¿qué pensamientos tenéis, Capitana María?

— Con todo, añadía Hermana Rufa, no hay que olvidar que es un gran pecado poner la mano sobre una persona sagrada.

— ¡La memoria de los padres es más sagrada! replica Capitana María. ¡Ninguno, ni el Papa, y menos el P. Dámaso puede profanar tan santa memoria!

— ¡Es verdad! murmuraba Capitana Tinay admirando la sabiduría de ambas; ¿de dónde sacáis tan buenas razones?

— Pero ¿y la excomunión y la condenación? replicaba la Rufa. ¿Qué son los honores y el buen nombre en esta vida si en la otra nos condenamos? Todo pasa pronto... pero la excomunión... ultrajar á un ministro de Jesucristo... jeso no lo perdona nadie más que el Papa!

— ¡Lo perdonará Dios que manda honrar padre y madre; Dios no le excomulgará! Y yo os digo; si ese joven viene á mi casa, yo le recibo y hablo con él; si tuviese una hija, le querría por yerno: el que es buen hijo será buen marido y buen padre, creedlo, Hermana Rufa!

— Pues yo no pienso así; decid lo que queráis, y aunque parezca que tengáis razón, siempre le creeré más al cura. Ante todo, salvo yo mi alma, ¿qué decís, Capitana Tinay?

— ¡Ah! qué queréis que diga! Ambas tenéis razón; el cura la tiene, pero Dios también la debe tener! Yo no sé, no soy más que una tonta... Lo que voy á hacer es decirle á mi hijo que no estudie más! dicen que los sabios mueren ahorcados! María Santísima! mi hijo que quería ir á Europa!

— ¿Qué pensáis hacer?

— Decirle que se quede á mi lado, ¿para qué saber más? Mañana ó pasado nos morimos, muere el sabio como el ignorante... la cuestión es vivir en paz.

Y la buena mujer suspiraba y levantaba los ojos al cielo.

— Pues yo, decía gravemente la Capitana María, si fuese rica como vos, dejaba que mis hijos viajasen: son jóvenes y deben un día ser hombres... yo ya he de vivir poco... nos veríamos en la otra vida... los hijos deben aspirar á ser algo más que sus padres, y en nuestros senos sólo les enseñamos á ser niños.

— ¡Ay, qué pensamientos tan raros tenéis! exclamaba espantada la Capitana Tinay, juntando las manos; parece que no habéis parido con dolor á vuestros gemelos!

— Por lo mismo que los he parido con dolor, criado y educado á pesar de nuestra pobreza, no quiero que después de tantas fatigas como me han costado, sean no más que medio hombres...

— ¡Me parece que no amáis á vuestros hijos como Dios manda! dice en tono algo severo Hermana Rufa.

— Perdonad, cada madre ama á sus hijos á su manera: unas los aman para sí, otras por sí, y algunas para ellos mismos. Yo soy de estas últimas, mi marido así me lo ha enseñado.

— Todos vuestros pensamientos, Capitana María, dice la Rufa como predicando, son poco religiosos: haceos Hermana del Smo. Rosario, de S. Francisco, de Sta. Rita ó Sta. Clara!

— ¡Hermana Rufa, cuando sea digna hermana de los hombres, trataré de ser hermana de los santos! contestaba sonriendo.

Para acabar con este capítulo de comentarios, y para que los lectores vean siquiera de paso qué pensaban del hecho los sencillos campesinos, nos iremos á la plaza, donde bajo el entoldado conversan algunos, uno de los cuales, conocido nuestro, es el hombre que soñaba en los doctores de Medicina.

— ¡Lo que más siento, decía éste, es que la escuela ya no se termina!

— ¿Cómo? cómo? preguntan los circunstantes con interés.

— ¡Mi hijo ya no será doctor sino carretero! Nada! Ya no habrá escuela!

— ¿Quién dice que ya no habrá escuela? pregunta un rudo y robusto aldeano de anchas quijadas y estrecho cráneo.

— ¡Yo! Los Padres blancos han llamado á Don Crisóstomo *plibastiero*. ¡Ya no hay escuela!

Todos se quedaron preguntándose con la mirada. El nombre era nuevo para ellos.

— Y ¿es malo ese nombre? se atreve al fin á preguntar el rudo aldeano.

— ¡Lo peor que un cristiano puede decir á otro!

— ¿Peor que *laranlado* y *saragate*?

— ¡Si no fuese más que eso! Me han llamado varias veces así, y ni siquiera me ha dolido el estómago.

— ¡Vamos, no será peor que *indio*, que dice el alférez!

El que va á tener un hijo carretero se pone más sombrío; el otro se rasca la cabeza y piensa.

— ¡Entonces será como *betelapora* que dice la vieja del alférez! Peor que eso es escupir en la hostia.

— Pues, peor que escupir en la hostia en Viernes santo, contestaba gravemente. Ya os acordáis de la palabra *ispichoso*, que bastaba aplicar á un hombre para que los civiles de Villa-Abrille se le llevasen al destierro ó á la cárcel: pues, *plebestiero* es mucho peor. Según decían el telegrafista y el directorcillo, *plibestiro* dicho por un cristiano, un cura ó un español á otro cristiano como nosotros parece *santusdeus* con *requimilernam*: si te llaman una vez *plibustiero*, ya puedes confesarte y pagar tus deudas pues no te queda más remedio que dejarte ahorcar. Ya sabes si el directorcillo y el telegrafista deben estar enterados: el uno habla con alambres y el otro sabe español y no maneja más que la pluma.

Todos estaban aterrados.

— ¡Que me obliguen á ponerme zapatos y no beber en toda mi vida más que esa orina de caballo que llaman cerveza, si alguna vez me dejo llamar *pelbistero*! jura cerrando sus puños el aldeano. ¿Quién? Yo, rico como D. Crisóstomo, sabiendo el español como él, y pudiendo comer aprisa con cuchillo y cuchara, me río de cinco curas!

— ¡Al primer civil que vea yo robando gallinas le llamo *palabistiero*... y me confesaré en seguida! murmura en voz baja alejándose del grupo uno de los campesinos.



XXXVI

LA PRIMERA NUBE

En casa de Capitán Tiago no reinaba menos confusión que en la imaginación de la gente. María Clara no hacía más que llorar y no escuchaba las palabras de consuelo de su tía y de Andeng, su hermana de leche. Le había prohibido su padre que hablase con Ibarra hasta tanto que los sacerdotes no le absolviesen de la excomunión.

Capitán Tiago, que estaba muy ocupado preparando su casa para recibir dignamente al Capitán General, había sido llamado al convento.

— No llores, hija, decía tía Isabel pasando la gamuza sobre las brillantes lunas de los espejos; ya le retirarán la excomunión, ya escribirán al Santo Papa... haremos una grande limosna... El P. Dámaso no ha tenido más que un desmayo... no ha muerto!

— No llores, le decía Andeng en voz baja; ya haré yo que le hables; ¿para qué han hecho los confesonarios sino es para pecar? ¡Todo se perdona con decirselo al cura!

Por fin, Capitán Tiago volvió. Ellas buscaron en su cara la respuesta á muchas preguntas; pero la cara de Capitán Tiago anunciaba el desaliento. El pobre hombre sudaba, se pasaba la mano por la frente y no conseguía articular una palabra.

— ¿Qué hay, Santiago? pregunta ansiosa la tía Isabel.

Este contesta con un suspiro, enjugándose una lágrima.

— ¡Por Dios, habla! ¿Qué pasa?

— ¡Lo que yo ya me temía! prorrumpe al fin medio llorando. Todo está perdido! El P. Dámaso manda que rompa el compromiso, de lo contrario me condeno en esta vida y en la otra! Todos me dicen lo mismo, hasta el P. Sibyla! Debo cerrarle las puertas de mi casa y... ¡le debo más de cincuenta mil pesos! He dicho esto á los Padres pero no han querido hacerme caso: ¿Qué prefieres perder, me decían, cincuenta mil pesos ó tu vida y tu alma? ¡Ay, San Antonio! si lo hubiese sabido, si lo hubiese sabido!

María Clara sollozaba.

— No llores, hija mía, añadía volviéndose á ésta; tú no eres como tu madre que no lloraba nunca... no lloraba más que por

antojos... El P. Dámaso me ha dicho que ha llegado ya un pariente suyo de España... y te lo destina por novio...

María Clara se tapó los oídos.

— Pero, Santiago ¿estás loco?, le gritó tia Isabel; ¡hablarle de otro novio ahora! ¿Crees que tu hija muda de novios como de camisa?

— Eso mismo pensaba yo, Isabel; Don Crisóstomo es rico... los españoles sólo se casan por amor al dinero... pero ¿quieres que haga? Me han amenazado con otra excomunión... dicen que corre gran peligro no sólo mi alma sino también el cuerpo... el cuerpo, ¿oyes? ¡el cuerpo!

— ¡Pero tú no haces más que desconsolar á tu hija! ¿No es amigo tuyo el arzobispo? ¿Por qué no le escribes?

— El arzobispo también es fraile, el arzobispo no hace más que lo que los frailes le dicen. Pero, María, no llores; vendrá el Capitán General, querrá verte y tus ojos estarán encarnados... ¡Ay! yo que pensaba pasar una tarde feliz... sin esta gran desgracia sería el más feliz de los hombres y todos me tendrían envidia... ¡Cálmate, hija mía; yo soy más desgraciado que tú y no lloro! Tú puedes tener otro novio mejor, pero yo, yo pierdo cincuenta mil pesos! Ay, Virgen de Antipolo, si esta noche al menos tuviese suerte!

Detonaciones, rodar de coches, galope de caballos, música tocando la Marcha real anunciaron la llegada de S. E. el Gobernador General de las Islas Filipinas. María Clara corrió á esconderse en su alcoba... ¡pobre joven! juegan con tu corazón groseras manos que no conocen sus delicadas fibras.

Mientras la casa se llenaba de gente, y fuertes pasos, voces de mando, ruidos de sables y espuelas resonaban por todas partes, la atribulada joven yacía medio arrodillada delante de una estampa de la Virgen, que la representaba en aquella actitud de dolorosa soledad, sólo sentida por Delaroche, como si la hubiese sorprendido al volver del sepulcro de su Hijo. María Clara no pensaba en el dolor de aquella madre, pensaba en el suyo propio. Con la cabeza doblada sobre el pecho y las manos apoyadas contra el suelo, parecía el tallo de una azucena doblado por la tempestad. ¡Un porvenir soñado y acariciado durante años, cuyas ilusiones, nacidas en la infancia y crecidas con la juventud, daban forma á las células de su organismo, querer borrarlo ahora, con una sola palabra, de la mente y del corazón! Tanto valía paralizar los latidos de uno y privar á la otra de su luz!

María Clara era tan buena y piadosa cristiana como amante hija. No sólo le arredraba la excomunión: el mandato y la ame-

nazada tranquilidad de su padre le exigían ahora el sacrificio de sus amores. Sentía ella toda la fuerza de aquel afecto que hasta entonces no sospechaba. Era una vez un río que se deslizaba mansamente; fragantes flores alfombraban sus orillas, y su lecho lo formaba fina arena. Su corriente apenas rizaba el viento; habríase dicho al verle que se remansaba. Pero de repente se estrecha el cauce, ásperas rocas le cierran el paso, añosos troncos se atraviesan formando dique, ah! entonces ruge el río, se levanta, hierven las olas, sacude penachos de espuma, bate las rocas y se lanza al abismo!

Quería orar, pero ¿quién ora en la desesperación? Se ora cuando se espera, y cuando no y nos dirigimos á Dios, sólo exhalamos quejas. — « ¡Dios mío! gritaba su corazón, ¿por qué separar así á un hombre, por qué negarle el amor de los demás? Tú no le niegas tu sol, ni tu aire, ni le ocultas la vista de tu cielo ¿por qué negarle el amor, cuando sin cielo, sin aire y sin sol se puede vivir, pero sin amor jamás?»

¿Llegarían al trono de Dios esos gritos que no oyen los hombres? los oiría la Madre de los desgraciados?

¡Ay! la pobre joven, que no había conocido una madre, se atrevía á confiar estos pesares que causan los amores de la tierra á aquel corazón purísimo que sólo había conocido el amor de hija y el de madre: ella en sus tristezas acudía á esa imagen divinizada de la mujer, la idealización más hermosa de la más ideal de las criaturas, á esa creación poética del Cristianismo, que reúne en sí los dos más bellos estados de la mujer, virgen y madre, sin tener sus miserias, que llamamos María.

— ¡Madre, Madre! gemía.

Tía Isabel vino á sacarla de su dolor. Habían llegado algunas amigas y el Capitán General deseaba hablarla.

— ¡Tía, decid que estoy enferma! suplicó la joven espantada; me van á hacer tocar el piano y cantar!

— Tu padre lo ha prometido, ¿vas á poner feo á tu padre?

María Clara se levantó, miró á su tía, retorcióse los hermosos brazos y balbucoó:

— ¡Oh! si tuviese yo...

Pero no concluyó su frase y empezó á arreglarse.

XXXVII

SU EXCELENCIA

— ¡Deseo hablar con ese joven! decía S. E. á un ayudante; ha despertado todo mi interés.

— Ya han ido á buscarle, mi general! Pero aquí hay un joven de Manila que pide con insistencia ser introducido. Le hemos dicho que V. E. no tenía tiempo y que no había venido para dar audiencias, sino para ver el pueblo y la procesión, pero ha contestado que V. E. siempre tiene tiempo disponible para hacer justicia...

S. E. se vuelve al Alcalde, maravillado.

— Si no me engaño, contesta éste haciendo una ligera inclinación, es el joven que esta mañana ha tenido una cuestión con el P. Dámaso con motivo del sermón.

— ¿Aun otra? Se ha propuesto ese fraile alborotar la provincia, ó cree que él manda aquí? ¡Decid al joven que pase!

S. E. se pasea nervioso de un extremo á otro de la sala.

En la antesala había varios españoles, mezclados con militares y autoridades del pueblo de S. Diego y de los vecinos; agrupados en corros conversaban ó disputaban. Encontrábanse también ahí los frailes todos, menos el P. Dámaso, y querían pasar para presentar sus respetos á S. E.

— ¡S. E. el Capitán General suplica á VV. RR. que se esperen un momento, dice el ayudante; ¡pase V., joven!

Aquel manileño que confundía el griego con el tagalo entró en la sala pálido y tembloroso.

Todos estaban llenos de sorpresa: muy irritado debía estar S. E. para atrevérse á hacer esperar á los frailes. El P. Sibyla decía:

— ¡Yo no tengo nada que decirle... aquí pierdo tiempo!

— Digo lo mismo, añade un agustino; ¿nos vamos?

— ¿No sería mejor que averiguásemos cómo piensa? pregunta el P. Salví; evitaríamos un escándalo... y... podríamos recordarle... sus deberes para con... la Religión...

— ¡VV. RR. pueden pasar si gustan! dice el ayudante conduciendo al joven que no entendía el griego, que ahora sale con un rostro en que brilla la satisfacción.

Fr. Sibyla entró el primero; detrás venían el P. Salvi, el P. Manuel Martín y los otros religiosos. Saludaron humildemente menos el P. Sibyla que conservó, aun en la inclinación, un cierto aire de superioridad; el P. Salvi por el contrario casi dobló la cintura.

— ¿Quién de VV. RR. es el P. Dámaso? preguntó de improviso S. E. sin hacerles sentar, ni interesarse por su salud, sin dirigirles las frases lisonjeras á que estaban acostumbrados tan altos personajes.

— ¡El P. Dámaso no está, señor, entre nosotros! contestó casi con el mismo acento seco el P. Sibyla.

— Yace en cama enfermo el servidor de V. E., añade humildemente el P. Salvi; después de tener el placer de saludarle y enterarnos de la salud de V. E., como cumple á todos los buenos servidores del Rey y á toda persona de educación, veníamos también en nombre del respetuoso servidor de V. E. que tiene la desgracia...

— ¡Oh! interrumpe el Capitán General haciendo girar una silla sobre un pie y sonriendo nerviosamente, si todos los servidores de mi excelencia fuesen como su reverencia, el P. Dámaso, preferiría servir yo mismo á mi excelencia!

Las Reverencias que ya estaban parados corporalmente, se lo quedaron también en espíritu ante esta interrupción.

— ¡Tomen asiento VV. RR.! añadió después de una breve pausa dulcificando un poco su tono.

Capitán Tiago iba de frac y andaba de puntillas; conducía de la mano á María Clara, que entró vacilante y llena de timidez. No obstante hizo un gracioso y ceremonioso saludo.

— ¿Es la señorita hija de V.? preguntó sorprendido el Capitán General.

— ¡Y de V. E., mi General! contestó Capitán Tiago seriamente.

El Alcalde y los ayudantes abrieron los ojos, pero S. E. sin perder la gravedad, tendió la mano á la joven y le dijo afablemente:

— ¡Felices los padres que tienen hijas como V., señorita! me han hablado de V. con respeto y admiración... he deseado verla para darle las gracias por el hermoso acto que ha llevado á cabo este día. Estoy enterado de *todo*, y cuando escriba al Gobierno de S. M. no olvidaré su generoso comportamiento. Entretanto, permítame V., señorita, que en nombre de S. M. el Rey que aquí represento y que ama la *paz y tranquilidad* de sus fieles súbditos, y en el mío, en el de un padre que también tiene hijas de su edad de V., le dé las más expresivas gracias y la proponga para una recompensa!

— ¡Señor...! contestó temblorosa María Clara.

S. E. adivinó lo que ella quería decir y repuso:

— Está muy bien, señorita, que V. se contente con su conciencia y con la estimación de sus conciudadanos: á fe que es el mejor premio, y nosotros no debíamos pedir más. Pero no me prive V. de una hermosa ocasión para hacer ver que si la Justicia sabe castigar, también sabe premiar y que no siempre es ciega.

Todas las palabras en letra cursiva habían sido pronunciadas de un modo más significativo y en voz más alta.

— ¡El señor Don Juan Crisóstomo Ibarra guarda las órdenes de V. E.! dijo en voz alta un ayudante.

María Clara se estremeció.

— ¡Ah! exclamó el Capitán General, permítame V., señorita, que le exprese el deseo de volverla á ver antes de dejar este pueblo: tengo aún que decirle cosas muy importantes. Señor Alcalde, V. S. me acompañará durante el paseo, que quiero hacer á pie, después de la conferencia que tendré á solas con el señor Ibarra!

— V. E. nos permitirá que le advirtamos, dijo el P. Salví humildemente, que el Sr. Ibarra está excomulgado...

S. E. le interrumpió diciendo:

— Me alegra mucho no tener que deplorar más que el estado del P. Dámaso, á quien le deseo *sinceramente* una *curación completa*, porque á su edad un *viaje á España* por motivos de salud no debe ser muy agradable. Pero esto depende de él... y entretanto ¡que Dios les conserve la salud á Vuestras Reverencias!

Unos y otros se retiraron.

— Y ¡tanto que depende de él! murmura al salir el Padre Salví.

— ¡Veremos quién hará más pronto el viaje! añadió otro franciscano.

— ¡Me voy ahora mismo! dice despechado el P. Sibyla.

— ¡Y nosotros á nuestra provincia! dijeron los agustinos.

Unos y otros no podían sufrir que por culpa de un franciscano S. E. los haya recibido friamente.

En la antesala se encontraron con Ibarra, su anfitrión de hace algunas horas. No se cambiaron ningún saludo pero sí miradas que decían muchas cosas.

El Alcalde, por el contrario, cuando ya los frailes habían desaparecido, le saludó y le tendió la mano familiarmente, pero la llegada del ayudante que buscaba al joven no dió lugar á ninguna conversación.

En la puerta se encontró con María Clara: las miradas de ambos se dijeron también muchas cosas, pero bien diferentes de las que hablaron los ojos de los frailes.

Ibarra vestía de riguroso luto. Presentóse sereno y saludó profundamente, sin embargo de que la visita de los frailes no le parecía de buen augurio.

El Capitán General se adelantó hacia él algunos pasos.

— Tengo suma satisfacción, señor Ibarra, al estrechar su mano. Permitame V. que le reciba en el seno de la confianza.

S. E., en efecto, contemplaba y examinaba al joven con marcado contento.

— ¡Señor... tanta bondad...!

— Su sorpresa de V. me ofende, me significa que no esperaba de mí un buen recibimiento: ¡esto es dudar de mi justicia!

— Una amistosa acogida, señor, para un insignificante súbdito de S. M. como yo, no es justicia, es un favor.

— ¡Bien, bien! dice S. E. sentándose y señalándole un asiento, déjenos V. gozar un rato de expansión; estoy muy satisfecho de su conducta y ya le he propuesto al Gobierno de S. M. para una condecoración por el filantrópico pensamiento de erigir una escuela... Si V. se me hubiese dirigido, yo habría presenciado con placer la ceremonia y acaso le habría evitado un disgusto.

— El pensamiento me parecía tan pequeño, contestó el joven, que no lo creía bastante digno para distraer la atención de V. E. de sus numerosas ocupaciones; además, mi deber era dirigirme antes á la primera autoridad de mi provincia.

S. E. movió la cabeza con aire satisfecho y adoptando cada vez un tono más familiar, continuó:

— En cuanto al disgusto que V. ha tenido con el P. Dámaso, no guarde ni temor ni rencores: no se le tocará un pelo de su cabeza, mientras yo gobierne las Islas; y por lo que respecta á la excomunión, ya hablaré con el Arzobispo, porque es menester que nos amoldemos á las circunstancias: aquí no podríamos reírnos de estas cosas en público como en la Península ó en la culta Europa. Con todo, sea V. en lo sucesivo más prudente; V. se ha colocado frente á frente de las Corporaciones religiosas que, por su significación y su riqueza, necesitan ser respetadas. Pero yo le protegeré á V. porque me gustan los buenos hijos, me gusta que se honre la memoria de los padres; yo también he amado á los míos y ¡vive Dios! no sé lo que habría hecho en su lugar...

Y cambiando rápidamente de conversación, preguntó:

— Me han dicho que V. viene de Europa; ¿estuvo V. en Madrid?

— Sí, señor, algunos meses.

— ¿Oyó V. acaso hablar de mi familia?

— Acababa V. E. de partir cuando tuve el honor de ser presentado á ella.

— Y ¿cómo entonces se vino V. sin traerme ninguna recomendación?

— Señor, contestó Ibarra inclinándose, porque no vengo directamente de España, y porque, habiéndome hablado del carácter de V. E., he creído que una carta de recomendación no sólo sería inútil, sino hasta ofensiva: los filipinos todos le estamos recomendados.

Una sonrisa se dibujó en los labios del viejo militar, que repuso lentamente como midiendo y pesando sus palabras:

— Me lisonjea que V. piense así, y... ¡así debía ser! Sin embargo, joven, V. debe saber qué cargas pesan sobre nuestros hombros en Filipinas. Aquí, nosotros, viejos militares, tenemos que hacerlo y serlo todo: Rey, Ministro de Estado, de Guerra, de Gobernación, de Fomento, de Gracia y Justicia, etc.; y lo peor aún es que para cada cosa tenemos que consultar á la lejana Madre Patria, que aprueba ó rechaza, según las circunstancias, ¡á veces á ciegas! nuestras propuestas. Y ¡decimos los españoles: el que mucho abarca poco aprieta! Venimos además generalmente conociendo poco el país y le dejamos cuando le empezamos á conocer. — Con V. puedo franquearme, pues sería inútil aparentar otra cosa. Así que, si en España donde cada ramo tiene su ministro, nacido y criado en la misma localidad, donde hay Prensa y Opinión; donde la oposición franca abre los ojos al Gobierno y le ilustra, anda todo imperfecto y defectuoso, es un milagro que aquí no esté todo revuelto, careciendo de aquellas ventajas y viviendo y maquinando en las sombras una más poderosa oposición. Buena voluntad no nos falta á los gobernantes, pero nos vemos obligados de valer nos de ojos y brazos ajenos, que por lo común no conocemos, y que acaso en vez de servir á su país, sólo sirven á sus propios intereses. Esto no es culpa nuestra, es de las circunstancias; los frailes nos ayudan no poco á salir del paso, pero no bastan ya... V. me inspira interés y desearía que la imperfección de nuestro actual sistema gubernamental no le perjudicase en nada... yo no puedo velar por todos, ni todos pueden acudir á mí. ¿Puedo serle á V. útil en algo, tiene V. algo que pedir?

Ibarra reflexionó.

— Señor, contestó, mi mayor deseo es la felicidad de mi país, felicidad que quisiera se debiese á la Madre Patria y al esfuerzo de mis conciudadanos, unidos una y otros con eternos



lazos de comunes miras y comunes intereses. Lo que pido, sólo puede darlo el Gobierno después de muchos años de trabajo continuo y reformas acertadas.

S. E. le miró por algunos segundos con una mirada que Ibarra sostuvo con naturalidad.

— ¡Es V. el primer hombre con quien hablo en este país! exclamó tendiéndole la mano.

— V. E. sólo ha visto á los que se arrastran en la ciudad, no ha visitado las calumniadas cabañas de nuestros pueblos: V. E. habría podido ver verdaderos hombres si para ser hombre basta tener un generoso corazón y costumbres sencillas.

El Capitán General se levantó y se puso á pasear de un lado á otro de la sala.

— Señor Ibarra, exclamó parándose de repente, — el joven se levantó; — acaso dentro de un mes parta; su educación de V. y su modo de pensar no son para este país. Venda V. cuanto posee, arregle su maleta y véngase conmigo á Europa: aquel clima le sentaría mejor.

— ¡El recuerdo de la bondad de V. E. lo conservaré mientras viva! contestó Ibarra algo conmovido; pero debo vivir en el país donde han vivido mis padres...

— ¡Donde han muerto, diría V. más exactamente! Créame, acaso conozca su país mejor que V. mismo... Ah! ahora me acuerdo, exclamó cambiando de tono, V. se casa con una adorable joven, y le estoy deteniendo aquí! Vaya V., vaya V. al lado de ella y para mayor libertad envíeme al padre, añadió sonriendo. No se olvide V., sin embargo, de que quiero que me acompañe á paseo.

Ibarra saludó y se alejó.

S. E. llamó á su ayudante.

— ¡Estoy contento! dijo dándole ligeras palmadas en el hombro; hoy he visto por primera vez cómo se puede ser buen español sin dejar de ser buen filipino y amar á su país; hoy les he demostrado al fin á las *reverencias* que no todos somos juguetes suyos: este joven me ha proporcionado la ocasión y pronto habré saldado todas mis cuentas con el fraile! Lástima que ese joven algún día ú otro... pero, llámame al Alcalde!

Este se presentó inmediatamente.

— Señor Alcalde, le dijo al entrar, para evitar que se repitan *escenas*, como las que V. S. esta siesta ha *presenciado*, *escenas* que deploro porque *desprestigian* al Gobierno y á los españoles todos, me permito recomendarle *eficazmente* al señor Ibarra, para que no sólo le facilite los medios de llevar á cabo sus patrióticos fines, sino también evite que en adelante le mo-

lesten personas de cualquier clase que fueren y bajo cualquier pretexto.

El Alcalde comprendió la reprimenda y se inclinó para ocultar su turbación.

— Haga V. S. decir lo mismo al alférez que aquí manda la sección, y averigüe si es verdad que este señor tiene ocurrencias propias que no dicen los reglamentos: he oído sobre esto más de una queja.

Capitán Tiago se presentó tieso y planchado.

— D. Santiago, le dijo S. E. en tono afectuoso, hace poco le felicitaba á V. por la dicha de tener una hija como la señorita de los Santos; ahora le felicito por su futuro yerno: la más virtuosa de las hijas es digna seguramente del mejor ciudadano de Filipinas. ¿Se puede saber cuándo es la boda?

— ¡Señor!... balbucea Capitán Tiago y se limpia el sudor que corría por su frente.

— ¡Vamos, veo que aun no hay nada definitivo! Si faltan padrinos, tendré sumo gusto en ser uno de ellos. ¡Es para quitar el mal gusto que me han dejado tantas bodas como hasta aquí he apadrinado! añadió dirigiéndose al Alcalde.

— ¡Sí, señor! contestó Capitán Tiago con una sonrisa que inspiraba compasión.

Ibarra fué casi corriendo en busca de María Clara: tenía tantas cosas que decirle y contarle. Oyó alegres voces en una de las habitaciones y llamó ligeramente á la puerta.

— ¿Quién llama? pregunta María Clara.

— ¡Yo!

Las voces callaron y la puerta... no se abrió.

— Soy yo, ¿puedo entrar?, pregunta el joven cuyo corazón latía violentamente.

El silencio continuó. Segundos después unos ligeros pasos se acercaron á la puerta y la alegre voz de Sinang murmuró al través del agujero de la cerradura:

— Crisóstomo, vamos al teatro esta noche; escribe lo que tengas que decirle á María Clara.

Y los pasos volvieron á alejarse, rápidos como vinieron.

— ¿Qué quiere esto decir? murmuraba Ibarra pensativo alejándose lentamente de la puerta.

## XXXVIII

### LA PROCESIÓN

A la noche y encendidos ya todos los faroles de las ventanas, salió por cuarta vez la procesión al repique de las campanas y las consabidas detonaciones.

El Capitán General, que había salido á pie en compañía de sus dos ayudantes, Capitán Tiago, el Alcalde, el alférez é Ibarra, precedidos por guardias civiles y autoridades que abrían paso y despejaban el camino, fué invitado á ver pasar la procesión en casa del Gobernadorcillo, que había hecho levantar delante un tablado, para que se recitara una *loa* en honor del Santo Patrón.

Ibarra hubiera renunciado gustoso á oír esta composición poética y preferido ver la procesión en casa de Capitán Tiago, donde María Clara se había quedado con sus amigas, pero S. E. quería oír la loa y no tuvo más remedio que consolarse con la idea de verla en el teatro.

Principiaba la procesión con los ciriales de plata, llevados por tres enguantados sacristanes; seguían los chicos de la escuela, acompañados del maestro; después los muchachos con los faroles de papel, de forma y colores varios, puestos en el extremo de una caña más ó menos larga y adornada según el capricho del muchacho, pues que esta iluminación la costeaba la niñez de los barrios. Cumplen gustosos con este deber, impuesto por el *matandá sa náyon*; cada cual imagina y compone su farol, su fantasía lo adorna con más ó menos perendengues y banderitas, atendiendo también al estado del bolsillo, y lo ilumina con un cabo de vela si tiene un amigo ó pariente sacristán, ó compra una candelita roja que los chinos usan ante sus altares.

En medio iban y venían alguaciles, tenientes de justicia, para cuidar de que las filas no se rompan ni se aglomere la gente, y para ello se valen de sus varas, con cuyos golpes, dados convenientemente y con cierta fuerza, procuran contribuir á la gloria y brillantez de las procesiones para edificación de las almas y lustre de las pompas religiosas.

A la vez que los alguaciles reparten gratis estos santificados bejucazos, otros, para consolar á los azotados, distribuyen cirios y velas de diferentes tamaños, gratis también.

— Señor Alcalde, dice Ibarra en voz baja ¿se dan esos golpes en castigo de los pecados ó sólo por gusto?

— ¡Tiene V. razón, señor Ibarra! contesta el Capitán General que oyó la pregunta; este espectáculo... bárbaro extraña á todo el que viene de otros países. Convendría prohibirlo.

Sin poderse explicar el por qué, el primer santo que aparece es San Juan Bautista. Al verle se diría que la fama del primo de N. S. no andaba muy bien puesta entre la gente; verdad es que tenía pies y piernas de doncella y cara de anacoreta, pero iba en unas viejas andas de madera y le obscurecían unos cuantos chicos, armados de sus faroles de papel no encendidos, pegándose disimuladamente unos á otros.

— ¡Desgraciado! murmuró el filósofo Tasio que presenciaba la procesión desde la calle; ¡no te vale ser el precursor de la Buena Nueva, ni el haberse Jesús inclinado ante ti! no te vale tu gran fe ni tu austeridad, ni el morir por la verdad y tus convicciones: todo esto lo olvidan los hombres, cuando no se cuenta más que con los méritos propios! Más vale predicar mal en las iglesias que ser la elocuente voz que clama en el desierto, esto te enseña Filipinas. Si hubieses comido pavo en vez de langostas, usado vestidos de seda en vez de pieles, si te hubieses afiliado á una Corporación...

Pero el viejo suspendió su apóstrofe pues venía S. Francisco.

— ¿No lo decía? continuó sonriendo sarcásticamente; éste va en carro y ¡Santo Dios, qué carro! cuántas luces y cuántos faroles de cristal! nunca te viste rodeado de tantas lumbreras, Giovanni Bernardone! Y ¡qué música! ¡Otras melodías dejaron oír tus hijos después de tu muerte! Pero, venerable y humilde fundador, si resucitas ahora, no verás sino degenerados Eliases de Cortona, y si te reconocen tus hijos, te encierran y acaso participes de la suerte de Cesario de Speyer!

Detrás de la música venía un estandarte que representaba al mismo santo pero con siete alas, llevado por los Hermanos Terceros, vistiendo el hábito de guingón y rezando en alta y lastimera voz. — Sin saberse la causa de ello, venía Sta. María Magdalena, hermosísima imagen con abundante cabellera, pañuelo de piña bordado entre los dedos cubiertos de anillos, y traje de seda adornada de planchas de oro. Luces é incienso la rodeaban; veíanse sus lágrimas de vidrio reflejar los colores de las luces de Bengala, que daban á la procesión aspecto fantástico, así que la santa pecadora lloraba ora verde, ora rojo, ora azul, etc. Las casas no principiaban á encender estas luces sino cuando pasaba S. Francisco; S. Juan Bautista no gozaba de estos honores y pasaba deprisa, avergonzado de ir el único ves-

tido de pieles entre tanta gente cubierta de oro y piedras preciosas.

— ¡Allí va nuestra santa! dice la hija del gobernadorcillo á sus visitas; le he prestado mis anillos, pero es para ganar el cielo.

Los alumbrantes deteníanse alrededor del tablado para oír la loa, los santos hacían lo mismo: ellos ó sus portadores querían oír versos. Los que cargaban á S. Juan, cansados de esperar, se sentaron en cuclillas y convinieron en dejarle en el suelo.

— Puede regañarse el alguacil, objetó uno.

— ¡Jes! en la sacristía le dejan en un rincón entre telarañas!...

Y S. Juan, una vez en el suelo, llegó á ser como gente del pueblo.

A partir de la Magdalena vienen las mujeres, sólo que en vez de empezar por las niñas, como entre los hombres, venían primero las viejas cerrando las solteras la procesión hasta el carro de la Virgen, detrás del cual venía el cura bajo su palio. Esta costumbre la tenían del P. Dámaso que decía: «A la Virgen le gustan las jóvenes y no las viejas», lo que hacía poner mala cara á muchas beatas pero no cambiar el gusto de la Virgen.

S. Diego seguía á la Magdalena aunque no parecía alegrarse de ello, pues continuaba compungido como esta mañana cuando iba detrás de S. Francisco. Tiran de su carro seis Hermanas Terceras por no sé qué promesa ó enfermedad: es el caso que tiran, y con afán. S. Diego se detiene delante del tablado y aguarda á que le saluden.

Pero hay que esperar el carro de la Virgen precedido de gente vestida de fantasma, que asustá á los chicos, por eso se oye un llorar y chillar de los bebés imprudentes. Sin embargo, en medio de aquella masa oscura de hábitos, capuchones, cordones y tocas, al son de aquel rezo monótono y gangoso, vense, como blancos jazmines, como frescas sampagas entre trapos viejos, doce niñas vestidas de blanco, coronadas de flores, el cabello rizado, de miradas brillantes como sus collares; parecían geniecillos de la luz prisioneros de los espectros. Iban cogidas á dos anchas cintas azules sujetas al carro de la Virgen, recordando á las palomas que arrastran el de la Primavera.

Ya todas las imágenes estaban atentas, pégadas unas á otras para escuchar los versos; todo el mundo tenía los ojos fijos en la entreabierta cortina; al fin un *aaah!* de admiración se escapó de todos los labios.

Y lo merecía: era un jovencito con alas, botas de montar, banda, cinturón y sombrero con plumajes.

— ¡El señor Alcalde Mayor! gritó uno, pero el prodigio de la creación empezó á recitar una poesía como él y no se dió por ofendido de la comparación.

¿Para qué trasladar aquí lo que dijo en latin, tagalo y castellano, todo versificado, la pobre víctima del Gobernadorcillo? Nuestros lectores han saboreado ya el sermón del P. Dámaso de esta mañana, y no queremos mimarlos con tantas maravillas, además de que el franciscano puede tenernos mal corazón si le buscamos un competidor, y esto es lo que no queremos, gente pacífica como tenemos la fortuna de ser.

Continuó después la procesión: S. Juan siguió su calle de amarguras.

Al pasar la Virgen por delante de la casa de Capitán Tiago, un canto celestial la saludó con las palabras del arcángel. Era una voz tierna, melodiosa, suplicante, llorando el *Ave-Maria* de Gounod, acompañándose del piano que oraba con ella. La música de la procesión enmudeció, el rezo cesó y el mismo Padre Salví se detuvo. La voz estremecía y arrancaba lágrimas: expresaba más que una salutación, una plegaria, una queja.

Ibarra oyó la voz desde la ventana donde estaba, y el terror y la melancolía descendieron sobre su corazón. Comprendió lo que aquel alma sufría y expresaba en un canto y temió preguntarse la causa de aquel dolor.

Sombrío, pensativo le encontró el Capitán General.

— Me acompañará V. en la mesa; allí hablaremos de esos niños que han desaparecido, le dijo.

— ¿Seré yo la causa? murmuraba el joven mirando sin ver á S. E. á quien siguió maquinalmente.

### XXXIX

#### DOÑA CONSOLACIÓN

¿Por qué están cerradas las ventanas de la casa del alférez? dónde estaban, mientras pasaba la procesión, la cara masculina y la camisa de franela de la Medusa ó la Musa de la Guardia Civil? Habrá comprendido D.<sup>a</sup> Consolación lo desagradables que eran su frente surcada de gruesas venas, conductoras, al parecer, no de sangre sino de vinagre y hiel, el grueso tabaco, digno adorno de sus morados labios, y su envidiosa mirada, y,

cediendo á un generoso impulso, no ha querido turbar con su aparición siniestra las alegrías de la multitud?

¡Ay! para ella los impulsos generosos vivieron en la Edad de oro!

La casa está triste porque el pueblo se alegra, como decía Sinang; no tiene ni faroles ni banderas. Si el centinela no se pasease delante de la puerta, se diría que la casa estaba deshabitada.

Una débil luz alumbra la desarreglada sala y pone transparentes las sucias conchas en que se ha agarrado la telaraña é incrustado el polvo. La Señora, según su costumbre de estar mano sobre mano, dormita en un ancho sillón. Viste como todos los días, es decir, mal y horriblemente: por todo tocado un pañuelo atado á la cabeza, dejando escapar delgados y cortos mechones de cabellos enmarañados; la camisa de franela azul, sobre otra que debió haber sido blanca, y una falda desteñida que modela los delgados y aplanados muslos, colocados uno sobre otro y agitándose febrilmente. De su boca van saliendo bocanadas de humo, que arroja con fastidio al espacio hacia donde mira cuando abre los ojos. Si en aquel momento la hubiese visto D. Francisco de Cañamaque, la habría tomado por un cacique del pueblo ó el *mankukúlam*, adornando después su descubrimiento con comentarios en lengua de tienda, inventada por él para su uso particular.

Aquella mañana, la Señora no había oído misa, no porque no hubiese querido, al contrario, quería enseñarse á la multitud y oír el sermón, pero el marido no se lo había permitido, y la prohibición iba acompañada como siempre de dos ó tres insultos, juramentos y amenazas de puntapiés. El alférez comprendía que su hembra vestía ridiculamente, que olía á eso que llaman *querida de soldados*, y que no convenia exponerla á las miradas de los personajes de la cabecera ni de los forasteros.

Pero ella no lo entendía así. Sabía que era hermosa, atractiva, que tenía aires de reina y de que vestía mucho mejor y con más lujo que la misma María Clara: ésta iba de tapis, ella de saya suelta. Fué necesario que el alférez le dijese: O te callas ó te envío á puntapiés á tu p — pueblo!

D.<sup>a</sup> Consolación no quería volver á puntapiés á su pueblo, pero pensó en la venganza.

Jamás fué propia para infundir confianza en nadie la faz obscura de la Señora, ni cuando se pintaba, pero aquella mañana inquietó grandemente, sobre todo cuando la vieron recorrer la casa de un extremo á otro, silenciosa y como meditando algo terrible ó maligno: su mirada tenía el reflejo que brota de la

pupila de una serpiente cuando, cogida, va á ser aplastada: era fría, luminosa, penetrante y tenía algo de viscoso, asqueroso, cruel.

La más pequeña falta, el más insignificante inusitado ruido le arrancaban un torpe é infame insulto que abofeteaba al alma; pero nadie respondía: excusarse era otro crimen.

Así se pasó el día. No encontrando un obstáculo que se le pusiese delante — el marido estaba convidado, — se saturaba de bilis; creeríase que las células de su organismo se cargaban de electricidad y amenazaban estallar en una infame tormenta. Todo á su alrededor se plegaba, como las espigas al primer soplo del huracán; no encontraba resistencia, no hallaba ninguna punta ó eminencia para descargar su mal humor: soldados y criados se arrastraban á su lado.

Para no oír el regocijo exterior, mandó cerrar las ventanas; encargó al centinela no dejara pasar á nadie. Atóse un pañuelo á la cabeza como para evitar que estallara, y á pesar de que el sol brillaba aún, mandó encender luces.

Sisa, como vimos, fué detenida por perturbadora del orden, y conducida al cuartel. El alférez no estaba entonces, y la infeliz tuvo que pasar la noche, sentada en un banco, con la mirada indiferente. Al siguiente día violó el alférez, y temiendo por ella en aquellos días de algarabía y no queriendo dar un espectáculo desagradable, encargó á los soldados la tuviesen custodiada, la tratasen con piedad y le diesen de comer. Así pasó la demente dos días.

Esta noche, sea que la vecindad de la casa de Capitán Tiago haya llevado hasta ella el triste canto de María Clara, sea que otros acordes despertasen sus antiguos cantos, sea la causa que fuere, Sisa empezó también á cantar con su voz dulce y melancólica los *kundiman* de su juventud. Los soldados la oían y se callaban: ¡ay! aquellos aires despertaban antiguos recuerdos, los recuerdos del tiempo en que aún no se habían corrompido.

D.<sup>a</sup> Consolación la oyó también en su aburrimiento, y enterada de la persona que cantaba,

— ¡Que suba al instante! mandó después de algunos segundos de meditación. Una cosa, como sonrisa, vagaba por sus secos labios.

Trajeron á Sisa, quien se presentó sin turbarse, sin manifestar extrañeza ni temor: parecía no ver á ninguna señora. Esto hirió la vanidad de la Musa que pretendía infundir respeto y espanto.

La alféreza tosió, hizo seña á los soldados para que se fuesen y, descolgando el látigo de su marido dijo con acento sinietro á la loca:



— ¡Vamos, magcantar icau!

Sisa naturalmente no la comprendió y esta ignorancia aplacó sus iras.

Una de las bellas cualidades de esta señora era el procurar ignorar el tagalo ó al menos aparentar no saberlo, hablándolo lo peor posible: así se daría aires de una verdadera *orofea*, como ella solía decir. Y ¡hacía bien! porque si martirizaba el tagalo, el castellano no salía mejor librado ni en cuanto se refería á la gramática, ni á la pronunciación. Y ¡sin embargo su marido, las sillas y los zapatos, cada cual había puesto de su parte cuanto podía para enseñarla! Una de las palabras que le costaron más trabajo aún que á Champollion los geroglíficos, era la palabra *Filipinas*.

Cuéntase que al día siguiente de su boda, hablando con su marido, que entonces era cabo, había dicho *Pilipinas*; el cabo creyó deber suyo corregirla y le dijo dándole un coscorrón:— «¡Dí, Filipinas, mujer! no seas bruta. ¿No sabes que se llama así á tu p — país por venir de Felipe?» La mujer, que soñaba en su luna de miel, quiso obedecer y dijo *Felepinas*. Al cabo le pareció que ya se acercaba, aumentó los coscorriones y la increpó: «Pero mujer, ¿no puedes pronunciar: Felipe? No lo olvides, sabe que el Rey Don Felipe... quinto... Dí Felipe, y añádele *nas* que en latín significa islas de indios, y tienes el nombre de tu rep — país!»

La Consolación, lavandera entonces, palpándose el chichón ó los chichones, repitió empezando á perder la paciencia:

— Fe... lipe, Felipe... nas, Filipenas, ¿así ba?

El cabo se quedó viendo visiones. ¿Por qué resultó *Felipenas* en vez de *Felipinas*? Una de dos: ó se dice *Felipenas* ó hay que decir *Felipi*?

Aquel día tuvo por prudente callarse; dejó á su mujer y fué á consultar cuidadosamente los impresos. Aquí su admiración llegó al colmo; restregóse los ojos:— ¡A ver... despacio!— *Filipinas* decían todos los impresos bien deletreados: ni él ni su mujer tenían razón.

— ¿Cómo? murmuraba, ¿puede mentir la Historia? No dice este libro que Alonso Saavedra había dado este nombre al país en obsequio al infante D. Felipe? ¿Cómo se corrompió este nombre? Si será un indio el tal Alonso Saavedra?...

Consultó sus dudas al sargento Gómez, que en su mocedad había deseado ser cura. Éste, sin dignarse mirarle y arrojando una bocanada de humo, le contestó con la mayor prosopopeya:

— En los tiempos antiguos decíase *Filipi* en vez de Felipe; nosotros los modernos, como nos volvemos franchutes, no po-

demos tolerar dos *is* seguidas. Por esto la gente culta, en Madrid sobre todo, ¿no has estado en Madrid? la gente culta, digo, ya empieza á decir: *menistro*, *enritación*, *embitación*, *endino*, etcétera, que es lo que se llama montarse á la moderna.

El pobre cabo no había estado en Madrid; he aquí por qué ignoraba el busilis. ¡Qué cosas se aprenden en Madrid!

— ¿De modo que hoy se debe decir?...

— ¡A la antigua, hombre! este país aun no es culto, ¡á la antigua: Filipinas! contestó Gómez con desprecio.

El cabo, si era mal filólogo, era en cambio buen marido: lo que acababa de aprender, su mujer debía saberlo también y continuó la educación.

— Consola, ¿cómo llamas á tu p — país?

— ¿Cómo lo he de llamar? como me lo enseñaste: Felifenas!

— ¡Te tiro la silla, p—! ayer ya lo pronunciabas algo mejor, á la moderna; pero ahora hay que pronunciarlo á la antigua! Feli, digo, Filipinas!

— ¡Mira que yo no soy ninguna antigua! ¿qué te has creído?

— ¡No importa! di Filipinas!

— ¡No me da la gana! Yo no soy ningún trasto viejo... apenas treinta añitos! contestó remangándose como disponiéndose al combate.

— ¡Dilo, rep — , ó te tiro la silla!

Consolación vió el movimiento, reflexionó y balbuceó respirando fuertemente:

— Feli... Fele... File...

¡Pum! erracc! la silla concluyó con la palabra.

Y la lección terminó á puñetazos, arañazos, bofetones. El cabo la cogió del cabello, ella á él de la perilla y de otra parte del cuerpo — morder no podía que los dientes se le movían todos, — el cabo dió un grito, soltóla, pidióle perdón, brotó la sangre, hubo un ojo más rojo que el otro, una camisa hecha girones, salieron muchos órganos de sus escondites, pero Filipinas no salió.

Aventuras parecidas sucedían cada vez que se trataba del lenguaje. El cabo que veía los progresos lingüísticos de ella, calculaba con dolor que en diez años su hembra perdería por completo el uso de la palabra. En efecto, así sucedió. Cuando se casaron, ella entendía aún el tagalo y se hacía entender en español; ahora, en la época de nuestra narración, ya no hablaba ningún idioma: se había aficionado tanto al lenguaje de los gestos, y de éstos escogía los más ruidosos y contundentes, que daba quince y falta al inventor del *Volapük*.

Sisa, pues, tuvo la fortuna de no comprenderla. Desarrugá-

ronse un poco sus cejas, una sonrisa de satisfacción animó su cara: indudablemente ella ya no sabía el tagalo, era ya *orofoea*.

— ¡Asistente, di á ésta en tagalo que cante! No me comprende, no sabe el español!

La loca comprendió al asistente y cantó la canción de la Noche.

D.<sup>a</sup> Consolación oía al principio con risa burlona, pero la risa desapareció poco á poco de sus labios, se puso atenta, después sería y algo pensativa. La voz, el sentido de los versos y el canto mismo la impresionaban: aquel corazón árido y seco estaba tal vez sediento de lluvia. Ella lo comprendía bien: «La tristeza, el frío y la humedad que descienden del cielo envueltos en el manto de la noche,» según el *kundiman*, le parecía que descendían también sobre su corazón; «la flor mustia y marchita que, durante el día había ostentado sus galas, deseosa de aplauso y llena de vanidad, al caer la tarde, arrepentida y desengañada, hace un esfuerzo para levantar sus ajados pétalos al cielo, pidiendo un poco de sombra para ocultarse y morir sin la burla de la luz que la vió en su pompa, sin ver la vanidad de su orgullo, un poco de rocío también que lllore sobre ella. El ave nocturna deja su solitario retiro, el hueco del añoso tronco, turba la melancolía de las selvas...»

— ¡No, no cantes! exclamó la alféreza en perfecto tagalo levantándose agitada; no cantes! me hacen daño esos versos!

La loca se calló; el asistente soltó un: ¡Abá! sabe *palá* tagalog! y quedóse mirando á la señora lleno de admiración.

Esta comprendió que se había delatado; avergonzóse y, como su naturaleza no era la de una mujer, la vergüenza tomó el aspecto de rabia y odio. Señaló la puerta al imprudente y de un puntapié la cerró detrás de él. Dió unas cuantas vueltas por el aposento retorciendo entre sus nervudas manos el látigo y, párandose de repente delante de la loca, le dijo en español:—¡Baila!

Sisa no se movió.

— ¡Baila, baila! repitió con voz siniestra.

La loca la miraba con ojos vagos, sin expresión: la alféreza le levantó un brazo, después otro sacudiéndoselos: inútil, Sisa no comprendía.

Púsose á saltar, á agitarse, estimulando á la otra para que la imitara. Oíase de lejos la música de la procesión tocar una marcha grave y majestuosa, pero la Señora saltaba furiosamente siguiendo otro compás, otra música, la que resonaba en su interior. Sisa la miraba inmóvil: algo como curiosidad se pintó en sus ojos y una débil sonrisa movió sus pálidos labios: le hacia gracia el baile de la Señora.

Paróse ésta como avergonzada, levantó el látigo, aquel terrible látigo conocido de los ladrones y soldados, hecho en Ulañó y perfeccionado por el alférez con alambres retorcidos, y dijo:

— ¡Ahora te toca á ti bailar... baila!

Y empezó á azotar débilmente los pies descalzos de la loca, cuya cara se contrajo de dolor, obligándola á defenderse con las manos.

— ¡Ajá! ya empiezas! exclamó con salvaje alegría, y del *lento* pasó á un *allegro vivace*.

La infeliz lanzó un quejido de dolor y levantó vivamente el pie.

— ¿Has de bailar, p — india? decía la Señora y el látigo vibraba y silbaba.

Sisa dejóse caer al suelo llevándose ambas manos á las piernas y mirando á su verdugo con ojos descajados. Dos fuertes latigazos á la espalda le hicieron levantarse: ya no fué un quejido, fueron dos aullidos lo que la desgraciada exhaló. Rasgóse la fina camisa, la piel se abrió y brotó la sangre.

La vista de la sangre entusiasmo al tigre; la sangre de su víctima exaltó á D.<sup>a</sup> Consolación.

— ¡Baila, baila, condenada maldita! ¡Mal haya la madre que te parió! gritaba; ¡baila ó te mato á latigazos!

Y ella misma cogiéndola con una mano y azotándola con la otra, empezó á saltar y á bailar.

La loca la comprendió al fin y siguió moviendo descompasadamente los brazos. Una sonrisa de satisfacción contrajo los labios de la maestra, sonrisa de una Mefistófeles hembra que consigue sacar un gran discípulo; había odio, desprecio, burla y crueldad: más no habría dicho una carcajada.

Y, absorta en el goce de su espectáculo; no oyó llegar á su marido hasta que se abrió estrepitosamente la puerta de un puntapié.

Apareció el alférez pálido y sombrío; vió lo que allí pasaba y lanzó una terrible mirada á su mujer. Esta no se movió de su sitio y quedóse sonriendo cínicamente.

El alférez puso lo más dulcemente que pudo la mano sobre el hombro de la extraña bailarina y le hizo parar. La loca respiró y sentóse poco á poco en el suelo, manchado de su sangre.

El silencio continuó: el alférez respiraba con fuerza; la hembra que le observaba con ojos interrogadores, recogió el látigo y le preguntó con voz tranquila y lenta:

— ¿Qué te pasa? No me has dado siquiera las buenas noches!

El alférez sin contestar, llamó al asistente.

— ¡Llévate á esta mujer, dijo; que la Marta le dé otra camisa y la cure! Tú le darás bien de comer, una buena cama... ¡cuidado con que se la trate mal! Mañana se la conducirá á casa del Sr. Ibarra!

Después cerró cuidadosamente la puerta, puso el cerrojo y se acercó á su señora.

— ¡Tú estás buscando que yo te reviente! le dijo cerrando los puños.

— ¿Qué te pasa? preguntó ella levantándose y retrocediendo.

— ¿Qué me pasa? gritó con voz de trueno soltando una blasfemia, y enseñándole un papel lleno de garabatos, continuó:

— ¿No has escrito tú esta carta al Alcalde diciendo que se me paga para permitir el juego, so p — ? ¡Yo no sé como no te machaco!

— ¡Á ver! á ver si te atreves! díjole ella riendo burlescamente; ¡el que me ha de machacar ha de ser mucho más hombre que tú!

Él oyó el insulto pero vió el látigo. Cogió un plato de los que estaban sobre una mesa y se lo arrojó á la cabeza; la mujer, acostumbrada á estas luchas, se bajó rápidamente y el plato se estrelló contra la pared; igual suerte les cupo á una taza y á un cuchillo.

— ¡Cobarde! le grita ella, no te atreves á acercarte.

Y le escupe para exasperarle más. El hombre se ciega y bramando se arroja sobre ella, pero ésta, con una rapidez asombrosa, le cruza la cara á latigazos y échase á correr atropelladamente, encerrándose en su cuarto cuya puerta cierra violentamente. Rugiendo de ira y dolor persíguela el alférez y sólo consigue darse contra la puerta que le hace vomitar blasfemias.

— ¡Maldita sea tu descendencia, marrana! Abre, p — p —, abre, sino te rompo la crisma! aullaba golpeando la puerta con sus puños y pies.

D.<sup>a</sup> Consolación no contestaba. Oíase un crujir de sillas y baúles como quien quiere levantar una barricada con muebles caseros. La casa cimbraba á los puntapiés y juramentos del marido.

— ¡No entres, no entres! decía la voz agria de la mujer; si te asomas te pego un tiro.

El pareció calmarse poco á poco y se contentó con pasearse de un extremo á otro de la sala como una fiera en su jaula.

— ¡Vete á la calle á refrescarte la cabeza! continuaba bur-

lándose la mujer, que parecía haber concluído ya sus preparativos de defensa.

— ¡Te juro que como te coja, no te ve ni Dios, so cochina p — !

— ¡Sí! ya puedes decir lo que quieras... ¡no querías que fuese á misa! no me dejabas cumplir con Dios! decía con sarcasmo como ella sola lo sabía hacer.

El alferez cogió su capacete, arreglóse un poco y se marchó á grandes pasos, pero al cabo de algunos minutos volvió sin hacer el menor ruido: se había quitado las botas. Los criados, acostumbrados á estos espectáculos, solían aburrirse, pero la novedad de las botas llamó la atención, y unos á otros se guiñaron.

Sentóse el alferez en una silla, al lado de la sublime puerta, y tuvo la paciencia de esperar más de media hora.

— ¿Has salido de veras ó estás allí, cabrón? preguntaba la voz de tiempo en tiempo, cambiando de epítetos pero subiendo el tono.

Por fin ella comenzó á retirar poco á poco los muebles: él oía el ruido y se sonreía.

— ¡Asistente! ¿ha salido el señor? gritó D.<sup>a</sup> Consolación.

El asistente á una señal del alferez contestó:

— Sí, señora, ha salido.

Oyóse la reir alegremente y recorrió el cerrojo.

Despacito se levantó el marido; entreabrióse la puerta...

Un grito, el ruido de un cuerpo que cae, juramentos, aullidos, maldiciones, golpes, voces roncadas... ¿Quién describe lo que pasó en la obscuridad de la alcoba?

El asistente, saliendo á la cocina, hizo una seña muy significativa al cocinero.

— ¡Y lo vas á pagar tú! díjole éste.

— ¿Yo? en todo caso el pueblo! Ella me preguntó si ha salido, no si ha vuelto.

## XL

### EL DERECHO Y LA FUERZA

Serían las diez de la noche. Los últimos cohetes suben perezosamente por el cielo obscuro donde brillan, cual nuevos astros,

algunos globos de papel, elevados hacia poco merced al humo y al aire calentado. Algunos, adornados de fuegos artificiales, se incendiaron amenazando las casas todas; por esto siguen viéndose aún hombres sobre los caballetes de los tejados, armados de una larga caña con un trapo en la punta y provistos de un cubo de agua. Sus negras siluetas se destacan en la vaga claridad del aire, y parecen fantasmas descendidos de los espacios para presenciar los regocijos de los hombres. — Habíanse quemado también multitud de ruedas, *castillos*, toros ó carabaos de fuego y un gran volcán, que ha superado en hermosura y grandiosidad á cuanto hasta entonces habían visto los habitantes de S. Diego.

Ahora se dirige la gente en masa hacia la plaza del pueblo para asistir por última vez al teatro. Acá y allá se ven luces de Bengala, alumbrando fantásticamente los alegres grupos; los chicos se valen de antorchas para buscar entre la hierba bombas falladas y otros restos que pudieran utilizarse, pero la música da la señal y todos abandonan la pradera.

El gran tablado está espléndidamente iluminado: miles de luces rodean los puntales, penden del techo y siembran el suelo en apiñados grupos. De ellas cúidase un alguacil y cuando se adelanta para arreglarlas, el público le silba y grita: — ¡Ya está, ahí está!

Delante del escenario afina la orquesta los instrumentos, preludia aires; detrás de ésta se encuentra el sitio de que hablaba el corresponsal en su carta. La principalía del pueblo, los españoles y los ricos forasteros iban ocupando las alineadas sillas. El pueblo, la gente sin títulos ni tratamientos, ocupaba el resto de la plaza; algunos cargaban un banco á cuestas, más que para sentarse para remediar la falta de estatura: esto provocaba ruidosas protestas por parte de los *desbancados*, aquéllos descendían inmediatamente, pero pronto volvían á subir como si nada hubiera pasado.

Idas y venidas, gritos, exclamaciones, carcajadas, un buscapié rezagado, un *reventador* aumentaban el bullicio. Acá se le rompe el pie á un banco y caen al suelo, á las risotadas de la multitud, personas que habían venido de lejos para ver, y ahora resultaban vistas; allá riñen y disputan por el sitio; un poco más distante se oye un estrépito de copas y botellas que se rompen: es Andeng que lleva refrescos y bebidas; con ambas manos sostiene cuidadosa la ancha bandeja, pero se encuentra con el novio que quiere aprovecharse de la situación...

El teniente mayor, D. Filipo, preside el espectáculo, pues el gobernadorcillo es aficionado al *monte*; D. Filipo habla con el viejo Tasio:

— ¿Qué he de hacer? decía; el Alcalde no ha querido admitir mi dimisión; ¿no se siente V. con fuerzas para cumplir con sus deberes? me preguntó.

— Y ¿qué le ha contestado V.?

— ¡Señor Alcalde! le contesté; las fuerzas de un teniente mayor por insignificantes que pudiesen ser, son como las de toda autoridad: ellas vienen de esferas superiores. El Rey mismo recibe las suyas del pueblo, y el pueblo de Dios. Carezco de esto precisamente, señor Alcalde! — Pero el Alcalde no me quiso escuchar y me dijo que ya hablaríamos de esto después de las fiestas.

— ¡Entonces que Dios le ayude á V.! dijo el viejo y trató de irse.

— ¿No quiere V. ver la función?

— ¡Gracias! para soñar y disparatar me basto yo solo, contestó con risa sarcástica el filósofo; pero ahora me acuerdo, ¿no ha llamado nunca su atención el carácter de nuestro pueblo? Pacífico, gusta de espectáculos belicosos, de luchas sangrientas; demócrata, adora emperadores, reyes y príncipes; irreligioso, se arruina por las pompas del culto; nuestras mujeres tienen un carácter dulce y deliran cuando una princesa blande la lanza... ¿sabe V. á qué se debe esto? Pues...

La llegada de María Clara y sus amigas cortó la conversación. D. Filipo las recibió y las acompañó á sus asientos. Detrás venía el cura con otro franciscano y algunos españoles. Con el cura venían también otros vecinos que tienen por oficio escoltar á los frailes.

— ¡Dios los premie también en la otra vida! dijo el viejo Tasio alejándose.

La función empezó con Chananay y Marianito en *Crispino e la Comare*. Todos tenían ojos y oídos en el escenario, menos uno: el P. Salví. Parecía no haber ido allí más que para vigilar á María Clara, cuya tristeza daba á su hermosura un aire tan ideal é interesante que se comprende que se la contemple con arrobamiento. Pero los ojos del franciscano, profundamente ocultos en sus socavadas órbitas, no decían arrobamiento: en aquella sombría mirada se leía algo desesperadamente triste: ¡con tales ojos contemplaría Caín desde lejos el Paraíso, cuyas delicias le pintara su madre!

Se concluía el acto cuando entró Ibarra; su presencia ocasionó un murmullo: la atención de todos se fijó en él y en el cura.

Pero el joven no pareció apercibirse de ello, pues saludó con naturalidad á María Clara y á sus amigas, sentándose á su lado. La única que habló fué Sinang.



— ¿Has estado á ver el volcán? preguntó.

— No, amiguita, he tenido que acompañar al Capitán General.

— ¡Pues es lástima! El cura venía con nosotras, y nos contaba historias de condenados; ¡te parece? meternos miedo para que no nos divirtamos, ¿te parece?

El cura se levantó y acercóse á D. Filipino, con quien pareció entablar una viva discusión. El cura hablaba con viveza, D. Filipino con mesura y en voz baja.

— ¡Siento no poder complacer á V. R., decía éste; el señor Ibarra es uno de los mayores contribuyentes y tiene derecho á estarse aquí mientras no perturbe el orden.

— Pero ¿no es perturbar el orden escandalizar á los buenos cristianos? ¿Es dejar un lobo entrar en el rebaño! Responderás de esto ante Dios y ante las autoridades!

— Siempre respondo de los actos que emanan de mi propia voluntad, Padre, contestó D. Filipino inclinándose ligeramente; pero mi pequeña autoridad no me faculta para mezclarme en asuntos religiosos. Los que quieran evitar su contacto que no hablen con él: el Sr. Ibarra no fuerza tampoco á nadie.

— Pero es dar ocasión al peligro, y quien ama el peligro, en él perece!

— No veo peligro alguno, Padre: el Sr. Alcalde y el Capitán General, mis superiores, han estado hablando con él toda la tarde, y no les he de dar una lección.

— Si no le echas de aquí, salimos nosotros.

— Lo sentiría muchísimo, pero no puedo echar de aquí á nadie.

El cura se arrepintió, pero ya no había remedio. Hizo una seña á su compañero, que se levantó con pesar, y ambos salieron. Imitáronlos las personas adictas no sin lanzar antes una mirada de odio á Ibarra.

Los murmullos y los cuchicheos subieron de punto: acercáronse y saludaron entonces varias personas al joven y decían:

— Nosotros estamos con V.; no haga V. caso de éstos!

— ¿Quiénes son éstos? preguntó con extrañeza.

— ¡Esos que han salido por evitar su contacto!

— ¿Por evitar mi contacto? mi contacto?

— ¡Sí! dicen que está V. excomulgado.

Ibarra, sorprendido, no supo qué decir y miró á su alrededor. Vió á María Clara que ocultaba el rostro detrás del abanico.

— Pero ¿es posible? exclamó al fin; ¿todavía estamos en plena Edad Media? De manera que...

Y acercándose á las jóvenes y cambiando de tono,

— Dispensadme, dijo; me había olvidado de una cita; volveré para acompañaros.

— ¡Quédate! le dijo Sinang; Yeyeng va á bailar en «la *Ca-landria*»; baila divinamente.

— No puedo, amiguita, pero ya volveré.

Redoblaron los murmullos.

Mientras Yeyeng salía vestida de chula con el «¿*Da Usté su permiso?*» y Carvajal le contestaba «*Pase usté adelante*», etc., acercáronse dos soldados de la Guardia Civil á D. Filipino, pidiendo que se suspendiese la representación.

— Y ¿por qué? pregunta éste sorprendido.

— Porque el alférez y la Señora se han pegado y no pueden dormir.

— Diga V. al alférez que tenemos permiso del Alcalde Mayor, y que contra este permiso *nadie* en el pueblo tiene facultades, ni el mismo gobernadorcillo, que es mi *ú-ni-co su-pe-rior*.

— ¡Pues hay que suspender la función! repitieron los soldados.

D. Filipino les volvió las espaldas. Los guardias se marcharon.

Por no turbar la tranquilidad, D. Filipino no dijo á nadie una palabra acerca del incidente.

Después del trozo de zarzuela, que fué muy aplaudido, se presentó el Príncipe Villardo retando á combate á todos los moros que tenían preso á su padre; el héroe les amenazaba con cortarles á todos la cabeza de un solo tajo y enviarlas á la luna. Afortunadamente para los moros, que se disponían al combate al son del himno de Riego, sobrevino un tumulto. Los de la orquesta se pararon de repente y asaltaron el teatro, arrojando sus instrumentos. El valiente Villardo que no los esperaba, tomándolos por aliados de los moros, arroja también espada y escudo y emprende la carrera; los moros, al ver que tan terrible cristiano huía, no tuvieron inconveniente en imitarle: óyense gritos, ayes, imprecaciones, blasfemias, corre la gente, se atropella, se apagan luces, se lanzan al aire vasos de luz, etc. — ¡Tulisanes! Tulisanes! gritan unos. — ¡Fuego! fuego! ladrones! gritan otros; mujeres y niños lloran, ruedan por el suelo bancos y espectadores en medio de la confusión, algarabía y tumulto.

¿Qué había pasado?

Dos guardias civiles habían perseguido vará en mano á los músicos para suspender el espectáculo; el teniente mayor con los cuadrilleros, armados de sus viejos sables, los logran detener á pesar de su resistencia.

— ¡Conducidlos al tribunal! gritaba D. Filipino, ¡cuidado con soltarlos!

Ibarra había vuelto y buscaba á María Clara. Las atemorizadas jóvenes se agarraron á él temblorosas y pálidas; tía Isabel rezaba las letanías en latín.

Repuesta algún tanto la gente del susto y habiéndose dado cuenta de lo que había pasado, la indignación estalló en todos los pechos. Llovieron piedras sobre el grupo de los cuadrilleros que conducían á los dos guardias civiles; hubo quien propuso incendiar el cuartel y asar á D.<sup>a</sup> Consolación juntamente con el alférez.

— ¡Para eso sirven! gritaba una mujer remangándose y extendiendo los brazos; ¡para perturbar el pueblo! No persiguen más que á los hombres honrados! Allí están los tulisanes y jugadores! ¡Incendiemos el cuartel!

Uno palpándose el brazo pedía confesión; voces plañideras salían debajo de los caídos bancos: era un pobre músico. El escenario estaba lleno de artistas y gente del pueblo, que hablaban todos á la vez. Allí estaba Chananay, vestida de Leonor en el Trovador, hablando en lengua de tienda con Ratia, en traje de maestro de escuela; Yeyeng envuelta en su pañolón de seda, con el Príncipe Villardo; Balbino y los moros se esforzaban en consolar á los músicos, más ó menos lastimados. Algunos españoles iban de un punto á otro hablando y arengando á todo el que encontraban.

Pero ya se había formado un grupo. D. Filipino supo su intento y corrió á contenerlos.

— ¡No alteréis el orden! gritaba; mañana pediremos satisfacción, se nos hará justicia; yo os respondo de que se nos hará justicia!

— ¡No! contestaban algunos; lo mismo hicieron en Kallamba,<sup>1</sup> se prometió lo mismo, pero el Alcalde no hizo nada! Queremos justicia por nuestra mano! Al cuartel!

En vano los arengaba el teniente mayor; el grupo continuaba en su actitud. D. Filipino miró en torno suyo buscando auxilio y vió á Ibarra.

— ¡Señor Ibarra, por favor! detenedlos mientras busco cuadrilleros!

— ¿Qué puedo hacer yo? preguntó el joven perplejo, pero el teniente mayor ya estaba lejos.

Ibarra á su vez miró al rededor, buscando sin saber á quién. Por fortuna creyó distinguir á Elías, que presenciaba impassible el movimiento. Ibarra corrió á él, le cogió del brazo y le dijo en español:

---

<sup>1</sup> 1879.

— ¡Por Dios! haga V. algo, si puede; yo no puedo nada!

El piloto debió haberle comprendido, pues perdióse entre el grupo.

Oyéronse discusiones vivas, rápidas interjecciones; después, poco á poco, el grupo empezó á disolverse tomando cada cual una actitud menos hostil.

Tiempo era ya, pues los soldados salían armados, la bayoneta calada.

Entretanto ¿qué hacía el cura?

El P. Salvi no se había acostado. De pie, apoyada la frente contra las persianas, miraba hacia la plaza, inmóvil, dejando escapar de tiempo en tiempo un comprimido suspiro. Si la luz de su lámpara no hubiese sido tan obscura, acaso se habría podido ver que se llenaban de lágrimas sus ojos. Así pasó casi una hora.

De este estado le sacó el tumulto de la plaza. Siguió con ojos sorprendidos el confuso ir y venir de la gente cuyas voces y gritería llegaban vagamente hasta él. — Uno de los criados que vino sin aliento, le enteró de lo que pasaba.

Un pensamiento atravesó su imaginación. En medio de la confusión y del tumulto es cuando los libertinos se aprovechan del espanto y de la debilidad de la mujer; todos huyen y se salvan, nadie piensa en nadie, el grito no se oye, las mujeres se desmayan, se atropellan, caen, el terror y el miedo desoyen al pudor, y en medio de la noche... y ¡cuando se aman! Se le figuró ver á Crisóstomo llevar en sus brazos á María Clara desmayada, y desaparecer en la obscuridad.

Bajó saltando las escaleras sin sombrero, sin bastón, y como un loco se dirigió á la plaza.

Allí encontró á los españoles que reprendían á los soldados, miró hacia los asientos que ocupaban María Clara y sus amigas y los vió vacíos.

— ¡Padre Cura! Padre Cura! le gritaban los españoles, pero él no hizo caso y corrió en dirección á la casa de Capitán Tiago. Allí respiró: vió en el transparente caído una silueta, la adorable silueta, llena de gracia y suave de contornos de María Clara, y la de la tía que llevaba tazas y copas.

— ¡Vamos! murmuró, parece que sólo se ha puesto enferma!

Tía Isabel cerró después las conchas de las ventanas, y la graciosa sombra no se dejó ver ya más.

El cura se alejó de aquel sitio sin ver á la multitud. Tenía delante de sus ojos un hermoso busto de doncella, durmiendo y respirando dulcemente; los párpados estaban sombreados por

largas pestañas que formaban graciosas curvas como las de las Virgenes de Rafael; la pequeña boca sonreía; todo aquel semblante respiraba virginidad, pureza, inocencia; aquel rostro era una dulce visión en medio de la ropa blanca de su cama, cual una cabeza de querubín entre nubes.

La imaginación siguió viendo otras cosas más... mas ¿quién escribe todo lo que un ardiente cerebro puede imaginar?

Quizás el corresponsal del periódico, que terminaba su descripción de la fiesta y de todos los acontecimientos de esta manera:

« ¡Gracias mil veces, gracias infinitas á la oportuna y activa intervención del M. R. P. Fr. Bernardo Salví quien, desafiando todo peligro, entre aquel pueblo enfurecido, en medio de la turba desenfrenada, sin sombrero, sin bastón, apaciguó las iras de la multitud, usando sólo de su persuasiva palabra, de la majestad y autoridad que nunca le faltan al sacerdote de una Religión de Paz. El virtuoso religioso, con una abnegación sin ejemplo, ha dejado las delicias del sueño, de que toda buena conciencia como la suya goza, para evitar que le sucediese á su rebaño una pequeña desgracia. ¡Los vecinos de S. Diego no olvidarán sin duda este sublime acto de su heroico Pastor y sabrán serle por toda la eternidad agradecidos! »

## XLI

### DOS VISITAS

En el estado de ánimo en que se encontraba Ibarra, le era imposible conciliar el sueño; así que, para distraer su espíritu y alejar las tristes ideas que se exageran durante la noche, púsose á trabajar en su solitario gabinete. El día le alcanzó haciendo mezclas y combinaciones, á cuya acción sometía trocitos de caña y otras substancias, que encerraba después en frascos numerados y lacrados.

Un criado entró anunciándole la llegada de un campesino.

— ¡Que pase! dijo sin volverse siquiera.

Entró Elías, que permaneció de pie en silencio.

— ¡Ah! sois vos? exclamó Ibarra en tagalo al reconocerle; dispensad que os haya hecho esperar, no me había apercibido: estaba haciendo un experimento importante...

— ¡No quiero distraeros! contestó el joven piloto; he venido, primero para preguntaros si queriais algo para la provincia de Batangas hacia donde parto ahora, y después para daros una mala noticia...

Ibarra interrugó al piloto con la mirada.

— La hija de Capitán Tiago está enferma, añadió Elías tranquilamente, pero no de gravedad.

— ¡Yo ya me lo temía!, murmuró Ibarra con voz débil, ¿sabéis qué enfermedad es?

— ¡Una fiebre! Ahora, si no tenéis nada que mandar...

— Gracias, amigo mío; os deseo buen viaje... pero, antes, permitid que os haga una pregunta; si es indiscreta no respondáis.

Elías se inclinó.

— ¿Cómo habéis podido conjurar el motín de anoche? preguntó Ibarra fijando en él sus ojos.

— ¡Muy sencillamente! contestó Elías con la mayor naturalidad; los que dirigían el movimiento eran dos hermanos cuyo padre había muerto, apaleado por la Guardia Civil; un día tuve la fortuna de salvarlos de las mismas manos en que había caído su padre, y ambos me están por esto agradecidos. A ellos me dirigí anoche y ellos se encargaron de disuadir á los demás.

— Y ¿esos dos hermanos cuyo padre murió apaleado?...

— Acabarán como el padre, contestó Elías en voz baja; cuando la desgracia ha marcado una vez una familia, todos los miembros tienen que perecer; cuando el rayo hiere un árbol, todo lo reduce á cenizas.

Y Elías, viendo que Ibarra callaba, se despidió.

Este al verse solo, perdió el continente sereno que había conservado en presencia del piloto, y el dolor se manifestó en su semblante.

— ¡Yo, yo la he martirizado! murmuró.

Vistióse rápidamente y descendió las escaleras.

Un hombrecito, vestido de luto, con una gran cicatriz en la mejilla izquierda, le saludó humildemente, parándole en su camino.

— ¿Qué queréis? le preguntó Ibarra.

— Señor, yo me llamo Lucas, soy el hermano del que murió ayer.

— ¡Ah! Os doy el pésame... y ¿bien?

— Señor, quiero saber cuánto vais á pagar á la familia de mi hermano.

— ¿Pagar? repitió el joven sin poder reprimir su disgusto; ya hablaremos de esto. Volved esta tarde que hoy tengo prisa.

— ¡Decid solamente cuánto queréis pagar! insistió Lucas.

— ¡Os he dicho que hablaremos otro día, hoy no tengo tiempo! dijo Ibarra impaciente.

— ¿No tenéis tiempo ahora, señor? preguntó con amargura Lucas, poniéndosele delante; ¿no tenéis tiempo para ocuparos de los muertos?

— ¡Venid esta tarde, buen hombre! repitió Ibarra conteniéndose; hoy tengo que ver á una persona enferma.

— ¡Ah! y ¿por una enferma olvidáis á los muertos? Creéis que porque somos pobres?...

Ibarra le miró y le cortó la palabra.

— ¡No pongáis á prueba mi paciencia! dijo y siguió su camino. Lucas se le quedó mirando con una sonrisa llena de odio.

— ¡Se conoce que eres el nieto del que puso á mi padre al sol! murmuró entre dientes; ¡aun tienes la misma sangre!

Y cambiando de tono añadió:

— Pero, si pagas bien... amigos!

## XLII

### LOS ESPOSOS DE ESPADAÑA

Ya ha pasado la fiesta; los vecinos del pueblo hallan otra vez, como todos los años, que la caja está más pobre, que han trabajado, sudado y desvelado mucho sin divertirse, sin adquirir nuevos amigos, en una palabra, han comprado caro el bullicio y los dolores de cabeza. Pero no importa; el año que viene se hará lo mismo, lo mismo la venidera centuria, pues ésta ha sido hasta ahora la costumbre.

En casa de Capitán Tiago reina bastante tristeza: todas las ventanas están cerradas, la gente apenas hace ruido al andar y sólo en la cocina se atreven á hablar en voz alta. María Clara, el alma de la casa, yace enferma en el lecho; su estado se lee en todos los semblantes, como se leen las dolencias del espíritu en las facciones de un individuo.

— ¿Qué te parece, Isabel: hago la limosna á la cruz de Tunasan ó á la cruz de Matahong? pregunta en voz baja el atribulado padre. La cruz de Tunasan crece, pero la de Matahong suda; ¿cuál crees tú que sea más milagrosa?

Tía Isabel piensa, mueve la cabeza y murmura:

— Crecer... crecer es mayor milagro que sudar: todos sudamos pero no crecemos todos.

— Es verdad, sí, Isabel, pero advierte que sudar..., sudar la madera que hacían para pie de banco no es poco milagro... Vamos, lo mejor será dar limosna á ambas cruces, así ninguna se resiente y María Clara sanará más pronto... ¿Están bien los cuartos? Ya sabes que viene con los doctores un nuevo señor medio pariente del P. Dámaso; es menester que nada falte.

En el otro extremo del comedor están las dos primas, Sinang y Victoria, que vienen á acompañar á la enferma. Andeng les ayuda á limpiar un servicio de plata para tomar el té.

— ¿Conocéis al doctor Espadaña? pregunta con interés á Victoria la hermana de leche de María Clara.

— ¡No! contesta la interpelada; lo único que sé de él es que cobra muy caro, según Capitán Tiago.

— ¡Entonces debe ser muy bueno! dice Andeng; el que agujereó el vientre de D.<sup>a</sup> María cobraba caro, por eso era sabio.

— ¡Tonta! exclama Sinang, no todo el que cobra caro es sabio. Mírale al doctor Guevara; después que no supo ayudar al parto, cortándole la cabeza al niño, le cobró cincuenta pesos al viudo... lo que sabe es cobrar.

— ¿Qué sabes tú? le pregunta su prima dándole un codazo.

— ¡No lo he de saber? El marido, que es un aserrador de maderas, después de perder su esposa, tuvo también que perder su casa porque el Alcalde, que es amigo del doctor, le obligó á pagar... ¿no lo he de saber? Mi padre le prestó el dinero para hacer el viaje á Santa Cruz.<sup>1</sup>

Un coche parándose delante de la casa cortó todas las conversaciones.

Capitán Tiago, seguido de la tía Isabel, bajó corriendo las escaleras para recibir á los recién llegados. — Estos eran el doctor D. Tiburcio de Espadaña, su señora, la doctora D.<sup>a</sup> Victorina de los Reyes de Espadaña y un joven español de fisonomía simpática y agradable aspecto.

Ella vestía una bata de seda, bordada de flores, y un sombrero con un gran papagayo, medio machacado entre cintas azules y rojas; el polvo del camino, mezclándose con los polvos de arroz en sus mejillas, parecía aumentar sus arrugas; como cuando la vimos en Manila, hoy lleva también del brazo á su marido cojo.

— ¡Tengo el gusto de presentarle á V. á nuestro primo, D. Alfonso Linares de Espadaña! dijo D.<sup>a</sup> Victorina señalando

---

<sup>1</sup> En Kalamba hubo otro hecho igual. (N. del T.)



al joven; el señor es ahijado de un pariente del P. Dámaso, secretario particular de todos los ministros...

El joven saludó con gracia; Capitán Tiago por poco le besa la mano.

Mientras suben las numerosas maletas y sacos de viaje, mientras Capitán Tiago los conduce á sus aposentos, digamos algo acerca de este matrimonio, cuyo conocimiento hemos hecho tan ligeramente en los primeros capítulos.

D.<sup>a</sup> Victorina era una señora de sus cuarenta y cinco agostos, equivalentes á treinta y dos abriles según sus cálculos aritméticos. Había sido bonita en su juventud, tuvo buenas carnes — así solía decirlo ella, — pero extasiada en la contemplación de sí misma, había mirado con gran desdén á muchos adoradores filipinos que tuvo, pues sus aspiraciones eran de otra raza. Ella no había querido otorgar á nadie su blanca y diminuta mano, pero no por desconfianza, pues no pocas veces había entregado alhajas y joyas de inestimable valor á varios aventureros extranjeros y nacionales.

Seis meses antes de la época de nuestra historia, vió realizado su más hermoso sueño, el sueño de toda su vida, por el cual despreciara los halagos de la juventud y hasta las promesas de amor de Capitán Tiago, arrulladas en otro tiempo en sus oídos, ó cantadas en alguna serenata. Tarde, es verdad, se ha realizado el sueño; pero D.<sup>a</sup> Victorina que, aunque hablaba mal el español, era más española que la Agustina de Zaragoza, sabía el refrán «*Más vale tarde que nunca*», y consolábase con decirselo á sí misma. — «*No hay felicidad completa en la tierra*» era su otro íntimo refrán, porque ambos no salían jamás de sus labios delante de otras personas.

D.<sup>a</sup> Victorina que ha pasado su primera, segunda, tercera y cuarta juventud tendiendo redes para pescar en la mar del mundo el objeto de sus insomnios, tuvo al fin que contentarse con lo que la suerte le quiso deparar. La pobrecita, si en vez de tener treinta y dos abriles, no hubiese tenido más que treinta y uno — la diferencia para su aritmética era muy grande, — habría devuelto al Destino la presa que le ofrecía, para esperar otra más en conformidad con sus gustos. Pero como el hombre propone y la necesidad dispone, ella que tenía ya mucha necesidad de marido, vióse obligada á contentarse con un pobre hombre, que arrojó de sí Extremadura y que después de vagar por el mundo seis ó siete años, Ulises moderno, encontró al fin en la Isla de Luzón hospitalidad, dinero y una Calipso trasnochada, su media naranja... ¡ay! y la naranja era agria. Llamábase el infeliz Tiburcio Espadaña, y aunque tenía treinta y cinco años y

parecía viejo, era sin embargo más joven que D.<sup>a</sup> Victorina que sólo tenía treinta y dos. El por qué de esto es fácil de comprender, pero peligroso de decir.

Había ido á Filipinas de oficial quinto de Aduanas, pero tuvo tan mala suerte que, además de marearse mucho y fracturarse una pierna durante la navegación, encontróse á los quince días de su llegada con la cesantía que oportunamente le trajo el «*Salvadora*» cuando ya se encontraba sin un cuarto.

Escarmentado del mar, no quiso volver á España sin haber hecho fortuna, y pensó dedicarse á algo. El orgullo español no le permitía ningún trabajo corporal: el pobre hombre hubiera trabajado con gusto para vivir honradamente, pero el prestigio de los españoles no se lo hubiera consentido, y este prestigio no le salvaba de las necesidades.

Al principio vivía á costa de algunos paisanos, pero, como Tiburcio era honrado, sabíale amargo el pan, y en vez de engordar, enflaquecía. No teniendo ni ciencia, ni dinero, ni recomendaciones, aconsejaronle sus paisanos, para desprenderse de él, fuese á provincias y se hiciese pasar por doctor en Medicina. El hombre se resistía al principio, pues si bien había sido mozo en el hospital de S. Carlos, no había aprendido nada de la ciencia de curar: su oficio era sacudir el polvo de los bancos, encender los braseros, y esto fué por corto tiempo. Pero como la necesidad apremiaba y sus amigos disipaban sus escrúpulos, dióles oídos al fin, fué á provincias y empezó por visitar algunos enfermos, cobrando módicamente como su conciencia se lo decía. Mas, á semejanza del joven filósofo de que habla Samaniego, concluyó cobrando caro y poniendo gran precio á sus visitas; de aquí que pronto le tuvieron por gran médico y habría hecho probablemente su fortuna, si el protomedicato de Manila no hubiese tenido noticia de sus exorbitantes honorarios y de la competencia que hacía á los otros.

Intercedieron por él particulares y profesores. — «¡Hombre! le decían al celoso Dr. C., déjele V. hacer su capitalito que en cuanto tenga seis ó siete mil pesitos, se podrá volver á su tierra y vivir allí en paz. Total ¿qué le hace á V. eso? que engaña á los incautos indios? Pues que sean más listos. ¡Es un infeliz; no le quite V. el pan de su boca; sea V. buen español!

El doctor era buen español y consintió en hacer la vista gorda; pero, como la noticia llegara á oídos del pueblo, empezóse á desconfiar de él y en poco D. Tiburcio Espadaña perdió su clientela y se vió de nuevo obligado casi á mendigar el pan de cada día. Por entonces supo de un amigo suyo, íntimo que fué de D.<sup>a</sup> Victorina, el apuro en que se encontraba esta señora, su

patriotismo y buen corazón. D. Tiburcio vió allí un pedazo de cielo y pidió ser presentado.

D.<sup>a</sup> Victorina y D. Tiburcio se vieron. *¡Tarde venientibus ossa*, habría exclamado él si hubiese sabido latín! Ella no era ya pasable, era pasada; su abundante cabellera se había reducido á un moño, al decir de su criada, grande como la cabeza de un ajo; arrugas surcaban su cara y empezaban á moverse los dientes; los ojos habían sufrido también, y considerablemente; tenía que entornarlos con frecuencia para mirar á cierta distancia: su carácter era lo único que había quedado.

Al cabo de media hora de conversación, comprendiéronse y se aceptaron. Ella hubiera preferido un español menos cojo, menos tartamudo, menos calvo, menos mellado, que arrojase menos saliva al hablar y tuviese más *brio* y *categoría*, como ella solía decir; pero esta clase de españoles no se dirigieron jamás á ella para pedirle su mano. Había oído más de una vez decir que «á la ocasión la pintan calva» y creyó honradamente que D. Tiburcio era la misma ocasión, pues gracias á sus noches negras padecía de una prematura calvicie. ¿Qué mujer no es prudente á los treinta y dos años?

D. Tiburcio, por su parte, sintió vaga melancolía al pensar en su luna de miel. Sonrióse con resignación y evocó en su auxilio el fantasma del hambre. Jamás había tenido ambición ni pretensiones; sus gustos eran sencillos, sus pensamientos limitados; pero su corazón, virgen hasta entonces, había soñado en muy diferente divinidad. — Allá en su juventud, cuando, cansado de trabajar después de una frugal cena, iba á acostarse en una mala cama para digerir el gazpacho, se dormía pensando en una imagen sonriente, acariciadora. Después, cuando los disgustos y las privaciones aumentaron, pasaron los años y la poética imagen no vino, pensó sencillamente en una buena mujer, hacendosa, trabajadora, que le pudiese aportar una pequeña dote, consolarle de las fatigas del trabajo y reñirle de cuando en cuando, — ¡sí, él pensaba en las riñas como en una felicidad! Pero, cuando, obligado á vagar de país en país en busca no ya de fortuna sino de alguna comodidad para vivir los días que le restaban; cuando, ilusionado por las relaciones de sus paisanos que venían de Ultramar, embarcóse para Filipinas, el realismo cedió el puesto á una arrogante mestiza, á una hermosa india de grandes ojos negros, envuelta en sedas y tejidos transparentes, cargada de brillantes y oro, brindándole su amor, sus coches, etc. Llegó á Filipinas y creyó que realizaba su sueño, pues las jóvenes que en plateados coches acudían á la Luneta y al Malecón, le habían mirado con cierta curiosidad. Mas, una

vez cesante, la mestiza ó la india desapareció, y con gran trabajo se forjó la imagen de una viuda, pero una viuda agradable. Así que cuando vió su sueño tomar cuerpo en parte, se puso triste, pero, como tenía cierta dosis de filosofía natural, se dijo: «¡Aquello era un sueño y en el mundo no se vive soñando!» Así resolvía él sus dudas: ella gasta polvos de arroz, ¡pshé! cuando se casen, ya hará que se los quite; tiene muchas arrugas, pero su levita tiene más roturas y zurcidos; es una vieja pretenciosa, imponente y varonil, pero el hambre es más varonil, más imponente y más pretenciosa todavía, y luego para eso ha nacido él dulce de genio y ¿quién sabe? el amor modifica los caracteres; habla muy mal el castellano, él tampoco lo habla bien según le dijo el jefe del Negociado al notificarle su cesantía, y además ¿qué importa? es una vieja fea y ridícula? él era cojo, desdentado y calvo! D. Tiburcio prefería cuidar á ser cuidado por enfermo de hambre. Cuando algún amigo se burlaba de él, respondía: «Dame pan y llámame tonto.»

D. Tiburcio era lo que vulgarmente se dice, un hombre que no hacía mal á una mosca: modesto é incapaz de abrigar un mal pensamiento, se hubiera hecho misionero en los antiguos tiempos. Su estancia en el país no le había podido dar ese convencimiento de alta superioridad, de gran valor y de elevada importancia que á las pocas semanas adquieren la mayor parte de sus paisanos. Su corazón no había podido nunca abrigar odio; todavía no ha podido encontrar un solo filibustero; únicamente veía infelices á quienes convenía desplumar si no quería ser más infeliz que ellos. Cuando se trató de formarle causa por hacerse pasar como médico, no se resintió, no se quejó; reconocía la justicia y sólo contestaba: ¡Pero es menester vivir!

Casáronse ó cazáronse pues, y fueron á Sta. Ana para pasar la luna de miel; pero en la noche de bodas, D.<sup>a</sup> Victorina tuvo una terrible indigestión, y D. Tiburcio dió gracias á Dios, mostróse solícito y cuidadoso. A la segunda noche, sin embargo, se portó como hombre honrado, y al día siguiente, al mirarse en el espejo, sonrió con melancolía descubriendo sus desprovistas encias: había envejecido lo menos diez años.

Muy contenta D.<sup>a</sup> Victorina de su marido, hizo que le arreglaran una buena dentadura postiza, le vistieran y le equiparan los mejores sastres de la ciudad; encargó arañas y calesas, pidió á Batangas y Albay los mejores troncos y hasta le obligó á tener dos caballos para las próximas carreras.

Mientras transformaba á su marido, no se olvidaba de su propia persona: dejó la saya de seda y la camisa de piña por el traje europeo; substituyó el sencillo tocado de las filipinas por los

falsos flequillos, y con sus trajes que le sentaban divinamente mal turbó la paz de todo el tranquilo y ocioso vecindario.

El marido que no salía nunca á pie — ella no quería que se viese su cojera, — la llevaba á paseo por los sitios más solitarios con gran pesar de ella, que quería lucir su marido en los paseos más publicos, pero se callaba por respeto á la luna de miel.

El cuarto manguante empezó cuando él quiso hablarle de los polvos de arroz, diciendo que aquello era falso, no natural; D.<sup>a</sup> Victorina frunció las cejas y le miró en la dentadura pos-tiza. El se calló y ella comprendió su flaco.

Pronto creyóse madre y anunciólo así á todos sus amigos:

— El mes que viene, yo y de Espadaña nos vamos á la *Pe-nínsula*; no quiero que nuestro hijo nazca aquí y le llamen revolucionario.

Puso un *de* al apellido de su marido; el *de* no costaba nada y daba *categoría* al nombre. Cuando firmaba, poníase: Victorina de los Reyes *de* de Espadaña; este *de* de Espadaña era su manía; ni el que le litografió sus tarjetas ni su marido pudieron quitárselo de la cabeza.

— ¡Si no pongo más que un *de* puede creerse que no lo tienes, tonto! decía á su marido.

Hablaba continuamente de sus preparativos de viaje, aprendióse de memoria los nombres de los puntos de escala, y era un gusto oírla hablar: — «Voy á ver el *ismo* en el canal de Suez; De Espadaña cree que es lo más bonito y De Espadaña ha recorrido todo el mundo.» — «Probablemente no volveré más á este país de salvajes.» — «No he nacido para vivir aquí; me vendería más Aden ó Port Said; desde niña lo he creído así, etc.» D.<sup>a</sup> Victorina en su geografía dividía el mundo en Filipinas y España, á diferencia de los chulos que lo dividen en España y América ó China por otro nombre.

El marido sabía que algunas de estas cosas eran barbaridades pero se callaba para que no le chillase y echase en cara su tartamudez. Hízose la antojadiza para aumentar sus ilusiones de madre, y se dió por vestirse de colores, llenarse de flores y cintas y pasearse en bata por la Escolta, pero ¡oh desencanto! pasaron tres meses y el sueño se evaporó, y no habiendo ya motivo para que el hijo no fuese revolucionario, se desistió del viaje. Dióse por consultar médicos, comadronas, viejas, etc., pero inútil; ella, que con gran descontento de Capitán Tiago se burlaba de S. Pascual Bailón, no quería recurrir á ningún santo ni santa; por lo que le dijo un amigo de su marido:

— ¡Créame V., señora, es V. el único *espíritu fuerte* en este aburrido país!

Sonrióse ella sin comprender lo que era espíritu fuerte, y á la noche, á la hora de dormir, se lo preguntó al marido.

— Hija, contestó éste, el e... espíritu más fuerte que conozco es el amoniaco: mi amigo habrá hablado por re... retórica.

Desde entonces ella decía siempre que podía:

— Soy el único amoniaco en este aburridísimo país, hablando por retórica, así lo ha dicho el Sr. N. de N. peninsular de muchísima categoría.

Cuanto decía se tenía que hacer; había llegado á dominar completamente á su marido, que por su parte no ofreció gran resistencia, llegando á convertirse en una especie de perrito faldero para ella. Si le incomodaba, no le dejaba pasear, y cuando se enfurecía de veras, le arrancaba la dentadura dejándole horrible por uno ó más días según.

Se le ocurrió que su marido debía ser doctor en Medicina y Cirugía y así se lo manifestó.

— ¡Hija! ¿quieres que me prendan? preguntó espantado.

— ¡No seas tonto y déjame arreglarlo! contestó; no irás á curar á nadie, pero quiero que te llamen doctor y á mí doctora, ea!

Y al día siguiente Rodoreda recibía el encargo de grabar en una losa de mármol negro: Dr. DE ESPADAÑA, ESPECIALISTA EN TODA CLASE DE ENFERMEDADES.

Toda la servidumbre les hubo de dar los nuevos títulos, y á consecuencia de esto se aumentó el número de los flequillos, la capa de polvos de arroz, las cintas y encajes, y miró con más desdén que nunca á sus pobres y poco afortunadas paisanas, cuyos maridos eran de menos categoría que el suyo. Cada día sentía dignificarse y elevarse más, y á seguir este camino, al cabo de un año se creería de origen divino.

Estos sublimes pensamientos no impedían sin embargo que cada día fuese más vieja y ridícula. Toda vez que Capitán Tiago se encontraba con ella y se acordaba de haberle hecho en vano el amor, mandaba acto continuo un peso á la iglesia para una misa en acción de gracias. A pesar de esto, Capitán Tiago respetaba mucho al marido por el título de especialista en toda clase de enfermedades, y escuchaba con atención las pocas frases que él en su tartamudez conseguía pronunciar. Por esto y porque este doctor no visitaba á todo el mundo como los otros médicos, le escogió Capitán Tiago para asistir á su hija.

En cuanto al joven Linares, ya era otra cosa. Cuando se disponía el viaje para España, D.<sup>a</sup> Victorina pensó en un administrador peninsular, no confiando en los filipinos: el marido acordóse de un sobrino en Madrid, que estudiaba para abogado y

era considerado como el más listo de la familia: escribiéronle pues, pagándole de antemano el pasaje, y cuando el sueño se desvaneció, el joven ya estaba navegando.

Estos eran los tres personajes que acababan de llegar.

Mientras tomaban el segundo almuerzo, llegó el P. Salví, y los esposos que ya le conocían le presentaron con todos sus títulos al joven Linares, que se ruborizó.

Se habló de María Clara como era natural; la joven descansaba y dormía. Se habló del viaje; D.<sup>a</sup> Victorina lució su verbosidad criticando las costumbres de los provincianos, sus casas de nipa, los puentes de caña, sin olvidarse de decir al cura sus amistades con el Segundo Cabo, con el Alcalde tal, con el Oidor cual, con el Intendente, etc., personas todas de categoría que le guardaban mucha consideración.

— Hubiera V. venido dos días antes, D.<sup>a</sup> Victorina, repuso Capitán Tiago en una pequeña pausa, habría V. encontrado á S. E. el Capitán General: allí estaba sentado.

— ¿Qué? Cómo? Estuvo aquí S. E.? Y en su casa? ¡Mentira!

— ¡Le digo á V. que allí se sentaba! Hubiera V. venido dos días antes...

— ¡Ah! qué lástima que Clarita no se haya enfermado antes! exclama ella con verdadero pesar, y dirigiéndose á Linares:

— ¿Oyes, primo? Aquí estaba S. E.! Ves si tenía razón De Espadaña cuando te decía que no ibas á casa de un miserable indio? Porque V. sabrá, D. Santiago, que nuestro primo era en Madrid amigo de ministros y duques y comía en casa del conde del Campanario.

— Del duque de la Torre, Victorina, le corrige su marido.

— Lo mismo da, si me dirás tú á mí?...

— ¿Encontraría yo al P. Dámaso en su pueblo? interrumpe Linares dirigiéndose al P. Salví; me han dicho que está cerca de aquí.

— Precisamente está aquí y vendrá dentro de poco, contestó el cura.

— ¡Cuánto me alegro! tengo una carta para él, exclamó el joven, y si no fuera por esta feliz casualidad que me trae aquí, habría venido expresamente para visitarle.

La feliz casualidad entretanto se había despertado.

— ¿De Espadaña? dice D.<sup>a</sup> Victorina terminado el almuerzo, ¿vamos á ver á Clarita? — Y á Capitán Tiago: ¡Por V. sólo, D. Santiago, por V. sólo! Mi marido no cura más que á las personas de categoría, y aún, aún! Mi marido no es como los de aquí... en Madrid no visitaba más que á los personajes de categoría.

Pasaron al cuarto de la enferma.

La habitación estaba casi á obscuras, las ventanas cerradas por miedo al corriente de aire, y la poca luz que la iluminaba partía de dos cirios que ardían delante una imagen de la Virgen de Antipolo.

Cañida la cabeza con un pañuelo empapado en agua de Colonia, envuelto cuidadosamente el cuerpo en blancas sábanas de abundantes pliegues, que velaban sus formas virginales, yacía la joven en su catre de *kamagon* entre cortinajes de jusi y piña. Sus cabellos, formando un marco al rededor de su ovalado semblante, aumentaban aquella transparente palidez, animada únicamente por sus grandes ojos, llenos de tristeza. A su lado estaban las dos amigas y Andeng con un ramo de azucenas.

De Espadaña tomóle el pulso, examinó la lengua, hizo unas cuantas preguntas, y dijo moviendo la cabeza á un lado y otro:

— ¡E... está enferma, pero se puede curar!

D.<sup>a</sup> Victorina miró con orgullo á los circunstantes.

— ¡Liquen con leche por la mañana, jarabe de altea, dos pildoras de cinoglosa! ordenó De Espadaña.

— Cobra ánimo, Clarita, decía D.<sup>a</sup> Victorina acercándose; hemos venido para curarte... ¡Te voy á presentar á nuestro primo!

Linares estaba absorto, contemplando aquellos elocuentes ojos que parecían buscar á alguien, y no oyó á D.<sup>a</sup> Victorina que le llamaba.

— Señor Linares, díjole el cura arrancándole de su éxtasis; aquí viene el P. Dámaso.

En efecto venía el P. Dámaso, pálido y algo triste; al dejar la cama, su primera visita fué para María Clara. No era ya el P. Dámaso de antes, tan robusto y decidor; ahora marcha silencioso y algo vacilante.

## XLIII

### PROYECTOS

Sin cuidarse de nadie, se fué derecho á la cama de la enferma y, tomándola de la mano,

— ¡María! dijo con indecible ternura, y brotaron lágrimas de sus ojos; ¡María, hija mía, no te has de morir!



María abrió los ojos y le miró con cierta extrañeza.

Ninguno de los que le conocían al franciscano sospechaba en él tan tiernos sentimientos; bajo aquel rudo y grosero aspecto nadie creía que existiese un corazón.

El P. Dámaso no pudo seguir más y se alejó de la joven, llorando como un niño. Fué á la caída para dar rienda suelta á su dolor, bajo las favoritas enredaderas del balcón de María Clara.

— ¡Cómo la ama á su ahijada! pensaban todos.

Fr. Salví le contemplaba inmóvil y silencioso, mordiéndose ligeramente los labios.

Sosegado algún tanto, le fué presentado por D.<sup>a</sup> Victorina el joven Linares, que se le acercó con respeto.

Fr. Dámaso le contempló en silencio, de pies á cabeza, tomó la carta que aquél le alcanzaba y la leyó sin comprenderla al parecer, pues le preguntó:

— Y ¿quién es V.?

— Alfonso Linares, el ahijado de su cuñado... balbuceó el joven.

El P. Dámaso echó el cuerpo hacia atrás, examinó de nuevo al joven y, animándose su fisonomía, se levantó.

— ¡Conque eres tú el ahijado de Carlicos! exclamó abrazándole; ven que yo te abrace... hace unos días recibí carta suya... ¡conque eres tú! No te conocí... ya se ve, aun no habías nacido cuando dejé el país; no te conocí!

Y el P. Dámaso estrechaba en sus robustos brazos al joven que se ponía rojo, no se sabe si de vergüenza ó de una asfixia. El P. Dámaso parecía haber olvidado por completo su dolor.

Pasados los primeros momentos de efusión y hechas las primeras preguntas acerca de Carlicos y de la Pepa, preguntó el P. Dámaso:

— Y ¡vamos! ¿qué quiere Carlicos que haga por ti?

— En la carta creo que dice algo... volvió á balbucear Linares.

— ¿En la carta? á ver? ¡Es verdad! Y ¡quiere que te procure un empleo y una mujer! Hmm! Empleo... empleo, es fácil; ¿sabes leer y escribir?

— ¡Me he recibido de abogado en la Universidad Central!

— ¡Carambas! ¿Conque eres un picapleitos? pues no tienes facha... pareces un madamisela, pero ¡tanto mejor! Pero, darte una mujer... ¡hm! hmm! una mujer...

— Padre, no tengo tanta prisa, dice Linares confuso.

Pero el P. Dámaso se paseaba de un extremo á otro de la caída murmurando: ¡Una mujer, una mujer!

Su rostro ya no estaba triste ni alegre; ahora expresaba la mayor seriedad y parecía que estaba cavilando. El P. Salví miraba toda esta escena desde lejos.

— Yo no creía que la cosa me diese tanta pena! murmuró el P. Dámaso con voz llorosa; pero de dos males, el menor.

Y levantando la voz y acercándose á Linares.

— Ven acá, mozo, dijo; vamos á hablar con Santiago.

Linares palideció y se dejó arrastrar por el sacerdote, que marchaba pensativo.

Entonces le tocó á su vez al P. Salví el turno de pasearse, meditabundo como siempre.

Una voz que le daba los buenos días le sacó de su monótono paseo; levantó la cabeza y se encontró con Lucas, el cual le saludaba humildemente.

— ¿Qué quieres? preguntaron los ojos del cura.

— ¡Padre, soy el hermano del que murió el día de la fiesta! contestó en tono lacrimoso Lucas.

El P. Salví retrocedió.

— Y ¿qué? murmuró en voz imperceptible.

Lucas hacía esfuerzos para llorar y se enjugaba los ojos con el pañuelo.

— Padre, decía lloriqueando, he estado en casa de D. Crisóstomo para pedir la indemnización... primero me recibió á puntapiés, diciendo que no quería pagar nada, pues había corrido peligro de morir por culpa de mi querido é infeliz hermano. Ayer volví para hablarle, pero ya se había marchado á Manila, dejándome, como por caridad, quinientos pesos y encargándome que no volviese jamás! Ah, Padre, quinientos pesos, ah! Padre...

El cura le escuchaba al principio con sorpresa y atención, y lentamente se reflejó en sus labios una sonrisa tal de desprecio y sarcasmo á la vista de aquella comedia que, si Lucas le hubiese visto, se habría escapado á todo correr.

— Y ¿qué quieres ahora tú? le preguntó volviéndole las espaldas.

— ¡Ay! Padre, decidme por amor de Dios qué debo hacer; el Padre ha dado siempre buenos consejos.

— ¿Quién te lo ha dicho? Tú no eres de aquí...

— ¡Al Padre le conocen en toda la provincia!

El P. Salví se le acercó con ojos irritados y señalándole la calle dijo al espantado Lucas:

— ¡Véte á tu casa y dale gracias á D. Crisóstomo que no te haya enviado á la cárcel! ¡Largo de aquí!

Lucas se olvidó de su farsa y murmuró:

— Pues yo creía...

— ¡Largo de aquí! gritó con nervioso acento el P. Salví.

— ¡Quisiera ver al P. Dámaso!...

— El P. Dámaso tiene que hacer... ¡largo de aquí! volvió á mandar con imperio el cura.

Lucas bajó las escaleras murmurando:

— Este es también otro... ¡como no pague bien!... El que pague mejor...

A las voces del cura habían acudido todos hasta el P. Dámaso, Capitán Tiago y Linares.

— ¡Un insolente vagabundo que viene á pedir limosna y no quiere trabajar! dice el P. Salví cogiendo el sombrero y bastón para dirigirse al convento.

## XLIV

### EXAMEN DE CONCIENCIA

Largos días y tristes noches se han pasado á la cabecera de la cama; María Clara había recaído momentos después de haberse confesado, y durante su delirio no pronunciaba más que el nombre de su madre, á quien ella no había conocido. Pero sus amigas, su padre y su tía velaban; enviábanse misas y limosnas á todas las imágenes milagrosas; Capitán Tiago prometió regalar un bastón de oro á la Virgen de Antipolo, y al fin la fiebre comenzó á descender paulatinamente y con regularidad.

El doctor De Espadaña estaba asombrado de las virtudes del jarabe de altea y del cocimiento de liquen, prescripciones que no había variado. D.<sup>a</sup> Victorina estaba tan contenta de su marido que un día que éste le pisó la cola de la bata, no le aplicó su código penal quitándole la dentadura, sino que se contentó con decirle:

— ¡Si no llegas á ser cojo me pisas hasta el corsé!

¡Y ella no lo usaba!

Una tarde, mientras Sinang y Victoria visitaban á su amiga, conversaban durante la merienda en el comedor el cura, Capitán Tiago y la familia de D.<sup>a</sup> Victorina.

— Pues lo siento mucho, decía el doctor; el P. Dámaso lo sentirá mucho también.

— Y ¿á dónde dice V. que le trasladan? preguntó Linares al cura.

— ¡A la provincia de Tayabas! respondió éste negligentemente.

— Quien lo sentirá mucho también es María cuando lo sepa, dijo Capitán Tiago; le quiere como á un padre.

Fr. Salví le miró de reojo.

— Creo, Padre, continuó Capitán Tiago, que toda esta enfermedad viene del disgusto que ha tenido en el día de la fiesta.

— Soy del mismo parecer, y ha hecho V. bien en no permitir al Sr. Ibarra que la hablase; se hubiera agravado.

— Y si no fuera por nosotras, interrumpe D.<sup>a</sup> Victorina, Clarita ya estaría en el cielo cantando alabanzas á Dios.

— ¡Amén Jesús! creyó deber decir Capitán Tiago.

— Fortuna de V. que mi marido no haya tenido entonces enfermo de más categoría, pues hubiera V. tenido que llamar á otro y aquí todos son ignorantes; mi marido...

— Creo y sigo en lo que he dicho, la interrumpe á su vez el cura; la confesión que María Clara ha hecho, ha provocado aquella crisis favorable que le ha salvado la vida. Una conciencia limpia vale más que muchas medicinas y ¡cuidado que no niego yo el poder de la ciencia, sobre todo el de la cirugía! pero una conciencia limpia... ¡Lean Vds. los libros piadosos y verán cuántas curaciones operadas por sólo una buena confesión!

— V. perdone, objeto D.<sup>a</sup> Victorina picada; eso del poder de la confesión... ¡cure V. á la mujer del allérez con una confesión!

— ¡Una herida, señora, no es ninguna enfermedad en que pueda influir la conciencia! replica severamente el P. Salví; sin embargo, una buena confesión la preservaría de recibir en adelante golpes como los de esta mañana.

— ¡Lo merece! continúa D.<sup>a</sup> Victorina como si no hubiese oído cuanto dijo el P. Salví. ¡Esa mujer es muy insolente! En la iglesia no hace más que mirarme, ¡ya se ve! es una cualquiera; el domingo ya le iba á preguntar si tenía monos en la cara, pero ¿quién se mancha hablando con gente que no es de categoría?

Por su parte el cura, como si tampoco hubiese oído toda esta perorata, continuó:

— Créame V., D. Santiago; para acabar de curar á su hija es menester que haga una comunión mañana; le traeré el viático... creo que no tendrá nada de qué confesarse, sin embargo... si quiere reconciliarse esta noche...

— No sé, añadió al instante D.<sup>a</sup> Victorina aprovechando una pausa, no comprendo cómo puede haber hombres capaces de casarse con tales espantajos, como esa mujer; de lejos se ve de donde viene; se le conoce que se muere de envidia; ¡ya se ve! ¿qué gana un alférez?

— Conque, D. Santiago, diga V. á su prima que prevenga á la enferma de la comunión de mañana; vendré esta noche á absolverla de sus pecadillos...

Y viendo que la tía Isabel salía, le dijo en tagalo:

— Preparad á vuestra sobrina para confesarse esta noche; mañana le traeré el viático; con eso convalecerá más pronto.

— Pero, Padre, se atrevió á objetar tímidamente Linares, no vaya á creer que está en peligro de muerte.

— ¡No tenga V. cuidado! le contestó sin mirarle, yo sé lo que me hago; he asistido ya á muchísimos enfermos. Además ella dirá si quiere ó no tomar la santa comunión y verá V. como dice á todo sí.

Por de pronto Capitán Tiago tuvo que decir si á todo.

Tía Isabel entró en la alcoba de la enferma.

María Clara seguía en cama, pálida, muy pálida; á su lado estaban sus dos amigas.

— Toma un granito más, decía Sinang en voz baja presentándole un gránulo blanco, que sacó de un pequeño tubo de cristal; él dice que, cuando sientas ruido ó zumbido de oídos, suspendas la medicina.

— ¿No ha vuelto á escribirte? pregunta en voz baja la enferma.

— No, ¡debe estar muy ocupado!

— ¿No me manda decir nada?

— No dice más sino que va á procurar que el Arzobispo le absuelva de la excomunión para que...

La conversación se suspende porque viene la tía.

— El Padre dice que te dispongas á confesarte, hija, dice ésta; dejadla para que haga su examen de conciencia.

— Pero ¡si no hace una semana que se confesó! protesta Sinang. Yo no estoy enferma y no peço tan á menudo!

— ¡Abá! ¿no sabéis lo que dice el cura: el justo peca siete veces al día? Vamos ¿quieres que te traiga el *Ancora*, el *Ramillote* ó el *Camino recto para ir al cielo*?

María Clara no contestó.

— Vamos, no te has de fatigar, añade la buena tía para consolarla; yo misma te leeré el examen de conciencia y tú no harás sino recordar los pecados.

— ¡Escribele que no piense más en mí! murmuró María Clara al oído de Sinang cuando se despedía de ella.

— ¿Cómo?

Pero la tía entró y Sinang tuvo que alejarse sin comprender lo que su amiga le había dicho.

La buena tía acercó una silla á la luz, púsose los anteojos sobre la punta de la nariz y abriendo un librito, dijo:

— Pon mucha atención, hija mía; voy á empezar por los Mandamientos de la Ley de Dios; iré despacio para que puedas meditar; si no me has oído bien, me lo dirás para que lo repita; ya sabes que por tu bien no me canso jamás.

Empezó á leer con voz monótona y gangosa las consideraciones acerca de los casos pecaminosos. Al final de cada párrafo ponía una larga pausa, para dar tiempo á la joven de recordar sus pecados y arrepentirse.

María Clara miraba vagamente al espacio. Terminado el primer mandamiento de *amar á Dios sobre todas las cosas*, obsérvala tía Isabel por encima de los anteojos y se queda satisfecha de su aire meditabundo y triste. Tose piadosamente y, después de una larga pausa, comienza el segundo mandamiento. La buena anciana lee con unción y, terminadas las consideraciones, mira otra vez á su sobrina, que vuelve la cabeza lentamente á otro lado.

— ¡Bah! dijo para sí tía Isabel; en esto de jurar su santo nombre, la pobrecita no tendrá nada que ver! Pasemos al tercero.

Y el tercer mandamiento fué desmenuzado y comentado, y leídos todos los casos en que se peca contra él, vuelve á mirar hacia la cama; pero ahora la tía levanta las gafas, y se restrega los ojos: ha visto á su sobrina llevarse el pañuelo á la cara como para enjugar lágrimas.

— ¡Hm! dice, ejem! La pobre se durmió una vez durante el sermón.

Y volviendo á colocar los anteojos sobre la punta de su nariz, se dijo:

— Vamos á ver si, así como no ha santificado las fiestas, no ha honrado padre y madre.

Y lee el cuarto mandamiento con voz más pausada y gangosa aún, creyendo dar así mayor solemnidad al acto, como había visto hacer á muchos frailes: tía Isabel no había oído jamás predicar á un cuáquero, sino se habría puesto también á temblar.

La joven, entretanto, se lleva varias veces el pañuelo á los ojos, y su respiración se hace más perceptible.

— ¡Qué alma tan buena! piensa para sí la anciana; ¡ella que es tan obediente y sumisa con todos! Yo he tenido más pecados y nunca he podido llorar de veras.

Y comenzó el quinto mandamiento con mayores pausas y una gangosidad más perfecta aún si cabe, con tanto entusiasmo que no oyó los ahogados sollozos de su sobrina. Sólo á una pausa que hizo, después de las consideraciones sobre el homicidio á mano armada, percibió los gemidos de la pecadora. Entonces el tono pasó de lo sublime, leyó lo que restaba del mandamiento con acento que procuró hacer amenazador, y viendo que su sobrina seguía aún llorando,

— ¡Llora, hija, llora! le dijo acercándose al lecho; cuanto más llores más pronto te ha de perdonar Dios. Ten el dolor de contrición mejor que el de atrición. ¡Llora, hija, llora! no sabes cuánto gozo viéndote llorar! Date también golpes de pecho, pero no muy fuertes, porque todavía estás enferma.

Mas, como si el dolor para crecer necesitase el misterio y la soledad, María Clara, al verse sorprendida, cesó poco á poco de suspirar, secó sus ojos sin decir una palabra ni contestar á su tía.

Esta prosiguió la lectura, pero, como el llanto de su público había cesado, perdió el entusiasmo, los últimos mandamientos le dieron sueño y le hicieron bostezar, con gran detrimento de la monótona gangosidad, que así se interrumpía.

— ¡Á no verlo no lo creería! pensaba después la buena anciana; ¡esta niña peca como un soldado contra los cinco primeros, y del sexto al décimo ni un pecado venial, al revés de nosotras! ¡Cómo va el mundo ahora!

Y encendió un gran cirio á la Virgen de Antipolo y otros dos más pequeños á Ntra. Sra. del Rosario y á Ntra. Sra. del Pilar, teniendo cuidado de apartar y poner en un rincón un crucifijo de marfil para darle á entender que por él no se habían encendido los cirios. La Virgen de Delaroché tampoco tuvo participación: es una extranjera desconocida, y tía Isabel no había oído hasta ahora ningún milagro suyo.

No sabemos qué habrá pasado en la confesión de aquella noche; nosotros respetamos esos secretos. La confesión fue larga, y la tía que desde lejos vigilaba á su sobrina, pudo notar que el cura, en vez de aplicar el oído á las palabras de la enferma, tenía por el contrario la cara vuelta hacia ella, y no parecía sino que quería leer en los hermosos ojos de la joven los pensamientos ó adivinarlos.

Pálido y los labios contraídos, salió el P. Salví del aposento. Al ver su frente obscura y cubierta de sudor, se habría

dicho que era él el que se había confesado y no mereció la absolución.

— ¡Jesús, María y José! dijo la tía santiguándose para apartar un mal pensamiento; ¿quién comprende á las jóvenes ahora?

## XLV

### LOS PERSEGUIDOS

Á favor de la débil claridad, que difunde la luna al través de las espesas ramas de los árboles, un hombre vaga por el bosque con paso lento y reposado. De tiempo en tiempo y como para orientarse, silba una melodía particular, á la que suele responder otra lejana entonando el mismo aire. El hombre escucha atento, y después prosigue su camino en la dirección del lejano sonido.

Por fin, al través de mil dificultades que ofrece de noche una selva virgen, llega á un pequeño claro, bañado por la luna en su primer cuarto. Elevadas rocas, coronadas de árboles, se levantan al rededor formando una especie de derruido anfiteatro; árboles recién cortados, troncos carbonizados llenan el medio, confundidos con enormes peñascos, que la naturaleza cubre á medias con su manto de verde follaje.

Apenas el desconocido hubo llegado, cuando otra figura, saliendo repentinamente detrás de una gran roca, avanza y sacando un revólver,

— ¿Quién eres? pregunta en tagalo con voz imperiosa, amartillando el gatillo de su arma.

— ¿Está entre vosotros el viejo Pablo? preguntó el primero con voz tranquila, sin contestar á la pregunta ni intimidarse.

— ¿Hablas del capitán? Sí, está.

— Dile entonces que aquí le busca Elías, dijo el hombre que no era otro que el misterioso piloto.

— ¿Sois vos Elías? preguntó el otro con cierto respeto y acercándose, sin dejar por eso de apuntarle con su revólver; entonces... venid.

Elías le siguió.

Penetraron en una especie de caverna, que se hundía en las profundidades de la tierra. El guía, que sabía el camino, le



advertía al piloto cuándo debía descender, inclinarse ó arrastrarse; sin embargo, no tardaron mucho y llegaron á una especie de sala, alumbrada miserablemente por antorchas de brea, ocupada por doce ó quince individuos armados, de fisonomías sucias y trajes siniestros, sentados unos, acostados otros, hablando entre sí apenas. Apoyados los codos sobre una piedra, que hacía el oficio de mesa, y contemplando meditabundo la luz que difundía tan poca claridad para tanto humo, se veía un anciano de fisonomía triste, la cabeza envuelta en una venda ensangrentada: si no supiéramos que aquella era una caverna de tulisanes, diríamos, al leer la desesperación en el rostro del anciano, que era la Torre del Hambre en la víspera de devorar Ugolino á sus hijos.

Á la llegada de Elías y de su guía, los hombres medio se incorporaron, pero á una señal del último se tranquilizaron contentándose con examinar al piloto, que estaba completamente sin armas.

El anciano volvió lentamente la cabeza y se encontró con la seria figura de Elías, que le contemplaba descubierto, lleno de tristeza ó interés.

— ¿Eras tú? preguntó el anciano cuya mirada, al reconocer al joven, se animó algún tanto.

— ¿En qué estado os encuentro! murmuró Elías á media voz y moviendo la cabeza.

El anciano bajó la cabeza en silencio, hizo una seña á los hombres, los cuales se levantaron y se alejaron, no sin dirigir antes una mirada para medir la estatura y los músculos del piloto.

— ¡Sí! dijo el anciano á Elías luego que se encontraron solos; hace seis meses, cuando te di abrigo en mi casa, era yo el que me compadecía de ti; ahora la suerte ha cambiado, y eres tú quien me compadeces. Pero siéntate, y dime cómo has llegado hasta aquí.

— Hace unos quince días que me han hablado de vuestra desgracia, contestó el joven lentamente en voz baja, mirando hacia la luz; púseme al instante en camino y os he estado buscando de monte en monte: he recorrido casi dos provincias.

— Por no derramar sangre inocente, he tenido que huir; mis enemigos temían presentarse y sólo me ponían delante unos infelices, que no me han hecho el más pequeño mal.

Después de una corta pausa, que Elías empleó para leer los pensamientos en el sombrío semblante del anciano, repuso:

— He venido para proponeros una cosa. Habiendo buscado inútilmente algún resto de la familia que ha causado la desgra-

cia de la mía, he decidido dejar la provincia en donde vivo, para emigrar hacia el Norte y vivir entre las tribus infieles é independientes: queréis dejar la vida que comenzáis y veniros conmigo? Seré vuestro hijo, pues que habéis perdido los que tenáis, y yo que no tengo familia, tendré en vos un padre.

El anciano movió la cabeza negativamente, y dijo:

— Á mi edad, cuando se toma una resolución desesperada, es porque no hay otra. Un hombre que, como yo, ha pasado su juventud y su edad madura trabajando para el propio porvenir y el de sus hijos; un hombre que ha sido sumiso á todas las voluntades de sus superiores, que ha desempeñado á conciencia pesados cargos, sufrido todo para vivir en paz y en una tranquilidad posible; cuando este hombre, cuya sangre ha enfriado el tiempo, renuncia á todo su pasado y á todo su porvenir en los bordes mismos de la tumba, es porque ha juzgado maduramente que la paz no existe ni es el supremo bien! ¿Á qué vivir miserables días en tierra extranjera? Yo tenía dos hijos, una hija, un hogar, una fortuna; gozaba de consideración y aprecio; ahora estoy como un árbol despojado de sus ramas, vago fugitivo, cazado como una fiera en el bosque, y todo ¿por qué? Porque un hombre ha deshonrado á mi hija, porque los hermanos pidieron cuenta de la infamia á ese hombre, y porque ese hombre está colocado por encima de los demás con el título de ministro de Dios. Con todo, yo, padre, yo, deshonrado en mi vejez, he perdonado la injuria, indulgente con las pasiones de la juventud y las debilidades de la carne, y ante un mal irreparable ¿qué debía yo hacer sino callarme y salvar lo que me ha quedado? Pero el criminal ha tenido miedo ante una venganza más ó menos próxima y buscó la perdición de mis hijos. ¿Sabes qué ha hecho? No? Sabes que se fingió un robo en el convento, y entre los acusados figuró uno de mis hijos? Al otro no se le pudo incluir porque estaba ausente. ¿Sabes las torturas á que fueron sometidos? ¡Las conoces porque son las de todos los pueblos! Yo, yo vi á mi hijo colgado de los cabellos, yo oí sus gritos, yo oí que me llamaba, y yo, cobarde y acostumbrado á la paz, no he tenido el valor ni de matar ni de morir! Sabes que el robo no se probó, que se vió la calumnia y que en castigo el cura fué trasladado á otro pueblo, y mi hijo murió á consecuencia de las torturas? El otro, el que me quedaba, no era cobarde como su padre, y temiendo el verdugo que no vengara en él la muerte del hermano, so pretexto de no tener cédula de vecindad que momentáneamente había olvidado, fué preso por la Guardia Civil, maltratado, irritado y provocado á fuerza de injurias hasta obligarle al suicidio! ¡Y yo, yo he sobrevivido después de

tanta vergüenza, pero si no he tenido el valor de padre para defender á mis hijos, quedame un corazón para una venganza y me vengaré! Los descontentos se van reuniendo bajo mi mando, mis enemigos aumentan mi campo, y el dia en que me considere fuerte, bajaré al llano y extinguiré en el fuego mi venganza y mi propia existencia! Y ese dia llegará ó no hay Dios! <sup>1)</sup>

Y el anciano se levantó agitado y, con la mirada centellante y la voz cavernosa, añadió mesándose sus largos cabellos:

— ¡Maldición, maldición sobre mí que he contenido la mano vengadora de mis hijos; yo los he asesinado! Hubiera dejado que el culpable muriese, hubiese creído menos en la justicia de Dios y en la de los hombres, ahora tendría á mis hijos, fugitivos tal vez, pero los tendría y no habrían muerto entre torturas! ¡Yo no había nacido para ser padre, por eso no los tengo! ¡Maldición sobre mí que no he aprendido con mis años á conocer el medio en que vivía! Pero en fuego y sangre y en mi muerte propia sabré vengaros!

El desgraciado padre, en el paroxismo de su dolor, se había arrancado la venda, abriéndose una herida que tenía en la frente, de la cual brotó un surco de sangre.

— Respeto vuestro dolor, repuso Elías, y comprendo vuestra venganza; yo también soy como vos y sin embargo, por temor de herir á un inocente, prefiero olvidar mis desdichas.

— ¡Tú puedes olvidar porque eres joven y porque no perdiste ningún hijo, ninguna última esperanza! Pero yo te aseguro, no heriré á ningún inocente. ¿Ves esta herida? Por no matar á un pobre cuadrillero que cumplía con su deber, me la he dejado hacer.

— Pero ved, dijo Elías después de un momento de silencio; ved en qué espantosa hoguera vais á sumir á nuestros desgraciados pueblos. Si cumplís vuestra venganza por vuestra mano, vuestros enemigos tomarán terribles represalias, no contra vos, no contra los que están armados, sino contra el pueblo que suele ser el acusado según la costumbre, y entonces ¡cuántas injusticias!

— ¡Que el pueblo aprenda á defenderse, que cada cual se defienda!

— ¡Sabéis que eso es imposible! Señor, os he conocido en otra época cuando erais feliz, entonces me dabais sabios consejos; ¿me permitiréis?...

El anciano se cruzó de brazos y pareció atender.

---

<sup>1)</sup> ¿Tanawan ó Pateros? (N. del T.)

— Señor, continuó Elías midiendo bien sus palabras; yo he tenido la fortuna de haber podido prestar un servicio á un joven rico, de buen corazón, noble y que ama el bien de su país. Dicen que este joven tiene amigos en Madrid, no lo sé, pero sí os puedo asegurar que es amigo del Capitán General. ¿Qué decís si le hacemos portador de las quejas del pueblo, si le interesamos en la causa de los infelices?

El anciano sacudió la cabeza.

— ¿Dices que es rico? Los ricos no piensan más que en aumentar sus riquezas; el orgullo y la pompa los ciegan, y como generalmente están bien, sobre todo cuando tienen poderosos amigos, ninguno de ellos se molesta por los desgraciados. Lo sé todo porque fui rico!

— Pero el hombre de que os hablo no se parece á los otros; es un hijo que ha sido insultado en la memoria de su padre; es un joven que, como ha de tener dentro de poco familia, piensa en el porvenir, en un buen porvenir para sus hijos.

— Entonces es un hombre que va á ser feliz; nuestra causa no es la de los hombres felices.

— ¡Pero es la de los hombres de corazón!

— ¡Sea! repuso el anciano sentándose; supón que consienta en llevar nuestra voz hasta al Capitán General, supón que encuentre en la Corte diputados que aboguen por nosotros, ¿crees que se nos hará justicia?

— Intentémoslo antes de tomar una sangrienta medida, contestó Elías. Os debe extrañar que yo, otro desgraciado, joven y robusto, os proponga á vos, anciano y débil, medidas pacíficas; pero es que yo he visto tantas miserias, causadas por nosotros como por los tiranos: el inerme es el que paga.

— Y ¿si no conseguimos nada?

— Algo se conseguirá, creedme; no todos los que gobiernan son injustos. Y si nada conseguimos, si desoye nuestras voces, si el hombre se ha vuelto sordo al dolor de sus semejantes, entonces vos me tendréis á vuestras órdenes!

El anciano, lleno de entusiasmo, le abrazó al joven.

— Acepto tu proposición, Elías; sé que cumples tu palabra. Vendrás á mí y yo te ayudaré á vengar á tus antepasados, tú me ayudarás á vengar á mis hijos, mis hijos que eran como tú!

— Entretanto evitaréis, señor, toda medida violenta.

— Expondrás las quejas del pueblo, tú las conoces ya. ¿Cuándo sabré la contestación?

— Dentro de cuatro días enviadme un hombre á la playa de San Diego, y le diré la que me dé la persona en quien espero... Si acepta, nos harán justicia; y si no, seré el primero que caerá en la lucha que emprenderemos.

— Elías no morirá, Elías será el jefe, cuando Capitán Pablo caiga satisfecho en su venganza, dijo el anciano.

Y él mismo acompañó al joven hasta salir fuera.

## XLVI

### LA GALLERA

Para santificar la tarde del Domingo se va generalmente á la gallera en Filipinas, como á los toros en España. La riña de gallos, pasión introducida en el país y explotada hace un siglo, es uno de los vicios del pueblo, más trascendental que el opio entre los chinos; allí va el pobre á arriesgar lo que tiene, deseoso de ganar dinero sin trabajar; allí va el rico para distraerse, empleando el dinero que le sobra de sus festines y misas de gracia; pero la fortuna que juegan es suya, el gallo está educado con mucho cuidado, con más cuidado quizás que el hijo, sucesor del padre en la gallera, y no tenemos nada que objetar.

Puesto que el Gobierno lo permite y hasta casi lo recomienda mandando que el espectáculo sólo se dé en *las plazas públicas*, en *días de fiesta* (para que todos puedan verlo y el ejemplo anime?), *después de la misa mayor hasta el oscurecer* (ocho horas), vamos nosotros á asistir á este juego para buscar á algunos conocidos.

La gallera de S. Diego no se diferencia de las otras que se encuentran en otros pueblos más que en algunos accidentes. Consta de tres departamentos: el primero, ó sea la entrada, es un gran rectángulo de unos veinte metros de largo por catorce de ancho; á uno de sus lados se abre una puerta, que generalmente suele guardar una mujer, encargada de cobrar el *sa pintú* ó sea el derecho de entrada. De esta contribución, que cada uno pone allí, percibe el Gobierno una parte, algunos centenares de miles de pesos al año: dicen que con este dinero con que el vicio paga su libertad, se levantan magníficas escuelas, se construyen puentes y calzadas, se instituyen premios para fomentar la agricultura y el comercio... ¡bendito sea el vicio que tan buenos resultados produce! — En este primer recinto están las vendedoras de buyo, cigarros, golosinas y comestibles, etcétera; allí pululan los muchachos que acompañan á sus pa-

dres ó tios, que les inician cuidadosos en los secretos de la vida.

Este recinto comunica con otro de proporciones un poco mayores, una especie de *foyer* donde el público se reúne antes de las *soltadas*. Allí están la mayor parte de los gallos, sujetos por una cuerda al suelo mediante un clavo de hueso ó de palma brava; allí los tahures, los aficionados, el perito atador de la navaja; allí se contrata, se medita, se pide prestado, se maldice, se jura, ríe á carcajadas; aquél acaricia su gallo, pasándole la mano por encima del brillante plumaje; éste examina y cuenta las escamas de las patas; refiérense las hazañas de los héroes; allí veréis muchos con el semblante mohino, llevar de los pies un cadáver desplumado: el animal que fué el favorito durante meses, mimado, cuidado día y noche y en el cual cifraban halagüeñas esperanzas, ahora no es más que un cadáver y va á ser vendido por una peseta, para ser guisado con jengibre y comido aquella misma noche: *sic transit gloria mundi!* El perdidoso vuelve al hogar donde le esperan la inquieta esposa y los harapientos hijos, sin el capitalito y sin el gallo. De todo aquel dorado sueño, de todos aquellos cuidados durante meses, desde que despunta el día hasta que el sol se oculta, de todas aquellas fatigas y trabajos, resulta una peseta, las cenizas que quedan de tanto humo. — En este *foyer* discute el menos inteligente; el más ligero examina concienzudamente la materia, pesa, contempla, extiende las alas, palpa los músculos á aquellos animales. Unos van muy bien vestidos, seguidos y rodeados de los partidarios de sus gallos; otros, sucios, con el sello del vicio marcado en el escuálido semblante, siguen ansiosos los movimientos de los ricos y atienden á las apuestas, porque la bolsa puede vaciarse, pero no saciarse la pasión; allí no hay rostro que no esté animado; allí no está el filipino indolente, el apático, el callado: todo es movimiento, pasión, afán; diríase que tienen una sed que aviva el agua del cieno.

De este lugar se pasa á la arena que llaman *Rueda*. El piso, cercado de cañas, suele ser más elevado que el de los dos anteriores. En la parte superior y tocando casi al techo hay graderías para los espectadores ó jugadores, que vienen á ser lo mismo. Durante el combate se llenan estas graderías de hombres y niños que gritan, vociferan, sudan, riñen y blasfeman: por fortuna casi ninguna mujer se llega hasta allí. En la *Rueda* están los prohombres, los ricos, los famosos tahures, el contratista, el sentenciador. Sobre el suelo, apisonado perfectamente, luchan los animales, y desde allí distribuye el Destino á las familias risas ó lágrimas, festines ó hambre.

A la hora en que entramos vemos ya al Gobernadorcillo, á Capitán Pablo, á Capitán Basilio, á Lucas, el hombre de la cicatriz en la cara, que tanto sintiera la muerte de su hermano.

Capitán Basilio se acerca á uno del pueblo y le pregunta:

— ¿Sabes qué gallo trae Capitán Tiago?

— No lo sé, señor; esta mañana le han llegado dos, uno de ellos es el *lásak* que ganó al *talisain* del Cónsul.

— ¿Crees que mi *búlik* puede luchar con él?

— ¡Ya lo creo! ¡Pongo mi casa y mi camisa!

En aquel momento llegaba Capitán Tiago. Vestía, como los grandes jugadores, camisa de lienzo Cantón, pantalón de lana y sombrero de jipijapa. Detrás venían dos criados, llevando el *lásak* y un gallo blanco de colosales dimensiones.

— ¡Sinang me ha dicho que María va cada vez mejor! dice Capitán Basilio.

— Ya no tiene fiebre, pero aun está débil.

— ¿Perdió V. anoche?

— Un poco; sé que V. ha ganado... voy á ver si me desquito.

— ¿Quiere V. jugar el *lásak*? pregunta Capitán Basilio mirando el gallo, y pidiéndoselo al criado.

— Según, si hay apuesta.

— ¿Cuánto pone V.?

— Menos de dos, no lo juego.

— ¿Ha visto V. mi *búlik*? pregunta Capitán Basilio y llama á un hombre que trae un pequeño gallo.

Capitán Tiago lo examina, y después de pesarlo y analizar las escamas lo devuelve.

— ¿Cuánto pone V.? pregunta.

— Lo que V.

— ¿Dos y quinientos?

— ¿Tres?

— ¡Tres!

— ¡Para la siguiente!

El corro de curiosos y jugadores esparce la noticia de que lucharían dos célebres gallos; ambos tenían su historia y su fama conquistada. Todos quieren ver, examinar las dos celebridades; se emiten opiniones, se profetiza.

Entretanto las voces crecen, aumenta la confusión, se invade la Rueda, las graderías se asaltan. Los *soltadores* llevan á la arena dos gallos, un blanco y un rojo, armados ya, pero las navajas están aún envainadas. Se oyen gritos ¡al blanco! al blanco! alguna que otra voz grita ¡al rojo! El blanco era el llamado y el rojo el dejado.

Entre la multitud circulan guardias civiles; no llevan el

uniforme del benemérito cuerpo, pero tampoco van de paisano. Pantalón de guingón con franja roja, camisa manchada de azul de la blusa desteñida, gorra de cuartel, he aquí el disfraz en armonía con su comportamiento: apuestan y vigilan, turban y hablan de mantener la paz.

Mientras se grita, se tienden las manos, agitando monedas y haciéndolas sonar; mientras se busca en los bolsillos la última moneda ó, á falta de ella, se quiere empeñar la palabra, prometiendo vender el carabao, la próxima cosecha, etc., dos jóvenes, hermanos al parecer, siguen con ojos envidiosos á los jugadores, se acercan, murmuran timidas palabras que nadie escucha, se ponen cada vez más sombríos y se miran entre sí con disgusto y despecho. Lucas los observa con disimulo, sonríe malignamente, hace sonar pesos de plata, pasa cerca de los dos hermanos, y mira hacia la *Rueda* gritando:

— ¡Pago cincuenta, cincuenta contra veinte por el blanco!

Los dos hermanos cambian entre sí una mirada.

— Yo ya te decia, murmuraba el mayor, que no apostases todo el dinero; ¡si me hubieses obedecido tendríamos ahora para el rojo!

El menor se acerca tímidamente á Lucas y le toca del brazo.

— ¿Eres tú? exclama éste volviéndose y fingiendo sorpresa; ¿acepta tu hermano mi proposición ó vienes á apostar?

— ¿Cómo queréis que apostemos si hemos perdido todo?

— ¿Entonces aceptáis?

— ¡El no quiere! si pudieseis prestarnos algo, ya que decís que nos conocéis...

Lucas rascóse la cabeza, estiró su camisa y repuso:

— Sí que os conozco; sois Társilo y Bruno, jóvenes y fuertes. Sé que vuestro valiente padre murió de resultas de los cien azotes diarios, que le daban esos soldados; sé que no pensáis vengarle...

— No os entrometáis en nuestra historia, interrumpió Társilo, el mayor; eso trae desgracia. ¡Si no tuviéramos una hermana, ya haría tiempo que estaríamos ahorcados!

— ¿Ahorcados? Sólo ahorcan al cobarde, al que no tiene dinero ni protección. Y de todos modos el monte está cerca.

— ¡Ciento contra veinte, voy al blanco! gritó uno al pasar.

— Prestadnos cuatro pesos... tres... dos, suplicó el más joven; luego os devolveremos el doble; la soltada va á empezar.

Lucas rascóse de nuevo la cabeza.

— ¡Tst! Este dinero no es mío, me lo ha dado D. Crisóstomo para los que le quieran servir. Pero veo que no sois como



vuestro padre; aquél sí que era valiente; el que no lo es, que no busque diversiones.

Y se alejó de ellos aunque no mucho.

— Aceptemos ya ¿qué más da? dijo Bruno. Tanto vale ser ahorcado que morir afusilado: los pobres no servimos para otra cosa.

— Tienes razón, pero piensa en nuestra hermana.

Entretanto el redondel se ha despejado, va á comenzar la lid. Las voces empiezan á callarse, y los dos soltadores y el perito atador de navajas se quedan en medio. A una señal del sentenciador, aquél desnuda los aceros, y brillan las finas hojas, amenazadoras, relucientes.

Los dos hermanos se acercan tristes y silenciosos al cerco y observan, apoyando la frente contra la caña. Un hombre se acerca y les dice al oído:

— ¡*Pare!* ciento contra diez, yo soy por el blanco!

Társilo le mira con aire tonto. Bruno le da un códazo al que responde con un gruñido.

Los soltadores tienen los gallos con delicadeza magistral, cuidando de no herirse. Reina un silencio solemne: creeríase que los presentes, menos los dos soltadores, eran horribles muñecos de cera. Acercan un gallo al otro, sujetándole la cabeza á uno para ser picoteado y se irrita, y viceversa: en todo duelo debe haber igualdad, lo mismo entre gallos parisienses que entre gallos filipinos. Después les hacen verse cara á cara, los acercan, con lo que los pobres animalitos saben quién les ha arrancado una plumita y con quién deben luchar. Erizase el plumaje del cuello, se miran con fijeza, y rayos de ira se escapan de sus redondos ojitos. Entonces ha llegado el momento: los depositan en tierra á cierta distancia y les dejan el campo libre.

Avanzan lentamente. Oyense sus pisadas sobre el duro suelo; nadie habla, nadie respira. Bajando y subiendo la cabeza como midiéndose con la mirada, los dos gallos murmuran sonidos, tal vez de amenaza ó desprecio. Han divisado la brillante hoja, que lanza fríos y azulados reflejos; el peligro los anima y dirígense uno al otro decididos, pero á un paso de distancia se detienen, y con la mirada fija bajan la cabeza y vuelven á erizar sus plumas. En aquel momento el pequeño cerebro se baña en sangre, brota el rayo, y con su natural valor se lanzan impetuosamente el uno contra el otro; chocan entre sí pico contra pico, pecho contra pecho, acero contra acero y ala contra ala: los golpes se han parado con maestría, y sólo han caído algunas plumas. Vuelven á medirse de nuevo; de repente el blanco vuela, se eleva agitando la mortífera navaja, pero el

rojo ha doblado las piernas, ha bajado la cabeza, y el blanco sólo ha azotado el aire; mas, al tocar el suelo, evitando ser herido de espaldas, vuélvese rápidamente y hace frente. Atácale el rojo con furia, pero se defiende con serenidad: no en vano era el favorito del público. Todos siguen trémulos y ansiosos las peripecias del combate, soltando alguno que otro involuntario grito. El suelo se va cubriendo de plumas rojas y blancas, tintas en sangre: pero no es á primera sangre el duelo; el filipino, siguiendo aquí las leyes dadas por el Gobierno, quiere que sea á muerte ó á quien huya el primero. La sangre riega el suelo ya, los golpes menudean, pero la victoria sigue indecisa. Por fin tentando un supremo esfuerzo, el blanco se arroja para dar el último golpe, clava su navaja en el ala del rojo y se engancha entre los huesos; pero el blanco ha sido herido en el pecho, y ambos, desangrados, extenuados, jadeantes, unido el uno al otro, permanecen inmóviles hasta que el blanco cae, arroja sangre por el pico, patalea y agoniza; el rojo, sujeto del ala, se mantiene á su lado, poco á poco dobla sus piernas y cierra lentamente los ojos.

Entonces el sentenciador, de acuerdo con lo que prescribe el Gobierno, declara vencedor al rojo; una salvaje gritería saluda la sentencia, gritería que se oye en todo el pueblo, prolongada, uniforme y dura algún tiempo. El que lo oye de lejos comprende entonces que el que ha ganado es el *dejado*, de lo contrario el júbilo duraría menos. Tal sucede entre las naciones: una pequeña que consigue alcanzar una victoria sobre otra grande, la canta y la cuenta por siglos de los siglos.

— ¿Ves? dijo Bruno con despecho á su hermano, si me hubieses creído hoy tendríamos cien pesos: por ti estamos sin un cuarto.

Társilo no contestó, pero miró con ojos entornados al rededor suyo y como buscando á alguien.

— Allá está hablando con Pedro, añade Bruno; le da dinero, ¡cuánto dinero!

En efecto Lucas contaba sobre la mano del marido de Sisa monedas de plata. Cámbianse aún algunas palabras en secreto y se separan al parecer satisfechos.

— Pedro habrá sido contratado: ¡ése, ése sí que es decidido! suspira Bruno.

Társilo permanece sombrío y pensativo; con la manga de la camisa se enjuga el sudor que corre de su frente.

— Hermano, dice Bruno, yo voy si tú no te decides; la *ley* continúa, el *lásak* debe ganar y no debemos perder ninguna ocasión. Quiero apostar en la soltada siguiente; ¿qué más da? Así vengamos al padre.

— ¡Espera! le dice Társilo y le mira fijamente en los ojos— ambos estaban pálidos; — voy contigo, tienes razón: vengaremos al padre.

Se detiene sin embargo y vuelve á enjugarse el sudor.

— ¿En qué te paras? pregunta Bruno impaciente.

— ¿Sabes qué soltada sigue? vale la pena?...

— ¡Pues no! ¿no lo has oído? El búlik de Capitán Basilio contra el lásak de Capitán Tiago; según la ley del juego debe ganar el lásak.

— ¡Ah, el lásak! yo también apostaría... pero asegurémonos antes.

Bruno hace un gesto de impaciencia, pero sigue á su hermano y éste mira bien el gallo, le analiza, medita, reflexiona, hace algunas preguntas, el desgraciado duda; Bruno está nervioso y le mira airado.

— Pero ¿no ves esa ancha escama que tiene allí cerca del espolón? no ves esas patas? qué más quieres? Mira esas piernas, extiende esas alas! Y esta escama partida encima de esta ancha, y esta doble?

Társilo no le oye, sigue examinando el animal: el ruido del oro y de la plata llegan á sus oídos.

— Veamos ahora el búlik, dice con voz ahogada.

Bruno golpea el suelo con el pie, hace crujir sus dientes pero obedece á su hermano.

Acércanse á otro grupo. Allí arman al gallo, escogen navajas, el atador prepara seda roja, lo encera y frota varias veces.

Társilo envuelve el animal con una mirada sombríamente impasible: parecía que no veía el gallo sino otra cosa en el porvenir. Se pasa la mano por la frente y,

— ¿Estás dispuesto? pregunta á su hermano con voz sorda.

— ¿Yo? desde antes; sin necesidad de verlos!

— Es que... nuestra pobre hermana...

— ¡Abá! ¿No te han dicho que el jefe es D. Crisóstomo? no le has visto pasearse con el Capitán General? Qué peligro corremos?

— ¿Y si morimos?

— ¿Qué más da? Nuestro padre murió apaleado.

— ¡Tienes razón!

Ambos hermanos buscan á Lucas entre los grupos.

Tan pronto como le divisan, Társilo se detiene.

— ¡No! vámonos de aquí, nos vamos á perder! exclama.

— ¡Vete si quieres, yo acepto!

— ¡Bruno!

Desgraciadamente un hombre se acerca y les dice:

- ¿Apostáis? Yo soy por el búlik.  
Los dos hermanos no contestan.
- ¡Logro!
- ¿Cuánto? pregunta Bruno.
- Púsose el hombre á contar sus monedas de cuatro pesos:  
Bruno le miraba sin respirar.
- ¡Tengo doscientos; cincuenta contra cuarenta!
- ¡No! dice Bruno resuelto; poned...
- ¡Bueno! cincuenta contra treinta!
- ¡Doblad si queréis!
- ¡Bien! el búlik es de mi patrón y acabo de ganar; ciento contra sesenta.
- ¡Trato hecho! Esperad que saque dinero.
- Pero yo seré el depositario, dice el otro no confiando mucho en las trazas de Bruno.
- ¡Me es igual! responde éste que confía en sus puños.  
Y volviéndose á su hermano le dice:
- Si te quedas, yo me voy.
- Társilo reflexionó: amaba á su hermano y el juego. No podia dejarle solo y murmuró: ¡Sea!
- Acercáronse á Lucas: éste les vió venir y se sonrió.
- ¡Mamá! dice Társilo.
- ¿Qué hay?
- ¿Cuánto dais? preguntan los dos.
- Ya lo he dicho: si os encargáis de buscar otros para sorprender el cuartel, os doy treinta pesos á cada uno, y diez á cada compañero. Si todo sale bien, recibirá ciento cada uno, y vosotros el doble: D. Crisóstomo es rico.
- ¡Aceptado! exclamó Bruno; venga el dinero.
- ¡Ya sabía yo que erais valientes como vuestro padre! Venid, que no nos oigan esos que le mataron! dijo Lucas señalando á los guardias civiles.
- Y llevándolos á un rincón, les dice mientras les cuenta las monedas:
- Mañana llega D. Crisóstomo y trae armas; pasado mañana, á la noche, cerca de las ocho, id al cementerio y os diré sus últimas disposiciones. Tenéis tiempo de buscar compañeros.
- Despidiéronse. Los dos hermanos parecían haber cambiado de papel: Társilo estaba tranquilo, Bruno pálido.

## XLVII

### LAS DOS SEÑORAS

Mientras Capitán Tiago jugaba su lásak, Doña Victorina daba un paseo por el pueblo, con la intención de ver cómo tenían los indolentes indios sus casas y sementeras. Se había vestido lo más elegantemente que podía, poniéndose sobre la bata de seda todas sus cintas y flores, para imponer á los provincianos y hacerles ver cuánta distancia mediaba entre ellos y su sagrada persona, y dando el brazo á su marido cojo se pavoneó por las calles del pueblo, entre la estupefacción y la extrañeza de los habitantes. El primo Linares se había quedado en casa.

— ¡Qué feas casas tienen estos indios! empezó Doña Victorina haciendo una mueca; yo no sé cómo pueden vivir allí: se necesita ser indio. Y ¡qué mal educados son y qué orgullosos! Se encuentran con nosotros y no se descubren! Pégalos en el sombrero como hacen los curas y los tenientes de la Guardia Civil; enséñales urbanidad.

— Y ¿si me pegan? pregunta el Dr. De Espadaña.

— ¡Para eso eres hombre!

— ¡Pe... pero estoy cojo!

Doña Victorina se iba poniendo de mal humor: las calles no estaban adoquinadas, y la cola de su bata se llenaba de polvo. Encontrábase además con muchas jóvenes que, al pasar á su lado, bajaban los ojos y no admiraban, como debían, su lujoso traje. El cochero de Sinang, que conducía á ésta y á su prima en un elegante *tres-por-ciento*, tuvo la desfachatez de gritarle *¡tabi!* con voz tan imponente, que ella tuvo que apartarse y sólo pudo protestar: — « ¡Mirale al bruto del cochero! Le voy á decir á su amo que eduque mejor á sus criados. »

— ¡Volvámonos á casa! mandó á su marido.

Este, que temía una tormenta, giró sobre su muleta obedeciendo al mandato.

Encontráronse con el alférez, saludáronse y esto aumentó el descontento de Doña Victorina: el militar no sólo no le hizo ningún cumplido por su traje sino que casi lo examinó con burla.

— Tú no debías darle la mano á un simple alférez, dijo á su

marido al alejarse aquél; él apenas tocó su capacete y tú te quitaste el sombrero; no sabes guardar el rango!

— ¡El es jefe a... aquí!

— ¡Y ¿qué nos importa? Somos acaso indios?

— ¡Tienes razón! contestó él, que no quería reñir.

Pasaron delante de la casa del militar. Doña Consolación estaba en la ventana, como de costumbre, vestida de franela y fumando su puro. Como la casa era baja, se miraron y Doña Victorina la distinguió bien: la Musa de la Guardia Civil la examinaba tranquilamente de pies á cabeza, y después, sacando el labio inferior hacia delante, escupió volviendo la cara á otro lado. Esto acabó con la paciencia de Doña Victorina, y dejando á su marido sin apoyo, se cuadró enfrente de la alféreza, temblando de ira y sin poder hablar. Doña Consolación volvió lentamente la cabeza, la examina de nuevo tranquilamente y escupe otra vez pero con mayor desdén.

— ¿Qué tiene V., Doña? pregunta.

— ¿Puede V. decirme, ¡Señora! por qué me mira V. así? Tiene V. envidia? consigue al fin hablar Doña Victorina.

— ¿Yo, envidia yo, y de V.? dice con sorna la Medusa; sí! le envidio esos rizos!

— ¡Ven, mujer! dice el doctor; no le hagas ca... caso!

— ¡Deja que le dé una lección á esta ordinaria sin vergüenza! contesta la mujer dándole un empellón á su marido que por poco besa el suelo, y volviéndose á Doña Consolación,

— ¡Mire V. con quien se trata! dice; no crea V. que soy una provinciana ó una querida de soldados! En mi casa, en Manila, no entran los alféreces; se esperan en la puerta.

— ¡Hola, Excelentísima Señora Puput! no entrarán los alféreces, pero sí los inválidos como ése, ¡ja! ja! ja!

A no haber sido por los coloretos, se habría visto á Doña Victorina ruborizarse: quiso asaltar á su enemiga, pero el centinela la detuvo. Entretanto la calle se llenaba de curiosos.

— ¡Oiga V., me rebajo hablando con V.; las personas de categoría... ¿Quiere V. lavar mi ropa, la pagaré bien! Cree V. que no sé yo que V. era lavandera!

Doña Consolación se irguió furiosa: lo de la lavada la hirió.

— ¿Cree V. que no sabemos quién es y qué gente trae? Vaya! ya me lo ha dicho mi marido! Señora, yo al menos no he pertenecido más que á uno, pero y V.? Se necesita morir de hambre para cargar con el sobrante, el trapo de todo el mundo!

El tiro le dió en la cabeza á Doña Victorina; remangóse, cerró los puños y apretando los dientes empezó á decir:

— ¡Baje V., vieja cochina, que le voy á machacar esa sucia boca! ¡Querida de un batallón, ramera de nacimiento!

La Medusa desapareció rápidamente de la ventana, pronto se la vió bajar corriendo, agitando el látigo de su marido.

Suplicante se interpuso D. Tiburcio, pero se habrían venido á las manos si no hubiese llegado el alférez.

— Pero ¡señoras... D. Tiburcio!

— ¡Eduquéla V. mejor á su mujer, cómprele mejores vestidos y si no tiene dinero, robe V. á los del pueblo que para eso tiene V. soldados! gritaba Doña Victorina.

— ¡Aquí estoy, señora! por qué no me machaca V. E. la boca? ¡V. no tiene más que lengua y saliva, Doña Excelencias!

— ¡Señora! decía el alférez furioso; dé V. gracias que yo me acuerde de que es V. mujer, que sino la reventaba á punta-piés con todos sus rizos y cintajos!

— ¡Se... señor alférez!

— ¡Ande V., matasanos! V. no lleva pantalones, Juan Lanás!

Armóse una de palabras y gestos, una de gritos, insultos é injurias; sacáronse todo lo sucio que guardaban en su arcas, y como hablaban cuatro á la vez y decían tantas cosas, que desprestigian á ciertas clases, sacando á relucir muchas verdades, renunciarnos aquí á escribir cuanto se dijeron. Los curiosos, si bien no entendían todo lo que se decían, divertíanse no poco y esperaban que llegasen á las manos. Desgraciadamente vino el cura y puso paz.

— ¡Señores, señoras! qué vergüenza! Señor alférez!

— ¿Qué se mete V. aquí, hipócrita, carlistón?

— ¡D. Tiburcio, llévase V. á su señora! Señora, contenga V. su lengua!

— ¡Eso digaselo V. á esos roba-pobres!

Poco á poco se agotó el diccionario de epítetos, terminó la reseña de las desvergüenzas de cada pareja y, amenazándose é insultándose, se fueron separando poco á poco. Fr. Salví iba de una parte á otra animando el espectáculo, ¡si nuestro amigo, el Corresponsal, hubiese estado presente!...

— ¡Hoy mismo nos vamos á Manila y nos presentamos al Capitán General! decía furiosa Doña Victorina á su marido. Tú no eres hombre; ¡lástima de pantalones que gastas!

— Pe... pero, mujer, y ¿los guardias? yo estoy cojo!

— Debes desafiarme á pistola ó á sable, ó sino... sino...

Y Doña Victorina le miró en la dentadura.

— ¡Hija, no he cogido nunca...

Doña Victorina no le dejó concluir: con un sublime movi-

miento le arrancó la dentadura en medio de la calle y la pisoteó. El, medio llorando, y ella echando chispas, llegaron á casa. Linares estaba en aquel momento hablando con María Clara, Sinang y Victoria, y como no había sabido nada de la discordia, se inquietó no poco al ver á sus primos. María Clara, que estaba recostada en un sillón entre almohadas y mantas, se sorprendió no poco al ver la nueva fisonomía de su doctor.

— Primo, dice Doña Victorina, tú le desafías ahora mismo al alférez ó sino...

— Y ¿por qué? pregunta Linares sorprendido.

— Le desafías ahora mismo ó sino les digo aquí á todos quién eres tú.

— Pero ¡Doña Victorina!

Las tres amigas se miran.

— ¿Te parece! El alférez nos ha insultado y ha dicho que tú eres lo que eres! La vieja bruja ha bajado con látigo, y éste, éste se ha dejado insultar... ¡un hombre!

— ¡Abá! dijo Sinang, se han peleado y no lo hemos visto!

— ¡El alférez le rompió los dientes al doctor! añadió Victoria.

— Hoy mismo nos vamos á Manila; tú, te quedas aquí á desafiarle, y sino le digo á D. Santiago que es mentira cuanto le has contado, le digo...

— ¡Pero, Doña Victorina, Doña Victorina! interrumpe pálido Linares acercándose á ella, cálmese V.; no me haga V. recordar... — y añadió en voz baja: No sea V. imprudente, precisamente ahora.

A la sazón que pasaba esto llegaba Capitán Tiago de la gallera, triste y suspirando: había perdido su lásak.

No le dejó tiempo Doña Victorina de suspirar; en pocas palabras y muchos insultos le contó cuanto había pasado, se entendiendo, procurando ponerse en buena luz.

— Linares le va á desafiar, ¿oye V.? Si no, no le deje V. que se case con su hija, no lo permita V.! Si no tiene valor, no merece á Clarita.

— ¿Conque te casas con ese señor? pregunta Sinang cuyos alegres ojos se llenaron de lágrimas; yo sabía que eras discreta, pero no voluble.

María Clara, pálida como la cera, medio se incorpora y mira con espantados ojos á su padre, á Doña Victorina y á Linares. Este se ruboriza, Capitán Tiago baja los ojos y la señora añade:

— Clarita, tenlo presente; no te cases nunca con un hom-



bre que no lleve pantalones; te expones á que te insulten hasta los perros.

Pero la joven no contestó y dijo á sus amigas:

— Conducidme á mi cuarto que no puedo andar sola.

Ayudáronla á levantarse; y rodeada su cintura con los redondos brazos de sus amigas, apoyada la marmórea cabeza sobre el hombro de la hermosa Victoria, entró la joven en su alcoba.

Aquella misma noche recogieron ambos cónyuges sus cosas, pasaron la cuenta á Capitán Tiago, la cual ascendió á algunos miles, y al día siguiente muy temprano partían para Manila en el coche de éste. Al vergonzoso Linares le cometieron el papel de vengador.

## XLVIII

### EL ENIGMA

Volverán las obscuras golondrinas..... (Becquer).

Como había anunciado Lucas, Ibarra llegó al día siguiente. Su primera visita fué para la familia de Capitán Tiago con el objeto de ver á María Clara y referir que Su Ilustrísima ya le había reconciliado con la Religión: traía una carta de recomendación para el cura, escrita del puño mismo del Arzobispo. No poco se alegró de ello tía Isabel, que quería al joven y no veía con tan buenos ojos el casamiento de su sobrina con Linares. Capitán Tiago no estaba en casa.

— Pase V., decia la tía en su medio castellano; María, Don Crisóstomo está otra vez en gracia de Dios; el Arzobispo le ha *descomulgado*.

Pero el joven no pudo avanzar, la sonrisa se heló en sus labios y la palabra huyó de su memoria. Junto al balcón, de pie, al lado de María Clara estaba Linares, tejiendo ramilletes con las flores y las hojas de las enredaderas; en el suelo yacían esparcidas rosas y sampagas. María Clara, recostada en su sillón, pálida, pensativa, la mirada triste, jugaba con un abanico de marfil, no tan blanco como sus afilados dedos.

A la presencia de Ibarra, Linares se puso pálido y las mejillas de María Clara se tiñeron de carmín. Trató de levantarse,

pero, faltándole las fuerzas, bajó los ojos y dejó caer el abanico.

Un embarazoso silencio reinó por algunos segundos. Al fin Ibarra pudo adelantarse y murmurar tembloroso:

— Acabo de llegar y he venido corriendo para verte... Hallo que estás mejor de lo que yo creía.

María Clara parecía que se había vuelto muda; no profería una palabra y continuaba con los ojos bajos.

Ibarra miró á Linares de pies á cabeza, mirada que el vergonzoso joven sostuvo con altivez.

— Vamos, veo que mi llegada no era esperada, repuso lentamente; María, perdóname que no me haya hecho anunciar; otro día podré darte explicaciones sobre mi conducta... todavía nos veremos... con seguridad.

Estas últimas palabras fueron acompañadas de una mirada para Linares. La joven levantó hacia él los hermosos ojos, llenos de pureza y melancolía, tan suplicantes y elocuentes que Ibarra se detuvo confuso.

— ¿Podré venir mañana?

— Sabes que para mí siempre eres bien venido, contestó ella apenas.

Ibarra se alejó tranquilo en apariencia pero con una tempestad en la cabeza y el frío en el corazón. Lo que acababa de ver y de sentir era incomprendible: ¿qué era aquello, duda, desamor, traición?

— ¡Oh, mujer al fin! murmuraba.

Llegó, sin notarlo, al sitio donde se construía la escuela. Las obras estaban muy adelantadas; Ñor Juan con su metro y su plomada iba y venía entre los numerosos trabajadores. Al verle corrió á su encuentro.

— D. Crisóstomo, dijo, al fin ha llegado V.; todos le esperábamos; mire V. cómo están los muros: ya tienen un metro y diez de alto; dentro de dos días tendrán la altura de un hombre. No he admitido más que molave, duñon, ipil, lagil; he pedido tindalo, malatapay, pino y narra para las obras muertas. ¿Quiere V. visitar los subterráneos?

Los trabajadores saludaban respetuosos.

— ¡Aquí está la canalización que me he permitido añadir, decía Ñor Juan; estos canales subterráneos conducen á una especie de depósito que hay á treinta pasos. Servirá para el abono del jardín; de esto no había en el plano. ¿Le disgusta á V.?

— Todo lo contrario, lo apruebo y le felicito por su idea; V. es un verdadero arquitecto; ¿con quién aprendió V.?

— Conmigo, señor, contestaba el viejo modestamente.

— Ah! antes que se me olvide; que sepan los escrupulosos (por si alguno teme hablar conmigo) que ya no estoy excomulgado; el Arzobispo me ha invitado á comer.

— ¡Abá, señor, no hacemos caso de las excomuniones! Todos estamos ya excomulgados; el mismo P. Dámaso lo está y sin embargo sigue tan gordo.

— ¿Cómo?

— Ya lo creo; hace un año dió un bastonazo al coadjutor y el coadjutor es tan sacerdote como él. ¿Quién hace caso de excomuniones, señor?

Ibarra divisó á Elías entre los trabajadores; éste le saludó como los demás, pero con una mirada le dió á entender que tenía que decirle.

— Ñor Juan, dijo Ibarra; ¿quiere V. traerme la lista de los trabajadores?

Ñor Juan desapareció, é Ibarra se acercó á Elías que levantaba solo una gruesa piedra y la cargaba en un carro.

— Si me podéis conceder, señor, algunas horas de conversación, paseaos luego á la tarde á orillas del lago y embarcaos en mi banca, pues tengo que hablaros de graves asuntos, dijo Elías alejándose después de ver el movimiento de cabeza del joven.

Ñor Juan trajo la lista, pero en vano la leyó Ibarra; el nombre de Elías no figuraba allí.

## XLIX

### LA VOZ DE LOS PERSEGUIDOS

Antes de ocultarse el sol, ponía Ibarra el pie en la banca de Elías á la orilla del lago. El joven parecía contrariado.

— Perdonad, señor, dijo Elías con cierta tristeza al verle; perdonad que me haya atrevido á daros esta cita; quería hablaros en libertad y he escogido esta ocasión, pues aquí no tendremos testigos: dentro de una hora podemos volver.

— Os equivocáis, amigo Elías, contestó Ibarra procurando sonreír; me tenéis que conducir á ese pueblo cuyo campanario vemos desde aquí. La fatalidad me obliga á ello.

— ¿La fatalidad?

— Si; **figuraos** que al venir me encuentro con el alférez, que se esfuerza en ofrecirme su compañía; yo que pensaba en vos y sabía que os conocía, para alejarle le he dicho que me iba á ese pueblo, en donde tendré que estar todo el día, pues el hombre me quiere buscar mañana á la tarde.

— Os agradezco esta atención, pero le hubierais dicho sencillamente que os acompañara, contestó Elías con naturalidad.

— ¿Cómo? y vos?

— No me habría reconocido, pues la única vez que me vió no podía pensar en hacer mi filiación.

— ¡Estoy de malas! suspiró Ibarra pensando en María Clara. ¿Qué teniais que decirme?

Elías miró al rededor suyo. Estaban ya lejos de la orilla; el sol se habia ocultado y, como en estas latitudes el crepúsculo apenas dura, comenzaban las sombras á extenderse, y hacían brillar el disco de la luna en su lleno.

— Señor, repuso Elías con voz grave, soy portador de los deseos de muchos desgraciados.

— ¿De los desgraciados? Qué queréis decir?

Elías le refirió en pocas palabras la conversación que habia tenido con el jefe de los tulisanes, omitiendo las dudas que éste abrigaba y sus amenazas. Ibarra le escuchaba atentamente, y cuando Elías concluyó su relato, reinó un largo silencio, que Ibarra fué el primero en romper:

— ¿De modo que desean?...

— Reformas radicales en la fuerza armada, en los sacerdotes, en la administración de justicia, es decir, piden una mirada paternal por parte del Gobierno.

— Reformas, ¿en qué sentido?

— Por ejemplo: más respeto á la dignidad humana, más seguridades para el individuo, menos fuerza en la fuerza ya armada, menos privilegios para este cuerpo que fácilmente abusa de ellos.

— Elías, contestó el joven, yo no sé quién sois, pero adivino que no sois un hombre vulgar: pensáis y obráis de diferente manera que los otros. Vos me comprenderéis, si os digo que si bien el estado actual de las cosas es defectuoso, más lo sería si se cambiase. Yo podría hacer hablar á los amigos que tengo en Madrid, *pagándolos*, podría hablar al Capitán General, pero ni aquéllos conseguirían nada, ni éste tiene tanto poder para introducir tantas novedades, ni yo daría jamás un paso en este sentido, porque comprendo muy bien que si es verdad que estas corporaciones tienen sus defectos, son ahora necesarias, son lo que se llama un mal necesario.

Elias, muy sorprendido, levantó la cabeza y le miró atónito.

— ¿Creéis vos también, señor, en el mal necesario? preguntó con voz ligeramente temblorosa; ¿creéis que para hacer el bien se necesita hacer el mal?

— No; creo en él como en un remedio violento de que nos valemos cuando queremos curar una enfermedad. Ahora bien, el país es un organismo que padece una enfermedad crónica, y para sanarle, el Gobierno se ve precisado de usar medios, duros y violentos si queréis, pero útiles y necesarios.

— Mal médico es, señor, aquel que sólo busca corregir los síntomas y sofocarlos, sin tratar de indagar el origen del mal, ó conociéndolo, teme atacarlo. La Guardia Civil tiene no más que este fin: represión del crimen por el terror y la fuerza, fin que no se llena ni se cumple más que por casualidad. Y hay que tener en cuenta que la sociedad sólo puede ser severa con los individuos, cuando les ha suministrado los medios necesarios para su perfectibilidad moral. En nuestro país, como no hay sociedad, pues no forman una unidad el pueblo y el gobierno, éste debe ser indulgente, no sólo porque necesita indulgencia, sino porque el individuo, descuidado y abandonado por él, tiene menos responsabilidad por lo mismo que ha recibido menos luces. Además, siguiendo vuestra comparación, el tratamiento que se aplica á los males del país es tan destructor que sólo se deja sentir en el organismo sano, cuya vitalidad debilita y prepara al mal. ¿No sería más razonable fortalecer el organismo enfermo y minorar un poco la violencia del medicamento?

— Debilitar á la Guardia Civil sería poner en peligro la seguridad de los pueblos.

— ¡La seguridad de los pueblos! exclamó Elias con amargura. Pronto hará quince años que estos pueblos tienen su Guardia Civil y ved: aun tenemos tulisanes, aun oímos que se saquean pueblos, aun se ataja en los caminos; los robos continúan y no se averiguan los autores; el crimen existe y vaga libre el verdadero criminal, pero no así el pacífico habitante del pueblo. Preguntad á cada honrado vecino si mira esta institución como un bien, una protección del Gobierno y no como una imposición, un despotismo cuyas demasías hieren más que las violencias de los criminales. Estas suelen ser en verdad grandes pero raras, y contra ellas está uno facultado para defenderse; contra las vejaciones de la fuerza legal no se permite ni la protesta, y si no son tan grandes, son sin embargo continuas y sancionadas. ¿Qué efecto produce esta institución en la vida de nuestros pueblos? Paraliza las comunicaciones, porque todos

temen ser maltratados por fútiles causas; se fija más en formalidades que no en el fondo de las cosas, primer síntoma de la incapacidad; porque uno se ha olvidado la cédula ha de ser maniatado y maltratado, no importa si es una persona decente y bien considerada; los jefes tienen por primer deber el hacerse saludar de grado ó por fuerza, aun en la obscuridad de la noche, en lo que les imitan los inferiores para maltratar y despojar á los campesinos, y pretextos no les faltan; no existe el sagrado del hogar: hace poco en Kalamba asaltaron, pasando por la ventana, la casa de un pacífico habitante á quien el jefe debía dinero y favores; no hay la seguridad del individuo: cuando necesitan limpiar el cuartel ó la casa, salen y prenden á todo el que no se resiste, para hacerle trabajar durante el día; ¿queréis más? durante estas fiestas han continuado los juegos prohibidos, pero han turbado brutalmente los regocijos permitidos por la autoridad; visteis qué pensaba el pueblo acerca de ellos, ¿qué ha sacado con deponer sus iras y esperar en la justicia de los hombres? ¡Ah, señor, si á esto llamáis conservar el orden!...

— Convengo en que hay males, replicó Ibarra, pero aceptemos estos males por los bienes que los acompañan. Esta institución puede ser imperfecta, pero, creedlo, impide por el terror que inspira el que el número de los criminales aumente.

— Decid más bien que por este terror aumenta el número, rectificó Elias. Antes de la creación de este cuerpo, todos los malhechores casi, con excepción de muy pocos, eran criminales por el hambre; pillaban y robaban para vivir, pero pasada la carestía, los caminos se veían otra vez libres; bastaban para ahuyentarlos con sus imperfectas armas los pobres pero valientes cuadrilleros, los tan calumniados por los que han escrito sobre nuestro país, los que tienen por derecho el morir, por deber el luchar, y por recompensa la burla. Ahora hay tulisanes, y lo son para toda su vida. Una falta, un crimen inhumanamente castigado, la resistencia contra las demasías de este poder, el temor á atroces suplicios los arrojan para siempre de la sociedad y los condenan á matar ó á morir. El terrorismo de la Guardia Civil les cierra las puertas del arrepentimiento, y como un tulisán lucha y se defiende en la montaña mejor que un soldado de quien se burla, resulta que no somos capaces de extinguir el mal que hemos creado. Acordaos de lo que ha hecho la prudencia del Capitán General, De la Torre: el indulto, concedido por él á esos infelices, ha probado que en esos montes late aún el corazón del hombre y sólo espera el perdón. El terrorismo es útil cuando el pueblo es esclavo, cuando el monte no tiene cavernas, cuando el poder pone apostado detrás de

cada árbol un centinela y cuando en el cuerpo del esclavo sólo hay estómago y tripas; pero, cuando el desesperado que lucha por la vida siente su brazo fuerte, latir su corazón y su ser llenarse de bilis, ¿podrá el terrorismo apagar el incendio al que libra combustibles?

— Me confundís, Elías, al oíros hablar así; creería que tenéis razón si no tuviese yo mis propias convicciones. Pero notad un hecho, — no os deis por ofendido pues os excluyo y os miro como una excepción; — ved quiénes son los que piden esa reforma! Casi todos criminales ó gentes que están para serlo!

— Criminales ó futuros criminales, pero ¿por qué lo son? Porque se les ha turbado la paz, arrancado la felicidad, herido en sus más caras afecciones, y al pedir protección á la Justicia, se han convencido de que sólo la podían esperar de sí mismos. Pero os equivocáis, señor, si creéis que sólo la piden los criminales; id de pueblo en pueblo, de casa en casa; escuchad los suspiros de las familias y os convenceréis de que los males que la Guardia civil corrige, son iguales, si no menores, á los que ella continuamente causa. ¿Deduciríamos por esto de que son criminales todos los vecinos? entonces ¿para qué defenderlos de los otros? por qué no destruirlos á todos?

— Algún error existe aquí que se me escapa ahora, algún error en la teoría que deshace la práctica, pues en España, en la Madre-Patria, este cuerpo presta y ha prestado muy grandes utilidades.

— No lo dudo: quizás esté allá mejor organizado, el personal más selecto; acaso también porque España lo necesite, pero no Filipinas. Nuestras costumbres, nuestro modo de ser, que siempre se invocan cuando se nos quiere negar un derecho, se olvidan totalmente cuando algo se nos quiere imponer. Y decidme, señor; ¿por qué no han adoptado esta institución las otras naciones que por su vecindad á España debían parecersele más que Filipinas? Será por esto que tienen aún menos robos en sus ferrocarriles, menos motines, menos asesinatos y se dan menos puñaladas en sus grandes capitales?

Ibarra bajó la cabeza como meditando, después la levantó y contestó:

— Esta cuestión, amigo mío, necesita un serio estudio; si mis indagaciones me dicen que esas quejas están fundadas, escribiré á mis amigos de Madrid, puesto que no tenemos diputados. Entretanto, creed que el Gobierno necesita de un cuerpo que tenga fuerza ilimitada para hacerse respetar, y autoridad para imponer.

— Eso, señor, cuando el Gobierno está en guerra con el

país; pero para bien del Gobierno, no debemos hacer creer al pueblo de que está en oposición contra el Poder. Mas, si así fuese, si prefiriésemos la fuerza al prestigio, deberíamos mirar bien á quién damos esta fuerza ilimitada, esta autoridad. Tanta fuerza en manos de hombres, y hombres ignorantes, llenos de pasiones, sin educación moral, sin honradez probada, es un arma en manos de un loco entre una multitud inerme. Concedo y quiero creer con vos que el Gobierno necesita este brazo, pues que escoja bien su brazo, que escoja los más dignos; y puesto que preliere darse autoridad á que el pueblo se la conceda, al menos que haga ver que sabe dársela.

Eliás hablaba con pasión, con entusiasmo; sus ojos brillaban y el timbre de su voz resonaba vibrante. Siguió una solemne pausa: la banca, no impelida por el remo, parecía mantenerse tranquila sobre las aguas; la luna resplandecía majestuosa en un cielo de zafir; algunas luces brillaban á lo lejos en la ribera.

— Y ¿qué más piden? preguntó Ibarra.

— Reforma del sacerdocio, respondió con voz desalentada y triste Eliás; los desgraciados piden más protección contra...

— ¿Contra las Ordenes religiosas?

— Contra sus opresores, señor.

— ¿Habrá olvidado Filipinas lo que á estas Ordenes debe? habrá olvidado la inmensa deuda de gratitud á los que los han sacado del error para darles la fe, á los que los han amparado contra las tiranías del poder civil? ¡He aquí el mal de no enseñarse la historia patria!

Eliás, sorprendido, apenas podía dar crédito á lo que oía.

— Señor, repuso con voz grave; acusáis de ingratitud al pueblo, permitid que yo, uno del pueblo que sufre, lo defienda. Los favores que se hacen, para que tengan derecho al reconocimiento, necesitan ser desinteresados. Hagamos caso omiso de la misión, de la caridad cristiana tan manoseada; prescindamos de la Historia, no preguntemos qué ha hecho España del pueblo judío que ha dado á toda Europa un libro, una religión y un Dios; qué ha hecho del pueblo árabe que le ha dado cultura, ha sido tolerante con su religión y ha despertado su amor propio nacional, aletargado, destruído casi durante la dominación romana y goda. Decís que nos han dado la fe y nos han sacado del error; ¿llamáis fe á esas prácticas exteriores, religión á ese comercio de correas y escapularios, verdad á esos milagros y cuentos que oímos todos los días? Es ésta la ley de Jesucristo? Para esto no necesitaba un Dios dejarse crucificar ni nosotros obligarnos á una gratitud eterna: la superstición existía mucho antes, sólo necesitaba perfeccionarse, y subir el precio de las



mercancías. Me diréis, que por imperfecta que fuese nuestra religión de ahora, es preferible á la que teníamos; lo creo y convido en ello, pero es demasiado cara, pues por ella hemos renunciado á nuestra nacionalidad, á nuestra independencia; por ella hemos dado á sus sacerdotes nuestros mejores pueblos, nuestros campos y damos aún nuestras economías con la compra de objetos religiosos. Se nos ha introducido un artículo de industria extranjera; lo pagamos bien y estamos en paz. Si me habláis de la protección dada contra los encomenderos, os podría contestar que por ellos caímos bajo el poder de estos encomenderos; pero no, reconozco que una verdadera fe y un verdadero amor á la Humanidad guiaban á los primeros misioneros que vinieron á nuestras playas; reconozco la deuda de gratitud hacia aquellos nobles corazones; sé que la España de entonces abundaba en héroes de todas clases así en lo religioso, como en lo político, en lo civil y en lo militar. Pero porque los antepasados fueron virtuosos, ¿consentiríamos el abuso en sus degenerados descendientes? Porque se nos ha hecho un gran bien, ¿seríamos culpables por impedir que nos hagan un mal? El país no pide la abolición, sólo pide reformas que exigen las nuevas circunstancias y las nuevas necesidades.

— Yo amo á nuestra patria como la podéis amar vos, Elias; comprendo algo de lo que desea, he oído con atención lo que dijisteis y con todo, amigo mío, creo que vemos un poco con los ojos de la pasión: aquí menos que en otra parte veo la necesidad de las reformas.

— ¿Será posible, señor? preguntó Elias extendiendo con desaliento las manos; ¿no veis la necesidad de reformas, vos cuyas desgracias de familia?...

— ¡Ah, yo me olvido de mí y olvido mis propios males ante la seguridad de Filipinas, ante los intereses de España! interrumpió vivamente Ibarra. Para conservar á Filipinas es menester que continúen como son los frailes, y en la unión con España está el bien de nuestro país.

Ibarra había concluido ya de hablar, y Elias escuchaba aún; su fisonomía estaba triste, sus ojos habían perdido su brillo.

— Los misioneros han conquistado el país, es verdad, repuso; ¿creéis que por los frailes se conservará Filipinas?

— Sí, sólo por ellos, así lo creen cuantos han escrito sobre Filipinas.

— ¡Oh! exclamó Elias arrojando con desaliento el remo en la banca; no creía que tuvieseis tan pobre idea del Gobierno y del país. ¿Por qué no despreciáis á uno y otro? qué diríais de una familia que sólo vive en paz por la intervención de una ex-

traña? ¡Un país que obedece porque se le engaña, un gobierno que manda porque se vale del engaño, un gobierno que no sabe hacerse amar ni respetar por sí mismo! Perdonad, señor, pero creo que vuestro Gobierno es torpe y suicida cuando se alegra de que tal se crea! Os doy gracias por vuestra amabilidad ¿á dónde queréis que os conduzca ahora?

— No, repuso Ibarra; discutamos, es menester saber quién tiene razón en materia tan importante.

— Perdonad, señor, contestó Elías sacudiendo la cabeza; no soy bastante elocuente para convencerlos; si bien he tenido alguna educación, soy un indio, mi existencia para vos es dudosa, y mis palabras os parecerán siempre sospechosas. Los que han expresado la opinión contraria son españoles, y como tales, aunque digan trivialidades ó simplezas, el tono, los títulos y el origen las consagran, les dan tal autoridad que desisto para siempre de combatirlos. Además, cuando veo que vos que amáis vuestro país, vos cuyo padre descansa debajo de estas tranquilas olas, vos que os habéis visto provocado, insultado y perseguido, conserváis tales opiniones á pesar de todo y de vuestra ilustración, empiezo á dudar de mis convicciones y admito la posibilidad de que el pueblo se equivoque. He de decir á esos desgraciados que han puesto su confianza en los hombres, que la pongan en Dios ó en sus brazos. Os doy de nuevo las gracias y mandad á dónde os debo conducir.

— Elías, vuestras amargas palabras llegan hasta mi corazón y me hacen también dudar. ¿Qué queréis? No me he educado en medio del pueblo, cuyas necesidades desconozco tal vez; he pasado mi niñez en el colegio de los jesuitas, he crecido en Europa, me he formado en los libros y he leído sólo lo que los hombres han podido traer á la luz: lo que permanece entre las sombras, lo que no dicen los escritores, eso lo ignoro. Con todo, amo como vos á nuestra patria, no sólo porque es deber de todo hombre amar el país á quien debe el ser y á quien deberá acaso el último asilo; no sólo porque mi padre me lo ha enseñado así, porque mi madre era india, y porque todos mis más hermosos recuerdos viven en él, le amo además porque le debo y le deberé mi felicidad!

— Y yo porque le debo mi desgracia, murmuró Elías.

— Si, amigo mío, sé que sufrís, sois desgraciado, y esto os hace ver obscuro el porvenir é influye en vuestra manera de pensar; por esto escucho con cierta prevención vuestras quejas. Si pudiese yo apreciar los motivos, parte de ese pasado...

— Mis desgracias reconocen otro origen; si supiese que iban á ser de alguna utilidad, os las referiría, pues aparte de que

no hago de ellas ningún misterio, son bastante conocidas de muchos.

— Acaso el saberlas rectifique mis juicios; sabéis que desconfío mucho de las teorías, me guío más por los hechos.

Elías permaneció pensativo algunos instantes.

— Si es así, señor, repuso, os referiré brevemente mi historia.

## L

### LA FAMILIA DE ELÍAS

«Hará unos sesenta años vivía mi abuelo en Manila y servía de tenedor de libros en casa de un comerciante español. Mi abuelo era entonces muy joven, estaba casado y tenía un hijo. Una noche, sin saberse cómo, ardió el almacén, el incendio se comunicó á toda la casa y de ésta á otras muchas. Las pérdidas fueron innumerables, se buscó un criminal y el comerciante acusó á mi abuelo. En vano protestó, y como era pobre y no podía pagar á los célebres abogados, fué condenado á ser azotado públicamente y paseado por las calles de Manila. No hace mucho se usaba todavía este castigo infamante, que el pueblo llama *caballo y vaca*, peor mil veces que la misma muerte. Mi abuelo, abandonado de todos menos de su joven esposa, vióse atado á un caballo, seguido de una cruel multitud, azotado en cada esquina, á la faz de los hombres, sus hermanos, y en la vecindad de los numerosos templos de un Dios de paz. Cuando el desgraciado, infame ya para siempre, hubo satisfecho la venganza de los hombres con su sangre, sus torturas y sus gritos, le tuvieron que sacar del caballo pues había perdido el sentido, y ¡ojalá hubiese muerto! Por una de esas crueldades refinadas le dieron la libertad; su mujer, en cinta entonces, en vano mendigó de puerta en puerta trabajo ó limosna, para cuidar al enfermo marido y al pobre hijo, ¿quién se fía de la mujer de un incendiario é infame? ¡La esposa, pues, tuvo que dedicarse á la prostitución!»

Ibarra se levantó de su asiento.

«¡Oh, no os inquietéis! la prostitución no era ya una deshonra para ella ni un deshonor para el marido: honor y vergüenza ya no existían. El marido curó de sus heridas y vino

á ocultarse con su mujer é hijo en los montes de esta provincia. Aquí parió la mujer un feto estropeado y lleno de enfermedades, que tuvo la fortuna de morir. Aquí vivieron algunos meses aún, miserables, aislados, odiados y huídos de todos. No pudiendo mi abuelo soportar su miseria y menos valeroso que su mujer, se ahorcó, desesperado de ver á su esposa enferma, privada de todo auxilio y cuidado. El cadáver se pudrió á la vista del hijo, que apenas podía cuidar á su madre enferma, y el mal olor lo descubrió á la justicia. Mi abuela fué acusada y condenada por no haber dado parte; se le atribuyó la muerte de su marido y se creyó, pues ¿de qué no es capaz la mujer de un miserable, que después fué prostituta? Si jura, la llaman perjura, si llora le dicen que miente, y blasfema si invoca á Dios. Sin embargo, le tuvieron consideración y esperaron su alumbramiento para después azotarla: sabéis que los frailes extienden la creencia de que á los indios únicamente se los puede tratar á palos: leed lo que dice el P. Gaspar de S. Agustín.

» Condenada así una mujer, maldecirá el día en que su hijo salga á luz: lo cual es, además de prolongar el suplicio, violentar los sentimientos maternales. La mujer parió con felicidad por desgracia, y por desgracia también el niño nació robusto. Dos meses después cumpliósese la sentencia con gran satisfacción de los hombres, que así creían cumplir con su deber. No tranquila ya en estos montes, huyó con sus dos hijos á la vecina provincia y allí vivieron como fieras: odiando y odiados. El mayor de los dos hermanos, que recordaba en medio de tanta miseria su infancia feliz, se hizo tulinán tan luego como se halló con fuerzas. Pronto el nombre sanguinario de *Bálat* se extendió de provincia en provincia, terror de los pueblos, porque en su venganza todo lo llevaba á sangre y fuego. El menor que había recibido de la Naturaleza un corazón bueno, habíase resignado con su suerte é infamia al lado de su madre; vivían de lo que el bosque daba, vestíanse de los andrajos que les arrojaban los caminantes; ella había perdido su nombre, sólo se la conocía por los apelativos de *delincuente*, *prostituta*, *apaleada*; él era únicamente conocido por el hijo de su madre, porque por la dulzura de su carácter no le creían hijo del incendiario, y porque todo se puede dudar de la moralidad de los indios. Al fin, el famoso Bálat cayó un día en poder de la Justicia, que le pidió estrecha cuenta de sus crímenes, ella que nada había hecho para enseñarle el bien; y una mañana, buscando el joven á su madre que había ido al bosque para coger hongos y aun no había vuelto, encontróla tendida en tierra, á orillas del camino, debajo de un algodouero, la cara vuelta al cielo, los ojos

desencajados, fijos, crispados los dedos, hundidos en tierra, sobre la cual se veían manchas de sangre. Ocurríase al joven levantar la vista y seguir la mirada del cadáver, y ve en la rama colgado un cesto, y dentro del cesto la ensangrentada cabeza del hermano!»

— ¡Dios mío! exclamó Ibarra.

— «Eso pudo exclamar mi padre, continuó Elias fríamente. Los hombres habían descuartizado al salteador y enterrado el tronco, pero los miembros fueron esparcidos y colgados en diferentes pueblos. Si vais alguna vez de Kalamba á Santo Tomás, encontraréis todavía el miserable árbol de lomboy donde colgó pudriéndose una pierna de mi tío: la Naturaleza le ha maldecido y el árbol ni crece ni da fruto. Lo mismo hicieron con los otros miembros, pero la cabeza, la cabeza como lo mejor del individuo, como lo que más fácilmente se reconoce, la colgaron delante de la cabaña de la madre!»

Ibarra bajó la cabeza.

— «El joven huyó como un maldito, continuó Elias; huyó de pueblo en pueblo, por montes y valles, y cuando ya se creía desconocido, entró de trabajador en casa de un rico en la provincia de Tayabas. Su actividad, la dulzura de su carácter le granjearon la estimación de cuantos no conocían su pasado. A fuerza de trabajo y economía logró hacerse un pequeño capital, y como la miseria había pasado y era joven, pensó en ser feliz. Su buena presencia, su juventud y su situación algo desahogada le captaron el amor de una joven del pueblo, cuya mano no se atrevía á pedir por miedo de que el pasado se conociese. Pero el amor pudo más y ambos faltaron á sus deberes. El hombre para salvar el honor de la mujer, lo arriesga todo, la pide en matrimonio, se buscan los papeles y todo se descubre; el padre de la joven era rico, consiguió que procesaran al hombre, que no trató de defenderse, lo admitió todo y fué enviado á presidio. La joven dió á luz un niño y una niña, que fueron criados en secreto, haciéndoles creer en un padre muerto, lo que no era difícil, habiendo visto, siendo de tierna edad, morir á su madre, y pensándose poco en indagar genealogías. Como nuestro abuelo era rico, nuestra niñez fué muy venturosa; mi hermana y yo nos educamos juntos, nos amábamos como sólo se aman dos gemelos que no conocen otros amores. Muy joven fui á estudiar en el colegio de los jesuitas, y mi hermana, para no separarnos del todo, pasó á la pensión de la Concordia. Concluida nuestra corta educación, porque únicamente deseábamos ser agricultores, nos retiramos al pueblo para tomar posesión de la herencia de nuestro abuelo.

Vivimos algún tiempo felices, el porvenir nos sonreía, teníamos muchos criados, nuestros campos cosechaban bien y mi hermana estaba en vísperas de casarse con un joven á quien adoraba y de quien era igualmente correspondida. Por cuestiones pecuniarias, por mi carácter entonces altivo, me enajené la voluntad de un lejano pariente, y un día me echó en cara mi tenebroso nacimiento, mi infame ascendencia. Yo lo creí una calumnia y pedí satisfacción; la tumba en que dormía tanta podredumbre se volvió á abrir y la verdad salió para confundirme. Para mayor desdicha, teníamos desde hace años un criado viejo, que sufría todos mis caprichos sin dejarnos nunca, contentándose sólo con llorar y gemir entre las burlas de los otros servidores. Yo no sé cómo lo averiguó mi pariente, el caso es que citó ante la justicia á este viejo y le hizo declarar la verdad; el viejo criado era nuestro padre, que se pegaba á sus queridos hijos y á quien yo había maltratado varias veces. Nuestra dicha se desvaneció, renuncié á nuestra fortuna, mi hermana perdió su novio, y con mi padre abandonamos el pueblo para ir á otro punto cualquiera. El pensamiento de haber contribuido á nuestra desgracia acertó los días del anciano, de cuyos labios supe todo el doloroso pasado. Mi hermana y yo nos quedamos solos.

» Ella lloró mucho, pero en medio de tantos dolores como sobre nosotros se amontonaron, no pudo olvidarse de su amor. Sin quejarse, sin decir una palabra, vió casarse con otra á su antiguo novio, y yo la ví poco á poco enfermarse sin poderla consolar. Un día desapareció; en vano la busqué por todas partes, en vano pregunté por ella, hasta que seis meses después supe que por aquella época, después de una crecida del lago, se había encontrado en la playa de Kalamba entre unos arrozales el cadáver de una joven, ahogada ó asesinada; tenía, según dicen, un cuchillo clavado en el pecho. Las autoridades de aquel pueblo hicieron publicar el hecho en los pueblos vecinos; nadie se presentó á reclamar el cadáver, ninguna joven había desaparecido. Por las señas que me dieron después, por el traje, las alhajas, la hermosura de su rostro y su abundantísima cabellera, reconocí en aquélla á mi pobre hermana. Desde entonces vago de provincia en provincia; mi fama y mi historia andan en boca de muchos, se me atribuyen hechos, á veces se me calumnia, pero hago poco caso de los hombres y continúo mi camino. He aquí en breve relatada mi historia, y la historia de uno de los juicios de los hombres.»

Elias se calló y continuó remando.

— Voy creyendo que no os falta razón, murmuró en voz baja

Crisóstomo, cuando decís que la justicia debía procurar el bien por la recompensa de la virtud y la educación de los criminales. Sólo que... esto es imposible, utópico; pues ¿de dónde sacar tanto dinero, tantos nuevos empleados?

— Y ¿para qué están los sacerdotes que pregonan su misión de paz y caridad? ¿Será más meritorio mojar con agua la cabeza de un niño, darle á comer sal, que despertar en la obscuridad conciencia de un criminal esa centella, dada por Dios á cada hombre para buscarse su bien? Será más humano acompañar á un reo al patíbulo, que acompañarle por la difícil senda que conduce del vicio á la virtud? No se pagan también espías, verdugos y guardias civiles? Esto, sobre ser sucio, cuesta también dinero.

— Amigo mío, ni vos ni yo, aunque lo queramos, no lo conseguiremos.

— Solos, en verdad, somos nada; pero tomad la causa del pueblo, uníos al pueblo, no desoigáis sus voces, dad ejemplo á los demás, dad la idea de lo que se llama una patria!

— Lo que pide el pueblo es imposible; es menester esperar.

— ¡Esperar, esperar equivale á sufrir!

— Si lo pidiese, se me reirían.

— Y ¿si el pueblo os sostuviese?

— ¡Jamás! no seré yo nunca el que he de guiar á la multitud á conseguir por la fuerza lo que el Gobierno no cree oportuno, no! Y si yo viera alguna vez á esa multitud armada, me pondría del lado del Gobierno y la combatiría, pues en esa turba no vería á mi país. Yo quiero su bien, por eso levanto una escuela; lo busco por medio de la instrucción, por el progresivo adelanto; sin luz no hay camino.

— ¡Sin lucha tampoco hay libertad! contestó Elías.

— ¡Es que yo no quiero esa libertad!

— Es que sin libertad no hay luz, replicó el piloto con viveza; decís que conocéis poco vuestro país, lo creo. No veis la lucha que se prepara, no veis la nube en el horizonte; el combate comienza en la esfera de las ideas para descender á la arena, que se teñirá en sangre; oigo la voz de Dios, ¡ay de los que quieran resistirle! para ellos no se ha escrito la Historia!

Elías estaba transfigurado: de pie, descubierto, su semblante varonil, iluminado por la luna, tenía algo de extraordinario. Sacudió su abundante cabellera y continuó:

— ¿No veis como todo despierta? El sueño duró siglos, pero un día cayó el rayo, y el rayo, al destruir, llamó la vida; desde entonces nuevas tendencias trabajan los espíritus, y estas ten-

dencias, hoy separadas, se unirán un día guiadas por Dios. Dios no ha faltado á los otros pueblos, tampoco faltará al nuestro; su causa es la causa de la libertad!

Un silencio solemne siguió á estas palabras. Entretanto la banca, llevada insensiblemente por las olas, se acercaba á la orilla. Elías fué el primero que rompió el silencio.

— ¿Qué he de decir á los que me envían? preguntó cambiando de tono.

— Ya os lo he dicho: que deploro mucho su estado, pero que esperen, pues los males no se curan con otros males, y en nuestra desgracia todos tenemos nuestras culpas.

Elías no volvió á replicar, bajó la cabeza, continuó remando, y llegado á la orilla, se despidió de Ibarra diciendo:

— Os doy gracias, señor, por la condescendencia que habéis tenido conmigo; en interés vuestro os pido que en adelante os olvidéis de mí y no me reconozcáis en cualquiera situación que me encontréis.

Y dicho esto, volvió á conducir la banca, remando en dirección á una espesura en la playa. Durante la larga travesía permaneció silencioso; parecía no ver otra cosa que los millares de diamantes que con el remo sacaba y devolvía al lago donde desaparecían misteriosos entre las azules ondas.

Por fin llegó; un hombre salió de la espesura y se le acercó.

— ¿Qué digo al Capitán? preguntó.

— Dile que Elías, si no muere antes, cumplirá su palabra, contestó tristemente.

— Entonces ¿cuándo te reunirás con nosotros?

— Cuando vuestro Capitán crea que ha llegado la hora del peligro.

— ¡Está bien, adiós!

## LI

### CAMBIOS

El pudibundo Linares está serio y lleno de inquietud; acaba de recibir una carta de Doña Victorina que dice así:

«Estimado primo: Dentro de tres días espero saber de ti si ya te á matado el alferes ó tu hael no quiero que pase un dia mas sin que eze animal tenga su castigo si pasa este plazo iaun



no leas desafío haese le digo ha don Santiago que jamas fuiste segretario ni dabas bromas á Canobas ni ivas de golgorio con el general don arseño Martines le digo ha Clarita que todo es bola ino te doy ni un cuarto mas si le desafias te prometo todo lo que quieras con que haver si le deza fias te prebengo que no hay es qucas ni motibos.

Tu prima que te quiere decoracon

Victorina de los Reyes de De España.

Sampaloc lunes a las 7 de la Noche.»

El asunto era serio. Linares conocía el carácter de Doña Victorina y sabía de qué era capaz; hablarle de razón era hablar de honradez y urbanidad á un carabinero de Hacienda cuando se propone encontrar contrabando donde no lo hay; suplicar era inútil, engañar, peor; no había más remedio que desafiar.

— Pero ¿cómo? decía paseándose solo; ¿si me recibe á cajas destempladas? si me encuentro con su señora? quién querrá ser mi padrino? el cura? Capitán Tiago? ¡Maldita sea la hora en que he dado oídos á sus consejos! Latera! ¿Quién me obligaba á darme pisto, contar bolas, engatusar fanfarronadas! qué va á decir de mí esa señorita?... Ahora me pesa haber sido secretario de todos los ministros!

En este triste soliloquio estaba el buen Linares cuando el P. Salvi llegó. El franciscano estaba en verdad más delgado y pálido que de costumbre, pero sus ojos brillaban con una luz singular y en sus labios se asomaba una extraña sonrisa.

— Sr. Linares, ¿tan solo? saludó dirigiéndose á la sala por cuya entreabierta puerta se escapaban algunas notas de piano.

Linares quiso sonreir.

— Y ¿Don Santiago? añadió el cura.

Capitán Tiago se presentó en el momento mismo, besó la mano al cura, le desembarazó de su sombrero y bastón, sonriendo como un bendito.

— ¡Vamos, vamos! decía el cura entrando en la sala seguido de Linares y Capitán Tiago; tengo buenas noticias que participar á todos. He recibido cartas de Manila que me confirman la que ayer me trajo el señor Ibarra... de modo, Don Santiago, que el impedimento desaparece.

María Clara, que estaba sentada al piano entre sus dos amigas, medio se levanta, pero pierde las fuerzas y vuelve á sentarse. Linares palidece y mira á Capitán Tiago, que baja los ojos.

— Ese joven me va pareciendo muy simpático, continúa el cura; al principio le juzgué mal... es un poco vivo de genio, pero después sabe tan bien arreglar sus faltas que no se le puede guardar rencor. Si no fuera por el P. Dámaso...

Y el cura dirigió una rápida mirada á María Clara, que escuchaba pero sin apartar los ojos del papel de música, á pesar de los pellizcos disimulados de Sinang, que así expresaba su alegría; á estar á solas habría bailado.

— ¿El P. Dámaso?... preguntó Linares.

— Sí, el P. Dámaso ha dicho, continuó el cura sin separar su vista de María Clara, que como... padrino de bautismo, no podía él permitir... pero en fin, yo creo que si el señor Ibarra le pide perdón, lo que no dudo, todo se arreglará.

María Clara se levantó, dió una excusa y se retiró á su cuarto, acompañada de Victoria.

— Y ¿si el P. Dámaso no le perdona? pregunta en voz baja Capitán Tiago.

— Entonces... María Clara verá... el P. Dámaso es su padre espiritual; pero yo creo que se entenderán.

En aquel instante oyéronse pasos y apareció Ibarra, seguido de la tía Isabel; su presencia produjo una impresión muy variada. Saludó con afabilidad á Capitán Tiago, que no supo si sonreír ó llorar, á Linares con una profunda inclinación de cabeza. Fr. Salví se levantó y le tendió tan afectuosamente la mano que Ibarra no pudo contener una mirada de sorpresa.

— No lo extrañe V., dice Fr. Salví; ahora mismo le alababa á V.

Ibarra dió las gracias y se acercó á Sinang.

— ¿Dónde has estado todo el día? preguntó ésta con su charla juvenil; nos preguntábamos y decíamos: ¿A dónde habrá ido esa alma redimida del Purgatorio? Y cada una de nosotras decía una cosa.

— Y ¿se puede saber qué deciais?

— No, eso es un secreto, pero ya te lo diré á solas. Ahora dinos dónde has estado para ver quién ha podido adivinar.

— No, eso es también un secreto, pero ya te lo diré á solas, si los señores lo permiten.

— ¡Ya lo creo, ya lo creo! No faltaba más! dijo el P. Salví.

Sinang llevó á Crisóstomo á un extremo de la sala; ella estaba muy alegre con la idea de saber un secreto.

— Dime, amiguita, preguntó Ibarra; ¿está María enfadada conmigo?

— No lo sé, pero dice que es mejor que la olvides y se pone á llorar. Capitán Tiago quiere que se case con aquel señor,

el P. Dámaso también, pero ella no dice ni sí ni no. Esta mañana, cuando preguntábamos por ti y yo decía ¿si habrá ido á hacer el amor á alguna? ella me contestó: ¡ojalá! y se puso á llorar.

Ibarra estaba serio.

— Dile á María que quiero hablarla á solas.

— ¿A solas? preguntó Sinang frunciendo las cejas y mirándole.

— Enteramente á solas, no; pero que no esté aquél delante.

— Es difícil; pero pierde cuidado, se lo diré.

— Y ¿cuándo sabré la contestación?

— Mañana, vete á casa temprano. María no quiere jamás estar sola, la acompañamos; Victoria duerme una noche á su lado y yo otra; mañana me toca el turno. Pero oye, ¿y el secreto? Te vas sin decirme lo principal?

— ¡Es verdad! estuve en el pueblo de Los Baños; voy á explotar los cocales, pues pienso levantar una fábrica; tu padre será mi socio.

— ¿Nada más que eso? ¡Vaya un secreto! exclamó Sinang en voz alta con el tono de un usurero estafado; yo creía...

— ¡Cuidado! no te permito que lo publiques!

— ¡Ni ganas! contestó Sinang arrugando la nariz. Si fuera algo más importante, lo diría á mis amigas; pero ¡comprar cocos! cocos! ¿quién se interesa por los cocos?

Y más que de prisa fué á buscar á sus amigas.

Momentos después, Ibarra se despidió viendo que la reunión no podía menos de languidecer; Capitán Tiago tenía una cara agrídice, Linares estaba callado y observaba, el cura aparentando alegría hablaba de cosas extrañas. Ninguna de las jóvenes había vuelto á salir.

## LII

### LA CARTA DE LOS MUERTOS Y LAS SOMBRAS

El nublado cielo oculta á la luna; un viento frío, presagio del próximo Diciembre, barre algunas hojas secas y el polvo en el estrecho sendero que conduce al cementerio.

Tres sombras se hablan en voz baja debajo de la puerta.

— ¿Le has hablado á Elías? pregunta una voz.

— No, ya sabes que es muy raro y circunspecto, pero debe ser de los nuestros: Don Crisóstomo le ha salvado la vida.

— Por eso acepté, dice la primera voz; Don Crisóstomo hace que la curen á mi mujer en casa de un médico en Manila! Me he encargado del convento para arreglar mis cuentas con el cura.

— Y nosotros, del cuartel para decir á los civiles que nuestro padre tenía hijos.

— ¿Cuántos seréis?

— Cinco, con cinco hay bastante. El criado de Don Crisóstomo dice que seremos veinte.

— Y ¿si no salís bien?

— St! dijo uno y todos se callaron.

Veíase á favor de la semiobscuridad venir una sombra, deslizarse siguiendo el cerco; de tiempo en tiempo se detenía como si volviese la cara hacia atrás.

Y no le faltaba motivo. Detrás, á unos veinte pasos, venía otra sombra, mayor, y que parecía más sombra que la primera: tan ligeramente pisaba el suelo, desaparecía con rapidez como si le tragase la tierra cada vez que la primera se detenía y volvía.

— ¡Me siguen! murmuró ésta; ¿será la Guardia Civil? mentirá el sacristán mayor?

— Dicen que es aquí la cita, pensaba la segunda sombra; de algo malo se debe tratar cuando me lo ocultan los dos hermanos.

La primera sombra llegó al fin á la puerta del cementerio. Las tres primeras se adelantaron.

— ¿Sois vosotros?

— ¿Sois vos?

— ¡Separémonos que me han seguido! Mañana tendréis las armas y á la noche será. El grito es: « ¡Viva Don Crisóstomo! »  
Idos!

Las tres sombras desaparecieron detrás de las tapias. El recién llegado se ocultó en el hueco de la puerta y esperó silencioso.

— ¡Veamos quién me sigue! murmuró.

La segunda sombra llegó con mucha precaución y se detuvo como para mirar en torno suyo.

— ¡He llegado tarde! dijo á media voz; pero acaso vuelvan.

Y como empezaba á caer una lluvia fina y menuda que amenazaba durar, pensó guarecerse debajo de la puerta.

Naturalmente se encontró con el otro.

— ¡Ah! quién sois? preguntó el recién llegado con una voz varonil.

— Y ¿quién sois vos? contestó el otro tranquilamente.

Un momento de pausa; ambos trataban de reconocerse por el timbre de la voz y distinguirse las facciones.

— ¿Qué esperáis aquí? preguntó el de voz varonil.

— Que den las ocho para tener la carta de los muertos, quiero ganar esta noche una cantidad, contestó el otro con voz natural; y vos ¿á qué venís?

— A... lo mismo.

— ¡Abá! me alegro; así no estaré sin compañero. Traigo cartas; á la primera campanada les pongo albur; á la segunda, gallo; las que se muevan son las cartas de los muertos y hay que disputárselas á tajos. ¿Traéis también cartas?

— ¡No!

— ¿Entonces?

— Sencillamente; así como les ponéis banca, espero que ellos me la pongan.

— Y ¿si los muertos no la ponen?

— ¿Qué hacer? El juégó no se ha hecho todavía obligatorio entre los muertos...

— Hubo un momento de silencio.

— ¿Venís armado? Cómo vais á luchar con los muertos?

— Con mis puños, contestó el más grande de los dos.

— ¡Ah, diablo, ahora me acuerdo! los muertos no apuntan cuando hay más de un vivo, y somos dos.

— ¿De veras? pues yo no quiero irme.

— Ni yo, me hace falta dinero, contestó el más pequeño; pero hagamos una cosa: juguemos entre los dos, y el que pierda que se aleje.

— Sea... contestó el otro con cierto disgusto,

— Entonces entremos... ¿tenéis fósforos?

Entraron y buscaron en aquella semiobscuridad un lugar á propósito; pronto encontraron un nicho sobre el que se sentaron. El más bajo sacó de su salakot unas cartas, y el otro encendió un fósforo.

A la luz miráronse el uno al otro, pero, á juzgar por la expresión de sus rostros, no se conocían. No obstante, nosotros reconoceremos en el más alto y de voz varonil á Elías, y en el menor á Lucas por la cicatriz de la mejilla.

— ¡Cortad! dijo éste, sin dejar de observarle.

Apartó algunos huesos que encontró sobre el nicho, y sacó un as y un caballo. Elías encendía fósforos uno tras otro.

— ¡Al caballo! dijo y para señalar la carta puso una vértebra encima.

— ¡Juego! dijo Lucas y á las cuatro ó cinco cartas sacó un as.

— Habéis perdido, añadió; ahora dejadme solo que me busque la vida.

Elias, sin decir una palabra, se alejó perdiéndose en la obscuridad.

Algunos minutos después dieron las ocho en el reloj de la iglesia y la campana anunció la hora de las ánimas; pero Lucas no invitó á jugar á nadie, no evocó á los muertos, como manda la superstición, sino que se descubrió y murmuró algunas oraciones, santiguándose y persignándose con el mismo fervor con que lo haría en aquel momento el jefe de la Cofradía del Santísimo Rosario.

Toda la noche siguió lloviznando. A las nueve las calles estaban ya oscuras y solitarias; los faroles de aceite, que cada vecino debe colgar, apenas iluminaban una esfera de un metro de radio: parecían encendidos para hacer ver las tinieblas.

Dos guardias civiles se pasean de un extremo á otro de la calle, cerca de la iglesia.

— ¡Hace frío! decía uno en tagalo con acento visaya; no cogemos á ningún sacristán, no hay quien componga el gallinero del alférez... Con la muerte del otro se han escarmentado; esto me aburre.

— Y á mí, contesta el otro; nadie roba, nadie alborota; pero, gracias á Dios, dicen que ese Elias está en el pueblo. Dice el alférez que el que le coja, estará libre de azotes durante tres meses.

— ¡Aa! ¿Sabes de memoria las señas? preguntó el visaya.

— ¡Ya lo creo! estatura, alta según el alférez, regular según el P. Dámaso; color, moreno; ojos, negros; nariz, regular; boca, regular; barba, ninguna; pelo, negro...

— ¡Aa! y ¿señas particulares?

— Camisa negra, pantalón negro, leñador...

— ¡Aa! no se escapará; me parece ya verle.

— No le confundo con otro, aunque se le parezca.

Y ambos soldados siguen su ronda.

A la luz de los faroles vemos otra vez dos sombras ir una detrás de otra con gran cautela. Un enérgico *¿quién vive?* detiene á ambas, y la primera contesta *¡España!* con voz temblorosa.

Los soldados le arrastran y le llevan á un farol para reconocerle. Era Lucas, pero los soldados dudan y se consultan con la mirada.

— ¡El alférez no ha dicho que tenga cicatriz! dice el visaya en voz baja. ¿A dónde vas?

— A mandar una misa para mañana.

- ¿No has visto á Elías?
- ¡No le conozco, señor! contesta Lucas.
- ¡No te pregunto si le conoces, tonto! tampoco le conocemos; te pregunto si le has visto.
- No, señor.
- Oye bien, te diré sus señas. Estatura á veces alta, á veces regular; pelo y ojos, negros; todo lo demás es regular, dice el visaya. ¿Le conoces ahora?
- ¡No, señor! contestó Lucas atontado.
- Entonces, ¡*sulung!* bruto! burro! — Y le dieron un empellón.
- ¿Sabes tú por qué para el alférez es alto Elías y para el cura regular? pregunta pensativo el tagalo al visaya.
- No.
- Porque el alférez estaba hundido en el charco cuando le observó y el cura de pie.
- ¡Es verdad! exclama el visaya; tienes talento... ¿cómo eres guardia civil?
- No siempre lo fui; yo era contrabandista, contesta el tagalo con jactancia.
- Pero otra sombra los distrajo: le dieron el *¿quién vive?* y la llevaron á la luz. Esta vez era el mismo Elías el que se presentaba.
- ¿A dónde vas?
- A perseguir, señor, á un hombre que pegó y amenazó á mi hermano; tiene una cicatriz en la cara y se llama Elías...
- ¿Ha? exclaman los dos y se miran espantados.
- Y acto continuo echan á correr en dirección á la iglesia, donde minutos antes había desaparecido Lucas.

### LIII

#### IL BUON DÍ SI CONOSCE DA MATTINA

Temprano se esparció por el pueblo la noticia de que la noche anterior se habían visto muchas luces en el cementerio.

El jefe de la V. O. T. hablaba de velas encendidas y describía sus formas y tamaños, pero no podía decir á punto fijo el número, pero había contado más de veinte. Hermana Sipa, de la Cofradía del Smo. Rosario, no debía tolerar que se jactase

solo de haber visto esta gracia de Dios uno de la Hermandad enemiga: Hermana Sipa, aunque no vive cerca, oyó lamentos y gemidos, y hasta creyó reconocer en las voces ciertas personas, con quienes ella en otro tiempo... pero por caridad cristiana, no solamente perdonaba sino oraba y callaba sus nombres, por lo cual todos la declaraban santa *incontinenti*. Hermana Rufa no tenía en verdad tan fino el oído, pero no debía sufrir que Hermana Sipa lo haya oído y ella no; por esto ha tenido un sueño y se le han presentado muchas almas, no sólo de personas muertas sino también de vivas; las almas en pena pedían parte de sus indulgencias, apuntadas en toda regla y atesoradas. Ella podrá decir los nombres á las familias interesadas, y sólo pide una pequeña limosna para socorrer al Papa en sus necesidades.

Un muchachuelo, pastor de oficio, que se atrevió á asegurar no haber visto más que una luz y dos hombres con salakot, á duras penas escapó de palos é insultos. En vano juró; estaban sus karabaos que venían con él y podían hablar.

— ¿Vas á saber más que el celador y las Hermanas, *parac-mason*, hereje? le decían y le miraban con malos ojos.

El cura subió al púlpito y volvió á predicar sobre el Purgatorio, y los pesos volvieron á salir de sus escondites para pagar una misa.

Pero dejemos á las almas en pena y oigamos la conversación de D. Filipo y del viejo Tasio, enfermo, en su casita solitaria. Hacía días que el filósofo ó el loco no dejaba la cama, postrado por una debilidad que progresaba rápidamente.

— En verdad que no sé si felicitaros porque os hayan admitido la dimisión; antes, cuando el gobernadorcillo desoyó tan descaradamente el parecer de la mayoría, el solicitarla era justo; pero ahora que estáis en lucha con la Guardia Civil, es inconveniente. En tiempo de guerra se debe permanecer en su puesto.

— Sí, pero no cuando el general se vende, contestó D. Filipo; ya sabéis que á la siguiente mañana puso el gobernadorcillo en libertad á los soldados que he conseguido prender, y se ha negado á dar un solo paso. Sin el consentimiento de mi superior no puedo nada.

— Vos, solo, nada, pero con los demás, mucho. Hubierais aprovechado esta ocasión para dar un ejemplo á los otros pueblos. Sobre la ridícula autoridad del gobernadorcillo está el derecho del pueblo; era el comienzo de una buena lección y la perdisteis.

— Y ¿qué hubiera podido yo contra el representante de las preocupaciones? Ahí tenéis al señor Ibarra; se ha plegado á las creencias de la multitud, ¿pensáis que cree en la excomunió?



— No estáis en la misma situación: el señor Ibarra quiere sembrar, y para sembrar hay que bajarse y obedecer á la materia; vuestra misión era sacudir, y para sacudir se pide fuerza é impulso. Además, la lucha no se debía plantar contra el gobernadorcillo; la frase debía ser: contra el que abusa de su fuerza, contra el que turba la tranquilidad pública, contra el que falta á su deber; y no hubierais estado solo, pues que el país de ahora no es ya el mismo de hace veinte años.

— ¿Lo creéis? preguntó D. Filipo.

— Y ¿no lo sentís? contestó el anciano medio incorporándose en el lecho; ¡ah! es porque no habéis visto el pasado, no habéis estudiado el efecto de la inmigración europea, de la venida de nuevos libros y de la marcha de la juventud á Europa. Estudiad y comparad: es cierto que existe aún la Real y Pontificia Universidad de Sto. Tomás con su sapientísimo claustro, y se ejercitan todavía algunas inteligencias en formular distinguidos y ultimar las sutilezas del escolasticismo, pero ¿dónde encontraréis ahora aquella juventud metafísica de nuestros tiempos, de instrucción arqueológica, que, torturado el encéfalo, moría sofisticando en un rincón de provincias, sin acabar de comprender los atributos del *ente*, sin resolver la cuestión de la *esencia* y *existencia*, elevadísimos conceptos que nos hacían olvidar de lo esencial: de nuestra existencia y propia entidad? ¡Ved ahora la niñez! Llena de entusiasmo á la vista de más amplios horizontes, estudia Historia, Matemáticas, Geografía, Literatura, Ciencias Físicas, Lenguas, materias todas que en nuestro tiempo oíamos con horror como si fuesen herejías; el más libre-pensador de mi época las declaraba inferiores á las categorías de Aristóteles y á las leyes del silogismo. El hombre ha comprendido al fin que es hombre; renuncia al análisis de su Dios, á penetrar en lo impalpable, en lo que no ha visto, á dar leyes á los fantasmas de su cerebro; el hombre comprende que su herencia es el vasto mundo cuyo dominio está á su alcance; cansado de un trabajo inútil y presuntuoso, baja la cabeza y examina cuanto le rodea. Ved ahora como nacen nuestros poetas; las Musas de la Naturaleza nos abren poco á poco sus tesoros y empiezan á sonreirnos para alentarnos al trabajo. Las Ciencias experimentales han dado ya sus primeros frutos: falta ahora que el tiempo los perfeccione. Los nuevos abogados se forman en los nuevos moldes de la Filosofía del Derecho; algunos empiezan á brillar en medio de las tinieblas que rodean á nuestra tribuna, y advierten un cambio en la marcha de los tiempos. Oid cómo habla la juventud, visitad los centros de enseñanza, y otros nombres resuenan en las paredes de los claustros, allí donde sólo oíamos

los de Sto. Tomás, Suárez, Amat, Sánchez y otros, ídolos de mis tiempos. En vano claman desde el púlpito los frailes contra la desmoralización, como claman los vendedores de pescado contra la avaricia de los compradores, sin notar que su mercancía está pasada é inservible! En vano extienden los conventos sus prolongaciones y raíces para ahogar en los pueblos la corriente nueva; los dioses se van; las raíces del árbol pueden enflaquecer á las plantas que en él se apoyan, pero no quitar la vida á otros seres, que, como el ave, se remonta á los cielos.

El filósofo hablaba con animación; sus ojos brillaban.

— Sin embargo, el germen nuevo es pequeño; si todos se proponen, el progreso que tan caro compramos, se puede ahogar, objetó D. Filipo incrédulo.

— Ahogarle, ¿quién? el hombre, ese enano enfermo, ahogar al Progreso, al poderoso hijo del tiempo y de la actividad? Cuándo lo pudo? El dogma, el cadalso y la hoguera tratando de suspenderle, le empujan. *E pur si muove* decía Galileo cuando los dominicos le obligaban á declarar que la tierra no se movía; la misma frase se aplica al progreso humano. Se violentarán algunas voluntades, se sacrificarán algunos individuos, pero no importa: el Progreso seguirá su camino, y de la sangre de los que caigan brotarán nuevos y vigorosos retoños. ¡Ved! la Prensa misma, por más retrógrada que quisiese ser, da también sin quererlo un paso hacia adelante; los mismos dominicos no escapan á esta ley, é imitan á los jesuítas, sus enemigos irreconciliables: dan fiestas en sus claustros, levantan sus teatritos, componen poesías, porque, como no les falta inteligencia á pesar de creerse en el siglo xv, comprenden que los jesuítas tienen razón y tomarán aún parte en el porvenir de los pueblos jóvenes que han educado.

— Según vos, ¿los jesuítas van con el Progreso? preguntó admirado D. Filipo; ¿por qué pues se los combate en Europa?

— Os contestaré como un antiguo escolástico, contestó el filósofo, volviéndose á acostar y recobrando su fisonomía burlesca; de tres maneras se puede ir con el Progreso: delante, al lado y detrás; los primeros le guían, los segundos se dejan llevar, los últimos son arrastrados, y á éstos pertenecen los jesuítas. Ellos ya quisieran dirigirle, pero, como le ven fuerte y con otras tendencias, capitulan, prefieren seguir á ser aplastados ó quedarse en medio del camino entre sombras. Ahora bien, nosotros, en Filipinas, vamos lo menos tres siglos detrás del carro: apenas empezamos á salir de la Edad Media; por esto los jesuítas, que son retroceso en Europa, vistos desde aquí, representan el Progreso; Filipinas les debe su naciente instruc-

ción, las Ciencias Naturales, alma del siglo XIX, como á los dominicos el Escolasticismo, muerto ya á pesar de León XIII: no hay Papa que resucite lo que el sentido común ha ajusticiado... Pero ¿á dónde hemos ido? preguntó cambiando de tono; ¡ah! hablábamos del estado actual de Filipinas... Sí, ahora entramos en el periodo de lucha, digo, vosotros; nuestra generación pertenece á la noche, nos vamos. La lucha está entre el pasado que se aferra y agarra con maldiciones al vacilante castillo feudal, y el porvenir, cuyo canto de triunfo se oye á lo lejos á los resplandores de una naciente aurora, trayendo la Buena-Nueva de otros países... ¿Quiénes caerán y se sepultarán en las ruinas de lo que se desmorone?

El anciano calló, y viendo que D. Filipo le miraba pensativo, sonrióse y repuso:

— Casi adivino lo que pensáis.

— ¿De veras?

— Pensáis que muy bien puedo equivocarme, dijo sonriendo con tristeza; hoy tengo fiebre y no soy infalible: *homo sum et nihil humani a me alienum puto*, decia Terencio; pero si alguna vez se permite soñar, ¿por qué no soñar agradablemente en las últimas horas de la vida? Y luego, ¿no he vivido más que de sueños! Tenéis razón; sueño! nuestros jóvenes no piensan más que en amoríos y placeres: más tiempo gastan y trabajan más para engañar y deshorrar á una joven, que para pensar en el bien de su país; nuestras mujeres, por cuidar de la casa y la familia de Dios, se olvidan de las propias; nuestros hombres sólo son activos para el vicio y heroicos en la vergüenza; la niñez despierta en tinieblas y rutina, la juventud vive sus mejores años sin ideal, y la edad madura, estéril, tan sólo sirve para corromper con su ejemplo á la juventud... Me alegro de morir... *claudite jam rivos, pueri*.

— ¿Queréis alguna medicina? preguntó D. Filipo para cambiar el giro de la conversación que había puesto sombrío el semblante del enfermo.

— Los que mueren no necesitan medicinas; los que os quedáis. Decid á D. Crisóstomo que me visite mañana, pues tengo cosas muy importantes que decirle. Dentro de algunos días me voy. Filipinas está en tinieblas!

D. Filipo, después de algunos minutos más de conversación, dejó, grave y pensativo la casa del enfermo.

LIV

Quidquid latet, adparebit,  
Nil inultum remanebit.

La campana anuncia la oración de la tarde; al oír el religioso tañido detiéndense todos, dejan sus ocupaciones y se descubren: el labrador que viene del campo, suspende el canto, para el acompasado andar del karabaw, que monta, y reza; las mujeres se persignan en medio de la calle y agitan con afectación los labios para que nadie dude de su devoción; el hombre deja de acariciar su gallo y reza el *Angelus* para que la suerte le sea propicia; en las casas se reza en voz alta... todo ruido que no sea el del *Avemaria* se disipa, enmudece.

Sin embargo, el Cura, con sombrero, atraviesa de prisa la calle y escandaliza á muchas viejas, ¡y más escándalo! se dirige á casa del alférez. Las devotas creen tiempo ya de suspender el movimiento de sus labios para besarle-la mano al Cura, pero el P. Salví no hace caso de ellas; hoy no encuentra placer en colocar su huesuda mano sobre la nariz cristiana, para de allí deslizarla disimuladamente (según ha observado Doña Consolación) en el seno de una graciosa jovencita, que se inclina para pedir la bendición. ¡Importante asunto debe preocuparle para olvidarse así de sus propios intereses y de los de la Iglesia!

En efecto, precipitadamente sube las escaleras y llama con impaciencia á la puerta del alférez, que aparece cejijunto, seguido de su mitad, que sonríe como una condenada.

— ¡Ah, Padre Cura! iba á verle ahora, el cabrón de V...

— Tengo un asunto importantísimo...

— No puedo permitir que me anden rompiendo el cerco... le pego un tiro si vuelve!

— ¡Eso si tiene V. tiempo de vivir hasta mañana! dice el Cura jadeante y dirigiéndose hacia la sala.

— ¿Qué? cree V. que me mata á mí ese muñeco sietemesino? ¡Le reviento de un puntapié!

P. Salví retrocedió y miró instintivamente hacia el pie del alférez.

— ¿De quién habla V.? preguntó temblando.

— ¿De quién he de hablar sino de ese bobalicón, que me propone un desafío á revólver á cien pasos?

— ¡Ah! respiró el Cura y añadió: Vengo á hablarle de un asunto urgentísimo.

— ¡Déjeme V. de asuntos! Será como el de los dos muchachos!

Si la luz no hubiera sido de aceite y el globo no hubiera estado tan sucio, habría visto el alférez la palidez del Cura.

— ¡Hoy se trata seriamente de la vida de todos! repuso éste a media voz.

— ¡Seriamente! repitió el alférez palideciendo; ¿tira bien ese joven?...

— No hablo de él.

— ¿Entonces?

El fraile le indicó la puerta que él cerró a su manera, de un puntapié. El alférez hallaba las manos superfluas y no habría perdido nada con dejar de ser bimanos. Una imprecación y un rugido respondieron de fuera.

— ¡Bruto! me has partido la frente! gritó su esposa.

— ¡Ahora, desembuche V.! dijo al Cura tranquilamente.

Este le miró un largo rato; después preguntó con aquella voz nasal y monótona de predicador:

— ¿Me ha visto V. como venía, corriendo?

— ¡Redíos! creía que estaba V. con diarrea!

— Pues bien, dijo el Cura sin cuidarse de la grosería del alférez; cuando así faltó a mi deber, es que hay graves motivos.

— Y ¿qué más? preguntó el otro golpeando con el pie el suelo.

— ¡Calma!

— Entonces ¿a qué venir con tanta prisa?

El Cura se le acercó y preguntó con misterio:

— ¿No — sabe — V. — nada de nuevo?

El alférez se encogió de hombros.

— V. confiesa que no sabe nada absolutamente.

— ¿Me quiere V. hablar de Elías, que anoche escondió su sacristán mayor? preguntó.

— No, no hablo ahora de esos cuentos, contestó el Cura malhumorado; hablo de un gran peligro.

— ¡Pues, p—! suéltese V., entonces!

— ¡Vaya! dijo el fraile lentamente y con cierto desdén; verá V. una vez más la importancia que tenemos, los religiosos; el último lego vale un regimiento; con que un Cura...

Y bajando la voz y con mucho misterio:

— ¡He descubierto una gran conspiración!

El alférez saltó y miró al fraile atónito.

— Una terrible y bien urdida conspiración, que ha de estallar esta misma noche.

— ¡Esta misma noche! exclamó el alférez abalanzándose al

Cura; y, corriendo á su revólver y sable colgados de la pared,

— ¿A quién prendo? á quién prendo? gritó.

— ¡Cálmese V., aun hay tiempo gracias á la prisa que me he dado; hasta las ocho...

— ¡Afusilo á todos!

— ¡Escuche V.! Esta tarde, una mujer cuyo nombre no debo decir (es un secreto de confesión) se ha acercado á mí y me lo ha descubierto todo. A las ocho se apoderan del cuartel por sorpresa, saquean el convento, apresan la falúa y nos asesinan á todos los españoles.

El alférez estaba atontado.

— La mujer no me ha dicho más que esto, añadió el Cura.

— ¿No ha dicho más? ¡pues la prendo!

— No lo puedo consentir: el tribunal de la penitencia es el trono del Dios de las misericordias.

— ¡No hay Dios ni misericordias que valgan! la prendo!

— Está V. perdiendo la cabeza. Lo que V. debe hacer es prepararse; arme V. silenciosamente á los soldados y póngalos en emboscada; mándeme cuatro guardias para el convento y advierta á los de la falúa.

— ¡La falúa no está! Pido auxilio á las otras secciones!

— No, que entonces se nota, y no siguen lo que traman. Lo que importa es que los cojamos vivos y les hagamos cantar, digo, V. les hará cantar; yo, en calidad de sacerdote, no debo mezclarme en estos asuntos. ¡Atención! aquí puede V. ganarse cruces y estrellas; sólo pido que haga constar que soy yo quien le ha prevenido.

— ¡Constará, Padre, constará, y acaso le caiga una mitra! contestó el alférez radiante, mirándose las mangas de su uniforme.

— Conque me manda V. cuatro guardias disfrazados, eh? discreción! esta noche á las ocho llueven estrellas y cruces.

Mientras esto pasaba, un hombre va corriendo el camino que conduce á casa de Crisóstomo y sube las escaleras aprisa.

— ¿Está el señor? pregunta la voz de Elías al criado.

— Está en su gabinete trabajando.

Ibarra, para distraer su impaciencia esperando la hora de poder tener explicaciones con María Clara, se había puesto á trabajar en su laboratorio.

— ¡Ah, sois vos, Elías? exclamó; pensaba en vos; ayer me había olvidado de preguntaros por el nombre de aquel español en cuya casa vivía vuestro abuelo.

— No se trata, señor, de mí...

— Ved, continuó Ibarra sin notar la agitación del joven y

acercando un trozo de caña á la llama; he hecho un gran descubrimiento: esta caña es incombustible...

— No se trata, señor, de la caña ahora; se trata de que recojáis vuestros papeles y huyáis dentro de un minuto.

Ibarra miró sorprendido á Elías y, al ver la gravedad de su semblante, se le cayó el objeto que tenía entre las manos.

— Quemad todo cuanto os pueda comprometer y que dentro de una hora os encontréis en un lugar más seguro.

— Y ¿por qué? preguntó al fin.

— Poned en seguro cuanto tenéis de más precioso...

— Y ¿por qué?

— Quemad todo papel escrito por vos ó para vos; el más inocente se puede interpretar mal...

— Pero y ¿por qué?

— ¿Por qué? porque acabo de descubrir una conspiración que se os atribuye para perderos.

— ¿Una conspiración? y ¿quién la trama?

— Me ha sido imposible averiguar el autor de ella; hace un momento acabo de hablar con uno de los desgraciados pagados para ello y á quien no he podido disuadir.

— Y ése ¿no os ha referido quién es el que le paga?

— Sí, exigiéndome que le guardase el secreto, me dijo que erais vos.

— ¡Dios mío! exclamó Ibarra y se quedó aterrado.

— ¡Señor, no dudéis, no perdamos tiempo, que la conjuración acaso estalle esta noche misma!

Ibarra, con los ojos desmesuradamente abiertos, y las manos en la cabeza, parecía no oírle.

— El golpe no se puede impedir, continuó Elías; he llegado tarde, desconozco á sus jefes... ¡salvaos, señor, conservaos para vuestro país!

— ¿A dónde huir? Esta noche me esperan! exclamó Ibarra pensando en María Clara.

— ¡A otro pueblo cualquiera, á Manila, á casa de alguna autoridad, pero en otra parte, para que no se diga que dirigíais el movimiento!

— Y ¿si yo mismo denuncio la conspiración?

— ¿Vos denunciar! exclamó Elías mirándole y retrocediendo; pasaríais por traidor y cobarde á los ojos de los conspiradores, y por pusilánime á los ojos de los otros; se diría que les tendísteis un lazo para hacer mérito, se diría...

— Pero ¿qué hacer?

— Ya os lo dije: destruir cuantos papeles tengáis que se relacionan con vuestra persona, huir y esperar los acontecimientos...

— ¿Y María Clara? exclamó el joven; ¡no, antes morir!

Eliás se retorció las manos y dijo:

— ¡Pues bien, á lo menos evitad el golpe, preparaos para cuando os acusen!

Ibarra miró al rededor suyo en ademán atontado.

— Entonces, ayudadme; allí en esas carpetas tengo las cartas de mi familia; escoged las de mi padre que son las que tal vez me puedan comprometer. Leed las firmas.

Y el joven, aturdido, atontado, abría y cerraba cajones, recogía papeles, leía deprisa cartas, rasgaba unás, guardaba otras, sacaba libros, los hojeaba, etc. Eliás hacía lo mismo, si bien con menos trastorno aunque con igual afán; pero, se detiene, sus ojos se dilatan, da vueltas á un papel que tiene en la mano y pregunta con voz temblorosa:

— ¿Conoció vuestra familia á D. Pedro Eibarramendía?

— ¡Ya lo creo! contestó Ibarra abriendo un cajón y sacando un montón de papel; ¡era mi bisabuelo!

— ¿Vuestro bisabuelo, D. Pedro Eibarramendía? vuelve á preguntar Eliás, lívido y las facciones alteradas.

— Sí, contesta Ibarra distraído; acertamos el apellido que era largo.

— ¿Era vascongado? repitió Eliás acercándosele.

— Vascongado, pero ¿qué tenéis? pregunta sorprendido.

Eliás cierra el puño, lo oprime contra su frente y mira á Crisóstomo, que retrocede al leer la expresión de su cara.

— ¿Sabéis quién era D. Pedro Eibarramendía? pregunta entre dientes. D. Pedro Eibarramendía era aquel miserable que calumnió á mi abuelo y causó toda nuestra desgracia... Yo buscaba su apellido, Dios os entrega á mí... dadme cuenta de nuestras desgracias!

Crisóstomo le miró aterrado, pero Eliás le sacudió del brazo, y le dijo con una voz amarga en que rugía el odio:

— Miradme bien, mirad si he sufrido, y vos vivís, amáis, tenéis fortuna, hogar, consideraciones, vivís... ¡vivís!

Y fuera de sí, corrió hacia una pequeña colección de armas, pero apenas hubo arrancado dos puñales, los deja caer, y mira como un loco á Ibarra que continuaba inmóvil.

— ¿Qué iba á hacer? murmuró y huyó de la casa.



LV

LA CATÁSTROFE

Allá en el comedor cenan Capitán Tiago, Linares y la tía Isabel; desde la sala se oye el ruido de platos y cubiertos. María Clara había dicho que no tenía ganas y se ha sentado al piano, acompañada de la alegre Sinang, que le murmura al oído misteriosas frases, mientras el P. Salví se pasea inquieto de un extremo á otro de la sala.

No es que la convaleciente no sienta hambre, no; es que espera la llegada de una persona y ha aprovechado el momento en que su Argos no puede estar presente: la hora de cenar para Linares.

— Verás como el fantasma ese se queda hasta las ocho, murmura Sinang señalando al Cura; á las ocho debe *él* venir. Ese está enamorado como Linares.

María Clara miró con espanto á su amiga. Esta, sin notarlo, continuó con su charla terrible:

— ¡Ah! ya sé yo por qué no sale á pesar de mis indirectas: no quiere gastar luz en el convento! ¿sabes? Desde que caiste enferma, las dos lámparas que hacia encender, se han vuelto á apagar... Pero ¡mirale qué ojos pone y qué cara!

En aquel momento en el reloj de casa dieron las ocho. El Cura se estremeció y fué á sentarse en un rincón.

— ¡Ya viene! dijo Sinang pellizcando á María Clara; ¿oyes?

La campana de la iglesia dió el toque de las ocho y todos se levantaron para rezar; el P. Salví con voz débil y temblorosa ofreció, pero, como cada uno tenía sus propios pensamientos, nadie paró atención en ello.

Terminado el rezo apenas, se presentó Ibarra. El joven llevaba luto no sólo en el traje sino también en la cara, de tal manera que al verle, María Clara se levantó dando un paso hacia él como para preguntarle qué tenía, pero en el mismo instante una descarga de fusilería se dejó oír. Ibarra se detiene, sus ojos giran, pierde la palabra. El Cura se esconde detrás de un pilar. Nuevos tiros, nuevas detonaciones se oyen del lado del convento, seguidos de gritos y carreras. Capitán Tiago, tía Isabel y Linares entran precipitadamente gritando *¡tulisan, tuli-*

*sán!* Andeng los sigue blandiendo el asador y corriendo hacia su hermana de leche.

Tía Isabel cae de rodillas y llora y reza el *kyrie eleyson*; Capitán Tiago, pálido y tembloroso, lleva en un tenedor el hígado de una gallina, que ofrece llorando á la Virgen de Antipolo; Linares tiene la boca llena y está armado de una cuchara; Sinang y María Clara se abrazan, el único que permanece inmóvil, como petrificado, es Crisóstomo, cuya palidez es indescriptible.

Los gritos y los golpes continuaban, las ventanas se cerraban con estrépito, se oía pitar, un tiro de cuando en cuando.

— *¡Christe eleyson!* Santiago, que se cumple la profecía... cierra las ventanas! gemía tía Isabel.

— *¡Cincuenta bombas grandes con dos misas de gracia!* contestaba Capitán Tiago; *¡ora pro nobis!*

Poco á poco volvía un terrible silencio... Se oye la voz del alférez que grita corriendo:

— *¡Padre Cura! Padre Salví! Venga V.!*

— *¡Miserere!* El alférez pide confesión! grita tía Isabel.

— *¿Está herido el alférez?* pregunta al fin Linares; *¡AH!!!*

Y ahora nota que no ha deglutido aún lo que tiene en la boca.

— *¡Padre Cura, venga V.!* ya no hay nada que temer! continuaba gritando el alférez.

Fr. Salví, pálido, se decide al fin, sale de su escondite y descende las escaleras.

— *¡Los tulisanes han muerto al alférez! María, Sinang, al cuarto, trancad bien la puerta! ¡kyrie eleyson!*

Ibarra se dirigió también á las escaleras á pesar de la tía Isabel que decía:

— *¡No salgas que no te has confesado, no salgas!*

La buena anciana había sido muy amiga de su madre.

Pero Ibarra dejó la casa; le parecía que todo giraba en torno suyo, que le faltaba el suelo. Sus oídos le zumbaban, sus piernas se movían pesadamente y con irregularidad: olas de sangre, luz y tinieblas se sucedían en su retina.

A pesar de que la luna brillaba espléndida en el cielo, el joven tropezaba con las piedras y maderos que había en la calle, solitaria y desierta.

Cerca del cuártel vió soldados con la bayoneta calada, hablar vivamente, por lo cual pasó desapercibido.

En el tribunal se oían golpes, gritos, ayes, maldiciones: la voz del alférez sobresalía y dominaba todo.

— *¡Al cepo! esposas en las manos! Dos tiros al que se*

mueva! ¡Sargento, montará V. guardia! Hoy nadie se pasea, ni Dios! Capitán, no hay que dormir!

Ibarra apresuró el paso hacia su casa; sus criados le esperaban inquietos.

— ¡Ensilad el mejor caballo é idos á dormir! les dijo.

Entró en su gabinete, y de prisa quiso preparar una maleta. Abrió una caja de hierro, sacó todo el dinero que allí se encontraba y lo metió en un saco. Recogió sus alhajas, descolgó un retrato de María Clara, y, armándose de un puñal y dos revólvers, se dirigió á un armario, donde tenía herramientas.

En aquel instante tres golpes secos y fuertes resonaron en la puerta.

— ¿Quién va? preguntó Ibarra con voz lúgubre.

— ¡Abra en nombre del Rey, abra en seguida ó echamos la puerta abajo! contestó una voz imperiosa en español.

Ibarra miró hacia la ventana; brillaron sus ojos y amartilló su revólver; pero, cambiando de idea, dejó las armas y fué á abrir él mismo en el momento en que acudían los criados.

Tres guardias le cogieron al instante.

— ¡Dese V. preso en nombre del Rey! dijo el sargento.

— ¿Por qué?

— Allá se lo dirán á V., nos está prohibido el decirlo.

El joven reflexionó un momento, y no queriendo tal vez que los soldados descubriesen sus preparativos de huida, cogió un sombrero, y dijo:

— ¡Estoy á su disposición! Supongo que será por breves horas.

— Si V. promete no escaparse, no le maniataremos; el alférez le hace esta gracia; pero si V. huye...

Ibarra siguió, dejando consternados á sus criados.

Entretanto ¿qué había sido de Elías?

Al dejar la casa de Crisóstomo, como un enajenado corría sin saber á donde iba. Atravesó los campos, llegó al bosque en una agitación violenta; huía de la población, huía de la luz, la luna le molestaba, se metió en la misteriosa sombra de los árboles. Allí, ya deteniéndose ya andando por desconocidas sendas, apoyándose en los seculares troncos, enredándose entre las malezas, miraba hacia el pueblo, que allá á sus pies se bañaba en la luz de la luna, se extendía en el llano, recostado á orillas del mar. Las aves, despertadas de su sueño, volaban; gigantescos murciélagos, lechuzas, buhos pasaban de una rama á otra con estridentes gritos y mirándole con sus redondos ojos. Elías ni los oía ni se fijaba en ellos. Se creía seguido por las irritadas sombras de sus antepasados; veía en cada rama el fatídico cesto

con la ensangrentada cabeza de Bálat, tal como se lo refiriera su padre; creía tropezar al pie de cada árbol con la anciana muerta; le parecía ver entre sombras balancearse el infecto esqueleto del abuelo infame... y el esqueleto y la anciana y la cabeza le gritaban: ¡cobarde, cobarde!

Elias abandonó el monte, huyó y descendió al mar, á la playa que recorría agitado; pero allá á lo lejos, en medio de las aguas, donde la luz de la luna parecía levantar una niebla, creyó ver elevarse y mecerse una sombra, la sombra de su hermana con el pecho ensangrentado, la cabellera suelta esparcida al aire.

Elias cayó de rodillas en la arena.

— ¡Tú también! murmuró extendiendo los brazos.

Mas, con la mirada fija en la niebla, se levantó lentamente, adelantóse y entró en el agua como si siguiese á alguien. Caminaba por aquella suave pendiente que forma la barra; ya estaba lejos de la orilla, el agua le llegaba á la cintura y seguía, seguía como fascinado por un espíritu seductor. El agua le llega ya al pecho... pero la descarga de fusilería resuena, la visión desaparece y el joven vuelve á la realidad. Merced á la tranquilidad de la noche y á la mayor densidad del aire, llegan hasta él claras y distintas las detonaciones. Detiénese, reflexiona, nota que está en el agua; el lago está tranquilo y divisa aún las luces en las cabañas de los pescadores.

Volvió á la orilla y se dirigió al pueblo, ¿para qué? El mismo no lo sabía.

El pueblo parecía deshabitado; las casas estaban todas cerradas; los animales mismos, los perros que suelen ladrar durante la noche, se han ocultado medrosos. La plateada luz de la luna aumentaba la tristeza y la soledad.

Temiendo encontrarse con los guardias civiles, internóse en las huertas y jardines, en uno de los cuales creyó percibir dos formas humanas; pero prosiguió su camino, y, saltando cercos y tapias, llegóse con mucho trabajo al otro extremo de la población, dirigiéndose hacia la casa de Crisóstomo. En la puerta estaban los criados, comentando y lamentando la prisión de su señor.

Enterado de lo que había pasado, Elias se alejó, dió la vuelta á la casa, saltó la tapia, trepó por la ventana y penetró en el gabinete, donde aun ardía la vela que había dejado Ibarra.

Elias vió los papeles y los libros; encontró las armas y los saquitos que contenían el dinero y las alhajas. Reconstruyó en su imaginación lo que allí había pasado, y viendo tantos pa-

peles que podían comprometer, pensó recogerlos, arrojarlos por la ventana y enterrarlos.

Lanzó una mirada al jardín, y á la luz de la luna vió dos guardias civiles que venían con un auxiliante: las bayonetas y los capacetes relucían.

Entonces tomó una resolución: amontonó ropas y papeles en medio del gabinete, vació encima una lámpara de petróleo y les prendió fuego. Ciñóse precipitadamente las armas, vió el retrato de María Clara, vaciló... lo guardó en uno de los saquitos, y, llevándose los, saltó por la ventana.

Ya era tiempo; los guardias civiles forzaban la entrada.

— ¡Dejadnos subir para coger los papeles de vuestro amo! decía el directorcillo.

— ¡Tenéis permiso? Si no, no subiréis, decía un viejo.

Pero los soldados los apartaron á fuerza de culatazos, subieron las escaleras... pero un espeso humo llenaba toda la casa y gigantescas lenguas de fuego salieron de la sala, lamiendo puertas y ventanas.

— ¡Incendio! Incendio! Fuego! gritaron todos.

Todos se precipitan para salvar cada cual lo que pueda, pero el fuego ha llegado al pequeño laboratorio y estallan las materias inflamables. Los guardias civiles tienen que retroceder; les cierra el paso el incendio, que brama y barre cuanto encuentra. En vano se saca agua del pozo; todos gritan, todos piden auxilio, pero están aislados. El fuego gana los demás aposentos y se eleva al cielo levantando gruesas espirales de humo. Ya toda la casa es presa de las llamas, el viento, caldeado, arrecia; vienen desde lejos algunos campesinos, pero llegan para ver la espantosa hoguera, el fin de aquel viejo edificio, tanto tiempo respetado por los elementos.

## LVI

### LO QUE SE DICE Y LO QUE SE CREE

Dios amaneció al fin para el aterrorizado pueblo.

La calle donde se encuentran el cuartel y el tribunal continúa aún desierta y solitaria; las casas no dan signos de vida. No obstante, se abre con estrépito la hoja de madera de una ventana y se asoma una cabeza infantil, que gira en todos sen-

tidos, alarga el cuello y mira en todas direcciones... ¡plas! el ruido anuncia el brusco contacto de un cuero curtido con el fresco cuero humano; la boca del niño hace una mueca, sus ojos se cierran, desaparece y la ventana se vuelve á cerrar.

El ejemplo está dado; aquel abrir y cerrar se ha oído sin duda, porque otra ventana se abre despacito y asómase con cautela la cabeza de una vieja, arrugada y sin dientes: es la misma Hermana Putè que tanto alboroto armó mientras el P. Dámaso predicaba. Niños y viejas son los representantes de la curiosidad en la tierra: los primeros por el afán de saber, las segundas por el de recordar.

Sin duda no hay quien se atreva á darle un chinelazo, pues permanece, mira á lo lejos frunciendo las cejas, se enjuaga la boca, escupe con ruido y después se persigna. La casa de enfrente abre también tímidamente una ventanilla y da paso á Hermana Rufa, la que no quiere engañar ni que la engañen. Ambas se miran un momento, sonríen, se hacen señas y vuelven á persignarse.

— ¡Jesús! parecía una misa de gracia, un castillo! dice Hermana Rufa.

— Desde el saqueo del pueblo por Bálat no he visto otra noche igual, contesta Hermana Putè.

— ¡Cuántos tiros! dicen que es la partida del viejo Pablo.

— ¡Tulisanes? ¡No puede ser! Dicen que son los cuadrilleros contra los civiles. Por eso está preso D. Filipo.

— ¡Sanctus Deus! dicen que hay lo menos catorce muertos.

Otras ventanas se fueron abriendo, y rostros diferentes asomaron cambiándose saludos y haciendo comentarios.

A la luz del día, que prometía ser espléndido, veíanse á lo lejos soldados ir y venir, confusamente, como cenicientas siluetas.

— ¡Allá va otro muerto! dijo uno desde una ventana.

— ¿Uno? yo veo dos.

— Y yo... pero en fin ¿á qué no sabéis qué fué? preguntaba un hombre de rostro socarrón.

— Ya! los cuadrilleros.

— No, señor; ¡un alzamiento en el cuartel!

— ¿Qué alzamiento? El cura contra el alférez!

— Pues, nada de eso, dice el que había hecho la pregunta; son los chinos que se han sublevado.

Y volvió á cerrar su ventana.

— ¡Los chinos! repiten todos con el mayor asombro.

— ¡Por eso, no se ve á ninguno!

— Habrán muerto todos.

— Yo ya me lo suponía que iban á hacer algo malo. Ayer...

— Yo ya lo veía. Anoche...

— ¡Lástima! decía Hermana Rufa; morirse todos antes de la Pascua, cuando vienen con sus regalos... Hubiesen esperado el año nuevo...

La calle se iba animando poco á poco: primero fueron los perros, gallinas, cerdos y palomas, los que intentaron la circulación; á estos animales siguieron unos chicos harapientos, cogidos del brazo y acercándose tímidamente hacia el cuartel; después, algunas viejas, con el pañuelo en la cabeza atado debajo de la barba, un grueso rosario en la mano, aparentando rezar para que los soldados les dejaran el paso libre. Cuando se vió que se podía andar sin recibir un tiro, entonces empezaron á salir los hombres, afectando indiferencia; al principio, sus paseos se limitaban por delante de su casa, acariciando el gallo; después probaron alargarlos, parándose de tiempo en tiempo, y así se llegaron delante del tribunal.

Al cuarto de hora circularon otras versiones. Ibarra con sus criados había querido robar á María Clara, y Capitán Tiago la había defendido, ayudado por la Guardia Civil.

El número de los muertos no era ya catorce, sino treinta; Capitán Tiago estaba herido y se marchaba el mismo día con su familia para Manila.

La llegada de dos cuadrilleros, conduciendo en unas parihuelas una forma humana, y seguidos de un guardia civil, produjo gran sensación. Súpose que venían del convento; por la forma de los pies que colgaban, uno conjeturó quién podía ser; un poco más lejos se dijo que lo era; más allá el muerto se multiplicó y se verificó el misterio de la Santísima Trinidad; después se renovó el milagro de los panes y los peces, y los muertos fueron ya treinta y ocho.

A las siete y media, cuando llegaron otros guardias civiles, procedentes de los pueblos vecinos, la versión que corría era ya clara y detallada.

— Acabo de venir del tribunal donde he visto presos á D. Filipo y á D. Crisóstomo, decía un hombre á Hermana Putè; he hablado con uno de los cuadrilleros que están de guardia. Pues, Bruno, el hijo de aquel que murió apaleado, lo declaró todo anoche. Como sabéis, Capitán Tiago casa su hija con el joven español; D. Crisóstomo, ofendido, quiso vengarse y trató de matar á todos los españoles, hasta al cura; anoche atacaron el cuartel y el convento; y felizmente, por la misericordia de Dios, el cura estaba en casa de Capitán Tiago. Dicen que se escaparon muchos. Los guardias civiles quemaron la casa de D. Crisóstomo, y si no le prenden antes, le queman también.

— ¿Le quemaron la casa?

— Todos los criados están presos. ¡Ved como todavía se ve desde aquí el humo! dice el narrador acercándose á la ventana; los que vienen de allá cuentan cosas muy tristes.

Todos miran hacia el sitio indicado: una ligera columna de humo subía aún lentamente al cielo. Todos hacen comentarios más ó menos piadosos, más ó menos acusadores.

— ¡Pobre joven! exclama un viejo, el marido de la Putè.

— ¡Sí! le contesta ella; pero mira que ayer no mandó decir misa por el alma de su padre, que sin duda la necesitará más que los otros.

— Pero, mujer, no tienes tú compasión...?

— ¿Compasión con los excomulgados? Es un pecado tenerla con los enemigos de Dios, dicen los curas. ¿Os acordáis? En el Campo Santo andaba como en un corral!

— Pero si el corral y el Campo Santo se parecen, responde el viejo; sólo que en aquél no entran más que animales de una especie...

— ¡Vamos! le grita Hermana Putè; todavía le vas á defender á quien Dios tan claramente castiga. Verás como te prenden á ti también. Sostén una casa que se cae!

El marido se calló ante el argumento.

— ¡Ya! prosigue la vieja; después de pegar al P. Dámaso, no le quedaba más que matar al P. Salví.

— Pero no me puedes negar que era bueno cuando chico.

— Sí, era bueno, replica la vieja; pero se fué á España; todos los que se van á España se vuelven herejes, han dicho los curas.

— ¡Ohoy! le replicó el marido que vió su revancha; ¿y el cura, y todos los curas, y el Arzobispo, y el Papa y la Virgen no son de España? Abá! serán también herejes? abá!

Felizmente para Hermana Putè, la llegada de una criada corriendo, toda azorada y pálida, cortó la discusión.

— ¡Un ahorcado en la huerta del vecino! decía jadeante.

— ¡Un ahorcado! exclamaron todos llenos de estupor.

— Las mujeres se santiguaron; nadie pudo moverse de su sitio.

— Sí, señor, continúa la criada temblorosa; iba yo á coger guisantes... miro á la huerta del vecino para ver si estaba... veo un hombre balancearse; creí que era Teo, el criado, que me da siempre... me acerco para... coger guisantes, y veo que no es él sino otro, un muerto; corro, corro y...

— Vamos á verlo, dijo el viejo levantándose; condúcenos.

— ¡No te vayas! le grita Hermana Putè cogiéndole de la ca-



misa; te va á suceder una desgracia! ¿se ha ahorcado? pues peor para él!

— Déjame verlo, mujer; vete al tribunal, Juan, á dar parte; acaso no esté aún muerto.

Y fué á la huerta seguido de la criada, que se ocultaba detrás de él; las mujeres y la misma Hermana Putè venían detrás, llenas de temor y curiosidad.

— Allá está, señor, dijo la criada deteniéndose y señalando con el dedo.

La comisión se detuvo á respetable distancia, dejando al viejo avanzar solo.

Un cuerpo humano, colgado de la rama de un santol, se balanceaba suavemente, impulsado por la brisa. Contemplóle el viejo algún tiempo; vió aquellos pies rígidos, los brazos, la ropa manchada, la cabeza doblada.

— No debemos tocarle hasta que llegue la justicia, dijo en voz alta; ya está rígido; hace mucho que está muerto.

Las mujeres se acercaron poco á poco.

— Es el vecino que vivía en aquella casita, el que ha llegado hace dos semanas; ved la cicatriz en la cara.

— ¡Ave María! exclamaron algunas mujeres.

— ¿Rezamos por su alma? preguntó una joven luego que hubo acabado de mirarlo y examinarlo.

— ¡Tonta, hereje! le riñe la Hermana Putè, ¿no sabes lo que dijo el P. Dámaso? Es tentar á Dios rezar por un condenado; el que se suicida se condena irremisiblemente; por esto no se le entierra en lugar sagrado.

Y añadía:

— Ya me parecía que ese hombre iba á concluir mal; jamás pude averiguar de qué vivía.

— Yo le vi dos veces hablar con el sacristán mayor, observó una joven.

— ¡No será ni para confesarse ni para encargar una misa!

Acudieron los vecinos, y un numeroso corro rodeó el cadáver que aun continuaba oscilando. A la media hora vinieron un alguacil, el directorcillo y dos cuadrilleros; éstos lo descendieron y pusieron sobre unas parihuelas.

— La gente tiene prisa por morir, dice riendo el directorcillo, mientras se quitaba la pluma que tenía encima de la oreja.

Hizo sus preguntas capciosas, tomó declaración á la criada á quien procuraba enredar, ya mirándola con malos ojos, ya amenazándola, ya atribuyéndole palabras que no había dicho, tanto que ella, creyendo que iba á la cárcel, empezó á llorar y acabó por declarar que no buscaba guisantes sino que... y sacaba por testigo á Teo.

En el entretanto, un campesino con un ancho salakot y en el cuello un gran parche, examinaba el cadáver y la cuerda.

La cara no estaba más amoratada que todo el resto del cuerpo; encima de la ligadura se veían dos rasguños y dos pequeños cardenales ó equimosis; las rozaduras de la cuerda eran blancas y no tenían sangre. El curioso campesino examinó bien la camisa y el pantalón, notó que estaban llenos de polvo y rotos recientemente en algunos sitios; pero lo que más llamó su atención fueron las simientes de *amores-secos*, pegadas hasta en el cuello de la camisa.

— ¿Qué estás viendo? le pregunta el directorcillo.

— Estaba viendo, señor, si le podía reconocer, balbuceó medio descubriéndose, esto es, bajando más el salakot.

— Pero ¿no has oído que es un tal Lucas? Estabas durmiendo?

Todos se echaron á reír. El campesino, corrido, balbuceó algunas palabras, y retiróse cabizbajo, andando lentamente.

— ¡Oy! á dónde vais? le grita el viejo; por allí no se sale; por allí se va á casa del muerto!

— ¡Todavía duerme el hombre! dice el directorcillo con burla; habrá que vaciarle agua encima.

Los circunstantes volvieron á reír.

El campesino dejó el sitio donde tan mal papel había jugado y se dirigió á la iglesia. En la sacristía preguntó por el sacristán mayor.

— ¡Duerme aún! le contestaron groseramente; ¿no sabéis que anoche saquearon el convento?

— Esperaré á que despierte.

Miráronle los sacristanes con esa grosería propia de gentes acostumbradas á ser mal tratadas.

En un rincón, que quedaba en sombras, dormía el tuerto en una silla larga. Los anteojos estaban colocados sobre la frente entre los largos mechones de pelos; el pecho, escuálido y raquítico, estaba desnudo y se elevaba y deprimía con regularidad.

El campesino sentóse cerca, dispuesto á aguardar pacientemente, pero se le cae una moneda y va á buscarla, ayudado de una vela, debajo del sillón del sacristán mayor. El campesino nota también simientes de *amores-secos* en el pantalón y en las mangas de la camisa del dormido que despierta al fin, se resrega el único ojo sano, é increpa al hombre con bastante mal humor.

— ¡Quería mandar decir una misa, señor! contesta en tono de disculpa.

— Ya se han concluído todas las misas, dice entonces el

tuerto dulcificando un poco su acento; si quieres para mañana... ¿es para las almas del Purgatorio?

— No, señor, contesta el campesino dándole un peso.

Y mirándole fijamente en el único ojo, añadió:

— Es para una persona que pronto va á morir.

Y abandonó la sacristía.

— Le hubiera podido pillar anoche! dijo suspirando mientras se quitaba el parche y se enderezaba para recobrar la cara y la estatura de Elías.

## LVII

### ¡VÆ VICTIS!

Mi gozo en un pozo.

Guardias civiles se pasean con aire siniestro delante de la puerta del tribunal, amenazando con la culata de su fusil á los atrevidos chicuelos, que se levantan de puntillas ó se cargan unos á otros para ver algo al través de las rejas.

La sala no presenta ya aquel aspecto alegre de cuando se discutía el programa de la fiesta; ahora es sombrío y poco tranquilizador. Los guardias civiles y cuadrilleros que la ocupan, hablan apenas y aun en voz baja, pronunciando breves palabras. Sobre la mesa emborronan papeles el directorcillo, dos escribientes y algunos soldados; el alférez se pasea de un lado á otro, mirando de cuando en cuando con aire feroz hacia la puerta; más orgulloso no habria aparecido Temístocles en los Juegos Olímpicos después de la batalla de Salamina. Doña Consolación bosteza en un rincón, enseñando unas negras fauces y una accidentada dentadura; su mirada se fija fría y siniestra en la puerta de la cárcel, cubierta de figuras indecentes. Ella había conseguido del marido, á quien la victoria había hecho amable, la dejase presente el interrogatorio y acaso las torturas consiguientes. La hiena olía el cadáver, se relamía y la aburría el retardo del suplicio.

El gobernadorcillo está muy compungido: su sillón, aquel gran sillón colocado debajo del retrato de S. M., está vacío y parece destinado á otra persona.

Cerca de las nueve, el cura llega pálido y cejijunto.

— ¡Pues no se ha hecho V. esperar! le dice el alférez.

— Preferiría no asistir, contesta el P. Salví en voz baja sin hacer caso de aquel tono amargo; soy muy nervioso.

— Como no ha venido nadie por no dejar el puesto, juzgué que su presencia de V.... Ya sabe V. que esta tarde salen.

— ¿El joven Ibarra y el teniente mayor...?

El alférez señaló hacia la cárcel.

— Ocho están allí, dijo; el Bruno murió á media noche, pero su declaración ya consta.

El Cura saludó á Doña Consolación, que respondió con un bostezo y un ¡aah!, y ocupó el sillón debajo del retrato de S. M.

— ¡Podemos empezar! repuso.

— ¡Sacad á los dos que están en el cepo! mandó el alférez con voz que procuró hacer lo más terrible que pudo, y volviéndose al Cura, añadió cambiando de tono:

— ¡Están metidos saltando dos agujeros!

Para los que no están enterados de estos instrumentos de tortura, les diremos que el cepo es uno de los más inocentes. Los agujeros en que se introducen las piernas de los detenidos distan entre sí poco más ó menos de un palmo; saltando dos agujeros, el preso se encuentra en una posición un poco forzada, con una singular molestia en los tobillos y una abertura de las extremidades inferiores de más de una vara: no mata al instante como muy bien se puede imaginar.

El carcelero, seguido de cuatro soldados, retiró el cerrojo y abrió la puerta. Un olor nauseabundo y un aire espeso y húmedo se escaparon de la densa obscuridad á la vez que se oyeron algunos lamentos y sollozos. Un soldado encendió un fósforo, pero la llama se apagó en aquella atmósfera viciada y corrompida, y tuvieron que esperar á que el aire se renovase.

A la vaga claridad de una bujía se columbraron algunas formas humanas: hombres, abrazados á sus rodillas y ocultando la cabeza entre ellas, acostados boca abajo, de pie, vueltos á la pared, etc. Oyóse un golpear y rechinar, acompañados de juramentos: se abría el cepo.

Doña Consolación estaba medio inclinada hacia adelante, tendidos los músculos del cuello, los ojos salientes clavados en la entreabierta puerta.

Entre dos soldados salió una figura sombría, Társilo, el hermano de Bruno. En las manos tenía esposas; sus vestidos, desgarrados, descubrían una bien desarrollada musculatura. Sus ojos se fijaron insolentemente en la mujer del alférez.

— Este es el que se defendió con más bravura y mandó huir á sus compañeros, dijo el alférez á P. Salví.

Detrás vino otro de aspecto desgraciado, lamentándose y llorando como un niño; cojeaba y tenía el pantalón manchado de sangre.

— ¡Misericordia, señor, misericordia! no volveré á entrar en el patio! gritaba.

— Es un tunante, observó el alférez hablando con el Cura; quiso huir pero ha sido herido en el muslo. Estos dos son los únicos que tenemos vivos.

— ¿Cómo te llamas? preguntó el alférez á Társilo.

— Társilo Alasigan.

— ¿Qué os prometió D. Crisóstomo para que atacaseis el cuartel?

— D. Crisóstomo jamás se ha comunicado con nosotros.

— ¡No lo niegues! Por eso quisisteis sorprendernos.

— Os equivocáis: matasteis á nuestro padre á palos, le vengamos y nada más. Buscad á vuestros dos compañeros.

El alférez mira al sargento sorprendido.

— Allá están en un despeñadero, allá los arrojamos ayer, allá se pudrirán. Ahora matadme; no sabréis nada más.

Silencio y sorpresa general.

— Nos vas á decir quiénes son tus otros cómplices, amenazó el alférez blandiendo un bejuco.

Una sonrisa de desprecio se asomó en los labios del reo.

El alférez conferenció algunos instantes, en voz baja, con el Cura; y volviéndose á los soldados,

— ¡Conducidle á donde están los cadáveres! ordenó.

En un rincón del patio, sobre un carretón viejo están amontonados cinco cadáveres, medio cubiertos por un pedazo de estera rota, llena de porquerías. Un soldado se pasea de un extremo á otro escupiendo á cada instante.

— ¿Los conoces? preguntó el alférez levantando la estera.

Társilo no respondió; vió el cadáver del marido de la loca con otros dos, el de su hermano, acribillado de bayonetazos y el de Lucas aún con la soga al cuello. Su mirada se volvió sombría y un suspiro pareció escaparse de su pecho.

— ¿Los conoces? le volvieron á preguntar.

Társilo permaneció mudo.

Un silbido rasgó el aire y el bejuco azotó sus espaldas. Estremeciése, sus músculos se contrajeron. Los bejucazos se repitieron, pero Társilo siguió impassible.

— ¡Que le den de palos hasta que reviente ó declare! gritó el alférez exasperado.

— ¡Habla ya! le dice el directorcillo; de todos modos te matan.

Volvieron á conducirle á la sala donde el otro preso invocaba á los santos, castañeteándole los dientes y doblándosele las piernas.

— ¿Le conoces á ése? preguntó el P. Salví.

— ¡Es la primera vez que le veo! contestó Társilo mirando con cierta compasión al otro.

El alférez le dió un puñetazo y un puntapié.

— ¡Atadle al banco!

Sin quitarle las esposas, manchadas de sangre, fué sujetado á un banco de madera. El infeliz miró en derredor suyo como buscando algo y vió á Doña Consolación; rióse sardónicamente. Sorprendidos los presentes, le siguieron la mirada y vieron á la señora, que se mordía ligeramente los labios.

— ¡No he visto mujer más fea! exclamó Társilo en medio del silencio general; prefiero acostarme sobre un banco como estoy, que al lado de ella como el alférez.

La Musa palideció.

— Me vais á matar á palos, señor alférez, continuó; esta noche me habrá vengado vuestra mujer al abrazaros.

— ¡Amordazadle! gritó el alférez furioso y temblando de ira.

Parece que Társilo sólo había deseado la mordaza, porque cuando la tuvo, sus ojos expresaron un rayo de satisfacción.

A una señal del alférez, un guardia, armado de un bejuco, empezó su triste tarea. Todo el cuerpo de Társilo se contrajo; un rugido ahogado, prolongado, se dejó oír á pesar del lienzo que le tapaba la boca; bajó la cabeza: sus ropas se manchaban de sangre.

El P. Salví, pálido, la mirada extraviada, se levantó trabajosamente, hizo una seña con la mano y dejó la sala con paso vacilante. En la calle vió una joven, apoyada de espaldas contra la pared, rígida, inmóvil, escuchando atenta, mirando al espacio, extendidas las crispadas manos contra el viejo muro. El sol la bañaba de lleno. Contaba, al parecer sin respirar, los golpes secos, sordos y aquel desgarrador gemido. Era la hermana de Társilo.

En la sala continuaba entretanto la escena: el desgraciado, rendido de dolor, enmudeció y aguardó á que sus verdugos se cansasen. Al fin, el soldado dejó caer el brazo jadeante; el alférez, pálido de ira y asombro, hizo una seña para que le desatasen.

Doña Consolación se levantó entonces y murmuró al oído del marido algunas palabras. Este movió la cabeza en señal de inteligencia.

— ¡Al pozo con él! dijo.

Los filipinos saben lo que esto quiere decir; en tagalo lo traducen por *timbain*. No sabemos quién habrá sido el que ha inventado este procedimiento, pero juzgamos que debe ser bastante antiguo. La Verdad saliendo de un pozo, sea quizás una sarcástica interpretación.

En medio del patio del tribunal se levanta el pintoresco brocal de un pozo, hecho groseramente con piedras vivas. Un rústico aparato de caña, en forma de palanca, sirve para sacar agua, viscosa, sucia y de mal olor. Cacharrones rotos, basura y otros líquidos se reunían allí, pues aquel pozo era como la cárcel; allí para cuanto la sociedad desecha ó da por inútil; objeto que dentro caiga, por bueno que hubiese sido, ya es cosa perdida. Sin embargo, no se cegaba jamás: á veces se condenaba á los presos á ahondarlo y profundizarlo, no porque se pensase sacar de aquel castigo una utilidad, sino por las dificultades que el trabajo ofrecía: preso que allí una vez ha descendido, cogía una fiebre de la que moría regularmente.

Társilo contemplaba todos los preparativos de los soldados con mirada fija; estaba muy pálido y sus labios temblaban ó murmuraban una oración. La altivez de su desesperación parecía haberse desaparecido ó, cuando menos, debilitado. Varias veces dobló el erguido cuello, fijó la vista en el suelo, resignado á sufrir.

Llevaronle al lado del brocal, seguido de Doña Consolación que sonreía. Una mirada de envidia lanzó el desventurado hacia el montón de cadáveres y un suspiro se escapó de su pecho.

— ¡Habla ya! volvió á decirle el directorcillo; de todos modos te ahorcan; al menos muere sin haber sufrido tanto.

— De aquí saldrás para morir, le dijo un cuadrillero.

Le quitaron la mordaza y le colgaron de los pies. Debía descender de cabeza y permanecer algún tiempo debajo del agua, lo mismo que hacen con el cubo, sólo que al hombre le dejan más tiempo.

El alférez se alejó para buscar un reloj y contar los minutos.\*

Entretanto Társilo pendía, la larga cabellera ondeaba al aire, los ojos medio cerrados.

— Si sois cristianos, si tenéis corazón, suplicó en voz baja, bajadme con rapidez ó haced de modo que mi cabeza choque contra la pared y me muera. Dios os premiará esta buena obra... quizás un día os veáis como yo!

El alférez volvió y presidió el descenso, reloj en mano.

— ¡Despacio, despacio! gritaba Doña Consolación siguiendo al infeliz con la vista; ¡cuidado!

La palanca bajaba lentamente; Társilo rozaba contra las piedras salientes y las plantas inmundas que crecían entre las grietas. Después, la palanca cesó de moverse; el alférez contaba los segundos.

— ¡Arriba! mandó secamente al cabo de medio minuto.

El ruido argentino y armonioso de las gotas de agua cayendo sobre el agua anunció la vuelta del reo á la luz. Esta vez, como el peso del balancín era mayor, subió con rapidez. Los pedruscos y gujarros, arrancados de las paredes, caían con estrépito.

Cubiertas de asqueroso cieno la frente y la cabellera, llena la cara de heridas y rozaduras, el cuerpo mojado y goteando, apareció á los ojos de la multitud silenciosa; el viento le hacía estremecerse de frío.

— ¿Quieres declarar? le preguntaron.

— ¡Cuida de mi hermana! murmuró el infeliz mirando suplicante á un cuadrillero.

La palanca de caña rechinó de nuevo y el condenado volvió á desaparecer. Doña Consolación observaba que el agua permanecía tranquila. El alférez contó un minuto.

Cuando Társilo volvió á subir, sus facciones estaban contraídas y amoratadas. Dirigió una mirada á los circunstantes y mantuvo abiertos los ojos, inyectados en sangre.

— ¿Vas á declarar? volvió á preguntar con desaliento el alférez.

Társilo movió negativamente la cabeza y volvieron á descenderle. Sus párpados se iban cerrando, sus pupilas seguían mirando al cielo donde flotaban blancas nubes; doblaba el cuello para seguir viendo la luz del día, pero pronto tuvo que hundirse en el agua, y el espectáculo del mundo le cerró aquel telón infame.

Pasó un minuto; la Musa en observación vió gruesas burbujas de aire que subían á la superficie.

— ¡Tiene sed! dijo riendo.

Y el agua volvió á estar tranquila.

Esta vez duró un minuto y medio y el alférez hizo una seña.

Las facciones de Társilo ya no estaban contraídas; los entreabiertos párpados hacían ver el fondo blanco del ojo; de la boca salía agua cenagosa con estrías sanguinolentas; el viento frío soplaba, pero su cuerpo ya no se estremecía.

Todos se miraron en silencio, pálidos y consternados. El alférez hizo una seña para que le descolgasen y se alejó pensativo;



Doña Consolación le aplicó varias veces, en las desnudas piernas, el botón de fuego de su cigarro, pero el cuerpo no se estremeció y se apagó el fuego.

— ¡Se ha asfixiado á sí mismo! murmuró un cuadrillero; mirad cómo se ha vuelto la lengua como queriéndosela tragar.

El otro preso contemplaba la escena temblando y sudando; miraba como un loco á todas partes.

El alférez encargó al directorcillo que le interrogase.

— ¡Señor, señor! gemia; ¡diré todo lo que vosotros queráis!

— ¡Bueno! vamos á ver: ¿cómo te llamas?

— ¡Andong, señor!

— ¿Bernardo... Leonardo... Ricardo... Eduardo... Gerardo... ó qué?

— ¡Andong, señor! repitió el imbécil.

— Póngale V. Bernardo ó lo que sea, decidió el alférez.

— ¿Apellido?

El hombre le miró espantado.

— ¿Qué nombre tienes, qué te añaden al nombre Andong?

— ¡Ah, señor! Andong Medio-tonto, señor!

Los circustantes no pudieron contener la risa; el mismo alférez detuvo su paseo.

— ¿Oficio?

— Podador de cocos, señor, y criado de mi suegra.

— ¿Quién os mandó que atacaseis el cuartel?

— ¡Nadie, señor!

— ¿Cómo nadie? No mientas que te van á meter en el pozo!

¿Quién os ha mandado? ¡Di la verdad!

— ¡La verdad, señor!

— ¿Quién?

— ¡Quien, señor!

— Te pregunto quién os ha mandado hacer la revolución.

— ¿Cuál revolución, señor?

— Eso, porque estabas tú anoche en el patio del cuartel.

— ¡Ah, señor! exclamó ruborizándose Andong.

— ¿Quién tiene pues la culpa de eso?

— ¡Mi suegra, señor!

Risa y sorpresa siguieron á estas palabras. El alférez se paró y miró con no severos ojos al infeliz, que, creyendo que sus palabras habían producido buen efecto, continuó más animado.

— Sí, señor; mi suegra no me da de comer otra cosa más que todo lo podrido é inservible; anoche, cuando vine, me dolió el vientre, vi el patio del cuartel cerca, y me dije: Es de noche,

nadie te verá. Entré... y cuando me levantaba, resonaron muchos tiros; ataba mis calzones.

Un bejucazo le cortó la palabra.

— ¡A la cárcel! mandó el alférez; esta tarde ¡a la Cabecera!

## LVIII

### EL MALDITO

Pronto se extendió por el pueblo la noticia de que los presos iban á partir; al principio fué oída con terror, después vinieron los llantos y las lamentaciones.

Las familias de los presos corrían como locas: iban del convento al cuartel, del cuartel al tribunal, y no encontrando en ninguna parte consuelo, llenaban los aires de gritos y gemidos. El cura se había encerrado por estar enfermo; el alférez había aumentado sus guardias, que recibían con la culata á las mujeres suplicantes; el gobernadorcillo, ser inútil, parecía más tonto y más inútil que jamás. Frente á la cárcel, corrían de un extremo á otro las que aun tenían fuerzas; las que no, se sentaban en el suelo, llamando los nombres de las personas queridas.

El sol ardía y ninguna de aquellas infelices pensaba retirarse. Doray, la alegre y feliz esposa de D. Filipo, vaga desalada, llevando en brazos á su tierno hijo; ambos lloran.

— Retiraos, le decían; vuestro hijo va á coger una calentura.

— ¿A qué vivir si no ha de tener un padre que le eduque? contestaba la desconsolada mujer.

— ¡Vuestro marido es inocente; tal vez vuelva!

— ¡Sí, cuando ya nos muramos!

Capitana Tinay llora y llama á su hijo Antonio; la valerosa Capitana María mira hacia la pequeña reja, detrás de la cual están sus dos gemelos, sus únicos hijos.

Allí estaba la suegra del podador de cocos; ella no llora: se pasea, gesticula con los brazos remangados y arenga al público.

— ¿Habéis visto cosa igual? Prender á mi Andong, pegarle un tiro, meterle en el cepo y llevarle á la cabecera, sólo porque... porque tenía nuevos calzones? Esto pide venganza! Los guar-

días civiles abusan! Juro que, si vuelvo á encontrar á cualquiera de ellos buscando un lugar retirado en mi huerta, como muchas veces ha sucedido, le mutilo, le mutilo! ó sino... ¡que me mutilen!!!

Pero pocas personas le hacían coro á la suegra musulmana.

— De todo esto tiene la culpa D. Crisóstomo, suspira una mujer.

El maestro de escuela vaga también confundido entre la multitud; Ñor Juan no se frota ya las manos, no lleva su plomada ni su metro: el hombre viste de negro, pues ha oído malas noticias, y fiel á su costumbre de ver el porvenir como cosa sucedida, lleva ya luto por la muerte de Ibarra.

A las dos de la tarde un carro descubierto, tirado por dos bueyes, se paró delante del tribunal.

El carro fué rodeado de la multitud, que quería desengancharlo y destrozarlo.

— No hagáis tal, decía Capitana María; ¿queréis que vayan á pie?

Esto detuvo á las familias. Veinte soldados salieron y rodearon el vehículo. Salieron los presos.

El primero fué Don Filipino, atado; saludó sonriendo á su esposa; Doray rompió en amargo llanto y costó trabajo á dos guardias impedirle que abrazase á su marido. Antonio, el hijo de Capitana Tinay, apareció llorando como un niño, lo que no hizo más que aumentar los gritos de su familia. El imbécil Andong prorrumpió en llanto al ver á su suegra, causa de su desventura. Albino, el ex seminarista, estaba también maniatado lo mismo que los dos gemelos de Capitana María. Estos tres jóvenes estaban serios y graves. El último que salió fué Ibarra, suelto pero conducido entre dos guardias civiles. El joven estaba pálido; buscó una cara amiga.

— ¡Ese es el que tiene la culpa! gritaron muchas voces; ése tiene la culpa y va suelto!

— ¡Mi yerno no ha hecho nada y está con esposas!

Ibarra se volvió á sus guardias:

— ¡Atadme, pero atadme bien, codo á codo! dijo.

— ¡No tenemos orden!

— ¡Atadme!

Los soldados obedecieron.

El alférez apareció á caballo, armado hasta los dientes; seguíanle diez ó quince soldados más.

Cada preso tenía á su familia que rogaba allí por él, lloraba por él y le daba los nombres más cariñosos. Ibarra era el único

que no tenía á nadie; el mismo Ñor Juan y el maestro de escuela habian desaparecido.

— ¡Qué os han hecho á vos mi marido y mi hijo? decíale llorando Doray; ved á mi pobre hijo! le habéis privado de su padre!

El dolor de las familias se cambió en ira para el joven, acusado de haber promovido el motín. El alferez dió la orden de partir.

— ¡Tú eres un cobarde! le gritaba la suegra de Andong. Mientras los otros se peleaban por tí, tú te escondías, cobarde!

— ¡Maldito seas! le decía un anciano siguiéndole; ¡maldito el oro amasado por tu familia para turbar nuestra paz! ¡Maldito! Maldito!

— ¡Que te ahorquen á ti, hereje! le gritaba una pariente de Albino, y sin poderse contener cogió una piedra y se lo arrojó.

El ejemplo fué pronto imitado y sobre el desgraciado joven cayó una lluvia de polvo y piedras.

Ibarra sufrió impasible, sin ira, sin quejarse, la justa venganza de tantos corazones lastimados. Aquélla era la despedida, el adiós, que le hacía su pueblo donde tenía todos sus amores. Bajó la cabeza; quizás pensaría en un hombre, azotado por las calles de Manila, en una anciana que caía muerta á la vista de la cabeza de su hijo; quizás la historia de Elías pasaba por delante de sus ojos.

El alferez creyó necesario alejar á la multitud, pero las pedradas y los insultos no cesaron. Una madre tan sólo no vengaba en él sus dolores: Capitana María. Inmóvil, los labios contraídos, los ojos llenos de lágrimas silenciosas, veía alejarse á sus dos hijos; contemplando su inmovilidad y su dolor mudo, Niobe dejaba de ser fabulosa.

El cortejo se alejó.

De las personas asomadas en las raras abiertas ventanas las que más compasión demostraron para el joven eran los indiferentes ó curiosos. Sus amigos todos se habian ocultado, si, hasta el mismo Capitán Basilio, que prohibió el llanto á su hija Sinang.

Ibarra vió las humcantes ruinas de su casa, de la casa de sus padres, donde él había nacido, donde vivían los más dulces recuerdos de su infancia y adolescencia; las lágrimas, largo tiempo reprimidas, brotaron de sus ojos, dobló la cabeza y lloró, sin tener el consuelo de poder ocultar su llanto, atado como estaba, ni de que su dolor despertara en nadie compasión. Ahora no tenía él ni patria, ni hogar, ni amor, ni amigos, ni porvenir!

Desde una altura, un hombre contemplaba la fúnebre cara-

vana. Era un anciano, pálido, demacrado, envuelto en una manta de lana, apoyándose con fatiga en un bastón. Era el viejo filósofo Tasio; que á la noticia del suceso quiso dejar su cama y acudir, pero sus fuerzas no le habían permitido llegar se hasta el Tribunal. El viejo siguió con la vista el carro hasta que desapareció á lo lejos: permaneció algún tiempo pensativo y cabizbajo, después se levantó y, trabajosamente, tomó el camino de su casa, descansando á cada paso.

Al día siguiente, los pastores le encontraban muerto en el umbral mismo de su solitario retiro.

## LIX

### PATRIA É INTERESES

El telégrafo transmitió sigilosamente el suceso á Manila, y treinta y seis horas después hablaban de ello con mucho misterio y no pocas amenazas los periódicos, aumentados, corregidos y mutilados por el fiscal. En el entretanto, noticias particulares, emanadas de los conventos, fueron las que primero corrieron de boca en boca, en secreto, y con gran terror de los que lo llegaban á saber. El hecho, en mil versiones desfigurado, fué creído con más ó menos facilidad según adulaba ó contrariaba las pasiones y el modo de pensar de cada uno.

Sin que la pública tranquilidad apareciese turbada, al menos aparentemente, se revolvía la paz del hogar al igual que en un estanque: mientras la superficie aparece lisa y tersa, en el fondo hormiguean, corren y se persiguen los mudos peces. Cruces, condecoraciones, galones, empleos, prestigio, poder, importancia, dignidades, etc., empezaron á revolotear como mariposas en una atmósfera de monedas de oro para los ojos de una parte de la población. Para la otra, oscura nube se levantó en el horizonte, destacándose de su ceniciento fondo, como negras siluetas, rejas, cadenas y aun el fatídico palo de la horca. Creíanse oír en el aire los interrogatorios, las sentencias, los gritos que arrancan las torturas; Marianas y Bagumbayan se presentaban envueltos en un haraposos y sangriento velo: pescadores y pescados en turbio. El Destino mostraba el acontecimiento á la imaginación de los manileños como ciertos abanicos

de China; una cara pintada de negro; la otra llena de dorado, colores vivos, aves y flores.

En los conventos reinaba la mayor agitación. Enganchábanse coches, los provinciales se visitaban, tenían secretas conferencias. Presentábanse en los palacios para ofrecer su apoyo al *Gobierno que corría gravísimo peligro*. Se volvió á hablar de cometas, alusiones, alfilerazos, etc.

— ¡Un *Te Deum*, un *Te Deum*! decía un fraile en un convento; ¡esta vez que nadie falte en el coro! ¡No es poca bondad de Dios hacer ver ahora, precisamente en tiempos tan perdidos, cuánto valemós nosotros!

— Con esta leccioncita se estará mordiendo los labios el generalillo Mal-Aguero, contestaba otro.

— ¿Qué habría sido de él sin las Corporaciones?

— Y para mejor celebrar la fiesta, que adviertan al Hermano cocinero y al procurador... ¡Gaudeamus por tres días!

— ¡Amén! ¡Amén! ¡Viva Salvi! ¡Viva!

En otro convento se hablaba de otra manera.

— ¿Veis? Ese es un alumno de los jesuitas; ¡del Ateneo salen los filibusteros! decía un fraile.

— Y los antirreligiosos.

— Yo ya lo dije: los jesuitas pierden al país, corrompen á la juventud; pero se los tolera porque trazan unos cuantos borrones en el papel cuando hay temblor...

— ¡Y Dios sabe cómo estarán hechos!

— Sí, ¡vaya V. á contradecirlos! Cuando todo tiembla y se mueve, quién escribe garabatos! Nada, el P. Secchi...

Y sonríen con soberano desprecio.

— Pero ¿y los temporales? ¿y los báguios? pregunta otro con ironía sarcástica; ¿no es eso divino?

— ¡Cualquier pescador los pronostica!

— Cuando el que gobierna es un tonto... ¡dime cómo tienes la cabeza y te diré cómo es tu pata! Pero vean Vds. si los amigos se favorecen unos á otros: los periódicos casi casi piden una mitra para el P. Salvi.

— Y ¡la va á tener! Se la chupa!

— ¿Lo crees?

— ¡Pues no! Hoy por cualquier cosa la dan. Yo sé de uno que con menos se la caló: escribió una chavacana obrita, demostró que los indios no eran capaces de otra cosa más que de ser artesanos... ¡psh! viejas vulgaridades!

— ¡Es verdad! Tantas injusticias dañan á la Religión! exclamaba otro; si las mitras tuviesen ojos y pudiesen ver sobre qué cráneos...

—Si las mitras fuesen objetos de la Naturaleza, añadía otro con voz nasal, *Natura abhorret vacuum...*

—¡Por eso se les agarran; el vacío las atrae! contestaba otro.

Estas y otras cosas más se decían en los conventos, y hacemos gracia á nuestros lectores de otros comentarios con colores políticos, metafísicos ó picantes. Conduzcamos al lector á casa de un particular, y como en Manila tenemos pocos conocidos, vamos á casa de Capitán Tinong, el hombre agasajador, que vimos convidando con insistencia á Ibarra para que le honrase con su visita.

En el rico y espacioso salón de su casa en Tondo, está Capitán Tinong sentado en un ancho sillón, pasándose las manos por la frente y la nuca en ademán de desconsuelo, mientras su señora, la Capitana Tinchang, lloraba y le sermoneaba delante de las dos hijas, que oían desde un rincón mudas, atontadas y conmovidas.

—¡Ay, Virgen de Antipolo! gritaba la mujer. ¡Ay, Virgen del Rosario y de la Correa! ay! ay! Nuestra Señora de Nivaliches!

—¡Nanay!... repuso la más joven de las hijas.

—¡Ya te lo decía yo! continuó la mujer en tono de reprimación; ¡ya te lo decía yo! ¡ay Virgen del Carmen, ay!

—¡Pero si tú no me has dicho nada! se atrevió á contestar Capitán Tinong lloroso; al contrario, me decías que hacía bien en frecuentar la casa y conservar la amistad de Capitán Tiago porque... porque era rico... y me dijiste...

—¿Qué? qué te dije? Yo no te he dicho eso, no te he dicho nada! ¡Ay, si me hubieses escuchado!

—¡Ahora me echas la culpa á mí! replicó en tono amargo, dando una palmada sobre el brazo del sillón; ¿no me decías que había hecho bien en invitarle á que comiese con nosotros, porque como era rico... decías que no debíamos tener amistades más que con los ricos? ¡Abá!

—Es verdad que yo te dije eso porque... porque ya no había remedio; tú no hacías más que alabarle; *Don Ibarra* aquí, *Don Ibarra* allá, *Don Ibarra* en todas partes, ¡ahaá! Pero yo no te aconsejé que le vieras ni que hablaras con él en aquella reunión; esto no me lo puedes negar.

—¿Sabía yo que iba él allá, por ventura?

—¡Pues, debías haberlo sabido!

—¿Cómo, si ni siquiera le conocía?

—¡Pues debías haberle conocido!

—Pero, Tinchang, ¡si era la primera vez que le veía, que oía hablar de él!

— ¡Pues debias haberle visto antes, oído hablar de él, para eso eres hombre, llevas pantalones y lees *El Diario de Manila!* contestó impertérrita la esposa, lanzándole una terrible mirada.

Capitán Tinong no supo qué replicar.

Capitana Tinchang no contenta con esta victoria, quiso anonadarle, y acercándose con los puños cerrados,

— ¿Para eso he estado trabajando años y años, economizando, para que tú con tu torpeza eches á perder el fruto de mis fatigas? le increpó. Ahora vendrán á llevarte desterrado, nos despojarán de nuestros bienes, como á la mujer de... ¡Oh; si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

Y viendo que su marido bajaba la cabeza, empezó de nuevo á sollozar, pero siempre repitiendo:

— ¡Ay, si yo fuese hombre, si yo fuese hombre!

— Y si fueses tú hombre, preguntó al fin picado el marido, ¿qué harías?

— ¿Qué? pues... pues... pues hoy mismo me presentaria al Capitán General, para ofrecerme á pelear contra los alzados, ahora mismo!

— Pero ¿no has leído lo que dice *El Diario*? Lee! «La traición infame y bastarda ha sido reprimida con energía, fuerza y vigor, y pronto los rebeldes enemigos de la Patria y sus cómplices sentirán todo el peso y la severidad de las leyes...» ¿ves? ya no hay alzamiento.

— No importa, debes presentarte como lo han hecho el 72, y se han salvado.

— ¡Sí! también lo ha hecho el P. Burg...

Pero no pudo concluir la palabra; la mujer corriendo le tapó la boca.

— ¡Dale! pronuncia ese nombre para que mañana mismo te ahorquen en Bagumbayan! ¿No sabes que basta pronunciarlo para ser sentenciado sin formación de causa? ¡Jale! dílo!

Capitán Tinong, por más que hubiese querido obedecerla, no habría podido: con ambas manos le tapaba la boca su mujer, oprimiendo su cabecita contra el espaldar del sillón, y acaso el pobre hombre se hubiera muerto asfixiado si un nuevo personaje no hubiese intervenido.

Este era el primo Don Primitivo, que sabía de memoria el Amat, un hombre de sus cuarenta años, pulcramente vestido, panzudo y algo regordete.

— ¿*Quid video?* exclamó al entrar; ¿qué pasa? *Quare?*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> ¿Qué veo? Por qué?



— ¡Ay, primo! dice la mujer corriendo llorosa hacia él; te he hecho llamar, pues no sé qué va á ser de nosotras... ¿qué nos aconsejas? ¡Habla, tú que has estudiado latín y sabes argumentos...

— Pero antes *¿quid quaeritis? Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu; nihil volitum quin praecognitum.*<sup>1</sup>

Y se sentó pausadamente. Cual si las frases latinas hubiesen poseído una virtud tranquilizadora, cesaron de llorar ambos cónyuges y se le acercaron esperando de sus labios el consejo, como un tiempo los griegos ante la frase salvadora del oráculo que los iba á librar de los persas invasores.

— ¿Por qué lloráis? *¿Ubinam gentium sumus?*<sup>2</sup>

— Tú sabes ya la noticia del levantamiento...

— *¿Alzamenium Ibarrae ab alferesio Guardiae civilis destructum? Et nunc?* Y ¿qué? Os debe Don Crisóstomo?

— No, pero sabes tú, Tinong le ha convidado á comer, le ha saludado en el Puente de España... á la luz del día! Van á decir que es amigo suyo!

— ¿Amigo? exclamó sorprendido el latino levantándose, *¡amice, amicus Plato sed magis amica veritas!* Dime con quién andas y te diré quién eres! *Malum est negotium et est timendum rerum istarum horrendissimum resultatum! Hmm!*<sup>3</sup>

Capitán Tinong se puso espantosamente pálido al oír tantas palabras en *um*; este sonido le presagiaba mal. Su esposa juntó las manos suplicantes y dijo:

— Primo, no nos hables ahora en latín; ya sabes que no somos filósofos como tú; hablemos en tagalo ó castellano, pero danos un consejo.

— ¡Lástima que no entendáis latín, prima; las verdades latinas son mentiras tagalas, por ejemplo: *contra principia negantem fustibus est arguendum*,<sup>4</sup> en latín es una verdad como el Arca de Noé; lo puse una vez en práctica en tagalo, y fui yo el apaleado. Por esto, es una lástima que no sepáis latín; en latín todo se podría arreglar.

— Sabemos también muchos *oremus, parcenobis y Agnus Dei Catolis*, pero ahora no nos entenderíamos. ¡Dale un argumento á Tinong para que no le ahorquen!

— ¡Has hecho mal, muy mal, primo en trabar amistad con

---

<sup>1</sup> Qué preguntáis? Nada existe en la inteligencia que no haya pasado antes por los sentidos. No se desea lo que se desconoce.

<sup>2</sup> Entre qué gentes estamos?

<sup>3</sup> Amigo, Platón es mi amigo pero lo es más la verdad. El negocio es malo y temo un horrible fin.

<sup>4</sup> A palos se le arguye al que niega los principios.

ese joven! repuso el latino. Los justos pagan por los pecadores; casi te aconsejaba que hicieras tu testamento... *¡Vae illis! Ubi est fumus ibi est ignis! Similis simili gaudet; atqui Ibarra ahorcatur, ergo ahorcaberis*<sup>1</sup>...

Y movía la cabeza de un lado á otro, disgustado.

— ¡Saturnino, qué te pasa! grita Capitana Tinchang, llena de terror; ¡ay, Dios mío! Se ha muerto! Un médico! Tinong, Tinongoy!

Acuden las dos hijas y empiezan las tres á lamentarse.

— ¡No es más que un desmayo, prima, un desmayo! Yo más me hubiera alegrado que... que... pero desgraciadamente no es más que un desmayo. *Non timeo mortem in catre sed super espaldonem Bagumbayanis*.<sup>2</sup> ¡Traed agua!

— ¡No te mueras! lloraba la mujer, ¡no te mueras que vendrán á prenderte! ¡Ay, si te mueres y vienen los soldados, ay! ¡ay!

El primo le roció la cara con agua y el infeliz volvió en sí.

— ¡Vamos, no llorar! *Inveni remedium*, encontré el remedio. Transportémosle á su cama; ¡vamos! valor! que aquí estoy con vosotros y toda la sabiduría de los antiguos... Que llamen á un doctor; — y ahora mismo, prima, vas al Capitán General y le llevas un regalo, una cadena de oro, un anillo... *Dadivae quebrantant peñas*; dices que es regalo de Pascua. Cerrad las ventanas, las puertas, y á cualquiera que pregunte por mi primo que se le diga que está gravemente enfermo. Entretanto quemo todas las cartas, papeles y libros para que no puedan encontrar nada, como ha hecho Don Crisóstomo. *¡Scripti testes sunt! Quod medicamenta non sanant, ferrum sanat, quod ferrum non sanat, ignis sanat*.<sup>3</sup>

— ¡Sí, toma, primo; quémallo todo! dice Capitana Tinchang; aquí están las llaves, aquí las cartas de Capitán Tiago, quémalas! Que no quede ningún periódico de Europa, que son muy peligrosos. Aquí están estos *The Times* que yo conservaba para envolver jabones y ropas. Aquí están los libros.

— Vete al Capitán General, prima, dice Don Primitivo; déjame solo. *In extremis extrema*. Dame el poder de un *director romano* y verás como salvo la pat... digo, al primo.

Y empezó á dar órdenes y más órdenes, á revolver estantes,

---

<sup>1</sup> ¡Ay de ellos! donde hay humo hay fuego. Cada cual busca su pareja; es así que le ahorcan á Ibarra, luego serás ahorcado...

<sup>2</sup> No temo la muerte en el catre pero sí en el espaldón de Bagumbayan.

<sup>3</sup> Lo escrito testifica. Lo que no curan los medicamentos, lo cura el hierro; lo que no cura el hierro, lo cura el fuego.

rasgar papeles, libros, cartas, etc. Pronto ardió una hoguera en la cocina; partieron con hacha viejas escopetas; arrojaron al excusado herrumbrosos revólvers; la criada que quería conservar el cañón de uno para soplador, recibió un réspice.

— *Conservare etiam sperasti, perfida?* Al fuego!

Y continuó su auto de fe.

Vió un viejo tomo en pergamino y leyó el título:

— «Revoluciones de los globos celestes por Copérnico» pfui! *ite maledicti, in ignem kalanis!* exclamó arrojándolo á la llama. ¡Revoluciones y Copérnico! Crimen sobre crimen! Si no llego á tiempo... «La Libertad en Filipinas» ¡Tatatá! ¡qué libros! Al fuego!

Y se quemaron libros inocentes, escritos por autores simples. Ni el mismo «Capitán Juan», obrita cándida, consiguió librarse. Primo Primitivo tenía razón: los justos pagaban por los pecadores.

Cuatro ó cinco horas más tarde, en una tertulia de pretensiones en Intramuros se comentaban los acontecimientos del día. Eran muchas viejas y solteronas casaderas, mujeres ó hijas de empleados, vestidas de bata, abanicándose y bostezando. Entre los hombres, que, al igual de las mujeres, delataban en sus facciones su instrucción y origen, había un señor de edad, pequeñito y manco, á quien trataban con mucha consideración y que guardaba con respecto á los demás un desdenoso silencio.

— A la verdad que antes no podía sufrir á los frailes y guardias civiles por lo mal educados que son, decía una señora gruesa; pero ahora que veo su utilidad y servicios, casi me casaría gustosa con cualquiera de ellos. Yo soy patriota.

— ¡Lo mismo digo! añadió una flaca; ¡qué lástima que no tengamos al anterior Gobernador; aquél dejaría el país limpio como una patena.

— ¡Y se acabaría la ralea de filibusterillos!

— ¿No dicen que quedan muchas islas por poblar? Por qué no deportan allá á tantos indios chiflados? A ser yo el Capitán General...

— Señoras, dice el manco; el Capitán General sabe su deber; según he oído, está muy irritado, pues había colmado de favores á ese Ibarra.

— ¡Colmado de favores! repetía la flaca, abanicándose furiosa; ¡miren Vds. lo ingratos que son estos indios! ¿Se los puede tratar acaso como á personas? ¡Jesús!

— Y ¿saben Vds. lo que he oído? preguntaba un militar.

— ¡A ver! — ¿Qué es? — ¿Qué dicen?

— Personas fidedignas, dice el militar en medio del mayor

silencio, aseguran que todo aquel ruido de levantar una escuela era puro cuento.

— ¡Jesús! ¿Vds. han visto? exclamaron ellas creyendo ya en el cuento.

— La escuela era un pretexto; lo que quería levantar era un fuerte, desde donde poderse bien defender cuando vayamos á atacarlos...

— ¡Jesús! qué infamia! Sólo un indio es capaz de tener tan cobardes pensamientos, exclamaba la gorda. Si fuera yo el Capitán General, ya verían... ya verían...

— ¡Lo mismo digo! exclama la flaca dirigiéndose al manco. Prendía á todo abogadillo, cleriguillo, comerciante, y sin formación de causa, desterrados ó bajo partida de registro! El maf arrancarlo de raíz!

— ¡Pues se dice que el filibusterillo ése es hijo de españoles! observó el manco sin mirar á nadie.

— ¡Ah ya! exclama impertérrita la gorda; ¡siempre iban á ser los criollos! ¡ningún indio entiende de revolución! ¡Cria cuervos... cría cuervos!...

— ¿Saben Vds. lo que he oído decir? pregunta una criolla que así cortó la conversación. La mujer de Capitán Tinong... ¿se acuerdan Vds.? aquel en cuya casa bailamos y cenamos en la fiesta de Tondo...

— ¿Aquel que tiene dos hijas? y ¿qué?

— Pues la mujer acaba de regalar esta tarde al Capitán General un anillo de mil pesos de valor!

El manco se vuelve.

— ¿De veras? y por qué? pregunta con ojos brillantes.

— La mujer decía, como regalo de Pascua...

— ¡La Pascua no viene dentro de un mes!

— Temerá que le venga el chaparrón encima... observa la gorda.

— Y se pone á cubierto, añade la flaca.

— ¡Satisfacción no reclamada, culpa confesada!

— En eso pensaba yo; V. ha puesto el dedo en la llaga.

— Es menester ver bien eso, observa pensativo el manco; me temo que allí haya gato encerrado.

— ¡Gato encerrado, eso! eso iba yo á decir, repite la flaca.

— Y yo, dice otra arrebatándole la palabra; la mujer de Capitán Tinong es muy avara... aun no nos ha enviado ningún regalo y eso que hemos estado en su casa. Conque, cuando una agarrada y codiciosa suelta un regalito de mil pesitos...

— Pero ¿es cierto eso? preguntó el manco.

— ¡Y tanto! y tan cierto! se lo ha dicho á mi prima su no-

vio, el ayudante de S. E. Y estoy por creer que es el mismo anillo que llevaba puesto la mayor el día de la fiesta. ¡Va siempre llena de brillantes!

— ¡Un escaparate andando!

— ¡Una manera de hacer reclamo como otra cualquiera! En lugar de comprar un figurín ó pagar una tienda...

El manco abandonó la tertulia dando un pretexto.

Y dos horas después, cuando ya todos dormían, varios vecinos de Tondo recibieron una invitación por medio de soldados... La Autoridad no podía consentir que ciertas personas de posición y propiedades durmiesen en casas tan mal guardadas y poco refrescadas: en la Fuerza de Santiago y otros edificios del Gobierno el sueño sería más tranquilo y reparador. Entre estas personas favorecidas estaba incluido el infeliz Capitán Tinong.

## LX

### MARÍA CLARA SE CASA

Capitán Tiago está muy contento. En toda esta terrible temporada nadie se había ocupado de él: no le han preso, no le han sometido á incomunicaciones, interrogatorios, máquinas eléctricas, pediluvios continuos en habitaciones subterráneas, y otras picardías más, que conocen bien ciertos personajes que se llaman á sí mismos civilizados. Sus amigos, es decir, los que lo fueron (porque el hombre ya renegó de sus amigos filipinos, desde el instante en que fueron sospechosos para el Gobierno) han vuelto también á sus casas después de algunos días de vacaciones, en los edificios del Estado. El Capitán General mismo había ordenado que se los echase de sus posesiones, no juzgándolos bastante dignos para que pudiesen permanecer en ellos, con gran disgusto del manco, que quería celebrar las próximas Pascuas en su abundante y rica compañía.

Capitán Tinong volvió á su casa enfermo, pálido, hinchado, — la excursión no le había probado bien, — y tan cambiado que no dice una palabra, ni saluda á su familia, que llora, ríe, habla y se vuelve loca de contento. El pobre hombre ya no sale de casa por no correr el peligro de saludar á un filibustero.

El mismo primo Primitivo, con toda la sabiduría de los antiguos, no le podía sacar de su mutismo.

— *Crede, prime*, le decía; si no llego á quemar todos tus papeles, te aprietan el cuello; pero si quemaba toda la casa, no te tocaban ni el pelo. Pero *quod eventum, eventum; Gratias agamus Domino Deo quia non in Marianis Insulis es, camotes seminando.*<sup>1</sup>

Historias parecidas á las de Capitán Tinong no las ignoraba Capitán Tiago. El hombre rebosaba de gratitud, sin saber á punto fijo á quién deber tan señalados favores. Tía Isabel atribuía el milagro á la Virgen de Antipolo, á la Virgen del Rosario, ó por lo menos á la Virgen del Carmen, y cuando menos, cuando menos, es lo menos que ella puede conceder, á Nuestra Señora de la Correa: según ella, el milagro no podía escapar de allí. Capitán Tiago no negaba el milagro, pero añadía:

— Lo creo, Isabel, pero no lo habrá hecho la Virgen de Antipolo sola; mis amigos habrán ayudado, mi futuro yerno, el Sr. Linares, que, ya sabes, embroma al mismo Sr. Antonio Cánovas, aquel cuyo retrato nos trae la ilustración, aquel que no se digna enseñar á la gente más que media cara.

Y el buen hombre no podía reprimir una sonrisa de satisfacción cada vez que oía una importante noticia acerca de los acontecimientos. Y no había para menos. Se cuchicheaba por lo bajo que Ibarra sería ahorcado; que si bien faltaban muchas pruebas para condenarle, últimamente había aparecido una que confirmaba la acusación; que los peritos habían declarado que, en efecto, las obras de la escuela podían pasar por un baluarte, una fortificación, si bien algo defectuosa como no se podía menos de esperar de los indios ignorantes. Estos rumores le tranquilizaban y le hacían sonreír.

De igual manera que Capitán Tiago y su prima divergían en sus opiniones, los amigos de la familia se dividían también en dos partidos: uno milagrero, y otro gubernamental, aunque este último era insignificante. Los milagreros estaban subdivididos: el sacristán mayor de Binondo, la vendedora de velas y el jefe de una cofradía veían la mano de Dios, movida por la Virgen del Rosario; el chino cerero, su proveedor cuando va á Antipolo, decía abanicándose y agitando la pierna:

— No siya osti gongong; Miligen li Antipulo esi! Esi pueli más con tolo; no siya osti gongong.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Lo sucedido, sucedido. Demos gracias á Dios que no estás en las Islas Marianas sembrando camotes.

<sup>2</sup> No sea V. tonto; es la Virgen de Antipolo! Esa puede más que todos; no sea V. tonto.

Capitán Tiago tenía en mucha estima al chino, que se hacía pasar por profeta, médico, etc. Examinando la palma de la mano de su difunta esposa, en el sexto mes de embarazo, había pronosticado:

— ¡Si esi no hómele y no pactaylo, mujé juete-juete! <sup>1</sup>

Y María Clara vino al mundo para cumplir la profecía del infiel.

Capitán Tiago, pues, hombre prudente y temeroso, no podía decidirse tan fácilmente como el troyano Paris; no podía dar así la preferencia á una de las dos Vírgenes por temor de ofender á la otra, lo cual podría acarrear graves consecuencias. — «Prudencia! se decía á si mismo; no vayamos ahora á echarlo á perder.»

En estas dudas se hallaba cuando el partido gubernamental llegó: Doña Victorina, D. Tiburcio y Linares.

Doña Victorina habló por los tres varones y por ella misma, mencionó las visitas de Linares al Capitán General, é insinuó repetidas veces la conveniencia de un pariente de categoría.

— ¡Na! concluía, como ezimoz: el que á buena zombra ze acobija, buen palo ze le arrima.

— ¡A... a... al revés, mujer! corrigió el doctor.

Desde hace días pretende ella andaluzarse con suprimir la *d* y poner *z* por *s*, y esta idea no había quién se la quitase de la cabeza; primero se dejaba arrancar los rizos postizos.

— ¡Zi! añadía hablando de Ibarra; eze lo tenía muy merezio; yo ya lo ije cuano le vi la primera vez: ezte ez un filibuztero. ¿Qué te ijo á ti, primo, el General? Qué le haz icho, qué noticiáz le izte e Ibarra?

Y viendo que el primo tardaba en contestar, prosiguió dirigiéndose á Capitán Tiago.

— Créame uzté, zi le conenan á muelte, como ez e ezperar, zerá por mí primo.

— ¡Señora! señora! protestó Linares.

Pero ella no le dió tiempo.

— ¡Ay que iplomático te haz güerto. Zabemoz que erez el conzejero del General, que no puee vivir zin ti... Ah! Clarita qué placer e verte!

María Clara aparecía pálida aún, aunque ya bastante re- puesta de su enfermedad. La larga cabellera iba recogida por una cinta de seda de un ligero azul. Saludó tímidamente, son-

---

\* Si no es hombre y no se muere, será una buena mujer.

riendo con tristeza, y se acercó á Doña Victorina para el beso de ceremonia.

Después de las frases de costumbre, prosiguió la pseudo-andaluza.

— Venimoz á vizitaroz; oz habéiz zalbao graciaz á vueztraz relacionez! — mirando significativamente á Linares.

— ¡Dios ha protegido á mi padre! contestó en voz baja la joven.

— Zí, Clarita, pero el tiempo e loz milagroz ya ha pazao: nozótroz loz españolez ecimoz: ezconfía e la Virgen y échate á corré.

— ¡A... a... al revés!

Capitán Tiago, que hasta entonces no había encontrado tiempo para hablar, se atrevió á preguntar poniendo mucha atención á la respuesta:

— ¿De modo que V., Doña Victorina, cree que la Virgen..

— Venimoz precizamente á hablar con V. e la *Virgen* contestó ella misteriosamente señalando á María Clara; tenemoz que hablar e negocioz.

La joven comprendió que debía retirarse; buscó un pretexto y se alejó, apoyándose en los muebles.

Lo que en esta conferencia se dijo y se habló es tan bajo y tan mezquino que preferimos no referirlo. Baste decir que cuando se despidieron, estaban todos alegres, y que después Capitán Tiago decía á tía Isabel:

— ¡Avisa á la fonda que mañana damos una fiesta! Vete preparando á María que la casamos dentro de poco.

Tía Isabel le miró espantada.

— ¡Ya lo verás! Cuando el Sr. Linares sea nuestro yerno, subiremos y bajaremos todos los palacios; nos tendrán envidia, se morirán todos de envidia!

Y así fué como á las ocho de la noche del siguiente día estaba llena otra vez la casa de Capitán Tiago, sólo que ahora sus invitados son únicamente españoles y chinos; el bello sexo está representado por españolas peninsulares y filipinas.

Allí están la mayor parte de nuestros conocidos: el P. Sibyla, el P. Salví entre varios franciscanos y dominicos; el viejo teniente de la Guardia Civil, Sr. Guevara, más sombrío que antes; el allérez que cuenta por la milésima vez su batalla, mirando por encima de sus hombros á todos, creyéndose un D. Juan de Austria; ahora es teniente con grado de comandante; De Espadaña que le mira con respeto y temor y esquiva sus miradas, y Doña Victorina despechada. Linares no había llegado aún, pues, como personaje importante, debía llegar más tarde



que los otros: hay seres tan cándidos que con una hora de atraso en todo se quedan grandes hombres.

En el grupo de las mujeres era María Clara el objeto de la murmuración: la joven las había saludado y recibido ceremoniosamente, sin perder su aire de tristeza.

— ¡Psh! decía una joven; orgullosita...

— Bonitilla, contestaba otra, pero él podía haber escogido otra que tuviese menos cara de tonta.

— El oro, chica; el buen mozo se vende.

En otra parte se decía:

— ¡Casarse cuando el primer novio está para ser ahorcado!

— A eso llamo ser prudente; tener á mano un reemplazo.

— Pues, cuando enviude...

Estas conversaciones las oía quizás la joven, que estaba sentada en una silla, arreglando una bandeja de flores, porque se le veía la mano temblar, palidecer y morderse varias veces los labios.

En el círculo de los hombres, la conversación era en voz alta, y, naturalmente, versaba sobre los últimos acontecimientos. Todos hablaban, hasta D. Tiburcio, menos el P. Sibyla que guardaba su desdeñoso silencio.

— He oído decir que deja V. R. el pueblo, P. Salví? pregunta el nuevo teniente á quien ha hecho más amable su nueva estrella.

— Nada tengo que hacer ya en él; me he de fijar para siempre en Manila... y ¿V.?

— Dejo también el pueblo, contestó estirándose; el Gobierno me necesita para que con una columna volante desinfecte las provincias de filibusteros.

Fr. Sibyla le mira rápidamente de pies á cabeza y le vuelve las espaldas por completo.

— ¿Se sabe ya de cierto qué va á ser del cabecilla, del filibusterillo? preguntó un empleado.

— ¿Habla V. de Crisóstomo Ibarra? pregunta otro. Lo más probable y más justo es que sea ahorcado como los del 72.

— ¡Va desterrado! dice secamente el viejo teniente.

— ¡Desterrado! Nada más que desterrado! Pero será un destierro perpetuo! exclaman varios á la vez.

— Si ese joven, prosiguió el teniente Guevara en voz alta y severa, hubiese sido más precavido; si hubiera confiado menos en ciertas personas, con quienes se escribía; si nuestros fiscales no supiesen interpretar demasiado sutilmente lo escrito, ese joven de seguro habría salido absuelto.

Esta declaración del viejo teniente y el tono de su voz pro-

dujeron una gran sorpresa en el auditorio, que no supo qué decir. El P. Salví miró á otra parte, quizás para no ver la mirada sombría que le dirigía el anciano. María Clara dejó caer las flores y se quedó inmóvil. El P. Sibyla, que sabía callar, parecía también que era el único que sabía preguntar.

— ¿Habla V. de cartas, Sr. Guevara?

— Hablo de lo que me dijo el defensor, que ha tomado la causa con celo é interés. Fuera de algunas ambiguas líneas, que este joven escribió á una mujer antes de partir para Europa, líneas en que el fiscal vió el proyecto y una amenaza contra el Gobierno, y que él reconoció como suyas, no se le podía encontrar por donde acusarle.

— Y ¿la declaración del bandido antes de morir?

— El defensor la anuló, pues, según el bandido mismo, ellos jamás se habían comunicado con el joven, sino sólo con un tal Lucas, que era enemigo suyo según se pudo probar, y que se ha suicidado, acaso por los remordimientos. Se probó que los papeles encontrados en poder del cadáver eran falsificados, pues la letra era igual á la que tenía el Sr. Ibarra hace siete años, pero no á la de ahora, lo que hace suponer que el modelo sea esta carta acusadora. Aun más, el defensor decía, que si el Sr. Ibarra no hubiera querido reconocer la carta, mucho se habría podido hacer por él; pero á su vista se puso pálido, perdió el ánimo y ratificó cuanto en ella había escrito.

— Decía V., preguntó un franciscano, que iba dirigida la carta á una mujer ¿cómo llegó á manos del fiscal?

El teniente no respondió; miró un momento al P. Salví, y se alejó, retorciendo nerviosamente la afilada punta de su barba gris, mientras los otros hacían comentarios.

— ¡Allí se ve la mano de Dios! decía uno; hasta las mujeres le tienen odio.

— Hizo quemar su casa creyendo salvarse, pero no contaba con la huésped, esto es, con la querida, con la *babai*, añadió otro riendo. ¡Está de Dios! Santiago cierra España!

Entretanto el viejo militar se detuvo en uno de sus paseos y se acercó á María Clara, que escuchaba la conversación, inmóvil en su asiento: á sus pies se veían las flores.

— V. es una joven muy prudente, le dijo el viejo teniente en voz baja; ha hecho V. bien en entregar la carta... así se aseguran Vds. un tranquilo porvenir.

Ella le vió alejarse con ojos atontados, mordiéndose los labios. Afortunadamente pasó la tía Isabel. María Clara tuvo la fuerza suficiente para cogerla del vestido.

— ¡Tía! murmuró.

— ¿Qué tienes? preguntó ésta espantada al ver la cara de la joven.

— ¡Conducidme á mi cuarto! suplicó colgándose del brazo de la anciana para levantarse.

— ¿Estás enferma, hija mía? Parece que has perdido los huesos? ¿qué tienes?

— Un mareo... la gente de la sala... tanta luz... necesito descansar. Decid á mi padre que dormiré.

— ¡Estás fría! ¿quieres té?

María Clara movió la cabeza negativamente, cerró con llave la puerta de su alcoba y sin fuerzas se dejó caer en el suelo, al pie de una imagen, sollozando:

— ¡Madre, madre, madre mía!

Por la ventana y la puerta, que comunicaba con la azotea, entraba la luz de la luna.

La música seguía tocando alegres vales; llegaban hasta la alcoba las risas y el *run run* de las conversaciones; varias veces tocaron á la puerta su padre, tía Isabel, Doña Victorina y aun Linares, pero María Clara no se movió: un estertor se escapaba de su pecho.

Pasaron horas; las alegrías de la mesa terminaron, se oía bailar, se consumió la bujía y se apagó, pero la joven continuaba aún inmóvil en el suelo, iluminada por los rayos de la luna, al pie de la imagen de la Madre de Jesús.

La casa volvió á quedar poco á poco en silencio, se apagaron las luces, tía Isabel llamó de nuevo á la puerta.

— ¡Vamos, se ha dormido! dijo la tía en voz alta; como es joven y no tiene ningún cuidado, duerme como un cadáver.

Cuando todo estuvo en silencio, ella se levantó lentamente y paseó una mirada al rededor, vió la azotea, los pequeños emparrados, bañados por la melancólica luz de la luna.

— ¡Un tranquilo porvenir! Dormir como un cadáver! murmuró en voz baja y se dirigió á la azotea.

La ciudad dormía; sólo se oía de tiempo en tiempo el ruido de un coche, pasando el puente de madera sobre el río, cuyas solitarias aguas reflejaban tranquilas la luz de la luna.

La joven levantó los ojos al cielo de una limpidez de zafir; quitóse lentamente sus anillos, pendientes, agujas y peineta, colocándolos sobre el antepecho de la azotea, y miró hacia el río.

Una banca, cargada de zacate, se detenía al pie del embarcadero, que tiene cada casa á orillas del río. Uno de los dos hombres que la tripulaban subió la escalera de piedra, saltó el muro, y segundos después, se oían sus pasos subiendo la escalera de la azotea.

María Clara le vió detenerse al descubrirla, pero sólo fué un momento, porque el hombre avanzó lentamente y, á tres pasos de la joven, se detuvo. María Clara retrocedió.

— ¡Crisóstomo! murmuró llena de terror.

— ¡Sí, soy Crisóstomo! repuso el joven en voz grave: un enemigo, un hombre que tenía razones para odiarme, Elías, me ha sacado de la prisión en que me han arrojado mis amigos.

A estas palabras siguió un triste silencio; María Clara inclinó la cabeza y dejó caer ambas manos.

Ibarra continuó:

— Junto al cadáver de mi madre juré hacerte feliz, sea cual fuere mi destino! Pudiste faltar á tu juramento, ella no era tu madre; pero yo, yo que soy su hijo, tengo su memoria por sagrada, y al través de mil peligros he venido aquí á cumplir con el mío, y la casualidad permite que te hable á ti misma. María, no nos volveremos á ver; eres joven y acaso algún día tu conciencia te acuse... vengo á decirte, antes de partir, que te perdono. Ahora ¡sé feliz y adiós!

Ibarra trató de alejarse, pero la joven le detuvo.

— ¡Crisóstomo! dijo; Dios te ha enviado para salvarme de la desesperación... ¡óyeme y júzgame!

Ibarra quiso deshacerse dulcemente de ella.

— No he venido á pedirte cuenta... he venido para darte la tranquilidad.

— No quiero esa tranquilidad que me regalas; la tranquilidad me la daré yo misma. Tú me desprecias, y tu desprecio me hará amarga hasta la muerte!

Ibarra vió la desesperación y el dolor de la pobre mujer, y le preguntó qué deseaba.

— ¡Que creas que te he amado siempre!

Crisóstomo sonrió con amargura.

— ¡Ah! tú dudas de mí, dudas de la amiga de tu infancia, que jamás te ha ocultado un solo pensamiento! exclamó con dolor la joven. ¡Te comprendo! Cuando sepas mi historia, la triste historia que me revelaron durante mi enfermedad, te compadecerás de mí y no tendrás esa sonrisa para mi dolor. ¿Por qué no has dejado que me muriese en manos de mi ignorante médico? Tú y yo habríamos sido más felices!

María Clara descansó un momento y continuó:

— ¡Tú lo has querido, tú has dudado de mí, que mi madre me perdona! En una de las dolorosas noches de mis padecimientos, un hombre me reveló el nombre de mi verdadero padre, y me prohibió tu amor... á no ser que mi padre mismo te perdonara el agravio que le habías inferido!

Ibarra retrocedió y miró espantado á la joven.

— Sí, continuó ella; el hombre me dijo que no podía permitir nuestra unión, pues su conciencia se lo prohibiría, y se vería obligado á publicarlo, á riesgo de causar un grande escándalo, porque mi padre es...

Y murmuró al oído del joven un nombre en voz tan baja que sólo él lo oyó.

— ¿Qué iba yo á hacer? Debía yo sacrificar á mi amor la memoria de mi madre, el honor de mi padre falso y el buen nombre del verdadero? ¿Podía hacerlo sin que tú mismo me despreciaras?

— Pero ¡pruebas, tuviste pruebas? Tú necesitabas pruebas! exclamó Crisóstomo convulso.

La joven sacó de su seno dos papeles.

— ¡Dos cartas de mi madre, dos cartas escritas en medio de sus remordimientos, cuando me llevaba en sus entrañas! Toma, léelas y verás cómo ella me maldice y desea mi muerte... ¡mi muerte que en vano procuró mi padre con medicinas! Estas cartas las ha olvidado él en la casa donde vivió, el hombre las encontró y conservó, y sólo me han sido entregadas á cambio de tu carta... para asegurarse, según decía, de que no me iba á casar contigo sin el consentimiento de mi padre. Desde que las llevo sobre mí, en lugar de tu carta, siento el frío sobre el corazón. Te sacrificué, sacrificué mi amor... ¿qué no hace una por una madre muerta y dos padres vivos? ¿Sospechaba yo el uso que iban á hacer de tu carta?

Ibarra estaba aterrado. María Clara prosiguió:

— ¿Qué me quedaba ya? podía decirte por ventura quién era mi padre, podía decirte que le pidieras perdón, á él que tanto ha hecho sufrir al tuyo? podía decirle á mi padre acaso que te perdonara, podía decirle que yo era su hija, á él que tanto ha deseado mi muerte? ¡Sólo me restaba sufrir, guardar conmigo el secreto, y morir sufriendo!... Ahora, amigo mío, ahora que sabes la triste historia de tu pobre María, ¿tendrás aún para ella esa desdenosa sonrisa?

— ¡María, tú eres una santa!

— Soy feliz puesto que tú me creas...

— Sin embargo, añadió el joven cambiando de tono, he oído que te casas...

— ¡Sí! sollozó la joven; mi padre me exige este sacrificio... él me ha amado y alimentado y no era su deber, yo le pago esta deuda de gratitud asegurándole la paz por medio de este nuevo parentesco, pero...

— ¿Pero?

— No olvidaré los juramentos de fidelidad que te hice.

— ¿Qué meditas hacer? preguntó Ibarra tratando de leer en sus ojos.

— El porvenir es obscuro y el Destino está entre sombras! no sé lo que he de hacer; pero sabe que yo amo una sola vez, y sin amor jamás seré de nadie. Y de ti ¿qué va á ser de ti?

— No soy más que un fugitivo... huyo. Dentro de poco se descubrirá mi fuga, María...

María Clara cogió la cabeza del joven entre sus manos, le besó repetidas veces en los labios, le abrazó, y después, alejándole bruscamente de sí,

— ¡Huye, huye! le dijo; ¡huye, adiós!

Ibarra la miró con ojos brillantes, pero, á una señal suya, el joven se alejó ebrio, vacilante...

Saltó otra vez el muro y entró en la banca. María Clara, apoyada sobre el antepecho, le miraba alejarse.

Elías se descubrió y la saludó profundamente.

## LXI

### LA CAZA EN EL LAGO

— Oid, señor, el plan que he meditado, dijo Elías pensativo mientras se dirigían á S. Gabriel. Os ocultaré ahora en casa de un amigo mío en Mandaluyong; os traeré todo vuestro dinero, que he salvado y guardado al pie del baliti, en la misteriosa tumba de vuestro abuelo; dejaréis el país...

— ¿Para ir al Extranjero? interrumpió Ibarra.

— Para vivir en paz los días que os quedan de vida. Tenéis amigos en España, sois rico, podréis haceros indultar. De todos modos, el Extranjero para nosotros es una patria mejor que la propia.

Crisóstomo no contestó; meditó en silencio.

Llegaban en aquel momento al Pasig y la banca empezó á subir la corriente. Sobre el Puente de España corría un jinete aprisa y se oía un prolongado y agudo silbato.

— Elías, repuso Ibarra; debéis vuestra desgracia á mi familia, me habéis salvado la vida dos veces, y os debo no sólo gratitud sino también una restitución de vuestra fortuna. Me aconsejáis que viva en el Extranjero, pues venid conmigo y vivamos como hermanos. Aquí sois también desgraciado.

Elías movió tristemente la cabeza y contestó:

— ¡Imposible! Es verdad que yo no puedo amar ni ser feliz en mi país, pero puedo sufrir y morir en él, y acaso por él: siempre es algo. ¡Que la desgracia de mi patria sea mi propia desgracia, y puesto que no nos une un noble pensamiento, puesto que no laten nuestros corazones á un solo nombre, al menos que á mis paisanos me una la común desventura, al menos que lllore yo con ellos nuestros dolores, que un mismo infortunio oprima nuestros corazones todos!

— Entonces ¿por qué me aconsejáis que parta?

— Porque en otra parte podéis ser feliz y yo no, porque no estáis hecho para sufrir, y porque aborreceríais vuestro país, si un día os vieseis por causa suya desgraciado; y aborrecer á su patria es la mayor desventura.

— ¡Sois injusto conmigo! exclamó Ibarra con amargo reproche; olvidáis que, apenas llegado aquí, me he puesto á buscar su bien...

— No os ofendáis, señor, no os hago ningún reproche: ¡ojalá todos puedan imitaros! Pero yo no os pido imposibles, y no os ofendáis si os digo que vuestro corazón os engaña. Amabais á vuestra patria porque vuestro padre así os lo había enseñado; la amabais porque en ella teníais amor, fortuna, juventud, porque todo os sonreía, vuestra patria no os había hecho ninguna injusticia; la amabais como amamos todo aquello que nos hace felices. Pero el día en que os veáis pobre, hambriento, perseguido, delatado y vendido por vuestros mismos compatriotas, ese día renegaréis de vos, de vuestra patria y de todos.

— Vuestras palabras me lastiman, dijo Ibarra resentido.

Elías bajó la cabeza, meditó y repuso:

— Yo quiero desengañaros, señor, y evitaros un triste porvenir. Acordaos de aquella vez cuando yo os hablaba en esta misma banca y á la luz de esta misma luna, hará un mes, días más días menos; entonces erais feliz. La súplica de los desgraciados no llegaba hasta vos; desdeñasteis sus quejas porque eran quejas de criminales; disteis más oídos á sus enemigos y, á pesar de mis razones y ruegos, os pusisteis del lado de sus opresores, y de vos dependía entonces el que yo me convirtiese en criminal ó me dejase matar para cumplir una palabra sa-

grada. Dios no lo ha permitido porque el anciano jefe de los malhechores ha muerto... ¡Ha pasado un mes y ahora pensáis de otra manera!

— Tenéis razón, Elías, pero el hombre es un animal de circunstancias: entonces estaba cegado, disgustado ¿qué sé yo? Ahora la desgracia me ha arrancado la venda; la soledad y la miseria de mi prisión me han enseñado; ahora veo el horrible cáncer que roe á esta sociedad, que se agarra á sus carnes y que pide una violenta extirpación. ¡Ellos me han abierto los ojos, me han hecho ver la llaga y me fuerzan á ser criminal! Y pues que lo han querido, seré filibustero, pero verdadero filibustero; llamaré á todos los desgraciados, á todos los que dentro del pecho sienten latir un corazón, á esos que os enviaban á mí . . . ¡no, no seré criminal, nunca lo es el que lucha por su patria, al contrario! Nosotros, durante tres siglos, les tendemos la mano, les pedimos amor, ansiamos llamarlos nuestros hermanos, ¿cómo nos contestan? Con el insulto y la burla, negándonos hasta la cualidad de seres humanos. ¡No hay Dios, no hay esperanzas, no hay humanidad; no hay más que el derecho de la fuerza!

Ibarra estaba nervioso; todo su cuerpo temblaba.

Pasaron por delante del palacio del General y creyeron notar movimiento y agitación en los guardias.

— ¿Se habrá descubierto la fuga? murmuró Elías. Acostaos, señor, para que os cubra con el zacate, pues pasaremos al lado del Polvorista, y al centinela puede chocarle el que seamos dos.

La banca era una de esas finas y estrechas canoas que no bogan sino que resbalan por encima del agua.

Como Elías había previsto, el centinela le paró y le preguntó de dónde venía.

— De Manila, de dar zacate á los oidores y curas, contestó imitando el acento de los de Pandakan.

Un sargento salió y enteróse de lo que pasaba.

— ¡Sulung! díjole éste; te advierto que no recibas en la banca á nadie; un preso acaba de escaparse. Si le capturas y me lo entregas te daré una buena propina.

— Está bien, señor; ¿qué señas tiene?

— Va de levita y habla español; conque ¡cuidao!

La banca se alejó. Elías volvió la cara y vió la silueta del centinela, de pie junto á la orilla.

— Perderemos algunos minutos de tiempo, dijo en voz baja; debemos entrar en el río Beata para simular que soy de Peña Francia. Veréis el río que cantó Francisco Baltazar.

El pueblo dormía á la luz de la luna. Crisóstomo se levantó



para admirar la paz de la Naturaleza. El río era estrecho y sus orillas formaban llano, sembrado de zacate.

Elias arrojó su carga en la orilla, cogió una larga caña y sacó debajo de la yerba algunos vacíos *bayones* ó sacos hechos de hoja de palmera. Siguieron navegando.

— Sois dueño de vuestra voluntad, señor, y de vuestro porvenir, dijo á Crisóstomo que se mantenía silencioso. Pero si me permitís una observación, os diría: Mirad bien lo que vais á hacer, vais á encender la guerra, pues tenéis dinero, cabeza y encontraréis pronto muchos brazos, fatalmente hay muchos descontentos. Mas, en esta lucha que vais á emprender, los que más sufrirán serán los indefensos é inocentes. Los mismos sentimientos que hace un mes, hacían que me dirigiese á vos pidiendo reformas, son también los mismos que me mueven ahora á deciros que meditéis. El país, señor, no piensa separarse de la Madre Patria; no pide más que un poco de libertad, de justicia y de amor. Os secundarán los descontentos, los criminales, los desesperados, pero el pueblo se abstendrá. Os equivocáis si, viendo todo obscuro, creéis que el país está desesperado. El país sufre, sí, pero aun espera, cree, y sólo se levantará cuando haya perdido la paciencia, esto es, cuando lo quieran los que gobiernan, lo cual aun está lejos. Yo mismo no os seguiría; jamás acudiré á esos remedios extremos mientras vea esperanza en los hombres.

— ¡Entonces iré sin vos! repuso Crisóstomo resuelto.

— ¿Es vuestra firme decisión?

— ¡Firme y única, testigo la memoria de mi padre! Yo no me dejo arrancar impunemente paz y felicidad, yo que sólo he deseado el bien, yo que todo he respetado y sufrido por amor á una religión hipócrita, por amor á una patria. ¿Cómo me han correspondido? Hundiéndome en un calabozo infame y prostituyendo á mi futura esposa. ¡No, no vengarme sería un crimen, sería animarlos á nuevas injusticias! No, fuera cobardía, pusilanimidad, gemir y llorar cuando hay sangre y vida, cuando al insulto y al reto se une el escarnio! Yo llamaré á ese pueblo ignorante, le haré ver su miseria; que no piense en hermanos; sólo hay lobos que se devoran, y les diré que contra esta opresión se levanta y protesta el eterno derecho del hombre para conquistar su libertad!

— ¡El pueblo inocente sufrirá!

— ¡Mejor! ¿Podéis conducirme hasta la montaña?

— ¡Hasta que estéis en seguridad! contestó Elias.

Salieron de nuevo al Pasig. Hablaban de cuando en cuando de cosas indiferentes.

— ¡Santa Ana! murmuró Ibarra, ¿conoceréis esta casa?  
Pasaban delante de la casa de campo de los jesuitas.

— ¡Allí pasé yo muchos días felices y alegres! suspiró Elías. En mi tiempo veníamos cada mes... entonces era yo como los otros: tenía fortuna, familia, soñaba y vislumbraba un porvenir. En esos días veía á mi hermana en el vecino colegio; me regalaba una labor de sus manos... la acompañaba una amiga, una bella joven. Todo ha pasado como un sueño.

Permanecieron silenciosos hasta llegar á *Malapad-na-bató*. Los que de noche han surcado alguna vez el Pasig en una de esas noches mágicas que Filipinas ofrece, cuando la luna derrama desde el límpido azul melancólica poesía; cuando las sombras ocultan la miseria de los hombres y el silencio apaga los mezzquinos acentos de su voz; cuando sólo habla la Naturaleza, éstos comprenderán lo que meditaban ambos jóvenes.

En *Malapad-na-bató*, el carabinero tenía sueño, y, viendo que la banca estaba vacía y no ofrecía botín alguno que coger según la tradicional costumbre de su cuerpo y uso de aquel puesto, dejóles pasar fácilmente.

El guardia civil de Pasig tampoco sospechaba nada, y no fueron molestados.

Comenzaba á amanecer cuando llegaron al lago, manso y tranquilo como un gigantesco espejo. La luna palidecía y el Oriente se teñía con rosadas tintas. A cierta distancia columbraron una masa gris que avanzaba poco á poco.

— La falúa viene, murmura Elías; acostaos y os cubriré con estos sacos.

Las formas de la embarcación se hacían más claras y perceptibles.

— Se pone entre la orilla y nosotros, observa Elías inquieto.

Y varió poco á poco la dirección de su banca, remando hacia Binangonan. A su gran estupor notó que la falúa cambiaba también de dirección, mientras una voz le gritaba.

Elías detúvose y reflexionó. La orilla estaba aún lejos y pronto estarían al alcance de los fusiles de la falúa. Pensó volver al Pasig: su banca era más veloz que aquélla. Pero ¡fatalidad! otra banca venía del Pasig, y se veían brillar los capacetes y bayonetas de los guardias civiles.

— ¡Estamos cogidos! murmuró palideciendo.

Miróse sus robustos brazos y tomando la única resolución que quedaba, principió á remar con todas sus fuerzas hacia la Isla de Talin. Entretanto, se asomaba el sol.

La banca se deslizaba rápidamente; Elías vió sobre la falúa, que viraba, algunos hombres de pie haciéndole señas.

— ¿Sabéis guiar una banca? preguntó á Ibarra.

— Sí ¿por qué?

— Porque estamos perdidos si no salto al agua y les hago perder la pista. Ellos me perseguirán, yo nado y bucéo bien... yo los alejaré de vos, y después procuraréis salvaros.

— ¡No, quedaos y vendamos caras nuestras vidas!

— Inútil, no tenemos armas, y con sus fusiles nos matarán como á pajaritos.

En aquel momento se oyó un *chiss* en el agua como la caída de un cuerpo caliente, seguido inmediatamente de una detonación.

— ¿Veis? dijo Elías poniendo el remo en la banca. Nos veremos en la Nochebuena, en la tumba de vuestro abuelo. Salvaos!

— Y ¿vos?

— Dios me ha sacado de mayores peligros.

Elías se quitó la camisa; una bala la rasgó de sus manos, y dos detonaciones se dejaron oír. Sin turbarse, estrechó la mano de Ibarra, que continuaba tendido en el fondo de la banca; se levantó y saltó al agua, empujando con el pie la pequeña embarcación.

Oyéronse varios gritos, y pronto á alguna distancia apareció la cabeza del joven como para respirar, ocultándose al instante.

— ¡Allá, allá está! gritaron varias voces y silbaron de nuevo las balas.

La falúa y la banca pusiéronse en su persecución: una ligera estela señalaba su paso, alejándose cada vez más de la banca de Ibarra, que bogaba como si estuviese abandonada. Cada vez que el nadador sacaba la cabeza para respirar, disparaban sobre él guardias civiles y falucros.

La caza duraba; la banquilla de Ibarra estaba ya lejos, el nadador se aproximaba á la orilla, distante unas cincuenta brazas. Los remeros estaban ya cansados, pero Elías lo estaba también, pues sacaba la cabeza á menudo y cada vez en distinta dirección, como para desconcertar á sus perseguidores. Ya no señalaba la traidora estela el paso del buzo. Por última vez le vieron cerca de la orilla á unas diez brazas, hicieron fuego... después pasaron minutos y minutos; nada volvió á aparecer sobre la superficie tranquila y desierta del lago.

Media hora después, un remero pretendía descubrir en el agua, cerca de la orilla señales de sangre, pero sus compañeros sacudían la cabeza con un aire que tanto quería decir sí como no.

LXII

EL P. DÁMASO SE EXPLICA

En vano se amontonan sobre una mesa los preciosos regalos de boda; ni los brillantes en sus estuches de terciopelo azul, ni los bordados de piña, ni las piezas de seda atraen las miradas de María Clara. La joven mira, sin ver ni leer, el periódico que da cuenta de la muerte de Ibarra, ahogado en el lago.

De repente siente que dos manos se posan sobre sus ojos, la sujetan y una voz alegre, la del P. Dámaso, le dice:

— ¿Quién soy? ¿quién soy?

María Clara salta de su asiento y le mira con terror.

— Tontica, ¿has tenido miedo, eh? No me esperabas, eh? Pues he venido de provincias para asistir á tu casamiento.

Y acercándose con una sonrisa de satisfacción, le tendió la mano para que se la besara. María Clara se acercó temblorosa y la llevó con respeto á sus labios.

— ¿Qué tienes, María? preguntó el franciscano, perdiendo su sonrisa alegre y llenándose de inquietud; tu mano está fría, palídeces... ¿estás enferma, hijita?

Y el P. Dámaso la atrajo á sí con una ternura de la que no se le hubiera creído capaz, cogió ambas manos de la joven y la interrogó con la mirada.

— ¿No tienes ya confianza en tu padrino? preguntó en tono de reproche; vamos siéntate aquí y cuéntame tus disgustillos, como lo hacías conmigo de niña, cuando deseabas velas para hacer muñecas de cera. Ya sabes que te he querido siempre... nunca te he reñido...

La voz del P. Dámaso dejaba de ser brusca y llegaba á tener modulaciones cariñosas. María Clara empezó á llorar.

— ¿Lloras? hija mía ¿por qué lloras? Has reñido con Linares?

María Clara se tapó los oídos.

— ¡Nada de él... ahora! gritó la joven.

P. Dámaso la miró lleno de asombro.

— ¿No quieres confiarme tus secretos? No he procurado siempre satisfacer tus más pequeños caprichos?

La joven levantó hacia él sus ojos llenos de lágrimas, le miró algún rato, y volvió á llorar amargamente.

— ¡No llores así, hija mía, que tus lágrimas me hacen daño! Cuéntame tus penas; verás cómo tu padrino te ama!

María Clara se le acercó lentamente, cayó de rodillas á sus pies y levantando su semblante, bañado en llanto, le dijo en voz baja, apenas perceptible:

— ¿Me ama Vd. aún?

— ¡Niña!

— ¡Entonces... proteja Vd. á mi padre y rompa mi casamiento!

Y la joven le refirió su última entrevista con Ibarra, ocultando el secreto de su nacimiento.

El P. Dámaso apenas podía creer lo que oía.

— Mientras él vivía, continuó la joven, pensaba luchar, esperaba, confiaba! Quería vivir para oír hablar de él... pero ahora que le han muerto, ahora no hay razón para que viva y sufra!

Esto lo dijo ella lentamente, en voz baja, con calma, sin lágrimas.

— Pero, tonta, ¿no es Linares mil veces mejor que...

— Cuando él vivía, podía yo casarme... pensaba huir después... mi padre no quiere más que el parentesco! Ahora que él está muerto, ningún otro me llamará su esposa... Cuando él vivía, podía yo envilecerme, quedábame el consuelo de saber que él existía y quizás pensaría en mí; ahora que él está muerto... el convento ó la tumba.

El acento de la joven tenía una firmeza tal que el P. Dámaso perdió su aire alegre y se puso muy pensativo.

— ¡Le amabas tanto á él? preguntó balbuceando.

María Clara no respondió. Fr. Dámaso inclinó la cabeza sobre el pecho y se quedó silencioso.

— ¡Hija mía! exclamó con voz quebrada; perdóname que te haya hecho infeliz sin saberlo. Yo pensaba en tu porvenir, quería tu felicidad. ¿Cómo podía permitirte yo que te casases con uno del país, para verte esposa infeliz y madre desgraciada? Yo no podía quitar de tu cabeza tu amor, y me opuse con todas mis fuerzas, abusé de todo, por tí, solamente por tí. Si hubieses sido su esposa, llorarías después, por la condición de tu marido, expuesto á todas las vejaciones sin medio de defensa; madre, llorarías por la suerte de tus hijos: si los educas, les preparas un triste porvenir; se hacen enemigos de la Religión, y los verás ahorcados ó expatriados; si los dejas ignorantes, los verás tiranizados y degradados! No lo podía consentir!

Por esto buscaba para ti un marido que te pudiese hacer madre feliz de hijos que manden y no obedezcan, que castiguen y no sufran... Sabía que tu amigo de la infancia era bueno, le quería á él como á su padre, pero los odié desde que vi que iban á causar tu infelicidad, porque yo te quiero, te idolatro, te amo como se ama á una hija; no tengo más cariño que el tuyo; yo te he visto crecer; no transcurre una hora sin que piense en ti; sueño en ti; tú eres mi única alegría...

Y el P. Dámaso se puso á llorar como un niño.

— Pues bien, si me ama Vd. no me haga eternamente desgraciada; él ya no vive, quiero ser monja!

El viejo apoyó su frente en la mano.

— ¡Ser monja, ser monja! repitió. Tú no sabes, hija mía, la vida, el misterio que se oculta detrás de los muros del convento, ¡tú no lo sabes! Prefiero mil veces verte infeliz en el mundo que en el claustro... Aquí tus quejas pueden oírse; allá sólo tendrás los muros... Tú eres hermosa, muy hermosa, y no has nacido para él, para esposa de Cristo! Créeme, hija mía, el tiempo lo borra todo; más tarde te olvidarás, amarás, y amarás á tu marido... á Linares.

— ¡O el convento ó... la muerte! repitió María Clara.

— ¡El convento, el convento ó la muerte! exclamó el P. Dámaso. María, yo ya soy viejo, no podré velar más tiempo por ti y por tu tranquilidad... Escoge otra cosa, busca otro amor, otro joven, sea quien quiera, pero menos el Convento.

— ¡El convento ó la muerte!

— ¡Dios mío, Dios mío! gritó el sacerdote, cubriéndose la cabeza con las manos; tú me castigas, sea! pero vela por mi hija!...

Y volviéndose á la joven :

— ¿Quieres ser monja? lo serás; no quiero que mueras.

María Clara le cogió ambas manos, las estrechó, las besó arrodillándose.

— ¡Padrino, padrino mío! repetía.

Fr. Dámaso salía después triste, cabizbajo y suspirando.

— ¡Dios, Dios, tú existes puesto que castigas! Pero véngate en mí y no hieras al inocente, salva á mi hija!

LXIII

LA NOCHEBUENA

Arriba, en la vertiente de la montaña, cabe á un torrente, se esconde entre los árboles una choza, construída sobre torcidos troncos. Sobre su techo de kogón trepa ramosa, cargada de frutas y flores, la calabaza; adornan el rústico hogar cuernas de venado, calaveras de jabali, algunas con largos colmillos. Allí vive una familia tagala, dedicada á la caza y á cortar leñas.

A la sombra de un árbol, el abuelo hace escobas con los nervios de la palma, mientras una joven coloca en un cesto huevos de gallina, limones y legumbres. Dos muchachos, un niño y una niña, juegan al lado de otro, pálido, melancólico, de ojos grandes y mirada profunda, sentado sobre un caído tronco. En sus enflaquecidas facciones reconoceremos al hijo de Sisa, Basilio, el hermano de Crispin.

— Cuando te pongas bueno del pie, le decía la niña, jugaremos pico-pico con escondite, yo seré la madre.

— Subirás con nosotros á la cumbre de la montaña, añadía el niño, beberás sangre de venado con zumo de limón y te pondrás grueso, y entonces te enseñaré á saltar de roca en roca, encima del torrente.

Basilio sonreía con tristeza, miraba la llaga de su pie, y después dirigía la vista al sol que brillaba espléndido.

— Vende estas escobas, dijo el abuelo á la joven, y compra algo para tus hermanos que hoy es la Pascua.

— ¡Reventadores, quiero reventadores! gritó el niño.

— Yo, una cabeza para mi muñeca! gritó la niña, cogiendo á su hermana del tapis.

— Y tú ¿qué quieres? preguntó el abuelo á Basilio.

Este se levantó trabajosamente y se acercó al anciano.

— Señor, le dijo, ¿he estado pues enfermo más de un mes?

— Desde que te encontramos desmayado y lleno de heridas, han pasado dos lunas; creíamos que ibas á morir...

— ¡Dios os pague; nosotros somos muy pobres! repuso Basilio; pero ya que hoy es Pascua, quiero irme al pueblo para ver á mi madre y á mi hermanito. Me estarán buscando.

— Pero, hijo, todavía no estás bueno y tu pueblo está lejos; no llegas á media noche.

— ¡No importa, señor! Mi madre y mi hermanito deben estar muy tristes; todos los años pasamos juntos esta fiesta... el año pasado comimos un pescado entre nosotros tres... madre habrá estado llorando buscándome.

— ¡No llegarás vivo al pueblo, muchacho! Esta noche tenemos gallina y tapa de jabalí. Mis hijos te buscarán cuando vengan del campo...

— Tenéis muchos hijos, y mi madre no tiene más que á nosotros dos; acaso me cree ya muerto! Esta noche quiero darle una alegría, un aguinaldo... un hijo!

El anciano sintió humedecerse sus ojos, puso la mano sobre la cabeza del niño y le dijo conmovido:

— ¡Pareces un viejo! ¡Anda, vete, busca á tu madre, dale el aguinaldo... de Dios, como dices; si hubiese sabido el nombre de tu pueblo, habría ido allá cuando estabas malo. Anda, hijo mío, que Dios y el Señor Jesús te acompañen. Lucía, mi nieta, irá contigo hasta el próximo pueblo.

— ¿Cómo? te vas? le pregunta el niño. Allá abajo hay soldados, hay muchos ladrones. ¿No quieres ver mis reventadores? ¡Pum purumpum!

— ¿No quieres jugar gallina ciega con escondite? preguntaba la niña; ¿te has escondido alguna vez? Verdad, no hay cosa más agradable que ser perseguido y esconderse?

Basilio se sonrió; cogió su bastón y con lágrimas en los ojos,

— Volveré pronto, dijo; traeré á mi hermanito, le veréis y jugaréis con él; es tan grande como tú.

— ¿Anda también cojeando? preguntó la niña; entonces le haremos madre en el pico-pico.

— No te olvides de nosotros, le decía el anciano; llévate esta tapa de jabalí y dáselo á tu madre.

Los niños le acompañaron hasta el puente de caña, colocado sobre el torrente de alborotado curso.

Lucía le hizo apoyarse sobre su brazo y desaparecieron de la vista de los niños.

Basilio marchaba ligero á pesar de su pierna vendada.

El viento del Norte silba y los habitantes de S. Diego tiritan de frío.

Es la Nochebuena, y sin embargo el pueblo está triste. Ni un farol de papel cuelga de las ventanas, ningún ruido en las casas anuncia regocijo como otros años.



En el entresuelo de la casa de Capitán Basilio, hablan al lado de una reja éste y Don Filipino (la desgracia del último los había hecho amigos), mientras que en la otra miran hacia la calle Sinang, su prima Victoria y la bella Yday.

La luna, menguante, empezaba á brillar en el horizonte y doraba nubes, árboles y casas, proyectando largas y fantásticas sombras.

— ¡No es poca fortuna la vuestra, salir absueltos en estos tiempos! decía Capitán Basilio á D. Filipino; os han quemado vuestros libros, sí, pero otros han perdido más.

Una mujer se acercó á la reja y miró hacia el interior. Sus ojos estaban brillantes, sus facciones demacradas, su cabellera suelta y desgreñada: la luna le daba un aspecto singular.

— ¡Sisa! exclamó sorprendido Don Filipino, y volviéndose á Capitán Basilio mientras la loca se alejaba,

— ¿No estaba en casa de un médico? preguntó; ¿se ha curado ya?

Capitán Basilio se sonrió amargamente.

— El médico tuvo miedo de que le acusasen de ser amigo de Don Crisóstomo y la despidió de su casa. Ahora vaga otra vez tan loca como siempre, canta, es inofensiva y vive en el bosque...

— ¿Qué cosas más han sucedido en el pueblo desde que lo dejamos? Sé que tenemos cura nuevo y nuevo alférez...

— ¡Terribles tiempos, la Humanidad retrocede! murmura Capitán Basilio pensando en el pasado. Veréis, al día siguiente de vuestra marcha encontraron muerto al sacristán mayor, colgado del zaquizamí de su casa. El P. Salvi sintió mucho su muerte y se apoderó de todos sus papeles. ¡Ah! el filósofo Tasio murió también y fué enterrado en el cementerio de los chinos.

— ¡Pobre D. Anastasio! suspiró Don Filipino; y ¿sus libros?

— Fueron quemados por los piadosos, que así creían agradecer á Dios. Nada pude salvar, ni los libros de Cicerón... el Gobernadorcillo no hizo nada por impedirlo.

Ambos guardaron silencio.

En aquel momento se oía el canto triste y melancólico de la loca.

— ¿Sabes cuándo se casa María Clara? preguntaba Yday á Sinang.

— No lo sé, contestó ésta: recibí una carta de ella, pero no la abro por temor de saberlo. ¡Pobre Crisóstomo!

— Dicen que si no es por Linares, á Capitán Tiago le ahorcan, ¿qué iba á hacer María Clara? observó Victoria.

Un muchacho pasó cojeando; corría en dirección á la plaza, de donde partía el canto de Sisa. Era Basilio. El niño había en-

contrado su casa, desierta y en ruinas; después de muchas preguntas sólo sacó que su madre estaba loca y vagaba por el pueblo; de Crispín ni una palabra.

Basilio tragóse las lágrimas, ahogó el dolor y sin descansar fué á buscar á su madre. Llegó al pueblo, preguntó por ella y el canto hirió sus oídos. El infeliz dominó el temblor de sus piernas y quiso correr para arrojarse en los brazos de su madre.

La loca dejó la plaza y se llegó delante de la casa del nuevo alférez. Ahora como antes hay un centinela en la puerta, y una cabeza á la ventana, pero no es la Medusa, es una joven; alférez y desgraciado no son sinónimos.

Sisa empezó á cantar delante de la casa, mirando á la luna, que se mecía majestuosa en el cielo azul entre nubes de oro. Basilio la veía y no se atrevía á acercarse, esperando quizás que abandonase el sitio; andaba de un lado á otro pero evitando aproximarse al cuartel.

La joven que estaba en la ventana escuchaba atenta el canto de la loca, y mandó al centinela que la hiciese subir.

Sisa, al ver acercarse al soldado y oír su voz, llena de terror, echóse á correr, y sabe Dios cómo corre una loca. Basilio sigue tras ella, y temiendo perderla, corre y olvida los dolores de sus pies.

— ¡Mirad como ese muchacho persigue á la loca! exclama indignada una criada que estaba en la calle.

Y viendo que la seguía persiguiendo, cogió una piedra y la lanzó contra él diciendo:

— ¡Toma! qué lástima que esté atado el perro!

Basilio sintió un golpe en su cabeza, pero continuó corriendo sin hacer caso. Los perros le ladraban, los gansos graznaban, unas ventanas se abrían para dar paso á un curioso, cerrábanse otras temiéndose otra noche de alborotos.

Llegaron fuera del pueblo. Sisa empezó á moderar su carrera; gran distancia la separaba de su perseguidor.

— ¡Madre! le gritó cuando la distinguió.

La loca, apenas oyó la voz, comenzó de nuevo á huir.

— ¡Madre, soy yo! gritó el muchacho desesperado.

La loca no oía, el hijo seguía jadeante. Los sembrados habían pasado y estaban ya cerca del bosque.

Basilio vió á su madre entrar en él y entró también. Las matas, los arbustos, los espinosos juncos y las raíces salientes de los árboles impedían la carrera de ambos. El hijo seguía la silueta de su madre, alumbrada de cuando en cuando por los rayos de la luna, penetrando al través de los claros y de las ramas. Era el misterioso bosque de la familia de Ibarra.

El muchacho tropezó varias veces cayendo, pero se levantaba, no sentía dolor: toda su alma se reconcentraba en sus ojos, que seguían la querida figura.

Pasaron el arroyo que murmuraba dulcemente; las espinas de las cañas, caídas en el barro de la orilla, se hundían en sus pies desnudos: Basilio no se detenía para arrancarlas.

A su gran sorpresa vió que su madre se internaba en la espesura y entraba por la puerta de madera, que cerraba la tumba del viejo español al pie del baliti.

Basilio trató de hacer lo mismo pero halló la puerta cerrada. La loca defendía la entrada con sus descarnados brazos y desgredada cabeza, manteniéndola cerrada con todas sus fuerzas.

— ¡Madre, soy yo, soy yo, soy Basilio, vuestro hijo! gritó el extenuado muchacho dejándose caer.

Pero la loca no cedía; apoyándose con los pies contra el suelo ofrecía una enérgica resistencia.

Basilio golpeó la puerta con el puño, con su cabeza, bañada en sangre, lloró, pero en vano. Levantóse trabajosamente, miró al muro, pensando escalarlo, pero nada halló. Lo rodeó entonces y vió una rama del fatídico baliti cruzándose con la de otro árbol. Trepó: su amor filial hacía milagros, y de rama en rama pasó al baliti, y vió á su madre sosteniendo aún con su cabeza las hojas de la puerta.

El ruido que hacía en las ramas llamó la atención de Sisa; volvióse y quiso huir, pero el hijo, dejándose caer del árbol, la abrazó y la cubrió de besos, perdiendo después el sentido.

Sisa vió la frente bañada en sangre; inclinóse hacia él, sus ojos parecían saltar de las órbitas, le miró en la cara, y aquellas pálidas facciones sacudieron las dormidas células de su cerebro; algo como una chispa brotó de su mente, reconoció á su hijo y, soltando un grito, cayó sobre el desmayado muchacho, abrazándole y besándole.

Madre é hijo permanecieron inmóviles...

Cuando Basilio volvió en sí halló á su madre sin sentido. La llamó, prodigóle los más tiernos nombres y, viendo que ni respiraba ni despertaba, levantóse, fué al arroyo á sacar un poco de agua en un cucurucho de hojas de plátano y roció con ella el pálido rostro de su madre. Pero la loca no hizo el menor movimiento, sus ojos continuaron cerrados.

Basilio la miró espantado; aplicó sus oídos al corazón de ella, pero el flaco y marchito seno estaba frío y el corazón no latía: puso los labios sobre sus labios y no percibió ningún aliento. El desgraciado abrazó el cadáver y lloró amargamente.

La luna brillaba en el cielo majestuosa, la brisa vagaba suspirando y debajo de la hierba los grillos trinaban.

La noche de luz y alegría para tantos niños, que en el caliente seno de la familia celebran la fiesta de más dulces recuerdos, la fiesta que conmemora la primera mirada de amor que el cielo envió á la tierra; esa noche en que todas las familias cristianas comen, beben, bailan, cantan, ríen, juegan, aman, se besan... esa noche, que en los países fríos es mágica para la niñez con su tradicional árbol de pino, cargado de luces, muñecas, confites y oropeles, que miran deslumbrados los redondos ojos donde se espeja la inocencia, esa noche no ofrece á Basilio más que una orfandad. ¿Quién sabe? Acaso en el hogar del taciturno P. Salvi jugaran también los niños, acaso se cantase:

La Nochebuena se viene,  
La Nochebuena se va...

El niño lloró y gimió mucho y cuando levantó la cabeza, vió un hombre delante de sí, que le contemplaba en silencio. El desconocido le preguntó en voz baja:

— ¿Eres el hijo?

El muchacho afirmó con la cabeza.

— ¿Qué piensas hacer?

— ¡Enterrarla!

— ¿En el cementerio?

— No tengo dinero, y además no lo permitiría el cura.

— ¿Entonces...?

— Si me quisieseis ayudar...

— Estoy muy débil, contestó el desconocido que se dejó caer poco á poco en el suelo, apoyándose con ambas manos en tierra; estoy herido... hace dos días que no he comido ni dormido... ¿No ha venido ninguno esta noche?

El hombre permaneció pensativo contemplando la interesante fisonomía del muchacho.

— ¡Escucha! continuó en voz más débil; habré muerto también antes que venga el día... A veinte pasos de aquí, á la otra orilla del arroyo, hay mucha leña amontonada; tráela, haz una pira, pon nuestros cadáveres encima, cúbrelos y prende fuego, mucho fuego hasta que nos convirtamos en cenizas...

Basilio escuchaba.

— Después, si ningún otro viniese... cavarás aquí, encontrarás mucho oro... y todo será tuyo. Estudia!

La voz del desconocido se hacía cada vez más ininteligible.

— Vé á buscar la leña... quiero ayudarte.

Basilio se alejó. El desconocido volvió la cara hacia el Oriente y murmuró como orando:

— ¡Muero sin ver la aurora brillar sobre mi patria...! vosotros, que la habéis de ver, saludadla... no os olvidéis de los que han caído durante la noche!

Levantó sus ojos al cielo, sus labios se agitaron como murmurando una plegaria, después bajó la cabeza y cayó lentamente en tierra...

Dos horas más tarde, Hermana Rufa estaba en el *batalán* de su casa haciendo sus abluciones matinales para ir á misa. La piadosa mujer miraba al cercano bosque y vió subir una gruesa columna de humo; frunció las cejas y, llena de santa indignación, exclamó:

— ¿Quién será el hereje que en día de fiesta hace «kaïgin»? ¡Por eso vienen tantas desgracias! Prueba ir al Purgatorio y verás si te saco de allá, salvaje!

## EPÍLOGO

---

Viviendo aún muchos de nuestros personajes, y habiendo perdido de vista á los otros, es imposible un verdadero epilogo. Para bien de la gente, mataríamos con gusto á todos nuestros personajes empezando por el P. Salví y acabando por Doña Victorina, pero no es posible... ¡que vivan! el país y no nosotros los ha de alimentar al fin...

Desde que Maria Clara entró en el convento, el P. Dámaso dejó el pueblo para vivir en Manila, al igual del P. Salví, que, mientras espera una mitra vacante, predica varias veces en la iglesia de Santa Clara, en cuyo convento desempeña un cargo importante. No pasaron muchos meses y el P. Dámaso recibió orden del M. R. P. Provincial para desempeñar el curato en una provincia muy lejana. Cuéntase que tomó tanto pesar en ello que al día siguiente le hallaron muerto en su alcoba. Unos dijeron que murió de apoplejía, otros de una pesadilla, pero el médico dispó las dudas declarando que murió de repente.

Ninguno de nuestros lectores reconocería ahora á Capitán Tiago si le viese. Ya semanas antes de profesar Maria Clara cayó en un estado de abatimiento tal que empezó á enflaquecer y á ponerse muy triste, meditabundo y desconfiado, como su amigo, el infeliz Capitán Tinong. Tan pronto como las puertas del convento se cerraron, ordenó á su desconsolada prima, la tía Isabel, recogiese cuanto á su hija y difunta esposa había pertenecido, se fuese á Malabón ó S. Diego, pues quería vivir solo en adelante. Dedicóse al *liampó* y á la gallera con furia, y empezó á fumar opio. Ya no va á Antipolo, ni manda decir misas; D.<sup>a</sup> Patrocinio, su vieja competidora, celebra piadosamente su triunfo, poniéndose á roncar durante los sermones. Si alguna vez, al caer de la tarde, os paseáis por la primera calle de Santo

Cristo, veréis, sentado en la tienda de un chino, un hombre pequeño, amarillo, flaco, encorvado, con los ojos hundidos y soñolientos, labios y uñas de un color sucio, mirando á la gente como si no la viese. Al llegar la noche le veréis levantarse con trabajo, y, apoyado en un bastón, dirigirse á una estrecha esquinita, entrar en una sucia casucha, encima de cuya puerta se lee en grandes letras rojas: FUMADERO PÚBLICO DE ANFIÓN. Este es aquel Capitán Tiago tan célebre, hoy completamente olvidado, hasta del mismo sacristán mayor.

Doña Victorina ha añadido á sus rizos postizos y á su andaluzamiento, si nos pasan la palabra, la nueva costumbre de querer guiar los caballos del coché, obligando á D. Tiburcio á estarse quieto. Como por la debilidad de su vista sucedían muchas calamidades, ella usa ahora quevedos, que le dan un aspecto famoso. El doctor no ha vuelto á ser llamado para asistir á nadie; los criados le ven muchos días de la semana sin dientes, lo cual, como saben nuestros lectores, es de muy mal agüero.

Linares, único defensor de este desgraciado, hace tiempo descansa en Paco, víctima de una disenteria y de los malos tratamientos de su cuñada.

El victorioso alférez se fué á España, de teniente con grado de comandante, dejando á su amable mujer en su camisa de franela, cuyo color es ya incalificable. La pobre Ariadna, al verse abandonada, se consagró también, como la hija de Minos, al culto de Baco y al cultivo del tabaco, y bebe y fuma con tal pasión que ya la temen no sólo las jovencitas sino también las viejas y los chiquillos.

Vivirán probablemente aún nuestros conocidos del pueblo de S. Diego, si es que no se han muerto en la explosión del vapor *Lipa*, que hacía el viaje á la provincia. Como nadie se cuidó de saber quiénes fueron los infelices que en aquella catástrofe murieron, á quiénes pertenecieron las piernas y brazos desparrramados en la Isla de la Convalecencia y en las orillas del río, ignoramos por completo si entre ellos iba algún conocido de nuestros lectores. Estamos satisfechos, como el Gobierno y la Prensa de entonces, con saber que el único fraile que en el vapor estaba se ha salvado y no pedimos más. Lo principal para nosotros es la vida de los virtuosos sacerdotes, cuyo reinado en Filipinas conserve Dios para bien de nuestras almas.<sup>1</sup>

De María Clara no se volvió á saber nada más sino que el sepulcro parece la guarda en su seno. Hemos preguntado á varias

---

<sup>1</sup> 2 de Enero 1888 (N. del T.)

personas de mucha influencia en el santo convento de Santa Clara, pero nadie nos ha querido decir una sola palabra, ni aun las charlatanas devotas que reciben la famosa fritada de higados de gallinas, y la salsa más famosa aún, llamada *de las monjas*, preparadas por la inteligente cocinera de las Virgenes del Señor.

Sin embargo;

Una noche de Septiembre rugía el huracán y azotaba con sus gigantescas alas los edificios de Manila; el trueno retumbaba á cada instante; relámpagos y rayos alumbraban por momentos los estragos del vendabal y sumían á los habitantes en espantoso terror. La lluvia caía á torrentes. A la luz del relámpago ó del rayo que culebreaba se veía un pedazo de techo, una ventana volar por los aires, desplomarse con horrible estrépito: ni un coche, ni un caminante atravesaba las calles. Cuando el ronco eco del trueno, cien veces repercutido, se perdía á lo lejos, entonces se oía suspirar el viento, que arremolinaba la lluvia, produciendo un repetido trac-trac contra las conchas de las cerradas ventanas.

Dos guardias cobijábanse en un edificio que se construía cerca del convento: eran un soldado y un *distinguido*.

— ¿Qué hacemos aquí? decía el soldado; nadie anda por la calle... debíamos irnos á una casa; mi querida vive en la calle del Arzobispo.

— De aquí á allá hay buen trecho y nos mojaremos, contesta el distinguido.

— ¿Qué importa con tal que no nos mate el rayo?

— ¡Bah! no tengas cuidado; las monjas deben tener un pararrayos para librarse.

— ¡Sí! dice el soldado, ¿pero de qué sirve si está la noche tan oscura?

Y levantó la vista hacia lo alto para ver en la oscuridad: en aquel momento brilló un relámpago repetido y seguido de un formidable trueno.

— ¡*Nakú! Susmariósep!* exclamó el soldado persignándose, y estirando á su compañero; ¡vámonos de aquí!

— ¿Qué te pasa?

— ¡Vámonos, vámonos de aquí! repitió castañeteándole los dientes de miedo.

— ¿Qué has visto?

— ¡Un fantasma! murmuró todo tembloroso.

— ¡Un fantasma?

— ¡Sobre el tejado... debe ser la monja que recoge brasas durante la noche!



El distinguido sacó la cabeza y quiso ver.

Brilló otro relámpago y una vena de fuego surcó el cielo, dejándose oír un horrible estallido.

— ¡Jesús! exclamó persignándose también.

En efecto, á la brillante luz del meteoro había visto una figura blanca, de pie, casi sobre el caballete del tejado, dirigidos al cielo los brazos y la cara, como implorándole. ¡El cielo respondía con rayos y truenos!

Tras del trueno se oyó un quejido triste.

— ¡No es el viento, es el fantasma! murmuró el soldado como respondiendo á la presión de mano de su compañero.

— ¡Ay! ay! cruzaba el aire sobreponiéndose al ruido de la lluvia: el viento no podía cubrir con sus silbidos aquella voz dulce y lastimera, llena de desconsuelo.

Brilló otro relámpago de una deslumbrante intensidad.

— ¡No, no es fantasma! exclamó el distinguido; la he visto otra vez; es hermosa como la Virgen... ¡Vámonos de aquí y demos parte!

El soldado no se hizo repetir la invitación y ambos desaparecieron.

¿Quién gime en medio de la noche, á pesar del viento, de la lluvia y de la tempestad? quién es la tímida virgen, la esposa de Jesucristo, que desafía los desencadenados elementos y escoge la tremenda noche y el libre cielo, para exhalar desde una peligrosa altura sus quejas á Dios? ¿habrá abandonado el Señor su templo en el convento y no escucha ya las plegarias? no dejarán tal vez sus bóvedas que la aspiración del alma suba hasta el trono del Misericordiosísimo?

La tempestad se desencadenó furiosa durante casi toda la noche; durante la noche no brilló una sola estrella; los ayes desesperados, mezclados con los suspiros del viento, continuaron, pero hallaron sordos á la Naturaleza y á los hombres: Dios se había velado y no oía.

Al día siguiente, cuando, despejado el cielo de oscuras nubes, el sol brilló de nuevo en medio del éter purificado, un coche se detenía á la puerta del convento de Sta. Clara y descendía de él un hombre, que se dió á conocer como representante de la Autoridad y pidió hablar inmediatamente con la abadesa y ver á todas las monjas.

Cuéntase que apareció una con el hábito todo mojado, hecho girones, y llorando y delatando horrores pidió el amparo del hombre contra las violencias de la hipocresía. Cuéntase también que ella era hermosísima, que tenía los más bellos y expresivos ojos que jamás se hayan visto.

El representante de la Autoridad no la acogió: parlamentó con la abadesa y la abandonó á pesar de sus ruegos y lágrimas. La joven monja vió cerrarse la puerta detrás del hombre, como el condenado vería cerrarse para él las puertas del cielo, si alguna vez el cielo llegaba á ser tan cruel é insensible como los hombres. La abadesa decía que era una loca.

El hombre no sabía tal vez que en Manila hay un hospicio para dementes, ó acaso juzgaria que el convento de monjas era sólo un asilo de locas, aunque se pretende que el hombre aquél era bastante ignorante, sobre todo, para poder decidir cuándo una persona está en su juicio ó no.

Cuéntase también que el General Sr. J. — pensó de otra manera, cuando el hecho llegó á sus oídos; quiso proteger á la loca y la pidió.

Pero esta vez no apareció ninguna hermosa y desamparada joven, y la abadesa no permitió que se visitase el claustro, invocando para ello el nombre de la Religión y de los Santos Estatutos.

Del hecho no se volvió á hablar más, como tampoco de la infeliz María Clara.

FIN DE LA NARRACIÓN



## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

**NOLI ME TÁNGERE** (Novela Tagala).

**EL FILIBUSTERISMO** (Continuación del  
**NOLI ME TÁNGERE**).

**SUCESOS DE LAS ISLAS FILIPINAS**, por el DR. ANTONIO DE MORGA. Obra publicada en Méjico el año de 1609, nuevamente sacada á luz y anotada por JOSÉ RIZAL y precedida de un prólogo del Prof. FERNANDO BLUMENTRITT (Agotada).

---

Diríjanse los pedidos á la Librería MANILA FILATÉLICA ó á los Sres. HEREDEROS del Autor, San Fernando, n.º 152, Binondo.

J. RIZAL

---

# EL FILIBUSTERISMO

(CONTINUACIÓN DEL NOLI ME TÁNGERE)

---

NOVELA FILIPINA

---

TERCERA EDICIÓN

---

MANILA

Librería MANILA FILATÉLICA

Calle Soler, n.º 453. — SANTA CRUZ

---

1908



# EL FILIBUSTERISMO

---





J. RIZAL

---

# EL FILIBUSTERISMO

(CONTINUACIÓN DEL NOLI ME TANGERE)

NOVELA FILIPINA

---

Fácilmente se puede suponer que un filibustero ha hechizado en secreto á la liga de los fraileros y retrógrados para que, siguiendo inconscientes sus inspiraciones, favorezcan y fomenten aquella política que sólo ambiciona un fin: extender las ideas del filibusterismo por todo el país y convencer al último filipino de que no existe otra salvación fuera de la separación de la Madre-Patria.

Ferdinand BLUMENTRITT.

---

•  
TERCERA EDICIÓN

---

MANILA

LIBRERÍA MANILA FILATÉLICA

Calle Soler, n.º 453.—SANTA CRUZ

---

1908

---

*Es propiedad de los Herederos del Autor.  
Serán furtivos los ejemplares que no lleven  
el sello de los mismos.*

---

---

Imprenta de Henrich y C.<sup>a</sup> en comandita. — Barcelona.



*Juri Kijak*



# Á LA MEMORIA

de los Presbíteros, don Mariano GÓMEZ (85 años),  
don José BURGOS (30 años)  
y don Jacinto ZAMORA (35 años).

EJECUTADOS EN EL PATÍBULO DE BAGUMBAYAN,  
el 28 de Febrero de 1872.

*La Religión, al negarse á degradaros, ha puesto en duda el crimen que se os ha imputado; el Gobierno, al rodear vuestra causa de misterio y sombras, hace creer en algún error, cometido en momentos fatales, y Filipinas entera, al venerar vuestra memoria y llamaros mártires, no reconoce de ninguna manera vuestra culpabilidad.*

*En tanto, pues, no se demuestre claramente vuestra participación en la algarada caviteña, hayáis sido ó no patriotas, hayáis ó no abrigado sentimientos por la justicia, sentimientos por la libertad, tengo derecho á dedicaros mi trabajo como á víctimas del mal que trato de combatir. Y mientras esperamos que España os rehabilite un día y no se haga solidaria de vuestra muerte, sirvan estas páginas como tardía corona de hojas secas sobre vuestras ignoradas tumbas, y todo aquel que sin pruebas evidentes ataque vuestra memoria, que en vuestra sangre se manche las manos!*

J. RIZAL.



## SOBRE CUBIERTA

Sic itur ad astra.

En una mañana de Diciembre, el vapor TABO subía trabajosamente el tortuoso curso del Pasig conduciendo numerosos pasajeros hacia la provincia de la Laguna. Era el vapor de forma pesada, casi redonda como el *tabú* de donde deriva su nombre, bastante sucio á pesar de sus pretensiones de blanco, majestuoso y grave á fuerza de andar con calma. Con todo, le tenían cierto cariño en la comarca, quizás por su nombre tagalo ó por llevar el carácter peculiar de las cosas del país, algo así como un triunfo sobre el progreso, un vapor que no era vapor del todo, un organismo inmutable, imperfecto pero indiscutible, que, cuando más quería echárselas de progresista, se contentaba soberbiamente con darse una capa de pintura.

Y ¡si el dichoso vapor era genuinamente filipino! Con un poquito de buena voluntad hasta se le podía tomar por la nave del Estado, construída bajo la inspección de Reverendas é Ilustrísimas personas!

Bañada por el sol de la mañana que hacía vibrar las ondas del río y cantar el aire en las flexibles cañas que se levantan en ambas orillas, allá va su blanca silueta agitando negro penacho de humo: ¡la nave del Estado, dicen, humea mucho también!... El silbato chilla á cada momento, ronco é imponente como un tirano que quiere gobernar á gritos, de tal modo que dentro nadie se entiende. Amenaza á cuanto encuentra; ora parece que va á triturar los *salambaw*, escuálidos aparatos de pesca que en sus movimientos semejan esqueletos de gigantes saludando á una antediluviana tortuga; ora corre derecho ya contra los cañaverales, ya contra los anfibios comederos ó *kárihan*, que, entre gumamelas y otras flores, parecen indecisas bañistas que ya con los pies en el agua no se resuelven aún á zambullirse... á veces, siguiendo cierto camino señalado en el río por troncos de caña,

anda el vapor muy satisfecho; mas, de repente un choque sacude á los viajeros y les hace perder el equilibrio: ha dado contra un bajo de cieno que nadie sospechaba...

Y, si el parecido con la nave del Estado no es completo aún, véase la disposición de los pasajeros. Bajo cubierta asoman rostros morenos y cabezas negras, tipos de indios, chinos y mestizos, apiñados entre mercancías y baúles, mientras que allá arriba, sobre cubierta y bajo un toldo que les protege del sol, están sentados en cómodos sillones algunos pasajeros vestidos á la europea, frailes y empleados, fumándose sendos puros, contemplando el paisaje, sin apercibirse al parecer de los esfuerzos del capitán y marineros para salvar las dificultades del río.

El capitán era un señor de aspecto bondadoso, bastante entrado en años, antiguo marino que en su juventud y en naves más veleras se había engolfado en más vastos mares y ahora en su vejez tenía que desplegar mayor atención, cuidado y vigilancia para orillar pequeños peligros... Y eran las mismas dificultades de todos los días, los mismos bajos de cieno, la misma mole del vapor atascada en las mismas curvas, como una gorda señora entre apiñada muchedumbre, y por eso á cada momento tenía el buen señor que parar, retroceder, ir á media máquina enviando, ora á babor ora á estribor, á los cinco marineros armados de largos *tikines* para acentuar la vuelta que el timón ha indicado. Era como un veterano que, después de guiar hombres en azarasas campañas, fuese en su vejez ayo de muchacho caprichoso, desobediente y tumbón!

Y doña Victorina, la única señora que se sienta en el grupo europeo, podrá decir si el *Tabo* era tumbón, desobediente y caprichoso, doña Victorina que como siempre está nerviosa, lanza invectivas contra los cascos, bankas, balsas de coco, indios que navegan, y aun contra las lavanderas y bañistas que la molestan con su alegría y algazara! Sí, el *Tabo* iría muy bien si no hubiese indios en el río, indios en el país, sí! si no hubiese ningún indio en el mundo, sin fijarse en que los timoneles eran indios, indios los marineros, indios los maquinistas, indios las noventa y nueve partes de los pasajeros é india ella misma también, si le raspan el blanquete y la desnudan de su presumida bata. Aquella mañana, doña Victorina estaba más inaguantable que nunca porque los pasajeros del grupo hacían poco caso de



ella, y no le faltaba razón porque consideren ustedes: encontrarse allí tres frailes convencidos de que todo el mundo andaría al revés el día en que ellos anduviesen al derecho; un infatigable D. Custodio que duerme tranquilo, satisfecho de sus proyectos; un fecundo escritor como Ben-Zayb (anagrama de Ibáñez) que cree que en Manila se piensa porque él, Ben-Zayb, piensa; un canónigo como el P. Irene que da lustre al clero con su faz rubicunda bien afeitada donde se levanta una hermosa nariz judía, y su sotana de seda de garboso corte y menudos botones; y un riquísimo joyero tal como Simoun que pasa por ser el consultor y el inspirador de todos los actos de S. E. el Capitán General, consideren ustedes que encontrarse estas columnas *sine quibus non* del país, allí agrupaditas en agradable charla y no simpatizar con una filipina renegada, que se tinte los cabellos de rubio, ¡vamos que hay para hacer perder la paciencia á una Joba, nombre que doña Victorina se aplica siempre que las ha con alguno.

Y el malhumor de la señora se aumentaba cada vez que gritando el Capitán *baborp! estriborp!* sacaban rápidamente los marineros sus largos *tikines*, los hincaban ya en una ya en otra orilla, impidiendo, con el esfuerzo de sus piernas y sus hombros, á que el vapor diese en aquella parte con su casco. Vista así la nave del Estado, diríase que de tortuga se convertía en cangrejo cada vez que un peligro se acercaba.

— Pero, capitán, ¿por qué sus estúpidos timoneles se van por ese lado? preguntaba muy indignada la señora.

— Porque allí es muy bajo, señora, contestaba el capitán con mucha pausa y guiñando lentamente el ojo.

El capitán había contraído esta pequeña costumbre como para decir á sus palabras que salgan: ¡despacio, muy despacio!

— ¡Media máquina, vaya, media máquina! protesta desdeñosamente doña Victorina; ¿por qué no entera?

— Porque navegaríamos sobre esos arrozales, señora, contesta imperturbable el capitán sacando los labios para señalar las sementeras y haciendo dos guiños acompasados.

Esta doña Victorina era muy conocida en el país por sus extravagancias y caprichos. Frecuentaba mucho la sociedad y se la toleraba siempre que se presentaba con su sobrina, la Paulita Gómez, bellísima y riquísima muchacha, huérfana de

padre y madre, y de quien doña Victorina era una especie de tutora. En edad bastante avanzada se había casado con un infeliz llamado don Tiburcio de Espadaña, y en los momentos en que la vemos, lleva ya quince años de matrimonio, de cabellos postizos y traje semi-europeo. Porque toda su aspiración fué europeizarse, y desde el infausto día de su casamiento, gracias á tentativas criminales, ha conseguido poco á poco transformarse de tal suerte que á la hora presente Quatrefages y Virchow juntos no sabrían clasificarla entre las razas conocidas. Al cabo de tantos años de matrimonio, su esposo que la había sufrido con resignación de fakir sometiéndose á todas sus imposiciones, tuvo un aciago día el fatal cuarto de hora, y le administró una soberbia paliza con su muleta de cojo. La sorpresa de la señora Joba ante semejante inconsecuencia de carácter hizo que por de pronto no se apercibiese de los efectos inmediatos, y sólo cuando se repuso del susto y su marido se hubo escapado, se apercibió del dolor guardando cama por algunos días con gran alegría de la Paulita que era muy amiga de reír y burlarse de su tía. En cuanto al marido, espantado de su impiedad que le sonaba á horrendo parricidio, perseguido por las furias matrimoniales (los dos perritos y el loro de la casa) dióse á huir con toda la velocidad que su cojera le permitía, subió en el primer coche que encontró, pasó á la primera banka que vió en un río, y, Ulises filipino, vaga de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, de isla en isla, seguido y perseguido por su Calipso con quevedos, que aburre á cuantos tienen la desgracia de viajar con ella. Ha tenido noticia de que él se encontraba en la provincia de la Laguna, escondido en un pueblo, y allá va ella á seducirle con sus cabellos teñidos.

Los combarcanos habían tomado el partido de defenderse, sosteniendo entre sí animada conversación, discutiendo sobre cualquier asunto. En aquel momento por las vueltas y revueltas del río, hablábase de su rectificación y naturalmente de los trabajos de las Obras del Puerto.

Ben-Zayb, el escritor que tenía cara de fraile, disputaba con un joven religioso que á su vez tenía cara de artillero. Ambos gritaban, gesticulaban, levantaban los brazos, abrían las manos, pateaban, hablaban de niveles, de corrales de pesca, del río de S. Mateo, de cascos, de indios, etc., etc., con gran contento

de los otros que les escuchaban y manifiesto disgusto de un franciscano de edad, extraordinariamente flaco y macilento, y de un guapo dominico que dejaba... dejaba vagar por sus labios una sonrisa burlona.

El franciscano flaco que comprendía la sonrisa del dominico quiso cortar la disputa interviniendo. Debían respetarle sin duda porque con una señal de la mano cortó la palabra á ambos en el momento en que el fraile-artillero hablaba de experiencia y el escritor-fraile de hombres de ciencia.

— Los hombres de ciencia, Ben Zayb, ¿sabe usted lo que son? dijo el franciscano con voz cavernosa, sin moverse casi en su asiento y gesticulando apenas con las descarnadas manos. Allí tiene usted en la provincia el *punte del Capricho*, construido por un hermano nuestro, y que no se terminó porque *los hombres de ciencia*, fundándose en sus teorías, lo tacharon de poco sólido y seguro, y ¡mire usted! está el puente que resiste á todas las inundaciones y terremotos.

— ¡Eso, puñales, eso precisamente, eso iba yo á decir!, exclamó el fraile-artillero pegando puñetazos en los brazos de su silla de caña; ¡eso, el puente del Capricho y los hombres de ciencia; eso iba yo á decir, P. Salví, puñales!

Ben Zayb se quedó callado, medio sonriendo, bien sea por respeto ó porque realmente no supiese qué replicar, y sin embargo, ¡él era la única cabeza pensante en Filipinas! — El P. Irene aprobaba con la cabeza frotando su larga nariz.

El P. Salví, aquel religioso flaco y descarnado, como satisfecho de tanta sumisión continuó en medio del silencio:

— Pero esto no quiere decir que usted no tenga tanta razón como el P. Camorra (que así se llamaba el fraile-artillero); el mal está en la laguna...

— ¡Es que no hay ninguna laguna decente en este país, intercaló doña Victorina, verdaderamente indignada y disponiéndose á dar otro asalto para entrar en la plaza.

Los sitiados se miraron con terror y, con la prontitud de un general, el joyero Simoun acudió:

— El remedio es muy sencillo, dijo con un acento raro, mezcla de inglés y americano del Sur; y yo verdaderamente no sé cómo no se le ha ocurrido á nadie.

Todos se volvieron prestándole la mayor atención, incluso el

dominico. El joyero era un hombre seco, alto, nervudo, muy moreno, que vestía á la inglesa y usaba un casco de tinsin. Llamaban en él la atención los cabellos largos, enteramente blancos, que contrastaban con la barba negra, rala, denotando un origen mestizo. Para evitar la luz del sol usaba constantemente enormes anteojos azules de rejilla, que ocultaban por completo sus ojos y parte de sus mejillas, dándole un aspecto de ciego ó enfermo de la vista. Se mantenía de pie con las piernas separadas como para guardar el equilibrio, las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta.

— El remedio es muy sencillo, repitió, y no costaría un cuarto.

La atención se redobló. Se decía en los círculos de Manila que aquel hombre dirigía al General y todos veían ya el remedio en vías de ejecución. El mismo don Custodio se volvió.

— Trazar un canal recto desde la entrada del río á su salida, pasando por Manila, esto es, hacer un nuevo río canalizado y cerrar el antiguo Pasig. Se economiza terreno, se acortan las comunicaciones, se impide la formación de bancos.

El proyecto dejó atontados á casi todos, acostumbrados á tratamientos paliativos.

— ¡Es un plan yankee! observó Ben Zayb, que quería agradar á Simoun. — El joyero había estado mucho tiempo en la América del Norte.

Todos encontraban grandioso el proyecto y así lo manifestaban en sus movimientos de cabeza. Sólo don Custodio, el liberal don Custodio, por su posición independiente y sus altos cargos, creyó deber atacar un proyecto que no venía de él — ¡aquello era una usurpación! — y tosió, se pasó las manos por los bigotes y con su voz importante y como si se encontrase en plena sesión del Ayuntamiento, dijo:

— Dispéñseme el señor Simoun, mi respetable amigo, si le digo que no soy de su opinión; costaría muchísimo dinero y quizás tuviésemos que destruir poblaciones.

— ¡Pues se destruyen! contestó fríamente Simoun.

— ¿Y el dinero para pagar á los trabajadores...?

— No se pagan. Con los presos y los presidiarios...

— ¡Ca, no hay bastante, señor Simoun!

— Pues si no hay bastante, que todos los pueblos, que los

viejos, los jóvenes, los niños trabajen, en vez de los quince días obligatorios, tres, cuatro, cinco meses para el Estado, con la obligación, además, de llevar cada uno su comida y sus instrumentos.

Don Custodio, espantado, volvió la cara para ver si cerca había algún indio que les pudiese oír. Afortunadamente los que allí se encontraban eran campesinos, y los dos timoneles parecían muy ocupados con las curvas del río.

— Pero, señor Simoun...

— Desengáñese usted, don Custodio, continuó Simoun secamente; sólo de esa manera se ejecutan grandes obras con pocos medios. Así se llevaron á cabo las Pirámides, el lago Moeris y el Coliseo en Roma. Provincias enteras venían del desierto cargando con sus cebollas para alimentarse; viejos, jóvenes y niños trabajaban acarreando piedras, labrándolas y cargándolas sobre sus hombros, bajo la dirección del látigo oficial; y después volvían á sus pueblos los que sobrevivían, ó perecían en las arenas del desierto. Luego venían otras provincias, y luego otras, sucediéndose en la tarea durante años; el trabajo se concluía y ahora nosotros los admiramos, viajamos, vamos al Egipto y á Roma, ensalzamos á los Faraones, á la familia Antonina... Desengáñese usted; los muertos, muertos se quedan y sólo al fuerte le da la razón la posteridad.

— Pero, señor Simoun, semejantes medidas pueden provocar disturbios, observó don Custodio, inquieto por el giro que tomaba el asunto.

— ¡Disturbios, ja, ja! ¡Se rebeló acaso el pueblo egipcio alguna vez, se rebelaron los prisioneros judíos contra el piadoso Tito? ¡Hombre, le creía á usted más enterado en historia!

Está visto que aquel Simoun ó era muy presumido ó no tenía formas. ¡Decir al mismo don Custodio en su cara que ño sabía historia, es para sacarle á cualquiera de sus casillas! Y así fué, don Custodio se olvidó y replicó:

— ¡Es que no está usted entre egipcios ni judíos!

— Y este país se ha sublevado más de una vez, añadió el dominico con cierta timidez; en los tiempos en que se les obligaba á acarrear grandes árboles para la construcción de navios, si no fuera por los religiosos...

— Aquellos tiempos están lejos, contestó Simoun riéndose

más secamente aún de lo que acostumbraba; estas islas no volverán á sublevarse por más trabajos é impuestos que tengan... ¿No me ponderaba usted, P. Salví—añadió dirigiéndose al franciscano delgado— la casa y el hospital de Los Baños donde ahora se encuentra su Excelencia?

El P. Salví hizo un movimiento con la cabeza y miró extrañando la pregunta.

— ¿Pues no me había dicho usted que ambos edificios se levantaron obligando á los pueblos á trabajar en ellos bajo el látigo de un lego? Probablemente el Puente del Capricho se construyó de la misma manera. Y digan ustedes, ¿se sublevaron estos pueblos?

— Es que... se sublevaron *antes*, observó el dominico; ¡y *ab actu ad posse valet illatio!*

— ¡Nada, nada, nada! continuó Simoun disponiéndose á bajar á la cámara por la escotilla; lo dicho, dicho. Y usted, P. Sibyla, no diga ni latines ni tonterías. ¿Para qué estarán ustedes los frailes, si el pueblo se puede sublevar?

Y sin hacer caso de las protestas ni de las réplicas, Simoun bajó por la pequeña escalera que conduce al interior, repitiendo con desprecio: ¡Vaya, vaya!

El P. Sibyla estaba pálido; era la primera vez que á él, Vice Rector de la Universidad, se le atribuían tonterías; don Custodio estaba verde; en ninguna junta en que se había encontrado había visto adversario semejante. Aquello era demasiado.

— ¡Un mulato americano! exclamó refunfuñando.

— ¡Indio inglés! observó en voz baja Ben Zayb.

— Americano, se lo digo á usted ¿si lo sabré yo? contestó de mal humor don Custodio; S. E. me lo ha contado; es un joyero que él conoció en la Habana y que según sospecho le ha proporcionado el destino prestándole dinero. Por eso, para pagarle le ha hecho venir á que haga de las suyas, aumente su fortuna vendiendo brillantes... falsos, ¡quién sabe! Y es tan ingrato que después de sacar los cuartos á los indios todavía quiere que... ¡Pf!

Y terminó la frase con un gesto muy significativo de la mano.

Ninguno se atrevía á hacer coro á aquellas diatribas; don Custodio podía indisponerse con S. E. si quería; pero ni Ben Zayb, ni el P. Irene, ni el P. Salví, ni el ofendido P. Sibyla tenían confianza en la discreción de los demás.

— Es que ese señor, como es americano, se cree sin duda que estamos tratando con los Pielas Rojas... Hablar de esos asuntos en un vapor! ¡Obligar, forzar á la gente!... Y es ése el que aconsejó la expedición á Carolinas, la campaña de Mindanaw que nos va á arruinar infamemente... Y es él quien se ha ofrecido á intervenir en la construcción del crucero, y digo yo: ¿qué entiende un joyero, por rico é ilustrado que fuese, de construcciones navales?

Todo esto se lo decía en voz gutural don Custodio á su vecino Ben Zayb gesticulando, encogiéndose de hombros, consultando de tiempo en tiempo con la mirada á los demás que hacían movimientos ambiguos de cabeza. El canónigo Irene se permitía una sonrisa bastante equívoca que medio ocultaba con la mano al acariciar su nariz.

— Le digo á usted, Ben Zayb, continuaba don Custodio sacudiéndole al escritor el brazo; todo el mal aquí está en que no se consulta á las personas que tienen larga residencia. Un proyecto con grandes palabras y sobre todo con un gran presupuesto, con un presupuesto en cantidades redondas, alucina y se acepta en seguida... por esto!

Don Custodio frotaba la yema del dedo pulgar contra las del índice y del medio.

— Algo de eso hay, algo de eso, creyó deber contestar Ben Zayb que, en su calidad de periodista, tenía que estar enterado de todo.

— Mire usted, antes que las obras del Puerto, he presentado yo un proyecto, original, sencillo, útil, económico y factible para limpiar la barra de la Laguna, y no se ha aceptado porque no daba de estol

Y repitió el mismo gesto de los dedos, se encogió de hombros, miró á todos como diciéndoles: ¿Ustedes han visto semejante desgracia?

— Y ¿se puede saber en qué consistía? — Y...? — ¡Hola! exclamaron unos y otros acercándose y aprestándose á escuchar. Los proyectos de don Custodio eran famosos como los específicos de los curanderos.

Don Custodio estuvo á punto de no decirles en qué consistía, resentido por no haber encontrado partidarios cuando sus diatribas contra Simoun. «Cuando no hay peligro queréis que

hable, eh? y cuando lo hay os calláis?» iba á decir; pero era perder una buena ocasión, y el proyecto, ya que no se podía realizar, al menos que se conozca y se admire.

Después de dos ó tres bocanadas de humo, de toser y de escupir por una comisura, preguntó á Ben Zayb dándole una palmada sobre el muslo:

— ¿Usted ha visto patos?

— Me parece... los hemos cazado en el lago, respondió Ben Zayb extrañado.

— No, no hablo de patos silvestres, hablo de los domésticos, de los que se crían en Pateros y en Pasig. Y ¿sabe usted de qué se alimentan?

Ben Zayb, la única cabeza pensante, no lo sabía: él no se dedicaba á aquella industria.

— ¡De caracolitos, hombre, de caracolitos! contestó el P. Camorra; no se necesita ser indio para saberlo, basta tener ojos!

— Justamente, de caracolitos! repetía don Custodio gesticulando con el dedo índice; y ¿usted sabe de dónde se sacan?

La cabeza pensante tampoco lo sabía.

— Pues si tuviera usted mis años de país, sabría que los pescan en la barra misma donde abundan mezclados con la arena.

— ¿Y su proyecto?

— Pues á eso voy. Obligaba yo á todos los pueblos del contorno, cercanos á la barra, á criar patos, y verá V. cómo ellos, por sí solos, la profundizan pescando caracoles... Ni más ni menos, ni menos ni más.

Y don Custodio abría ambos brazos y contemplaba gozoso el estupor de sus oyentes: á ninguno se le había ocurrido tan peregrina idea.

— ¿Me permite usted que escriba un artículo acerca de eso? preguntó Ben Zayb; en este país se piensa tan poco...

— Pero, don Custodio, dijo doña Victorina haciendo dengues y monadas; si todos se dedican á criar patos van á abundar los huevos *balot*. ¡Uy, qué asco! ¡Que se ciegue antes la barral



II

BAJO CUBIERTA

Allá abajo pasaban otras escenas.

Sentados en bancos y en pequeños taburetes de madera, entre maletas, cajones, cestos y tampipis, á dos pasos de la máquina, al calor de las calderas, entre vaho humano y olor pestilente de aceite, se veía la inmensa mayoría de los pasajeros.

Unos contemplan silenciosos los variados paisajes de la orilla, otros juegan á las cartas ó conversan en medio del estruendo de las palas, ruido de la máquina, silbidos de vapor que se escapa, mugidos de agua removida, pitadas de la bocina. En un rincón, hacinados como cadáveres, dormían ó trataban de dormir algunos chinos traficantes, mareados, pálidos, babeando por los entreabiertos labios, y bañados en el espeso sudor que se escapa de todos sus poros. Solamente algunos jóvenes, estudiantes en su mayor parte, fáciles de reconocer por su traje blanquísimo y su porte aliñado, se atrevían á circular de popa á proa, saltando por encima de cestos y cajas, alegres con la perspectiva de las próximas vacaciones. Tan pronto discutían los movimientos de la máquina tratando de recordar nociones olvidadas de Física, como rondaban al rededor de la joven colegiala, de la buyera de labios rojos y collar de sampagas, susurrándoles al oído palabras que las hacían sonreír ó cubrirse la cara con el pintado abanico.

Dos, sin embargo, en vez de ocuparse en aquellas galanterías pasajeras, discutían en la proa con un señor de edad, pero aun arrogante y bien derecho. Ambos debían ser muy conocidos y considerados á juzgar por ciertas deferencias que les mostraban los demás. En efecto, el de más edad, el que va vestido todo de negro era el estudiante de Medicina Basilio, conocido por sus buenas curas y maravillosos tratamientos. El otro, el más grande y más robusto con ser mucho más joven, era Isagani, uno de los poetas ó cuando menos *versistas* que salieron aquel año del Ateneo, carácter original, de ordinario poco comunica-

tivo, y bastante taciturno. El señor que hablaba con ellos era el rico Capitán Basilio que venía de hacer compras en Manila.

— Capitán Tiago va muy regular, sí señor, decía el estudiante moviendo la cabeza; no se somete á ningún tratamiento... Aconsejado por *alguno* me envía á S. Diego so pretexto de visitar la casa, pero es para que le deje fumar el opio con entera libertad.

El estudiante, cuando decía *alguno*, daba á entender el P. Irene, gran amigo y gran consejero de Capitán Tiago en sus últimos días.

— El opio es una de las plagas de los tiempos modernos, repuso el Capitán con un desprecio é indignación de senador romano; los antiguos lo conocieron, mas nunca abusaron de él. Mientras duró la afición á los estudios clásicos (obsérvenlo bien, jóvenes) el opio sólo fué medicina, y sino, díganme quiénes lo fuman más. Los chinos, los chinos que no saben una palabra de latín! ¡Ah, si Capitán Tiago se hubiese dedicado á Cicerón!...

Y el disgusto más clásico se pintó en su cara de epicúreo bien afeitado. Isagani le contemplaba con atención: aquel señor padecía la nostalgia de la antigüedad.

— Pero, volviendo á esa Academia de Castellano, continuó Capitán Basilio; les aseguro á ustedes que no la han de realizar...

— Sí señor, de un día á otro esperamos el permiso, contesta Isagani; el P. Irene, que usted habrá visto arriba, y á quien regalamos una pareja de castaños, nos lo ha prometido. Va á verse con el General.

— ¡No importa; el P. Sibyla se opondrá!

— ¡Que se oponga! Por eso viene para... en Los Baños, ante el General.

Y el estudiante Basilio hacía una mímica con sus dos puños haciéndolos chocar uno contra el otro.

— ¡Entendido! observó riendo Capitán Basilio. Pero aunque ustedes consigan el permiso, ¿de dónde sacarán fondos...

— Los tenemos, señor; cada estudiante contribuye con un real.

— Pero ¿y los profesores?

— Los tenemos; la mitad filipinos y la mitad peninsulares.

— Y ¿la casa?

— Makaraig, el rico Makaraig cede una de las suyas.

Capitán Basilio tuvo que darse por vencido; aquellos jóvenes tenían todo dispuesto.

— Por lo demás, dijo encogiéndose de hombros, no es mala del todo, no es mala la idea, y ya que no se puede poseer el latín, que al menos se posea el castellano. Ahí tiene usted, tocayo, una prueba de cómo vamos para atrás. En nuestro tiempo aprendíamos latín, porque nuestros libros estaban en latín; ahora ustedes lo aprenden un poco, pero no tienen libros en latín; en cambio, sus libros están en castellano y no se enseña este idioma: *¡etas parentum peior avis tulit nos nequiores!* como decía Horacio.

Y dicho esto, se alejó majestuosamente como un emperador romano. Los dos jóvenes se sonrieron.

— Esos hombres del pasado, observó Isagani, para todo encuentran dificultades; se les propone una cosa, y en vez de ver las ventajas, sólo se fijan en los inconvenientes. Quieren que todo venga liso y redondo como una bola de billar.

— Con tu tío está á su gusto, observó Basilio; hablan de sus antiguos tiempos... Oye, á propósito ¿qué dice tu tío de Paulita? Isagani se ruborizó.

— Me echó un sermón sobre la elección de esposa... Le contesté que en Manila no había otra como ella, hermosa, bien educada, huérfana...

— Riquísima, elegante, graciosa, sin más defectos que una tía ridícula, añadió Basilio riendo.

Isagani se rió á su vez.

— Á propósito de la tía, ¿sabes que me ha encargado busque á su marido?

— ¿Doña Victorina? Y tú se lo habrás prometido para que te conserve la novia?

— ¡Naturalmente! pero es el caso que el marido se esconde precisamente... en casa de mi tío!

Ambos se echaron á reir.

— Y he aquí, continuó Isagani, el porqué mi tío, que es un hombre muy concienzudo, no ha querido entrar en la cámara, temeroso de que doña Victorina le pregunte por don Tiburcio. ¡Figúrate! Doña Victorina, cuando supo que yo era pasajero de proa, me miró con cierto desprecio...

En aquel instante bajaba Simoun, y al ver á los dos jóvenes,

— ¡Adiós, don Basilio, dijo saludando en tono protector, ¿se va de vacaciones? ¿El señor es paisano de usted?

Basilio presentó á Isagani y dijo que no eran compoblanos, pero que sus pueblos no distaban mucho. Isagani vivía á orillas del mar en la contracosta.

Simoun examinaba á Isagani con tanta atención, que molesto éste se volvió y le miró cara á cara con un cierto aire provocador.

— Y ¿qué tal es la provincia? preguntó Simoun volviéndose á Basilio.

— ¿Cómo, no la conoce usted?

— ¿Cómo diablos la he de conocer si no he puesto jamás los pies en ella? Me han dicho que es muy pobre y no compra alhajas.

— No compramos alhajas porque no las necesitamos, contestó secamente Isagani, picado en su orgullo de provinciano.

Una sonrisa se dibujó en los pálidos labios de Simoun.

— No se ofenda usted, joven, repuso; yo no tenía ninguna mala intención, pero como me habían asegurado que casi todos los curatos estaban en manos de clérigos indios, yo me dije: los frailes se mueren por un curato y los franciscanos se contentan con los más pobres, de modo que cuando unos y otros los ceden á los clérigos, es que allí no se conocerá jamás el perfil del rey. ¡Vaya, señores, vénganse ustedes á tomar conmigo cerveza y brindaremos por la prosperidad de su provincia!

Los jóvenes dieron las gracias y se excusaron diciendo que no tomaban cerveza.

— Hacen ustedes mal, repuso Simoun visiblemente contrariado; la cerveza es una cosa buena, y he oído decir esta mañana al P. Camorra, que la falta de energía que se nota en este país se debe á la mucha agua que beben sus habitantes.

Isagani, que casi era tan alto como el joyero, se irguió:

— Pues dígame usted al P. Camorra, se apresuró á decir Basilio, tocando con el codo disimuladamente á Isagani, dígame usted, que si él bebiese agua en vez de vino ó de cerveza, acaso ganásemos todos y no diese mucho que hablar...

— Y dígame, añadió Isagani, sin hacer caso de los codazos de su amigo, que el agua es muy dulce y se deja beber, pero ahoga al vino y á la cerveza y mata al fuego; que calentada es

vapor, que irritada es océano, y que una vez destruyó á la humanidad é hizo temblar al mundo en sus cimientos!

Simoun levantó la cabeza, y aunque su mirada no se podía leer oculta por sus gafas azules, en el resto de su semblante se podía ver que estaba sorprendido.

— ¡Bonita réplica! dijo; pero témome que se guasee y me pregunte cuándo se convertirá el agua en vapor y cuándo en océano. El P. Camorra es algo incrédulo y muy zumbón.

— Cuando el fuego la caliente, cuando los pequeños ríos que ahora se encuentran diseminados en sus abruptas cuencas, empujados por la fatalidad se reúnan en el abismo que los hombres van cavando, contestó Isagani.

— No, señor Simoun, añadió Basilio tomando un tono de broma. Repítale usted más bien estos versos del mismo amigo Isagani:

Agua somos, decís, vosotros fuego;  
Como lo queráis, sea!  
¡Vivamos en sosiego  
Y el incendio jamás luchar nos vea!  
Sino que unidos por la ciencia sabia  
De las calderas en el seno ardiente,  
Sin cóleras, sin rabia,  
Formemos el vapor, quinto elemento,  
Progreso, vida, luz y movimiento!

— Utopía, utopía! contestó secamente Simoun; la máquina está por encontrarse... en el entretanto tomo mi cerveza.

Y sin despedirse dejó á los dos amigos.

— Pero ¿qué tienes tú hoy que estás batallador? preguntó Basilio.

— Nada, no lo sé, pero ese hombre me da horror, miedo casi.

— Te estaba tocando con el codo; no sabes que á ese le llaman el cardenal Moreno?

— ¿Cardenal Moreno?

— Ó Eminencia Negra, como quieras.

— ¡No te entiendo!

— Richelieu tenía un consultor capuchino á quien llamaban Eminencia Gris; pues éste lo es del General...

— ¿De veras?

— Como que lo he oído de *alguno...* que siempre habla de él mal detrás, y le adula cuando le tiene delante.

— ¿Visita también á Capitán Tiago?

— Desde el primer día de su llegada, y por cierto que *un cierto* le considera como rival... en la herencia... Y creo que va á verse con el General para la cuestión de la enseñanza del castellano.

En aquel momento un criado vino para decir á Isagani que su tío le llamaba.

En uno de los bancos de popa y confundido con los demás pasajeros se sentaba un clérigo contemplando el paisaje que se desplegaba sucesivamente á su vista. Sus vecinos le hacían sitio; los hombres, cuando pasaban cerca, se descubrían, y los jugadores no osaban poner su mesa cerca de donde él estaba. Aquel sacerdote hablaba poco, no fumaba ni adoptaba maneras arrogantes, no desdeñaba mezclarse con los demás hombres y devolvía el saludo con finura y gracia, como si se sintiese muy honrado y muy reconocido. Era ya de bastante edad, los cabellos casi todos canos, pero su salud parecía aún robusta y, aunque sentado, tenía el tronco erguido y la cabeza recta, pero sin orgullo ni arrogancia. Diferenciábase del vulgo de clérigos indios, pocos por demás, que por aquella época servían como coadjutores ó administraban algunos curatos provisionalmente, en cierto aplomo y gravedad como quien tiene conciencia de la dignidad de su persona y de lo sagrado de su cargo. Un ligero examen de su exterior, si no ya sus cabellos blancos, manifestaba al instante que pertenecía á otra época, á otra generación, cuando los mejores jóvenes no temían exponer su dignidad haciéndose sacerdotes, cuando los clérigos miraban de igual á igual á los frailes cualesquiera, y cuando la clase, aun no denigrada y envilecida, pedía hombres libres y no esclavos, inteligencias superiores y no voluntades sometidas. En su rostro triste y serio se leía la tranquilidad del alma fortalecida por el estudio y la meditación, y acaso puesta á prueba por íntimos sufrimientos morales. Aquel clérigo era el P. Florentino, el tío de Isagani, y su historia se reduce á muy poco.

Hijo de una riquísima y bien relacionada familia de Manila, de gallardo continente y felices disposiciones para brillar en el mundo, jamás había sentido vocación sacerdotal; pero su ma-

dre, por ciertas promesas ó votos, le obligó á entrar en el seminario después de no pocas luchas y violentas discusiones. Ella tenía grandes amistades con el arzobispo, era de una voluntad de hierro, é inexorable como toda mujer devota que cree interpretar la voluntad de Dios. En vano se opuso el joven Florentino, en vano suplicó, en vano se excusó con sus amores y provocó escándalos; sacerdote tenía que ser y á los veinticinco años sacerdote fué; el arzobispo le confirió las órdenes, la primera misa se celebró con mucha pompa, hubo tres días de festín, y la madre murió contenta y satisfecha dejándole toda su fortuna.

Pero en aquella lucha recibió Florentino una herida de la que jamás se curó: semanas antes de su primera misa, la mujer que más había amado se casó con un cualquiera, de desesperación; aquel golpe fué el más rudo que sintiera jamás; perdió su energía moral, la vida le fué pesada é insoportable. Si no la virtud y el respeto á su estado, aquel amor desgraciado le salvó de los abismos en que caen los curas regulares y seglares en Filipinas. Dedicóse á sus feligreses por deber, y por afición á las ciencias naturales.

Cuando acontecieron los sucesos del setenta y dos, temió el P. Florentino que su curato por los grandes beneficios que rendía llamase la atención sobre él, y pacífico antes que todo solicitó su retiro, viviendo desde entonces como particular en los terrenos de su familia, situados á orillas del Pacífico. Allí adoptó á un sobrino, á Isagani, según los maliciosos hijo suyo con su antigua novia cuando enviudó, hijo natural de una prima suya en Manila según los más serios y enterados.

El Capitán del vapor había visto al clérigo é instádole á que entrara en la cámara y subiese sobre cubierta. Para decidirle había añadido:

— Si usted no va, los frailes creerán que no quiere reunirse con ellos.

El P. Florentino no tuvo más remedio que aceptar y mandó llamar á su sobrino para enterarle de lo que sucedía y recomendarle no se acercase á la cámara mientras estuviese allí.

— Si te ve el Capitán, te va á invitar y abusaríamos de su bondad.

— ¡Cosas de mi tío! pensaba Isagani; todo es para que no tenga motivos de hablar con doña Victorina.

### III

## LEYENDAS

Ich weiss nicht was soll es bedeuten  
Dass ich so traurig bin!

Quando el P. Florentino saludó á la pequeña sociedad ya no reinaba el mal humor de las pasadas discusiones. Quizás influyeran en los ánimos las alegres casas del pueblo de Pasig, las copitas de Jerez que habían tomado para prepararse ó acaso la perspectiva de un buen almuerzo; sea una cosa ú otra, el caso es que reían y bromeaban incluso el franciscano flaco, aunque sin hacer mucho ruido: sus risas parecían muecas de moribundo.

— ¡Malos tiempos, malos tiempos! decía riendo el P. Sibyla.

— ¡Vamos, no diga usted eso, Vice-Rector! contestaba el canónigo Irene empujando la silla en que aquél se sentaba; en Hong Kong hacen ustedes negocio redondo y construyen cada finca que... ¡vaya!

— ¡Tate, tate! contestaba; ustedes no ven nuestros gastos, y los inquilinos de nuestras haciendas empiezan á discutir...

— ¡Ea, basta de quejas, puñales, porque si no me pondré á llorar! gritó alegremente el P. Camorra. Nosotros no nos quejamos y no tenemos ni haciendas, ni bancos. Y sepan que mis indios empiezan á regatear los derechos y me andan con tarifas! Miren que citarme á mí tarifas ahora, y nada menos que del arzobispo don Basilio Sancho, puñales! como si de entonces acá no hubiesen subido los precios de los artículos. Ja, ja, ja! Por qué un bautizo ha de ser menos que una gallina? Pero yo me hago el sueco, cobro lo que puedo y no me quejo nunca. Nosotros no somos codiciosos, verdá usted, P. Salví?

En aquel momento apareció por la escotilla la cabeza de Simoun.

— Pero ¿dónde se ha metido usted? le gritó don Custodio que se había olvidado ya por completo del disgusto; se perdió usted lo más bonito del viaje!

— ¡Psh! contestó Simoun acabando de subir; he visto ya tantos ríos y tantos paisajes, que sólo me interesan los que recuerdan leyendas...



— Pues leyendas, algunas tiene el Pasig, contestó el Capitán, que no le gustaba que le despreciasen el río por donde navegaba y ganaba su vida; tiene usted la de *Malapad-na-bató*, roca sagrada antes de la llegada de los españoles como habitación de los espíritus; después, destruída la superstición y profanada la roca, convirtiéndose en nido de tulisanes desde cuya cima apresaban fácilmente á las pobres bankas que tenían á la vez que luchar contra la corriente y contra los hombres. Más tarde, en nuestros tiempos, á pesar del hombre que ha puesto en ella la mano, menciona tal ó cual historia de banka volcada, y si yo al doblarla no anduviese con mis seis sentidos, me estrellaría contra sus costados. Tiene usted otra leyenda, la de la cueva de doña Jerónima, que el P. Florentino se la podrá á usted contar...

— ¡Todo el mundo la sabe! observó el P. Sibyla desdeñoso. Pero ni Simoun, ni Ben Zayb, ni el P. Irene, ni el P. Camorra la sabían, y pidieron el cuento unos por guasa y otros por verdadera curiosidad. El clérigo, adoptando el mismo tono guasón con que algunos se lo pedían, como un aya cuenta un cuento á los niños, dijo:

— Pues érase un estudiante que había dado palabra de casamiento á una joven de su país, y de la que al parecer no se volvió á acordar. Ella, fiel, le estuvo esperando años y años; pasó su juventud, se hizo jamona y un día tuvo noticia de que su antiguo novio era arzobispo de Manila. Disfrazóse de hombre, se vino por el Cabo y se presentó á su Ilustrísima reclamándole la promesa. Lo que pedía era imposible, y el arzobispo mandó entonces construir la cueva que ustedes habrán visto tapiada y adornada á su entrada, por encajes de enredaderas. Allí vivió y murió y allí fué enterrada, y cuenta la tradición que doña Jerónima era tan gruesa que para entrar tenía que perfilarse. Su fama de encantada le vino de su costumbre de arrojar al río la vajilla de plata de que se servía en los opíparos banquetes á que acudían muchos señores. Una red estaba tendida debajo del agua y recibía las piezas que así se lavaban. No hace aún veinte años el río pasaba casi besando la entrada misma de la cueva, pero poco á poco se va retirando de ella como se va olvidando su memoria entre los indios.

— ¡Bonita leyenda! dijo Ben Zayb, voy á escribir un artículo. Es sentimental!

Doña Victorina pensaba habitar otra cueva é iba á decirlo cuando Simoun le quitó la palabra :

— Pero ¿qué opina usted de ello, P. Salví, preguntó al franciscano que estaba absorto en alguna meditación; ¿no le parece á usted que su Ilustrísima, en vez de darle una cueva, debía haberla puesto en un beaterio, en Santa Clara por ejemplo?

Movimiento de asombro en el P. Sibyla, quien vió al P. Salví estremecerse y mirar de reojo hacia Simoun.

— Porque no es nada galante, continuó Simoun con la mayor naturalidad, dar una peña por morada á la que burlamos en sus esperanzas; no es nada religioso exponerla así á las tentaciones, en una cueva, á orillas de un río; huele algo á ninfas y á driadas. Habría sido más galante, más piadoso, más romántico, más en conformidad con los usos de este país encerrarla en Santa Clara como una nueva Heloísa, para visitarla y confortarla de cuando en cuando. ¿Qué dice usted?

— Yo no puedo ni debo juzgar la conducta de los arzobispos, contestó el franciscano de mala gana.

— Pero usted que es el gobernador eclesiástico, el que está en lugar de nuestro arzobispo, ¿qué haría usted si tal caso le aconteciese?

El P. Salví se encogió de hombros, y añadió con calma :

— No vale la pena pensar en lo que no puede suceder... Pero puesto que se habla de leyendas, no se olviden ustedes de la más bella por ser la más verdadera, la del milagro de S. Nicolás, las ruinas de cuyo templo habrán ustedes visto. Se la voy á contar al señor Simoun, que no debe saberla. Parece que antes, el río como el lago, estaban infestados de caimanes, tan enormes y voraces que atacaban á las bankas y las hacían zozobrar de un coletazo. Cuentan nuestras crónicas que un día, un chino infiel que hasta entonces no había querido convertirse, pasaba por delante de la iglesia, cuando de repente el demonio se le presentó en forma de caimán, le volcó la banca para devorarle y llevarle al infierno. Inspirado por Dios, el chino invocó en el momento á S. Nicolás y al instante el caimán se convirtió en piedra. Los antiguos refieren que en su tiempo se podía reconocer muy bien al monstruo en los trozos de roca que de él quedaron; por mí puedo asegurar que todavía distinguí claramente la cabeza, y á juzgar por ella el monstruo debió haber sido enorme.

— ¡Maravillosa, maravillosa leyenda! exclamó Ben Zayb, y se presta para un artículo. La descripción del monstruo, el terror del chino, las aguas del río, los cañaverales... Y se presta para un estudio de religiones comparadas. Porque mire usted, un chino infiel invocar en medio del mayor peligro precisamente á un santo que sólo debía conocer de oídas y en quien no creía... Aquí no reza el refrán de *más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer*. Yo si me encontrase en la China y me viese en semejante apuro, primero invocaba al santo más desconocido del calendario que á Confucio ó á Budha. Si esto es superioridad manifiesta del catolicismo ó inconsistencia ilógica é inconsecuente de los cerebros de raza amarilla, el estudio profundo de la antropología lo podrá solamente dilucidar.

Y Ben Zayb había adoptado el tono de un catedrático y con el índice trazaba círculos en el aire admirándose de su imaginación que sabía sacar de las cosas más insignificantes tantas alusiones y consecuencias. Y como viera á Simoun preocupado y creyese que meditaba sobre lo que acababa de decir, le preguntó en qué estaba pensando.

— En dos cosas muy importantes, respondió Simoun, dos preguntas que puede usted añadir á su artículo. Primera: ¿qué habrá sido del diablo al verse de repente encerrado dentro de una piedra? ¿se escapó? ¿se quedó allí? ¿quedóse aplastado? Y segunda, si los animales petrificados que he visto yo en varios museos de Europa no habrán sido víctimas de algún santo antediluviano?

El tono con que hablaba el joyero era tan serio, y apoyaba su frente contra la punta del dedo índice como en señal de gran cavilación, que el P. Camorra contestó muy serio:

— ¡Quién sabe, quién sabe!

— Y pues que de leyendas se trata, y entramos ahora en el lago, repuso el P. Sibyla, el Capitán debe conocer muchas...

En aquel momento el vapor entraba en la barra y el panorama que se extendía ante sus ojos era verdaderamente magnífico. Todos se sintieron impresionados. Delante se extendía el hermoso lago rodeado de verdes orillas y montañas azules como un espejo colosal con marco de esmeraldas y zafiros para mirarse en su luna el cielo. A la derecha se extendía la orilla baja, formando senos con graciosas curvas, y allá á lo lejos, medio

borrado, el gancho del Suğay: delante y en el fondo se levantaba el Makiling majestuoso, imponente, coronado de ligeras nubes: y á la izquierda la isla de Talim, el Susong-dalaga, con las mórbidas ondulaciones que le han valido su nombre.

Una brisa fresca rizaba dulcemente la extensa superficie.

— A propósito, Capitán, dijo Ben Zayb, volviéndose; ¿sabe usted en qué parte del lago fué muerto un tal Guevara, Navarra, ó Ibarra?

Todos miraron al Capitán menos Simoun, que volvió la cabeza á otra parte como para buscar algo en la orilla.

— ¡Ay sí! dijo doña Victorina, ¿dónde, Capitán? ¿habrá dejado huellas en el agua?

El buen señor guiñó varias veces, prueba de que estaba muy contrariado; pero, viendo la súplica en los ojos de todos, se adelantó algunos pasos á proa y escudriñó la orilla.

— Miren ustedes allá, dijo en voz apenas perceptible después de asegurarse de que no había personas extrañas; según el cabo que organizó la persecución, Ibarra, al verse cercado, se arrojó de la banka allí cerca del *Kinabutasan* y, nadando y nadando entre dos aguas, atravesó toda esa distancia de más de dos millas, saludado por las balas cada vez que sacaba la cabeza para respirar. Más allá fué donde perdieron su traza, y un poco más lejos, cerca de la orilla, descubrieron algo como color de sangre... Y ¡precisamente! hoy hace trece años, día por día, que esto ha sucedido.

— ¿De manera que su cadáver?... preguntó Ben Zayb.

— Se vino á reunir con el de su padre, contestó el P. Sibyla; ¿no era también otro filibustero, P. Salví?

— Esos sí que son entierros baratos, P. Camorra ¿eh? dijo Ben Zayb.

— Siempre he dicho yo que son filibusteros los que no pagan entierros pomposos, contestó el aludido riendo con la mayor alegría.

— Pero ¿qué le pasa á usted, señor Simoun? preguntó Ben Zayb viendo al joyero, inmóvil y meditabundo. ¿Está usted mareado, usted, viajero, y en una gota de agua como ésta?

— Es que le diré á usted, contestó el Capitán que había concluido por profesar cariño á todos aquellos sitios; no llame usted á esto gota de agua: es más grande que cualquier lago de Suiza

y que todos los de España juntos; marinos viejos he visto yo que se marearon aquí.

#### IV

### CABESANG TALES

Los que han leído la primera parte de esta historia, se acordarán tal vez de un viejo leñador que vivía allá en el fondo de un bosque.

Tandang Selo vive todavía y aunque sus cabellos se han vuelto todos canos, conserva no obstante su buena salud. Ya no va á cazar ni á cortar árboles; como ha mejorado de fortuna, sólo se dedica á hacer escobas.

Su hijo Tales (abreviación de Telesforo) primero había trabajado como aparcerero en los terrenos de un capitalista; pero, más tarde, dueño ya de dos karabaos y de algunos centenares de pesos, quiso trabajar por su cuenta ayudado de su padre, su mujer y sus tres hijos.

Talaron, pues, y limpiaron unos espesos bosques que se encontraban en los confines del pueblo y que creían no pertenecían á nadie. Durante los trabajos de roturación y saneamiento, toda la familia, uno tras otro, enfermó de calenturas, sucumbiendo de marasmo la madre y la hija mayor, la Lucía, en la flor de la edad. Aquello que era consecuencia natural del suelo removido, fecundo en organismos varios, lo atribuyéron á la venganza del espíritu del bosque, y se resignaron y prosiguieron sus trabajos creyéndole ya aplacado. Cuando iban á recoger los frutos de la primera cosecha, una corporación religiosa que tenía terrenos en el pueblo vecino, reclamó la propiedad de aquellos campos, alegando que se encontraban dentro de sus linderos, y para probarlo trató de plantar en el mismo momento sus jalones. El administrador de los religiosos, sin embargo, le dejaba por humanidad el usufructo de los campos siempre que le pagase anualmente una pequeña cantidad, una bicoca, veinte ó treinta pesos.

Tales, pacífico como el que más, enemigo de pleitos como muchos, y sumiso á los frailes como pocos, por no romper un

*palyok* contra un *kawali*, como él decía (para él los frailes eran vasijas de hierro, y él, de barro), tuvo la debilidad de ceder á semejante pretensión, pensando en que no sabía el castellano y no tenía con qué para pagar abogados. Por lo demás, Tandang Selo le decía:

— ¡Paciencia! más has de gastar en un año pleiteando, que si pagas en diez lo que exigen los Padres blancos. ¡Hmh! Acaso te lo paguen ellos en misas. Haz como si esos treinta pesos los hubieses perdido en el juego, ó se hubiesen caído en el agua tragándolos el caimán.

La cosecha fué buena, se vendió bien, y Tales pensó en construirse una casa de tabla en el barrio de Sagpang del pueblo de Tiani, vecino de San Diego.

Pasó otro año, vino otra cosecha buena, y por este y aquel motivo, los frailes le subieron el canon á cincuenta pesos, que Tales pagó para no reñir y porque contaba vender bien su azúcar.

— ¡Paciencia! Haz cuenta como si el caimán hubiese crecido, decía consolándole el viejo Selo.

Aquel año pudieron al fin realizar su ensueño: vivir en poblado, en su casa de tabla, en el barrio de Sagpang, y el padre y el abuelo pensaron en dar alguna educación á los dos hermanos, sobre todo á la niña, á Juliana ó Juli, como la llamaban, que prometía ser agraciada y bonita. Un muchacho amigo de la casa, Basilio, estudiaba ya entonces en Manila, y aquel joven era de tan humilde cuna como ellos.

Pero este sueño parecía destinado á no realizarse.

El primer cuidado que tuvo la sociedad al ver á la familia prosperar poco á poco, fué nombrar cabeza de barangay al miembro que en ella más trabajaba; Tanò, el hijo mayor, sólo contaba catorce años. Se llamó, pues, *Cabesang* Tales, tuvo que mandarse hacer chaqueta, comprarse un sombrero de fieltro y prepararse á hacer gastos. Para no reñir con el cura ni con el gobierno, abonaba de su bolsillo las bajas del padrón, pagaba por los idos y los muertos, perdía muchas horas en las cobranzas y en los viajes á la cabecera.

— ¡Paciencia! Haz cuenta como si los parientes del caimán hubiesen acudido, decía Tandang Selo sonriendo plácidamente.

— ¡El año que viene te vestirás de cola é irás á Manila para estudiar como las señoritas del pueblo! decía Cabesang Tales á su hija siempre que la oía hablar de los progresos de Basilio.

Pero el año que viene no venía y en su lugar había otro aumento de canon; Cabesang Tales se ponía serio y se rascaba la cabeza. El puchero de barro cedía su arroz al caldero.

Cuando el canon ascendió á doscientos pesos, Cabesang Tales no se contentó con rascarse la cabeza ni suspirar: protestó y murmuró. El fraile administrador díjole entonces que si no los podía pagar, otro se encargaría de beneficiar aquellos terrenos. Muchos que los codiciaban se ofrecían.

Cabesang Tales creyó que el fraile se chanceaba, pero el fraile hablaba en serio y señalaba á uno de sus criados para tomar posesión del terreno. El pobre hombre palideció, sus oídos le zumbaron, una nube roja se interpuso delante de sus ojos y en ella vió á su mujer y á su hija, pálidas, demacradas, agonizando, víctimas de fiebres intermitentes. Y luego veía el bosque espeso, convertido en campo, veía arroyos de sudor regando los surcos, se veía allí, á sí mismo, pobre Tales, arando en medio del sol, destrozándose los pies contra las piedras y raíces, mientras aquel lego se paseaba en su coche y aquel que lo iba á heredar, seguía como un esclavo detrás de su señor. ¡Ah, no! ¡mil veces no! Que se hundan antes aquellos campos en las profundidades de la tierra y que se sepulten ellos todos. ¿Quién era aquel extranjero para tener derecho sobre sus tierras? ¿Había traído al venir de su país un puñado solo de aquel polvo? ¿Se había doblado uno solo de sus dedos para arrancar una sola de las raíces que los surcaban?

Exasperado ante las amenazas del fraile que pretendía hacer prevalecer su autoridad á toda costa delante de los otros inquilinos, Cabesang Tales se rebeló, se negó á pagar un solo cuarto y teniendo siempre delante la nube roja, dijo que sólo cedería sus campos al que primero los regase con la sangre de sus venas.

El viejo Selo, al ver el rostro de su hijo, no se atrevió á mencionar su caimán, pero intentó calmarle hablándole de vasijas de barro y recordándole que en los pleitos el que gana se queda sin camisa.

— ¡En polvo nos hemos de convertir, padre, y sin camisa hemos nacido! contestó.

Y se negó resueltamente á pagar ni á ceder un palmo siquiera de sus tierras, si antes no probaban los frailes la legitimidad de

sus pretensiones con la exhibición de un documento cualquiera. Y como los frailes no lo tenían, hubo pleito, y Cabesang Tales lo aceptó creyendo que, si no todos, algunos al menos amaban la justicia y respetaban las leyes.

— Sirvo y he estado sirviendo muchos años al rey con mi dinero y mis fatigas, decía á los que le desalentaban; yo le pido ahora que me haga justicia y tiene que hacérmela.

Y arrastrado por una fatalidad y cual si jugase en el pleito todo su porvenir y el de sus hijos, fué gastando sus economías en pagar abogados, escribanos y procuradores, sin contar con los oficiales y escribientes que explotaban su ignorancia y su situación. Iba y venía á la cabecera, pasaba días sin comer y noches sin dormir, y su conversación era toda escritos, presentaciones, apelaciones, etc. Vióse entonces una lucha como jamás se ha visto bajo el cielo de Filipinas: la de un pobre indio, ignorante y sin amigos, fiado en su derecho y en la bondad de su causa, combatiendo contra una poderosísima corporación ante la cual la justicia doblaba el cuello, los jueces dejaban caer la balanza y rendían la espada. Combatía tenazmente como la hormiga que muerde sabiendo que va á ser aplastada, como la mosca que ve el espacio al través de un cristal. ¡Ah! la vasija de barro desafiando á los calderos y rompiéndose en mil pedazos tenía algo de imponente: tenía lo sublime de la desesperación. Los días que le dejaban libres los viajes, los empleaba en recorrer sus campos armado de una escopeta, diciendo que los tulisanes merodeaban y necesitaba defenderse para no caer en sus manos y perder el pleito. Y como si tratase de afinar su puntería, tiraba sobre las aves y las frutas, tiraba sobre las mariposas con tanto tino que el lego administrador ya no se atrevió á ir á Sapping sin acompañamiento de guardias civiles, y el paniaguado que divisó de lejos la imponente estatura de Cabesang Tales recorriendo sus campos como un centinela sobre las murallas, renunció lleno de miedo á arrebatarle su propiedad.

Pero los jueces de paz y los de la cabecera no se atrevían á darle la razón, temiendo la cesantía, escarmentados en la cabeza de uno que fué inmediatamente depuesto. Y no eran malos por cierto aquellos jueces, eran hombres concienzudos, morales, buenos ciudadanos, excelentes padres de familia, bue-



nos hijos... y sabían considerar la situación del pobre Tales mejor de lo que el mismo Tales podía. Muchos de ellos conocían los fundamentos científicos é históricos de la propiedad, sabían que los frailes por sus estatutos no podían tener propiedades, pero también sabían que venir de muy lejos, atravesar los mares con un destino ganado á duras penas, correr á desempeñarlo con la mejor intención y perderlo porque á un indio se le antoje que la justicia se ha de hacer en la tierra como en el cielo, ¡vamos, que también es ocurrencial! Ellos tenían sus familias y con más necesidades seguramente que la familia de aquel indio: él uno tenía una madre que pensionar y ¿qué cosa hay más sagrada que alimentar á una madre?; el otro tenía hermanas todas casaderas, el de más allá numerosos hijos pequeñitos que esperan el pan como pajaritos en el nido y se morirían de seguro el día en que su destino le faltase; y el que menos, el que menos tenía allá lejos, muy lejos, una mujer que si no recibe la pensión mensual puede verse en apuros... Y todos aquellos jueces, hombres de conciencia los más y de la más sana moralidad, creían hacer todo lo que podían aconsejando la transacción, que Cabesang Tales pagase el canon exigido. Pero Tales, como todas las conciencias sencillas, una vez que veía lo justo, á ello iba derecho. Pedía pruebas, documentos, papeles, títulos, y los frailes no tenían ninguno y sólo se fundaban en las complacencias pasadas.

Pero Cabesang Tales replicaba:

— Si yo todos los días doy limosna á un pobre por evitar que me moleste ¿quién me obligará á mí después que le siga dando si abusa de mi bondad?

Y de allí nadie le podía sacar y no había amenazas capaces de intimidarle. En vano el Gobernador M... hizo un viaje expresamente para hablarle y meterle miedo; él á todo respondía:

— Podéis hacer lo que queráis, señor Gobernador, yo soy un ignorante y no tengo fuerzas. Pero he cultivado esos campos, mi mujer y mi hija han muerto ayudándome á limpiarlos y no los he de ceder sino á aquel que pueda hacer por ellos más de lo que he hecho yo. Que los riegue primero con su sangre y que entierre en ellos á su esposa y á su hija!

Resultas de esta terquedad los honrados jueces daban la razón

á los frailes y todos se le reían diciendo que con la razón no se ganan los pleitos. Pero apelaba, cargaba su escopeta y recorría pausadamente los linderos. En este intervalo su vida parecía un delirio. Su hijo Tanò, un mozo alto como su padre y bueno como su hermana, cayó quinto; él le dejó partir en vez de comprarle un sustituto.

— Tengo que pagar abogados, decía á su hija que lloraba; si gano el pleito ya sabré hacerle volver, y si lo pierdo no tengo necesidad de hijos.

El hijo partió y nada más se supo sino que le raparon el pelo y que dormía debajo de una carreta. Seis meses después se dijo que le habían visto embarcado para las Carolinas; otros creyeron haberle visto con el uniforme de la Guardia civil.

— ¡Guardia civil Tanò! 'Susmariosepl exclamaban unos y otros juntando las manos; ¡Tanò tan bueno y tan honrado! ¡Requimiternam!

El abuelo estuvo muchos días sin dirigir la palabra al padre, Julí cayó enferma, pero Cabesang Tales no derramó una sola lágrima; durante dos días no salió de casa como si temiese las miradas de reproche de todo el barrio; temía que le llamasen verdugo de su hijo. Al tercer día, sin embargo, volvió á salir con su escopeta.

Atribuyéronle propósitos asesinos y hubo bienintencionado que susurró haberle oído amenazar con enterrar al lego en los surcos de sus campos; el fraile entonces le cobró verdadero miedo. A consecuencia de esto, bajó un decreto del Capitán General prohibiendo á todos el uso de las armas de fuego y mandándolas recoger. Cabesang Tales tuvo que entregar su escopeta, pero armado de un largo bolo prosiguió sus rondas.

— ¿Qué vas á hacer con ese bolo si los tulisanes tienen armas de fuego? le decía el viejo Selo.

— Necesito vigilar mis sembrados, respondía; cada caña de azúcar que allí crece es un hueso de mi esposa.

Le recogieron el bolo por encontrarlo demasiado largo. El entonces cogió la vieja hacha de su padre y con ella al hombro proseguía sus tétricos paseos.

Cada vez que salía de casa, Tandang Selo y Julí temblaban por su vida. Esta se levantaba de su telar, se iba á la ventana, oraba, hacía promesas á los santos, rezaba novenas. El abuelo

no sabía á veces cómo terminar el aro de una escoba y hablaba de volver al bosque. La vida en aquella casa se hacía imposible.

Al fin sucedió lo que temían. Como los terrenos estaban muy lejos de poblado, Cablesang Tales, á pesar de su hacha, cayó en manos de los tulisanes, que tenían revólvers y fusiles. Los tulisanes le dijeron que, pues que tenía dinero para dar á los jueces y á los abogados, debía tenerlo también para los abandonados y perseguidos. Por lo cual le exigieron quinientos pesos de rescate por medio de un campesino, asegurando que si algo le pasaba al mensajero, el prisionero lo pagaría con su vida. Daban dos días de tregua.

La noticia sumió á la pobre familia en el mayor terror y más aún cuando se supo que la Guardia civil iba á salir en persecución de los bandidos. Si llegaba á haber un encuentro, el primer sacrificado sería el prisionero, eso lo sabían todos. El viejo se quedó sin movimiento y la hija, pálida y aterrada, intentó varias veces hablar y no pudo. Pero un pensamiento más terrible, una idea más cruel les sacó de su estupor. El campesino enviado de los tulisanes dijo que probablemente la banda tendería que alejarse, y si tardaban mucho en entregarle el rescate, pasarían los dos días y Cablesang Tales sería degollado.

Esto volvió locos á aquellos dos seres, ambos débiles, ambos impotentes. Tandang Selo se levantaba, se sentaba, bajaba las escaleras, subía, no sabía á dónde ir, á dónde acudir. Juli acudía á sus imágenes, contaba y recontaba el dinero, y los doscientos pesos no se aumentaban, no querían multiplicarse; de pronto se vestía, reunía todas sus alhajas, pedía consejos al abuelo, iría á ver al gobernadorcillo, al juez, al escribiente, al teniente de la Guardia civil. El viejo á todo decía sí, y cuando ella decía no, no decía también. Al fin vinieron algunas vecinas entre parientes y amigas, unas más pobres que otras, á cual más sencillas y aspaventeras. La más lista de todas era Hermana Balí, una gran panguínguera que había estado en Manila para hacer ejercicios en el beaterio de la Compañía.

Juli vendería todas sus alhajas menos un relicario de brillantes y esmeraldas que le había regalado Basilio. Aquel relicario tenía su historia; lo había dado una monja, la hija de Capitán Tiago, á un lazarino; Basilio, habiéndole asistido á éste en su enfermedad, lo recibió como un regalo. Ella no podía venderlo sin avisárselo antes.

Se vendieron corriendo las peinetas, los aretes y el rosario de Julí á la vecina más rica, y se añadieron cincuenta pesos; faltaban aún doscientos cincuenta. Se empeñaría el relicario, pero Julí sacudió la cabeza. Una vecina propuso vender la casa y Tandang Selo aprobó la idea muy contento con volver al bosque á cortar otra vez leña como en los antiguos tiempos, pero Hma. Balí observó que aquello no podía ser por no estar el dueño presente.

— La mujer del juez me vendió una vez su tapis por un peso, y el marido dijo que aquella venta no servía porque no tenía su consentimiento. Abá! me sacó el tapis y ella no me ha devuelto el peso hasta ahora, pero yo no la pago en el panguingui, cuando gana, abá! Así le he podido cobrar doce cuartos, y por ella solamente voy á jugar. Yo no puedo sufrir que no me paguen una deuda, abá!

Una vecina iba á preguntarle á Hma. Balí, por qué entonces no le pagaba un piquillo, pero la lista panguinguera lo olió, y añadió inmediatamente:

— ¿Sabes, Julí, lo que se puede hacer? Pedir prestado doscientos cincuenta pesos sobre la casa, pagaderos cuando el pleito se gane.

Esta fué la mejor opinión y decidieron ponerla en práctica aquel mismo día. Hma. Balí se prestó á acompañarla y ambas recorrieron las casas de los ricos de Tiani, pero nadie aceptaba la condición; el pleito decían estaba perdido, y favorecer á un enemigo de frailes era exponerse á sus venganzas. Al fin una vieja devota se compadeció de su suerte, prestó la cantidad á condición de que Julí se quedase con ella á servir hasta tanto que no se pagase la deuda. Por lo demás Julí no tenía mucho que hacer; coser, rezar, acompañarla á misa, y ayunar de cuando en cuando por ella. La joven aceptó con lágrimas en los ojos, recibió el dinero prometiendo entrar al día siguiente, día de la Pascua, á su servicio.

Cuando el abuelo supo aquella especie de venta púsose á llorar como un chiquillo. ¿Cómo? aquella nieta suya que él no dejaba ir al sol para que su cutis no se quemase, Julí la de los dedos finos y talones de color de rosa, cómo? aquella joven, la más hermosa del barrio y quizás del pueblo, delante de cuyas ventanas muchos vanamente han pasado la noche tocando y

cantando, cómo? su única nieta, su única hija, la única alegría de sus cansados ojos, aquella que él soñaba vestida de cola, hablando el español y dándose aire con un abanico pintado como las hijas de los ricos, aquella entrar á servir de criada para que la riñan y la reprendan, para echar á perder sus dedos, para que duerma en cualquiera parte y se levante de cualquiera manera?

Y el abuelo lloraba, hablaba de ahorcarse y dejarse morir de hambre.

— Si tú te vas, decía, vuelvo al bosque y no pongo los pies en el pueblo.

Juli le calmaba diciendo que era menester que su padre volviese, que ganarían el pleito y pronto la podrían rescatar de la servidumbre.

La noche fué triste; ninguno de los dos pudo probar un bocádo y el viejo se obstinó en no acostarse pasando toda la noche sentado en un rincón, silencioso, sin decir una palabra, sin moverse siquiera. Juli por su parte quiso dormir, pero por mucho tiempo no pudo pegar los ojos. Algo más tranquila ya sobre la suerte de su padre, ella pensaba en sí misma y lloraba y lloraba ahogando sus sollozos para que el viejo no los oyese. Al día siguiente sería criada, y era precisamente cuando Basilio solía llegar de Manila á traerla regalitos... En adelante tenía que renunciar á aquel amor; Basilio que pronto será médico no debe casarse con una pobre... Y ella le veía en su imaginación dirigirse á la iglesia en compañía de la más hermosa y rica muchacha del pueblo, bien vestidos, felices y sonriendo ambos, y mientras que ella, Juli, seguía detrás de su ama, llevando novenas, buyos y la escupidera. Y aquí la joven sentía un inmenso nudo en la garganta, una presión en el corazón y pedía á la Virgen la dejase antes morir.

— Pero al menos, decía su conciencia, él sabrá que he preferido empeñarme á empeñar el relicario que él me ha regalado.

Este pensamiento la consolaba en algo y se hacía vanas ilusiones. ¿Quién sabe? puede suceder un milagro: encontrarse ella doscientos cincuenta pesos debajo de la imagen de la Virgen; había leído tantos milagros parecidos! El sol podía no salir y no venir el mañana y ganarse entretanto el pleito. Podía volver su padre, Basilio presentarse; ella encontraría un talego de oro en

la huerta, los tulisanes le enviarían el talego; el cura, el P. Camorra que siempre la embromaba, podía venir con los tulisanes... sus ideas fueron cada vez más confusas y más desordenadas hasta que por fin rendida por la fatiga y el dolor se durmió soñando en su infancia en el fondo del bosque: ella se bañaba en el torrente en compañía de sus dos hermanos, había pececillos de todos colores que se dejaban coger como bobos y ella se impacientaba porque no encontraba gusto en coger unos pececillos tan tontos: Basilio estaba debajo del agua, pero Basilio sin saber ella el porqué, tenía la cara de su hermano Tanò. Su nueva ama les observaba desde la orilla.

## V

### LA NOCHEBUENA DE UN COCHERO

Basilio llegó á San Diego en el momento en que la procesión de la Nochebuena recorría las calles. Se había retrasado en su camino perdiendo muchas horas, porque el cochero que había olvidado su cédula, fué detenido por la Guardia civil, sacudido con algunos culatazos y llevado después al cuartel delante del comandante.

Ahora la carromata se detenía otra vez para dejar pasar la procesión, y el cochero apaleado se descubría reverentemente y rezaba un *padrenuestro* ante la primera imagen en andas que venía y parecía ser un gran santo. Representaba un anciano de larguísima barba, sentado al borde de una fosa, debajo de un árbol lleno de toda clase de pájaros disecados. Un *kaldán* con una olla, un almirez y un *kalkut* para triturar el buyo eran sus únicos muebles, como para indicar que el viejo vivía al borde mismo del sepulcro y allí cocinaba. Aquel era Matusalem en la iconografía religiosa de Filipinas; su colega y quizás contemporáneo se llama en Europa Noël y era más risueño y más alegre.

— En tiempo de los santos, pensaba el cochero, de seguro que no había Guardias civiles, porque con los culatazos no se puede vivir mucho.

Después del gran anciano, venían los tres Reyes Magos en

caballitos que se encabritaban, particularmente el del rey negro Melchor que parecía iba á atropellar á los de sus compañeros.

— No, no debía haber guardias civiles, concluía el cochero envidiando en su interior tan felices tiempos; porque sino ese negro que se permite tales juegos al lado de esos dos españoles (Gaspar y Baltasar) ya habría ido á la cárcel.

Y como observase que el negro llevaba corona y era rey como los otros dos españoles, pensó naturalmente en el rey de los indios y suspiró.

— ¿Sabéis, señor, preguntó respetuosamente á Basilio, si el pie derecho está suelto ya?

Basilio se hizo repetir la pregunta:

— ¿Pie derecho de quién?

— ¡Del rey! contestó el cochero en voz baja, con mucho misterio.

— ¿Qué rey?

— Nuestro rey, el rey de los indios...

Basilio se sonrió y se encogió de hombros.

El cochero volvió á suspirar. Los indios de los campos conservan una leyenda de que su rey, aprisionado y encadenado en la cueva de San Mateo, vendrá un día á libertarles de la opresión. Cada cien años rompe una de sus cadenas, y ya tiene las manos y el pie izquierdo libres; sólo le queda el derecho. Este rey causa los terremotos y temblores cuando forcejea ó se agita; es tan fuerte que, para darle la mano, se le alarga un hueso, que á su contacto se pulveriza. Sin poderse explicar el por qué, los indios le llaman el rey Bernardo, acaso por confundirle con Bernardo del Carpio.

— Cuando se suelte del pie derecho, murmuró el cochero ahogando un suspiro, le daré mis caballos, me pondré á su servicio y me dejaré matar... Él nos libraré de los *civiles*.

Y con mirada melancólica seguía á los tres reyes que se alejaban.

Los muchachos venían después en dos filas, tristes, serios, como obligados por la fuerza. Alumbraban unos con *huepes*, otros con cirios y otros con faroles de papel en astas de caña, rezando á voz en grito el rosario como si riñesen con alguien. Después venía S. José en modestas andas, con su fisonomía resignada y triste y su bastón con flores de azucenas, en medio

de dos guardias civiles como si le llevaran preso: ahora comprendía el cochero la expresión de la fisonomía del santo. Y sea porque la vista de los guardias le turbase ó no tuviera en gran respeto al santo que iba en semejante compañía, no rezó ni siquiera un *requiem æternam*. Detrás de S. José venían las niñas alumbrando, cubiertas la cabeza con el pañuelo anudado debajo del mentón, rezando igualmente el rosario aunque con menos ira que los muchachos. En medio se veían algunos arras-trando conejitos de papel de Japón, iluminados con una candelita roja, levantada la colita hecha de papel recortado. Los chicos acudían á la procesión con aquellos juguetes para alegrar el nacimiento del Mesías. Y los animalitos, gordos y redondos como un huevo, parecían tan contentos que á lo mejor daban un brinco, perdían el equilibrio, se caían y se quemaban; el dueño acudía á apagar tanto ardor, soplabá, soplabá, extinguía las llamas á fuerza de golpes y viéndolo destrozado se ponía á lo mejor á llorar. El cochero observaba con cierta tristeza que la raza de los animalitos de papel desaparecía cada año como si también les atacase la peste como á los animales vivos. El, Sinong el apaleado, se acordaba de sus dos magníficos caballos, que para preservarlos del contagio había hecho bendecir según los consejos del cura gastándose diez pesos: — ni el gobierno ni los curas habían encontrado mejor remedio contra la epizootia — y con todo se le murieron. Sin embargo se consolaba porque, desde las rociadas de agua bendita, los latines del Padre y las ceremonias, los caballos echaron unos humos, se dieron tal importancia que no se dejaban enganchar y él, como buen cristiano, no se atrevía á castigarlos por haberle dicho un Hermano tercero que estaban *benditados*.

Cerraba la procesión la Virgen, vestida de Divina Pastora con un sombrero de *frondeuse* de anchas alas y largas plumas, para indicar el viaje á Jerusalem. Y á fin de que se explicase el nacimiento, el cura había mandado que abultasen algo más el talle y le pusiesen trapos y algodón debajo de las faldas, de modo que nadie pudiera poner en duda el estado en que se encontraba. Era una bellísima imagen, triste igualmente de expresión como todas las imágenes que hacen los filipinos, con un aire algo avergonzado, de como la había puesto el P. Cura tal vez. Delante venían algunos cantores, detrás algunos músicos y los



correspondientes guardias civiles. El cura, como era de esperar después de lo que había hecho, no venía: aquel año estaba muy disgustado por haber tenido que servirse de toda su diplomacia y gramática parda á fin de convencer á los vecinos á que pagasen treinta pesos cada misa de aguinaldo en vez de los veinte que solía costar.

— Os estáis volviendo filibusteros, había dicho.

Muy preocupado debía estar el cochero con las cosas que había visto en la procesión porque cuando ésta acabó de pasar y Basilio le mandó prosiguiera su camino, no se apercibió de que el farol de la carromata se había apagado. Basilio por su parte tampoco lo notó, ocupado en mirar hacia las casas, iluminadas por dentro y por fuera con farolillos de papel de formas caprichosas y colores varios, por estrellas rodeadas de un aro con largas colas, que agitadas por el aire producían dulce murmullo, y peces de cola y cabeza movibles con su vaso de aceite por dentro, suspendidos de los aleros de las ventanas con un aire tan deliciosamente de fiesta alegre y familiar. Basilio observaba también que las iluminaciones decaían, que las estrellas se eclipsaban y aquel año tenían menos perendengues y colgajos que el anterior, y éste menos que el otro aún... Apenas había música en las calles, los alegres ruidos de la cocina no se dejaban oír en todas las casas y el joven lo atribuyó á que hacía tiempo todo iba mal, el azúcar no se vendía bien, la cosecha del arroz se había perdido, se había muerto más de la mitad de los animales y las contribuciones subían y aumentaban sin saberse cómo ni por qué, mientras que menudeaban los atropellos de la Guardia Civil que mataba las alegrías en los pueblos.

En esto precisamente estaba pensando cuando un *alto!* enérgico resonó en el aire. Pasaban delante del cuartel y uno de los guardias había visto el farol apagado de la carromata y aquello no podía seguir así. Empezó á llover una granizada de insultos sobre el pobre cochero que en vano se excusaba con la duración de las procesiones, y como iba á ser detenido por contravención á bandos y puesto después en los periódicos, el pacífico y prudente Basilio bajó de la carromata y continuó su camino cargando con su maleta.

Aquel era San Diego, su pueblo, donde no tenía un solo pariente...

La única casa que le pareció alegre era la de Capitán Basilio. Pollos y gallinas piaban cantos de muerte con acompañamiento de golpes secos y menuditos como de quien pica carne sobre un tajo, y del chirrido de la manteca que hierve en la sartén. En casa había festín y llegaba hasta la calle tal cual ráfaga de aire impregnada de vapores succulentos, tufillo de guisados y confituras.

En el entresuelo, Basilio vió á Sinang, tan bajita como cuando la conocieron nuestros lectores, aunque algo más gruesa y más redonda desde que se ha casado. Y con gran sorpresa suya divisó allá en el fondo, charlando con Capitán Basilio, el cura y el alférez de la Guardia Civil, nada menos que al joyero Simoun siempre con sus anteojos azules y su aire desembarazado.

— Entendido, señor Simoun, decía Capitán Basilio; iremos á Tian! á ver sus alhajas.

— Yo también iría, decía el alférez, porque necesito una cadena de reloj, pero tengo tantas ocupaciones... Si Capitán Basilio quisiera encargarse...

Capitán Basilio se encargaba con mucho gusto y como quería tener propicio al militar para que no le molestase en las personas de sus trabajadores, no quería aceptar la cantidad que el alférez se esforzaba en sacar de su bolsilo.

— ¡Es mi regalo de Pascuas!

— ¡No lo permito, Capitán, no lo permito!

— ¡Bueno, bueno! ¡Ya arreglaremos cuentas después! decía Capitán Basilio con un gesto elegante.

También el cura quería un par de pendientes de señora y encargaba al Capitán se los comprase.

— Los quiero de *mabuti*. Ya arreglaremos cuentas.

— No tenga usted cuidado, Padre Cura, decía el buen hombre que también quería estar en paz con la iglesia.

Un informe malo del cura podía causarle mucho perjuicio y hacerle gastar el doble: aquellos pendientes eran regalos forzados. Simoun entretanto ponderaba sus alhajas.

— ¡Este hombre es atroz! pensó el estudiante; en todas partes hace negocios... Y si hemos de creer á *alguno*, compra de ciertos señores en la mitad de su precio las alhajas que él mismo ha vendido para que sean regalados... ¡Todos hacen negocio en este país menos nosotros!

Y se dirigió á su casa ó sea á la de Cpn. Tiago, habitada por un hombre de confianza. Este que le tenía mucho respeto desde el día en que le vió hacer operaciones quirúrgicas con la misma tranquilidad como si se tratase de gallinas, le esperaba para darle noticias. Dos de los trabajadores estaban presos, uno iba á ser deportado... se habían muerto varios karabaws.

— ¡Lo de siempre, cosas viejas! replicaba mal humorado Basilio; siempre me recibís con las mismas quejas!

El joven, sin ser tirano, como á menudo era refido por Cpn. Tiago, le gustaba á su vez refir á los que estaban bajo su dirección. El viejo buscó una noticia nueva.

— ¡Se nos ha muerto un aparcerero, el viejo que cuida del bosque, y el cura no lo ha querido enterrar como pobre, alegando que el amo es rico!

— ¿Y de qué ha muerto?

— ¡De vejez!

— ¡Vaya, morirse de vejez! Si al menos hubiese sido de alguna enfermedad!

Basilio, en su afán de hacer autopsias, quería enfermedades.

— ¿No tenéis nada nuevo que contarme? Me quitáis las ganas de comer contándome las mismas cosas. Sabéis algo de Sagpang?

El viejo contó entonces el secuestro de Cablesang Tales. Basilio se quedó pensativo y no dijo nada. Se le había ido por completo el apetito.

## VI

### BASILIO

Cuando las campanas empezaban á repicar para la misa de la media noche y los que preferían un buen sueño á todas las fiestas y ceremonias se despertaban refunfuñando contra el ruido y la animación, Basilio bajó cautelosamente de la casa, dió dos ó tres vueltas por algunas calles y, convencido de que nadie le seguía ni le observaba, tomó por senderos poco frecuentados el camino que conducía al antiguo bosque de los Ibarra, adquirido por Cpn. Tiago cuando, confiscados los bienes de éstos, se vendieron.

Como aquel año la Navidad correspondía á luna menguante,

reinaba allí oscuridad completa. El repique había cesado y sólo los tañidos resonaban en medio del silencio de la noche, al través del murmullo de las ramas agitadas por la brisa y el acompasado clamor de las ondas del vecino lago, como poderosa respiración de la naturaleza sumida en grandioso sueño.

Impresionado por el lugar y el momento caminaba cabizbajo el joven como si tratase de ver en la oscuridad. De cuando en cuando levantaba la cabeza para buscar las estrellas al través de los claros que dejaban entre sí las copas de los árboles, y proseguía su camino apartando los arbustos y rasgando las lianas que le entorpecían la marcha. A veces desandaba lo andado, su pie se enredaba en una mata, tropezaba contra una raíz saliente, un tronco caído. Al cabo de una media hora llegó á un pequeño arroyo en cuya opuesta orilla se levantaba una especie de colina, masa negra é informe que adquiría en la oscuridad proporciones de montaña. Basilio pasó el arroyo saltando sobre piedras que se destacaban negras sobre el fondo brillante del agua, subió la colina y se encaminó á un pequeño recinto encerrado por viejos y medio desmoronados muros. Dirigióse al árbol de balití que se levantaba en el centro, enorme, misterioso, venerable, formado de raíces que subían y bajaban como otros tantos troncos entrelazados confusamente.

Detúvose ante un montón de piedras, se descubrió y pareció orar. Allí estaba sepultada su madre, y su primera visita cada vez que iba al pueblo era para aquella tumba ignorada, desconocida. Teniendo que visitar á la familia de Cabesang Tales al día siguiente, aprovechaba la noche para cumplir con aquel deber.

Sentóse sobre una piedra y pareció reflexionar. Se le presentaba su pasado como una larga cinta negra, rosada en su comienzo, sombría después, con manchas de sangre, después negra, negra, gris y clara, más clara cada vez. La extremidad no la podía ver, oculta por una nube que dejaba transparentar luces y auroras...

Hacía trece años día por día, hora por hora casi que se había muerto allí su madre en medio de la mayor miseria, en una espléndida noche en que la luna brillaba y los cristianos en todo el mundo se entregaban al regocijo. Herido y cojeando había llegado allí siguiéndola; ella, loca y llena de terror, huía de su hijo como una sombra. Allí murió; vino un desconocido que le

mandó formase una pira, él obedeció maquinalmente y cuando volvió, se encontró con otro desconocido junto al cadáver del primero. ¡Qué mañana y qué noche fueron aquellas! El desconocido le ayudó á levantar la pira donde quemaron el cadáver del hombre, cavó la fosa en que enterraron á su madre y después de darle algunas monedas le mandó abandonase el lugar. Era la primera vez que veía á aquel hombre; alto, los ojos rojos, los labios pálidos, la nariz afilada...

Huérfano por completo, sin padres ni hermanos, abandonó el pueblo cuyas autoridades tanto miedo le infundían y se fué á Manila para servir en casa de algún rico y estudiar á la vez como hacen muchos. Su viaje fué una odisea de insomnios y sobresaltos en los que el hambre entraba por poca cosa. Alimentábase de frutas en los bosques donde se solía internar cuando de lejos descubría el uniforme de la Guardia Civil, uniforme que le recordaba el origen de todas sus desdichas. Una vez en Manila, andrajoso y enfermo, fué de puerta en puerta ofreciendo sus servicios. ¡Un muchachito provinciano que no sabía una palabra de español y por encima enfermizo! Desalentado, hambriento y triste recorría las calles llamando la atención su miserable traje! ¡Cuántas veces no estuvo tentado de arrojarse á los pies de los caballos que pasaban como relámpagos, arrastrando coches relucientes de plata y barniz, para acabar de una vez con sus miserias! Por fortuna vió á Cpn. Tiago pasar acompañado de la tía Isabel; él los conocía desde San Diego y en su alegría creyó haber visto en ellos casi á unos compoblanos. Siguió al coche, lo perdió de vista, preguntó por su casa, y como era precisamente el día en que María Clara acababa de entrar en el convento y Cpn. Tiago estaba muy abatido, fué admitido en calidad de criado, sin sueldo por supuesto, permitiéndole en cambio estudiar, cuando quisiera, en S. Juan de Letrán.

Sucio, mal vestido y por todo calzado un par de zuecos, al cabo de algunos meses de estar en Manila, ingresó en el primer año de latín. Sus compañeros, al ver su traje, procuraban alejarse, y su catedrático, un guapo dominico, nunca le dirigió una pregunta, y cada vez que le veía, fruncía las cejas. Las únicas palabras que en los ocho meses de clase se cruzaron entre ambos, eran el nombre propio leído en la lista y el *adsum* diario con que el alumno contestaba. ¡Con qué amargura salía cada vez

de la clase y, adivinando el móvil de la conducta que con él se seguía, qué lágrimas no se asomaban á sus ojos y cuántas quejas estallaban y morían dentro de su corazón! ¡Cómo había llorado y sollozado sobre la tumba de su madre contándole sus ocultos dolores, humillaciones y agravios, cuando al acercarse la Navidad, Cpn. Tiago le había llevado consigo á San Diego! Y sin embargo se aprendía de memoria la lección sin dejar una coma, aunque sin comprender mucho de ella! Mas al fin llegó á resignarse viendo que entre los trescientos ó cuatrocientos de su clase sólo unos cuarenta merecían la honra de ser preguntados porque llamaron la atención del catedrático ya sea por el tipo, por alguna truhanería, por simpatía ú otra causa cualquiera. Muchos por lo demás se felicitaban porque así se evitaban el trabajo de discurrir y comprender.

— Se va á los colegios, no para saber ni estudiar, sino para ganar el curso, y si se puede saber el libro de memoria ¿qué más se les podía exigir? se ganaba el año.

Basilio pasó los exámenes respondiendo á la única pregunta que le dirigieron, como una máquina, sin pararse ni respirar, y ganó con gran risa de los examinadores la nota de aprobado. Sus nueve compañeros — se examinaban de diez en diez para ser más pronto despachados, — no tuvieron la misma suerte y fueron condenados á repetir el año de embrutecimiento.

Al segundo, habiendo ganado una enorme suma el gallo que cuidaba, recibió buena propina de Cpn. Tiago y la invirtió inmediatamente en la compra de unos zapatos y de un sombrero de fieltro. Con esto y con las ropas que le daba su amo y que él arreglaba á su talla, su aspecto fué haciéndose más decente, mas no pasó de allí. En una clase tan numerosa se necesita de mucho para llamar la atención del profesor, y el alumno que desde el primer año no se haga notar por una cualidad saliente ó no se capte las simpatías de los profesores, difícilmente se hará conocer en el resto de sus días de estudiante. Sin embargo continuó, pues la constancia era su principal carácter.

Su suerte pareció cambiarse un poco cuando pasó al tercer año. Tocóle por profesor un dominico muy campechano, amigo de bromas y de hacer reír á los alumnos, bastante comodón porque casi siempre hacía explicar la lección á sus favoritos: verdad es también que se contentaba con cualquier cosa. Basi-

lio por esta época ya gastaba botinas y camisas casi siempre limpias y bien planchadas. Como su profesor le observase que se reía poco de los chistes y viese en sus ojos, tristes y grandes, algo como una eterna pregunta, teníale por imbécil y un día quiso ponerle en evidencia preguntándole la lección. Basilio la recitó de cabo á rabo, sin tropezar en una f; motejóle el profesor de papagayo, contó un cuento que hizo reir de buena gana á toda la clase, y para aumentar más la hilaridad y justificar la legitimidad del apodo, hizole algunas preguntas guiñando á sus favoritos como diciéndoles:

— «Vais á ver cómo nos vamos á divertir.»

Basilio entonces ya sabía el castellano, y supo contestar con el intento manifiesto de no hacer reir á nadie. Aquello disgustó á todos, el disparate que se esperaba no vino, nadie pudo reir y el buen fraile jamás le perdonó el haber defraudado las esperanzas de toda la clase y desmentido sus profecías. Pero ¿quién se iba á esperar que algo discreto pudiese salir de una cabeza tan mal peinada en que terminaba un indio tan mal calzado, clasificado hace poco entre las aves trepadoras? Y así como en otros centros de enseñanza donde hay verdaderos deseos de que los muchachos aprendan, tales descubrimientos suelen alegrar á los profesores, así también en un colegio dirigido por hombres convencidos en su mayor parte de que el saber es un mal, al menos para los alumnos, el caso de Basilio tuvo mal efecto y nunca más se le preguntó en todo el resto del año. ¿Para qué si no hacía reir á nadie?

Bastante desanimado y con ganas de dejar los estudios pasó al cuarto año de latín. ¿Para qué aprender, por qué no dormir como los otros y confiarlo todo al azar?

Uno de los dos profesores era muy popular, querido de todos; pasaba por sabio, gran poeta y tener ideas muy avanzadas. Un día que acompañaba á los colegiales á paseo, tuvo un pique con algunos cadetes, del que resultó primero una escaramuza y después un reto. El profesor, que se acordaría tal vez de su brillante juventud, levantó una cruzada y prometió buenas notas á todos los que en el paseo del domingo siguiente tomasen parte en la batalla. Animada fué la semana: hubo encuentros parciales en que se cruzaron el bastón y el sable, y en uno de ellos se distinguió Basilio.

Llevado en triunfo por los estudiantes y presentado al profesor, fué desde entonces conocido, llegando á ser su favorito. Parte por esto y parte por su aplicación, aquel año se llevó sobresalientes con medallas inclusive. En vista de esto, Capitán Tiago que, desde que su hija se hizo monja, manifestaba cierta aversión á los frailes, en un momento de buen humor indújole á que se trasladase al Ateneo Municipal cuya fama estaba entonces en todo su auge.

Un mundo nuevo se abrió á sus ojos, un sistema de enseñanza que él no se sospechaba en aquel colegio. Aparte de nimiedades y ciertas cosas pueriles, le llenaba de admiración el método allí seguido y de gratitud el afán de los profesores. Sus ojos se llenaban á veces de lágrimas pensando en los cuatro años anteriores en que por falta de medios no había podido estudiar en aquel centro. Tuvo que hacer esfuerzos inauditos para ponerse al nivel de los que habían principiado bien y pudo decirse que en aquel solo año aprendió los cinco de la segunda enseñanza. Hizo el bachillerato con gran contento de sus profesores que en los exámenes se mostraron orgullosos de él ante los jueces dominicos, allí enviados para inspeccionarles. Uno de éstos, como para apagar un poco tanto entusiasmo, preguntó al examinando dónde había cursado los primeros años de latín.

— En San Juan de Letrán, Padre, contestó Basilio.

— ¡Yal en latín no está mal, observó entonces medio sonriendo el dominico.

Por afición y por carácter escogió la Medicina; Capitán Tiago prefería el Derecho para tener un abogado de balde, pero no basta saber y conocer á fondo las leyes para tener clientela en Filipinas; es menester ganar los pleitos y para esto se necesitan amistades, influencia en ciertas esferas, mucha gramática parda. Capitán Tiago se plegó al fin acordándose de que los estudiantes de Medicina andaban con los cadáveres á vueltas; hacía tiempo que buscaba un veneno en que templar la navaja de sus gallos y el mejor que sabía era la sangre de un chino, muerto de enfermedad sífilítica.

Con igual aprovechamiento, mayor si cabe, cursó el joven los años de la facultad, y ya desde el tercero empezó á curar con mucha suerte, cosa que no sólo le preparaba un brillante porvenir, sino que también le producía bastante para vestirse hasta con cierta elegancia y hacer algunas economías.



Este año era el último de su carrera y dentro de dos meses será médico, se retirará á su pueblo, se casará con Juliana para vivir felices. El éxito de su licenciatura, no sólo era seguro, sino que lo esperaba brillante como la corona de su vida escolar. Estaba designado para el discurso de acción de gracias en el acto de la investidura, y ya se veía en medio del Paraninfo delante de todo el claustro, objeto de las miradas y atención del público. Todas aquellas cabezas, eminencias de la ciencia manilense, medio hundidas en sus mucetas de colores, todas las mujeres que allí acudían por curiosidad y que años antes le miraban, sino con desdén, con indiferencia, todos aquellos señores cuyos coches, cuando muchacho, le iban á atropellar en medio del barro como si se tratase de un perro, entonces le escucharían atentos, y él les iba á decir algo que no era trivial, algo que no ha resonado nunca en aquel recinto; se iba á olvidar de sí para acordarse de los pobres estudiantes del porvenir, y haría la entrada en la sociedad con aquel discurso...

## VII

### SIMOUN

En estas cosas pensaba Basilio al visitar la tumba de su madre. Disponíase á volver al pueblo, cuando creyó ver una claridad proyectada en medio de los árboles y oír una crepitación de ramas, ruido de pisadas, roce de hojas... La luz se extinguió, pero el ruido se hizo cada vez más distinto, y pronto vió una sombra aparecer en medio del recinto, marchando directamente hacia donde él estaba.

Basilio de por sí no era supersticioso y menos después de haber descuartizado tantos cadáveres y asistido á tantos moribundos; pero las antiguas leyendas sobre aquel fúnebre paraje, la hora, la oscuridad, el silbido melancólico del viento y ciertos cuentos oídos en su niñez, influyeron algo en su ánimo y sintió que su corazón latía con violencia.

La sombra se detuvo al otro lado del *balitè* y el joven la podía ver al través de una hendidura que dejaban entre sí dos raíces que habían adquirido con el tiempo las proporciones de

dos troncos. Produjo debajo de su traje una lámpara de poderoso lente refractor, que depositó sobre el suelo alumbrando unas botas de montar: el resto quedaba oculto en la oscuridad. La sombra pareció registrar sus bolsillos, después se encorvó para adaptar la hoja de una azada al extremo de un grueso bastón: Basilio creyó distinguir con gran sorpresa suya algo de los contornos del joyero Simoun. Era el mismo en efecto.

El joyero cavaba la tierra, y de cuando en cuando la lámpara le iluminaba el rostro: no tenía los anteojos azules que tanto le desfiguraban. Basilio se estremeció. Aquel era el mismo desconocido que trece años antes había cavado allí la fosa de su madre, sólo que ahora había envejecido; sus cabellos se habían vuelto blancos y usaba bigote y barba, pero la mirada era la misma, la misma expresión amarga, la misma nube en la frente, los mismos brazos musculosos, algo más secos ahora, la misma energía iracunda. Las impresiones pasadas renacieron en él: creyó sentir el calor de la hoguera, el hambre, el desaliento de entonces, el olor de la tierra removida... Su descubrimiento le tenía aterrado. De modo que el joyero Simoun que pasaba por indio inglés, portugués, americano, mulato, el Cardenal Moreno, la Eminencia Negra, el espíritu malo del Capitán General como le llamaban muchos, no era otro que el misterioso desconocido cuya aparición y desaparición coincidían con la muerte del heredero de aquellos terrenos. Pero de los dos desconocidos que se le presentaron, del muerto y del vivo ¿quién era el Ibarra?

Esta pregunta que él se había dirigido varias veces siempre que se hablaba de la muerte de Ibarra, acudía de nuevo á su mente ante aquel hombre enigma que allí veía.

El muerto tenía dos heridas que debieron ser de armas de fuego, según lo que él estudió después, y serían las resultas de la persecución en el lago. El muerto sería entonces el Ibarra que vendría para morir sobre la tumba de su antepasado, y su deseo de ser quemado se explica muy bien por su estancia en Europa donde se estila la cremación. Entonces ¿quién era el otro, el vivo, este joyero Simoun, entonces de apariencia miserable y que ahora volvía cubierto de oro y amigo de las autoridades? Allí había un misterio y el estudiante, con su sangre fría característica, se prometió aclararlo, y aguardó una ocasión.

Simoun cavaba y cavaba en tanto, pero Basilio veía que el

antiguo vigor se había amenguado; Simoun jadeaba, respiraba con dificultad y tenía que descansar á cada momento.

Basilio, temiendo fuese descubierto, tomó una resolución súbita, se levantó de su asiento y con la voz más natural:

— ¿Le puedo ayudar, señor...? preguntó saliendo de su escondite.

Simoun se enderezó y dió un salto como un tigre atacado infraganti, se llevó la mano al bolsillo de su americana y miró al estudiante pálido y sombrío.

— Hace trece años me ha prestado usted un gran servicio, señor, prosiguió Basilio sin inmutarse, en este mismo sitio, enterrando el cadáver de mi madre, y me consideraría feliz si yo le pudiese servir.

Simoun, sin apartar los ojos del joven, sacó de su bolsillo un revólver. Oyóse un chasquido como el de un arma que se amartilla.

— ¿Por quién me toma usted? dijo retrocediendo dos pasos.

— Por una persona para mí sagrada, contestó Basilio algo emocionado, creyendo llegada su última hora; por una persona que todos, menos yo, creen muerta y cuyas desgracias he lamentado siempre.

Imponente silencio siguió á estas palabras, silencio que para el joven le sonaba á eternidad. Simoun, no obstante, después de larga vacilación, se le acercó y poniéndole una mano sobre el hombro le dijo en voz conmovida:

— Basilio, usted posee un secreto que me puede perder y ahora acaba de sorprenderme en otro que me pone enteramente en sus manos y cuya divulgación puede trastornar todos mis planes. Para mi seguridad y en bien del objeto que me propongo yo debía sellar para siempre sus labios porque ¿qué es la vida de un hombre ante el fin que persigo? La ocasión me es propicia, nadie sabe que he venido, estoy armado, usted indefenso; su muerte se atribuiría á los tulisanes, sino á otra causa más sobrenatural... y, sin embargo, yo le dejaré vivir y confío en que no me ha de pesar. Usted ha trabajado, ha luchado con enérgica constancia... y como yo, tiene usted cuentas que arreglar con la sociedad; su hermanito fué asesinado, á su madre la han vuelto loca, y la sociedad no ha perseguido ni al asesino ni al verdugo. Usted y yo pertenecemos á los sedientos de justicia, y, en vez de destruirnos, debemos ayudarnos.

Simoun se detuvo ahogando un suspiro y después continuó lentamente con la mirada vaga:

— Sí, yo soy aquel que ha venido hace trece años enfermo y miserable para rendir el último tributo á un alma grande, noble que ha querido morir por mí. Víctima de un sistema viciado he vagado por el mundo, trabajando noche y día para amasar una fortuna y llevar á cabo mi plan. Ahora he vuelto para destruir ese sistema, precipitar su corrupción, empujarle al abismo á que corre insensato, aun cuando tuviese que emplear oleadas de lágrimas y sangre... Se ha condenado, lo está y no quiero morir sin verle antes hecho trizas en el fondo del precipicio.

Y Simoun extendía ambos brazos hacia la tierra, como si con aquel movimiento quisiese mantener allí los restos destrozados. Su voz había adquirido un timbre siniestro, lúgubre que hacía estremecer al estudiante.

— Llamado por los vicios de los que las gobiernan, he vuelto á estas islas y, bajo la capa del comerciante, he recorrido los pueblos. Con mi oro me he abierto camino y donde quiera he visto á la codicia bajo las formas más execrables, ya hipócrita, ya impúdica, ya cruel, cebarse en un organismo muerto, como un buitre en un cadáver, y me he preguntado: ¿por qué no fermentaba en sus entrañas la ponzoña, la ptomaina, el veneno de las tumbas, para matar á la asquerosa ave? El cadáver se dejaba destrozarse, el buitre se hartaba de carne, y como no me era posible darle la vida para que se volviese contra su verdugo, y como la corrupción venía lentamente, he atizado la codicia, la he favorecido, las injusticias y los abusos se multiplicaron; he fomentado el crimen, los actos de crueldad, para que el pueblo se acostumbrase á la idea de la muerte; he mantenido la zozobra para que, huyendo de ella, se buscara una solución cualquiera; he puesto trabas al comercio para que empobrecido el país y reducido á la miseria ya nada pudiese temer; he instigado ambiciones para empobrecer el tesoro, y no bastándome esto para despertar un levantamiento popular, he herido al pueblo en su fibra más sensible, he hecho que el buitre mismo insultase al mismo cadáver que le daba la vida y lo corrompiese... Mas, cuando iba á conseguir que de la suprema podredumbre, de la suprema basura, mezcla de tantos productos asquerosos, fermentase el veneno; cuando la codicia exacerbada,

en su atontamiento se daba prisa por apoderarse de cuanto le venía á la mano como una vieja sorprendida por el incendio, he aquí que vosotros surgís con gritos de españolismo, con cantos de confianza en el Gobierno, en lo que no ha de venir; he aquí que una carne palpitante de calor y vida, pura, joven, lozana, vibrante en sangre, en entusiasmo, brota de repente para ofrecerse de nuevo como fresco alimento... ¡Ah, la juventud siempre inexperta y soñadora, siempre corriendo tras las mariposas y las flores! Os ligáis para con vuestros esfuerzos unir vuestra patria á la España con guirnaldas de rosas cuando en realidad forjáis cadenas más duras que el diamante. ¡Pedís igualdad de derechos, españolización de vuestras costumbres, y no veis que lo que pedís es la muerte, la destrucción de vuestra nacionalidad, la aniquilación de vuestra patria, la consagración de la tiranía! ¿Qué seréis en lo futuro? Pueblo sin carácter, nación sin libertad; todo en vosotros será prestado, hasta los mismos defectos. ¡Pedís españolización y no palidecéis de vergüenza cuando os la niegan! Y aunque os la concedieran ¿qué queréis? ¿qué vais á ganar? Cuando más feliz, país de pronunciamientos, país de guerras civiles, república de rapaces y descontentos como algunas repúblicas de la América del Sur! ¿A qué venís ahora con vuestra enseñanza del castellano, pretensión que sería ridícula si no fuese de consecuencias deplorables? ¡Queréis añadir un idioma más á los cuarenta y tantos que se hablan en las islas para entenderos cada vez menos!...

— Al contrario, repuso Basilio; si el conocimiento del castellano nos puede unir al gobierno, en cambio puede unir también á todas las islas entre sí!

— ¡Error craso! interrumpió Simoun; os dejáis engañar por grandes palabras y nunca vais al fondo de las cosas á examinar los efectos en sus últimas manifestaciones. El español nunca será lenguaje general en el país, el pueblo nunca lo hablará porque para las concepciones de su cerebro y los sentimientos de su corazón no tiene frases ese idioma: cada pueblo tiene el suyo, como tiene su manera de sentir. ¿Qué vais á conseguir con el castellano, los pocos que lo habéis de hablar? Matar vuestra originalidad, subordinar vuestros pensamientos á otros cerebros y en vez de haceros libres haceros verdaderamente esclavos! Nueve por diez de los que os presumís de ilustrados,

sois renegados de vuestra patria. El que de entre vosotros habla ese idioma, descuida de tal manera el suyo que ni lo escribe ni lo entiende, y ¡cuántos he visto yo que afectan no saber de ello una sola palabra! Por fortuna tenéis un gobierno imbécil. Mientras la Rusia para esclavizar á la Polonia le impone el ruso, mientras la Alemania prohíbe el francés en las provincias conquistadas, vuestro gobierno pugna por conservaros el vuestro y vosotros en cambio, pueblo maravilloso bajo un gobierno increíble, vosotros os esforzáis en despojaros de vuestra nacionalidad! Uno y otro os olvidáis de que mientras un pueblo conserve su idioma, conserva la prenda de su libertad, como el hombre su independencia mientras conserva su manera de pensar. El idioma es el pensamiento de los pueblos. Felizmente vuestra independencia está asegurada: ¡las pasiones humanas velan por ella!...

Simoun se detuvo y se pasó la mano por la frente. La luna se levantaba y enviaba su débil claridad de luna menguante al través de las ramas. Con los cabellos blancos y las facciones duras, iluminadas de abajo arriba por la luz de la lámpara, parecía el joyero el espíritu fatídico del bosque meditando algo siniestro. Basilio, silencioso ante tan duros reproches, escuchaba con la cabeza baja. Simoun continuó:

— Yo he visto iniciarse ese movimiento y he pasado noches enteras de angustia, porque comprendía que entre esa juventud había inteligencias y corazones excepcionales sacrificándose por una causa que creían buena, cuando en realidad trabajaban contra su país... ¡Cuántas veces he querido dirigirme á vosotros, desenmascararme y desengañaros! pero en vista de la fama que disfruto, mis palabras se habrían interpretado mal y acaso habrían tenido efecto contraproducente... ¡Cuántas veces he querido acercarme á vuestro Makaraig, á vuestro Isaganil! Á veces pensé en su muerte, quise destruirlos...

Detúvose Simoun.

— He aquí la razón por que le dejo á usted vivir, Basilio, y me expongo á que por una imprudencia cualquiera me delate un día... Usted sabe quién soy, sabe lo mucho que he debido sufrir, cree en mí; usted no es el vulgo que ve en el joyero Simoun al traficante que impulsa á las autoridades á que cometan abusos para que los agraviados le compren alhajas... Yo soy el

Juez que quiero castigar á un sistema valiéndome de sus propios crímenes, hacerle la guerra halagándole... Necesito que usted me ayude, que use de su influencia en la juventud para combatir esos insensatos deseos de españolismo, de asimilación, de igualdad de derechos... Por ese camino se llega á lo más á ser mala copia, y el pueblo debe mirar más alto. Locura es tratar de influir en la manera de pensar de los gobernantes; tienen su plan trazado, tienen la venda puesta, y, sobrè perder el tiempo inútilmente, engañáis al pueblo con vanas esperanzas y contribuís á doblar su cuello ante el tirano. Lo que debéis hacer es aprovecharos de sus preocupaciones para aplicarlas á vuestra utilidad. ¿No quieren asimilarse al pueblo español? Pues ¡enhorabuena! distingúelos entonces delineando vuestro propio carácter, tratad de fundar los cimientos de la patria filipina... ¿No quieren daros esperanzas? ¡Enhorabuena! no esperéis en él, esperad en vosotros y trabajad. ¿Os niegan la representación en sus Cortes? ¡Tanto mejor! Aun cuando consigáis enviar diputados elegidos á vuestro gusto, ¿qué vais á hacer en ellas sino ahogaros entre tantas voces y sancionar con vuestra presencia los abusos y faltas que después se cometan? Mientras menos derechos reconozcan en vosotros, más tendréis después para sacudir el yugo y devolverles mal por mal. Si no quieren enseñaros su idioma, cultivad el vuestro, extendedlo, conservad al pueblo su propio pensamiento, y en vez de tener aspiraciones de provincia, tenedlas de nación, en vez de pensamientos subordinados, pensamientos independientes, á fin de que ni por los derechos, ni por las costumbres, ni por el lenguaje, el español se considere aquí como en su casa, ni sea considerado por el pueblo como nacional, sino siempre como invasor, como extranjero, y tarde ó temprano tendréis vuestra libertad. He aquí por qué quiero que usted viva.

Basilio respiró como si un gran peso se le hubiese quitado de encima, y respondió después de una breve pausa:

— Señor, el honor que usted me hace confiándome sus planes es demasiado grande para que yo no le sea franco y le diga que lo que me exige está por encima de mis fuerzas. Yo no hago política, y si he firmado la petición para la enseñanza del castellano ha sido porque en ello veía un bien para los estudios y nada más. Mi destino es otro, mi aspiración se reduce á aliviar las dolencias físicas de mis conciudadanos.

El joyero se sonrió.

— ¿Qué son las dolencias físicas comparadas con las dolencias morales? preguntó; ¿qué es la muerte de un hombre ante la muerte de una sociedad? Un día usted será tal vez un gran médico si le dejan curar en paz; pero más grande será todavía aquel que infunda nueva vida en este pueblo anémico. Usted ¿qué hace por el país que le dió el ser, que le da la vida y le procura los conocimientos? No sabe usted que es inútil la vida que no se consagra á una idea grande? Es un pedrusco perdido en el campo sin formar parte de ningún edificio.

— No, no señor, contestó Basilio modestamente; yo no me cruzo de brazos, yo trabajo como todos trabajan para levantar de las ruinas del pasado un pueblo cuyos individuos sean solidarios y cada uno de los cuales sienta en sí mismo la conciencia y la vida de la totalidad. Pero, por entusiasta que nuestra generación sea, comprendemos que en la gran fábrica social debe existir la subdivisión del trabajo; he escogido mi tarea y me dedico á la ciencia.

— La ciencia no es el fin del hombre, observó Simoun.

— A ella tienden las naciones más cultas.

— Sí, pero como un medio para buscar su felicidad.

— ¡La ciencia es más eterna, es más humana, más universal! replicó el joven en un transporte de entusiasmo: Dentro de algunos siglos, cuando la humanidad esté ilustrada y redimida, cuando ya no haya razas, cuando todos los pueblos sean libres, cuando no haya tiranos ni esclavos, colonias ni metrópolis, cuando rija una justicia y el hombre sea ciudadano del mundo, sólo quedará el culto de la ciencia, la palabra patriotismo sonará á fanatismo, y al que alardee entonces de virtudes patrióticas le encerrarán sin duda como á un enfermo peligroso, á un perturbador de la armonía social.

Simoun se sonrió tristemente.

— Sí, sí, dijo sacudiendo la cabeza; mas, para que llegue ese estado, es menester que no haya pueblos tiranos ni pueblos esclavos, es menester que el hombre sea á donde vaya libre, sepa respetar en el derecho de cualquiera el de su propia individualidad, y para esto hay que verter primero mucha sangre, se impone la lucha como necesaria... Para vencer al antiguo fanatismo que oprimía las conciencias fué menester que muchos



perciesen en las hogueras para que, horrorizada la conciencia social, declarase libre á la conciencia individual. Es menester también que todos respondan á la pregunta que cada día les dirige la patria cuando les tiende las manos encadenadas. El patriotismo sólo puede ser crimen en los pueblos opresores porque entonces será la rapiña bautizada con un hermoso nombre; pero por perfecta que pueda ser la humanidad, el patriotismo será siempre virtud en los pueblos oprimidos porque significará en todo tiempo amor á la justicia, á la libertad, á la dignidad misma. Nada pues de sueños quiméricos, nada de idilios mujeriegos. La grandeza del hombre no está en anticiparse á su siglo, cosa imposible por demás, sino en adivinar sus deseos, responder á sus necesidades y guiarle á marchar adelante. Los genios que el vulgo cree se han adelantado al suyo, sólo aparecen así porque el que los juzga los ve desde muy lejos, ó toma por siglo la cola en que marchan los rezagados.

Simoun se calló. Viendo que no conseguía despertar el entusiasmo en aquella alma fría, acudió á otro argumento, y preguntó cambiando de tono:

— Y por la memoria de su madre y de su hermano, ¿qué hace usted? ¿Basta venir aquí cada año y llorar como una mujer sobre una tumba?

Y se rió burlescamente.

El tiro dió en el blanco; Basilio se inmutó y avanzó un paso.

— ¿Qué quiere usted que haga? preguntó con ira. Sin medios, sin posición social ¿he de obtener justicia contra sus verdugos? Sería otra víctima y me estrellaría como un pedazo de vidrio lanzado contra una roca. ¡Ah, hace usted mal en recordármelo porque es tocar inútilmente una llaga!

— ¿Y si yo le ofrezco á usted mi apoyo?

Basilio sacudió la cabeza y se quedó pensativo.

— ¡Todas las reivindicaciones de la justicia, todas las venganzas de la tierra no harán revivir un solo cabello de mi madre, refrescar una sonrisa en los labios de mi hermano! Que duerman en paz... ¿Qué he de sacar aun cuando me vengase?

— Evitar que otros sufran lo que usted ha sufrido, que en lo futuro haya hijos asesinados y madres forzadas á la locura. La resignación no siempre es virtud, es crimen cuando alienta tiranías: no hay déspotas donde no hay esclavos. ¡Ay! el hombre

es de suyo tan malo que siempre abusa cuando encuentra complacientes. Como usted pensaba yo también, y sabe cuál fué mi suerte. Los que han causado su desgracia le vigilan día y noche; sospechan que usted acecha un momento oportuno; interpretan su afán de saber, su amor al estudio, su tranquilidad misma por ardientes deseos de venganza... El día en que puedan deshacerse de usted lo harán como lo hicieron conmigo, y no le dejarán crecer porque le temen y le odian.

— ¿Odiarme á mí? ¿odiarme todavía después del mal que me han hecho? preguntó el joven sorprendido.

Simoun soltó una carcajada.

— Es natural en el hombre odiar á aquellos á quienes ha agraviado, decía Tácito confirmando el *quos læserunt et oderunt* de Séneca. Cuando usted quiera medir los agravios ó los bienes que un pueblo hace á otro, no tiene más que ver si le odia ó le ama. Y así se explica el por qué algunos que aquí se han enriquecido desde los altos puestos que desempeñaron, vueltos á la Península se deshacen en injurias y en insultos contra los que fueron sus víctimas. *Proprium humani ingenii est odisse quem læseris.*

— Pero si el mundo es grande, si uno les deja gozar tranquilamente del poder... si no pido más que trabajar, que me dejen vivir...

— ¡Y criar hijos pacíficos para irlos después á someter al yugo, continuó Simoun remedando cruelmente la voz de Basilio. ¡Valiente porvenir les prepara usted, y le han de agradecer una vida de humillaciones y sufrimientos! ¡Enhorabuena, joven! Cuando un cuerpo está inerte, inútil es galvanizarlo. Veinte años de esclavitud continua, de humillación sistemática, de postración constante, llegan á crear en el alma una joroba que no la ha de enderezar el trabajo de un día. Los sentimientos buenos ó malos se heredan y se transmiten de padres á hijos. Vivan pues sus ideas idílicas, vivan los sueños del esclavo que sólo pide un poco de estopa con que envolver la cadena para que suene menos y no le ulcere la piel! Usted aspira á un pequeño hogar con alguna comodidad; una mujer y un puñado de arroz: ¡he ahí el hombre ideal en Filipinas! Bien; si se lo dan, considérese afortunado.

Basilio, acostumbrado á obedecer y á sufrir los caprichos y

el mal humor de Capitán Tiago, y subyugado por Simoun que se le aparecía terrible y siniestro destacándose de un fondo teñido en lágrimas y sangre, trataba de explicarse diciendo que no se consideraba con aptitudes para mezclarse en la política, que no tenía opinión alguna porque no había estudiado la cuestión, pero que siempre estaba dispuesto á prestar sus servicios el día en que se los exigiesen, que por el momento sólo veía una necesidad, la ilustración del pueblo, etc., etc. Simoun le cortó la palabra con un gesto, y como pronto iba á amanecer, dijo:

— Joven, no le recomiendo á usted que guarde mi secreto, porque sé que la discreción es una de sus buenas cualidades, y aunque usted me quisiera vender, el joyero Simoun, el amigo de las autoridades y de las corporaciones religiosas, merecerá siempre más crédito que el estudiante Basilio, sospechoso ya de filibusterismo, por lo mismo que siendo indígena se señala y se distingue, y porque en la carrera que sigue se encontrará con poderosos rivales. Con todo, aunque usted no ha respondido á mis esperanzas, el día en que cambie de opinión, búsqume en mi casa de la Escolta y le serviré de buena voluntad.

Basilio dió brevemente las gracias y se alejó.

— ¿Me habré equivocado de clave? murmuró Simoun al encontrarse solo; es que duda de mí ó medita tan en secreto el plan de su venganza que teme confiarlo á la misma soledad de la noche? Ó será que los años de servidumbre han apagado en su corazón todo sentimiento humano y sólo quedan las tendencias animales de vivir y reproducirse? En este caso el molde estaría deforme y hay que volverlo á fundir... La hecatombe se impone pues; perezcan los ineptos y sobrevivan los más fuertes!

Y añadió lúgubremente, como si se dirigiese á alguien:

— Tened paciencia, vosotros que me habéis legado un nombre y un hogar, tened paciencia! Uno y otro los he perdido, patria, porvenir, bienestar, vuestras mismas tumbas... pero tened paciencia! Y tú, espíritu noble, alma grandiosa, corazón magnánimo que has vivido para un solo pensamiento y has sacrificado tu vida sin contar con la gratitud ni la admiración de nadie, ten paciencia, ten paciencia! Los medios de que me valgo no serán tal vez los tuyos, pero son los más breves... El

día se acerca y cuando brille iré yo mismo á anunciároslo á vosotros. ¡Tened paciencia!

## VIII

### ¡BUENAS PASCUAS!

Cuando Juli abrió los doloridos ojos, vió que la casa estaba todavía oscura. Los gallos cantaban. Lo primero que se le ocurrió fué que quizás la Virgen haya hecho el milagro, y el sol no iba á salir á pesar de los gallos que lo invocaban.

Levantóse, se persignó, rezó con mucha devoción sus oraciones de la mañana, y procurando hacer el menor ruido posible, salió al *batalán*.

No había milagro; el sol iba á salir, la mañana prometía ser magnífica, la brisa era deliciosamente fría, las estrellas en el oriente palidecían y los gallos cantaban á más y mejor. Aquello era mucho pedir; más fácil le era á la Virgen enviar los doscientos cincuenta pesos! ¿Qué le cuesta á ella, la Madre de Dios, dárselos? Pero debajo de la imagen sólo encontró la carta de su padre pidiendo los quinientos pesos de rescate... No había más remedio que partir. Viendo que su abuelo no se movía, le creyó dormido, é hizo el *salabat* del desayuno. ¡Cosa rara! ella estaba tranquila, hasta tenía ganas de reír. ¿Qué tenía, pues, para acongojarse tanto aquella noche? No iba lejos, podía venir cada dos días á visitar la casa; el abuelo podía verla, y en cuanto á Basilio, él sabía hace tiempo el mal giro que tomaban los asuntos de su padre, porque solía decirla á menudo:

— Cuando yo sea médico y nos casemos, tu padre no necesitará de sus campos.

— ¡Qué tonta he sido en llorar tanto! se decía mientras arreglaba su *tampipi*.

Y como sus dedos tropezasen con el relicario, lo llevó á sus labios, lo besó, pero se los frotó inmediatamente temiendo el contagio; aquel relicario de brillantes y esmeraldas había venido de un lazarino... ¡Ah! entonces sí, si ella contraía semejante enfermedad, no se casaría.

Como empezaba á clarear y viera á su abuelo sentado en un rincón, siguiendo con los ojos todos sus movimientos, cogió su tampipi de ropas, se acercó sonriendo á besarle la mano. El viejo la bendijo sin decir una palabra. Ella quiso bromear.

— Cuando el padre vuelva le diréis que al fin me he ido al colegio: mi ama habla español. Es el colegio más barato que se puede encontrar.

Y viendo que los ojos del viejo se llenaban de lágrimas, puso sobre su cabeza el tampipi y bajó apresuradamente las escaleras. Sus chinelas resonaban alegremente sobre las gradas de madera.

Pero cuando volvió el rostro para mirar una vez más hacia su casa, la casa donde se habían evaporado sus últimos ensueños de niña y se dibujaron sus primeras ilusiones de joven; cuando la vió triste, solitaria, abandonada, con las ventanas á medio cerrar, vacías y oscuras como los ojos de un muerto; cuando oyó el débil ruido de los cañaverales y los vió balancearse al impulso del fresco de la mañana como diciéndole «adiós», entonces su vivacidad se disipó, detúvose, sus ojos se llenaron de lágrimas, y dejándose caer sentada sobre un tronco que había caído junto al camino, lloró desconsoladamente.

Hacía horas que Juli se había ido y el sol estaba ya bastante alto. Tandang Selo desde la ventana miraba á la gente que en traje de fiesta se dirigía al pueblo para oír la misa mayor. Casi todos llevaban de la mano ó cargaban en brazos un niño, una niña, ataviados como para una fiesta.

El día de la Pascua en Filipinas es, según las personas mayores, de fiesta para los niños; los niños acaso no sean de la misma opinión, y se puede presumir que le tienen un miedo instintivo. Con efecto: se les despierta temprano, se les lava, se les viste y pone encima todo lo nuevo, caro y precioso que tienen, botines de seda, enormes sombreros, trajes de lana, de seda ó de terciopelo, sin dejar cuatro ó cinco escapularios pequeños que llevan el evangelio de S. Juan, y así cargados los llevan á la misa mayor que dura casi una hora, se les obliga á sufrir el calor y el vaho de tanta gente apiñada y sudorosa, y si no les hacen rezar el rosario tienen que estar quietos, aburrirse ó dormir. Á cada

movimiento ó travesura que pueda ensuciar el traje, un pellizco, una reprimenda; así es que ni ríen ni están alegres y se lee en los redondos ojos la nostalgia por la vieja camisola de todos los días y la protesta contra tanto bordado. Después se les lleva de casa en casa á visitar á los parientes para el besamanos; allí tienen que bailar, cantar y decir todas las gracias que sepan, tengan ó no humor, estén ó no incómodos en sus atavíos, con los pellizcos y las reprensiones de siempre cuando hacen alguna de las suyas. Los parientes les dan cuartos que recogen los padres y de los que regularmente no vuelven á tener noticia. Lo único positivo que suelen sacar de la fiesta son las señales de los pellizcos ya dichos, las incomodidades y á lo mejor una indigestión por un atracón de dulces ó bizcochos en casa de los buenos parientes. Pero tal es la costumbre y los niños filipinos entran en el mundo por estas pruebas, que después de todo resultan ser las menos tristes, las menos duras en la vida de aquellos individuos...

Las personas de edad que viven independientes participan algo en esta fiesta. Visitan á sus padres y tíos, doblan una rodilla y desean las buenas pascuas; su aguinaldo consiste en un dulce, una fruta, un vaso de agua ó un regalito cualquiera insignificante.

Tandang Selo veía pasar á todos sus amigos y pensaba tristemente en que aquel año no tenía aguinaldo para nadie y que su nieta se había ido sin el suyo, sin desearle las felices pascuas. ¿Era delicadeza en Juli ó puramente un olvido?

Cuando Tandang Selo quiso saludar á los parientes que venían á visitarle trayéndole sus niños, con no poca sorpresa suya encontró que no podía articular una palabra: en vano se esforzó, ningún sonido pudo modular. Llevábase las manos á la garganta, sacudía la cabeza, imposible! trató de reír y sus labios se agitaron convulsivamente; un ruido opaco como el soplo de un fuelle era lo más que pudo producir. Miráronse las mujeres espantadas.

— ¡Está mudo, está mudo! gritaron llenas de consternación, armando inmediatamente un regular alboroto.

## IX

### PILATOS

La noticia de aquella desgracia se supo en el pueblo; unos lo lamentaron y otros se encogieron de hombros. Ninguno tenía la culpa y nadie lo cargaba sobre su conciencia.

El teniente de la Guardia Civil ni se inmutó siquiera; tenía orden de recoger todas las armas y había cumplido con su deber; perseguía á los tulisanes siempre que podía, y cuando secuestraron á Cabesang Tales, él organizó inmediatamente una batida y trajo al pueblo maniatados codo con codo á cinco ó seis campesinos que le parecieron sospechosos, y si no apareció Cabesang Tales era porque no estaba en los bolsillos ni debajo de la piel de los presos que fueron activamente sacudidos.

El lego hacendero se encogió de hombros. El nada tenía que ver: cuestión de tulisanes! y él sólo cumplía con su obligación. Ciertamente que si no se hubiese quejado, acaso no hubieran recogido las armas y el pobre Cabeza no habría sido secuestrado; pero él, Fr. Clemente, tenía que mirar por su seguridad y aquel Tales tenía una manera de mirar que parecía escoger un buen blanco en alguna parte de su cuerpo. La defensa es natural. Si hay tulisanes, la culpa no es de él; su deber no es perseguirlos: eso le toca á la Guardia Civil. Si Cabesang Tales en vez de vagar por sus terrenos se hubiese quedado en casa, no habría caído prisionero. En fin, aquello era un castigo del cielo contra los que se resisten á las exigencias de su corporación.

Hermana Penchang, la vieja devota en cuya casa servía Juli, lo supo, soltó dos ó tres *susmariosep!* se santiguó y añadió:

— Muchas veces nos envía Dios esas cosas porque somos pecadores ó porque tenemos parientes pecadores á quienes debiéramos haber enseñado la piedad y no lo hemos hecho.

Estos *parientes pecadores* querían decir Juliana; para la devota, Juli era una gran pecadora.

— Figuraos una joven ya casadera que no sabe todavía rezar! Jesús, qué escándalo! ¿Pues no dice la indigna el *Dios te salve*

*María* sin pararse en *es contigo*, y el *santa María* sin hacer pausa en *pecadores*, como toda buena cristiana que teme á Dios debe hacer? Susmariosepl! No sabe el *oremus gratiam* y dice *mentibus* por *mentibus*! Cualquiera al oirla creería que está hablando de *suman de ibus*. Susmariosepl!

Y se hacía una cruz escandalizada y daba gracias á Dios que había permitido fuese secuestrado el padre para que la hija salga del pecado y aprenda las virtudes que según los curas deben adornar á toda mujer cristiana. Y por esto la retenía en su servicio, no la dejaba volver al barrio para cuidar de su abuelo. Juli tenía que aprender á rezar, leer los libritos que distribuyen los frailes y trabajar hasta que pague los doscientos cincuenta pesos.

Cuando supo que Basilio se había ido á Manila para sacar sus economías y rescatar á Juli de la casa en donde servía, creyó la buena mujer que la joven se perdía para siempre y que el diablo se le iba á presentar bajo la forma del estudiante. ¡Fastidioso y todo, cuánta razón tenía aquel librito que le había dado el cura! Los jóvenes que van á Manila para aprender, se pierden y pierden á los demás. Y creyendo salvar á Juli la hacía leer y releer el librito de *Tandang Basio Macunat* recomendándola fuese siempre á verse con el cura en el convento, como hacía la heroína que tanto ensalzaba el fraile, su autor.\*

Entretanto los frailes estaban de enhorabuena: habían ganado definitivamente el pleito y aprovecharon el cautiverio de Cabeasang Tales para entregar sus terrenos al que los había solicitado, sin el más pequeño pundonor, sin la menor pizca de vergüenza. Cuando volvió el antiguo dueño y se enteró de lo que había pasado, cuando vió en poder de otro sus terrenos, aquellos terrenos que le habían costado las vidas de su mujer é hija; cuando halló á su padre mudo, á su hija sirviendo como criada con más una orden del tribunal, transmitida por el teniente del barrio, para desalojar la casa y abandonarla dentro de tres días, Cabeasang Tales no dijo una sola palabra, sentóse al lado de su padre y apenas habló en todo el día.



X

RIQUEZA Y MISERIA

Al día siguiente, con gran sorpresa del barrio, pedía hospitalidad en casa de Cabesang Tales el joyero Simoun, seguido de dos criados que cargaban sendas maletas con fundas de lona. En medio de su miseria, aquél no se olvidaba de las buenas costumbres filipinas y estaba muy confuso al pensar que no tenía nada para agasajar el extranjero. Pero Simoun traía todo consigo, criados y provisiones, y sólo deseaba pasar el día y la noche en aquella casa por ser la más cómoda del barrio y por encontrarse entre San Diego y Tianí, pueblos de donde esperaba muchos compradores.

Simoun se enteraba del estado de los caminos y preguntaba á Cabesang Tales si con su revólver tendría bastante para defenderse de los tulisanes.

— ¡Tienen fusiles que alcanzan mucho! observó Cabesang Tales algo distraído.

— Este revólver no alcanza menos, contestó Simoun disparando un tiro contra una palmera de bonga que se encontraba á unos doscientos pasos.

Cabesang Tales vió caer algunas nueces, pero no dijo nada y continuó pensativo.

Poco á poco fueron llegando varias familias atraídas por la fama de las alhajas del joyero: se saludaban deseándose las buenas pascuas, hablaban de misas, santos, malas cosechas, pero con todo iban á gastar sus economías en piedras y baratijas que vienen de Europa. Se sabía que el joyero era amigo del Cpn. General y no estaba de más estar en buenas relaciones con él por lo que pueda suceder.

Cpn. Basilio vino con su señora, su hija Sinang y su yerno, dispuestos á gastar lo menos tres mil pesos.

Hermana Penchang estaba allí para comprar un anillo de brillantes que tenía prometido á la Virgen de Antipolo: á Juli la había dejado en casa aprendiendo de memoria un librito que le había vendido el cura por dos cuartos, con cuarenta días de

indulgencia concedidos por el arzobispo para todo el que lo leyere ú oyere leer.

— ¡Jesús! decía la buena devota á Capitana Tiká; esa pobre muchacha creció aquí como un hongo sembrado por el *tikbá-lang!*... La he hecho leer el librito en voz alta lo menos cincuenta veces y nada se le queda en la memoria; tiene la cabeza como un cesto, lleno mientras está en el agua. Todos, de oirla, hasta los perros y los gatos, habremos ganado cuando menos veinte años de indulgencias!

Simoun dispuso sobre la mesa las dos maletas que traía: la una era algo más grande que la otra.

— Ustedes no querrán alhajas de doublé ni piedras de imitación... La señora, dijo dirigiéndose á Sinang, querrá brillantes...

— Eso, sí señor, brillantes y brillantes antiguos, piedras antiguas ¿sabe usted? contestó; paga papá y á él le gustan las cosas antiguas, las piedras antiguas.

Sinang se guaseaba tanto del mucho latín que sabía su padre como del poco y malo que conocía su marido.

— Precisamente tengo alhajas muy antiguas, contestó Simoun, quitando la funda de lona de la maleta más pequeña.

Era un cofre de acero pulimentado con muchos adornos de bronce y cerraduras sólidas y complicadas.

— Tengo collares de Cleopatra, legítimos y verdaderos, hallados en las pirámides, anillos de senadores y caballeros romanos encontrados en las ruinas de Cartago...

— Probablemente los que Aníbal envió después de la batalla de Cannes! añadió Cpn. Basilio muy seriamente y estremeciéndose de júbilo.

El buen señor, aunque había leído mucho sobre los antiguos, por falta de museos en Filipinas jamás había visto nada de aquellos tiempos.

Traigo, además, costosísimos pendientes de damas romanas encontrados en la quinta de Annio Mucio Papilino en Pompeya...

Cpn. Basilio sacudía la cabeza dando á entender que estaba al corriente y que tenía prisa por ver tantas preciosas reliquias. Las mujeres decían que también querían tener de Roma, como rosarios benditos por el Papa, reliquias que perdonan los pecados sin necesidad de confesión, etc.

Abierta la maleta y levantado el algodón en rama que la pro-

tegia, descubrióse un compartimento lleno de sortijas, relicarios, guardapelos, cruces, alfileres, etc. Los brillantes, combinados con piedras de diferentes colores, lanzaban chispas y se agitaban entre flores de oro de matices varios, con vetas de esmalte, con caprichosos dibujos y raros arabescos.

Simoun levantó la bandeja y descubrió otra llena de fantásticas alhajas que hubieran podido hartar la imaginación de siete jóvenes en siete vísperas de bailes dados en su honor. Formas á cual más caprichosas, combinaciones de piedras y perlas imitando insectos de azulado lomo y élitros transparentes; el zafiro, la esmeralda, el rubí, la turquesa, el brillante se asociaban para crear libélulas, mariposas, avispas, abejas, escarabajos, serpientes, lagartos, peces, flores, racimos, etc.: había peinetas en forma de diademas, gargantillas, collares de perlas y brillantes tan hermosos que varias dalagas no pudieron contener un ¡nakú! de admiración y Sinang castañeteó con la lengua, por lo que su madre, Capitana Tiká, la pellizó temiendo que por ello encareciese más sus alhajas el joyero. Capitana Tiká seguía pellizcando á su hija aun después que se hubo casado.

— Ahí tiene usted brillantes antiguos, repuso el joyero; ese anillo perteneció á la princesa de Lamballe, y esos pendientes á una dama de María Antonieta.

Eran unos hermosos solitarios de brillantes, grandes como granos de maíz, de brillo algo azulado, llenos de una severa elegancia, como si conservasen aún el estremecimiento de los días del Terror.

— ¡Esos dos pendientes! dijo Sinang mirando hacia su padre y protegiendo instintivamente con la mano el brazo que tenía cerca de la madre.

— Otras más antiguas todavía, las romanas, contestaba Capitán Basilio guiñando.

La devota Hermana Penchang pensó que con aquel regalo la Virgen de Antipolo se ablandaría y le concedería su deseo más vehemente: hacía tiempo que le pedía un milagro ruidoso en que vaya mezclado su nombre para inmortalizarse en la tierra yendo al cielo después, como la Capitana Inés de los curas, y preguntó por el precio. Pero Simoun pedía tres mil pesos. La buena mujer se santiguó. ¡Susmariosepl

Simoun descubrió el tercer compartimento.

Este estaba lleno de relojes, petacas, fosforeras y relicarios guarnecidos de brillantes y de finísimos esmaltes con miniaturas elegantísimas.

El cuarto contenía las piedras sueltas, y al descubrirlo, un murmullo de admiración resonó en la sala; Sinang volvió á castañetear con la lengua, su madre la volvió á pellizcar no sin soltar ella misma un *¡Sus María!* de admiración.

Nadie había visto hasta entonces tanta riqueza. En aquel cajón forrado de terciopelo azul oscuro, dividido en secciones, veíanse realizados los sueños de las *Mil y una noches*, los sueños de las fantasías orientales. Brillantes, grandes hasta como garbanzos, centelleaban arrojando chispas de movilidad fascinadora como si fuesen á liquidarse ó á arder consumidos en las reverberaciones del espectro; esmeraldas del Perú, de diferentes formas y tallado, rubíes de la India, rojos como gotas de sangre, zafiros de Ceylán, azules y blancos, turquesas de Persia, perlas de nacarado oriente, de las cuales algunas, rosadas, plumizas y negras. Los que han visto durante la noche un gran cohete deshacerse sobre el fondo azul oscuro del cielo en millares de lucecitas de todos colores, tan brillantes que hacen palidecer á las eternas estrellas, pueden imaginarse el aspecto que presentaba el compartimento.

Simoun, como para aumentar la admiración de los presentes, removía las piedras con sus morenos y afilados dedos gozándose en su canto cristalino, en su resbalar luminoso como de gotas de agua que colora el arco iris. Los reflejos de tantas facetas, la idea de sus elevadísimos precios fascinaban las miradas. Cabesang Tales, que se había acercado curioso, cerró los ojos y se alejó inmediatamente como para ahuyentar un mal pensamiento. Tanta riqueza insultaba su desgracia; aquel hombre venía allí á hacer gala de su inmensa fortuna precisamente en la víspera del día en que él, por falta de dinero, por falta de padrinos, tenía que abandonar la casa que había levantado con sus manos.

— Aquí tienen ustedes dos brillantes negros, de los más grandes que existen, repuso el joyero; son muy difíciles de tallar por ser los más duros... Esta piedra algo rosada es también brillante, lo mismo que esta verde que muchos toman por esmeralda. El chino Quiroga me ha ofrecido por él seis mil pesos para regalárselo á una poderosísima señora... Y no son los verdes los más caros, sino estos azules.

Y separó tres piedras no muy grandes, pero gruesas y muy bien talladas, con una ligera coloración azul.

— Con ser más pequeños que el verde, continuó, cuestan el doble. Miren ustedes éste que es el más pequeño de todos — no pesa más de dos quilates, — me ha costado veinte mil pesos y ya no lo doy en menos de treinta. He tenido que hacer un viaje expresamente para comprarlo. Este otro, encontrado en las minas de Golconda, pesa tres quilates y medio y vale más de setenta mil. El Virrey de la India, por una carta que recibí antes de ayer, me ofrece doce mil libras esterlinas.

Ante tanta riqueza, reunida en poder de aquel hombre que se expresaba con tanta naturalidad, los circunstantes sentían cierto respeto mezclado de terror. Sinang varias veces castañeteó y su madre no la pellizó, quizás porque estuviese abismada ó porque juzgase que un joyero como Simoun no iba á tratar de ganar cinco pesos más ó menos por una exclamación más ó menos indiscreta. Todos miraban las piedras, ninguno manifestaba el menor deseo de tocarlas, tenían miedo. La curiosidad estaba embotada por la sorpresa. Cabesang Tales miraba hacia el campo, y pensaba que con un solo brillante, quizás con el más pequeño, podía recobrar á su hija, conservar la casa y quizás labrarse otro campo... ¡Dios! ¡qué una de aquellas piedras valiese más que el hogar de un hombre, la seguridad de una joven, la paz de un anciano en sus viejos días!

Y como si adivinase su pensamiento, Simoun decía dirigiéndose á las familias que le rodeaban:

— Y vean, vean ustedes; con una de estas piedrecitas azules que parecen tan inocentes é inofensivas, puras como arenillas desprendidas de la bóveda del cielo, con una como ésta, regalada oportunamente, un hombre ha podido desterrar á su enemigo, á un padre de familias, como perturbador del pueblo... y con otra piedrecita igual á ésta, roja como la sangre del corazón, como el sentimiento de la venganza y brillante como las lágrimas de los huérfanos, se le ha dado la libertad, el hombre ha sido vuelto al hogar, el padre á sus hijos, el esposo á la esposa, y se ha salvado quizás á toda una familia de un desgraciado porvenir.

Y dando golpecitos á la caja:

— Aquí tengo yo, como en las cajas de los médicos, añadía

en voz alta en mal tagalo, la vida y la muerte, el veneno y la medicina, y con este puñado puedo sumir en lágrimas á todos los habitantes de Filipinas!

Todos le miraban con terror y comprendían que tenía razón. En la voz de Simoun se notaba cierto timbre extraño y siniestros rayos parecían pasar al través de sus anteojos azules.

Como para hacer cesar la impresión que aquellas piedras hacían sobre tan sencillas gentes, Simoun levantó la bandeja y descubrió el fondo donde encerraba los *sancta sanctorum*. Estuches de piel de Rusia, separados entre sí por capas de algodón, llenaban el fondo forrado de terciopelo gris. Todos esperaban maravillas. El marido de Sinang confiaba ver carbunclos, piedras arrojando fuego y brillando en medio de las tinieblas. Capitán Basilio estaba ante las puertas de la inmortalidad; iba á ver algo positivo, algo real, la forma de lo que tanto había soñado.

— Este es el collar de Cleopatra, dijo Simoun sacando con mucho cuidado una caja plana en forma de media luna; es una joya que no se puede tasar, un objeto de museo, sólo para los gobiernos ricos.

Era una especie de collar formado por diferentes dijes de oro representando idolillos entre escarabajos verdes y azules, y en medio una cabeza de buitre, hecha de una piedra de un jaspe raro, entre dos alas extendidas, símbolo y adorno de las reinas egipcias.

Sinang al verlo arrugó la nariz é hizo una mueca de infantil desprecio, y Capitán Basilio con todo su amor á la antigüedad no pudo contener un ¡abá! de desencanto.

— Es una magnífica joya muy bien conservada y cuenta casi dos mil años.

— ¡Psh! se apresuró á decir Sinang para que su padre no cayese en la tentación.

— ¡Tonta! díjole éste que había podido vencer su primer desencanto; ¿qué sabes tú si se debe á ese collar la faz actual de toda la sociedad? Con ése habrá cautivado Cleopatra á César, á Marco Antonio... ése ha oído las ardientes declaraciones de amor de los dos más grandes guerreros de su tiempo, ése oyó frases en el más puro y elegante latín, y ya quisieras tú habértelo puesto!

— ¿Yo? ¡no doy tres pesos!

— Veinte se pueden dar, *gonga!* dijo Capitana Tiká en tono de conceder; el oro es bueno y fundido servirá para otras alhajas.

— Este es un anillo que debió pertenecer á Sila, continuó Simoun.

Era un anillo ancho, de oro macizo, con un sello.

— Con él había firmado las sentencias de muerte durante su dictadura, dijo Capitán Basilio pálido de emoción.

Y trató de examinarlo y descifrar el sello; pero por más que hizo y le dió vueltas, como no entendía de paleografía, nada pudo leer.

— ¡Qué dedo tenía Sila! observó al fin; caben dos de los nuestros; como digo, decaemos.

— Tengo aún otras muchas alhajas...

— ¡Si son todas por el estilo, gracias! contestó Sinang; prefiero las modernas.

Cada uno escogió una alhaja, quién un anillo, quién un reloj, quién un guardapelo. Capitana Tiká compró un relicario que contenía un pedazo de la piedra sobre la cual se apoyó N. S. en su tercera caída; Sinang, un par de pendientes y Capitán Basilio, la cadena de reloj para el alférez, los pendientes de señora para el cura con más otras cosas de regalo; las otras familias del pueblo de Tianî por no quedarse menos que las de San Diego vaciaron igualmente sus bolsillos.

Simoun compraba también alhajas viejas, hacía cambios, y las económicas madres habían traído las que no les servían.

— Y ¿usted, no tiene nada que vender? preguntó Simoun á Cablesang Tales, viéndole mirar con ojos codiciosos todas las ventas y cambios que se hacían.

Cablesang Tales dijo que las alhajas de su hija habían sido vendidas y las que quedaban no valían nada.

— ¿Y el relicario de María Clara? preguntó Sinang.

— ¡Es verdad! exclamó el hombre, y un momento sus ojos brillaron.

— Es un relicario con brillantes y esmeraldas, dijo Sinang al joyero; mi amiga lo usaba antes de entrar de monja.

Simoun no contestó: seguía ansioso con la vista á Cablesang Tales.

Después de abrir varios cajones dió con la alhaja. Contem-

plólo Simoun detenidamente, lo abrió y lo cerró repetidas veces: era el mismo relicario que María Clara llevaba en la fiesta de San Diego y que en un movimiento de compasión había dado á un lazarino.

— Me gusta la forma, dijo Simoun, ¿cuánto quiere usted por ella?

Cabesang Tales se rascó la cabeza perplejo, después la oreja y miró á las mujeres.

— Tengo un capricho por ese relicario, repitió Simoun; ¿quiere usted ciento... quinientos pesos? ¿Quiere usted cambiarlo con otro? ¡Escoja usted lo que quiera!

Cabesang Tales estaba silencioso y miraba embobado á Simoun como si dudase de lo que oía.

— ¿Quinientos pesos? murmuró.

— Quinientos, repitió el joyero con voz alterada.

Cabesang Tales cogió el relicario y le dió varias vueltas: sus sienes le latían violentamente, sus manos temblaban. ¿Si pidiese él más? Aquel relicario les podría salvar; era excelente ocasión aquella, y no se volvería á presentar otra.

Todas las mujeres le guiñaban para que lo vendiese, menos la Penchang, que temiendo rescatasen á Juli observó devotamente:

— Yo lo guardaría como reliquia... Los que vieron á María Clara en el convento la hallaron tan flaca, tan flaca que dicen, apenas podía hablar y se cree que morirá como una santa... El P. Salví habla muy bien de ella, como que es su confesor. Por eso será que Juli no ha querido desprenderse de él prefiriendo empeñarse.

La observación surtió efecto.

El recuerdo de su hija detuvo á Cabesang Tales.

— Si me permitís, dijo, iré al pueblo á consultarlo con mi hija; antes de la noche estaré de vuelta.

Quedáronse en ello y Cabesang Tales bajó inmediatamente.

Mas cuando se encontró fuera del barrio, divisó á lo lejos, en un sendero que se internaba en el bosque, al fraile hacendero y á un hombre que él reconoció por el que le había tomado sus terrenos. Un marido que ve á su mujer entrando con un hombre en una secreta alcoba, no habría sentido más ira, ni más celos que Cabesang Tales viendo á aquellos dos dirigirse á sus



campos, á los campos por él trabajados y que creía poder legar á sus hijos. Se le figuró que aquellos dos se reían, se burlaban de su impotencia; le vino á la memoria lo que él había dicho: «no los cederé sino al que los regase con su sangre y enterrase en ellos á su mujer y á su hija»...

Paróse, se pasó una mano por la frente y cerró los ojos; cuando los abrió, vió que el hombre se retorcia riendo y el lego se cogía el vientre como para evitar que estalle de alegría y luego vió que señalaban hacia su casa y volvían á reir.

Un ruido vibró en sus orejas, sintió al rededor de las sienes el chasquido de un latigazo, la nube roja reapareció ante sus ojos, volvió á ver los cadáveres de su mujer é hija, y al lado el hombre y el fraile riendo y cogiéndose la cintura.

Olvidóse de todo, dió media vuelta y siguió el sendero por donde marchaban aquéllos: era el sendero que conducía á sus terrenos.

Simoun aguardó en vano que volviese aquella noche Cabe-sang Tales.

Al día siguiente cuando se levantó, observó que la funda de cuero de su revólver estaba vacía: abrióla y dentro encontró un papel que contenía el relicario de oro con las esmeraldas y brillantes y algunas líneas escritas en tagalo que decían:

«Perdonaréis, señor, que estando en mi casa os prive de lo que es vuestro; mas, la necesidad me obliga, y en cambio de vuestro revólver os dejo el relicario que tanto deseabais. Necesito armas y parto á reunirme con los tulisanes.

Os recomiendo no sigáis vuestro camino, porque si caéis en nuestro poder, como ya no sois mi huésped, os exigiremos un considerable rescate.

TELESFORO JUAN DE DIOS.»

— ¡Al fin tengo á mi hombre! murmuró respirando Simoun; es algo escrupuloso... pero tanto mejor: sabrá cumplir con sus compromisos!

Y ordenó á su criado que por el lago se fuese á Los Baños, se llevase la maleta grande y le esperase allí, porque él por tierra iba á seguir su viaje llevándose la que contenía sus famosas piedras.

La llegada de cuatro Guardias Civiles acabó de ponerle de buen humor. Venían á prender á Cabesang Tales y no encontrándole se llevaban á Tandang Selo.

Tres asesinatos se habían cometido durante la noche. El fraile hacendero y el nuevo inquilino de los terrenos de Cabesang Tales se habían encontrado muertos, rota la cabeza y llena de tierra la boca, en los linderos de los terrenos de aquél; en el pueblo, la mujer del inquilino muerto amaneció también asesinada, la boca llena igualmente de tierra y el cuello cortado, con un papel al lado donde se leía el nombre «Tales» escrito en sangre como trazado por un dedo...

¡Tranquilizaos, pacíficos vecinos de Kalamba! Ninguno de vosotros se llama Tales, ninguno de vosotros ha cometido el crimen! Vosotros os llamáis Luis Habaña, Matías Belarmino, Nicasio Eigasani, Cayetano de Jesús, Mateo Elejorde, Leandro López, Antonino López, Silvestre Ubaldo, Manuel Hidalgo, Paciano Mercado, os llamáis todo el pueblo de Kalamba!... Habéis limpiado vuestros campos, habéis empleado en ellos el trabajo de toda vuestra vida, economías, insomnios, privaciones, y os han despojado de ellos, lanzado de vuestros hogares y han prohibido á los demás os diesen hospitalidad! No se contentaron con violar la justicia, hollaron las sagradas tradiciones de vuestro país... Vosotros habéis servido á España y al rey, y cuando en nombre de ellos pedisteis justicia, y se os desterró sin proceso, se os arrancó de los brazos de vuestras esposas, de los besos de vuestros hijos... Cualquiera de vosotros ha sufrido más que Cabesang Tales, y sin embargo ninguno, ninguno se ha hecho justicia... No hubo piedad ni humanidad para vosotros y se os ha perseguido hasta más allá de la tumba como á Mariano Herbosa.. ¡Llorad ó reíd en las islas solitarias donde vagáis ociosos, inciertos del porvenir! La España, la generosa España vela sobre vosotros y tarde ó temprano obtendréis justicia!

XI

LOS BAÑOS

Su Excelencia el Capitán General y Gobernador de las Islas Filipinas había estado cazando en Bosoboso. Pero como tenía que ir acompañado de una banda de música — porque tan elevado personaje no iba á ser menos que las imágenes de palo que llevan en procesión, — y como la afición al divino arte de Sta. Cecilia aun no se ha popularizado entre los ciervos y jabalíes de Bosoboso, S. E. con la banda de música y su cortejo de frailes, militares y empleados no pudo pillar ni un solo ratón, ni una sola ave.

Las primeras autoridades de la provincia previeron futuras cesantías ó cambios de destino; los pobres gobernadorcillos y cabezas de barangay se inquietaron y no pudieron dormir, temiendo no vaya á antojársele al divino cazador sustituir con sus personas la falta de sumisión de los cuadrúpedos del bosque, como ya lo había hecho años antes un alcalde viajando en hombros de polistas porque no había caballos tan mansos para responder de su persona. No faltó un mal intencionado susurro de que S. E. estaba decidido á hacer algo, porque en aquello veía los primeros síntomas de una rebelión que convenía sofocar en su cuna, que una caza sin resultados desprestigia el nombre español, etc., y ya se echaba el ojo á un infeliz para vestirle de venado, cuando S. E. en un acto de clemencia que Ben Zayb no sabía con qué frases encomiar, dispó todas las inquietudes, declarando que le daba pena sacrificar á su placer los animales del bosque.

A decir verdad, S. E. estaba contento y satisfecho *inter se*, pues ¿qué habría sucedido si hubiese fallado una pieza, un ciervo de esos que no están al tanto de las conveniencias políticas? ¿á dónde iba á parar el prestigio soberano? ¿Cómo? ¿Todo un Capitán General de Filipinas errando una pieza, como un cazador novel? ¿Qué dirían los indios entre los cuales hay regulares cazadores? Peligraría la integridad de la patria...

Así es cómo S. E., con una risa de conejo y echándose las de cazador descontento, ordenó la inmediata vuelta á Los Baños, no sin hablar durante el viaje de sus hazañas cinegéticas en tal ó cual soto de la Península, como quien no quiere la cosa, adoptando un tono algo despreciativo, muy conveniente al caso, para las cacerías de Filipinas, ¡psé! Los baños en el Dampalit (Daang pa liit), las estufas á orillas del lago, y los tresillos en el palacio con tal ó cual excursión á la vecina cascada ó á la laguna de los caimanes, ofrecían más atractivos y menos riesgos para la integridad de la patria.

Allá por los últimos días de Diciembre encontrábase S. E. en la sala jugando al tresillo, en tanto esperaba la hora del almuerzo. Venía de tomar el baño con el consabido vaso de agua y carne tierna de coco y estaba en la mejor disposición posible para conceder gracias y favores. Aumentaba su buen humor la circunstancia de dar muchos codillos, pues el P. Irene y el P. Sibyla que con él jugaban, desplegaban cada uno toda su inteligencia para hacerse perder disimuladamente, con gran irritación del P. Camorra, que por haber llegado, tan sólo aquella mañana no estaba al tanto de lo que se intrigaba. El fraile-artillero como jugaba de buena fe y ponía atención, se ponía colorado y se mordía los labios cada vez que el P. Sibyla se distraía ó calculaba mal, pero no se atrevía á decir palabra por el respeto que el dominico le inspiraba; en cambio se desquitaba contra el P. Irene á quien tenía por bajo y zalamero y despreciaba en medio de su rudeza. El P. Sibyla ni le miraba siquiera; le dejaba bufar; el P. Irene, más humilde, procuraba excusarse acariciando la punta de su larga nariz. S. E. se divertía y se aprovechaba, á fuer de buen táctico como se lo insinuaba el canónigo, de las equivocaciones de sus contrarios. Ignoraba el P. Camorra que sobre la mesita se jugaba el desenvolvimiento intelectual de los filipinos, la enseñanza del castellano, y á haberlo sabido, acaso con alegría hubiera tomado parte en el juego.

Al través del balcón abierto en todo su largo, entraba la brisa, fresca y pura, y se descubría el lago cuyas aguas murmuraban dulcemente al pie del edificio como rindiendo homenaje. A la derecha, á lo lejos, se veía la isla de Talim, de un puro azul; en medio del lago y en frente casi, una islita verde,

la isla de Kalamba, desierta, en forma de medialuna; á la izquierda, la hermosa costa bordada de cañaverales, un montecillo que domina el lago, después vastas sementeras, después techos rojos por entre el verde oscuro de los árboles, el pueblo de Kalamba, después la costa se pierde á lo lejos, y en el fondo, el cielo cierra el horizonte descendiendo sobre las aguas dando al lago apariencias de mar y justificando la denominación que los indios le dan de *dagat na tabang*.

Hacia un extremo de la sala, sentado y delante de una mesita donde se veían algunos papeles estaba el secretario. Su Excelencia era muy trabajador y no le gustaba perder tiempo, así es que despachaba con él mientras servía de alcalde en el tresillo y en los momentos en que se daban las cartas.

En el entretanto el pobre secretario bostezaba y se desesperaba. Aquella mañana trabajaba como todos los días en cambios de destino, suspensión de empleos, deportaciones, concesión de gracias, etc., y no se tocaba todavía la gran cuestión que tanta curiosidad despertaba, la petición de los estudiantes solicitando permiso para la creación de una Academia de castellano.

Paseándose de un extremo á otro y conversando animadamente aunque en voz baja se veía á don Custodio, á un alto empleado y á un fraile que llevaba la cabeza baja con aire de pensativo ó disgustado; llamábase el P. Fernández. De una habitación contigua salían ruidos de bolas chocando unas con otras, risas, carcajadas, entre ellas la voz de Simoun seca é incisiva: el joyero jugaba al billar con Ben Zayb.

De repente el P. Camorra se levantó.

— ¡Que juegue Cristo, puñales! exclamó arrojando las dos cartas que le quedaban, á la cabeza del P. Irene; ¡puñales! la puesta estaba segura cuando no el codillo, y lo perdemos por endose! ¡Puñales, que juegue Cristo!

Y furioso, explicaba á todos los que estaban en la sala el caso dirigiéndose especialmente á los tres paseantes como tomándoles por jueces. Jugaba el General, él hacía la contra, el P. Irene ya tenía su baza; arrastra él con el espadas y ¡puñales! el camote del P. Irene no rinde, no rinde la mala. ¡Que juegue Cristo! El hijo de su madre no se había ido allí á romperse la cabeza inútilmente y á perder su dinero.

— Si creará el nene, añadía muy colorado, que los gano de bóbilis bóbilis. ¡Tras de que mis indios ya empiezan á regatear! Y gruñendo y sin hacer caso de las disculpas del P. Irene que trataba de explicarse frotándose la trompa para ocultar su fina sonrisa, se fué al cuarto de billar.

— P. Fernández, ¿quiere usted sentarse? preguntó el P. Sibyla.

— ¡Soy muy mal tresillista! contesta el fraile haciendo una mueca.

— Entonces que venga Simoun, dijo el General: ¡eh, Simoun, eh, mister! ¿Quiere usted echar una partida?

— ¿Qué se dispone acerca de las armas de salón? preguntó el secretario aprovechando la pausa.

Simoun asomó la cabeza.

— ¿Quiere usted ocupar el puesto del P. Camorra, señor Simbad? preguntó el P. Irene; usted pondrá brillantes en lugar de fichas.

— No tengo ningún inconveniente, contestó Simoun acercándose y sacudiendo la tiza que manchaba sus manos; y ustedes, ¿qué ponen?

— ¿Qué vamos á poner? contestó el P. Sibyla. El General pondrá lo que guste, pero nosotros, religiosos, sacerdotes...

— ¡Bah! interrumpió Simoun con ironía; usted y el P. Irene pagarán con actos de caridad, oraciones, virtudes, ¿eh?

— Sabe usted que las virtudes que uno pueda tener, arguyó gravemente el P. Sibyla, no son como los brillantes que pueden pasar de mano en mano, venderse y *revenderse*... residen en el ser, son accidentes inherentes en el sujeto...

— Me contento entonces con que ustedes me paguen de boquilla, replicó alegremente Simoun; usted, P. Sibyla, en vez de darme cinco tantos me dirá, por ejemplo: renuncio por cinco días á la pobreza, á la humildad, á la obediencia... usted, P. Irene: renuncio á la castidad, á la largueza, etc. Ya ven que es poca cosa y yo doy mis brillantes.

— ¡Qué hombre más singular es este Simoun, qué ocurrencias tienel dijo el P. Irene riendo.

— Y *éste*, continuó Simoun tocando familiarmente en el hombro á Su Excelencia, *éste* me pagará cinco tantos, un vale por cinco días de cárcel; un solo, cinco meses; un codillo, orden de deportación en blanco; una bola... digamos una ejecu-

ción expedita por la Guardia Civil mientras se le conduce á mi hombre de un pueblo á otro, etc.

El envite era raro. Los tres paseantes se acercaron.

— Pero, señor Simoun, preguntó el alto empleado, ¿qué saca usted con ganar virtudes de boquilla, y vidas y destierros y ejecuciones expeditas?

— ¡Pues mucho! Estoy cansado de oír hablar de virtudes y quisiera tenerlas todas, todas las que hay en el mundo, encerradas en un saco para arrojarlas al mar, aun cuando tuviera que servirme de todos mis brillantes como de lastre.

— ¡Vaya un capricho! exclamó el P. Irene riendo; ¿y de los destierros y ejecuciones expeditas?

— Pues, para limpiar el país y destruir toda semilla mala...

— ¡Vamos! todavía está usted furioso con los tulisanes, y cuidado que bien podían haberle exigido un rescate mayor ó quedarse con todas sus alhajas. ¡Hombre, no sea usted ingrato!

Simoun contaba que había sido atajado por una banda de tulisanes quienes, después de agasajarle por un día le dejaron seguir el viaje sin exigirle más rescate que sus dos magníficos revólvers Smith y las dos cajas de cartuchos que consigo llevaba. Añadía que los tulisanes le habían encargado muchas memorias para su Excelencia, el Capitán General.

Y por esto y como contase Simoun que los tulisanes estaban muy bien provistos de escopetas, fusiles y revólvers, y que contra semejantes individuos un hombre solo, por bien armado que estuviese, no se podía defender; S. E. para evitar en lo futuro que los tulisanes adquirieran armas, iba á dictar un nuevo decreto concerniente á las pistolas de salón.

— ¡Al contrario, al contrario! protestaba Simoun; si para mí los tulisanes son los hombres más honrados del país; son los únicos que ganan su arroz debidamente... ¿Creen ustedes que si hubiera caído en manos... vamos! de usted por ejemplo, me habría dejado escapar sin quitarme la mitad de mis alhajas, cuando menos?

Don Custodio iba á protestar; aquel Simoun era verdaderamente un grosero mulato americano que abusaba de su amistad con el Capitán General para insultar al P. Irene. Verdad es también que el P. Irene tampoco le habría soltado por tan poca cosa.

— Si el mal no está, prosiguió Simoun, en que haya tulinanes en los montes y en el despoblado; el mal está en los tulinanes de los pueblos y de las ciudades...

— Como usted, añadió riendo el canónigo.

— Sí, como yo, como nosotros, seamos francos; aquí no nos oye ningún indio, continuó el joyero; el mal está en que todos no seamos tulinanes declarados; cuando tal suceda y vayamos á habitar en los bosques, ese día se ha salvado el país, ese día nace una nueva sociedad que se arreglará ella sola... y S. E. podrá entonces jugar tranquilamente al tresillo sin necesidad de que le distraiga el secretario...

El secretario bostezaba en aquel momento extendiendo ambos brazos por encima de la cabeza, y estirando en lo posible las piernas cruzadas por debajo de la mesita.

Al verle todos se rieron. Su Excelencia quiso cortar el giro de la conversación, y soltando las cartas que había estado peinando dijo entre serio y risueño:

— ¡Vaya, vaya! basta de bromas y juegos; trabajemos, trabajemos de firme, que aun tenemos media hora antes del almuerzo. ¿Hay muchos asuntos que despachar?

Todos prestaron atención. Aquel día se iba á dar la batalla sobre la cuestión de la enseñanza del castellano por la que estaban allí desde hace días el P. Sibyla y el P. Irene. Se sabía que el primero, como Vice Rector, estaba opuesto al proyecto, y que el segundo lo apoyaba y sus gestiones lo estaban á su vez por la señora condesa.

— ¿Qué hay, qué hay? preguntaba S. E. impaciente.

— La juhion je lah jamah je jalon, repitió el secretario ahogando un bostezo.

— ¡Quedan prohibidas!

— Perdone, mi General, dijo el alto empleado gravemente: V. E. me permitirá que le haga observar que el uso de las armas de salón está permitido en todos los países del mundo...

El General se encogió de hombros.

— Nosotros no imitamos á ninguna nación del mundo, observó secamente.

Entre S. E. y el alto empleado había siempre divergencia de opinión, y basta que el último haga una observación cualquiera para que el primero se mantenga en sus trece.



El alto empleado tanteó otro camino.

— Las armas de salón sólo pueden dañar á los ratones y gallinas, dijo; van á decir que... \*

— ¿Que somos gallinas? continuó el General encogiéndose de hombros; y á mí, qué? Pruebas he dado yo de no serlo.

— Pero hay una cosa, observó el secretario; hace cuatro meses, cuando se prohibió el uso de las armas, se les ha asegurado á los importadores extranjeros que las de salón serían permitidas.

Su Excelencia frunció las cejas.

— Pero la cosa tiene arreglo, dijo Simoun.

— ¿Cómo?

— Sencillamente. Las armas de salón tienen casi todas seis milímetros de calibre, al menos las que existen en el mercado. Se autoriza la venta sólo para todas las que no tengan esos seis milímetros!

Todos celebraron la ocurrencia de Simoun, menos el alto empleado que murmuró al oído del P. Fernández que aquello no era serio ni se llama gobernar.

— El maestro de Tiani, continuó el secretario hojeando unos papeles, solicita se le dé mejor local para...

— ¿Qué más local si tiene un camarín para él solo? interrumpió el P. Camorra que había acudido olvidándose ya del tresillo.

— Dice que está destechado, repuso el secretario, y que habiendo comprado de su bolsillo mapas y cuadros, no puede exponerlos á la intemperie...

— Pero yo nada tengo que ver con eso, murmuró S. E.; que se dirija al Director de Administración, al Gobernador de la provincia ó al Nuncio...

— Lo que le diré á usted, dijo el P. Camorra, es que ese maestrillo es un filibusterillo descontento: figúrense ustedes que el hereje propala que lo mismo se pudren los que se entierran con pompa que los que sin ella! ¡Algún día le voy á dar de cachetes!

Y el P. Camorra cerraba sus puños.

— Y á decir verdad, observó el P. Sibyla, como dirigiéndose nada más que al P. Irene; el que quiere enseñar, enseña en todas partes, al aire libre: Sócrates enseñaba en las plazas pú-

blicas, Platón en los jardines de Academo, y Cristo en las montañas y lagos.

— Tengo varias quejas contra ese maestrillo, dijo S. E. cambiando una mirada con Simoun; creo que lo mejor será suspenderle.

— ¡Suspendido! repitió el secretario.

Dióle pena al alto empleado la suerte de aquel infeliz que pedía auxilio y se encontró con la cesantía, y quiso hacer algo por él.

— Lo cierto es, insinuó con cierta timidez, que la enseñanza no está del todo bien atendida...

— He decretado ya numerosas sumas para la compra de materiales, dijo con altivez S. E., como si quisiese significar: ¡He hecho más de lo que debía!

— Pero como faltan locales á propósito, los materiales que se compren se echarán á perder...

— No todo se puede hacer de una vez, interrumpió secamente S. E.; los maestros de aquí hacen mal en pedir edificios cuando los de la Península se mueren de hambre. Mucha presunción es querer estar mejor que en la misma Madre Patria!

— Filibusterismo...

— ¡Ante todo la Patria! ¡ante todo somos españoles! añadió Ben Zayb con los ojos brillantes de patriotismo y poniéndose algo colorado cuando vió que se quedó solo.

— En adelante, terminó el General, todos los que se quejen serán suspendidos.

— Si mi proyecto fuese aceptado, se aventuró á decir don Custodio, como hablando consigo mismo.

— ¿Relativo á los edificios de las escuelas?

— Es sencillo, práctico y económico como todos mis proyectos, nacidos de una larga experiencia y del conocimiento del país. Los pueblos tendrían escuelas sin que le costasen un cuarto al gobierno.

— Enterado, repuso con sorna el secretario; obligando á los pueblos á que las construyan á su costa.

Todos se echaron á reir.

— No señor, no señor, gritó don Custodio picado y poniéndose colorado; los edificios están levantados y sólo esperan que se los utilice. Higiénicos, inmejorables, espaciosos...

Los frailes se miraron con cierta inquietud. ¿Propondría don Custodio que se convirtiesen en escuelas las iglesias y los conventos ó casas parroquiales?

— ¡Veámoslo! dijo el General frunciendo el ceño.

— Pues, mi General, es muy sencillo, repuso don Custodio estirándose y sacando la voz hueca de ceremonia; las escuelas sólo están abiertas en los días de trabajo, y las galleras en los de fiesta... Pues conviértanse en escuelas las galleras, al menos durante la semana

— ¡Hombre, hombre, hombre!

— ¡Ya pareció aquello!

— Pero ¡qué cosas tiene usted, don Custodio!

— ¡Vaya un proyecto que tiene gracia!

— ¡Este les pone á todos la pata!

— Pero, señores, gritaba don Custodio al oír tantas exclamaciones; seamos prácticos, ¿qué local hay más á propósito que las galleras? Son grandes, están bien construídas, y maldito para lo que sirven durante la semana. Hasta desde un punto de vista moral, mi proyecto es muy aceptable: serviría como una especie de purificación y expiación semanal del templo del juego, digámoslo así.

— Pero es que á veces hay juego de gallos durante la semana, observó el P. Camorra, y no es justo que pagando los contratistas de las galleras al gobierno...

— ¡Vaya... por esos días se cierra la escuela!

— ¡Hombre, hombre! dijo el Capitán General escandalizado; ¡tal horror no sucederá mientras yo gobierno! ¡Que se cierren las escuelas porque se juegal ¡Hombre, hombre, hombre! primero presento la dimisión!

Y S. E. estaba verdaderamente escandalizado.

— Pero, mi General, vale más que se cierren por algunos días que no por meses.

— ¡Eso sería inmoral! añadió el P. Irene más indignado todavía que su Excelencia.

— Más inmoral es que los vicios tengan buenos edificios y las letras ninguno... Seamos prácticos, señores, y no nos dejemos llevar de sentimentalismos. Mientras por respetos humanos prohibimos el cultivo del opio en nuestras colonias, toleramos que en ellas se fume, resulta que no combatimos el vicio pero nos empobrecemos...

— Pero observe usted que eso le produce al gobierno, sin trabajo ninguno, más de cuatrocientos cincuenta mil pesos, repuso el P. Irene que se hacía más y más gubernamental...

— ¡Basta, basta, señores! dijo S. E. cortando la discusión: yo tengo mis proyectos sobre el particular y dedico mi particular atención al ramo de instrucción pública. ¿Hay algo más?

El secretario miró con cierta inquietud al P. Sibyla y al P. Irene. Lo gordo iba á salir. Ambos se prepararon.

— La solicitud de los estudiantes pidiendo autorización para abrir una Academia de Castellano, contestó el secretario.

Un movimiento general se notó entre los que estaban en la sala, y después de mirarse unos á otros fijaron sus ojos en el General para leer lo que dispondría. Hacía seis meses que la solicitud estaba allí aguardando un dictamen, y se había convertido en una especie de *casus belli* en ciertas esferas. Su Excelencia tenía los ojos bajos como para impedir que se leyesen sus pensamientos.

El silencio se hacía embarazoso y comprendiólo el General.

— ¿Qué opina usted? preguntó al alto empleado.

— ¡Qué he de opinar, mi General! contestó el preguntado encogiéndose de hombros y sonriendo amargamente; ¡qué he de opinar sino que la petición es justa, justísima y que me parece extraño se hayan empleado seis meses en pensar en ella!

— Es que se atraviesan de por medio consideraciones, repuso el P. Sibyla fríamente y medio cerrando los ojos.

Volvió á encogerse de hombros el alto empleado como quien no comprende qué consideraciones podían ser aquellas.

— Aparte de lo intempestivo del propósito, prosiguió el dominico, aparte de lo que tiene de atentatorio á nuestras prerrogativas...

El P. Sibyla no se atrevió á continuar y miró á Simoun.

— La solicitud tiene un carácter algo sospechoso, concluyó éste cambiando una mirada con el dominico.

Este pestañeó dos veces. El P. Irene que los vió comprendió que su causa estaba ya casi perdida: Simoun iba contra ella.

— Es una rebelión pacífica, una revolución en papel sellado, añadió el P. Sibyla.

— ¿Revolución, rebelión? preguntó el alto empleado mirando á unos y á otros como si nada comprendiese.

— La encabezan unos jóvenes tachados de demasiado reformistas y avanzados por no decir otra cosa, añadió el secretario mirando al dominico. Hay entre ellos un tal Isagani, cabeza poco sentada... sobrino de un cura clérigo...

— Es un discípulo mío, repuso el P. Fernández, y estoy muy contento de él...

— ¡Puñales, también es contentarse! exclamó el P. Camorra; en el vapor por poco nos pegamos de cachetes: porque es bastante insolente, ¡le di un empujón y me contestó con otro!

— Hay además un tal Macaragui ó Macarai...

— Macarai, repuso el P. Irene terciando á su vez; un chico muy amable y simpático.

Y murmuró al oído del General:

— De ése le he hablado á usted, es muy rico... la señora condesa me lo recomienda eficazmente.

— ¡Ah!

— Un estudiante de Medicina, un tal Basilio...

— De ese Basilio no digo nada, repuso el P. Irene levantando las manos y abriéndolas como para decir *dóminus vobiscum*; ése para mí es agua mansa. Nunca he llegado á saber lo que quiere ni lo que piensa. ¡Qué lástima que el P. Salví no esté delante para darnos algunos de sus antecedentes! Creo haber oído decir que cuando niño tuvo peras que partir con la Guardia Civil... su padre fué muerto en no recuerdo qué motín...

Simoun se sonrió lentamente, sin ruido, enseñando sus dientes blancos y bien alineados...

— ¡Ajá, ajá! decía S. E. moviendo la cabeza: ¿conque esas tenemos? ¡Apunte usted ese nombre!

— Pero, mi General, dijo el alto empleado viendo que la cosa tomaba mal giro; hasta ahora nada de positivo se sabe contra esos jóvenes; su petición es muy justa, y no tenemos ningún derecho para negársela fundándonos sólo en meras conjeturas. Mi opinión es que el gobierno, dando una prueba de su confianza en el pueblo y en la estabilidad de su base, acuerde lo que se le pide; y libre á él después de retirar el permiso cuando vea que se abusa de su bondad. Motivos ni excusas no han de faltar, podemos vigilarles... ¿Para qué disgustar á unos jóvenes que después pueden resentirse, cuando lo que piden está mandado por reales decretos?

El P. Irene, don Custodio y el P. Fernández asentían con la cabeza.

— Pero los indios no deben saber castellano, ¿sabe usted? gritó el P. Camorra; no deben saber porque luego se meten á discutir con nosotros, y los indios no deben discutir sino obedecer y pagar... no deben meterse á interpretar lo que dicen las leyes ni los libros, ¡son tan sutiles y picapleitos! Tan pronto como saben el castellano se hacen enemigos de Dios y de España... lea usted sino el *tandang Basio Macunat*; ¡ese sí que es un libro! ¡Tiene verdades como esto!

Y enseñaba sus redondos puños.

El P. Sibyla se pasó la mano por la corona en señal de impaciencia.

— ¡Una palabra! dijo adoptando el tono más conciliador en medio de su irritación; aquí no se trata solamente de la enseñanza del castellano, aquí hay una lucha sorda entre los estudiantes y la Universidad de Santo Tomás; si los estudiantes se salen con la suya, nuestro prestigio queda por los suelos, dirán que nos han vencido y exultarán y ¡adiós fuerza moral, adiós todo! Roto el primer dique ¿quién contiene á esa juventud? ¡Con nuestra caída no haremos más que anunciar la de ustedes! Después de nosotros el gobierno.

— ¡Puñales, eso no! gritó el P. Camorra; ¡veremos antes quién tiene más puños!

Entonces habló el P. Fernández que durante la discusión sólo se había contentado con sonreír. Todos se pusieron atentos porque sabían que era una buena cabeza.

— No me quiera usted mal, P. Sibyla, si difiero de su manera de ver el asunto, pero es raro destino el mío de estar casi siempre en contradicción con mis hermanos. Digo pues que no debemos ser tan pesimistas. La enseñanza del castellano se puede conceder, sin peligro ninguno, y para que no aparezca como una derrota de la Universidad, debíamos los dominicos hacer un esfuerzo y ser los primeros en celebrarla: allí está la política. ¿Para qué vamos á estar en continua tirantez con el pueblo, si después de todo somos los pocos y ellos los más, si nosotros necesitamos de ellos y no ellos de nosotros? — ¡Espere usted, P. Camorra, espere usted! — Pase que por ahora el pueblo sea débil y no tenga tantos conocimientos, yo también lo creo así,

pero no será mañana, ni pasado. Mañana ó pasado serán los más fuertes, sabrán lo que les convendrá y no lo podremos impedir, como no se puede impedir que los niños, llegados á cierta edad, se enteren de muchas cosas... Digo pues, ¿por qué no aprovechamos este estado de ignorancia para cambiar por completo de política, para fundarla sobre una base sólida, imperecedera, la justicia por ejemplo en vez de la base ignorancia? Porque no hay como ser justos, esto se lo he dicho siempre á mis hermanos y no me quieren creer. El indio, como todo pueblo joven, es idólatra de la justicia; pide el castigo cuando ha faltado, así como le exaspera cuando no lo ha merecido. ¿Es justo lo que desean? pues á concederlo, démosles todas las escuelas que quieran, ya se cansarán: la juventud es holgazana y lo que la pone en actividad es nuestra oposición. Nuestro lazo prestigio, P. Sibyla, está ya muy gastado; preparemos otro, el lazo gratitud por ejemplo. No seamos tontos, hagamos lo que los cucos jesuítas...

— ¡Oh, oh, P. Fernández!

No, no; todo lo podía tolerar el P. Sibyla menos proponerle á los jesuítas por modelo. Tembloroso y pálido se deshizo en amargas recriminaciones.

— Primero franciscano... ¡cualquier cosa antes que jesuíta! dijo fuera de sí.

— ¡Oh, oh!

— ¡Eh, eh! Padre P. — !!

Vino una discusión en que todos, olvidándose del Capitán General, intervinieron; hablaban á la vez, gritaban, no se entendían, se contradecían; Ben Zayb las tenía con el P. Camorra y se enseñaban los puños, el uno hablaba de gansos y el otro de chupa-tintas, el P. Sibyla hablaba del Capítulo y el P. Fernández, de la Summa de Sto. Tomás, etc., hasta que entró el cura de Los Baños á anunciar que el almuerzo estaba servido.

Su Excelencia se levantó y así se cortó la discusión.

— ¡Ea, señores! dijo; hoy hemos trabajado como negros y eso que estamos de vacaciones! Alguien dijo que los asuntos graves deben tratarse en los postres. Yo soy en absoluto de esa opinión.

— Podemos indigestarnos, observó el secretario aludiendo al calor de la discusión.

— Entonces lo dejaremos para mañana.

Todos se levantaron.

— Mi General, murmuró el alto empleado; la hija de ese Cabesang Tales ha vuelto solicitando la libertad de su abuelo enfermo, preso en lugar del padre...

Su Excelencia le miró disgustado y se pasó la mano por la ancha frente.

— Carambas! que no le han de dejar á uno almorzar en paz!

— Es el tercer día que viene; es una pobre muchacha...

— ¡Ah, demonios! exclamó el P. Camorra; yo me decía: algo tengo que decir al General, para eso he venido... para apoyar la petición de esa muchacha!

El General se rascó tras de la oreja.

— Vaya! dijo; que el secretario ponga un volante al teniente de la Guardia Civil, para que le suelten! No dirán que no somos clementes ni misericordiosos!

Y miró á Ben Zayb. El periodista pestañó.

## XII

### PLÁCIDO PENITENTE

De mala gana y con los ojos casi llorosos iba Plácido Penitente por la Escolta para dirigirse á la Universidad de Santo Tomás.

Hacia una semana apenas que había llegado de su pueblo y ya había escrito dos veces á su madre reiterando sus deseos de dejar los estudios para retirarse y trabajar. Su madre le había contestado que tuviese paciencia, que cuando menos debía graduarse de *bachiller en artes*, pues era triste abandonar los libros después de cuatro años de gastos y sacrificios por parte de uno y otro.

De dónde le venía á Penitente el desamor al estudio, cuando era uno de los más aplicados en el famoso colegio que el P. Valerio dirigía en Tanawan? Penitente pasaba allí por ser uno de los mejores latinistas y sutiles argumentadores, que sabían enredar ó desenredar las cuestiones más sencillas ó abstrusas; los de su pueblo le tenían por el más listo, y su cura, influido por aquella fama, ya le daba el grado de filibustero, prueba segura



de que no era tonto ni incapaz. Sus amigos no se explicaban aquellas ganas de retirarse y dejar los estudios; no tenía novias, no era jugador, apenas conocía el *hunkian* y se aventuraba en un *revesino*; no creía en los consejos de los frailes, se burlaba del *tandang Basio*, tenía dinero de sobra, trajes elegantes, y sin embargo iba de mala gana á clase y miraba con asco los libros.

En el Puente de España, puente que sólo de España tiene el nombre, pues hasta sus hierros vinieron del Extranjero, encontróse con la larga procesión de jóvenes que se dirigían á Intramuros para sus respectivos colegios. Unos iban vestidos á la europea, andaban deprisa, cargando libros y cuadernos, preocupados, pensando en su lección y en sus composiciones; éstos eran los alumnos del Ateneo. Los letranistas se distinguían por ir casi todos vestidos á la filipina, más numerosos y menos cargados de libros. Los de la Universidad visten con más esmero y pulcritud, andan despacio y, en vez de libros, suelen llevar un bastón. La juventud estudiosa de Filipinas no es muy bulliciosa ni bullanguera; va como preocupada; al verla cualquiera diría que delante de sus ojos no luce ninguna esperanza, ningún risueño porvenir. Aunque de espacio en espacio alegran la procesión las notas simpáticas y ricas en colores de las educandas de la Escuela Municipal con la cinta sobre el hombro y los libros en la mano, seguidas de sus criadas, sin embargo apenas resuena una risa, apenas se oye una broma; nada de canciones, nada de salidas graciosas; á lo más bromas pesadas, peleas entre los pequeños. Los grandes casi siempre van serios y bien compuestos como los estudiantes alemanes.

Plácido seguía el paseo de Magallanes para entrar por la brecha — antes puerta — de Sto. Domingo, cuando de repente recibió una palmada sobre el hombro que le hizo volverse inmediatamente de mal humor.

— ¡Olé, Penitente, olé, Penitente!

Era el condiscípulo Juanito Peláez, el barbero ó favorito de los profesores, pillo y malo como él solo, de mirada picaresca y sonrisa de truhán. Hijo de un mestizo español, — rico comerciante en uno de los arrabales, que cifraba todas sus alegrías y esperanzas en el talento del joven, — prometía mucho por sus picardías y, gracias á su costumbre de jugar malas pasadas á todos, escondiéndose después detrás de sus compañeros, tenía

una particular joroba que se aumentaba cada vez que hacía una de las suyas y se reía.

— ¿Cómo te has divertido, Penitente? preguntaba dándole palmadas fuertes sobre el hombro.

— Así, así, contestó Plácido algo cargado, ¿y tú?

— ¡Pues, divinamente! Figúrate que el cura de Tíani me invita á pasar las vacaciones en su pueblo, me voy... chico! ¿le conoces al P. Camorra? Pues es un cura liberal, muy campechano, franco, muy franco, de esos por el estilo del P. Paco... Y como había chicas muy guapas, dábamos cada jarana, él con su guitarra y sus peteneras y yo con mi violín... Te digo, chico, que nos divertimos en grande; no hay casa que no hayamos subido!

Y murmuró al oído de Plácido algunas palabras echándose á reir después. Y como Plácido manifestara cierta extrañeza, añadió:

— ¡Te lo puedo jurar! No tienen más remedio, porque con un expediente gubernativo se deshace del padre, marido ó hermano y santas pascuas! Sin embargo, nos hemos encontrado con una tonta, novia creo yo de Basilio, sabes? Mira qué tonto es ese Basilio! Tener una novia que no sabe una palabra de español, ni tiene dinero y que ha sido criada! Arisca como ella sola, pero bonita: el P. Camorra la emprendió una noche de bastonazos con dos bagontaos que la daban serenata y yo no sé cómo no los mató. Pero con todo, sigue tan arisca como siempre! Pero tendrá que pasar por ello como todas, como todas!

Juanito Peláez se reía con la boca llena como si aquello le supiese á gloria. Plácido le miró con disgusto.

— Oye y ¿qué explicó ayer el catedrático? preguntó cambiando de conversación.

— Ayer no hubo clase.

— Ojól Y antes de ayer?

— ¡Hombre, jueves!

— Es verdad ¡qué bruto soy! ¿Sabes, Plácido, que me voy volviendo bruto? Y ¿el miércoles?

— ¿El miércoles? Aguarda... el miércoles llovió.

— ¡Magnífico! ¿y el martes, chico?

— El martes era la fiesta del Catedrático y fuimos á festejarle con una orquesta, un ramillete de flores y algunos regalos...

— ¡Ah, carambas! exclamó Juanito, que lo he olvidado, ¡qué bruto soy! Oye, ¿y preguntó por mí?

Penitente se encogió de hombros.

— No lo sé, pero le entregaron la lista de los festejantes.

— ¡Carambas!... oye, y el lunes ¿qué hubo?

— Como era el primer día de clase, leyó la lista y señaló la lección: sobre los espejos. Mira: desde aquí hasta allí, de memoria, al pie de la letra... se salta todo este trozo y se da estol

Y le indicaba con el dedo en la Física de Ramos los puntos que se tenían que aprender, cuando de repente saltó el libro por los aires, merced á una palmada que le aplicó Juanito de abajo arriba.

— ¡Hombre, déjate de lecciones, vamos á hacer día *pichido!*

Día pichido llaman los estudiantes de Manila al que encontrándose entre dos de fiesta, resulta suprimido, como estrujado por voluntad de los estudiantes.

— ¿Sabes tú que verdaderamente eres un bruto? replicó furioso Plácido recogiendo su libro y sus papeles.

— ¡Vamos á hacer día pichido! repetía Juanito.

Plácido no quería: por dos menos no cierran una clase de más de ciento cincuenta. Se acordaba de las fatigas y economías de su madre que le sustentaba en Manila privándose ella de todo.

En aquel momento entraban por la brecha de Sto. Domingo.

— Ahora me acuerdo, exclama Juanito al ver la plazoleta delante del antiguo edificio de la aduana; ¿sabes que estoy encargado para recoger la contribución?

— ¿Qué contribución?

— ¡La del monumento!

— ¿Qué monumento?

— ¡Toma! el del P. Baltasar ¿no lo sabías?

— Y ¿quién es ese P. Baltasar?

— ¡Sopla! ¡pues un dominico! Por eso acuden los Padres á los estudiantes. ¡Anda, larga tres ó cuatro pesos para que vean que somos espléndidos! Que no se diga jamás que para levantar una estatua han tenido que acudir á sus propios bolsillos. ¡Vamos, Placidete, que no es dinero perdido!

Y acompañó estas palabras con un guiño significativo.

Plácido recordó el caso de un estudiante que ganaba cursos regalando canarios, y dió tres pesos.

— Mira, ¿sabes? escribiré claro tu nombre para que el profe-

— sor lo lea, ¿ves? Plácido Penitente, tres pesos. ¡Ah! ¡escucha! Dentro de quince días es la fiesta del profesor de Historia Natural... Sabes que es muy barbián, que no pone nunca faltas ni pregunta la lección. ¡Chico, hay que ser agradecidos!

— ¡Es verdad!

— ¿Pues no te parece que debemos festejarle? La orquesta no ha de ser menos que la que le llevasteis al catedrático de Física.

— ¡Es verdad!

— ¿Qué te parece si ponemos la contribución á dos pesos? Anda, Placiding, empieza tú por dar, así te quedas en la cabeza de la lista.

Y como viese que Plácido daba sin vacilar los dos pesos pedidos, añadió:

— Oye, pon cuatro, que ya después te devolveré los dos; es para que sirvan de gallo.

— Pues si me los has de devolver, ¿para qué dártelos? basta con que pongas cuatro.

— ¡Ah! es verdad ¡qué bruto soy! ¿sabes que me voy volviendo bruto? Pero dámelos de todos modos, para enseñarlos.

Plácido, para no desmentir al cura que le bautizó, dió lo que le pedían.

Llegaron á la Universidad.

A la entrada y á lo largo de las aceras que á uno y otro lado de la misma se extendían, estacionaban los estudiantes esperando que bajen los profesores. Alumnos del año preparatorio de Derecho, del quinto de Segunda Enseñanza, del preparatorio de Medicina, formaban animados grupos: estos últimos eran fáciles de distinguir por su traje y por cierto aire que no se observa en los otros: vienen en su mayoría del Ateneo Municipal y entre ellos vemos al poeta Isagani explicando á un compañero la teoría de la refracción de la luz. En un grupo se discutía, se disputaba, se citaban frases del profesor, textos del libro, principios escolásticos; en otro gesticulaban con los libros agitándolos en el aire, se demostraba con el bastón trazando figuras sobre el suelo; más allá, entretenidos en observar á las devotas que van á la vecina iglesia, los estudiantes hacen alegres comentarios. Una vieja, apoyada en una joven, cojea devotamente; la joven camina con los ojos bajos, tímida y

avergonzada de pasar delante de tantos observadores; la vieja levanta la falda color de café, de las Hermanas de Sta. Rita, para enseñar unos pies gorditos y unas medias blancas, ríe á su compañera y lanza miradas furiosas á los curiosos.

— ¡Saragates! gruñe, ¡no les mires, baja los ojos!

Todo llama la atención, todo ocasiona bromas y comentarios.

Ora es una magnífica victoria que se para junto á la puerta para depositar á una familia devota; van á visitar á la Virgen del Rosario en su día favorito; los ojos de los curiosos se afilan para espiar la forma y el tamaño de los pies de las señoritas al saltar del coche; ora es un estudiante que sale de la puerta con la devoción aún en el rostro: ha pasado por el templo para rogar á la Virgen le hiciese comprensible la lección, para ver si está la novia, cambiar algunas miradas con ella é irse á clase con el recuerdo de sus amantes ojos.

Mas en los grupos se nota cierto movimiento, cierta expectación, é Isagani se interrumpe y palidece. Un coche se ha detenido junto á la puerta: la pareja de caballos blancos es bien conocida. Es el coche de la Paulita Gómez y ella ha saltado ya en tierra, ligera como un ave, sin dar tiempo á que los pícaros le vieran el pie. Con un gracioso movimiento del cuerpo y un pase de la mano se arregla los pliegues de la saya, y con una mirada rápida y como descuidada ha visto á Isagani, ha saludado y ha sonreído. Doña Victorina baja á su vez, mira al través de sus quevedos, ve á Juanito Peláez, sonrío y le saluda afablemente.

Isagani, rojo de emoción, contesta con un tímido saludo; Juanito se dobla profundamente, se quita el sombrero y hace el mismo gesto que el célebre cómico y caricato Panza cuando recibe un aplauso.

— ¡Mecachis! ¡qué chical exclama uno disponiéndose á partir; decid al catedrático que estoy gravemente enfermo.

Y Tadeo, que así se llamaba el enfermo, entró en la iglesia para seguir á la joven.

Tadeo va todos los días á la Universidad para preguntar si hay clase y cada vez se extraña más y más de que la haya: tiene cierta idea de una *cuacha* latente y eterna y la espera venir de un día á otro. Y todas las mañanas, después de proponer en vano que hagan novillos, se marcha pretextando grandes

ocupaciones, compromisos, enfermedades, precisamente en el momento mismo en que sus compañeros entran en la clase. Pero, por no se sabe qué arte de birlibirloque, Tadeo aprueba cursos, es querido de los profesores y tiene delante un hermoso porvenir.

Entretanto un movimiento se inicia y los grupos empiezan á moverse; el catedrático de Física y Química ha bajado á clase. Los alumnos, como burlados en sus esperanzas, se dirigieron al interior del edificio dejando escapar exclamaciones de descontento. Plácido Penitente sigue á la multitud.

— ¡Penitente, Penitente! le llamó uno con cierto misterio; ¡firma esto!

— Y ¿qué es eso?

— No importa, ¡fírmalo!

A Plácido le pareció que le tiraban de las orejas; tenía presente en la memoria la historia de un cabeza de barangay de su pueblo, que por haber firmado un documento que no conocía, estuvo preso meses y meses y por poco fué deportado. Un tío suyo, para grabarle la lección en la memoria, le había dado un fuerte tirón de orejas. Y siempre que oía hablar de firmas se reproducía en los cartilagos de sus orejas la sensación recibida.

— Chico, dispensa, pero no firmo nada sin enterarme antes.

— ¡Qué tonto eres! si lo firman dos *carabineros celestiales*, ¿qué tienes que temer?

El nombre de *carabineros celestiales* infundía confianza. Era una sagrada compañía, creada para ayudar á Dios en la guerra con el espíritu del mal, y para impedir la introducción del contrabando herético en el mercado de la Nueva Sion.

Plácido iba ya á firmar para acabar porque tenía prisa: sus compañeros rezaban ya el *O Thoma*, pero le pareció que su tío le cogía de la oreja, y dijo:

— ¡Después de clase! quiero leerlo antes.

— Es muy largo, ¿entiendes? se trata de dirigir una contra-petición, mejor dicho, una protesta. ¿Entiendes? Makaraig y algunos han solicitado que se abra una academia de castellano, lo cual es una verdadera tontería...

— ¡Bien, bien! chico, luego será, que ya están empezando, dijo Plácido tratando de escaparse.

— ¡Pero si vuestro profesor no lee la lista!

— Sí, sí, que la lee á veces. ¡Después, después! Además... yo no quiero ir en contra de Makaraig.

— Pero si no es ir en contra, es solamente...

Plácido ya no oía, ya estaba lejos y andaba de prisa dirigiéndose á su clase. Oyó diferentes *¡adsum! ¡adsum!* ¡carambas, se leía la lista!... apretó los pasos y llegó precisamente á la puerta cuando estaban en la letra Q.

— *¡Tinamáan ng...!* murmuró mordiéndose los labios.

Vaciló sobre si entrar ó no; la raya ya estaba puesta y no se la iban á borrar. Á la clase no se va para aprender sino para no tener la *raya*; la clase se reducía á hacer decir la lección de memoria, leer el libro y, cuando más, á una que otra preguntita abstracta, profunda, capciosa, enigmática; es verdad que no falta el sermoncito — ¡el de siempre! — sobre la humildad, la sumisión, el respeto á los religiosos y él, Plácido, era humilde, sumiso y respetuoso. Iba á marcharse ya pero se acordó de que los exámenes se acercaban y su profesor no le había preguntado todavía ni parecía haberse fijado en él; buena ocasión era aquella para llamar la atención y ser conocido. Ser conocido es tener el año ganado, pues, si no cuesta nada suspender á uno que no se conoce, se necesita tener duro el corazón para no impresionarse ante la vista de un joven que con su presencia reprocha diariamente la pérdida de un año de su vida.

Plácido entró pues y no sobre la punta de los pies como solía hacer, sino metiendo ruido con sus tacones. Y ¡demasiado consiguió su intento! El catedrático le miró, frunció las cejas y agitó la cabeza como diciendo:

— ¡Insolentillo, ya me las pagarás!

### XIII

#### LA CLASE DE FÍSICA

La clase era un gran espacio rectangular con grandes ventanas enrejadas que daban paso abundante al aire y á la luz. Á lo largo de los muros se veían tres anchas gradas de piedra cubiertas de madera, llenas de alumnos colocados en orden alfabético. Hacia el extremo opuesto á la entrada, debajo de una estampa

de Sto. Tomás de Aquino, se levantaba la cátedra del profesor, elevada, con dos escaleritas á ambos costados. Exceptuando un hermoso tablero con marco de narra sin usar casi, pues en él continuaba aún escrito el *viva!* que apareció desde el primer día, no se veía allí ningún mueble útil y inútil. Las paredes, pintadas de blanco y protegidas en parte por azulejos para evitar roces, estaban enteramente desnudas; ni un trazado, ni un grabado, ni un esquema siquiera de un instrumento de Física. Los alumnos no tenían necesidad de más, nadie echaba de menos la enseñanza práctica de una ciencia eminentemente experimental; por años y años se ha enseñado así y Filipinas no se ha trastornado, al contrario, continúa como siempre. Alguna que otra vez bajaba del cielo un instrumentillo que se enseñaba de lejos á la clase, como el Santísimo á los fieles prosternados, mírame y no me toques. De época en época, cuando venía algún profesor complaciente, se señalaba un día del año para visitar el misterioso Gabinete y admirar desde fuera los enigmáticos aparatos, colocados dentro de los armarios; nadie se podía quejar; aquel día se veía mucho latón, mucho cristal, muchos tubos, discos, ruedas, campanas, etc.; y la feria no pasaba de allí, ni Filipinas se trastornaba. Por lo demás, los alumnos están convencidos de que aquellos instrumentos no se han comprado para ellos; buenos tontos serían los frailes! El Gabinete se ha hecho para enseñárselo á los extranjeros y á los grandes empleados que venían de la Península, para que al verlo muevan la cabeza con satisfacción, mientras que el que les guía sonríe, como diciendo:

— ¿Eh? ustedes se han creído que se iban á encontrar con unos monjes atrasados? Pues estamos á la altura del siglo; tenemos un Gabinete!

Y los extranjeros y los grandes empleados, obsequiados galantemente, escribían después en sus *viajes* ó *memorias* que *La Real y Pontificia Universidad de Sto. Tomás de Manila, á cargo de la ilustrada orden dominicana, posee un magnífico Gabinete de Física para la instrucción de la juventud... Cursan anualmente esta asignatura unos doscientos cincuenta alumnos, y sea por apatía, indolencia, poca capacidad del indio ú otra causa cualquiera etnológica ó suprasensible... hasta ahora no ha despuntado un Lavoisier, un Secchi ni un Tyndall, siquiera en miniatura, de la raza malayo-filipina!!!*



Sin embargo, para ser exactos, diremos que en este Gabinete tienen sus clases los treinta ó cuarenta alumnos de *ampliación*, y por cierto bajo la dirección de un catedrático que cumple bastante con su deber; pero procediendo la mayor parte de éstos del Ateneo de los jesuitas, donde la ciencia se enseña prácticamente en el gabinete mismo, su utilidad no resulta grande como lo sería si se aprovecharan de él los doscientos cincuenta que pagan su matrícula, compran su libro, estudian y emplean un año para después no saber nada. Resulta de ello, que exceptuando algún raro *capista* ó sirviente que tuvo á su cargo los museos durante años y años, jamás se supo de ninguno que haya sacado provecho de las lecciones de memoria con tanto trabajo aprendidas.

Pero volvamos á nuestra clase.

El catedrático era un dominico joven, que había desempeñado con mucho rigor y excelente nombre algunas cátedras en el Colegio de S. Juan de Letrán. Tenía fama de ser tan gran dialéctico como profundo filósofo y era uno de los de más porvenir en su partido. Los viejos le consideraban, y le envidiaban los jóvenes, porque entre ellos también existen partidos. Era aquel el tercer año de su profesorado y aunque era el primero en que explicaba Física y Química, pasaba ya por ser un sabio no sólo entre los complacientes estudiantes sino también entre los otros nómadas profesores. El P. Millón no pertenecía al vulgo de los que cada año cambian de cátedra para tener ciertos conocimientos científicos, alumnos entre otros alumnos, sin más diferencia que la de cursar una sola asignatura, preguntar en vez de ser preguntados, entender mejor el castellano y no examinarse al fin del curso. El P. Millón profundizaba la ciencia, conocía la Física de Aristóteles y la del P. Amat; leía atentamente el *Ramos* y de cuando en cuando echaba un vistazo al *Ganot*. Con todo, sacudía muchas veces la cabeza con aire de duda, sonreía y murmuraba: *transeat*. En cuanto á Química, se le atribuían poco vulgares conocimientos desde que, fundándose en un dicho de Sto. Tomás de que el agua era una mezcla, probó palmariamente que el Angélico Doctor se había con mucho anticipado á los Berzelius, Gay Lussac, Bunsen y otros materialistas más ó menos presumidos. No obstante, á pesar de haber sido profesor de Geografía, todavía conservaba ciertas

dudas acerca de la redondez de la tierra y se sonreía con malicia al hablar de los movimientos de rotación y revolución en torno del sol, recitando:

El mentir de las estrellas  
Es un cómodo mentir...

Se sonreía con malicia ante ciertas teorías físicas y tenía por visionario cuando no por loco al jesuita Secchi, imputándole el trazar triangulaciones sobre la hostia, como efecto de sus manías astronómicas, por cuya causa, decía, le prohibieron decir misa; muchos notaron también en él cierta inquina contra la ciencia que explicaba; pero tales lunares son pequeñeces, preocupaciones de escuela y religión, y se explican fácilmente, no sólo porque las ciencias físicas sean eminentemente prácticas, de pura observación y deducción, mientras su fuerte estaba en las filosóficas, puramente especulativas, de abstracción é inducción, sino también porque á fuer de buen dominico, amante de las glorias de su orden, no podía sentir cariño por una ciencia en que ninguno de sus hermanos había sobresalido — era él el primero en no creer en la Química de Sto. Tomás! — y en que tantas glorias habían conquistado órdenes enemigas, digamos sus rivales.

Este era el profesor que aquella mañana, leída la lista, mandaba decir la lección de memoria, al pie de la letra, á muchos de los alumnos. Los fonógrafos funcionaban, unos bien, otros mal, otros tartamudeaban, se apuntaban. El que la decía sin falta se ganaba una *raya buena*, y una *mala* el que cometía más de tres equivocaciones.

Un chico gordo, con cara de sueño y cabellos tiesos y duros como barbas de un cepillo, bostezaba hasta dislocarse la mandíbula y se desperezaba extendiendo los brazos, lo mismo como si estuviese en su cama. Vióle el catedrático y quiso asustarle.

— ¡Oy! tú, dormilón, abál cosa? Perezoso también, seguro tú no sabes la lección, ja?

El P. Millón no sólo tuteaba á todos los estudiantes, como buen fraile, sino les hablaba además en lengua de tienda, práctica que aprendió del catedrático de Cánones. Si el Reverendo quería con ello rebajar á los alumnos ó á los sagrados decretos

de los concilios es cuestión no resuelta todavía, á pesar de lo mucho que sobre ello se ha discutido.

La interpelación, en vez de indignar á la clase, hízole gracia y muchos se rieron; era una cosa de todos los días. Sin embargo el dormilón no se rió; levantóse de un salto, se restregó los ojos, y como si una máquina de vapor hiciese girar el fonógrafo, empezó á recitar:

— «Se da el nombre de espejo á toda superficie pulimentada, destinada á producir por la reflexión de la luz las imágenes de los objetos situados delante de dicha superficie; por las sustancias que forman estas superficies, se dividen en espejos metálicos y espejos de cristal...»

— ¡Pára, pára, pára! interrumpió el catedrático; ¡Jesús, qué matraca!... Estamos en que los espejos se dividen en metálicos y de cristal, ¿ja? Y si yo te presentase una madera, el *kamagón* por ejemplo, bien pulimentada y barnizada, ó un pedazo de mármol negro bien bruñido, una capa de azabache que reflejase las imágenes de los objetos colocados delante, ¿cómo clasificarías tú esos espejos?

El preguntado, ya porque no supiese qué responder ó no entendiese la pregunta, intentó salir del paso demostrando que sabía la lección y continuó como un torrente:

— «Los primeros son formados por el latón ó por una aleación de diferentes metales y los segundos son formados por una lámina de cristal cuyas dos superficies están muy bien pulimentadas y una de ellas tiene adherida una amalgama de estaño.»

— ¡Tun, tun, tun! no es eso; te digo *dominus vobiscum* y me contestas *requiescat in pace!*

Y el buen catedrático repitió la pregunta en lengua de tienda, insertando *cosas* y *abás* á cada momento.

El pobre joven no salía de apuros: dudaba si incluir el *kamagón* entre los metales, el mármol entre los cristales y el azabache dejarlo como neutro, hasta que su vecino Juanito Peláez le apuntó disimuladamente:

— ¡El espejo de *kamagón* entre los espejos de madera!...

El incauto lo repite y media clase se desternilla de risa.

— ¡Buen *kamagón* estás tú! le dice el catedrático riendo á su pesar. Vamos á ver á qué llamarías tú espejo: á la superficie *per se, in quantum est superficies*, ó al cuerpo que forma esta

superficie ó sea la materia sobre que descansa esta superficie, la materia prima, modificada por el accidente superficie, porque, claro está, siendo la superficie accidente á los cuerpos, no puede existir sin substancia. Vamos á ver ¿qué dices?

¿Yo? ¡Nada! iba á contestar el infeliz que ya no sabía de qué se trataba, aturdido por tantas superficies y tantos accidentes que le martilleaban cruelmente el oído; pero un instinto de pudor le detuvo y, lleno de angustia y empezando á sudar, púsose á repetir entre dientes:

— Se da el nombre de espejo á toda superficie pulimentada...

— *Ergo, per te*, el espejo es la superficie, pescó el catedrático. Pues bien, resuélveme esta dificultad. Si la superficie es el espejo, indiferente debe ser á la esencia del espejo cuanto detrás de esta superficie se pueda encontrar, puesto que lo que está detrás no afecta á la esencia de lo que está delante, *id est*, de la superficie, *quæ super faciem est, quia vocatur superficies facies ea quæ supra videtur*; ¿concedes ó no lo concedes?

Los cabellos del pobre joven aun se pusieron más tiesos, como animados de una fuerza ascensional.

— ¿Concedes ó no concedes?

— Cualquier cosa, lo que usted quiera, Padre, pensaba él, pero no se atrevía á decirlo de temor se riesen. Aquello se llamaba apuro y jamás las había visto tan gordas. Tenía cierta vaga idea de que á los frailes no se les podía conceder la cosa más inocente sin que de ella sacasen todas las consecuencias y provechos imaginables, díganlo sino sus haciendas y sus curatos. Así que su ángel bueno le sugería negase cualquier cosa con toda la energía de su alma y la rebeldía de sus cabellos, y estaba ya para soltar un soberbio ¡*nego!* y porque quien niega todo no se compromete á nada, le había dicho cierto oficial de un juzgado; mas, la mala costumbre de no escuchar la voz de la propia conciencia, de tener poca fe en la gente de curia y buscar auxilio en los otros cuando se basta uno solo, le perdieron. Los compañeros hacían señas de que lo concediese, sobre todo Juanito Peláez, y dejándose llevar de su mal sino, soltó un «*concedo, Padre*» con voz tan desfallecida como si dijese: *In manus tuas commendo spiritum meum*.

— *Concedo antecedentem*, repitió el catedrático sonriendo maliciosamente; *ergo*, puedo raspar el azogue de un espejo de

crystal, sustituirlo por un pedazo de *bibinka* y siempre tendremos el espejo, ¿ja? ¿Qué tendremos?

El joven miró á sus inspiradores y viéndolos atónitos y sin saber qué decir, se dibujó en su cara el más amargo reproche. *Deus meus, Deus meus, quare dereliquiste me*, decían los atribulados ojos mientras que sus labios murmuraban: ¡*linintikan!* En vano tosía, estiraba la pechera de su camisa, se apoyaba sobre un pie, luego sobre otro, no encontraba solución.

— Vamos ¿qué tenemos? repetía el catedrático gozándose en el efecto de su argumento.

— ¡*La bibinka!* soplabá Juanito Peláez, ¡*la bibinka!*

— ¡Cállate, bobo! gritó al fin desesperado el joven, que quería salir del apuro transformándolo en querrela.

— ¡A ver, Juanito, si me resuelves la cuestión! preguntó entonces el catedrático á Peláez.

Peláez, que era uno de sus favoritos, se levantó lentamente no sin dar antes un codazo á Plácido Penitente, que era el que le seguía por orden de lista. El codazo quería decir:

— ¡Atención y apúntame!

— ¡*Nego consequentiam*, Padre! contestó resueltamente.

— ¡Hola, pues *probo consequentiam!* *Per te*, la superficie pulimentada constituye la esencia del espejo...

— ¡*Nego suppositum!* interrumpió Juanito al sentir que Plácido le tiraba de la americana.

— ¿Cómo? *Per te*...

— ¡*Nego!*

— *Ergo* ¿tú opinas que lo que está detrás influye sobre lo que está delante?

— ¡*Nego!* gritó con más ardor todavía, sintiendo otro tirón de su americana.

Juanito, ó mejor Plácido, que era el que le apuntaba, empleaba sin sospechar la táctica china: no admitir al más inocente extranjero para no ser invadido.

— ¿En qué quedamos pues? preguntó el catedrático algo desconcertado y mirando con inquietud al intransigente alumno; ¿influye ó no influye la substancia que está detrás, sobre la superficie?

Ante esta pregunta precisa, categórica, especie de *ultimatum*, Juanito no sabía qué responder y su americana no le su-

gería nada. En vano hacía señas con la mano á Plácido; Plácido estaba indeciso. Juanito aprovechóse de un momento en que el catedrático miraba á un estudiante que se quitaba disimuladamente las botinas que le venían muy apretadas, y dió un fuerte pisotón á Plácido, diciendo:

— ¡Sóplame, anda, sóplame!

— Distingo... ¡Aray! ¡qué bruto eres! gritó sin querer Plácido mirándole con ojos iracundos, mientras se llevaba la mano á sus botinas de charol.

El catedrático oyó el grito, les vió y adivinó de qué se trataba.

— ¡Oy, tú, espíritu sastre, le interpeló; yo no te pregunto á ti, pero ya que te precias de salvar á los demás, á ver, sálvate á ti mismo, *salva te ipsum*, y resuélveme la dificultad.

Juanito se sentó muy contento y en prueba de agradecimiento sacóle la lengua á su apuntador. Este, entre tanto, rojo de vergüenza, se levantó y murmuró ininteligibles excusas.

Consideróle por un momento el P. Millón como quien saborea con la vista un plato. ¡Qué bueno debía ser humillar y poner en ridículo á aquel mozo coquetón, siempre bien vestido, la cabeza erguida y la mirada serena. Era una obra de caridad; así es que el caritativo catedrático se dedicó á ella con toda conciencia repitiendo lentamente la pregunta:

— El libro dice que los espejos metálicos están formados por el latón ó por una aleación de diferentes metales, ¿es cierto ó no es cierto?

— Lo dice el libro, Padre...

— *Liber dixit ergo ita est*; no vas á pretender saber más que el libro... Añade después que los espejos de cristal están formados por una lámina de cristal cuyas dos superficies están muy pulimentadas, teniendo en una de ellas adherida una amalgama de estaño, *nota bene!* una amalgama de estaño. ¿Es esto cierto?

— Si lo dice el libro, Padre...

— ¿El estaño es un metal?

— Parece que sí, Padre; lo dice el libro...

— Lo es, lo es, y la palabra amalgama quiere decir que va unida al mercurio que también es otro metal. *Ergo* un espejo de cristal es un espejo de metal; *ergo* los términos de la división se confunden, *ergo* la clasificación es viciosa, *ergo*... ¿Cómo te explicas tú, *espíritu-sastre?*

Y marcaba los *ergos* y los *túes* con una fruición indecible y guiñaba el ojo como diciendo: ¡estás frito!

— Es que... es decir que..., balbuceaba Plácido.

— Es decir que no has comprendido la lección, espíritu mezquino que no te entiendes y soplas al vecino!

La clase no se indignó, al contrario, muchos encontraron el consonante gracioso y se rieron. Plácido se mordió los labios.

— ¿Cómo te llamas tú? preguntóle el catedrático.

Plácido contestó secamente.

— ¡Ajá! Plácido Penitente, pues más parece Plácido Soplón ó Soplado. Pero te voy á imponer penitencia por tus *sopladuras*.

Y feliz con el juego de palabras, le mandó dijese la lección. El joven, en el estado de ánimo en que se encontraba, cometió más de tres faltas. El catedrático entonces, moviendo la cabeza de arriba abajo, abrió lentamente la lista y con toda pausa le fué recorriendo mientras repetía el nombre en voz baja.

— Palencia... Palomo... Panganiban... Pedraza... Pelado... Peláez... Penitente, ¡ajá! Plácido Penitente, quince faltas voluntarias de asistencia...

Plácido se irguió:

— ¿Quince faltas, Padre?

— Quince faltas voluntarias de asistencia, continuaba el catedrático; con que no te falta más que una para ser borrado.

— ¿Quince faltas, quince faltas? repetía Plácido aturdido; no he faltado más que cuatro veces y con hoy, cinco, si acaso!

— ¡Júsito, júsito, señolfa! contestó el catedrático examinando al joven por encima de sus gafas de oro. Confiesas que has faltado cinco veces y, sabe Dios, si no has faltado más! *Atquí* como leo la lista muy raramente, y cada vez que le cojo á uno le pongo cinco rayitas, *ergo*, ¿cuántas son cinco por cinco? ¡A que te has olvidado de la tabla de multiplicar! ¿Cinco por cinco?

— Veinticinco.

— ¡Júsito, júsito! De manera que todavía te tragas diez, porque no te he pillado más que tres veces... ¡Uy! si te pilló en todas... Y ¿cuántas son tres por cinco?

— Quince...

— Quince, parejo camarón con cangrejo! concluyó el catedrático cerrando la lista; si te descuidas una más, *sulung!*

*¡apuera de la puerta!* ¡Ah! y ahora una faltita de lección diaria.

Y abrió de nuevo la lista, y buscó el nombre y puso la rayita.

— ¡Vaya! ¡una rayita! decía; como no tienes aún ninguna!

— Pero, Padre, exclamaba Plácido conteniéndose; si V. R. me pone la falta de lección, V. R. me debe borrar las de asistencia que me ha puesto por este día!

La Reverencia no respondió; consignó primero lentamente la falta, la contempló ladeando la cabeza — la rayita debía ser artística, — dobló la lista y después con toda sorna preguntó:

— ¡Abál y ¿por qué, ñoll!

— Porque no se concibe, Padre, que uno pueda faltar á clase y al mismo tiempo decir la lección en ella... V. R. dice que, estar y no estar...

— ¡Nacú! metapísico pa, ¡prematuró no más! Conque no se concibe, ja? *Sed patet experientia y contra experientiam negantem, fusilibus est arguendum*, entiendes? Y no concibes tú, cabeza de filósofo, que se pueda faltar á clase y no saber la lección al mismo tiempo? ¿Es que la no asistencia implica necesariamente la ciencia? ¿Qué me dices, filosofastro?

Este último mote fué la gota de agua que hizo desbordar la vasija. Plácido, que entre sus amigos tenía fama de filósofo, perdió la paciencia, arrojó el libro, se levantó y se encaró con el catedrático:

— ¡Bastante, Padre, bastante! V. R. me puede poner las faltas que quiera, pero no tiene derecho á insultarme. Quédese V. R. con su clase, que yo no aguanto más.

Y sin más despedida, salió.

La clase estaba aterrada: semejante acto de dignidad no se veía casi nunca: ¿quién se iba á figurar que Plácido Penitente...? El catedrático, sorprendido, se mordió los labios y le vió alejarse moviendo la cabeza algo amenazador. Con voz temblorosa empezó entonces el sermón sobre el mismo tema de siempre, aunque con más energía y más elocuencia pronunciado. Versaba sobre el naciente orgullo, la innata ingratitude, la presunción, el poco respeto á los superiores, la soberbia que el espíritu de las tinieblas infundía en los jóvenes, la poca educación, la falta de cortesanía, etc. De allí pasó á echar pullas y sarcasmos sobre la pretensión que tenían algunos *sopladillos* de enseñar á sus maestros levantando una academia para la enseñanza del castellano.



— ¡Ja, ja! decía; esos que antes de ayer apenas sabían decir *sí, Padre, no, Padre*, ¿quieren ahora saber más que los que han encanecido enseñando? El que quiere aprender, aprende, con academias ó sin ellas! ¡Seguramente ése, ése que acaba de salir es uno de los del proyecto! ¡Bueno está el castellano con semejantes partidarios! ¿De dónde habéis de sacar el tiempo para frecuentar la academia si apenas tenéis lo bastante para cumplir con los deberes de la clase? Nosotros quisiéramos que sepáis todos el español y que lo pronunciéis bien para que no nos rompáis los tímpanos con vuestros giros y vuestras pes, pero primero la obligación y después la devoción; cumplid antes con vuestros estudios y aprended después el castellano y meteos á escritores si os da la gana...

Y así siguió hablando y hablando hasta que tocó la campana y se terminó la clase, y los doscientos treinta y cuatro alumnos, después de rezar, salieron tan ignorantes como cuando entraron, pero respirando como si se hubiesen quitado un inmenso peso de encima. Cada joven había perdido una hora más en su vida, y con ella una parte de su dignidad y de la consideración á sí mismo, y en cambio ganaba terreno el desaliento, el desamor al estudio y el resentimiento en los corazones. ¡Después de esto pedirles ciencia, dignidad, gratitud!

*¡De nobis, post hæc, tristis sententia fertur!*

Y como los doscientos treinta y cuatro, pasaron sus horas de clase los miles y miles de alumnos que les precedieron, y, si las cosas no se arreglan, pasarán todavía los que han de venir y se embrutecerán, y la dignidad herida y el entusiasmo de la juventud viciado se convertirán en odio y en pereza, como las olas que, volviéndose fangosas en cierta parte de la playa, se suceden unas á otras dejando cada vez mayor sedimento de basura. Empero, Aquel que ve desde la eternidad las consecuencias de un acto desenvolverse como un hilo en el transcurso de los siglos, Aquel que pesa el valor de un segundo y ha impuesto para sus criaturas como primera ley el progreso y la perfección, Aquel, si es justo, pedirá estrecha cuenta á quien debiere rendirla, de los millones de inteligencias oscurecidas y cegadas, de la dignidad humana rebajada en millones de criaturas y del incontable número de tiempo perdido y trabajo malogrado! ¡Y si las doctrinas del Evangelio tienen su fondo de verdad, ten-

drán también que responder los millones y millones que no supieron guardar la luz de su inteligencia y la dignidad de su espíritu, como el señor pide cuenta al siervo de los talentos que se dejó cobardemente robar!

#### XIV

### UNA CASA DE ESTUDIANTES

Era digna de visitarse la casa donde vivía Makaraig.

Grande, espaciosa, con dos pisos entresuelos provistos de elegantes rejas, parecía un colegio en las primeras horas de la mañana y un pandemonium de las diez en adelante. Durante las horas de recreación de los pupilos, desde que se entra en el espacioso zaguán hasta que se llega al piso principal, bullen la risa, la algazara y el movimiento. Jóvenes en traje ligero de casa juegan á la *sipa*, hacen ejercicios gimnásticos valiéndose de trapecios improvisados: en las escaleras se sostiene un asalto entre ocho ó nueve, armados de bastones, picas, ganchos y lazos, pero asaltantes y asaltados no se hacen daño por lo general; los golpes paran de rebote sobre la espalda del chino tendero que en la escalera vende comistrajos é indigestos pasteles. Multitud de niños le rodean, le tiran de la coleta ya deshecha y desarreglada, le arrebatan un pastel, le regatean el precio y le hacen mil diabluras. El chino grita, jura y perjura en todos los idiomas que chapurrea, incluso en el suyo, lloriquea, ríe, suplica, pone buena cara cuando la mala de nada le sirve y viceversa.

— ¡Ah, malo es! — Vo cosiesia — No quilistiano — Uste limoño — ¡Salamaje! — ¡tusu tusu! etc.

¡Piff, paff! ¡no importa! Vuelve la cara sonriente; si sólo sobre sus espaldas recibe los bastonazos, continúa impertérito su comercio, contentándose con gritar: — *No jugalo* ¿eh? *no jugalo!* pero si los recibe sobre el *bilaw* que contiene sus pastas, entonces jura no volver, arroja por la boca todas las imprecaciones y maldiciones imaginables; los muchachos redoblan para hacerle rabiarse más y cuando ven ya la fraseología agotada y están satisfechos de tanta *jopia* y pepita de sandía salada, en-

tonces le pagan religiosamente y el chino se marcha contento, riendo, guiñando y recibe como caricias los ligeros bastonazos que los estudiantes le propinan á guisa de despedida.

— ¡¡Huaya, homia!!

Conciertos de piano y violín, de guitarra y acordeón, alternan con el chocar repetido de bastones de las lecciones de esgrima. En torno de una ancha y larga mesa los alumnos del Ateneo escriben, hacen sus composiciones, resuelven sus problemas al lado de otros que escriben á sus novias en rosados papeles calados, llenos de dibujos; uno compone un melodrama al lado del que aprende la flauta, y los consonantes nacen silbados desde un principio. Más allá, los mayores, estudiantes de facultad que lucen calcetines de seda y zapatillas bordadas, se entretienen en hacer rabiar á los pequeñuelos tirándoles de las orejas, ya rojas de tanto recibir papirotazos; dos ó tres sujetan á un pequeñito que grita, tira y defiende á puntapiés los cordones de su calzoncillo: cuestión de ponerle como cuando nació... pataleando y llorando. En un cuarto, al rededor de una mesa velador, cuatro juegan al revesino entre risas y bromas con gran impaciencia de uno que hace de estudiar la lección pero que en realidad espera que le llegue el turno para jugar á su vez. Otro viene con grandes aspavientos, muy escandalizado y se acerca á la mesa.

— ¡Qué viciosos sois! dice; ¡tan de mañana y ya al juego!  
¡A ver, á ver! ¡Tonto! ¡arrastra con el tres de espadas!

Y cierra su libro y se pone también á jugar.

Se oyen gritos, resuenan golpes. Dos se han peleado en el vecino cuarto: un estudiante cojo muy picón y un infeliz recién llegado de provincias. Este, que apenas principia á estudiar, da con un tratado de filosofía y lee en voz alta, inocentemente y acentuándolo mal el principio cartesiano:

— ¡*Cogito, ergo sum!*

El cojo se da por insultado, los otros intervienen poniendo paz, pero en realidad metiendo cizafia y acaban por pegarse.

En el comedor un joven con una lata de sardinas, una botella de vino y las provisiones que acaba de traer de su pueblo, hace heroicos esfuerzos para que sus amigos participen de su tenten-pié, mientras que los amigos oponen á su vez otra heroica resistencia. Otros se bañan en la azotea y con el agua del pozo

se dedican á ejercicios de bomberos, traban combate á calderas de agua con gran contento de los espectadores.

Pero el ruido y la algazara cesan paulatinamente á medida que llegan caracterizados estudiantes, convocados por Makaraig para darles cuenta de la marcha de la Academia de castellano. Isagani fué saludado cordialmente lo mismo que el peninsular Sandoval, que vino de empleado á Manila y concluí su estudios, completamente identificado con las aspiraciones de los estudiantes filipinos. Las barreras que la política establece entre las razas, desaparecen en las aulas como derretidas al calor de la ciencia y de la juventud.

A falta de Ateneos y centros científicos, literarios ó políticos, Sandoval aprovecha todas las reuniones para desarrollar sus grandes dotes oratorias, pronunciando discursos, discutiendo sobre cualquier tema y arrancando aplausos de sus amigos y oyentes. En aquellos momentos el tema de la conversación era la enseñanza del castellano.

Como Makaraig no había llegado aún, las conjeturas estaban á la orden del día.

— ¿Qué habrá pasado? — ¿Qué ha dispuesto el General? —  
— ¿Ha negado el permiso? — ¿Triunfó el P. Irene? — ¿Triunfó el P. Sibyla?

Estas eran las preguntas que se dirigían unos á otros, preguntas cuyas respuestas sólo podía dar Makaraig.

Entre los jóvenes reunidos los había optimistas como Isagani y Sandoval que veían la cosa hecha y hablaban de plácemes y alabanzas del gobierno para el patriotismo de los estudiantes, optimismos que le hacían á Juanito Peláez reclamar para sí gran parte de la gloria en la creación de la sociedad. A todo esto respondía el pesimista Pecson, — un gordinflón con risa amplia de calavera, — hablando de extrañas influencias, de si el Obispo A., el Padre B., el Provincial C. fueron ó no consultados y de si aconsejaron ó no que metiese en la cárcel á todos los de la asociación, noticia que ponía inquieto á Juanito Peláez, quien entonces tartamudeaba:

— Carambás, no me metan ustedes...

Sandoval, á fuer de peninsular y liberal, se ponía furioso:

— ¡Pero, p—l decía; ¡eso es tener mala opinión de S. E. !  
¡Ya sé que es muy frailuno, pero en cuestión semejante no se

deja influir de los frailes! ¿Me querrá usted decir, Pecson, en qué se funda para creer que el General no tiene propio criterio?

— No digo eso, Sandoval, contestaba Pecson sonriendo hasta enseñar su muela de juicio; el General para mí tiene *propio* criterio, esto es, el criterio de todos los que están al alcance de su mano... ¡Eso está claro!

— ¡Dale bola! ¡Pero cíteme usted un hecho, cíteme un hecho! gritaba Sandoval; seamos enemigos de las discusiones huecas, de las frases vacías y vayamos al terreno de los hechos, añadía gesticulando elegantemente. Hechos, señores, hechos; lo demás es preocupación que no quiero llamar filibustera.

Pecson se ríe como un bendito y le interrumpe:

— ¡Ya está el filibusterismo! ¿Pero es que no se puede discutir sin acudir á acusaciones?

Sandoval protesta, y pide hechos componiendo un pequeño discurso.

— Pues hace poco hubo aquí un pleito entre unos particulares y ciertos frailes, y el General interino lo falló, haciendo que lo sentenciase el Provincial de la orden litigante, contestó Pecson.

Y se echó otra vez á reír como si se tratase de una cosa inocente. Citaba nombres, fechas y prometía traer documentos que prueban la manera como se administró justicia.

— Pero ¿en qué podrá fundarse, dígame usted, en qué podrán fundarse para no permitir lo que salta á los ojos como altamente útil y necesario? preguntó Sandoval.

Pecson se encogió de hombros.

— En que peligra la integridad de la patria... repuso en el tono de un curial que lee un alegato.

— ¡Esa sí que es gorda! ¿Qué tiene que ver la integridad de la patria con las leyes de la sintaxis?

— Doctores tiene la Santa Madre Iglesia... ¿Qué sé yo? acaso se tema que comprendamos las leyes y las podamos obedecer... ¿Qué será de Filipinas el día en que nos comprendamos los unos á los otros?

A Sandoval no le gustaba el giro dialogado y guasón de la conversación. Por aquel camino no podía asomar ningún discurso que valga la pena.

— No tome usted á guasa las cosas, exclamó; se trata de cosas muy serias.

— ¡Libreme Dios de guasearme cuando hay frailes de por medio!

— Pero, ¿y en qué pueden basarse...?

— En que teniendo que ser nocturnas las horas de clase, continuó Pecson con el mismo tono, como si se tratase de fórmulas conocidas y sabidas, se puede invocar como inconveniente la inmoralidad como con la escuela de Malolos...

— ¡Otra! ¿Pues y no se cobijan acaso bajo el manto oscuro de la noche las clases de la Academia de Dibujo, y los novenarios y procesiones?...

— Atenta á la dignidad de la Universidad, continuó el gordo sin hacer caso de la observación.

— ¡Que atente! La Universidad tiene que plegarse á las necesidades de los estudiantes. Y á ser eso cierto ¿qué es Universidad entonces? ¿Es una institución para que no se aprenda? ¿Se han reunido acaso unos cuantos hombres apellidando ciencia é instrucción para impedir que se instruyan los otros?

— Es que las iniciativas que vienen de abajo se llaman descontento...

— Y proyectos las que vienen de arriba, insinuó otro: ¡ahí está la Escuela de Artes y Oficios!

— Poco á poco, señores, dijo Sandoval; yo no soy frailer; conocidas son mis ideas liberales, pero al César lo que es del César! De esa Escuela de Artes y Oficios, de la que soy el defensor más entusiasta y cuya realización habré de saludar como la primera aurora para estas bienaventuradas islas, de esa Escuela de Artes y Oficios se han encargado los frailes...

— O el perro del hortelano, que es lo mismo, añadió Pecson interrumpiendo otra vez el discurso.

— ¡Vamos p—! dijo Sandoval furioso por la interrupción y perdiendo el hilo de su período; mientras no sepamos nada malo, no seamos pesimistas; no seamos injustos sospechando de la libertad é independencia del gobierno...

É hizo en hermosas frases la apología del gobierno y de sus buenos propósitos, tema que Pecson no se atrevió á interrumpir.

— El gobierno español, decía entre otras frases, os ha dado todo, no os ha negado nada. Tuvimos en España el absolutismo, y absolutismo tuvisteis; los frailes cubrieron nuestro suelo con sus conventos, y conventos ocupan la tercera parte de Manila; en

España rige el garrote, y el garrote aquí es la última pena; somos católicos y os hicimos católicos; fuimos escolásticos y el escolasticismo brilla en vuestras aulas; en fin, señores, lloramos cuando lloráis, sufrimos cuando sufrís, tenemos los mismos altares, el mismo tribunal, los mismos castigos, y justo será que os demos también nuestros mismos derechos y nuestras mismas alegrías.

Y como nadie le interrumpía, se fué entusiasmando y entusiasmando hasta que pasó á hablar del porvenir de Filipinas.

— Como digo, señores, la aurora no está lejos; España abre el oriente para su querida Filipinas, y los tiempos van cambiando y me consta se hace más de lo que nos figuramos. Á ese gobierno que, según ustedes, vacila y no tiene voluntad, bueno es que le alentemos con nuestra confianza, que le hagamos ver que esperamos en él; recordémosle con nuestra conducta (cuando se olvida lo que no creo pueda suceder), que tenemos fe en sus buenos deseos y que no debe guiarse por otra norma que la de la justicia y el bien de todos sus gobernados. No, señores, continuó adoptando un tono más y más declamatorio, no debemos ni siquiera admitir en esta materia la posibilidad de una consulta con otras entidades más ó menos opuestas, pues la sola idea implicaría la tolerancia del hecho; vuestra conducta hasta ahora ha sido franca, leal, sin vacilaciones, sin recelos; os dirigís á él sencilla y directamente; las consideraciones que expusisteis no pueden ser más atendibles; vuestro fin es aligerar la tarea de los profesores en los primeros años y facilitar el estudio á centenares de estudiantes que llenan las aulas y de los que no puede cuidarse un solo profesor. Si hasta ahora el expediente no ha sido resuelto, ha sido porque, como me consta á mí, hay mucho material acumulado; pero auguro que la campaña está ganada, que la cita de Makaraig es para anunciarnos la victoria, y mañana veremos premiados nuestros esfuerzos con el aplauso y agradecimiento del país y quién sabe señores si el gobierno no os propone á vosotros para alguna buena condecoración como merecedores que sois de la patria!

Resonaron entusiastas aplausos; todos creían ya en el triunfo y muchos en la condecoración.

— ¡Que conste, señores, dijo Juanito, que yo fuí uno de los primeros iniciadores!

El pesimista Pecson no estaba entusiasmado.

— ¡Como no tengamos la condecoración en los tobillos! dijo.

Pero afortunadamente para Peláez la observación no se oyó en medio de los aplausos. Cuando se calmaron algún tanto, Pecson repuso:

— Bueno, bueno, muy bueno, pero una suposición... ¿y si á pesar de todo eso, el General consulta, consulta y consulta y después nos niega la autorización?

La suposición cayó como agua fría.

Todos miraron á Sandoval; éste se halló entrecortado.

— Entonces... murmuró titubeando.

— ¿Entonces?

— Entonces, exclamó Sandoval, todavía excitado por los aplausos y en un arranque de entusiasmo, puesto que en escritos é impresos blasona de querer vuestra instrucción y la impide y la niega cuando al terreno de los hechos se le cita, entonces, señores, vuestros esfuerzos no habrán sido en vano, habréis conseguido lo que nadie ha podido, que se arranque la máscara y os arroje el guante!

— ¡Bravo, bravo! gritaron entusiasmados algunos.

— ¡Bien por Sandoval! ¡Bravo por el guante! añadieron otros.

— ¡Que nos arroje el guante! repitió Pecson desdeñoso, ¿y después?

Sandoval se quedó parado en medio de su triunfo, pero con la vivacidad propia de su raza y su sangre de orador se repuso al instante.

— ¿Después? preguntó; después, si ninguno de los filipinos se atreve á contestar al reto, entonces yo, Sandoval, en nombre de España recojo el guante, porque tal política sería un mentís á las buenas intenciones que ella ha abrigado siempre en favor de sus provincias, y porque quien de tal manera prostituye el cargo que se le confía y abusa de sus omnímodas facultades, no merece la protección de la patria ni el amparo de ningún ciudadano español!

El entusiasmo de los oyentes rayó en delirio. Isagani abrazó á Sandoval, los otros le imitaron; se hablaba de patria, de unión, de fraternidad, de fidelidad; los filipinos decían que si no hubiese más que Sandovales en España, todos serían Sandovales en Filipinas; Sandoval tenía los ojos brillantes y se podía creer que si en aquel momento le hubiesen arrojado un guante



cualquiera, habría montado sobre cualquier caballo para hacerse matar por Filipinas. Sólo el agua fría repuso:

— Bien, está muy bien, Sandoval; yo también podría decir lo mismo si fuese peninsular; pero, no siéndolo, si dijese la mitad de lo que usted, usted mismo me tomaría por filibustero.

Sandoval empezaba un discurso lleno de protestas cuando fué interrumpido.

— ¡Albricias, amigos, albricias! ¡Victoria! gritó en aquel momento un joven entrando y abrazando á todos.

— ¡Albricias, amigos! ¡Viva la lengua castellana!

Una salva de aplausos recibió la noticia; todos se abrazaban, todos tenían los ojos brillantes de lágrimas. Pecson era el único que conservaba su sonrisa de escéptico.

El que venía á traer tan buena nueva era Makaraig, el joven que encabezaba el movimiento.

Este estudiante ocupaba en aquella casa, para sí solo, dos habitaciones lujosamente amuebladas, tenía criado y cochero para cuidarle su araña y sus caballos. Era de gallardo continente, maneras finas, elegante y riquísimo. Aunque estudiaba Derecho sólo para tener un título académico, gozaba no obstante fama de aplicado, y como dialéctico á la manera escolástica no tenía nada que envidiar á los más furibundos ergotistas del claustro Universitario. No estaba sin embargo muy atrasado respecto á ideas y adelantos modernos; su fortuna le proporcionaba todos los libros y revistas que la previa censura no conseguía detener. Con estas cualidades, con su fama de valiente, sus encuentros afortunados en sus años más juveniles y su galantería fina y delicada, no era extraño que ejerciese tanto influjo sobre sus compañeros y fuera elegido para dar cima á tan difícil empresa como lo era la enseñanza del castellano.

Pasadas las primeras manifestaciones del entusiasmo que en la juventud siempre toma formas algo más exageradas por lo mismo que ella todo lo ve hermoso, quisieron enterarse de cómo habían ido las cosas.

— Esta mañana me ví con el P. Irene, dijo Makaraig con cierto misterio.

— ¡Viva el P. Irene! gritó un estudiante entusiasta.

— El P. Irene, prosiguió Makaraig, me ha enterado de todo lo que ha pasado en Los Baños. Parece que estuvieron discu-

tiendo lo menos una semana, él sosteniendo y defendiendo nuestra causa contra todos, contra el P. Sibyla, el P. Hernández, el P. Salví, el General, el segundo Cabo, el joyero Simoun...

— ¡El joyero Simoun! interrumpió otro, ¿pero qué tiene que ver ese judío con las cosas de nuestro país? Y nosotros que le enriquecemos comprando...

— ¡Cállate! le dijo otro, impaciente y ansioso de saber cómo pudo vencer el P. Irene á tan terribles enemigos.

— Hasta había grandes empleados que estaban en contra de nuestro proyecto, el Director de Administración, el Gobernador civil, el chino Quiroga...

— ¡El chino Quiroga! El alcahuete de los...

— ¡Cállate, hombre!

— Al fin, prosiguió Makaraig, iban á encarpetar el expediente y dejarlo dormir por meses y meses, cuando el P. Irene se acordó de la Comisión Superior de Instrucción Primaria y propuso, puesto que se trataba de la enseñanza de la lengua castellana, que el expediente pasara por aquel cuerpo para que dictaminasen sobre él...

— Pero si esa comisión ya no funciona hace tiempo, observó Pecsoh.

— Eso precisamente le contestaron al P. Irene, continuó Makaraig, y él replicó que era buena ocasión aquella para que reviva, y aprovechándose de la presencia de D. Custodio, uno de los vocales, propuso que en el acto se nombrase una comisión, y vista y conocida la actividad de D. Custodio, se le nombró ponente y ahora está el expediente en sus manos. D. Custodio prometió despacharlo en todo este mes.

— ¡Viva D. Custodio!

— ¿Y si D. Custodio dictamina en contra? preguntó el pesimista Pecson.

Con eso no contaban, embriagados con la idea de que el asunto no se archivaba. Todos miraron á Makaraig para saber qué se resolvía.

— La misma objeción se la he hecho al P. Irene; pero con su risa picaresca me dijo: Hemos ganado mucho, hemos conseguido que el asunto se encamine hacia una solución, el enemigo se ve obligado á aceptar la batalla... si podemos influir en el

ánimo de D. Custodio para que, siguiendo sus tendencias liberales, informe favorablemente, todo está ganado; el General se muestra en absoluto neutral.

Makaraig se detuvo.

— ¿Y cómo influir? preguntó un impaciente.

— El P. Irene me indicó dos medios...

— ¡El chino Quiroga! dijo uno.

— ¡Cál Valiente caso hace de Quiroga...

— ¡Un buen regalo!

— Menos, se pica de incorruptible.

— ¡Ah, ya, ya lo sé! exclamó Pecson riendo; Pepay la bailarina.

— ¡Ah, sí! ¡Pepay la bailarina! dijeron algunos.

Esta Pepay era una rozagante moza que pasaba por ser muy amiga de don Custodio: á ella acudían los contratistas, los empleados y los intrigantes cuando algo querían conseguir del célebre concejal. Juanito Peláez, que también era amigo de la bailarina, se ofrecía á arreglar el asunto; pero Isagani sacudió la cabeza y dijo que era bastante haberse servido del P. Irene y que sería demasiado valerse de la Pepay en asunto semejante.

— ¡Veamos el otro medio!

— El otro es acudir á su abogado consultor, al señor Pasta, el oráculo ante quien se inclina don Custodio.

— Prefiero eso, dijo Isagani; el señor Pasta es filipino, y fué condiscípulo de mi tío. Pero ¿cómo interesarle?

— Allí está el *quid*, repuso Makaraig mirando atentamente á Isagani; el señor Pasta tiene una bailarina, digo... una bordadora...

Isagani volvió á sacudir la cabeza.

— No sea usted tan puritano, díjole Juanito Peláez; el fin salva los medios! Yo conozco á la bordadora, la Matea, que tiene un taller donde trabajan muchas chicas...

— No, señores, interrumpió Isagani; acudamos antes á los medios honestos... Iré yo á presentarme en casa del señor Pasta y si nada consigo, entonces ustedes hacen lo que quieran con las bailarinas y las bordadoras.

Tuvieron que acceder á la proposición y quedaron en que Isagani hablaría aquel mismo día al señor Pasta y á la tarde daría cuenta en la Universidad á sus compañeros del resultado de la entrevista.

XV

EL SEÑOR PASTA

Isagani se presentó en casa del abogado, una de las inteligencias más privilegiadas de Manila que los frailes consultaban en sus grandes apuros. Algo tuvo que esperar el joven por haber muchos clientes, pero al fin llegó su turno y pasó al estudio ó bufete como se llama generalmente en Filipinas.

Recibióle el abogado con una ligera tosecilla mirándole furtivamente á los pies; no se levantó ni se cuidó de hacerle sentar y siguió escribiendo. Isagani tuvo ocasión de observarle y estudiarle bien. El abogado había envejecido mucho, estaba canoso y la calvicie se extendía casi por toda la parte superior de la cabeza. Era de fisonomía agria y adusta.

En el estudio todo estaba en silencio; sólo se oían los cuchicheos de los escribientes ó pasantes que trabajaban en el aposento contiguo: sus plumas chillaban como si rñiesen con el papel.

Al fin concluyó el abogado con lo que estaba escribiendo, soltó la pluma, levantó la cabeza, y al reconocer al joven, su fisonomía se iluminó y le dió la mano afectuosamente.

— ¡Adiós, joven!... pero siéntese usted, dispense... no sabía que era usted. ¿Y su tío?

Isagani se animó y creyó que su asunto iría bien. Contóle brevemente lo que pasaba, estudiando bien el efecto que hacían sus palabras. El señor Pasta escuchó impassible al principio y, aunque estaba enterado de las gestiones de los estudiantes, se hacía el ignorante como para demostrar que nada tenía que ver con aquellas chiquilladas; pero cuando sospechó lo que de él se quería y oyó que se trataba de Vice Rector, frailes, Capitán General, proyecto, etc., su cara se oscureció poco á poco y acabó por exclamar:

— ¡Este es el país de los proyectos! Pero continúe, continúe usted.

Isagani no se desanimó; habló de la solución que se iba á dar y concluyó expresando la confianza de la juventud en que

él, el señor Pasta, intercedería en su favor en el caso de que don Custodio le consultase, como era de esperar. Isagani no se atrevió á decir que *aconsejaría* en vista de la mueca que hacía el abogado.

Pero el señor Pasta ya tenía tomada su resolución, y era no mezclarse para nada en aquel asunto ni consultante ni consultado. Él estaba al tanto de lo que había pasado en Los Baños, sabía que existían dos partidos y que no era el P. Irene el único campeón del lado de los estudiantes, ni fué quien propuso el pase del expediente á la Comisión de Instrucción primaria, sino todo lo contrario. El P. Irene, el P. Fernández, *la condesa*, un comerciante que preveía la venta de materiales para la nueva Academia y el alto empleado que estuvo citando reales decretos sobre reales decretos iban á triunfar, cuando el P. Sibyla, queriendo ganar tiempo, recordó la Comisión Superior. Todas estas cosas las tenía el gran abogado presentes en su memoria; así es que cuando acabó de hablar Isagani, se propuso marearle con evasivas, embrollar el asunto, llevar la conversación á otro terreno.

— ¡Sí! dijo sacando los labios y rascándose la calva; no hay otro que me gane en amor al país y en aspiraciones progresistas, pero... no puedo comprometerme... no sé si usted está al tanto de mi posición, una posición muy delicada... tengo muchos intereses... tengo que obrar dentro de los límites de una estricta prudencia... es un compromiso...

El abogado quería aturdir al joven bajo un lujo de palabras y empezó á hablar de leyes, de decretos, y tanto habló que en vez de enredar al joven, casi se enredó á sí mismo en un laberinto de citas.

— De ninguna manera queremos ponerle en compromiso, repuso Isagani con mucha calma; ¡líbrenos Dios de molestar en lo más mínimo á las personas cuya vida es tan útil al resto de los filipinos! Pero por poco versado que esté yo en las leyes, reales decretos, provisiones y disposiciones que rigen en nuestro país, no creo que pueda haber mal ninguno en secundar las altas miras del gobierno, en procurar su buena interpretación; perseguimos el mismo fin y sólo divergemos en los medios.

El abogado se sonrió: el joven se dejaba llevar á otro terreno y allí le iba él á embrollar, ya estaba embrollado.

— Precisamente ahí está el *quid* como se dice vulgarmente; claro está que es laudable ayudar al gobierno cuando se le ayuda con sumisión, siguiendo sus disposiciones, el recto espíritu de las leyes en consonancia con las rectas creencias de los gobernantes y no estando en contradicción con el primitivo y general modo de pensar de las personas que tienen á su cargo el bienestar común de los individuos que constituyen una sociedad. Y por eso es criminal, es punible, porque es ofensivo al alto principio de autoridad, tentar una acción contraria á su iniciativa aun suponiendo que fuese mejor que la gubernamental, porque semejante hecho podría lastimar el prestigio que es la primera base sobre que descansan todos los edificios coloniales.

Y el viejo abogado, seguro de que aquella tirada había por lo menos vuelto loco á Isagani, se arrellanó en su sillón muy serio aunque riéndose por dentro.

Isagani, sin embargo, repuso:

— Yo creía que los gobiernos buscarían bases más sólidas cuanto más amenazados... La base del prestigio para los gobiernos coloniales es la más débil, porque no reside en ellos sino en la buena voluntad de los gobernados mientras quieran reconocerlo... La base justicia ó razón me parecía más duradera.

El abogado levantó la cabeza; ¡cómo! ¿aquel joven se atrevía á replicarle y á discutir con él, él, el señor Pasta? ¿No estaba todavía aturdido con sus grandes palabras?

— Joven, hay que dejar esas consideraciones á un lado, pues son peligrosas, interrumpió el abogado haciendo un gesto. Lo que yo le digo á usted es que hay que dejar obrar al gobierno.

— Los gobiernos se han hecho para el bien de los pueblos, y para cumplir con su fin debidamente tienen que seguir las indicaciones de los ciudadanos que son los que mejor conocen sus necesidades.

— Los que forman el gobierno son también ciudadanos y de los más ilustrados.

— Pero, como hombres, son falibles, y no deben desoír otras opiniones.

— Hay que confiar en ellos; ellos todo lo han de dar.

— Hay un refrán puramente español que dice: «el que no llora no mama». Lo que no se pide, no se da.

— ¡Al contrario! contestó el abogado riendo sarcásticamente; con el gobierno sucede precisamente todo lo contrario...

Mas se detuvo de repente como si hubiese dicho demasiado, y quiso subsanar la imprudencia:

— El gobierno nos ha dado cosas que no se lo hemos pedido, ni se lo podíamos pedir... porque pedir... pedir supone que falta en algo y por consiguiente no cumple con su deber... insinuarle un medio, tratar de dirigirle, no ya combatirle, es suponerle capaz de equivocarse, y ya se lo he dicho á usted, semejantes suposiciones son atentatorias á la existencia de gobiernos coloniales... El vulgo ignora esto y los jóvenes que obran á la ligera no saben, no comprenden, no quieren comprender lo contraproducente que es pedir... lo subversivo que hay en esa idea...

— Usted dispense, interrumpió Isagani ofendido de los argumentos que con él usaba el jurista; cuando por los medios legales un pueblo pide algo á un gobierno, es porque le supone bueno y dispuesto á concederle un bien, y este acto, en vez de irritarle, le debiera halagar: se pide á la madre, nunca á la madrastra. El gobierno, en mi inexperta opinión, no es un ser omnisciente que puede ver y prever todo, y aun cuando lo fuese, no podría ofenderse, porque ahí tiene usted á la misma Iglesia que no hace más que pedir y pedir al Dios que todo lo ve y conoce, y usted mismo pide y exige muchas cosas en los tribunales de ese mismo gobierno, y ni Dios ni los tribunales hasta ahora se dieron por ofendidos. Está en la conciencia de todos que el gobierno, como institución humana que es, necesita del concurso de los demás, necesita que le hagan ver y sentir la realidad de las cosas. Usted mismo no está convencido de la verdad de su objeción; usted mismo sabe que es tirano y déspota el gobierno que, para hacer alarde de fuerza é independencia, todo lo niega por miedo ó por desconfianza, y que sólo los pueblos tiranizados y esclavizados son los que tienen el deber de no pedir nada jamás. Un pueblo que deteste á su gobierno no debe exigirle más sino que abandone el poder.

El viejo abogado hacía muecas sacudiendo á un lado y otro la cabeza en señal de descontento y pasándose la mano por la calva; después, en tono de protectora compasión, dijo:

— ¡Hm! malas doctrinas son esas, malas teorías, ¡hm! ¡Cómo

se conoce que es usted joven y no tiene experiencia de la vida! Vea usted lo que les está pasando á los chicos inexpertos que en Madrid piden tantas reformas: están tachados todos de filibusterismo, muchos no se atreven á volver, y sin embargo ¿qué piden? Cosas santas, viejas é inocentes de puro sabidas... Pero hay cosas que no se las puedo explicar, son muy delicadas... vamos... le confieso que existen otras razones que las dichas que impulsan á un gobierno sensato á negarse sistemáticamente á los deseos de un pueblo... no... puede suceder sin embargo que nos encontremos con jefes tan fatuos y ridículos... pero siempre hay otras razones... aunque lo que se pida sea lo más justo... los gobiernos son de distintas condiciones...

Y el viejo vacilaba, miraba fijamente á Isagani, y después, tomando una resolución, hizo con la mano un gesto como alejando una idea.

— Adivino lo que usted quiere decir, continuó Isagani sonriendo tristemente; usted quiere decir que un gobierno colonial, por lo mismo que está constituido de un modo imperfecto y porque se funda en premisas...

— ¡No, no, no es eso, no! interrumpió vivamente el viejo haciendo de buscar algo entre sus papeles; no, quería decir... pero ¿dónde están mis anteojos?

— Ahí los tiene usted, dijo Isagani.

El señor Pasta se puso los anteojos, hizo de leer algunos papeles, y viendo que el joven esperaba, tartamudeó:

— Yo quería decir una cosa... quería decir, pero ya se me pasó... usted, con su vivacidad, me interrumpió... es cosa de poca monta... Si supiera usted cómo tengo la cabeza, ¡tengo tanto que hacer!

Isagani comprendió que le despedía.

— De manera, dijo levantándose, que nosotros...

— ¡Ah!... ustedes harán bien en dejar el asunto en manos del gobierno; él lo resolverá á su gusto... Usted dice que el Vice Rector está opuesto á la enseñanza del castellano. Quizás lo estuviera, no en el fondo sino en la forma. Dicen que el Rector que va á venir trae un proyecto-reforma de la enseñanza... espérense un poco, den tiempo al tiempo, estudien, que los exámenes se acercan y ¡qué carambas! usted que ya habla bien el castellano y se expresa con facilidad, ¿á qué se mete en



llos? qué interés tiene usted en que se enseñe especialmente? ¡De seguro que el P. Florentino opinará como yo! Déle usted muchas memorias...

— Mi tío, contestó Isagani, me ha recomendado siempre que piense en los demás tanto como en mí... no he venido por mí, he venido en nombre de los que están en peores condiciones...

— ¡Qué diantre! que hagan lo que usted ha hecho, que se quemem las cejas estudiando y se queden calvos como yo me he quedado poniéndome párrafos enteros en la memoria... Y yo creo que si usted habla el español es porque lo habrá aprendido; ¡usted no es de Manila ni es hijo de padres españoles! Pues que aprendan lo que usted y hagan lo que yo... Yo he sido criado de todos los frailes, les he preparado el chocolate, y mientras con la derecha lo removía en el batidor, con la izquierda sostenía la gramática, aprendía y, gracias á Dios, que no he necesitado de más maestros ni de más academias ni de permisos del gobierno... Créame usted; ¡el que quiere aprender, aprende y llega á saber!

— ¿Pero cuántos hay de entre los que quieren saber llegan á ser lo que usted? Uno entre diez mil y aún!

— ¡Psch! ¿y para qué más? contestó el viejo encogiéndose de hombros. Abogados los hay de sobra, muchos se meten á escribientes. ¿Médicos? se insultan, se calumnian y se matan por disputarse un enfermo... ¡Brazos, señor, brazos son los que necesitamos para la agricultura!

Isagani comprendió que perdía tiempo, pero quiso replicar.

— Indudablemente, contestó; hay muchos médicos y abogados, mas no diré que nos sobran, pues tenemos pueblos que carecen de ellos; pero si abundan en cantidad, quizás nos faltan en calidad. Y, puesto que no se puede impedir que la juventud estudie y aquí no se nos presentan otras carreras ¿por qué dejar que malogren su tiempo y sus esfuerzos? Y si lo defectuoso de la enseñanza no impide el que muchos se hagan abogados ó médicos, si los hemos de tener al fin, ¿por qué no tenerlos buenos? Y con todo, aun cuando sólo se quiera hacer del país un país de agricultores, un país de braceros, y condenar en él todo trabajo intelectual, no veo mal ninguno en ilustrar á estos mismos agricultores y braceros, en darles por lo menos una educación que les permita después perfeccionarse y perfeccionar sus

trabajos, poniéndoles en estado de comprender muchas cosas que al presente desconocen.

— ¡Bah, bah, bah! exclamó el abogado trazando con la mano círculos en el aire como para ahuyentar las ideas evocadas; para ser buen cosechero no se necesitan tantas retóricas. ¡Sueños, ilusiones, ideología! ¡Ea! ¿quiere usted seguir un consejo?

Y se levantó y poniéndole afectuosamente la mano sobre el hombro, continuó:

— Le voy á dar uno y muy bueno porque veo que es usted listo y el consejo no será perdido. ¿Usted va á estudiar Medicina? Pues límitese á aprender cómo se ponen los emplastos y se aplican las sanguijuelas y no trate jamás de mejorar ó empeorar la suerte de sus semejantes. Cuando se reciba de licenciado, cátese con una muchacha rica y devota, trate de curar y cobrar bien, huya de toda cosa que tenga relación con el estado general del país, oiga misa, confiétese y comulgue cuando lo hagan los demás, y verá usted cómo después me lo agradecerá y yo lo veré si aun vivo. Acuérdesse siempre de que la caridad bien entendida empieza por sí mismo; el hombre no debe buscar en la tierra más que la mayor suma de felicidad propia, como dice Bentham; si se mete usted en quijotismos ni tendrá carrera, ni se casará, ni será nada. Todos le abandonarán y serán sus mismos paisanos los primeros que se reirán de su inocencia. ¡Créame usted, usted se acordará de mí y me dará la razón cuando tenga canas como yo, canas como éstas!

Y el viejo abogado se cogía sus pocos cabellos blancos sonriendo tristemente y agitando la cabeza.

— ¡Cuando tenga canas como esas, señor, contestó Isagani con igual tristeza, y vuelva la vista hacia mi pasado y vea que sólo he trabajado para mí, sin haber hecho lo que buenamente podía y debía por el país que me ha dado todo, por los ciudadanos que me ayudan á vivir, entonces, señor, cada cana me será una espina, y en vez de gloriarme de ellas, me he de avergonzar!

Y dicho esto, saludó profundamente y salió.

El abogado se quedó inmóvil en su sitio, con la mirada atónita. Oyó los pasos que se alejaban poco á poco y volvió á sentarse murmurando:

— ¡Pobre joven! También parecidos pensamientos cruzaron por mi mente un día! ¡Qué más quisieran todos que poder decir:

he hecho esto por mi patria, he consagrado mi vida al bien de los demás...? ¡Corona de laurel, empapada en acfbar, hojas secas que cubren espinas y gusanos! ¡Esa no es la vida, eso no da de comer, ni procura honores; los laureles apenas sirven para una salsa... ni dan tranquilidad... ni hacen ganar pleitos, al contrario! ¡Cada país tiene su moral como su clima y sus enfermedades, diferentes del clima y enfermedades de otros países!

Y después añadió:

— ¡Pobre joven!... Si todos pensasen y obrasen como él, no digo que no... ¡Pobre joven! ¡Pobre Florentino!

## XVI

### LAS TRIBULACIONES DE UN CHINO

La noche de aquel mismo sábado, el chino Quiroga que aspiraba á crear un consulado para su nación, daba una cena en los altos de su gran bazar situado en la calle de la Escolta. Su fiesta estaba muy concurrida: frailes, empleados, militares, comerciantes, todos sus parroquianos, socios ó padrinos, se encontraban allí; su tienda abastecía á los curas y conventos de todo lo necesario, admitía los vales de todos los empleados, tenía servidores fieles, complacientes y activos. Los mismos frailes no se desdaban de pasar horas enteras en su tienda, ya á la vista del público, ya en los aposentos del interior en agradable sociedad...

Aquella noche, pues, la sala presentaba un aspecto curioso. Frailes y empleados la llenaban, sentados en sillas de Viena y banquitos de madera oscura y asiento de mármol, venidos de Cantón, delante de mesitas cuadradas, jugando al tresillo ó conversando entre sí, á la luz brillante de las lámparas doradas ó á la mortecina de los faroles chinescos vistosamente adornados con largas borlas de seda. En las paredes se confundían en lamentable mezcolanza paisajes tranquilos y azulados, pintados en Cantón y en Hong Kong, con los cromos chillones de odaliscas, mujeres semidesnudas, litografías de Cristos femeniles, la muerte del justo y la del pecador, hechas por casas judías de Alemania para venderse en los países católicos. No faltaban allí las estampas chinescas en papel rojo representando á un hombre sentado,

de aspecto venerable y pacífica y sonriente fisonomía, detrás del cual se levanta su servidor, feo, horroroso, diabólico, amenazador, armado de una lanza con ancha hoja cortante; los indios, unos lo llaman Mahoma, y otros Santiago, no sabemos por qué; los chinos tampoco dan una clara explicación de esta popular dualidad. Detonaciones de botellas de champagne, chocar de copas, risas, humo de cigarro y cierto olor particular á casa de chino, mezcla de pebete, opio y frutas conservadas, completaban el conjunto.

Vestido como un mandarín, con gorra de borla azul, se paseaba el chino Quiroga de un aposento á otro, tieso y derecho, no sin lanzar acá y allá miradas vigilantes como para asegurarse de que nadie se apoderaba de nada. Y á pesar de esta natural desconfianza, cambiaba sendos apretones de manos, saludaba á unos con una sonrisa fina y humilde, á otros con aire protector, y á algunos con cierta sorna como diciendo:

— ¡Ya sé! usted no viene por mí, sino por mi cena.

Y el chino Quiroga tenía razón. Aquel señor gordo que ahora le alaba y le habla de la conveniencia de un consulado chino en Manila dando á entender que para ese cargo no podía haber otro que Quiroga, es el señor González que se firma *Pitili* cuando en las columnas de los periódicos ataca la inmigración china. Aquel otro ya avanzado en edad que examina de cerca los objetos, las lámparas, los cuadros, etc., y hace muecas y exclamaciones de desprecio, es D. Timoteo Peláez, padre de Juanito, comerciante que clama contra la competencia del chino que arruina su comercio. Y el otro, el de más allá, aquel señor moreno, delgado, de mirada viva y pálida sonrisa, es el célebre autor de la cuestión de los pesos mejicanos que tanto disgusto dió á un protegido del chino Quiroga; aquel empleado tiene en Manila fama de listo! El de más allá, aquel de mirada fosca y bigotes descuidados, es el empleado que pasa por ser el más digno porque tiene el valor de hablar mal contra el negocio de los billetes de lotería, llevado á cabo entre Quiroga y una alta dama de la sociedad manilense. En efecto, sino la mitad, las dos terceras partes de los billetes van á China y los pocos que en Manila se quedan se venden con una prima de medio real fuerte. El digno señor tiene la convicción de que algún día le ha de tocar el premio gordo, y se enfurece al encontrarse delante de semejantes trapicheos.

La cena entretanto tocaba á su fin. Del comedor llegaban hasta la sala trozos de brindis, risas, interrupciones, carcajadas... El nombre de Quiroga se oía varias veces repetido, mezclado con las palabras de cónsul, igualdad, derechos...

El anfitrión que no comía platos europeos, se había contentado con beber de cuando en cuando una copa con sus convidados, prometiendo cenar con los que no se habían sentado en la primera mesa.

Simoun había venido ya cenado y hablaba en la sala con algunos comerciantes que se quejaban del estado de los negocios: todo iba mal, se paralizaba el comercio, los cambios con Europa estaban á un precio exorbitante; pedían al joyero luces ó le insinuaban algunas ideas con la esperanza de que se las comunicase al Capitán General. A cada remedio que proponían, Simoun respondía con una sonrisa sarcástica y brutal: ¡Cál! ¡tontería! hasta que exasperado uno le preguntó por su opinión.

— ¿Mi opinión? preguntó; estudien ustedes por qué otras naciones prosperan y hagan lo mismo que ellas.

— ¿Y por qué prosperan, señor Simoun?

Simoun se encogió de hombros y no contestó.

— ¡Las obras del puerto que tanto gravan el comercio y el puerto que no se termina! suspiró don Timoteo Peláez, una tela de Guadalupe, como dice mi hijo, se teje y se desteje... los impuestos...

— ¡Y usted se queja! exclamaba otro. ¡Y ahora que acaba de decretar el General el derribo de las casas de materiales ligeros! ¡Y usted que tiene una partida de hierro galvanizado!

— Sí, respondía don Timoteo; ¡pero lo que me ha costado ese decreto! Y luego, el derribo no se hace hasta dentro de un mes, hasta que venga la cuaresma; pueden venir otras partidas... yo hubiera querido que se derribasen al instante, pero... Y además, ¿qué me van á comprar los dueños de esas casas si son todos unos más pobres que otros?

— Siempre podrá usted comprar las casitas por una bicoca...

— Y hacer después que se retire el decreto y revenderlas á un precio doble... ¡He ahí un negocio!

Simoun se sonrió con su sonrisa fría, y viendo adelantarse al chino Quiroga dejó á los quejicosos comerciantes para saludar al futuro cónsul. Este, apenas le vió, perdió su expresión sa-

tisfecha, sacó una cara parecida á la de los comerciantes y medio se dobló.

El chino Quiroga respetaba mucho al joyero, no sólo por saberle muy rico, sino también por las susurradas inteligencias que le atribuían con el Capitán General. Decíase que Simoun favorecía las ambiciones del chino, era partidario del consulado, y un cierto periódico chinófobo le aludía al través de muchas perífrasis, indirectas y puntos suspensivos, en la célebre polémica con otro periódico partidario de la gente de coleta. Personas prudentísimas añadían entre guiños y palabras entrecortadas que la Eminencia Negra aconsejaba al General se valiese de los chinos para deprimir la tenaz dignidad de los naturales.

— Para tener sumiso á un pueblo, había dicho, no hay como humillarlo y rebajarlo á sus propios ojos.

Pronto se había presentado una ocasión.

Los gremios de los mestizos y de los naturales andaban siempre vigilándose el uno al otro y empleaban su espíritu belicoso y su actividad en recelos y desconfianzas. Un día, en la misa, el gobernadorcillo de los naturales que se sentaba en el banco derecho y era extremadamente flaco, tuvo la ocurrencia de poner una pierna sobre otra, adoptando una posición *nonchalant* para aparentar más muslos y lucir sus hermosas botinas; el del gremio de mestizos que se sentaba en el banco opuesto, como tenía juanetes y no podía cruzar las piernas por ser muy grueso y panzudo, adoptó la postura de separar mucho las piernas para sacar su abdomen encerrado en un chaleco sin pliegues, adornado con una hermosa cadena de oro y brillantes. Los dos partidos se comprendieron y empezó la batalla: en la misa siguiente todos los mestizos, hasta los más flacos, tenían panza y separaban mucho las piernas como si estuviesen á caballo: todos los naturales ponían una pierna sobre otra aun los más gordos y hubo cabeza de barangay que dió una voltereta. Los chinos que los vieron, adoptaron también su postura: se sentaron como en sus tiendas, una pierna encogida y levantada y otra colgando y agitando. Hubo protestas, escritos, expedientes, etc.; los cuadrilleros se armaron prestos á encender una guerra civil, los curas estaban contentísimos, los españoles se divertían y ganaban dinero á costa de todos, hasta que el General resolvió el conflicto ordenando que se sentasen como los chinos por ser los que más

pagaban, aunque no eran los más católicos. Y aquí el apuro de los mestizos y naturales, que por tener pantalones estrechos no podían imitar á los chinos. Y para que la intención de humillarles fuese más manifiesta, la medida se llevó á cabo con pompa y aparato, rodeando á la iglesia un cuerpo de caballería, mientras dentro todos sudaban. La causa llegó á las Cortes, pero se repitió que los chinos como pagaban podían imponer su ley aun en las ceremonias religiosas, aun cuando después apostaten y se burlen del cristianismo. Los naturales y los mestizos se dieron por satisfechos y aprendieron á no perder su tiempo en semejantes futezas.

Quiroga con su media lengua y sonrisa la más humilde agasajaba á Simoun: su voz era acariciadora, sus genuflexiones repetidas, pero el joyero le cortó la palabra preguntándole bruscamente:

— ¿Gustaron los brazaletes?

A esta pregunta toda la animación de Quiroga se deshizo como un sueño; la voz, de acariciadora se transformó en plañidera, se dobló más y juntando ambas manos y elevándolas á la altura de su rostro, forma de la salutación china, gimió:

— ¡Uuh, siño Simoun! ¡mía pelilo, mía luinalo!

— ¿Cómo, chino Quiroga, perdido y arruinado? ¡y tantas botellas de champagne y tantos convidados!

Quiroga cerró los ojos é hizo una mueca. ¡Jss! El acontecimiento de aquella tarde, la aventura de los brazaletes, le había arruinado. Simoun se sonrió: cuando un comerciante chino se queja es porque todo le va bien; cuando aparenta que todo va á las mil maravillas es porque prevé una quiebra ó se va á escapar para su país.

— ¿Suya no sabe mía pelilo, mía luinalo? ¡Ah, siño Simoun, mía hápay!

Y el chino, para hacer más comprensible su situación, ilustraba la palabra *hápay* haciendo ademán de caerse desplomado.

Simoun tenía ganas de reírsele, pero se contuvo y dijo que nada sabía, nada, absolutamente nada.

Quiroga llevóle á un aposento cuya puerta cerró con cuidado y le explicó la causa de su desventura.

Los tres brazaletes de brillantes que había pedido á Simoun para enseñárselos á su señora, no eran para ésta, pobre india encerrada en un cuarto como una china, eran para una bella y

encantadora dama, amiga de un gran señor, y cuya influencia le era necesaria para cierto negocio en que podía ganar en limpio unos seis mil pesos. Y como el chino no entendía de gustos femeniles y quería ser galante, pidió los tres mejores brazaletes que el joyero tenía, que costaban de tres á cuatro mil pesos cada uno. El chino, afectando candidez, con su sonrisa la más acariciadora dijo á la dama que escogiese el que más le gustase; pero la dama, más cándida y más acariciadora todavía, declaró que todos tres le gustaban y se quedó con ellos.

Simoun soltó una carcajada.

— ¡Ah, señolá! ¡mía pelilo, mía luinalol! gritaba el chino dándose ligeras bofetadas con sus finas manos.

El joyero continuaba riendo.

— ¡Huu! ¡malo genti, sigulo no señola bilalelol! continuaba el chino agitando descontento la cabeza. ¿Cosa? no tiene biligüensa, más que mía chino mía siempele genti. ¡Ah, sigulo no señola bilalelo; sigalela tiene más biligüensa!

— Le han cogido á usted, le han cogido á usted, exclamaba Simoun dándole golpecitos en el vientre.

— Y tolo mundo pile pilestalo y no pagalo, ¿cosa ese? — y contaba con sus dedos armados de largas uñas, — impelealo, opisiá, tinienti, sulalo, ¡ah, seño Simoun, mía pelilo, mía hápay!

— Vamos, menos quejas, decía Simoun; yo le he salvado de muchos oficiales que le pedían dinero... Yo les he prestado para que no le molesten á usted y sabía que no me podían pagar...

— Pelo, señó Simoun, suya pilesta opisia, mía pilesta mujé, señola, malinelo, tolo mundo...

— ¡Ya, ya las cobrará usted!

— ¿Mía cobalalo? ¡Ah, sigulo suya no sabe! ¡Cuando pelilo ne juego nunca pagalo! Mueno suya tiene consu, puele obiligá, mía no tiene...

Simoun estaba pensativo.

— Oiga, chino Quiroga, dijo algo distraído: me encargo de cobrar lo que le deben los oficiales y marineros, déme usted sus recibos.

Quiroga volvió á gimotear: no le daban nunca recibos.

— Cuando vengan á pedirle dinero, envíemelos siempre á mí; yo le quiero á usted salvar.

Quiroga dió las gracias muy agradecido, pero pronto volvió á sus lamentaciones, hablaba de los brazaletes y repetía:



— ¡Sigalela tiene más biligüensa!

— Carambas, decía Simoun mirando de reojo al chino como para estudiarle; precisamente necesitaba dinero y creía que usted me podía pagar. Pero todo tiene su arreglo, no quiero que usted quiebre por tan poca cosa. Vamos, un servicio y le reduzco á siete los nueve mil pesos que me debe. Usted hace entrar por la aduana todo lo que quiere, cajones de lámparas, hierros, vajilla, cobre, pesos mejicanos; ¿usted suministra armas á los conventos?

El chino afirmaba con la cabeza; pero él tenía que sobornar á muchos.

— ¡Mía dale tolo á los Pales!

— Pues mire, añadió Simoun en voz baja: necesito que usted me haga entrar algunas cajas de fusiles que han llegado esta noche... quiero que los guarde en sus almacenes; en mi casa no caben todos.

Quiroga se alarmó.

— No se alarme usted, no corre usted ningún riesgo: esos fusiles se han de esconder poco á poco en ciertas casas, y luego se opera una requisita y se envían á muchos á la cárcel... usted y yo podremos ganar bastante procurando á los detenidos la libertad. ¿Me entiende usted?

Quiroga vacilaba; él tenía miedo á las armas. En su mesa tenía un revólver descargado que nunca tocaba sino volviendo la cabeza y cerrando los ojos.

— Si usted no puede, acudiré á otro, pero entonces necesito mis nueve mil pesos para untar las manos y cerrar los ojos.

— ¡Mueno, mueno! dijo al fin Quiroga; ¿pelo pone pileso mucha genti? ¿manda liquisa, ja?

Cuando Quiroga y Simoun volvieron á la sala encontraron en ella á los que venían de cenar, discutiendo animadamente: el *champagne* había soltado las lenguas y excitaba las masas cerebrales. Hablaban con cierta libertad.

En un grupo donde estaban muchos empleados, algunas señoras y D. Custodio se hablaba de una comisión enviada á la India para hacer ciertos estudios sobre los calzados de los soldados.

— ¿Y quiénes la forman? preguntaba una señora mayor.

— Un coronel, dos oficiales y el sobrino de S. E.

— ¿Cuatro? preguntó un empleado: ¡vaya una comisión! ¿y si se dividen las opiniones? ¿Son competentes al menos?

— Eso preguntaba yo, añadió otro: decía que debía ir un civil, uno que no tenga preocupaciones militares... un zapatero por ejemplo...

— Eso es, repuso un importador de zapatos; pero como no es cosa de enviar á un indio ni á un macanista y el único zapatero peninsular ha pedido tales dietas...

— Pero y ¿para qué habrán de estudiar el calzado? preguntó una señora mayor; ¡no será para los artilleros peninsulares! Los indios pueden seguir descalzos, como en sus pueblos.

— Justamente ¡y la caja economizaría más! añadió otra señora viuda que no estaba contenta de su pensión.

— Pero, observen ustedes, repuso otro de los presentes, amigo de los oficiales de la comisión. Es verdad que muchos indios van descalzos en sus pueblos, pero no todos, y no es lo mismo marchar á voluntad que estando en el servicio: no se puede escoger la hora, ni el camino, ni se descansa cuando se quiere. Mire usted, señora, que con el sol que hace á medio día, está la tierra que cuece un pan. Y ande usted por arenales, por donde hay piedras, sol por arriba y fuego por abajo, y balas por delante...

— ¡Cuestión de acostumbrarse!

— ¡Como el burro que se acostumbró á no comer! En la presente campaña, la mayor parte de nuestras bajas son ocasionadas por heridas en las plantas de los pies... ¡Digo lo del burro, señora, lo del burro!

— Pero, hijo, replica la señora, considere usted tanto dinero perdido en suelas. Hay para pensionar á muchos huérfanos y viudas para sostener el prestigio. Y no se sonría usted, no hablo de mí que tengo mi pensión aunque poca, muy poca para los servicios que prestó mi marido, pero hablo de otras que arrastran una existencia infeliz: no es justo que después de tanta instancia para venir y después de atravesar el mar, concluyan aquí por morir de hambre... Lo que usted dice de los soldados será cierto, pero es el caso que cuento con más de tres años de país y no he visto á ninguno cojeando.

— En eso opino como la señora, dijo su vecina, ¿para qué darles zapatos si han nacido sin ellos?

— ¿Y para qué camisa?

— ¿Y para qué pantalones?

— ¡Figúrese usted lo que ganaríamos con un ejército en cue-  
ros! concluyó el que defendía á los soldados.

En otro grupo la discusión era más acalorada. Ben Zayb hablaba y peroraba, el P. Camorra como siempre le interrumpía á cada instante. El periodista-fraile, á pesar de todo su respeto á la gente de cogulla, se las tenía siempre con el P. Camorra á quien consideraba como un semi-fraile muy simple; así se daba aire de ser independiente y deshacía las acusaciones de los que le llamaban Fray Ibáñez. Al P. Camorra le gustaba su adversario: era el único que tomaba en serio lo que él llamaba sus razonamientos.

Se trataba de magnetismo, espiritismo, magia, etc., y las palabras volaban por el aire como los cuchillos y las bolas de los juglares: ellos los arrojaban y ellos los recogían.

Aquel año llamaba mucho la atención en la feria de Kiapò una cabeza, mal llamada esfinge, expuesta por Mr. Leeds, un americano. Grandes anuncios cubrían las paredes de las casas, misteriosos y fúnebres, que excitaban la curiosidad. Ni Ben Zayb, ni el P. Camorra, ni el P. Irene, ni el P. Salví la habían visto aún; sólo Juanito Peláez estuvo á verla una noche y contaba en el grupo su admiración.

Ben Zayb, á fuer de periodista, quería buscar una explicación natural; el P. Camorra hablaba del diablo; el P. Irene sonreía, el P. Salví se mantenía grave.

— Pero, Padre, si el diablo ya no viene; nos bastamos para condenarnos...

— De otro modo no se puede explicar...

— Si la ciencia...

— ¡Dale con la ciencia! ¡puñales!

— Pero, escúcheme usted, voy á demostrárselo. Todo es cuestión de óptica. Yo no he visto todavía la cabeza ni sé cómo la presentan. El señor — señalando á Juanito Peláez — nos dice que no se parece á las cabezas parlantes que se enseñan de ordinario — ¡sea! Pero el principio es el mismo; todo es cuestión de óptica; espere usted, se pone un espejo así, un espejo detrás, la imagen se refleja... digo, es puramente un problema de Física.

Y descolgaba de los muros varios espejos, los combinaba, los inclinaba y como no le resultaba el efecto, concluía:

— Como digo, ni más ni menos que una cuestión de óptica.

— Pero qué espejos quiere usted, si Juanito nos dice que la cabeza está dentro de una caja que se coloca sobre una mesa... Yo veo en ello el espiritismo porque los espiritistas siempre se valen de mesas, y creo que el P. Salví, como gobernador eclesiástico que es, debía prohibir el espectáculo.

El P. Salví estaba silencioso; no decía ni sí ni no.

— Para saber si dentro hay diablos ó espejos, repuso Simoun, lo mejor es que ustedes vayan á ver la famosa esfinge.

La proposición pareció buena y fué aceptada, pero el P. Salví y don Custodio manifestaban cierta repugnancia. ¡Ellos á una feria, codearse con el público y ver esfinges y cabezas parlantes! ¿Qué dirían los indios? Los podían tomar por hombres, dotados de las mismas pasiones y flaquezas que los otros. Entonces Ben Zayb, con su ingenio de periodista, prometió que suplicaría á Mr. Leeds no dejase entrar al público mientras estuviesen dentro: bastante honor le harían con la visita para que no se prestase, y todavía no les ha de cobrar la entrada. Y para cohonestar esta pretensión decía Ben Zayb:

— ¡Porque, figúrense ustedes! ¡si descubro la trampa del espejo delante del público de los indios! ¡Le quitaría el pan al pobre americano!

Ben Zayb era un hombre muy concienzudo.

Bajaron unos doce, entre ellos nuestros conocidos don Custodio, el P. Salví, el P. Camorra, el P. Irene, Ben Zayb y Juanito Peláez. Sus coches les dejaron á la entrada de la plaza de Kiapò.

## XVII

### LA FERIA DE KÍAPÒ

La noche era hermosa y la plaza ofrecía un aspecto animadísimo. Aprovechando la frescura de la brisa y la espléndida luna de Enero, la gente llenaba la feria para ver, ser vista y distraerse. Las músicas de los cosmoramas y las luces de los faroles comunicaban la animación y la alegría á todos. Largas

filas de tiendas, brillantes de oropel y colorines, desplegaban á la vista racimos de pelotas, de máscaras ensartadas por los ojos, juguetes de hoja de lata, trenes, carritos, caballitos mecánicos, coches, vapores con sus diminutas calderas, vajillas de porcelana liliputienses, belencitos de pino, muñecas extranjeras y del país, rubias y risueñas aquéllas, serias y pensativas éstas como pequeñitas señoras al lado de niñas gigantescas. El batir de los tamborcitos, el estrépito de las trompetillas de hoja de lata, la música nasal de los acordeones y los organillos se mezclaban en concierto de carnaval, y en medio de todo, la muchedumbre iba y venía empujándose, tropezándose, con la cara vuelta hacia las tiendas de modo que los choques eran frecuentes y no poco cómicos. Los coches tenían que contener la carrera de los caballos, el *tabù! tabù!* de los cocheros resonaba á cada momento; se cruzaban empleados, militares, frailes, estudiantes, chinos, jovencitas con sus mamás ó tías, saludándose, guiñándose, interpelándose más ó menos alegremente.

El P. Camorra estaba en su quinto cielo viendo tantas muchachas bonitas; se paraba, volvía la cabeza, le daba un empujón á Ben Zayb, castañeteaba con la lengua, juraba y decía: Y esa, y esa, chupa-tintas? y de aquélla, ¿qué me dices? En su contento se ponía á tutear á su amigo y adversario. El P. Salví le miraba de cuando en cuando, pero buen caso hacía él del P. Salví; al contrario, hacía de tropezar las muchachas para rozarse con ellas, les guiñaba y ponía ojos picarescos.

— ¡Puñales! ¿Cuándo seré cura de Kiapò? se preguntaba.

De repente Ben Zayb suelta un juramento, salta y se lleva una mano al brazo; el P. Camorra en el colmo de su entusiasmo le había pellizcado. Venía una deslumbrante señorita que atraía la admiración de toda la plaza; el P. Camorra, no cabiendo en sí de gozo, tomó el brazo de Ben Zayb por el de la joven.

Era la Paulita Gómez, la elegante entre las elegantes que acompañaba Isagani; detrás seguía doña Victorina. La joven estaba resplandeciente de hermosura; todos se paraban, los cuellos se torcían, se suspendían las conversaciones, la seguían los ojos y doña Victorina recibía respetuosos saludos.

Paulita Gómez lucía riquísima camisa y pañuelo de piña bordados, diferentes de los que se había puesto aquella mañana para ir á Santo Domingo. El tejido vaporoso de la piña hacía de

su linda cabeza una cabeza ideal, y los indios que la veían, la comparaban á la luna rodeada de blancas y ligeras nubes. Una saya de seda color de rosa, recogida en ricos y graciosos pliegues por la diminuta mano, daba majestad á su erguido busto, cuyos movimientos favorecidos por el ondulante cuello, delataban todos los triunfos de la vanidad y de la coquetería satisfecha. Isagani parecía disgustado; le molestaban tantos ojos, tantos curiosos que se fijaban en la hermosura de su amada: las miradas le parecían robos, las sonrisas de la joven le sabían á infidelidades.

Juanito, al divisarla, acentuó su joroba y saludó: Paulita le contestó negligentemente, doña Victorina le llamó. Juanito era su favorito, y ella le prefería á Isagani.

— ¡Qué moza, qué moza! murmuraba el P. Camorra arrebatado.

— ¡Vamos, Padre, pellízquese el vientre y déjenos en paz! decía mal humorado Ben Zayb.

— ¡Qué moza, qué moza! repetía; y tiene por novio á mi estudiante, el de los empujones!

— ¡Fortuna tiene que no sea de mi pueblo! añadió después volviendo varias veces la cabeza para seguirla con la mirada. Tentado estuvo de dejar á sus compañeros y seguir á la joven. Ben Zayb á duras penas pudo disuadirle.

Paulita seguía andando y se veía su hermoso perfil, su pequeña cabeza graciosamente peinada moverse con natural coquetería.

Nuestros paseantes continuaron su camino no sin suspiros de parte del fraile-artillero, y llegaron á una tienda rodeada de curiosos, que fácilmente les cedieron sus puestos.

Era una tienda de figuritas de madera, hechas en el país, que representaban en todos los tamaños y formas, tipos, razas y profesiones del Archipiélago, indios, españoles, chinos, mestizos, frailes, clérigos, empleados, gobernadorcillos, estudiantes, militares, etc. Sea que los artistas tuviesen más afición á los sacerdotes, los pliegues de cuyos hábitos les conviniesen más para sus fines estéticos, ó que los frailes, desempeñando tanto papel en la sociedad filipina preocupasen más la mente del escultor, sea una cosa ú otra, el caso es que abundaban sus figuritas, muy bien hechas, muy concluidas, representándoles en los más sublimes instantes de la vida, al revés de lo que se hace en

Europa donde se les pinta durmiendo sobre toneles de vino, jugando á las cartas, vaciando copas, refocilándose ó pasando la mano por la fresca cara de una muchachota. No: los frailes de Filipinas eran otros: elegantes, pulcros, bien vestidos, el cerquillo bien cortado, las facciones regulares y serenas, la mirada contemplativa, expresión de santo, algo de rosa en las mejillas, bastón de palasán en la mano y zapatitos de charol en los pies, que dan ganas de adorarlos y ponerlos bajo campanas de cristal. En vez de los símbolos de la gula é incontinencia de sus hermanos en Europa, los de Manila tenían el libro, el crucifijo, la palma del martirio; en vez de besar á las simples campesinas, los de Manila daban de besar gravemente la mano á niños y á hombres ya maduros, doblados y casi arrodillados; en vez de la despensa repleta y del comedor, sus escenarios de Europa, en Manila tenían el oratorio, la mesa de estudio; en vez del fraile mendicante que va de puerta en puerta con su burro y su saco pidiendo limosna, el fraile de Filipinas derramaba á manos llenas el oro entre los pobres indios...

— ¡Miren ustedes, aquí está el P. Camorra! dijo Ben Zayb á quien le duraba todavía el efecto del champagne.

Y señalaba el retrato de un fraile delgado, con aire meditabundo, sentado junto á una mesa, la cabeza apoyada sobre la palma de la mano y escribiendo al parecer un sermón. Una lámpara había para iluminarle.

Lo contrario del parecido hizo reir á muchos.

El P. Camorra, que ya se había olvidado de Paulita, notó la intención y preguntó á su vez:

— Y ¿á quién se parece esta otra figura, Ben Zayb?

Y se echó á reir con su risa de paleta.

Era una vieja tuerta, desgreñada, sentada sobre el suelo como los ídolos indios, planchando ropas. El instrumento estaba muy bien imitado: era de cobre, las brasas estaban hechas con oropel y los torbellinos de humo con sendos copos de algodón sucio, retorcido.

— ¿Eh, Ben Zayb, no es tonto el que lo ideó? preguntaba riendo el P. Camorra.

— Pues, no le veo la punta! dijo el periodista.

— Pero, ¡puñales! no ve usted el título, *la prensa filipina*? Ese instrumento con que plancha la vieja, aquí se llama prensal

Todos se echaron á reir y el mismo Ben Zayb se rió de buena gana.

Dos soldados de la Guardia Civil que tenían por letrado, *civiles*, estaban colocados detrás de un hombre, maniatado con fuertes cadenas y la cara tapada con el sombrero: se titulaba *el País del Abaká* y parecía que le iban á fusilar.

Á muchos de nuestros visitantes no les gustaba la exposición. Hablaban de reglas del arte, buscaban proporciones, el uno decía que tal figura no tenía siete cabezas, que á la cara le faltaba una nariz, no tenía más que tres, lo que ponía algo pensativo al P. Camorra, que no comprendía cómo una figura, para estar bien, debía tener cuatro narices y siete cabezas; otro decía que si eran musculosos, si los indios no lo podían ser; si aquello era escultura ó puramente carpintería, etc.; cada cual metió su cucharada de crítica, y el P. Camorra, por no ser menos que nadie, se aventuró á pedir lo menos treinta piernas para cada muñeco. ¿Por qué, si los otros pedían narices, no iba él á pedir muslos? Y allí mismo estuvieron discutiendo sobre si el indio tenía ó no disposiciones para la escultura, si convenía fomentar dicho arte, y se inició una general disputa que cortó D. Custodio diciendo que los indios tenían disposición, pero debían dedicarse exclusivamente á hacer santos.

— Cualquiera diría, repuso Ben Zayb, que estaba de ocurrencias aquella noche, que ese chino es Quiroga, pero observándole bien se parece al P. Irene.

— ¿Y qué me dicen ustedes de ese indio-inglés? se parece á Simoun!

Resonaron nuevas carcajadas. El P. Irene se frotó la nariz.

— ¡Es verdad! — ¡Es verdad! — ¡Si es el mismo!

— Pero ¿dónde está Simoun? ¡que lo compre Simoun!

Simoun había desaparecido, nadie le había visto.

— ¡Puñales! dijo el P. Camorra; ¡qué tacaño es el americano! Teme que le hagamos pagar la entrada de todos en el gabinete de Mr. Leeds.

— ¡Quiá! contestó Ben Zayb; lo que teme es que le comprometan. Habrá presentado la guasa que le espera á su amigo Mr. Leeds y se desentiende.

Y sin comprar el más pequeño monigote prosiguieron su camino para ver la famosa esfinge.



Ben Zayb se ofrecía á tratar la cuestión; el americano no podría desairar á un periodista que puede vengarse en un artículo desacreditador.

— Van ustedes á ver como todo es cuestión de espejos, decía, porque miren ustedes...

Y se internó de nuevo en una larga explicación, y como no tenía delante ningún espejo que pueda comprometer su teoría, insertó todos los disparates posibles que acabó por no saber él mismo lo que se decía.

— En fin, ya verán ustedes como todo es cuestión de óptica.

## XVIII

### SUPERCHERÍAS

Mr. Leeds, un verdadero yankee, vestido todo de negro, les recibió con mucha deferencia. Hablaba bien el castellano por haber estado muchos años en la América del Sur. No opuso ninguna dificultad á la pretensión de nuestros visitantes; dijo que podían examinar todo, todo, antes y después de la representación; durante ella les suplicaba se estuviesen tranquilos. Ben Zayb se sonreía y saboreaba el disgusto que preparaba al americano.

La sala, tapizada toda de negro, estaba alumbrada por lámparas antiguas, alimentadas con espíritu de vino. Una barrera cubierta de terciopelo negro la dividía en dos partes casi iguales; una, llena de sillas para los espectadores, y otra, ocupada por un entarimado con una alfombra á cuadros. Sobre este entarimado, en la parte media, se elevaba una mesa cubierta por un rico paño negro, lleno de calaveras y otras figuras cabalísticas. La *mise en scène* resultaba lúgubre, é impresionó á los alegres visitantes. Las bromas cesaron, se hablaba en voz baja y por más que algunos se querían mostrar despreocupados, en los labios no cuajaba la risa. Todos sentían como si entrasen en una casa donde hay un muerto. Un olor á incienso y á cera aumentaban esta ilusión. D. Custodio y el P. Salví se consultaron en voz baja sobre si sería ó no conveniente prohibir semejantes espectáculos.

Ben Zayb, para animar á los impresionables y poner en aprieto á Mr. Leeds, le dijo en tono familiar:

— Eh, mister, puesto que no hay más que nosotros y no somos indios que se dejan pescar, ¿permite usted que les haga ver la trampa? Ya sabemos que es cuestión de óptica pura, pero como el P. Camorra no quiere convencerse...

Y se dispuso á saltar la barrera sin pasar por la debida puerta, mientras el P. Camorra se deshacía en protestas temiendo que Ben Zayb tuviese razón.

— ¿Y cómo no, señor? contestó el americano; pero no me rompa nada, estamos?

El periodista estaba ya sobre el entarimado.

— ¿Permite usted? decía.

Y se aguardar el permiso, temiendo que Mr. Leeds no se lo concediese, levantó el paño y buscó los espejos que esperaba debía haber entre los pies. Ben Zayb soltó una media palabrota, retrocedió, volvió á introducir ambas manos debajo de la mesa agitándolas: se encontraba con el vacío. La mesa tenía tres pies delgados de hierro que se hundían en el suelo.

El periodista miró á todas partes como buscando algo.

— ¿Dónde están los espejos? preguntó el P. Camorra.

Ben Zayb miraba y miraba, palpaba la mesa, levantaba el paño, y se llevaba de cuando en cuando la mano á la frente como para recordar algo.

— ¿Se le ha perdido algo? preguntó Mr. Leeds.

— Los espejos, mister, ¿dónde están los espejos?

— Los de usted no sé dónde estarán, los míos los tengo en la Fonda... ¿quiere usted mirarse? Está usted algo descompuesto y pálido.

Muchos, á pesar de la impresión, al ver la calma guasona del americano se rieron y Ben Zayb muy corrido volvió á su asiento, murmurando:

— No puede ser; verán ustedes cómo no lo hace sin espejos; tendrá luego que cambiar de mesa...

Mr. Leeds volvió á colocar el paño sobre la mesa y dirigiéndose á los ilustres curiosos les preguntó:

— ¿Están ustedes satisfechos? ¿podemos empezar?

— ¡Anda, que tiene flema! dijo la señora viuda.

— Pues tomen asiento las señoras y señores y piensen en lo que quieran preguntar.

Mr. Leeds desapareció por una puerta y al cabo de algunos segundos volvió con una caja de madera oscura, carcomida, con algunas inscripciones representadas por aves, mamíferos, flores, cabezas humanas, etc.

— Señoras y señores, dijo Mr. Leeds con cierta gravedad: visitando una vez la gran pirámide de Khufu, faraón de la cuarta dinastía, dí con un sarcófago de granito rojo, en un aposento olvidado. Mi gozo fué grande creyendo encontrarme con una momia de la familia real; mas, cuál no sería mi desencanto cuando, abierto el sarcófago después de infinitos trabajos, no encontré más que esta caja que ustedes pueden examinar.

Y paseó la caja á los que estaban en primera fila. El P. Camorra echó el cuerpo hacia atrás como si tuviese asco, el P. Salví la miró de cerca como si le atrajesen las cosas sepulcrales; el P. Irene sonreía con la sonrisa del inteligente, D. Custodio afectaba gravedad y desdén, y Ben Zayb buscaba su espejo; allí debía estar, pues de espejos se trataba.

— ¡Cómo huele á cadáver! dijo una señora; ¡puff!

Y se abanicó furiosamente.

— ¡Huele á cuarenta siglos! observó uno con énfasis.

Ben Zayb se olvidó del espejo para ver quién había dicho aquella frase. Era un militar que había leído la historia de Napoleón. Ben Zayb le tuvo envidia, y para soltar otra frase que molestase en algo al P. Camorra, dijo:

— ¡Huele á Iglesia!

— Esta caja, señoras y señores, continuó el americano, contenía un puñado de cenizas y un pedazo de papiro, donde había algunas palabras escritas. Véanlo ustedes, pero les suplico no respiren con fuerza porque si parte de la ceniza se pierde, mi esfinge aparecerá mutilada.

La farsa, dicha con tanta seriedad y convicción, se imponía poco á poco, de tal suerte que cuando la caja pasó, ninguno se atrevió á respirar. El P. Camorra que tantas veces había descrito en el púlpito de Tiani las torturas y sufrimientos del infierno mientras se reía para sus adentros de las miradas aterradas de las pecadoras, se tapó la nariz; y el P. Salví, el mismo P. Salví que había hecho en el día de difuntos una fantasmagoría de las almas del Purgatorio, con fuegos y figuras iluminadas al transparente, con lámparas de alcohol, trozos de oropel,

en el altar mayor de la iglesia de un arrabal para conseguir misas y limosnas, el flaco y silencioso P. Salví contuvo su inspiración y miró con recelo aquel puñado de cenizas.

— ¡*Memento, homo, quia pulvis es!* murmuró el P. Irene sonriendo.

— ¡P—! soltó Ben Zayb.

El tenía preparada la misma reflexión y el canónigo se la quitaba de la boca.

— No sabiendo qué hacer, prosiguió Mr. Leeds cerrando cuidadosamente la caja, examiné el papiro y ví dos palabras de sentido para mí desconocido. Las descifré, y traté de pronunciarlas en voz alta, y apenas articulé la primera cuando sentí que la caja se deslizaba de mis manos como arrebatada por un peso enorme y rodaba por el suelo de donde en vano la intenté remover. Mi sorpresa se convirtió en espanto, cuando, abierta, me encontré dentro con una cabeza humana que me miraba con extraordinaria fijeza. Aterrado y no sabiendo qué hacer ante semejante prodigio, quedéme atónito por un momento temblando como un azogado... Me repuse... Creyendo que aquello era vana ilusión traté de distraerme prosiguiendo la lectura de la segunda palabra. Apenas la pronuncio, la caja se cierra, la cabeza desaparece y en su lugar encuentro otra vez el puñado de cenizas. Sin sospecharlo había descubierto las dos palabras más poderosas en la naturaleza, las palabras de la creación y de la destrucción, la de la vida y la de la muerte!

Detúvose algunos momentos como para ver el efecto de su cuento. Después con paso grave y mesurado, se acercó á la mesa colocando sobre ella la misteriosa caja.

— ¡Mister, el paño! dijo Ben Zayb incorregible.

— ¿Y cómo no? contestó Mr. Leeds muy complaciente.

Y levantando con la mano derecha la caja, recogió con la izquierda el paño descubriendo completamente la mesa, sostenida sobre sus tres pies. Volvió á colocar la caja encima, en el centro, y con mucha gravedad se acercó al público.

— ¡Aquí le quiero ver! decía Ben Zayb á su vecino; verá usted cómo se sale con alguna excusa.

La atención más grande se leía en los rostros de todos; el silencio reinaba. Se oían distintamente el ruido y la algazara de la calle; pero estaban todos tan emocionados que un trozo de diálogo que llegó hasta ellos, no les causó ningún efecto.

— ¿Porque ba no di podí nisós entrá? preguntaba una voz de mujer.

— Abá, ñora, porque 'tallá el maná prailles y el maná empleau, contestó un hombre; 'ta jasí solo para ilós el cabesa de espinge.

— ¡Curioso también el maná prailles! dijo la voz de mujer alejándose; ¡no quiere pa que di sabé nisos cuando ilos ta sali ingañau! ¡Cosa! ¿querida ba de praille el cabesa?

En medio de un profundo silencio, y con voz emocionada prosiguió el americano:

— Señoras y señores: con una palabra voy ahora á reanimar el puñado de cenizas y ustedes hablarán con un sér que conoce lo pasado, lo presente, y mucho del porvenir!

Y el mágico lanzó lentamente un grito, primero plañidero, luego enérgico, mezcla de sonidos agudos como imprecaciones, y de notas roncadas como amenazas que pusieron de punta los cabellos de Ben Zayb.

— ¡Deremof! dijo el americano.

Las cortinas en torno del salón se agitaron, las lámparas amenazaron apagarse, la mesa crujió. Un gemido débil contestó desde el interior de la caja. Todos se miraron pálidos é inquietos: una señora llena de terror y sintiendo un líquido caliente dentro de su traje, se cogió al P. Salví.

La caja entonces se abrió por sí sola y á los ojos del público se presentó una cabeza de un aspecto cadavérico, rodeada de una larga y abundante cabellera negra. La cabeza abrió lentamente los ojos y los paseó por todo el auditorio. Eran de un fulgor vivísimo aumentado tal vez por sus ojeras, y como *abyssus abyssum invocat*, aquellos ojos se fijaron en los profundos y cóncavos del P. Salví que los tenía desmesuradamente abiertos como si viesan algún espectro. El P. Salví se puso á temblar.

— Esfinge, dijo Mr. Leeds, dile al auditorio quién eres!

Reinó un profundo silencio. Un viento frío recorrió la sala é hizo vacilar las azuladas llamas de las lámparas sepulcrales. Los más incrédulos se estremecieron.

— Yo soy Imuthis, contestó la cabeza con voz sepulcral pero extrañamente amenazadora; nací en tiempo de Amasis y fui muerto durante la dominación de los Persas, mientras Cambysses volvía de su desastrosa expedición al interior de la Lybia. Venía de completar mi educación después de largos viajes por

Grecia, Asiria y Persia y me retiraba á mi patria para vivir en ella hasta que Thot me llamase delante de su terrible tribunal. Mas por desgracia mía, al pasar por Babilonia descubrí un terrible secreto, el secreto del falso Smerdis que usurpaba el poder, el temerario mago Gaumata que gobernaba merced á una impostura. Temiendo le descubriese á Cambyses, determinó mi perdición valiéndose de los sacerdotes egipcios. En mi patria, entonces, gobernaban éstos; dueños de las dos terceras partes de las tierras, monopolizadores de la ciencia, sumían al pueblo en la ignorancia y en la tiranía, lo embrutecían y lo hacían apto para pasar sin repugnancia de una á otra dominación. Los invasores se valían de ellos y conociendo su utilidad los protegían y enriquecían, y algunos no sólo dependieron de su voluntad, sino que se redujeron á ser sus meros instrumentos. Los sacerdotes egipcios prestáronse á ejecutar las órdenes de Gaumata con tanto más gusto cuanto que me temían y porque no revelase al pueblo sus imposturas. Valiéronse para sus fines de las pasiones de un joven sacerdote de Abydos que pasaba por santo!...

Silencio angustioso siguió á estas palabras. Aquella cabeza hablaba de intrigas é imposturas sacerdotales, y aunque se referían á otra época y otras creencias, molestaban con todo á los frailes allí presentes, acaso porque vieran en el fondo alguna analogía con la actual situación. El P. Salví, presa de temblor convulsivo, agitaba los labios y seguía con ojos desencajados la mirada de la cabeza como si le fascinase. Gotas de sudor empezaban á brotar de su descarnada frente, pero ninguno lo notaba, vivamente distraídos y emocionados como estaban.

— ¿Y cómo fué la trama que contra ti urdieron los sacerdotes de tu país? preguntó Mr. Leeds.

La cabeza lanzó un gemido doloroso como salido del fondo del corazón y los espectadores vieron sus ojos, aquellos ojos de fuego, nublarse y llenarse de lágrimas. Estremeciéronse muchos y sintieron sus pelos erizarse. No, aquello no era ficción, no era charlatanería; la cabeza era una víctima y lo que contaba era su propia historia.

— ¡Ay! dijo agitándose con desconsuelo; yo amaba á una joven, hija de un sacerdote, pura como la luz, como el loto cuando se acaba de abrir! El joven sacerdote de Abydos la codiciaba también, y urdió un motín valiéndose de mi nombre y

merced á unos papiros míos que sonsacó á mi amada. El motín estalló en el momento en que Cambyses volvía furioso de los desastres de su desgraciada campaña. Fuí acusado de rebelde, preso, y habiéndome escapado, en la persecución fuí muerto en el lago Mœris... Yo ví desde la eternidad triunfar á la impostura, veo al sacerdote de Abydos perseguir noche y día á la virgen refugiada en un templo de Isis en la isla de Philœ... yo le veo perseguirla y acosarla hasta en los subterráneos, volverla loca de terror y de sufrimiento, como un gigantesco murciélago á una blanca paloma... ¡Ah! sacerdote, sacerdote de Abydos! vuelvo á la vida para revelar tus infamias, y después de tantos años de silencio te llamo asesino, sacrílego, calumniador!!

Una carcajada seca, sepulcral, siguió á estas palabras, mientras una voz ahogada respondía:

— No ¡piedad...!

Era el P. Salví que rendido por el terror extendía ambas manos y se dejaba caer.

— ¿Qué tiene V. R. P. Salví? ¿Se siente mal? preguntó el P. Irene.

— Es el calor de la sala...

— Es el olor á muerto que aquí se respira.

— ¡Asesino, calumniador, sacrílego! repetía la cabeza; te acuso, asesino, asesino, asesino!

Y resonaba otra vez la carcajada seca, sepulcral y amenazadora, como si absorbiera la cabeza en la contemplación de sus agravios no viese el tumulto que reinaba en la sala. El P. Salví se había desmayado por completo.

— ¡Piedad! ¡vive todavía...! repitió el P. Salví, y perdió el conocimiento. Estaba pálido como un muerto. Otras señoras creyeron deber desmayarse también y así lo hicieron.

— ¡Delira... P. Salví!

— Ya le decía que no comiese la sopa de nido de golondrina! decía el P. Irene; eso le ha hecho mal.

— ¡Si no ha comido nada! contestaba D. Custodio temblando; como la cabeza le ha estado mirando fijamente, le ha magnetizado...

Aquí fué el barullo; la sala parecía un hospital, un campo de batalla. El P. Salví parecía muerto, y las señoras viendo que no acudían á ellas tomaron el partido de volver en sí.

Entre tanto la cabeza se había reducido á polvo y Mr. Leeds colocaba otra vez el paño negro sobre la mesa y saludaba á su auditorio.

— Es menester que el espectáculo se prohíba, decía D. Custodio al salir; es altamente impío é inmoral!

— ¡Sobre todo, porque no se sirve de espejos! añadió Ben Zayb.

Mas, antes de dejar la sala quiso asegurarse por última vez, saltó la barrera, se acercó á la mesa y levantó el paño: nada, siempre nada. (1)

Al día siguiente escribía un artículo en que hablaba de ciencias ocultas, del espiritismo, etc.; inmediatamente vino una orden del gobernador eclesiástico suspendiendo las funciones, pero ya Mr. Leeds había desaparecido llevándose á Hong Kong su secreto.

## XIX

### LA MECHA

Plácido Penitente salió de la clase con el corazón rebosando hiel y con sombrías lágrimas en la mirada. Él era muy digno de su nombre cuando no se le sacaba de sus casillas, pero una vez que se irritaba, era un verdadero torrente, una fiera que sólo se podía detener muriendo ó matando. Tantas afrentas, tantos alfilerazos, que día por día habían hecho estremecerse su corazón, depositándose en él para dormir con el sueño de vibras aletargadas, se levantaban ahora y se agitaban rugiendo de ira. Los silbidos resonaban en sus oídos con las frases burlonas del catedrático, las frases en lengua de tienda, y le parecía oír latigazos y carcajadas. Mil proyectos de venganza surgían en su cerebro atropellándose unos á otros y desapareciendo inmedia-

---

(1) Sin embargo, Ben Zayb no estaba muy errado. Los tres pies de la mesa tienen ranuras por donde se deslizan los espejos, ocultos debajo del entarimado y disimulados por los cuadros de la alfombra. Al colocar la caja sobre la mesa se comprime un resorte y suben suavemente los espejos; se quita después el paño teniendo cuidado de levantarlo en vez de dejarlo deslizar, y entonces se tiene la mesa ordinaria de las cabezas parlantes. La mesa comunica con el fondo de la caja. Terminado el espectáculo, el prestidigitador cubre otra vez la mesa, aprieta otro resorte y descienden los espejos.



tamente como imágenes de un sueño. Su amor propio, con la tenacidad de un desesperado, le gritaba que debía obrar.

— Plácido Penitente, decía la voz, demuestra á toda esa juventud que tienes dignidad, que eres hijo de una provincia valerosa y caballeresca donde el insulto se lava con sangre. ¡Eres batangueño, Plácido Penitente! ¡Véngate, Plácido Penitente!

Y el joven rugía y rechinaban sus dientes y tropezaba con todo el mundo en la calle, en el puente de España, como si buscase querrela. En este último punto vió un coche donde iba el Vice Rector P. Sibyla, acompañado de D. Custodio, y diéronle grandes ganas de coger al religioso y arrojarlo al agua.

Siguió por la Escolta y estuvo tentado de empezar á cachetes con dos agustinos, que sentados á la puerta del bazar de Quiroga, refan y bromeaban con otros frailes que debían estar en el fondo de la tienda ocupados en alguna tertulia; se oían sus alegres voces y sonoras carcajadas. Algo más lejos dos cadetes cerraban la acera charlando con un dependiente de un almacén en mangas de camisa; Plácido Penitente se dirigió á ellos para abrirse paso, y los cadetes que vieron la sombría intención del joven y estaban de buen humor, se apartaron prudentemente. Plácido estaba en aquellos momentos bajo el influjo del *hamok* que dicen los malayistas.

Plácido, á medida que se acercaba á su casa, — la casa de un platero en donde vivía como pupilo, — procuraba coordinar sus ideas y maduraba un plan. Retirarse á su pueblo y vengarse para demostrar á los frailes que no se insulta impunemente á un joven ni se puede burlar de él. Pensaba escribir inmediatamente una carta á su madre, á Cabesang Andang, para enterarla de lo que había pasado y decirle que las aulas se le cerraban para siempre, que si bien existía el Ateneo de los jesuitas para cursar aquel año, era muy probable que no le concediesen los dominicos el traslado y que aun cuando lo consiguiera, en el curso siguiente tendría que volver á la Universidad.

— ¡Dicen que no sabemos vengarnos! decía; que el rayo estalle y lo veremos!

Pero Plácido no contaba con lo que le esperaba en casa del platero.

Cabesang Andang acababa de llegar de Batangas y venía á

hacer compras, visitar á su hijo y traerle dinero, tapa de venado y pañuelos de seda.

Pasados los primeros saludos, la pobre mujer que desde un principio había notado la sombría mirada de su hijo, no pudo más contenerse y empezó con sus preguntas. A las primeras explicaciones, Cabesang Andang las tomó por añagaza, se sonrió y estuvo apaciguando á su hijo, recordándole los sacrificios, las privaciones, etc., y habló del hijo de Capitana Simona, que por haber entrado en el Seminario, se daba en el pueblo aires de obispo: ¡Capitana Simona se consideraba ya como Madre de Dios, claro, su hijo va á ser otro Jesucristo!

— Si el hijo se hace sacerdote, decía Cabesang Andang, la madre no nos ha de pagar lo que nos debe... ¿quién la cobra entonces?

Pero al ver que Plácido hablaba en serio y leyó en sus ojos la tempestad que rugía en su interior, comprendió que por desgracia lo que contaba era la pura verdad. Quedóse por algunos momentos sin poder hablar y después se deshizo en lamentaciones.

— ¡Ay! decía; ¡y yo que he prometido á tu padre cuidarte, educarte y hacer de ti un abogado! ¡Me privaba de todo para que pudieses estudiar! ¡En vez de ir al *panguingui* donde se juega á medio peso, sólo me iba al de á medio real, sufriendo el mal olor y las cartas sucias! ¡Mira mis camisas zurcidas! En vez de comprar otras nuevas, gasto el dinero en misas y regalos á San Sebastián, aunque no creo mucho en su virtud porque el cura las dice de prisa y corriendo y el santo es enteramente nuevo, y todavía no sabe hacer milagros, y no está hecho de *batikulin* sino de *laniti*... ¡Ay! ¿Qué va á decirme tu padre cuando me muera y le vea?

Y la pobre mujer se lamentaba y lloraba; Plácido se ponía más sombrío y de su pecho se escapaban ahogados suspiros.

— ¿Qué saco con ser abogado? respondía.

— ¿Qué va á ser de ti? continuaba la madre juntando las manos: ¡te van á llamar *pilibistiero* y serás ahorcado! ¡Yo ya te decía que tuvieses paciencia, que seas humilde! No te digo que beses la mano á los curas, sé que tienes el olfato delicado como tu padre que no podía comer el queso de Europa... pero tenemos que sufrir, callarnos, decir á todo sí... ¿Qué vamos á

hacer? Los frailes tienen todo; si ellos no quieren, ninguno saldrá abogado ni médico... ¡Ten paciencia, hijo mío, ten paciencia!

— ¡Si la he tenido mucha, madre; por meses y meses he sufrido!

Cabesang Andang seguía sus lamentaciones. Ella no le pedía que se declarase partidario de los frailes, ella tampoco lo era; bastante sabía que por uno bueno hay diez malos que sacan el dinero de los pobres y envían al destierro á los ricos. Pero uno debe callarse, sufrir y aguantar; no hay más remedio. Y citaba tal y tal señor que por mostrarse *pacioso* y humilde, aunque en el fondo de su corazón odiaba á sus amos, de criado que era de frailes llegó á ser promotor fiscal; y tal fulano que ahora es rico y puede cometer atrocidades seguro de tener padrinos que le amparen contra la ley, era no más que un pobre sacristán, humilde y obediente, que se casó con una muchacha bonita y de cuyo hijo fué padrino el cura...

Cabesang Andang continuaba con su letanía de filipinos humildes y *paciosos* como ella decía é iba á citar otros que por no serlo se veían desterrados y perseguidos, cuando Plácido, con un pretexto insignificante, dejó la casa y se puso á vagar por las calles.

Recorrió Sibakong, Tondo, San Nicolás, Santo Cristo, distraído y de mal humor, sin hacer caso del sol ni de la hora, y solamente cuando sintió hambre y se apercibió que no tenía dinero por haberlo dado todo á fiestas y contribuciones, retiróse á su casa. Esperaba no encontrar á su madre por tener ésta la costumbre, siempre que se iba á Manila, de ir á esa hora á una vecina casa donde se juega *panguingui*. Pero Cabesang Andang le aguardaba para comunicarle su proyecto: ella se valdría del procurador de los agustinos para hacer entrar á su hijo en gracia de los dominicos. Plácido le cortó la palabra con un gesto.

— Primero me arrojo al mar, dijo: primero me hago tulisán que volver á la Universidad.

Y como su madre empezase con su sermón sobre la paciencia y la humildad, Plácido sin haber comido nada volvió á salir y se dirigió á los muelles donde fondean los vapores.

La vista de un vapor que levaba anclas para Hong Kong le inspiró una idea: irse á Hong Kong, escaparse, hacerse rico allí para hacer la guerra á los frailes. La idea de Hong Kong

despertó en su mente un recuerdo, una historia de frontales, ciriales y candelabros de plata pura que la piedad de los fieles había regalado á cierta iglesia; los frailes, contaba un platero, habían mandado hacer en Hong Kong otros frontales, ciriales y candelabros enteramente iguales, pero de plata Ruolz, con que substituyeron los verdaderos que mandaron acuñar y convertir en pesos mejicanos. Esta era la historia que él había oído y aunque no pasaba de cuento ó murmuración, su resentimiento lo pintaba con carácter de verdad y le recordaba otros rasgos más por el estilo. El deseo de vivir libre y ciertos planes á medio bosquejar le hicieron decidirse por la idea de ir á Hong Kong. Si allí llevaban las corporaciones todo su dinero, el comercio debe ir bien y podrá enriquecerse.

— ¡Quiero ser libre, vivir libre!...

Sorprendióle la noche vagando por San Fernando, y no dando con ningún marinero amigo, decidió retirarse. Y como la noche era hermosa y la luna brillaba en el cielo transformando la miserable ciudad en un fantástico reino de las hadas, fué á la feria. Allí estuvo yendo y viniendo, recorriendo tiendas sin fijarse en los objetos, con el pensamiento en Hong Kong para vivir libre, enriquecerse...

Iba ya á abandonar la feria cuando creyó distinguir al joyero Simoun despidiéndose de un extranjero y hablando ambos en inglés. Para Plácido, todo idioma hablado en Filipinas por los europeos, que no sea español, tiene que ser inglés: además pescó nuestro joven la palabra Hong Kong.

¡Si el joyero Simoun pudiese recomendarle á aquel extranjero que debe partir para Hong Kong!

Plácido se detuvo. Conocía al joyero por haber estado en su pueblo vendiendo alhajas. Le había acompañado en un viaje y por cierto que Simoun se había mostrado muy amable con él contándole la vida que se lleva en las Universidades de los países libres: ¡qué diferencia!

Plácido le siguió al joyero.

— ¡Señor Simoun, señor Simoun! dijo.

El joyero en aquel momento se disponía á subir á un coche. Así que conoció á Plácido, se detuvo.

— ¡Quisiera pedirle un favor..., decirle dos palabras! dijo.

Simoun hizo un gesto de impaciencia que Plácido en su tur-

bación no observó. En pocas palabras contó el joven lo que le había pasado manifestando su deseo de irse á Hong Kong.

— ¿Para qué? preguntó Simoun mirando á Plácido fijamente al través de sus anteojos azules.

Plácido no contestó. Entonces Simoun levantó la cabeza, sonrióse con su sonrisa silenciosa y fría, y dijo á Plácido:

— ¡Está bien! véngase usted conmigo. ¡A la calzada del Iris! dijo al cochero.

Simoun permaneció silencioso durante todo el trayecto como si estuviese absorto en una meditación muy importante. Plácido, esperando que le hablase, no decía una sola palabra y se distraía mirando hacia los muchos paseantes que aprovechaban la claridad de la luna. Jóvenes, parejas de novios, enamorados, seguidos detrás de cuidadosas madres ó tías; grupos de estudiantes en traje blanco que la luna hacía más blanco todavía; soldados medio borrachos, en coche, seis á la vez, yendo de visita en algún templo de nipa dedicado á Citeres; niños que juegan al *tubigan*, chinos vendedores de cañadulce, etc., llenaban el camino y adquirían á la luz resplandeciente de la luna formas fantásticas y contornos ideales. En una casa tocaba la orquesta vales y se veían algunas parejas bailar á la luz de los quinqués y lámparas... ¡qué mezquino espectáculo le pareció comparado con el que se ofrecía en las calles! Y pensando en Hong Kong se preguntó si las noches de luna en aquella isla serían tan poéticas, tan dulcemente melancólicas como las de Filipinas y una profunda tristeza se apoderó de su corazón.

Simoun mandó parar el coche y ambos bajaron. En aquel momento pasaron á su lado Isagani y Paulita Gómez, murmurándose dulces palabras; detrás venía doña Victorina con Juanito Peláez, que hablaba en voz alta, gesticulaba mucho y se quedaba más jorobado. Peláez distraído no vió á su excondiscípulo.

— ¡Ese sí que es feliz! murmuró Plácido suspirando y mirando hacia el grupo que se convertía en vaporosas siluetas, donde se distinguían muy bien los brazos de Juanito que subían y bajaban como aspas de un molino.

— ¡Sólo sirve para eso! murmuraba á su vez Simoun; buena está la juventud!

¿Á quién aludían Plácido y Simoun?

Este hizo una seña al joven, dejaron la calzada y se internaron en un laberinto de senderos y pasadizos que formaban entre sí varias casas; tan pronto saltaban sobre piedras para evitar pequeñas charcas, como se bajaban para pasar un cerco mal hecho y peor conservado. Extrañábase Plácido de ver al rico joyero andar por semejantes sitios, como si estuviese muy familiarizado con ellos. Llegaron al fin á una especie de solar grande donde había una miserable casita aislada, rodeada de plataneros y palmeras de bonga. Algunos armazones de caña y pedazos de tubos de ídem hicieron sospechar á Plácido que se encontraban en casa de algún *castillero* ó pirotécnico.

— ¡Ah! señor...

Y bajó inmediatamente.

— ¿Está la pólvora? preguntó Simoun.

— En sacos; espero los cartuchos.

— ¿Y las bombas?

— Dispuestas.

— Muy bien, maestro... Esta misma noche parte usted y habla con el teniente y el cabo... é inmediatamente prosigue usted su camino; en Lamayán encontrará un hombre en una banca; dirá usted «Cabeza» y él contestará «Tales.» Es menester que esté aquí mañana. No hay tiempo que perder!

Y le dió algunas monedas de oro

— ¿Cómo señor? preguntó el hombre en muy buen español; ¿hay algo nuevo?

— Sí, se hará dentro de la semana que viene.

— ¡La semana que viene! repitió el desconocido retrocediendo: los arrabales no están preparados; esperan que el General retire el decreto... yo creía que se dejaba para la entrada de la cuaresma!

Simoun movió la cabeza.

— No tendremos necesidad de los arrabales, dijo: con la gente de Cabeasang Tales, los excarabineros y un regimiento tenemos bastante. Más tarde, acaso María Clara ya esté muerta! Parta usted en seguida!

El hombre desapareció.

Plácido había asistido á esta corta entrevista y había oído todo; cuando creyó comprender algo se le erizaron los cabellos y miró á Simoun con ojos espantados. Simoun se sonreía.

— Le extraña á usted, dijo con su sonrisa fría, que ese indio tan mal vestido hable bien el español? Era un maestro de escuela que se empeñó en enseñar el español á los niños y no paró hasta que perdió su destino y fué deportado por perturbador del orden público y por haber sido amigo del desgraciado Ibarra. Le he sacado de la deportación donde se dedicaba á podar cocoteros y le he hecho pirotécnico.

Volvieron á la calzada y á pie se dirigieron hacia Trozo. Delante de una casita de tabla, de aspecto alegre y aseado, había un español apoyado en una muleta, tomando la luz de la luna. Simoun se dirigió á él; el español al verle procuró levantarse ahogando un quejido.

— ¡Estése usted preparado! le dijo Simoun.

— ¡Siempre lo estoy!

— ¡Para la semana que viene!

— ¿Ya?

— ¡Al primer cañonazo!

Y se alejó seguido de Plácido que empezaba á preguntarse si no soñaba.

— Le sorprende á usted, preguntóle Simoun, ver á un español tan joven y tan maltratado por las enfermedades? Dos años hace era tan robusto como usted, pero sus enemigos consiguieron enviarle á Balábak para trabajar en una compañía disciplinaria, y allí le tiene usted con un reumatismo y un paludismo que le lleva á la tumba. El infeliz se había casado con una hermosísima mujer...

Y como un coche vacío pasase, Simoun lo paró y con Plácido se hizo conducir á su casa de la calle de la Escolta. En aquel momento daban los relojes de las iglesias las diez y media.

Dos horas después, Plácido dejaba la casa del joyero, y grave y meditabundo seguía por la Escolta, ya casi desierta á pesar de los cafés que aun continuaban bastante animados. Alguno que otro coche pasaba rápido produciendo un ruido infernal sobre el gastado adoquinado.

Simoun desde un aposento de su casa que da al Pasig, dirigía la vista hacia la ciudad murada, que se divisaba al través de las ventanas abiertas, con sus techos de hierro galvanizado que la luna hacía brillar, y sus torres que se dibujaban tristes, pesadas, melancólicas, en medio de la serena atmósfera de la noche.

Simoun se había quitado las gafas azules, sus cabellos blancos como un marco de plata rodeaban su enérgico semblante bronceado, alumbrado vagamente por una lámpara, cuya luz amenazaba apagarse por falta de petróleo. Simoun, preocupado al parecer por un pensamiento; no se apercebía de que poco á poco la lámpara agonizaba y venía la oscuridad.

— Dentro de algunos días, murmuró, cuando por sus cuatro costados arda esa ciudad maldita, albergue de la nulidad presumida y de la impía explotación del ignorante y del desgraciado; cuando el tumulto estalle en los arrabales y lance por las calles aterradas mis turbas vengadoras, engendradas por la rapacidad y los errores, entonces abriré los muros de tu prisión, te arrancaré de las garras del fanatismo, y blanca paloma, serás el Fénix que renacerá de las candentes cenizas...! Una revolución urdida por los hombres en la oscuridad me ha arrancado de tu lado; otra revolución me traerá á tus brazos, me resucitará y esa luna, antes que llegue al apogeo de su esplendor, iluminará las Filipinas, limpias de su repugnante basura!

Simoun se calló de repente como entrecortado. Una voz preguntaba en el interior de su conciencia si él, Simoun, no era parte también de la basura de la maldita ciudad, acaso el fermento más deletéreo. Y como los muertos que han de resucitar al son de la trompeta fatídica, mil fantasmas sangrientos, sombras desesperadas de hombres asesinados, mujeres deshonradas, padres arrancados á sus familias, vicios estimulados y fomentados, virtudes escarnecidas, se levantaban ahora al eco de la misteriosa pregunta. Por primera vez en su carrera criminal desde que en la Habana, por medio del vicio y del soborno, quiso fabricarse un instrumento para ejecutar sus planes, un hombre sin fe, sin patriotismo y sin conciencia, por primera vez en aquella vida se rebelaba algo dentro de sí y protestaba contra sus acciones. Simoun cerró los ojos, y se estuvo algún tiempo inmóvil; después se pasó la mano por la frente, se negó á mirar en su conciencia y tuvo miedo. No, no quiso analizarse, le faltaba valor para volver la vista hacia su pasado... Faltarle el valor ¡recisamente cuando el momento de obrar se acerca, faltarle la convicción, la fe en sí mismo! Y como los fantasmas de los infelices en cuya suerte había él influido, continuaban flotando delante de sus ojos como si saliesen de la brillante superfi-



cie del río é invadiesen el aposento gritándole y tendiéndole las manos; como los reproches y los lamentos parecía que llenaban el aire oyéndose amenazas y acentos de venganza, apartó su vista de la ventana y acaso por primera vez empezó á temblar.

— No, yo debo estar enfermo, yo no debo sentirme bien, murmuró; muchos son los que me odian, los que me atribuyen su desgracia, pero...

Y sintiendo que su frente ardía, levantóse y se acercó á la ventana para aspirar la fresca brisa de la noche. Á sus pies arrastraba el Pasig su corriente de plata, en cuya superficie brillaban perezosas las espumas, giraban, avanzaban y retrocedían siguiendo el curso de los pequeños torbellinos. La ciudad se levantaba á la otra orilla y sus negros muros aparecían fatídicos, misteriosos, perdiendo su mezquindad á la luz de la luna que todo lo idealiza y embellece. Pero Simoun volvió á estremecerse; le pareció ver delante de sí el rostro severo de su padre, muerto en la cárcel, pero muerto por hacer el bien, y el rostro de otro hombre más severo todavía, de un hombre que había dado su vida por él, porque creía que iba á procurar la regeneración de su país.

— No, no puedo retroceder, exclamó enjugando el sudor de su frente; la obra está adelantada y su éxito me va á justificar... Si me hubiese portado como vosotros, habría sucumbido... Nada de idealismos, nada de falaces teorías! Fuego y acero al cáncer, castigo al vicio, y rómpase después si es malo el instrumento! No, yo he meditado bien, pero ahora tengo fiebre... mi razón vacila... es natural... si he hecho el mal es con el fin de hacer el bien y el fin salva los medios... Lo que haré es no exponerme...

Y con el cerebro trastornado acostóse y trató de conciliar el sueño.

Plácido, á la mañana siguiente, escuchó sumiso y con la sonrisa en los labios el sermón de su madre. Cuando ésta le habló de sus proyectos de interesar al procurador de los agustinos, no protestó, ni se opuso; antes al contrario, se ofreció él mismo á hacerlo para evitar molestias á su madre á quien suplicaba se volviese cuanto antes á la provincia, si pudiese ser, aquel mismo día. Cabesang Andang le preguntó por qué.

— Porque... porque si el procurador llega á saber que está

usted aquí no lo hará sin que antes usted le envíe un regalo y algunas misas.

## XX

### EL PONENTE

Cierto era lo que había dicho el P. Irene: la cuestión de la Academia de castellano, tanto tiempo ha presentada, se encaminaba á una solución. Don Custodio, el activo don Custodio, el más activo de todos los ponentes del mundo según Ben Zayb, se ocupaba de ella y pasaba los días leyendo el expediente y se dormía sin haber podido decidir nada: se levantaba al siguiente, hacía lo mismo, volvía á dormirse y así sucesivamente. ¡Cuánto trabajaba el pobre señor, el más activo de todos los ponentes del mundo! Quería salir del paso dando gusto á todos, á los frailes, al alto empleado, á la condesa, al P. Irene y á sus principios liberales. Había consultado con el señor Pasta, y el señor Pasta le dejó tonto y mareado después de aconsejarle un millón de cosas contradictorias é imposibles; consultó con Pepay la bailarina, y Pepay la bailarina, que no sabía de qué se trataba, hizo una pirueta, le pidió veinticinco pesos para enterrar á una tía suya que acababa de morir de repente por quinta vez, ó por la quinta tía que se le moría según más latas explicaciones, no sin exigir que hiciese nombrar á un primo suyo que sabía leer, escribir y tocar el violín, auxiliar de fomento, cosas todas que estaban muy lejos para inspirarle á don Custodio una idea salvadora.

Dos días después de los acontecimientos de la feria de Kiapò, estaba don Custodio trabajando como siempre, estudiando el expediente sin encontrar la dichosa solución. Pero mientras bosteza, tose, fuma y piensa en las piruetas y en las piernas de Pepay, vamos á decir algo sobre este elevado personaje, para que se comprenda la razón por qué el P. Sibyla le propuso para terminar tan espinoso asunto y por qué le aceptaron los del otro partido.

D. Custodio de Salazar y Sánchez de Monteredondo (a) Buena Tinta, pertenecía á esa clase de la sociedad manilense que no da un paso sin que los periódicos le cuelguen por delante

y por detrás mil apelativos llamándole *infatigable, distinguido, celoso, activo, profundo, inteligente, conocedor, acaudalado*, etc., etc., como si temiesen se confundiese con otro del mismo nombre y apellidos, haragán é ignorante. Por lo demás, mal ninguno resultaba de ello y la previa censura no se inquietaba. El *Buena Tinta* le venía de sus amistades con Ben Zayb, cuando éste, en las dos ruidosísimas polémicas que sostuvo durante meses y semanas en las columnas de los periódicos sobre si debía usarse sombrero hongo, de copa ó salakot, y sobre si el plural de *carácter* debía ser *carácteres* y no *caracteres*, para robustecer sus razones siempre se salía con «*cónstanos de buena tinta,*» «*lo sabemos de buena tinta,*» etc., sabiéndose después, porque en Manila se sabe todo, que esta buena tinta no era otro que D. Custodio de Salazar y Sánchez de Monteredondo.

Había llegado á Manila muy joven, con un buen empleo que le permitió casarse con una bella mestiza perteneciente á una de las familias más acaudaladas de la ciudad. Como tenía talento natural, atrevimiento y mucho aplomo, supo utilizar bien la sociedad en que se encontraba, y con el dinero de su esposa se dedicó á negocios, á contratos con el Gobierno y el Ayuntamiento, por lo que le hicieron concejal, después alcalde, vocal de la Sociedad Económica de Amigos del País, consejero de Administración, presidente de la Junta Administrativa de Obras Pías, vocal de la Junta de la Misericordia, consiliario del Banco Español Filipino, etc., etc. Y no se crea que estos etcéteras se parecen á los que se ponen de ordinario después de una larga enumeración de títulos: D. Custodio, con no haber visto nunca un tratado de Higiene, llegó á ser hasta vice-presidente de la Junta de Sanidad de Manila, verdad es también que de los ocho que la componen sólo uno tenía que ser médico, y este uno no podía ser él. Asimismo fué vocal de la Junta Central de vacuna, compuesta de tres médicos y siete profanos, entre éstos el arzobispo y tres provinciales: fué hermano de cofradías y archicofradías, y, como hemos visto, vocal ponente de la Comisión Superior de Instrucción Primaria que no suele funcionar, razones todas más que suficientes para que los periódicos le rodeen de adjetivos, así cuando viaja como cuando estornuda.

A pesar de tantos cargos, D. Custodio no era de los que se

dormían en las sesiones contentándose, como los diputados tímidos y perezosos, con votar con la mayoría. Al revés de muchos reyes de Europa que llevan el título de rey de Jerusalem, don Custodio hacía valer su dignidad y sacaba de ella todo el jugo que podía, fruncía mucho las cejas, ahuecaba la voz, tosía las palabras y muchas veces hacía el gasto de toda la sesión contando un cuento, presentando un proyecto ó combatiendo á un colega que se le había puesto entre ceja y ceja. A pesar de no pasar de los cuarenta, hablaba entonces de obrar con tiento, de dejar que se maduren las brevas, y añadía por lo bajo, ¡melones! — de pensar mucho y andar con pies de plomo, de la necesidad de conocer el país, porque las condiciones del indio, porque el prestigio del nombre español, porque primero eran españoles, porque la religión, etc., etc. Todavía se acuerdan en Manila de un discurso suyo cuando por primera vez se propuso el alumbrado de petróleo para sustituir el antiguo de aceite de coco: en aquella innovación, lejos de ver la muerte de la industria del aceite, sólo columbró los intereses de cierto concejal — porque D. Custodio ve largo — y opúsose con todos los ecos de su cavidad bucal, encontrando el proyecto demasiado prematuro y vaticinando grandes cataclismos sociales. No menos célebre fué su oposición á una serenata sentimental que algunos querían dar á cierto gobernador en la víspera de su marcha: D. Custodio, que estaba algo resentido por no recordamos qué desaires, supo insinuar la especie de si el astro veniente era enemigo mortal del saliente, con lo que atemorizados los de la serenata, desistieron.

Un día, aconsejéronle volver á España para curarse de una enfermedad del hígado, y los periódicos hablaron de él como de un Anteo que necesitaba poner el pie en la Madre Patria para recobrar nuevas fuerzas; mas el Anteo manileño se encontró en medio de la Corte, tamañito é insignificante. Allí él no era nadie y echaba de menos sus queridos adjetivos. No alternaba con las primeras fortunas, su carencia de instrucción no le daba mucha importancia en los centros científicos y academias, y por su atraso y su política de convento, salía alelado de los círculos, disgustado, contrariado, no sacando nada en claro sino que allí se pegan sablazos y se juega fuerte. Echaba de menos los sumisos criados de Manila que le sufrían todas las imperti-

nencias, y entonces le parecían preferibles; como el invierno le pusiese entre un brasero y uná pulmonía, suspiraba por el invierno de Manila, en que le bastaba una sencilla bufanda; en el verano le faltaba la silla perezosa y el *batà* para abanicarle; en suma, en Madrid era él uno de tantos y; á pesar de sus brillantes, le tomaron una vez por un paletó que no sabe andar, y otra por un *indiano*, se burlaron de sus aprensiones y le tomaron el pelo descaradamente unos sablistas por él desairados. Disgustado de los conservadores, que no hacían gran caso de sus consejos, como de los gorristas que le chupaban los bolsillos, declaróse del partido liberal, volviéndose antes del año á Filipinas, si no curado del hígado, trastornado por completo en sus ideas.

Los once meses de vida de Corte, pasados entre políticos de café, cesantes casi todos; los varios discursos pescados aquí y allí, tal ó cual artículo de oposición y toda aquella vida política que se absorbe en la atmósfera, desde la peluquería entre tijeretazo y tijeretazo del Fígaro que expone su programa, hasta los banquetes donde se diluyen en períodos armoniosos y frases de efecto los distintos matices de credos políticos, las divergencias, disidencias, descontentos, etc., todo aquello, á medida que se alejaba de Europa, renacía con potente savia dentro de sí, como semilla sembrada, impedida de crecer por espeso follaje, y de tal manera que, cuando fondeó en Manila, se creyó que la iba á regenerar, y, en efecto, tenía los más santos propósitos y los más puros ideales.

Á los primeros meses de su llegada, todo era hablar de la Corte, de sus buenos amigos, del ministro Tal, ex-ministro Cual, diputado C, escritor B; no había suceso político, escándalo cortesano del que no estuviese enterado en sus mínimos detalles, ni hombre público de cuya vida privada no conociese los secretos, ni podía suceder nada que no hubiese previsto, ni dictarse una reforma sobre la que no le hubiesen pedido anticipadamente su parecer; y todo esto sazonado de ataques á los conservadores, con verdadera indignación, de apologías del partido liberal, de un cuentecillo aquí, una frase allá de un grande hombre, intercalando, como quien no quiere, ofrecimientos y empleos que rehusó por no deber nada á los conservadores. Tal era su ardor en aquellos primeros días, que varios de los contertulios en el almacén de comestibles que visitaba de vez

en cuando, se afiliaron al partido liberal, y liberales se llamaron D. Eulogio Badana, sargento retirado de carabineros; el honrado Armendía, piloto y furibundo carlista; D. Eusebio Picote, vista de aduanas, y D. Bonifacio Tacón, zapatero y talabartero.

Sin embargo, los entusiasmos, faltos de aliciente y de lucha, fueron apagándose poco á poco. El no leía los periódicos que le llegaban de España, porque venían por paquetes y su vista le hacía bostezar; las ideas que había pescado, usadas todas, necesitaban refuerzo, y no estaban allí sus oradores; y aunque en los casinos de Manila se juega bastante y se dan bastantes sablazos, como en los círculos de la Corte, no se permitía en aquéllos, sin embargo, ningún discurso para alimentar los ideales políticos. Pero D. Custodio no era perezoso; hacía algo más que querer, obraba; y previendo que iba á dejar sus huesos en Filipinas y juzgando que aquel país era su propia esfera, dedicó sus cuidados y creyó liberalizarlo imaginando una serie de reformas y proyectos á cual más peregrinos. El fué quien, habiendo oído en Madrid hablar del pavimento de madera de las calles de París, entonces no adoptado todavía en España, propuso su aplicación en Manila, extendiendo por las calles tablas, clavadas al modo como se ven en las casas; él fué quien, lamentando los accidentes de los vehículos de dos ruedas, para prevenirlos discurrió que les pusieran lo menos tres; él fué también quien, mientras actuaba de Vicepresidente de la Junta de Sanidad, le dió por fumigarlo todo, hasta los telegramas que venían de los puntos infestados; el fué también quien, compadeciendo por una parte á los presidiarios que trabajaban en medio del sol y queriendo por otra ahorrar al Gobierno de gastar en el equipo de los mismos, propuso vestirlos con un simple taparrabo y hacerlos trabajar, en vez de día, de noche. Se extrañaba, se ponía furioso de que sus proyectos encontrasen impugnadores; pero se consolaba con pensar que el hombre que vale, enemigos tiene, y se vengaba atacando y desechando cuantos proyectos buenos ó malos presentaban los demás.

Como se picaba de liberal, al preguntarle qué pensaba de los indios solía responder, como quien hace un gran favor, que eran aptos para trabajos mecánicos y *artes imitativas* (él quería decir música, pintura y escultura), y añadía su vieja coletilla de que para conocerlos hay que contar muchos, muchos años

de país. Sin embargo, si oía que alguno sobresalía en algo que no sea trabajo mecánico ó *arte imitativa*, en química, medicina ó filosofía, por ejemplo, decía: ¡Psh! promeeete... ¡no es tonto! y estaba él seguro de que mucho de sangre española debía correr por las venas del tal *indio*; y si no la podía encontrar á pesar de toda su buena voluntad, buscaba entonces un origen japonés: empezaba á la sazón la moda de atribuir á japoneses y á árabes cuanto de bueno los filipinos podían tener. Para don Custodio, el *kundiman*, el *balitaw*, el *kumingtang* eran músicas árabes, como el alfabeto de los antiguos filipinos, y de ello estaba seguro, aunque no conocía ni el árabe ni había visto aquel alfabeto.

— ¡Árabe y del más puro árabe! decía á Ben Zayb en tono que no admitía réplica; cuando más, chino.

Y añadía con un guiño significativo:

— Nada puede ser, nada debe ser original de los indios, ¿entiende usted? Yo les quiero mucho, pero nada se les debe alabar, pues cobran ánimos y se hacen unos desgraciados.

Otras veces decía:

— Yo amo con delirio á los indios, me he constituido en su padre y defensor, pero es menester que cada cosa esté en su lugar. Unos han nacido para mandar y otros para servir; claro está que esta verdad no se puede decir en alta voz, pero se la practica sin muchas palabras. Y mire usted, el juego consiste en pequeñeces. Cuando usted quiera sujetar al pueblo, convénzale de que está sujeto; el primer día se va á reír, el segundo va á protestar, el tercero dudará y el cuarto estará convencido. Para tener al filipino dócil, hay que repetirle día por día de que lo es y convencerle de que es incapaz. ¿De qué le serviría, por lo demás, creer en otra cosa si se hace desgraciado? Créame usted, es un acto de caridad mantener cada ser en la posición en que está; allí está el orden, la armonía. En eso consiste la *ciencia* de gobernar.

Don Custodio, refiriéndose á su política, ya no se contentaba con la palabra *arte*. Y al decir *gobernar* extendía la mano bajándola á la altura de un hombre de rodillas, encorvado.

En cuanto á ideas religiosas, preciábase de ser católico, muy católico, ¡ah! la católica España, la tierra de María Santísima!... Un liberal puede y debe ser católico donde los retrógrados se las

echan de dioses ó santos cuando menos, así como un mulato pasa por blanco en la Cañería. Con todo, comía carne durante la Cuaresma menos el Viernes santo; no se confesaba jamás, no creía en milagros ni en la infalibilidad del Papa, y cuando oía misa, se iba á la de diez ó á la más corta, la misa de tropa. Aunque en Madrid había hablado mal de las órdenes religiosas para no desentonar del medio en que vivía, considerándolas como anacronismos, echando pestes contra la Inquisición y contando tal ó cual cuento verde ó chusco donde bailaban los hábitos, ó, mejor, frailes sin hábitos, sin embargo, al hablar de Filipinas que deben regirse por leyes especiales, tosía, lanzaba una mirada de inteligencia, volvía á extender la mano á la altura misteriosa,

— Los frailes son necesarios, son un mal necesario, decía.

Y se enfurecía cuando algún indio se atrevía á dudar de los milagros ó no creía en el Papa. Todos los tormentos de la Inquisición eran pocos para castigar semejante osadía.

Si le objetaban que dominar ó vivir á costa de la ignorancia tiene otro nombre algo mal sonante y lo castigan las leyes cuando el culpable es uno solo, él se salía citando otras colonias.

— Nosotros, decía con su voz de ceremonia, podemos hablar muy alto! No somos como los ingleses y holandeses, que para mantener en la sumisión á los pueblos se sirven del látigo... disponemos de otros medios más suaves, más seguros; el saludable influjo de los frailes es superior al látigo inglés...

Esta frase suya hizo fortuna, y por mucho tiempo Ben Zayb la estuvo parafraseando y con él todo Manila; la Manila pensadora la celebraba. La frase llegó hasta la Corte, se citó en el Parlamento como de *un liberal de larga residencia*, etc., etc., y los frailes, honrados con la comparación y viendo afianzado su prestigio, le enviaron arobas de chocolate, regalo que devolvió el incorruptible don Custodio, cuya virtud inmediatamente Ben Zayb comparó con la de Epaminondas. Y sin embargo, el Epaminondas moderno se servía del bejuco en sus momentos de cólera, y lo aconsejaba!

Por aquellos días, los conventos, temerosos de que diese un dictamen favorable á la petición de los estudiantes, repetían sus regalos, y la tarde en que le vemos, estaba más apurado que



nunca, pues su fama de activo se comprometía. Hacía más de quince días que tenía en su poder el expediente, y aquella mañana el alto empleado, después de alabar su celo, le había preguntado por su dictamen. Don Custodio respondió con misteriosa gravedad, dando á entender que ya lo tenía terminado: el alto empleado se sonrió, y aquella sonrisa ahora le molestaba y perseguía.

Como decíamos, bostezaba y bostezaba. En uno de esos movimientos, en el momento en que abría los ojos y cerraba la boca, se fijó en la larga fila de cartapacios rojos, colocados ordenadamente en el magnífico estante de kamagón: al dorso de cada uno se leía en grandes letras: PROYECTOS.

Olvidóse por un momento de sus apuros y de las piruetas de Pepay, para considerar que todo lo que se contenía en aquellas gradas había salido de su fecunda cabeza en momentos de inspiración! ¡Cuántas ideas originales, cuántos pensamientos sublimes, cuántos medios salvadores de la miseria filipina! La inmortalidad y la gratitud del país las tenía él seguras!

Como un viejo pisaverde que descubre mohoso paquete de epístolas amoratorias, levantóse don Custodio y se acercó al estante. El primer cartapacio, grueso, hinchado, plétórico, llevaba por título «PROYECTOS *en proyecto.*»

— ¡No! murmuró; hay cosas excelentes, pero se necesitaría un año para releerlos.

El segundo, bastante voluminoso también, se titulaba «PROYECTOS *en estudio.*» — ¡No, tampoco!

Luego venían los «PROYECTOS *en maduración...*» «PROYECTOS *presentados...*» «PROYECTOS *rechazados...*» «PROYECTOS *aprobados...*» «PROYECTOS *suspendidos...*» Estos últimos cartapacios contenían poca cosa, pero el último menos todavía, el de los «PROYECTOS *en ejecución.*»

Don Custodio arrugó la nariz, ¿qué tendrá? Ya se había olvidado de lo que podía haber dentro. Una hoja de papel amarillento asomaba por entre las dos cubiertas, como si el cartapacio le sacase la lengua.

Sacólo del armario y lo abrió: era el famoso proyecto de la Escuela de Artes y Oficios.

— ¡Qué diantre! exclamó; pero si se han encargado de ella los Padres Agustinos...

De repente se dió una palmada en la frente, arqueó las cejas, una expresión de triunfo se pintó en su semblante.

— ¡Si tengo la solución, c—! exclamó lanzando una palabrota que no era el *eureka*, pero que principia por donde éste termina; mi dictamen está hecho.

Y repitiendo cinco ó seis veces su peculiar *eureka*, que azotaba el aire como alegres latigazos, radiante de júbilo se dirigió á su mesa y empezó á emborronar cuartillas.

## XXI

### TIPOS MANILENSES

Aquella noche había gran función en el Teatro de Variedades.

La compañía de opereta francesa de Mr. Jouy daba su primera función, *Les Cloches de Corneville*, é iba á exhibir á los ojos del público su selecta *troupe*, cuya fama venían hace días pregonando los periódicos. Decíase que entre las actrices las había de hermosísima voz, pero de figura más hermosa todavía, y si se ha de dar crédito á murmuraciones, su amabilidad estaba por encima aun de la voz y la figura.

A las siete y media de la noche ya no había billetes ni para el mismo P. Salví moribundo, y los de la entrada general formaban larguísima cola. En la taquilla hubo alborotos, peleas, se habló de filibusterismo y de razas, pero no por eso se consiguieron billetes. A las ocho menos cuarto se ofrecían precios fabulosos por un asiento de anfiteatro. El aspecto del edificio, profusamente iluminado, con plantas y flores en todas las puertas, volvía locos á los que llegaban tarde, que se deshacían en exclamaciones y manotadas. Una numerosa muchedumbre hervía en los alrededores mirando envidiosa á los que entraban, á los que llegaban temprano temerosos de perder sus asientos: risas, murmullos, espectación saludaban á los recién venidos, que, desconsolados, se reunían con los curiosos, y, ya que no podían entrar, se contentaban con ver á los que entraban.

Había sin embargo uno que parecía extraño á tanto afán, á tanta curiosidad. Era un hombre alto, delgado, que andaba lentamente arrastrando una pierna rígida. Vestía una miserable

americana color de café y un pantalón á cuadros, sucio, que modelaba sus miembros huesudos y delgados. Un sombrero hongo, artístico á fuerza de estar roto, le cubría la enorme cabeza, dejando escapar unos cabellos de un gris sucio, casi rubio, largos, ensortijados en sus extremos como melenas de poeta. Lo más notable en aquel hombre no era ni su traje, ni su cara europea sin barba ni bigote, sino el color rojo subido de ella, color que le ha valido el apodo de *Camaróncocado* bajo el cual se le conocía. Era un tipo raro: perteneciente á una distinguida familia, vivía como un vagabundo, un mendigo; de raza española, se burlaba del prestigio que azotaba indiferente con sus harapos; pasaba por ser una especie de repórter, y á la verdad sus ojos grises tanto saltones, tanto fríos y meditabundos, aparecían allí donde acontecía algo publicable. Su manera de vivir era un misterio para muchos; nadie sabía dónde comía ni dónde dormía: acaso tuviera un tonel en alguna parte.

Camaróncocado no tenía en aquel momento la expresión dura é indiferente de costumbre: algo como una alegre compasión se reflejaba en su mirada. Un hombrecillo, un vejete diminuto le abordó alegremente.

— ¡Amigoó! dijo con voz ronca, quebrada como de rana, enseñando unos cuantos pesos mejicanos.

Camaróncocado vió los pesos, y se encogió de hombros. A él ¿qué le importaban?

El vejete era su digno contraste. Pequeñito, muy pequeñito, cubierta la cabeza con un sombrero de copa transformado en colosal gusano de pelo, se perdía en una levita ancha, muy ancha y demasiado larga, para encontrarse al fin de unos pantalones demasiado cortos que no pasaban de las pantorrillas. Su cuerpo parecía el abuelo y las piernas los nietos, mientras que por sus zapatos tenía aire de navegar en seco — ¡eran unos enormes zapatos de marinero que protestaban del gusano de pelo de su cabeza con la energía de un convento al lado de una Exposición Universal! Si Camaróncocado era rojo, él era moreno; aquél siendo de raza española no gastaba un pelo en la cara; él, indio, tenía perilla y bigotes blancos, largos y ralos. Su mirada era viva. Llamábanle Tío Quico, y, como su amigo, vivía igualmente de la publicidad: pregonaba las funciones y pegaba los carteles de los teatros. Era quizás el único filipino

que podía impunemente ir á pie con chistera y levita, así como su amigo era el primer español que se frefa del prestigio de la raza.

— El francés me ha gratificado muy bien, decía sonriendo y enseñando sus pintorescas encías, que parecían una calle después de un incendio; ¡he tenido buena mano en pegar los carteles!

Camaróncocido volvió á encogerse de hombros.

— Quico, repuso en voz cavernosa, si te dan seis pesos por tu trabajo, ¿cuánto darán á los frailes?

Tío Quico, con su vivacidad natural, levantó la cabeza.

— ¿A los frailes?

— Porque has de saber, continuó Camaróncocido, que toda esta entrada se la han procurado los conventos!

En efecto, los frailes, á su cabeza el P. Salví y algunos seglares capitaneados por don Custodio, se habían opuesto á semejantes representaciones. El P. Camorra, que no podía asistir, encandilaba los ojos y se le hacía agua la boca; pero disputaba con Ben Zayb, que se defendía débilmente pensando en los billetes gratis que le enviaría la Empresa. Don Custodio le hablaba de moralidad, de religión, buenas costumbres, etc.

— Pero, balbuceaba el escritor, si nuestros sainetes con sus juegos de palabras y frases de doble sentido...

— ¡Pero al menos están en castellano! le interrumpía gritando el virtuoso concejal, encendido en santa ira; ¡obscenidades en francés; hombre, Ben Zayb, por Dios, en francés! ¡Eso, jamás!

Y decía el *jamás!* con la energía de un triple Guzmán á quien le amenazasen con matarle una pulga si no rendía veinte Tarifas. El P. Irene, naturalmente, opinaba como don Custodio y execraba las operetas francesas. ¡Puf! El había estado en París, pero ni siquiera pisó la acera de un teatro; ¡Dios le libre!

Pero la opereta francesa contaba también con numerosos partidarios. Los oficiales del ejército y de la armada, entre ellos los ayudantes del General, los empleados y muchos grandes señores estaban ansiosos de saborear las delicadezas de la lengua francesa en boca de legítimas *parisiennes*; uníanse á ellos los que viajaron por las M. M. y chapurrearon un poco de francés durante el viaje, los que visitaron París y todos aquellos que querían echárselas de ilustrados. Dividióse pues la sociedad de Manila en dos bandos, en operetistas y antioperetistas, que se

vieron secundados por señoras de edad, esposas celosas y cuidadosas del amor de sus maridos, y por las que tenían novio, mientras las libres y las hermosas se declaraban furibundas ope- retistas. Cruzáronse volantes y más volantes, hubo idas y veni- das, dimes y diretes, juntas, cabildeos, discusiones; se habló hasta de insurrección de los indios, de la indolencia, de razas inferiores y superiores, de prestigio y otras patrañas, y después de mucha chismografía y mucha murmuración, el permiso se concedió, y el P. Salví publicó una pastoral que nadie leyó sino el corrector de la imprenta. Díjose que si el General riñó con la Condesa; si ésta pasaba su vida en las quintas de placer; si S. E. estaba aburrido; si el cónsul francés; si hubo regalos, etc., etc., y danzaron muchos nombres, el del chino Quiroga, el de Simoun y hasta los de muchas actrices.

Gracias á este escandaloso preliminar, la impaciencia de la gente se había excitado, y desde la víspera, que fué cuando lle- garon los artistas, sólo se hablaba de ir á la primera función. Desde que aparecieron los carteles rojos anunciando *Les Cloches de Corneville*, los vencedores se aprestaron á celebrar la vic- toria. En algunas oficinas, en vez de pasar el tiempo leyendo periódicos y charlando, se devoraba el argumento, se leían no- velitas francesas, y muchos se iban al excusado y fingían una disentería para consultar á ocultis el diccionario de bolsillo. No por esto los expedientes se despachaban; al contrario, hacían volver á todos para el día siguiente, pero el público no podía enfadarse: se encontraba con unos empleados muy corteses, muy afables, que les recibían y les despedían con grandes salu- dos á la francesa: los empleados se ensayaban, sacudían el polvo á su francés y se lanzaban mutuamente *oui, monesieur, s'il vous plait, y pardon!* á cada paso que era una felicidad verlos y oír- los. Pero donde la animación y el apuro llegaban á su colmo, era en las redacciones de los periódicos: Ben Zayb, señalado como crítico y traductor del argumento, temblaba como una pobre mujer acusada de brujería; veía á sus enemigos cazándole los gazapos y echándole en cara sus pocos conocimientos de francés. Cuando la Opera italiana, á poco más tuvo un desaffo por haber traducido mal el nombre de un tenor; cierto envidioso publicó inmediatamente un artículo tratándole de ignorante, á él, la primera cabeza pensante de Filipinas! ¡Lo que le costó

defenderse! lo menos tuvo que escribir diez y siete artículos y consultar quince diccionarios. Y con este saludable recuerdo el pobre Ben Zayb andaba con manos de plomo, no decimos pies, por no imitar al P. Camorra, que tenía la avilantez de reprocharle que escribía con ellos.

— ¿Ves, Quico? decía Camarónccido; la mitad de la gente viene por haber dicho los frailes que no vengan; es una especie de manifestación; y la otra mitad, porque se dicen: ¿los frailes lo prohíben? pues debe ser instructivo. Créeme, Quico, tus programas eran buenos, pero mejor es aún la pastoral, y ¡cuenta que no la ha leído nadie!

— Amigoóó, ¿crees tuuú, preguntó inquieto Tío Quico, que por la competencia del P. Salví, en adelante se supriman mis funcionees?

— Puede ser, Quico, puede ser, contestó el otro mirando hacia el cielo; el dinero empieza á escasear...

Tío Quico murmuró algunas palabras y frases incoherentes; si los frailes se meten á anunciadores de teatro, se metería él á fraile. Y después de despedirse de su amigoóó se alejó tosiendo y haciendo sonar sus pesos.

Camarónccido, con su indiferencia de siempre, continuó vagando acá y allá con la pierna á cuestras y la mirada soñolienta. Llamaron su atención la llegada de fisonomías extrañas, venidas de diferentes puntos y que se hacían señas con un guiño, una tos. Era la primera vez que veía en tales ocasiones semejantes individuos, él, que conocía todas las facciones de la ciudad y todas sus fisonomías. Hombres de cara oscura, espaldas dobladas, aire inquieto y poco seguro, y mal disfrazados, como si se pusiesen por primera vez la americana. En vez de colocarse en primera fila para ver á sus anchas, se ocultaban entre sombras, como evitando ser vistos.

— ¿Policía secreta ó ladrones? se preguntó Camarónccido, é inmediatamente se encogió de hombros; y á mí ¿qué me importa?

El farol de un coche que venía alumbró al pasar un grupo de cuatro ó cinco de estos individuos hablando con uno que parecía militar.

— ¡Policía secreta! ¡será un nuevo cuerpo! murmuró.

E hizo un gesto de indiferencia. Pero luego observó que el

militar, después de comunicar con dos ó tres grupos más, se dirigió á un coche y pareció hablar animadamente con una persona en el interior. Camaróncocido dió algunos pasos, y sin sorprenderse creyó reconocer al joyero Simoun, mientras sus finos oídos percibían este corto diálogo:

— ¡La señal es un disparo!

— Sí, señor.

— No tengáis cuidado; es el General quien lo manda; pero cuidado con decirlo. Si seguís mis instrucciones, ascenderéis.

— Sí, señor.

— ¡Conque... estad dispuestos!

La voz calló y segundos después el coche se puso en movimiento. Camaróncocido, á pesar de toda su indiferencia, no pudo menos de murmurar:

— Algo se trama... ¡Atención á los bolsillos!

Y sintiendo que los suyos estaban vacíos, volvió á encogerse de hombros. ¿Á él qué le importaba que el cielo se venga abajo?

Y siguió haciendo su ronda. Al pasar delante de dos personas que hablaban, pescó lo que una de ellas, que tenía en el cuello rosarios y escapularios, decía en tagalo:

— Los frailes pueden más que el General, no seas simple; éste se va y ellos se quedan. Con tal de que lo hagamos bien, nos haremos ricos. ¡La señal es un disparo!

— ¡Aprieta, aprieta! murmuró Camaróncocido, sacudiendo los dedos; allá el General, y aquí el P. Salví... ¡Pobre país!... Pero ¿y á mí qué?

Y encogiéndose de hombros y escupiendo al mismo tiempo, dos gestos que en él eran los signos de la mayor indiferencia, prosiguió sus observaciones.

Entretanto los coches venían en vertiginosa carrera, paraban de firme junto á la puerta depositando á la alta sociedad. Las señoras, aunque apenas hacía fresco, lucían magníficos chales, pañolones de seda y hasta abrigos de entretiempo; los caballeros, los que iban de frac y corbata blanca, usaban gabanes; otros los llevaban sobre el brazo luciendo los ricos forros de seda.

En el grupo de los curiosos, Tadeo, el que se enferma en el momento que baja el catedrático, acompaña á su compobiano, el novato que vimos sufrir las consecuencias del mal leído principio de Descartes. El novato es muy curioso y preguntón, y

Tadeo se aprovecha de su ingenuidad é inexperiencia para contarle las más estupendas mentiras. Cada español que le saluda, sea empleadillo ó dependiente de almacén, lo endosa á su compañero por jefe de negociado, marqués, conde, etc.; en cambio si pasaba de largo, ¡psh! es un *bago*, un oficial quinto, un cualquiera! Y cuando faltaban los pedestres para mantener la admiración del novato, abusaba de los coches flamantes que desfilaban; Tadeo saludaba graciosamente, hacía un signo amistoso con la mano, soltaba un ¡adiós! familiar.

— ¿Quién es?

— ¡Bah! contesta negligentemente; el Gobernador Civil... el Segundo Cabo... el magistrado tal... la señora de... amigos míos!

El novato le admira, le escucha embobado y se cuida muy bien de ponerse á la izquierda. Tadeo, amigo de magistrados y gobernadores!!

Y Tadeo le nombra todas las personas que llegan, y, cuando no las conoce, inventa apellidos, historias y da curiosos detalles.

— ¿Ves? aquel señor alto, de patillas negras, algo bizco, vestido de negro, es el magistrado A, amigo íntimo de la señora del coronel B; un día, á no ser por mí, se pegan los dos... ¡adiós! Mira, allí llega precisamente el coronel, si se pegarán?

El novato suspende la respiración, pero el coronel y el magistrado se estrechan afectuosamente la mano; el militar, un solterón, pregunta por la salud de la familia, etc.

— ¡Ah! ¡gracias á Dios! respira Tadeo; soy yo quien les ha hecho amigos.

— ¿Si les pidiera usted que nos hagan entrar? pregunta con cierta timidez el novato.

— ¡Ca, hombre! ¡Yo no pido nunca favores! dice majestuosamente Tadeo; los hago, pero desinteresadamente.

El novato se muerde los labios, se queda más pequeño y pone una respetuosa distancia entre él y su compoblanco.

Tadeo continúa:

— Ese es el músico H... Ese, el abogado J, que pronunció como suyo un discurso impreso en todos los libros, y los oyentes le felicitaron y le admiraron... El médico K, ese que baja de un hansomcab, especialista en enfermedades de niños, por eso le llaman Herodes... Ese es el banquero L, que sólo sabe hablar de sus riquezas y almorranas... el poeta M, que siempre trata de



estrellas y del *más allá*... Allí va la hermosa señora de N, que el Padre Q suele encontrar cuando visita al marido ausente... el comerciante judío P, que se vino con mil pesos, y ahora es millonario... Aquel de larga barba es el médico R, que se ha hecho rico creando enfermos mejor que sanando...

— ¿Creando enfermos?

— Sí, hombre, en el reconocimiento de los quintos... ¡atención! Ese respetable señor que va elegantemente vestido, no es médico, pero es un homeópata *sui generis*; profesa en todo el *similia similibus*... El joven capitán de caballería que con él va, es su discípulo predilecto... Ese con traje claro que tiene el sombrero ladeado, es el empleado S, cuya máxima es no ser nunca cortés, y se le llevan los diablos cuando ve un sombrero puesto sobre la cabeza de otro; dicen que lo hace para arruinar á los sombrereros alemanes... Ese que llega con su familia es el riquísimo comerciante C, que tiene más de cien mil pesos de renta... pero ¿qué me dirás si te cuento que me debe todavía cuatro pesos, cinco reales y doce cuartos? Pero ¿quién cobra á un ricacho como ése?

— ¿Le debe á usted ese señor?

— ¡Claro! un día le saqué de un gran apuro; era un viernes á las siete y media de la mañana; todavía me acuerdo; yo no había almorzado aún... Esa señora que va seguida de una vieja es la célebre Pepay, la bailarina... ahora ya no baila desde que un señor muy católico y muy amigo mío... se lo ha prohibido... Allí está el calavera Z; de seguro que va tras la Pepay para hacerla bailar otra vez. Es un buen chico, muy amigo mío; no tiene más defectos que uno: es mestizo chino y se llama á sí mismo español peninsular. ¡Sst! Mira á Ben Zayb, ese con cara de fraile, que lleva un lápiz en la mano y un rollo de papeles, es el gran escritor Ben Zayb, muy amigo mío; tiene un talento!..

— Diga usted, ¿y ese hombrecillo con patillas blancas...?

— Ese es el que ha hecho de sus hijas, esas tres pequeñitas, auxiliares de Fomento para que cobren en la nómina... Es un señor muy listo, pero muy listo! comete una tontería y la atribuye... á los otros; se compra camisas y las paga la Caja. Es listo, muy listo, pero muy listo!..

Tadeo se interrumpe.

— ¿Y ese señor que tiene aire feroz y mira á todo el mundo

por encima de sus hombros? pregunta el novato señalando á un hombre que mueve la cabeza con altanería.

Pero Tadeo no responde, alarga el cuello para ver á la Paulita Gómez que venía en compañía de una amiga, de doña Victorina y de Juanito Peláez. Éste les había regalado un palco y estaba más jorobado que nunca.

Llegan coches y más coches, llegan los artistas que entran por otra puerta seguidos de amigos y admiradores.

Paulita ya ha entrado y continúa Tadeo:

— Esas son las sobrinas del rico Capitán D, esas que vienen en el landó; ¿ves qué hermosas y sanas son? Pues dentro de algunos años estarán muertas ó locas... Capitán D se opone á que se casen, y la locura del tío se manifiesta en las sobrinas... Esa es la señorita E, la riquísima heredera que se disputan el mundo y los conventos... ¡Calla! ¡á ese le conozco! ¡el P. Irene, disfrazado, con bigotes postizos! ¡Le conozco en su nariz! ¡Y él que tanto se oponía!...

El novato mira escandalizado y ve desaparecer una bien cortada levita detrás de un grupo de señoras.

— ¡Las tres Parcas! continuó Tadeo viendo llegar á tres señoritas secas, huesudas, ojerosas, de ancha boca y cursivamente vestidas. Se llaman...

— ¿Atropos?... balbucea el novato que quería hacer ver que también sabía algo, al menos la mitología.

— No, hombre, se llaman las señoritas de Balcón, criticonas, solteronas, pelonas... Profesan odio á todo, á hombres, á mujeres, á niños... Pero, mira como al lado del mal, Dios pone el remedio, sólo que á veces llega tarde. Detrás de las Parcas, espanto de la ciudad, vienen esos tres, el orgullo de sus amigos, entre los cuales yo me cuento. Ese joven delgado, de ojos saltones, algo encorvado, que gesticula con viveza porque no ha encontrado billetes, es el químico S, autor de muchos estudios y trabajos científicos, premiados algunos y notables todos; los españoles dicen de él que *promete, promete*... El que le apacigua con su risa volteriana es el poeta T, chico de talento, muy amigo mío, y por lo mismo que es de talento ha arrojado la pluma. El otro que les propone entrar con los actores por la otra puerta, es el joven médico U, que ha hecho muchas buenas curas; de él dicen también que promete... no está tan jorobado

como Peláez, pero es más listo y más pillo todavía. Yo creo que á la misma Muerte le cuenta bolas y la marea.

— ¿Y ese señor moreno con bigotes como cerdas?

— ¡Ah! es el comerciante F que todo lo falsifica, hasta su fe de bautismo; quiere á toda costa ser mestizo español y hace heroicos esfuerzos por olvidarse de su idioma.

— Pero, sus hijas son muy blancas...

— ¡Sí, razón por la cual el arroz ha subido de precio, y eso que no comen más que pan!

El novato no comprende la relación del precio del arroz con la blancura de aquellas muchachas.

— Allí está el novio, ese joven delgado, moreno, de andar lento que las sigue y que saluda con aire protector á los tres amigos que se ríen de él... es un mártir de sus ideas, de su consecuencia.

El novato se sintió lleno de admiración y respeto hacia el joven.

— Tiene aire de tonto, pero lo es, continuó Tadeo; nació en San Pedro Makati y se priva de muchas cosas; no se baña casi nunca ni prueba el cerdo porque, según él, los españoles no lo comen y por la misma razón no toma arroz, patís ni bagoon, aunque se muera de hambre y se le haga agua la boca... Todo lo que venga de Europa, podrido ó en conserva, le sabe á cielo, y hace un mes Basilio le salvó de una feroz gastritis: se había comido un tarro de mostaza para probar que es europeo!

En aquel momento la orquesta empezó á tocar un vals.

— ¿Ves ese señor? ¿ese enclenque que va volviendo la cabeza buscando saludos? Es el célebre gobernador de Pangasinán, un buen hombre que pierde el apetito cuando algún indio deja de saludarle... A poco más se muere si no suelta el *bando de los saludos* á que debe su celebridad. ¡Pobre señor! hace tres días que ha venido de la provincia y ¡cuánto ha enflaquecido! ¡oh! ¡hé aquí al grande hombre, al insigne, abre tus ojos!

— ¿Quién? ¿Ese de las cejas fruncidas?

— Sí, ese es don Custodio, el liberal don Custodio, tiene las cejas fruncidas porque medita algún proyecto importante... ¡si se llevaran á cabo las ideas que tiene en la cabeza, otra cosa sería! ¡Ah! ¡aquí viene Makaraig, tu compañero de casa!

En efecto, venía Makaraig con Pecson, Sandoval é Isagani. Tadeo al verlos se adelantó y les saludó.

— ¿No viene usted? preguntóle Makaraig.

— No hemos encontrado billetes...

— A propósito, tenemos un palco, repuso Makaraig; Basilio no puede venir... vengan ustedes con nosotros.

Tadeo no se hizo repetir la invitación. El novato, temiendo molestar, con la timidez propia de todo indio provinciano, se excusó y no hubo medio de hacerle entrar.

## XXII

### LA FUNCIÓN

El aspecto que ofrecía el teatro era animadísimo; estaba lleno de bote en bote, y en la entrada general, en los pasillos se veía mucha gente de pie, pugnando por sacar la cabeza ó meter un ojo entre un cuello y una oreja. Los palcos descubiertos, llenos en su mayor parte de señoras, parecían canastillas de flores, cuyos pétalos agitara una leve brisa (hablo de los abanicos), y en donde zumban insectos mil. Sólo que como hay flores de delicado y fuerte perfume, flores que matan y flores que consuelan, en las canastillas de nuestro teatro también se aspiran perfumes parecidos, se oyen diálogos, conversaciones, frases que pican ó corroen. Sólo tres ó cuatro de los palcos estaban aún vacíos á pesar de lo avanzado de la hora; para las ocho y media se había anunciado la función, eran ya las nueve menos cuarto, y el telón no se levantaba porque S. E. no había llegado todavía. Los de la entrada general, impacientes é incómodos en sus asientos, armaban un alboroto pataleando y golpeando el suelo con sus bastones.

— ¡Bum-bum-bum! ¡que se abra el telón! ¡bum-bum-bum!

Los artilleros no eran los menos alborotadores. Los émulos de Marte, como los llama Ben Zayb, no se contentaban con esta música; creyéndose tal vez en una plaza de toros, saludaban á las señoras que pasaban delante de ellos con frases que por eufemismo se llaman en Madrid flores, cuando á veces se parecen á humeante basura. Sin hacer caso de las miradas furibundas de los maridos, pregonan en alta voz los sentimientos y deseos que en ellos despiertan tantas hermosuras...

En las butacas — á donde parece que temen bajar las señoras tan no se ve á ninguna — reina un murmullo de voces, de risas reprimidas, entre nubes de humo... Discuten el mérito de los artistas, hablan de escándalos, si S. E. ha reñido con los frailes, si la presencia del General en semejante espectáculo es una provocación ó sencillamente una curiosidad; otros no piensan en estas cosas, sino en cautivar las miradas de las señoras adoptando posturas más ó menos interesantes, más ó menos estatuarias, haciendo jugar los anillos de brillantes, sobre todo cuando se creen observados por insistentes gemelos; otros dirigen respetuosos saludos á tal señora ó señorita bajando la cabeza con mucha gravedad, mientras le susurran al vecino:

— ¡Qué ridícula es! ¡qué cargante!

La dama contesta con la más graciosa de sus sonrisas y un movimiento encantador de cabeza, y murmura á la amiga que asiente, entre dos indolentes abanicazos:

— ¡Qué pretencioso! Chica, está loco enamorado.

Entre tanto los golpes menudean: ¡bum-bum-bum! ¡toc-toc-toc! ya no quedan más que dos palcos vacíos y el de S. E. que se distingue por sus cortinas rojas de terciopelo. La orquesta toca otro vals, el público protesta; afortunadamente se presenta un héroe caritativo que distrae la atención y redime al empresario; es un señor que ha ocupado una butaca y se niega á cederla á su dueño, el filósofo don Primitivo. Viendo que sus argumentos no le convencían, don Primitivo acude al acomodador. — ¡No me da la gana! le responde el héroe fumando tranquilamente su cigarrillo. El acomodador acude al director. — ¡No me da la gana! repite y se arrellana en la butaca. El director sale, mientras los artilleros de las galerías empiezan á cantar en coro:

— ¡A que no! ¡A que sí! ¡A que no! ¡A que sí!

Nuestro actor, que ya ha llamado la atención de todos, cree que ceder sería rebajarse y se agarra á la butaca mientras repite su contestación á la pareja de la Veterana que fué á llamar el director. Los guardias, teniendo en consideración la categoría del rebelde, van á buscar al cabo, mientras casi toda la sala se deshace en aplausos, celebrando la entereza del señor que continúa sentado como un senador romano.

Resuenan silbidos, el señor que tiene firmeza de carácter vuel-

ve la cabeza airado creyendo que le silban; se oye galopar de caballos, se nota movimiento; cualquiera diría que ha estallado una revolución ó cuando menos un motín; no, la orquesta suspende el vals y toca la marcha real; es S. E. el Capitán General y Gobernador de las Islas el que llega: todas las miradas le buscan, le siguen, le pierden y aparece al fin en su palco, y, después de mirar á todas partes y hacer felices á algunos con un omnipotente saludo, se sienta como si fuera un hombre sobre el sillón que le espera. Los artilleros se callan entonces y la orquesta ataca la introducción.

Nuestros estudiantes ocupan un palco frente á frente del de Pepay la bailarina. Este palco era un regalo de Makaraig, que ya se había puesto en inteligencia con ella para tener á don Custodio propicio. La Pepay había escrito aquella misma tarde una carta al célebre ponente, esperando una contestación y dándole una cita en el teatro. Por esta razón don Custodio, á pesar de la ruda oposición que había desplegado contra la opereta francesa, se iba al teatro, lo cual le valió finas pullas de parte de don Manuel, su antiguo adversario en las sesiones del Ayuntamiento.

— ¡Vengo para juzgar la opereta! había replicado con el tono de un Catón satisfecho de su conciencia.

Makaraig, pues, cambiaba miradas de inteligencia con la Pepay, quien le daba á entender que algo tenía que decirle; y como la bailarina tenía cara alegre, todos auguraban que el éxito estaba asegurado. Sandoval, que acababa de llegar de unas visitas que había hecho en otros palcos, aseguró que el dictamen había sido favorable, y que aquella tarde misma lo había examinado la comisión superior y lo había aprobado. Todo, pues, era júbilo; Pecson mismo se olvidaba de sus pesimismo viéndole á la Pepay enseñar sonriendo una cartita; Sandoval y Makaraig se felicitaban mutuamente, sólo Isagani permanecía algo frío y apenas se sonreía.

¿Qué le había pasado al joven?

Isagani, al entrar en el teatro, vió á Paulita en un palco y á Juanito Peláez conversando con ella. Púsose pálido y creyó que se equivocaba. Pero no, era ella misma, ella que le saludaba con una graciosa sonrisa, mientras sus hermosos ojos parecían pedirle perdón y prometerle explicaciones. En efecto, habían

convenido en que Isagani iría primero al teatro para ver si en el espectáculo no había nada inconveniente para una joven, y ahora la encontraba él, y nada menos que en compañía de su rival. Lo que pasó por el alma de Isagani era indescriptible: ira, celos, humillación, resentimiento, rugieron en su interior; hubo un momento en que deseó que el teatro se desplomase; tuvo ganas violentas de reír á carcajadas, de insultar á su amada, provocar á su rival, armar un escándalo, pero se contentó con sentarse lentamente y no dirigirla jamás la mirada. Oía los hermosos proyectos que hacían Makaraig y Sandoval y le sonaban á ecos lejanos; las frases del vals le parecían tristes y lúgubres; todo aquel público, fatuo é imbécil, y varias veces tuvo que hacer esfuerzos para contener las lágrimas. De la cuestión del caballero que no quería dejar la butaca, de la llegada del Capitán General se apercibió apenas; miraba hacia el telón de boca que representaba una especie de galería entre suntuoso cortinaje rojo, con vista á un jardín en medio del cual se levantaba un surtidor. ¡Cuán triste se le antojaba la galería y qué melancólico el paisaje! Mil reminiscencias vagas surgían en su memoria, como lejanos ecos de música oída durante la noche, como aires de una canción de la infancia, murmullo de bosques solitarios, riachuelos sombríos, noches de luna á los bordes del mar, que se extendía inmenso delante de sus ojos... Y el enamorado joven que se consideraba muy desgraciado, se puso á mirar al techo para que las lágrimas no cayesen de sus ojos.

Una salva de aplausos le sacó de su meditación.

El telón acababa de levantarse y el alegre coro de campesinos de Corneville se presentaba á sus ojos, vestidos con sus gorros de algodón y pesados zuecos de madera en los pies. Ellas, unas seis ó siete muchachas, bien pintadas de carmín en los labios y mejillas, con grandes círculos negros en torno de los ojos para aumentar su brillo, enseñaban blancos brazos, dedos llenos de brillantes y piernas redondas y bien torneadas. Y mientras cantaban la frase normanda *allez, marchez! allez, marchez!* sonreían á sus respectivos adoradores de las butacas, con tanta desfachatez, que don Custodio, después de mirar al palco de la Pepay, como para asegurarse de que no hacía lo mismo con otro admirador, consignó en la cartera esta indecencia, y para estar más seguro, bajó un poco la cabeza para ver si las actrices no enseñaban hasta las rodillas.

— ¡Oh, estas francesas! murmuró, mientras su imaginación se perdía en consideraciones de un grado más elevado y hacía comparaciones y proyectos.

Quoi v'là tous les cancans d'la s'maine!...

canta Gertrude, una soberbia moza que mira picarescamente de reojo al Capitán General.

— ¡Cancán tenemos! exclamó Tadeo, el primer premio de francés en su clase, y que pudo pescar esta palabra. Makaraig, van á bailar el cancán!

Y se frotó alegremente las manos.

Tadeo, desde que se levantó el telón, no hacía caso de la música; sólo buscaba lo escandaloso, lo indecente, lo inmoral en los gestos y en los trajes, y con su poco de francés aguzaba el oído para pillar las obscenidades que tanto habían pregonado los censores severos de su patria.

Sandoval, que se las daba de saber francés, se había convertido en una especie de intérprete para sus amigos. Sabía tanto como Tadeo, pero se ayudaba del argumento publicado por los periódicos, y lo demás se lo suplía su fantasía.

— Sí, dijo, van á bailar el cancán y ella lo va á dirigir.

Makaraig y Pecson se pusieron atentos, sonriéndose de antemano. Isagani miró á otra parte, avergonzado de que Paulita asistiese á semejante espectáculo, y pensaba que debía desafiarse á Juanito Peláez al día siguiente.

Pero nuestros jóvenes esperaron en vano. Vino la Serpolette, una deliciosa muchacha, con su gorro de algodón igualmente, provocadora y belicosa;

Hein! qui parle de Serpolette?

pregunta á las chismosas, con los brazos en jarras y aire batallador. Un caballero aplaudió, y después siguieron todos los de las butacas. Serpolette, sin dejar su actitud de buena moza, miró al que primero la aplaudió y le pagó con una sonrisa, enseñando unos diminutos dientes que parecían collarcito de perlas en un estuche de terciopelo rojo. Tadeo siguió la mirada y vió á un caballero, con unos bigotes postizos y una nariz muy larga.

— ¡Voto al chápiro! dijo, ¡Irenillo!



— Sí, contestó Sandoval, le he visto dentro hablando con las actrices.

En efecto, el P. Irene, que era un melómano de primer orden y conocía muy bien el francés, fué enviado por el P. Salví al teatro como una especie de policía secreta religiosa, así al menos lo decía él á las personas que le reconocían. Y como buen crítico que no se contenta con ver las piezas de lejos, quiso examinar de cerca á los artistas; confundióse en el grupo de los admiradores y elegantes, se introdujo en el vestuario donde se cuchicheaba y se hablaba un francés de necesidad, un francés de *tienda*, idioma que es muy comprensible para la vendedora cuando el parroquiano parece dispuesto á pagar bien.

La Serpolette estaba rodeada de dos gallardos oficiales, de un marino y un abogado, cuando le divisó rondando y metiendo en todas partes y rendijas la punta de su larga nariz, como si sondease con ella los misterios de la escena.

La Serpolette suspendió su charla, frunció las cejas, las levantó, abrió los labios, y con la vivacidad de una parisienne, dejó á sus admiradores y se lanzó como un torpedo contra nuestro crítico.

— Tiens, tiens, Toutou! mon lapin! exclamó cogiéndole del brazo al P. Irene y sacudiéndole alegremente mientras hacía vibrar el aire de notas argentinas.

— Chut, chut! dijo el P. Irene procurando esconderse.

— Mais, comment! toi ici, grosse bête! Et moi qui t'croisais...

— 'Fais pas d'tapage, Lily! il faut m'respecter! 'suis ici l'Papel!

Á duras penas pudo el P. Irene hacerla entrar en razón. La alegre Lily estaba *enchantée* de encontrar en Manila á un antiguo amigo que le recordaba las *coulisses* del teatro de la Grande Opéra. Y así fué como el P. Irene, cumpliendo á la vez con sus deberes de amistad y de crítico, iniciaba un aplauso para animarla: la Serpolette lo merecía.

Entre tanto nuestros jóvenes esperaban el cancán, Pecson se volvía todo ojos; todo menos cancán había. Hubo un momento en que si no llega gente de curia, se iban á pegar las mujeres, y arrancarse los moños, azuzadas por los pícaros paisanos que esperaban, como nuestros estudiantes, ver algo más que un cancán.

Scit, scit, scit, scit, scit, scit,  
Disputez-vous, battez-vous,  
Scit, scit, scit, scit, scit, scit,  
Nous allons compter les coups.

La música cesó, se fueron los hombres, volvieron poco á poco las mujeres y empezó entre ellas un diálogo del que nada comprendieron nuestros amigos. Estaban hablando mal de una ausente.

— ¡Parecen los macanistas de la pansitería! observó Pecson en voz baja.

— ¿Y el canacán? preguntó Makaraig.

— ¡Están discutiendo el sitio más á propósito para bailar! repuso gravemente Sandoval.

— ¡Parecen los macanistas de la pansitería! repitió Pecson disgustado.

Una señora, acompañada de su marido, entraba en aquel momento y ocupaba uno de los dos palcos vacíos. Tenía el aire de una reina y miraba con desdén á toda la sala como si dijese: «¡He llegado más tarde que todas vosotras, montón de cursis y provincianas, he llegado más tarde que vosotras!» En efecto, personas hay que van á los teatros como los burros en una carrera: gana el que llega el último. Hombres muy sensatos conocemos que primero subían al patíbulo que entraban en el teatro antes del primer acto. Pero el gozo de la dama fué de corta duración; había visto el otro palco que continuaba vacío; frunció las cejas, y se puso á reñir á su cara mitad armando tal escándalo que muchos se impacientaron.

— ¡Sst! ¡sst!

— ¡Los estúpidos! ¡como si entendieran el francés! dijo la dama mirando con soberano desprecio á todas partes y fijándose en el palco de Juanito de donde creyó oír partir un imprudente sst.

Juanito, en efecto, era culpable; desde el principio se las echaba de entender todo y se daba aires, sonriendo, riendo y aplaudiendo á tiempo como si nada de lo que decían se le escapase. Y eso que no se guiaba de la mímica de los artistas, porque miraba apenas hacia la escena. El truhán decía muy intencionadamente á Paulita, que, habiendo mujeres muchísimo más hermosas, no quería cansarse mirando á lo lejos... Paulita se

ruborecía, se cubría la cara con el abanico y miraba de hurtadillas hacia donde estaba Isagani, que sin reirse ni aplaudir presenciaba distraído el espectáculo.

Paulita sintió despecho y celos; ¿se enamoraría Isagani de aquellas provocadoras actrices? Este pensamiento la puso de mal humor y apenas oyó las alabanzas que doña Victorina prodigaba á su favorito.

Juanito desempeñaba bien su papel: á veces movía la cabeza en señal de disgusto, y entonces se oían toses, murmullos en algunas partes; á veces sonreía, aprobaba y un segundo después resonaban aplausos. Doña Victorina estaba encantada y hasta concibió vagos deseos de casarse con el joven el día que don Tiburcio se muriera. ¡Juanito sabía francés y de Espadaña no! ¡Y empezó á hacerle zalamerías! Pero Juanito no se apercebía del cambio de táctica, atento como estaba en observar á un comerciante catalán que estaba junto al cónsul suizo: Juanito, que los había visto hablando en francés, se inspiraba en sus fisonomías y daba soberanamente el pego.

Vinieron escenas sobre escenas, personajes sobre personajes, cómicos y ridículos como el bailli y Grenicheux, nobles y simpáticos como el marqués y Germaine; el público se rió mucho del bofetón de Gaspard, destinado para el cobarde Grenicheux y recibido por el grave bailli, de la peluca de éste que vuela por los aires, del desorden y alboroto cuando cae el telón.

— ¿Y el cancán? pregunta Tadeo.

Pero el telón se levanta inmediatamente y la escena representa el mercado de criados, con tres postes cubiertos de banderolas y llevando los anuncios de *servantes*, *cochers* y *domestiques*. Juanito aprovecha la ocasión, y, en voz bastante alta para que le oiga Paulita y esté convencida de su saber, se dirige á doña Victorina.

— *Servantes* significa sirvientes, *domestiques* domésticos...

— ¿Y en qué se diferencian los *servantes* de los *domestiques*? pregunta Paulita.

Juanito no se queda corto.

— *Domestiques*, los que están domesticados: ¿no ha observado usted como algunos tenían aire de salvajes? Esos son los *servantes*.

— ¡Es verdad! añade doña Victorina; algunos tenían muy

malas maneras... y yo que creía que en Europa todos eran finos y... pero, como pasa en Francia... ¡ya lo veo!

— ¡Sst, sst!

Pero el apuro de Juanito cuando, llegada la hora del mercado y abierta la barrera, los criados que se alquilaban se colocaban al lado de los respectivos anuncios que señalaban su clase. Los criados, unos diez ó doce tipos rudos, vestidos de librea y llevando una ramita en la mano, se situaban debajo del anuncio *domestiques*.

— ¡Esos son los domésticos! dice Juanito.

— A la verdad que tienen aire de recién domesticados, observa doña Victorina; ¡vamos á ver á los medio salvajes!

Después, la docena de muchachas, á su cabeza la alegre y viva Serpolette, ataviadas con sus mejores trajes, llevando cada una un gran ramillete de flores á la cintura, risueñas, sonrientes, frescas, apetitosas, se colocan con gran desesperación de Juanito junto al poste de las *servantes*.

— ¿Cómo? preguntó cándidamente Paulita; ¿son esas las salvajes que usted dice?

— No, contesta Juanito imperturbable; se han equivocado... se han cambiado... Esos que vienen detrás.

— ¿Esos que vienen con un látigo?

Juanito hace señas de que sí, con la cabeza, muy inquieto y apurado.

— ¿De modo que esas mozas son los *cochers*?

A Juanito le ataca un golpe de tos tan violenta que provoca la impaciencia de algunos espectadores.

— ¡Fuera ese! ¡fuera el tísico! grita una voz.

¿Tísico? ¿Llamarle tísico delante de Paulita? Juanito quiere ver al deslenguado y hacerle tragar la tisis. Y viendo que las mujeres se interponían, se envalentonó más y le crecieron los ánimos. Por fortuna era don Custodio el que había hecho el diagnóstico y temiendo llamar la atención se hacía el desentendido escribiendo al parecer la crítica de la pieza.

— ¡Si no fuera porque voy con ustedes! dice Juanito haciendo girar los ojos como los de ciertos muñecos que mueve el péndulo de un reloj. Y para ser más parecido, sacaba de tiempo en tiempo la lengua.

Aquella noche se conquistó á los ojos de doña Victorina la

fama de valiente y pundonoroso, y ella decidió dentro de su tórax casarse con él tan pronto se muera don Tiburcio.

Paulita se ponía más triste cada vez, pensando en cómo unas muchachas que se llaman *cochers* podían ocupar la atención de Isagani. *Cochers* le recordaba ciertas denominaciones que las colegialas usan entre sí para explicar una especie de afectos.

Al fin termina el primer acto y el marqués se lleva como criadas á Serpolette y á Germaine, el tipo de la belleza tímida de la *troupe* y por cochero al estúpido Grenicheux. Una salva de aplausos los hace reaparecer cogidos de la mano los que hace cinco segundos se perseguían y se iban á pegar, saludando aquí y allá al galante público manileño y cambiando ellas miradas inteligentes con varios espectadores.

Mientras reina el pasajero tumulto, causado por los que se atropellan para ir al vestuario y felicitar á las actrices, por los que van á saludar á las señoras en los palcos, algunos emiten su juicio sobre la pieza y los artistas.

— Indudablemente, la Serpolette es la que más vale, dice uno dándose aires de inteligente.

— Prefiero la Germaine, es una rubia ideal.

— ¡Si no tiene voz!

— ¿Y qué me hago con la voz?

— ¡Pues, como formas, la alta!

— ¡Psh! dice Ben Zayb, ninguna vale un comino, ninguna es artista.

Ben Zayb es el crítico de *El Grito de la Integridad*, y su aire desdenoso le da mucha importancia á los ojos de los que se contentan con tan poco.

— ¡Ni la Serpolette tiene voz, ni la Germaine tiene gracia, ni eso es música ni es arte ni es nada! termina con marcado desdén.

Para echárselas de gran crítico no hay como mostrarse descontento de todo. La empresa no había mandado más que dos asientos á la Redacción.

En los palcos se preguntaba quién sería el dueño del palco vacío. Aquél ganaba en *chic* á todos, pues llegaría el último.

Sin saberse de dónde vino la especie, dijose que era de Simoun. El rumor se confirmó. Nadie había visto al joyero en las butacas, ni en el vestuario, ni en ninguna parte.

— ¡Y, sin embargo, le he visto esta tarde con Mr. Jouy! dijo uno.

— Y ha regalado un collar á una de las actrices...

— ¿A cuál de ellas? preguntan algunas curiosas.

— ¡A la mejor de todas, la que seguía con la vista su Excelencia!

Miradas de inteligencia, guiños, exclamaciones de duda, de afirmación, frases entrecortadas.

— ¡Se las está echando de Monte-Cristo! observó una que se preciaba de literata.

— ¡Ó de proveedor de la Real Casa! añadió su adorador, celoso ya de Simoun.

En el palco de nuestros estudiantes se habían quedado Pesson, Sandoval é Isagani. Tadeo se había ido para distraer á don Custodio, dándole conversación y hablándole de sus proyectos favoritos, mientras Makaraig se entrevistaba con la Pepay.

— Nada, como le decía á usted, amigo Isagani, peroraba Sandoval haciendo grandes gestos y sacando una voz armoniosa para que las vecinas del palco, las hijas del rico que debía á Tadeo, le oyesen; nada, la lengua francesa no tiene la rica sonoridad ni la varia y elegante cadencia del idioma castellano. Yo no concibo, yo no me imagino, yo no puedo formarme una idea de los oradores franceses y dudo que los haya habido jamás y los pueda haber en el verdadero sentido de la palabra, en el estricto sentido del concepto oradores. Porque no confundamos la palabra orador con la palabra hablador ó charlatán. Habladores ó charlatanes los puede haber en todos los países, en todas las regiones del mundo habitado, en medio de los fríos y secos ingleses, así como entre los vivos é impresionables franceses...

Y seguía una hermosísima revista de los pueblos con sus poéticos caracteres y epítetos más sonoros. Isagani asentía con la cabeza, mientras pensaba en Paulita á quien había sorprendido mirándole, una mirada que hablaba y quería decir muchas cosas. Isagani quería descifrar lo que expresaban aquellos ojos; ¡éstos sí que eran elocuentes y nada charlatanes!

— Y usted que es poeta, esclavo de la rima y del metro, hijo de las Musas, continuaba Sandoval haciendo un elegantísimo gesto con la mano, como si saludase en el horizonte á las nueve hermanas, ¿comprende usted, puede usted figurarse cómo con un idioma tan ingrato y poco cadencioso como es el francés se puedan formar poetas de la talla gigantesca de nuestros

Garcilasos, nuestros Herreras, nuestros Esproncedas y Calderones?

— Sin embargo, observa Pecson, Víctor Hugo...

— Víctor Hugo, amigo Pecson, Víctor Hugo si es poeta es porque lo debe á España... porque es cosa averiguada, es cosa fuera de toda duda, cosa admitida aun por los mismos franceses que tanta envidia tienen á España, que si Víctor Hugo tiene genio, si es poeta, es porque su niñez la ha pasado en Madrid, allí ha bebido las primeras impresiones, allí se ha formado su cerebro, allí se ha coloreado su imaginación, su corazón se ha modelado y han nacido las más bellas concepciones de su mente. Y después de todo ¿quién es Víctor Hugo? ¿Es comparable acaso con nuestros modernos...

Pero la llegada de Makaraig con aire abatido y una sonrisa amarga en los labios cortó la peroración del orador. Makaraig tenía en las manos un papel que entregó á Sandoval sin decir una palabra.

Sandoval leyó:

«Pichona: Tu carta ha llegado tarde; he presentado ya mi dictamen y ha sido aprobado. Sin embargo, como si hubiese adivinado tu pensamiento, he resuelto el asunto según el deseo de tus protegidos.

Me iré al teatro y te esperaré á la salida.

Tu tierno palomillo,

CUSTODINING.»

— ¡Qué bueno es el hombre! exclamó Tadeo enternecido.

— Y bien? dijo Sandoval, no veo nada malo, todo lo contrario!

— Sí, contestó Makaraig con sonrisa amarga; ¡resuelto favorablemente! ¡Acabo de verme con el P. Irene!

— ¿Y qué dice el P. Irene? preguntó Pecson.

— Lo mismo que don Custodio, y el pillo todavía se atrevió á felicitar me! La comisión que ha hecho suyo el dictamen del ponente, aprueba el pensamiento y felicita á los estudiantes por su patriotismo y deseo de aprender...

— ¿Entonces?

— Sólo que, considerando nuestras ocupaciones, y á fin, dice,

de que no se malogre la idea, entiende que debe encargarse de la dirección y ejecución del pensamiento una de las corporaciones religiosas, en el caso de que los dominicos no quieran incorporar la academia á la Universidad.

Exclamaciones de desengaño saludaron estas palabras: Isagani se levantó, pero no dijo nada.

— Y para que se vea que participamos en la dirección de la academia, continuó Makaraig, se nos comete la cobranza de las contribuciones y cuotas, con la obligación de entregarlas después al tesorero que designará la corporación encargada, el cual tesorero nos librára recibos...

— ¡Cabezas de barangay entonces! observó Tadeo.

— Sandoval, dijo Pecson, allí está el guante, á recogerlo!

— ¡Puff! ese no es ningún guante, pero por el olor parece un calcetín.

— Y lo más gracioso, continuó Makaraig, es que el P. Irene nos recomienda celebremos el hecho con un banquete ó una serenata con antorchas, una manifestación de los estudiantes en masa dando gracias á todas las personas que en el asunto han intervenido!

— Sí, después del palo, que cantemos y demos gracias! *Super flumina Babylonis sedimus!*

— Sí, un banquete como el de los presos! dijo Tadeo.

— Un banquete en que estemos todos de luto y pronuncie-mos discursos fúnebres, añadió Sandoval.

— Una serenata con la *Marsellesa* y marchas fúnebres, propuso Isagani.

— No, señores, dijo Pecson con su risa de calavera: para celebrar el hecho no hay como un banquete en una *pansiteria* servido por chinos sin camisa, pero sin camisal

La idea por lo sarcástica y grotesca fué aceptada; Sandoval fué el primero en aplaudirla; hacía tiempo quería ver el interior de esos establecimientos que de noche parecen tan alegres y animados.

Y precisamente en el momento en que la orquesta tocaba para empezar el segundo acto, nuestros jóvenes se levantaron abandonando el teatro con escándalo de toda la sala.



XXIII

UN CADÁVER

Simoun, en efecto, no había ido al teatro.

Desde las siete de la noche había salido de casa, agitado y sombrío; sus criados le vieron entrar dos veces acompañado de diferentes individuos; á las ocho Makaraig le encontró rondando por la calle del Hospital, cerca del convento de Santa Clara, á la sazón que doblaban las campanas de la iglesia; á las nueve Camaróncocido le vió otra vez en los alrededores del teatro hablando con uno que parecía estudiante, franquear la puerta y volver á salir, y desaparecer en las sombras de los árboles.

— ¿Y á mí qué? volvió á decir Camaróncocido; ¿qué saco con prevenir al pueblo?

Basilio, como decía Makaraig, tampoco había asistido á la función. El pobre estudiante, desde que volvió de San Diego para rescatar de la servidumbre á Juli, su prometida, había vuelto á sus libros, pasando el tiempo en el hospital, estudiando ó cuidando á Capitán Tiago, cuya enfermedad trataba de combatir.

El enfermo se había vuelto de un carácter insoportable; en sus malos ratos, cuando se sentía abatido por falta de dosis de opio que Basilio procuraba moderar, le acusaba, le maltrataba, le injuriaba; Basilio sufría resignado con la conciencia de que hacía el bien á quien tanto debía, y sólo en último extremo cedía; satisfecha la pasión, el monstruo del vicio, Capitán Tiago se ponía de buen humor, se enternecía, le llamaba su hijo, lloriqueaba recordando los servicios del joven, lo bien que administraba sus fincas y hablaba de hacerle su heredero; Basilio sonreía amargamente y pensaba que en esta vida la complacencia con el vicio se premia mejor que el cumplimiento del deber. No pocas veces se le ocurrió dar curso libre á la enfermedad y conducir á su bienhechor á la tumba por un sendero de flores é imágenes risueñas, mejor que alargar su vida por un camino de privaciones.

— ¡Tonto de mí! se decía muchas veces; el vulgo es necio y pues lo paga...

Pero sacudía la cabeza pensando en Juli, en el extenso porvenir que tenía delante: contaba con vivir sin manchar su conciencia. Seguía el tratamiento prescrito y vigilaba.

Con todo, el enfermo iba cada día, con ligeras intermitencias, peor. Basilio, que se había propuesto reducir paulatinamente la dosis ó al menos no dejarle abusar fumando más de lo acostumbrado, le encontraba, al volver del hospital ó de alguna visita, durmiendo el pesado sueño del opio, babeando y pálido como un cadáver. El joven no se podía explicar de dónde le podía venir la droga; los únicos que frecuentaban la casa eran Simoun y el P. Irene, aquél venía raras veces, y éste no cesaba de recomendarle fuese severo é inexorable en el régimen y no hiciese caso de los arrebatos del enfermo, pues lo principal era salvarle.

— Cumpla usted con su deber, joven, le decía, cumpla usted con su deber.

Y le hacía un sermoncito sobre este tema, con tanta convicción y entusiasmo que Basilio llegaba á sentir simpatías por el predicador. El P. Irene prometía además procurarle un buen destino, una buena provincia, y hasta le hizo entrever la posibilidad de hacerle nombrar catedrático. Basilio, sin dejarse llevar de las ilusiones, hacía de creer y cumplía con lo que le decía la conciencia.

En aquella noche, mientras representaban *Les Cloches de Corneville*, Basilio estudiaba delante de una vieja mesa, á la luz de una lámpara de aceite, cuya pantalla de cristal opaco sumía en media claridad su melancólico semblante. Una vieja calavera, algunos huesos humanos, y unos cuantos volúmenes cuidadosamente ordenados se veían cubriendo la mesa, donde había además una palangana de agua con una esponja. Un olor á opio que se escapaba del vecino aposento, hacía pesada la atmósfera y le daba sueño, pero el joven se resistía mojándose de tiempo en tiempo las sienes y los ojos, dispuesto á no dormir hasta concluir con el volumen. Era un tomo de la *Medicina Legal y Toxicología* del Dr. Mata, obra que le habían prestado y debía devolver al dueño cuanto antes. El catedrático no quería explicar menos que por aquel autor y Basilio no tenía dinero bas-

tante para comprarse la obra, pues, con el pretexto de que estaba prohibida por la censura de Manila y había que sobornar á muchos empleados para introducirla, los libreros pedían elevados precios. Tan absorto estaba el joven en sus estudios que ni siquiera se había ocupado de unos folletos que le enviaron de fuera, sin saber de dónde, folletos que se ocupaban de Filipinas, entre los cuales figuraban los que más llamaban la atención en aquella época por la manera dura é insultante con que trataban á los hijos del país. Basilio no tenía tiempo suficiente para abrirlos; acaso le detuviera también el pensamiento de que no es nada agradable recibir un insulto ó una provocación y no tener medios de defenderse ó contestar. La censura, en efecto, permitía los insultos á los filipinos, pero les prohibía á éstos la réplica.

En medio del silencio que reinaba en la casa, turbado sólo por alguno que otro débil ronquido que partía del vecino aposento, Basilio oyó pasos ligeros en las escaleras, pasos que cruzaron después la caída dirigiéndose á donde él estaba. Levantó la cabeza, vió abrirse la puerta y con gran sorpresa suya, aparecer la figura sombría del joyero Simoun.

Desde la escena de San Diego, Simoun no había vuelto á ver ni al joven ni á Capitán Tiago.

— ¿Cómo está el enfermo? preguntó echando una rápida ojeada por el cuarto y fijándose en los folletos que mencionamos, cuyas hojas aún no estaban cortadas.

— Los latidos del corazón, imperceptibles... pulso muy débil... apetito, perdido por completo, repuso Basilio con sonrisa triste y en voz baja; suda profusamente á la madrugada...

Y viendo que Simoun, por la dirección de la cara, se fijaba en los dichos folletos y temiendo volviése á reanudar el asunto de que hablaron en el bosque, continuó:

— El organismo está saturado de veneno; de un día á otro puede morir como herido del rayo... la causa más pequeña, un nada, una excitación le puede matar...

— ¡Como Filipinas! observó lúgubrementes Simoun.

Basilio no pudo reprimir un gesto, y decidido á no resucitar el asunto, prosiguió como si nada hubiese oído:

— Lo que más le debilita son las pesadillas, sus terrores...

— ¡Como el gobierno! volvió á observar Simoun.

— Hace unas noches se despertó sin luz y creyó que se había vuelto ciego; estuvo alborotando, lamentándose é insultándome, diciendo que le había sacado los ojos... Cuando entré con una luz me tomó por el P. Irene y me llamó su salvador...

— ¡Como el gobierno, exactamente!

— Anoche, prosiguió Basilio haciéndose el sordo, se levantó pidiendo su gallo, su gallo muerto hace tres años, y tuve que presentarle una gallina, y entonces me colmó de bendiciones y me prometió muchos miles...

En aquel momento en un reloj dieron las diez y media.

Simoun se estremeció é interrumpió con un gesto al joven.

— Basilio, dijo en voz baja, escúcheme usted atentamente, que los momentos son preciosos. Veo que usted no ha abierto los libros que le he enviado; usted no se interesa por su país...

El joven quiso protestar.

— ¡Es inútil! continuó Simoun secamente. Dentro de una hora la revolución va á estallar á una señal mía, y mañana no habrá estudios, no habrá Universidad, no habrá más que combates y matanzas. Yo lo tengo todo dispuesto y mi éxito está asegurado. Cuando nosotros triunfemos, todos aquellos que pudiendo servirnos no lo han hecho, serán tratados como enemigos. ¡Basilio, vengo á proponerle su muerte ó su porvenir!

— ¡Mi muerte ó mi porvenir! repitió como si no comprendiese nada.

— Con el gobierno ó con nosotros, repuso Simoun; con sus opresores ó con su país. ¡Decídase usted, que el tiempo urge! ¡Vengo á salvarle en vista de los recuerdos que nos ligan!

— ¡Con los opresores ó con mi país! repetía en voz baja.

El joven estaba atontado; miraba al joyero con ojos donde se pintaba el terror, sintió que sus extremidades se enfriaban y mil confusas ideas cruzaban por su mente; veía las calles ensangrentadas, oía el tiroteo, se encontraba entre muertos y heridos y ¡singular fuerza de la afición! se veía á sí mismo con su blusa de operador cortando piernas y extrayendo balas.

— Tengo en mis manos la voluntad del gobierno, continuó Simoun; he empeñado y gastado sus pocas fuerzas y recursos en tontas expediciones, deslumbrándole con las ganancias que podía sisar; sus cabezas están ahora en el teatro tranquilas y distraídas pensando en una noche de placeres, pero ninguna

volverá á reposar sobre la almohada... Tengo regimientos y hombres á mi disposición, á unos les he hecho creer que la revolución la ordena el General, á otros que la hacen los frailes; á algunos les he comprado con promesas, con empleos, con dinero; muchos, muchísimos obran por venganza, porque están oprimidos y porque se ven en el caso de morir ó matar... Cablesang Tales está abajo y me ha acompañado hasta aquí! Vuelvo á repetirle, ¿viene usted con nosotros ó prefiere exponerse á los resentimientos de los míos? En los momentos graves, declararse neutro es exponerse á las iras de ambos partidos enemigos.

Basilio se pasó varias veces la mano por la cara como si quisiese despertarse de una pesadilla; sintió que su frente estaba fría.

— ¡Decídase usted! repitió Simoun.

— ¿Y qué... tendría yo que hacer? preguntó con voz ahogada, quebrada, débil.

— Una cosa muy sencilla, repuso Simoun cuyo semblante se iluminó con un rayo de esperanza: como tengo que dirigir el movimiento, no puedo distraerme en ninguna acción. Necesito que, mientras toda la atención de la ciudad está en diferentes puntos, usted á la cabeza de un pelotón fuerce las puertas del convento de Santa Clara y saque de allí á una persona que usted, fuera de mí y de Capitán Tiago, sólo puede reconocer... Usted no corre peligro alguno.

— ¡María Clara! exclamó el joven.

— ¡Sí, María Clara! repitió Simoun, y por primera vez su acento tomaba notas tristes y humanas; la quiero salvar, por salvarla he querido vivir, he vuelto... ¡hago la revolución porque sólo una revolución podrá abrirme las puertas de los conventos!

— ¡Ay! dijo Basilio, juntando las manos; ¡llega usted tarde, demasiado tarde!

— Y ¿por qué? preguntó Simoun frunciendo las cejas.

— ¡María Clara se ha muerto!

Simoun se levantó de un salto y se abalanzó al joven.

— ¿Se ha muerto? preguntó con acento terrible.

— Esta tarde, á las seis; ahora debe estar...

— ¡No es verdad! rugió Simoun pálido y desencajado, ¡no es verdad! ¡María Clara vive, María clara tiene que vivir! Es

un pretexto cobarde... ¡no se ha muerto, y esta noche la he de libentar ó mañana muere usted!

Basilio se encogió de hombros.

— Hacia días que se puso mala y yo iba al convento para tener noticias. Mire usted, aquí está la carta del P. Salví que trajo el P. Irene. Capitán Tiago estuvo llorando toda la noche, besando y pidiendo perdón al retrato de su hija hasta que concluyó por fumarse una enorme cantidad de opio... Esta tarde han tocado sus agonías.

— ¡Ah! exclamó Simoun, y cogiéndose la cabeza con ambas manos se quedó inmóvil.

Se acordaba de haber oído en efecto el toque de agonías mientras rondaba en los alrededores del convento.

— ¡Muerta! murmuró en voz tan baja como si hablase una sombra, ¡muerta! muerta sin haberla visto, muerta sin saber que vivía por ella, muerta sufriendo!...

Y sintiendo que una tempestad horrible, una tempestad de torbellinos y truenos sin gota de lluvia, sollozos sin lágrimas, gritos sin palabras, rugía en su pecho é iba á desbordarse como lava candente largo tiempo comprimida, salió precipitadamente del cuarto. Basilio le oyó bajar las escaleras con paso desigual, atropellado; oyó un grito ahogado, grito que parecía anunciar la llegada de la muerte, profundo, supremo, lúgubre, tanto que el joven se levantó de su silla, pálido y tembloroso, pero oyó los pasos que se perdían y la puerta de la calle que se cerraba con estrépito.

— ¡Pobre señor! murmuró, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Y sin acordarse de estudiar, con la mirada vaga en el espacio estuvo pensando en la suerte de aquellos dos seres, el uno joven, rico, ilustrado, libre, dueño de sus destinos, con un brillante porvenir en lontananza, y ella, hermosa como un ensueño, pura, llena de fé y de inocencia, mecida entre amores y sonrisas, destinada á una existencia feliz, á ser adorada en familia y respetada en el mundo, y sin embargo, de aquellos dos seres llenos de amor, de ilusiones y esperanzas, por un destino fatal él vagaba por el mundo arrastrado sin cesar por un torbellino de sangre y lágrimas, sembrando el mal en vez de hacer el bien, abatiendo la virtud, y fomentando el vicio, mientras ella se moría en las sombras misteriosas del claustro, donde buscara

paz y acaso encontrara sufrimientos, donde entraba pura y sin mancha y espiraba como una ajada flor!...

¡Duerme en paz, hija infeliz de mi desventurada patria!  
¡Sepulta en la tumba los encantos de tu juventud, marchita en su vigor! Cuando un pueblo no puede brindar á sus vírgenes un hogar tranquilo, al amparo de la libertad sagrada; cuando el hombre sólo puede legar sonrojos á la viuda, lágrimas á la madre y esclavitud á los hijos, hacéis bien vosotras en condenaros á perpetua castidad, ahogando en vuestro seno el germen de la futura generación maldita! Ah, bien hayas tú que no te has de estremecer en tu tumba oyendo el grito de los que agonizan en sombras, de los que se sienten con alas y están encadenados, de los que se ahogan por falta de libertad! Vé, vé con los sueños del poeta á la región del infinito, sombra de mujer vislumbada en un rayo de luna, murmurada por las flexibles ramas de los cañaverales... ¡Feliz la que muere llorada, la que deja en el corazón del que la ama una pura visión, un santo recuerdo, no manchado por mezquinas pasiones que fermentan con los años! ¡Vé, nosotros te recordaremos! En el aire puro de nuestra patria, bajo su cielo azul, sobre las ondas del lago que aprisionan montañas de zafiro y orillas de esmeralda; en sus cristalinos arroyos que sombrean las cañas, bordan las flores y animan las libélulas y mariposas con su vuelo incierto y caprichoso como si jugasen con el aire; en el silencio de nuestros bosques, en el canto de nuestros arroyos, en la lluvia de brillantes de nuestras cascadas, á la luz resplandeciente de nuestra luna, en los suspiros de la brisa de la noche, en todo, en fin, que evoque la imagen de lo amado, te hemos de ver eternamente como te hemos soñado, bella, hermosa, sonriente como la esperanza, pura como la luz, y sin embargo, triste y melancólica contemplando nuestras miserias!

## XXIV

### SUEÑOS

¡Amor, qué astro eres?

Al día siguiente, un jueves, horas antes de ocultarse el sol, encaminábase Isagani por el hermoso paseo de María Cristina

en dirección al Malecón, para acudir á la cita que aquella mañana Paulita le había dado. El joven no dudaba que iban á hablar de lo acontecido en la noche anterior, y como estaba decidido á pedirla explicaciones y sabía lo orgullosa y altiva que era, preveía un rompimiento. Ante esta eventualidad trajo consigo las dos únicas cartitas de la Paulita, dos pedacitos de papel, donde apenas había algunas líneas escritas aprisa, con varios borrones y regular ortografía, cosas que no impedían las conservara el enamorado joven con más amor aún que si fuesen autógrafos de la misma Safo ó de la musa Polimnia.

Esta decisión de sacrificar el amor en aras de la dignidad, la conciencia de sufrir cumpliendo con el deber, no impedían que una profunda melancolía se apoderase de Isagani y le hiciese pensar en los hermosos días y noches más hermosas todavía, en que se murmuraban dulces necedades al través de las rejas floridas del entresuelo, necedades que para el joven tenían tal carácter de seriedad é importancia que le parecían las únicas dignas de merecer la atención del más elevado entendimiento humano. Isagani pensaba en los paseos, en las noches de luna, en la feria, en las madrugadas de Diciembre después de la misa de gallo, en el agua bendita que la solía ofrecer, y ella se lo agradecía con mirada llena de un poema de amor, estremeciéndose ambos al ponerse en contacto los dedos. Sonoros suspiros como pequeños cohetes salían de su pecho y se le ocurrían todos los versos, todas las frases de los poetas y escritores sobre la inconstancia de la mujer. Maldecía en su interior la creación de los teatros, la opereta francesa, prometía vengarse de Peláez á la primera oportunidad. Todo cuanto le rodeaba se le aparecía bajo los más tristes y negros colores; la bahía, desierta y solitaria, parecía más solitaria todavía por los pocos vapores que en ella fondeaban; el sol iba á morir detrás de Mariveles, sin poesía y sin encantos, sin las nubes caprichosas y ricas en colores de las tardes bienaventuradas; el monumento de Anda, de mal gusto, mezquino y recargado, sin estilo, sin grandeza: parecía un sorbete ó á lo más un pastel; los señores que se paseaban por el Malecón, á pesar de tener un aire satisfecho y contento, le parecían huraños, altivos y vanos; traviesos y mal educados, los chicos que jugaban en la playa haciendo saltar sobre las ondas las piedras planas de la ribera, ó buscando en



la arena moluscos y crustáceos que cogen por coger y los matan sin sacar de ellos provecho; en fin, hasta las eternas obras del puerto á que había dedicado más de tres odas, le parecían absurdas, ridículas, juego de chiquillos.

— El puerto, ah!, el puerto de Manila, bastardo que, desde que se concibe, hace llorar á todos de humillación y vergüenza! Si al menos después de tantas lágrimas no saliese el feto hecho un inmundito aborto!

Saludó distraídamente á dos jesuitas, sus antiguos profesores; apenas se fijó en un *tandem* que conducía un americano y excitaba las envidias de algunos elegantes que guiaban sus calesas; cerca del monumento de Anda oyó que Ben Zayb hablaba con otro de Simoun, que en la noche anterior se había puesto súbitamente enfermo; Simoun se negaba á recibir á nadie, á los mismos ayudantes del General.

— ¡Yal exclamó Isagani con risa amarga; para ése las atenciones porque es rico... Vuelven los soldados de las expediciones, enfermos y heridos, y á ellos nadie los visita!

Y pensando en estas expediciones, en la suerte de los pobres soldados y en la resistencia que oponían los insulares al yugo extranjero, pensó que, muerte por muerte, si la de los soldados era sublime porque cumplían con su deber, la muerte de los insulares era gloriosa porque defendían su hogar.

— ¡Extraño destino, el de algunos pueblos! dijo. Porque un viajero arriba á sus playas, pierden su libertad y pasan á ser súbditos y esclavos, no sólo del viajero, no sólo de los herederos de éste, sino aún de todos sus compatriotas, y no por una generación sino para siempre! ¡Extraña concepción de la justicia! Tal situación da amplio derecho para exterminar á todo forastero como al más feroz monstruo que puede arrojar el mar!

Y pensaba que aquellos insulares, contra los cuales su patria estaba en guerra, después de todo no tenían más crimen que el de su debilidad. Los viajeros abordaron también á las playas de otros pueblos; pero por hallarlos fuertes, no trataron de su singular pretensión. Débiles y todo le parecía hermoso el espectáculo que daban, y los nombres de los enemigos, que los periódicos no se descuidaban de llamar cobardes y traidores, le parecían gloriosos, sucumbían con gloria al pie de las ruinas de sus imperfectas fortificaciones, con más gloria aún que los antiguos

héroes troyanos; aquellos insulares no habían robado ninguna Helena filipina. Y con su entusiasmo de poeta, pensaba en los jóvenes de aquellas islas que podían cubrirse de gloria á los ojos de sus mujeres, y como enamorado en desesperación les envidiaba porque podían hallar un brillante suicidio. Y exclamaba:

— ¡Ah! ¡quisiera morir, reducirme á la nada, dejar á mi patria un nombre glorioso, morir por su causa, defendiéndola de la invasión extranjera, y que el sol después alumbre mi cadáver como centinela inmóvil en las rocas del mar!

Y el conflicto con los alemanes se le venía á la memoria, y casi sentía que se hubiese allanado; él hubiera muerto con gusto por el pabellón español-filipino, antes de someterse al extranjero:

— Porque, después de todo, pensaba, con España nos unen sólidos lazos, el pasado, la historia, la religión, el idioma...

¡El idioma, sí, el idioma! Una sonrisa sarcástica se dibujó en sus labios; aquella noche tenían ellos el banquete en la *pansiteria* para *celebrar* la muerte de la Academia de Castellano.

— ¡Ay! suspiró; ¡como los liberales en España sean cual los tenemos aquí, dentro de poco la Madre Patria podrá contar el número de sus fieles!

La noche descendía poco á poco y con ella aumentábase la melancolía en el corazón del joven, que perdía casi la esperanza de ver á Paulita. Los paseantes abandonaban poco á poco el Malecón para irse á la Luneta, cuya música dejaba oír pedazos de melodías traídas hasta allí por la fresca brisa de la tarde; los marineros de un barco de guerra, anclado en el río, ejecutaban las maniobras de antes de la noche, trepando por las cuerdas ligeros como arañas; las embarcaciones encendían poco á poco sus fanales dando señales de vida y la playa

Do el viento riza las calladas olas  
Que con blando murmullo en la ribera  
Se deslizan veloces por sí solas...

que dice Alaejos, exhalaba á lo lejos tenues vapores que la luz de la luna, ahora en todo su lleno, convertía poco á poco en gasa transparente y misteriosa...

Un ruido lejano se percibe, ruido que se acerca más y más; Isagani vuelve la cabeza y su corazón comienza á latir violentamente; un coche viene tirado por caballos blancos, los caballos

blancos que distinguiría entre cien mil. En el coche vienen Paulita, doña Victorina y la amiga de la noche anterior.

Antes que pudiese dar un paso el joven, Paulita ha saltado ya en tierra con su agilidad de sílfide y sonríe á Isagani con sonrisa llena de conciliación; Isagani sonríe á su vez y le parece que todas las nubes, todas las negras ideas que antes le asediaban, se disipaban como humo; luces tenía el cielo, cantos el aire, y flores cubrían las hierbas del camino. Desgraciadamente, doña Victorina estaba allí, doña Victorina que cogía para sí al joven para pedirle noticias de don Tiburcio. Isagani se había encargado de descubrir su escondite valiéndose de los estudiantes que conocía.

— Ninguno me ha sabido dar razón hasta ahora, respondía y decía la verdad, porque don Tiburcio estaba escondido precisamente en casa del mismo tío del joven, el P. Florentino.

— Hágame usted saber, decía doña Victorina furiosa, que me valdré de la Guardia Civil; vivo ó muerto quiero saber dónde está... ¡Porque tener que esperar diez años para poderse una casar!

Isagani la miró espantado; doña Victorina pensaba en casarse. ¿Quién sería el infeliz?

— ¿Qué le parece á usted Juanito Peláez? preguntó ella de repente.

— ¿Juanito?...

Isagani no sabía qué contestar; dábanle ganas de decir todo lo malo que sabía de Peláez, pero la delicadeza triunfó en su corazón y habló bien de su rival por lo mismo que lo era. Doña Victorina, toda contenta y entusiasmada, se deshizo entonces en ponderar los méritos de Peláez, é iba ya á hacer de Isagani confidente de sus nuevos amores, cuando la amiga de Paulita vino corriendo á decir que el abanico de ésta se había caído entre las piedras que había en la playa, junto al Malecón. Estratagemas ó casualidad, es el caso que este percance dió motivo á que la amiga se quedase con la vieja, é Isagani se entendiese con Paulita. Por lo demás, doña Victorina se alegraba, y por quedarse con Juanito, favorecía ella los amores de Isagani.

Paulita tenía su táctica; al darle las gracias se hizo la ofendida, la resentida, y delicadamente dió á entender que se extrañaba de encontrarle allí cuando todo el mundo estaba en la Luneta, hasta las actrices francesas...

— Me había dado usted cita, ¿cómo podía yo menos...

— Sin embargo, anoche ni siquiera se apercibió usted de que estaba en el teatro; todo el tiempo le estuve observando y no apartaba usted sus ojos de aquellas *cochers*...

Se cambiaron los papeles; Isagani, que venía para pedir explicaciones, las tuvo que dar y se consideró muy feliz cuando Paulita le dijo que le perdonaba. En cuanto á la presencia de ésta en el teatro, todavía era de agradecersele; ella, forzada por la tía, sólo se había decidido con la esperanza de verle durante la función. ¡Bien se burlaba ella de Juanito Peláez!

— ¡Mi tía es quien está enamorada! dijo riendo alegremente.

Riéronse ambos; el casamiento de Peláez con doña Victorina les puso locos de contento y lo vieron ya como realizado; pero Isagani se acordó de que don Tiburcio vivía y confió á su amada el secreto, después de hacerla prometer que no lo diría á nadie. Paulita prometió, pero con la reserva mental de contar-selo á su amiga.

Esto llevó la conversación al pueblo de Isagani, rodeado de bosques y situado á orillas del mar que ruge al pie de las elevadas rocas.

La mirada de Isagani se iluminaba al hablar de aquel oscuro rincón; el fuego del orgullo encendía sus mejillas, vibraba su voz, su imaginación de poeta se caldeaba, las palabras le venían ardientes, llenas de entusiasmo como si hablase al amor de su amor, y no pudo menos de exclamar:

— ¡Oh! ¡en la soledad de mis montañas me siento libre, libre como el aire, como la luz que se lanza sin frenos por el espacio! ¡Mil ciudades, mil palacios diera yo por el rincón de Filipinas, donde lejos de los hombres me siento con verdadera libertad! ¡Allí, con la naturaleza cara á cara, delante del misterio y del infinito, el bosque y el mar, pienso, hablo y obro como un hombre que no reconoce tiranos!

Paulita, ante tanto entusiasmo por el pueblo natal, entusiasmo que no comprendía, ella que estaba acostumbrada á oír hablar mal de su país y hacer de vez en cuando coro, manifestó ciertos celos haciéndose como siempre la resentida.

Pero Isagani la tranquilizó muy pronto.

— ¡Sí, dijo, yo le amaba sobre todas las cosas antes de conocerle! Gustábame vagar en la espesura, dormir á la sombra de

los árboles, sentarme sobre la cima de una roca para abarcar con la mirada el Pacífico que revuelve delante de mí sus azules olas, trayéndome el eco de los cantos aprendidos en las playas de la América libre... Antes de conocerte, aquel mar era para mí mi mundo, mi encanto, mi amor, mis ilusiones. Cuando duerme en calma y el sol brilla en la altura, me deleitaba mirando al abismo, á cincuenta metros á mis pies, buscando monstruos en los bosques de madréporas y corales que se columbran al través del límpido azul, las enormes serpientes que, al decir de los campesinos, dejan los bosques para vivir en el mar y adquirir formas espantosas... Por las tardes, que es cuando, dicen, aparecen las sirenas, las espiaba yo entre una y otra ola, con tanto afán que una vez creí distinguirlas en medio de la espuma, ocupadas en sus divinos juegos; oí distintamente sus cantos, cantos de libertad, y percibí los sonidos de sus argentinas arpas. Antes pasaba horas y horas mirando transformarse las nubes, contemplando un árbol solitario en el llano, una roca, sin poder darme razón del por qué, sin poder definir el vago sentimiento que en mí despertaban. Mi tío me solía predicar largos sermones, y temiendo me volviese hipocondríaco hablaba de llevarme á casa de un médico. Pero te ví, te amé, y en estas vacaciones, parecíame que algo me faltaba allí, el bosque estaba oscuro, triste el río que corre en la espesura, monótono el mar, desierto el horizonte... ¡Ah! si fueses una sola vez, si tus plantas hollasen aquellos senderos, si agitases con la punta de tus dedos las aguas del arroyo, si mirases al mar, te sentases en la roca é hicieses vibrar el aire con tus melodiosos cantos, mi bosque se transformaría en Edén, las ondas del arroyo cantarían, brotaría la luz de las oscuras hojas, se convertirían en brillantes las gotas de rocío y en perlas las espumas del mar!

Pero Paulita había oído decir que para ir al pueblo de Isagani era necesario pasar por montañas donde abundaban pequeñas sanguijuelas, y á este solo pensamiento, la cobarde se estremecía convulsivamente. Comodona y mimada, dijo que sólo viajaría en coche ó en ferrocarril.

Isagani, que había olvidado todos sus pesimismo y sólo veía en todas partes rosas sin espinas, respondía:

— Dentro de muy poco, todas las islas van á estar cruzadas de redes de hierro,

Por donde rápidas  
Y voladoras  
Locomotoras  
Corriendo irán

como dijo uno; entonces los rincones más hermosos del archipiélago estarán abiertos á todos...

— Entonces, pero ¿cuándo? Cuando sea una vieja...

— ¡Bah! no sabes lo que podemos hacer dentro de algunos años, contestó Isagani; no sabes la energía y el entusiasmo que en el país se despiertan después de un letargo de siglos... España nos atiende; nuestros jóvenes en Madrid trabajan noche y día y dedican á la patria toda su inteligencia, todos sus instantes, todos sus esfuerzos; voces generosas se unen allá á las nuestras, políticos que comprenden que no hay mejor lazo que la comunidad de intereses y sentimientos; se nos hace justicia y todo augura para todos un brillante porvenir!... Verdad es que acabamos de sufrir un pequeño desastre, nosotros los estudiantes, pero la victoria va triunfando en toda la línea... está en todas las conciencias! La traidora derrota que sufrimos atestigua las últimas boqueadas, las últimas convulsiones del moribundo! Mañana seremos ciudadanos en Filipinas, cuyo destino será hermoso porque estará en amantes manos; ¡oh, sí! el porvenir es nuestro, lo veo de rosa, veo el movimiento agitar la vida en estas regiones largo tiempo muertas, aletargadas... Veo surgir pueblos á lo largo de los caminos de hierro, y por donde quiera fábricas, edificios como aquel de Mandaloyón!... Oigo el vapor silbar, el traqueteo de los trenes, el estruendo de las máquinas... miro subir el humo, su potente respiración, y aspiro el olor de aceite, el sudor de los monstruos ocupados en incesante faena... Ese puerto, de gestación laboriosa, ese río donde parece agoniza el comercio, los veremos llenos de mástiles y nos darán una idea del invierno en los bosques de Europa... Este aire puro y estas piedras tan limpias se llenarán de carbón, de cajas y barriles, productos de la industria humana; pero, no importa iremos en rápido movimiento, en coches cómodos, á buscar en el interior otros aires, otros panoramas en otras playas, más frescas temperaturas en las faldas de los montes... Los acorazados de nuestra marina guardarán las costas; el español y el filipino rivalizarán en celo para rechazar toda invasión extranjera,

para defender vuestros hogares y dejaros á vosotras reir y gozar en paz, amadas y respetadas. Libres del sistema de explotación, sin despechos ni desconfianzas, el pueblo trabajará porque entonces el trabajo dejará de ser infamante, dejará de ser servil, como imposición al esclavo; entonces el español no agriará su carácter con ridículas pretensiones despóticas y, franca la mirada, robusto el corazón, nos daremos la mano, y el comercio, la industria, la agricultura, las ciencias se desenvolverán al amparo de la libertad y de leyes sabias y equitativas como en la próspera Inglaterra...

Paulita sonreía con aire de duda y sacudía la cabeza.

— ¡Sueños, sueños! suspiró; he oído decir que tenéis muchos enemigos... Tía Torina dice que este país será siempre esclavo.

— Porque tu tía es una tonta, porque no puede vivir sin esclavos, y cuando no los tiene, los sueña en el porvenir, y si no son posibles, los forja en su imaginación. Cierto que tenemos enemigos, que habrá lucha, pero venceremos. El viejo sistema podrá convertir las ruinas de su castillo en informes barricadas, nosotros se las tomaremos al canto de libertad, á la luz de vuestros ojos, al aplauso de vuestras adoradas manos! Por lo demás, no te inquietes; la lucha será pacífica; basta que vosotras nos lancéis al estudio, despertéis en nosotros nobles, elevados pensamientos y nos alentéis á la constancia, al heroísmo, con el premio de vuestra ternura!

Paulita conservaba su risa enigmática y parecía pensativa; miraba hacia el río, dándose en las mejillas ligeros golpecitos con el abanico.

— ¿Y si nada conseguimos? preguntó distraída.

La pregunta le hizo daño á Isagani; fijó los ojos en los de su amada, cogióle suavemente una mano y repuso:

— Escucha: si nada conseguimos...

Y se detuvo vacilando.

— Escucha, Paulita, continuó; sabes cuánto te amo y cuánto te adoro; sabes que me siento otro cuando me envuelve tu mirada, cuando sorprendo en ella una centella de amor... sin embargo, si nada conseguimos, soñaría en otra mirada tuya y moriría dichoso porque un rayo de orgullo pudiese brillar en tus ojos y dijese un día al mundo señalando mi cadáver: ¡mi amor ha muerto luchando por los derechos de mi patria!

— ¡Á casa, niña, que vas á coger un resfriado! chilló en aquel momento doña Victorina.

La voz les trajo á la realidad. Era la hora de volver, y por amabilidad invitaron á Isagani á subir en el coche, invitación que el joven no se hizo repetir. Como el coche era de Paulita, naturalmente ocuparon el testero doña Victorina y la amiga, y en el banquito los dos enamorados.

Ir en el mismo coche, tenerla al lado, aspirar su perfume, rozar la seda de su traje, verla pensativa, con los brazos cruzados, bañada por la luna de Filipinas, que presta á las cosas más vulgares idealidad y encantos, era un sueño que Isagani no se esperaba! ¡Qué miserables eran los que se retiraban á pie, solos, y tenían que apartarse para dejar paso al rápido coche! De todo aquel trayecto, á lo largo de la playa, por el paseo de la Sabana, el puente de España, Isagani no ha visto más que un suave perfil peinado graciosamente, terminado por un flexible cuello que se perdía entre las gasas de la piña. Un brillante le guiñaba desde el lóbulos de la diminuta oreja, como una estrella entre plateadas nubes. Isagani ha oído ecos lejanos preguntándole por don Tiburcio de Espadaña, el nombre de Juanito Peláez, pero le sonaban á campanadas que se oyen de lejos, voces confusas percibidas durante el sueño.

Fué necesario advertirle que habían llegado á la plaza de Santa Cruz.

## XXV

### RISAS — LLANTOS

La sala de la « *Pansitería Macanista de buen gusto* » ofrecía en aquella noche un aspecto extraordinario.

Catorce jóvenes, de las principales islas del Archipiélago, desde el indio puro (si es que los hay puros) al español peninsular, se reunían para celebrar el banquete que el P. Irene aconsejaba, en vista de la resolución dada al asunto de la enseñanza del castellano. Habían alquilado para sí todas las mesas, mandando aumentar las luces y pegar en la pared, junto á los paisajes y kakémonos chinoscos, este extraño versículo:



¡GLÒRIA Á CUSTODIO POR SUS LISTURAS Y PANSIT EN LA TIERRA Á LOS CHICOS DE BUENA VOLUNTAD!

En un país donde todo lo grotesco se cubre con capa de seriedad, donde muchos se elevan á fuerza de humo y aire calentado; en un país donde lo profundamente serio y sincero daña al salir del corazón y puede ocasionar disturbios, probablemente aquella era la mejor manera de celebrar la ocurrencia del insigne don Custodio. Los burlados contestaban á la sorna con una carcajada, al pastel gubernamental respondían con un plato de pansit, y todavía!

Se reía, se chanceaba, pero era visible que en la alegría había esfuerzo; las risas vibraban de cierto temblor nervioso, de los ojos saltaban rápidas chispas y en más de uno se vió una lágrima brillar. Y sin embargo, aquellos jóvenes eran crueles, eran injustos! No era la primera vez que se resolvían así los más hermosos pensamientos, que se defraudaban las esperanzas con grandes palabras y pequeñas acciones: antes de don Custodio, hubo otros muchos, muchísimos!

En medio de la sala y bajo los faroles rojos, se veían cuatro mesas redondas, dispuestas simétricamente formando un cuadrado; servían de asiento banquillos de madera igualmente redondos. En el centro de cada mesa, según el uso del establecimiento, se presentaban cuatro platitos de colores con cuatro pasteles cada uno, y cuatro tazas de té con sus correspondientes cubiertas, todas de porcelana roja; delante de cada banquillo se veían una botella y dos copas de luciente cristal.

Sandoval, á fuer de curioso, miraba, escudriñaba todo, probaba las pastas, examinaba los cuadros, leía la lista de los precios. Los demás hablaban del tema del día, de las actrices de la opereta francesa y la enfermedad misteriosa de Simoun, á quien, según unos, habían encontrado herido en la calle; según otros, había intentado suicidarse: como era natural se perdían en conjeturas. Tadeo daba su versión particular, según él, tomada de buena fuente. Simoun había sido atacado por un desconocido en la antigua plaza del Vivac; los motivos eran la venganza, y en prueba de ello el mismo Simoun se negaba á dar la más mínima explicación. De allí pasaron á hablar de venganzas misteriosas, y naturalmente de hazañas frailunas, contando cada uno las proezas de los respectivos curas de sus pueblos.

Una cuarteta, en grandes letras negras, coronaba el friso de la sala y decía:

De esta fonda el cabecilla  
Al público advierte  
Que nada dejen absolutamente  
Sobre alguna mesa ó silla.

— ¡Vaya una advertencia! exclamó Sandoval; si habrá confianza en la cuadrilla, ¿eh? ¡Y qué versos! ¡Don Tiburcio convertido en redondilla; dos pies, uno más largo que otro entre dos muletas! ¡Si los ve Isagani, los regala á su futura tía!

— ¡Aquí está Isagani! contestó una voz desde las escaleras.

Y el dichoso joven apareció radiante de alegría, seguido de dos descamisados chinos que llevaban en enormes bandejas fuentes que esparcían apetitoso olor. Alegres exclamaciones los saludaron.

Faltaba Juanito Peláez, mas habiendo pasado ya la hora, sentáronse á la mesa alegremente. Juanito siempre iba á ser informal.

— Si en su lugar hubiésemos invitado á Basilio, dijo Tadeo, nos divertiríamos más. Le emborracharíamos para sacarle algunos secretos.

— Qué, ¿el prudente Basilio posee secretos?

— ¡Vaya! contestó Tadeo, ¡y de los más importantes! Hay ciertos enigmas de los cuales él solo conoce la llave... el muchacho desaparecido, la monja...

— ¡Señores, el *pansit lang-lang* es la sopa por excelencia! gritaba Makaraig; como usted verá, Sandoval, se compone de setas, langostinos ó camarones, pasta de huevos, sotanjun, trozos de gallina y qué sé yo más. Como primicias, ofrezcamos los huesos á don Custodio; ¡á ver, que proyecte algo sobre ellos!

Una alegre carcajada recibió esta arenga.

— Si lo llega á saber...

— ¡Se viene corriendo! añadió Sandoval; la sopa es excelente, ¿cómo se llama?

— *Pansit lang-lang*, esto es, *pansit* chino para diferenciarlo del otro que es propio del país.

— ¡Bah! es nombre difícil de retener. ¡En honor á don Custodio le bautizo *proyecto de sopa*!

El nombre nuevo quedó aceptado.

— Señores, dijo Makaraig, que era el que había dispuesto el menú; ¡aún tenemos tres platos! *Lumpià* de chino hecho de carne de cerdo...

— ¡Que se ofrece al P. Irene!

— ¡Sopla! El P. Irene no come cerdo si no se quita la nariz, observó en voz baja un joven de Iloilo á su vecino.

— ¡Se quitará la nariz!

— ¡Abajo la nariz del P. Irene! gritaron todos en coro.

— ¡Respeto, señores, más respeto! reclamó Pecson con cómica gravedad.

— El tercer plato es una torta de cangrejos...

— Que se dedica á los frailes, añadió el de Visayas.

— Por lo cangrejos, terminó Sandoval.

— ¡Justo, y se llamará torta de frailes!

Todos repitieron en coro: ¡torta de frailes!

— ¡Protesto en nombre de uno! dijo Isagani.

— ¡Y yo, en nombre de los cangrejos! añadió Tadeo.

— ¡Respeto, señores, más respeto! volvió á gritar Pecson con la boca llena.

— El cuarto es el *pansit* guisado que se dedica... al gobierno y al país!

Todos se volvieron hacia Makaraig.

— Hasta hace poco, señores, continuó, el *pansit* se creía chino ó japonés, pero es el caso que no conociéndose ni en la China ni en el Japón, parece ser filipino, y sin embargo, los que lo guisan y benefician son los chinos: ídem de ídem de ídem lo que les pasa al gobierno y á Filipinas: parecen chinos, pero si lo son ó no lo son, doctores tiene la Santa Madre... Todos comen y gustan de él, y sin embargo hacen melindres y ascos; lo mismo le pasa al país, lo mismo al gobierno. Todos viven á su costa, todos participan de la fiesta y después no hay país más malo que Filipinas, no hay gobierno más desorganizado.

¡Dediquemos, pues, el *pansit* al país y al gobierno!

— ¡Dedicado! dijeron en coro.

— ¡Protesto! exclamó Isagani...

— ¡Respeto á los menores, respeto á las víctimas! gritó en voz hueca Pecson, levantando en el aire un hueso de gallina.

— ¡Dediquemos el *pansit* al chino Quiroga, uno de los cuatro poderes del mundo filipino! propuso Isagani.

— ¡No, á la Eminencia Negra!

— ¡Silencio! exclamó uno con misterio; en la plaza hay grupos que nos contemplan y las paredes oyen.

En efecto, grupos de curiosos estacionaban delante de las ventanas, mientras que la algazara y la risa en los establecimientos contiguos habían cesado por completo, como si prestasen atención á lo que pasaba en el banquete. El silencio tenía algo de extraordinario.

— ¡Tadeo, pronuncia tu discurso! le dijo en voz baja Makaraig.

Se había convenido que Sandoval, como el que más cualidades de orador tenía, resumiría los brindis.

Tadeo, perezoso como siempre, nada había preparado y se veía en un apuro. Mientras aspiraba un largo *sotanjan*, pensaba en cómo salir del paso, hasta que recordó un discurso aprendido en la clase y se dispuso á plagiarlo y adulterarlo.

— ¡Queridos hermanos en proyecto! comenzó gesticulando con los dos palitos de comer que usan los chinos.

— ¡Animal! ¡suelta el *sipit* que me has despeinado! dijo un vecino.

— «Llamado por vuestra elección á llenar el vacío que ha dejado en»...

— ¡Plagiario! le interrumpió Sandoval; ese discurso es del presidente de nuestro Liceo!

— «Llamado por vuestra elección, — continuó Tadeo imperturbable, — á llenar el vacío que ha dejado en mi... mente (y se señaló el abdomen) un varón ilustre por su doctrina cristiana y por sus ocurrencias y proyectos merecedor de tener un poquito más de memoria, ¿qué podrá decirnos quien como yo tiene mucha hambre porque no ha almorzado?»

— ¡Toma un cuello, chicooó! díjole el vecino presentándole un cuello de gallina.

— «Hay un plato, señores, tesoro de un pueblo que es hoy fábula y ludibrio de la tierra, en donde han ido á meter su hambrienta cucharada los más grandes tragones de las regiones occidentales del globo...» — señalando con sus palitos á Sandoval en lucha con una recalcitrante ala de gallina.

— Y ¡orientales! replicó el aludido trazando un círculo con la cuchara para comprender á todos los comensales.

— ¡No valen interrupciones!

— ¡Pido la palabra!

— ¡Pido *pats!* añadió Isagani.

— ¡Que venga el *lumpiâ!*

Todos pidieron el *lumpiâ* y Tadeo se sentó muy contento de haber salido del paso.

El plato consagrado al P. Irene no pareció famoso, y Sandoval lo manifestó así cruelmente:

— ¡Brillante de grasa por fuera y puerco por dentro! ¡Que venga el tercer plato, la torta de frailes!

La torta no estaba hecha todavía; se oía el chirrido de la manteca en la sartén. El intermedio lo aprovecharon para beber y pidieron que Pecson hablase.

Pecson se persignó seriamente, se levantó conteniendo á duras penas su risa de bobo, é imitando á cierto predicador agustino famoso entonces, principió á murmurar como si recitase la tesis de un sermón.

«*Si tripa plena laudat Deum, tripa famelica laudabit fratres;* si tripa llena alaba á Dios, tripa hambrienta alabará á los frailes. Palabras que dijo el señor Custodio por boca de Ben Zayb, periódico *El Grito de la Integridad*, artículo segundo, tontería ciento cincuenta y siete.»

«¡Queridos hermanos en Jesucristo!

«¡El mal sopla su impuro aliento sobre las verdes costas de la Frailandia, vulgo Archipiélago filipino! No brilla un día sin que resuene un ataque, sin que se escuche un sarcasmo contra las reverendas, venerandas y predicandas corporaciones, indefensas y faltas de todo apoyo. Permitidme, hermanos, que un momento me haga caballero andante para salir en defensa del desvalido, de las santas corporaciones que nos educaron, confirmando una vez más la idea complementaria del adagio, tripa llena alaba á Dios, cual es, tripa hambrienta alabará á los frailes.»

— ¡Bravo, bravo!

— Oye, dijo Isagani seriamente; te advierto que tratándose de frailes, respeto á uno.

Sandoval, que ya estaba alegre, se puso á cantar:

¡Un fraile, dos frailes, tres frailes en el cooro  
Hacen el mismo efecto que un solo tooooro!

— Escuchad, hermanos; volved la vista hacia los hermosos días de vuestra infancia; tratad de examinar el presente y pre-

guntaos el porvenir. ¿Qué tenéis? ¡Frailes, frailes y frailes! Un fraile os bautiza, confirma, visita en la escuela con amoroso afán; un fraile escucha vuestros primeros secretos, es el primero en haceros comer á un Dios, en iniciaros en la senda de la vida; frailes son vuestros primeros y últimos maestros, fraile es el que abre el corazón de vuestras novias, disponiéndolas á vuestros suspiros; un fraile os casa, os hace viajar por diferentes islas proporcionándoos cambios de clima y distracciones; él os asiste en vuestra agonía y aunque subáis al cadalso, allí está el fraile para acompañaros con sus rezos y lágrimas, y podéis estar tranquilos que no os ha de abandonar hasta veros bien muertos y ahorcados. Mas, su caridad no termina allí; muertos ya, procurará enterraros con toda pompa, luchará para que vuestro cadáver pase por la iglesia, reciba los sufragios, y sólo descansará satisfecho cuando os pueda entregar en manos del Criador purificados aquí en la tierra, gracias á temporales castigos, torturas y humillaciones. Conocedores de la doctrina de Cristo que cierra el cielo á los ricos, ellos, nuevos redentores, verdaderos ministros del Salvador, inventan todas las astucias para aligeraros de vuestros pecados, vulgo *cuapt*, y los transportan lejos, muy lejos, allá donde los condenados chinos y protestantes viven, y dejan esta atmósfera límpida, pura, saneada, de tal modo que aunque quisiéramos después, no pudiésemos encontrar un real para nuestra condenación!

« Si, pues, su existencia es necesaria á nuestra felicidad; si doquiera que llevemos la nariz nos hemos de encontrar con la fina mano, hambrienta de besos, que aplana cada día más el maltrecho apéndice que en el rostro ostentamos ¿por qué no mirarlos y engordarlos y por qué pedir su antipolítica expulsión? Considerad un momento el inmenso vacío que en nuestra sociedad dejaría su ausencia! Obreros incansables, mejoran y multiplican las razas; desunidos como estamos merced á celos y susceptibilidades, los frailes nos unen en una suerte común, en un apretado haz, tan apretado que muchos no pueden mover los codos! Quitad al fraile, señores, y veréis cómo el edificio filipino tambaleará, falto de robustos hombros y velludas piernas, la vida filipina se volverá monótona sin la nota alegre del fraile juguetero y sandunguero, sin los libritos y sermones que hacen desternillar de risa, sin el gracioso contraste de grandes preten-

siones en insignificantes cráneos, sin la representación viva, cotidiana, de los cuentos de Boccacio y Lafontaine! Sin las correas y escapularios, ¿qué queréis que en adelante hagan nuestras mujeres sino economizar ese dinero y volverse acaso avaras y codiciosas? Sin las misas, novenarios y procesiones, ¿dónde encontraréis *panguinguis* para entretener sus ocios? tendrán que reducirse á las faenas de la casa, y en vez de leer divertidos cuentos de milagros, tendremos que procurarles las obras que no existen! Quitad al fraile, y se desvanecerá el heroísmo, serán del dominio del vulgo las virtudes políticas; quitadle y el indio dejará de existir; el fraile es el Padre, el indio el Verbo; aquél el artista, éste la estatua, porque todo lo que somos, lo que pensamos y lo que hacemos, al fraile se lo debemos, á su paciencia, á sus trabajos, á su constancia de tres siglos para modificar la forma que nos dió la Naturaleza! Y Filipinas sin fraile y sin indio, ¿qué le pasará al pobre gobierno en manos con los chinos? »

— ¡Comerá torta de cangrejos! contestó Isagani á quien le aburría el discurso de Pecson.

— Y es lo que debemos hacer! Basta de discursos!

Como no aparecía el chino que debía traer el plato, levantóse uno de los estudiantes y se fué al fondo, hacia el balcón que daba al río; mas se volvió inmediatamente haciendo señas misteriosas.

— Nos espían; he visto al favorito del P. Sibyla!

— ¿Sí? exclamó Isagani levantándose.

— Es inútil; al verme se ha ido.

Y acercándose á la ventana, miró hacia la plaza. Después hizo señas á sus compañeros para que se acercasen. Vieron salir por la puerta de la pansitería un joven que miraba á todas partes y entraba con un desconocido en un coche que esperaba junto á la acera. Era el coche de Simoun.

— ¡Ah! exclamó Makaraig; el esclavo del Vice Rector servido por el Amo del General!

XXVI

PASQUINADAS

Muy de mañana levantóse Basilio para ir al Hospital. Tenía su plan trazado, visitar á sus enfermos, ir después á la Universidad para enterarse algo de su licenciatura, y verse después con Makaraig para los gastos que ésta le ocasionaría. Había empleado gran parte de sus economías en rescatar á Juli y procurarle una cabaña donde vivir con el abuelo, y no se atrevía á acudir á Capitán Tiago, temiendo no interpretase el paso como un adelanto de la herencia que siempre le prometía.

Distraído con estas ideas, no se fijó en los grupos de estudiantes que tan de mañana volvían de la ciudad como si se hubiesen cerrado las aulas; menos aún pudo notar el aire preocupado que tenían algunos, las conversaciones en voz baja, las señas misteriosas que entre sí cambiaban. Así es que cuando, al llegar á San Juan de Dios, sus amigos le preguntaron acerca de una conspiración, Basilio pegó un salto acordándose de la que tramaba Simoun, abortada por el misterioso accidente del joyero. Lleno de temor y con voz alterada preguntó tratando de hacerse del ignorante:

— ¡Ah! la conspiración?

— ¡Se ha descubierto! repuso otro, y parece que hay muchos complicados.

Basilio procuró dominarse.

— ¿Muchos complicados? repitió tratando de leer algo en las miradas de los demás; y ¿quiénes...?

— Estudiantes, la mar de estudiantes!

Basilio no creyó prudente preguntar más temiendo venderse, y pretextando la visita de sus enfermos, se alejó del grupo. Un catedrático de clínica le salió al paso y poniéndole misteriosamente la mano sobre el hombro — el catedrático era su amigo — le preguntó en voz baja:

— ¿Estuvo usted en la cena de anoche?



Basilio, en el estado de ánimo en que se encontraba, creyó oír *anteanoche*. Anteanoche fué la conferencia con Simoun. Quiso explicarse.

— Le diré á usted, balbuceó, como Capitán Tiago estaba malo y además tenía que concluir con el Mata...

— Hizo usted bien en no ir, dijo el profesor; ¿pero usted forma parte de la asociación de estudiantes?

— Doy mi cuota...

— Pues entonces, un consejo: retírese ahora mismo y destruya cuantos papeles tenga que le puedan comprometer.

Basilio se encogió de hombros. Papeles no tenía ninguno, tenía apuntes clínicos, nada más.

— ¿Es que el señor Simoun...?

— Simoun nada tiene que ver en el asunto, gracias á Dios! añadió el médico; ha sido oportunamente herido por mano misteriosa y está en cama. No, aquí andan otras manos, pero no menos terribles.

Basilio respiró. Simoun era el único que le podía comprometer. Sin embargo pensó en Cablesang Tales.

— ¿Hay tulisanes...?

— Nada, hombre, nada más que estudiantes.

Basilio recobró su serenidad.

— ¿Qué ha pasado, pues? se atrevió á preguntar.

— Se han encontrado pasquines subversivos, ¿no lo sabía usted?

— ¿Dónde?

— C — I en la Universidad.

— ¿Nada más que eso?

— P — I ¿qué más quiere usted? preguntó el catedrático casi furioso; los pasquines se atribuyen á los estudiantes asociados, pero, ¡silencio!

Venía el catedrático de Patología, un señor que tenía más cara de sacristán que de médico. Nombrado por la poderosísima voluntad del Vice Rector, sin exigirle más méritos ni más títulos que la adhesión incondicional á la corporación, pasaba por ser un espía y un soplón á los ojos de los otros catedráticos de la Facultad.

El primer catedrático le devolvió el saludo fríamente y guiñando á Basilio, le dijo en voz alta:

— Ya sé que Capitán Tiago huele á cadáver; los cuervos y los buitres le han visitado.

Y entró en la sala de los profesores.

Algo más tranquilo, Basilio se aventuró á averiguar más pormenores. Todo lo que pudo saber era que se encontraron pasquines en las puertas de la Universidad, pasquines que el Vice Rector mandó arrancar para enviarlos al Gobierno Civil. Decían que estaban llenos de amenazas, degüello, invasión y otras bravatas.

Sobre este hecho hacían los estudiantes sus comentarios. Las noticias venían del conserje, éste las tenía de un criado de Santo Tomás, quien á su vez las supo de un capista. Pronosticaban futuros suspensos, prisiones, etc., y se designaban los que iban á ser víctimas, naturalmente los de la Asociación.

Basilio recordó entonces las palabras de Simoun: El día en que puedan deshacerse de usted... Usted no terminará su carrera...

— ¿Si sabrá algo? se preguntó; veremos quién puede más.

Y recobrando su sangre fría, para saber á qué atenerse y á la vez para gestionar su licenciatura, Basilio se encaminó á la Universidad. Tomó por la calle de Legazpi, siguió la del Beaterio, y al llegar al ángulo que forma ésta con la calle de la Solana, observó que efectivamente algo importante debía haber ocurrido.

En vez de los grupos alegres y bulliciosos de antes, en las aceras se veían parejas de la Guardia Veterana haciendo circular á los estudiantes, que salían de la Universidad silenciosos unos, taciturnos, irritados otros, estacionaban á cierta distancia ó se volvían á sus casas. El primero con quien se encontró fué Sandoval. En vano le llamó Basilio; parecía que se había vuelto sordo.

— Efectos del temor en los jugos gastro-intestinales! pensó Basilio.

Después se encontró con Tadeo, que tenía cara de Pascuas. Al fin la cuacha eterna parecía realizarse.

— ¿Qué hay, Tadeo?

— ¡Que no tendremos clase, lo menos por una semana, chico! ¡sublime! ¡magnífico!

Y se frotaba las manos de contento.

— Pero ¿qué ha pasado?

— ¡Nos van á meter presos á los de la Asociación!

— ¿Y estás alegre?

— ¡No hay clase, no hay clase! y se alejó no cabiendo en sí de alegría.

Vió venir á Juanito Peláez pálido y receloso; aquella vez su joroba alcanzaba el máximo, tanta prisa se daba en huir. Había sido uno de los más activos promovedores de la asociación mientras las cosas se presentaban bien.

— ¿Eh, Peláez, qué ha pasado?

— ¡Nada, no sé nada! Yo nada tengo que ver, contestaba nerviosamente; yo les estuve diciendo: esas son quijoterías... ¿Verdad, tú, que lo he dicho?

Basilio no sabía si lo había dicho ó no, pero por complacerle contestó:

— ¡Sí, hombre! pero ¿qué sucede?

— ¿Verdad que sí? Mira, tú eres testigo: yo siempre he sido opuesto... ¡tú eres testigo, mira, no te olvides!

— Sí, hombre, sí, pero ¿qué pasa?

— Oye, ¡tú eres testigo! Yo no me he metido jamás con los de la asociación, sino para aconsejarles!... no vayas á negarlo después! Ten cuidado, ¿sabes?

— No, no lo negaré, pero ¿qué ha pasado, hombre de Dios?

Juanito ya estaba lejos; había visto que se acercaba un guardia y temió que le prendieran.

Basilio se dirigió entonces á la Universidad para ver si acaso la secretaría estaba abierta y para recoger noticias. La secretaría estaba cerrada, y en el edificio había extraordinario movimiento. Subían y bajaban las escaleras frailes, militares, particulares, antiguos abogados y médicos, acaso para ofrecer sus servicios á la causa que peligraba.

Divisó de lejos á su amigo Isagani, que, pálido y emocionado, radiante de belleza juvenil, arengaba á unos cuantos discípulos levantando la voz como si le importase poco el ser oído de todo el mundo.

— ¡Parece mentira, señores, parece mentira que un acontecimiento tan insignificante nos ponga en desbandada y huyamos como gorriones porque se agita el espantajo! ¿Es la primera vez acaso que los jóvenes entran en la cárcel por la causa de la

libertad? ¿Dónde están los muertos, dónde los fusilados? ¿Por qué apostatar ahora?

— Pero ¿quién será el tonto que ha escrito semejantes pasquines? preguntaba uno indignado.

— ¿Qué nos importa? contestaba Isagani; nosotros no tenemos por qué averiguarlo, que lo averigüen ellos! Antes de saber cómo están redactados, nosotros no tenemos necesidad de hacer alardes de adhesión en los momentos como éste. Allí donde hay peligro, allí debemos acudir, porque allí está el honor! Si lo que dicen los pasquines está en armonía con nuestra dignidad y nuestros sentimientos, quien quiera que los haya escrito, ha obrado bien, debemos darle las gracias y apresurarnos á unir á la suya nuestras firmas! Si son indignos de nosotros, nuestra conducta y nuestra conciencia protestan por sí solas y nos defienden de toda acusación...

Basilio al oír semejante lenguaje, aunque quería mucho á Isagani, dió media vuelta y salió. Tenía que ir á casa de Makaraig para hablarle del préstamo.

Cerca de la casa del rico estudiante, notó cuchicheos y señas misteriosas entre los vecinos. El joven, no sabiendo de qué se trataba, continuó tranquilamente su camino y entró en el portal. Dos guardias de la Veterana se le adelantaron preguntándole qué quería. Basilio comprendió que había obrado de ligero, pero ya no podía retroceder.

— Vengo á ver á mi amigo Makaraig, contestó tranquilamente.

Los guardias se miraron.

— Espérese usted aquí, díjole uno; espere usted á que baje el cabo.

Basilio se mordió los labios, y las palabras de Simoun resonaron otra vez en sus oídos... ¿Habrán venido á prender á Makaraig? pensó, pero no se atrevió á preguntarlo.

No esperó mucho tiempo; en aquel momento bajaba Makaraig hablando alegremente con el cabo, precedidos ambos de un alguacil.

— ¿Cómo? ¿usted también, Basilio? preguntó.

— Venía á verle...

— ¡Noble conducta! dijo Makaraig riendo; en los tiempos de calma, usted nos evita...

El cabo preguntó á Basilio por su nombre, y hojeó una lista.

— ¿Estudiante de Medicina, calle de Anloague? preguntó el cabo.

Basilio se mordió los labios.

— Usted nos ahorra un viaje, añadió el cabo, poniéndole la mano sobre el hombro; ¡dése usted preso!

— ¿Cómo, yo también?

Makaraig soltó una carcajada.

— No se apure usted, amigo; vamos en coche, y así le contaré la cena de anoche.

Y con un gesto muy gracioso, como si estuviese en su casa, invitó al auxiliante y al cabo á que subiesen en el coche que les esperaba en la puerta.

— ¡Al Gobierno Civil! dijo al cochero.

Basilio, que ya se había recobrado, contaba á Makaraig el objeto de su visita. El rico estudiante no le dejó terminar y le estrechó la mano.

— Cuento usted conmigo, cuento usted conmigo y á la fiesta de nuestra investidura convidaremos á estos señores, dijo señalando al cabo y al alguacil.

## XXVII

### EL FRAILE Y EL FILIPINO

*Vox populi, vox Dei.*

Hemos dejado á Isagani arengando á sus amigos. En medio de su entusiasmo, se le acercó un capista para decirle que el P. Fernández, uno de los catedráticos de ampliación, le quería hablar.

Isagani se inmutó. El P. Fernández era para él persona respetabilísima: era el *uno* que él exceptuaba siempre cuando de atacar á los frailes se trataba.

— Y ¿qué quiere el P. Fernández? preguntó.

El capista se encogió de hombros; Isagani de mala gana le siguió.

El P. Fernández, aquel fraile que vimos en Los Baños, esperaba en su celda grave y triste, fruncidas las cejas como si

estuviese meditando. Levantóse al ver entrar á Isagani, le saludó dándole la mano, y cerró la puerta; después se puso á pasear de un extremo á otro de su aposento. Isagani de pie esperaba á que le hablase.

— Señor Isagani, dijo al fin en voz algo emocionada; desde la ventana le he oído á usted perorar porque, como físico que soy, tengo buenos oídos, y he querido hablar con usted. A mí me han gustado siempre los jóvenes que se expresan claramente y tienen su manera propia de pensar y obrar; no me importa que sus ideas difieran de las mías. Ustedes, por lo que he oído, han tenido anoche una cena, no se excuse usted...

— ¡Es que yo no me excuso! interrumpió Isagani.

— Mejor que mejor, eso prueba que usted acepta la consecuencia de sus actos. Por lo demás, haría usted mal en retractarse; yo no le censuro, no hago caso de lo que anoche se haya dicho allí; yo no le recrimino, porque después de todo, usted es libre de decir de los dominicos lo que le parezca, usted no es discípulo nuestro; sólo este año hemos tenido el gusto de tenerle y probablemente no le tendremos ya más. No vaya usted á creer que yo voy á invocar cuestiones de gratitud, no; no voy á perder mi tiempo en tontas vulgaridades. Le he hecho llamar á usted, porque he creído que es uno de los pocos estudiantes que obran por convicción, y como á mí me gustan los hombres convencidos, me dije, con el señor Isagani me voy á explicar.

El P. Fernández hizo una pausa y continuó sus paseos con la cabeza baja, mirando al suelo.

— Usted puede sentarse si gusta, continuó; yo tengo la costumbre de hablar andando, porque así se me vienen mejor las ideas.

Isagani siguió de pie, con la cabeza alta, esperando que el catedrático abordase el asunto.

— Hace más de ocho años que soy catedrático, continuó el P. Fernández paseándose, y he conocido y tratado á más de dos mil quinientos jóvenes; les he enseñado, los he procurado educar, les he inculcado principios de justicia, de dignidad, y, sin embargo, en estos tiempos en que tanto se murmura de nosotros, no he visto á ninguno que haya tenido la audacia de sostener sus acusaciones cuando se ha encontrado delante de un fraile... ni siquiera en voz alta delante de cierta multitud...

Jóvenes hay que detrás nos calumnian y delante nos besan la mano y con vil sonrisa mendigan nuestras miradas! ¡Puf! ¿Qué quiere usted que hagamos nosotros con semejantes criaturas?

— La culpa no es toda de ellos, Padre, contestó Isagani; la culpa está en los que les han enseñado á ser hipócritas, en los que tiranizan el pensamiento libre, la palabra libre. Aquí todo pensamiento independiente, toda palabra que no sea un eco de la voluntad del poderoso, se califica de filibusterismo, y usted sabe muy bien lo que esto significa. ¡Loco el que por darse gusto dè decir en voz alta lo que piensa, se aventure á sufrir persecuciones!

— ¿Qué persecuciones ha tenido usted que sufrir? preguntó el P. Fernández levantando la cabeza; ¿no le he dejado á usted expresarse libremente en mi clase? Y sin embargo, usted es una excepción que, á ser cierto lo que dice, yo debía corregir, para universalizar en lo posible la regla, para evitar que cunda el mal ejemplo!

Isagani se sonrió.

— Le doy á usted las gracias y no discutiré si soy ó no una excepción; aceptaré su calificativo para que usted acepte el mío: usted también es una excepción; y como aquí no vamos á hablar de excepciones, ni abogar por nuestras personas, al menos pienso por mí, le suplico á mi catedrático dé otro giro al asunto.

El P. Fernández, á pesar de sus principios liberales, levantó la cabeza y miró lleno de sorpresa á Isagani. Era aquel joven más independiente aún de lo que él se creía; aunque le llamaba *catedrático*, en el fondo le trataba de igual á igual, puesto que se permitía insinuaciones. Como buen diplomático, el P. Fernández no sólo aceptó el hecho, sino que él mismo lo planteó.

— ¡Enhorabuena! dijo; pero no vea usted en mí á su catedrático; yo soy un fraile y usted un estudiante filipino; nada más, nada menos! y ahora le pregunto á usted: ¿qué quieren de nosotros los estudiantes filipinos?

La pregunta llegaba de sorpresa; Isagani no estaba preparado. Era una estocada que se desliza de repente mientras hacen el muro, como dicen en la esgrima. Isagani, así sorprendido, respondió por una violenta parada como un aprendiz que se defiende:

— ¡Que ustedes cumplan con su deber! dijo.

Fr. Fernández se enderezó: la respuesta le sonó á cañonazo.

— ¡Que cumplamos con nuestro deber! repitió irguiéndose; pues ¿no cumplimos con nuestro deber? ¿qué deberes nos asignan ustedes?

— Los mismos que ustedes libérrimamente se han impuesto al entrar en su orden y los que después, una vez en ella, se han querido imponer! Pero, como estudiante filipino, no me creo llamado á examinar su conducta en relación con sus estatutos, con el catolicismo, con el gobierno, el pueblo filipino y la humanidad en general: cuestiones son esas que ustedes tienen que resolver con sus fundadores, con el Papa, el gobierno, el pueblo en masa ó con Dios; como estudiante filipino, me limitaré á sus deberes respecto á nosotros. Los frailes, en general, al ser los inspectores locales de la enseñanza en provincias, y los dominicos, en particular, al monopolizar en sus manos los estudios todos de la juventud filipina, han contraído el compromiso, ante los ocho millones de habitantes, ante España y ante la humanidad de la que nosotros formamos parte, de mejorar cada vez la semilla joven, moral y físicamente, para guiarla á su felicidad, crear un pueblo honrado, próspero, inteligente, virtuoso, noble y leal. Y ahora pregunto yo á mi vez: ¿han cumplido los frailes con su compromiso?

— Estamos cumpliendo...

— ¡Ah! P. Fernández, interrumpió Isagani; usted con la mano sobre *su* corazón puede decir que *está* cumpliendo, pero con la mano sobre el corazón de la orden, sobre el corazón de todas las órdenes, no lo puede decir sin engañarse! ¡Ah, Padre Fernández! cuando me encuentro ante una persona que estimo y respeto, prefiero ser el acusado á ser el acusador, prefiero defenderme á ofender. Pero, ya que hemos entrado en explicaciones, vamos hasta el fin! ¿Cómo cumplen con su deber los que en los pueblos inspeccionan la enseñanza? Impidiéndola! Y los que aquí han monopolizado los estudios, los que quieren modelar la mente de la juventud, con exclusión de otros cualesquiera, ¿cómo cumplen con su misión? Escatimando en lo posible los conocimientos, apagando todo ardor y entusiasmo, rebajando toda dignidad, único resorte del alma, é inculcando en nosotros viejas ideas, rancias nociones, falsos principios incompatibles



con la vida del progreso! ¡Ah! sí, cuando se trata de alimentar á presos, de proveer á la manutención de criminales, el gobierno propone una subasta para hallar al postor que ofrezca las mejores condiciones de alimentación, al que menos les ha de dejar perecer de hambre; cuando se trata de nutrir moralmente á todo un pueblo, nutrir á la juventud, á la parte más sana, á la que después ha de ser el país y el todo, el gobierno no sólo no propone ninguna subasta, sino que vincula el poder en aquel cuerpo que precisamente hace alardes de no querer la instrucción, de no querer ningún adelanto. ¿Qué diríamos nosotros si el abastecedor de cárceles, después de haberse apoderado por intrigas de la contrata, dejase luego languidecer á sus presos en la anemia, dándoles todo lo rancio y pasado, y se excusase después diciendo que no conviene que los presos tengan buena salud, porque la buena salud trae alegres pensamientos, porque la alegría mejora al hombre, y el hombre no debe mejorar porque le conviene al abastecedor que haya muchos criminales? ¿Qué diríamos si después el gobierno y el abastecedor se coaligasen porque de los diez ó doce cuartos que percibe por cada criminal el uno, recibe cinco el otro?

El P. Fernández se mordía los labios.

— Esas son muy duras acusaciones, dijo, y usted traspasa los límites de nuestra convención.

— No, Padre; sigo tratando de la cuestión estudiantil. Los frailes, y no digo ustedes, porque á usted no le confundo en la masa general, los frailes de todas las órdenes se han convertido en nuestros abastecedores intelectuales, y dicen y proclaman, sin pudor ninguno, que no conviene que nos ilustremos porque vamos un día á declararnos libres! Esto es no querer que el preso se nutra para que no se mejore y salga de la cárcel. La libertad es al hombre lo que la instrucción á la inteligencia, y el no querer los frailes que la tengamos es el origen de nuestros descontentos!

— La instrucción no se da más que al que se la merece! contestó secamente el P. Fernández; dársela á hombres sin carácter y sin moralidad es prostituirla.

— Y ¿por qué hay hombres sin carácter y sin moralidad?

El dominico se encogió de hombros.

— Defectos que se maman con la leche, que se respiran en el seno de las familias... ¿qué sé yo?

— ¡Ah no, P. Fernández! exclamó impetuosamente el joven; usted no ha querido profundizar el tema, usted no ha querido mirar al abismo por temor de encontrarse allí con la sombra de sus hermanos. Lo que somos, ustedes lo han hecho. Al pueblo que se tiraniza, se le obliga á ser hipócrita; á aquel á quien se le niega la verdad, se le da la mentira; el que se hace tirano, engendra esclavos. No hay moralidad, dice usted, sea! aunque las estadísticas podrían desmentirle porque aquí no se cometen crímenes como los de muchos pueblos, cegados por sus humos de moralizadores. Pero, y sin querer ahora analizar qué es lo que constituye el carácter y por cuánto entra en la moralidad la educación recibida, convengo con usted en que somos defectuosos. ¿Quién tiene la culpa de ello? ¿Ó ustedes que hace tres siglos y medio tienen en sus manos nuestra educación, ó nosotros que nos plegamos á todo? Si después de tres siglos y medio el escultor no ha podido sacar más que una caricatura, bien torpe debe ser.

— O bien mala la masa de que se sirve.

— Más torpe entonces aún, porque, sabiendo que es mala, no renuncia á la masa y continúa perdiendo tiempo... y no sólo es torpe, defrauda y roba, porque conociendo lo inútil de su obra, la continúa para percibir el salario... y no sólo es torpe y ladrón, es infame, porque se opone á que todo otro escultor ensaye su habilidad y vea si puede producir algo que valga la pena! ¡Celos funestos de la incapacidad!

La réplica era viva y el P. Fernández se sintió cogido. Miró á Isagani y le pareció gigantesco, invencible, imponente, y por primera vez en su vida creyó ser vencido por un estudiante filipino. Se arrepintió de haber provocado la polémica, pero era tarde. En su aprieto y encontrándose delante de tan temible adversario, buscó un buen escudo y echó mano del gobierno.

— Ustedes nos achacan á nosotros todas las faltas porque no ven más que nosotros que estamos cerca, dijo en acento menos arrogante; es natural, no me extraña! el pueblo odia al soldado ó al alguacil que le prende y no al juez que dictó la prisión. Ustedes y nosotros estamos todos danzando al compás de una música: si misma levantan el pie al mismo tiempo que nosotros, no nos culpen de ello; es la música quien dirige nuestros movimientos. ¿Creen ustedes que los frailes no tenemos con-

ciencia y no queremos el bien? ¿Creen ustedes que no pensamos en vosotros, que no pensamos en nuestro deber, y que sólo comemos para vivir y vivimos para reinar? ¡Ojalá así fuera! Pero, como vosotros, seguimos el compás; nos encontramos entre la espada y la pared: ó ustedes nos echan ó nos echa el gobierno. ¡El gobierno manda, y quien manda, manda, y cartuchera al cañón!

— De eso se puede inferir, observó Isagani con amarga sonrisa, que el gobierno quiere nuestra desmoralización?

— ¡Oh, no, yo no he querido decir eso! Lo que he querido decir es que hay creencias, hay teorías y leyes que, dictadas con la mejor intención, producen las más deplorables consecuencias. Me explicaré mejor citándole un ejemplo. Para conjurar un pequeño mal, se dictan numerosas leyes que causan mayores males todavía: *corruptissima in republica plurimæ leges*, dijo Tácito. Para evitar un caso de fraude, se dictan un millón y medio de disposiciones preventivas é insultantes, que producen el efecto inmediato de despertar en el público las ganas de eludir y burlar tales prevenciones: para hacer criminal á un pueblo no hay más que dudar de su virtud. Díctese una ley, no ya aquí, sino en España, y verá usted cómo se estudia el medio de trampearla, y es que los legisladores han olvidado el hecho de que cuanto más se esconde un objeto más se le desea ver. ¿Por qué la picardía y la listura se consideran grandes cualidades en el pueblo español cuando no hay otro como él tan noble, tan altivo y tan hidalgo? Porque nuestros legisladores, con la mejor intención, han dudado de su nobleza, herido su altivez y desafiado su hidalguía! ¿Quiere usted abrir en España un camino en medio de rocas? Pues ponga allí un cartel imperioso prohibiendo el paso, y el pueblo, protestando contra la imposición, dejará la carretera para trepar el peñasco. El día que en España un legislador prohíba la virtud é imponga el vicio, al siguiente todos serán virtuosos!

El dominico hizo una pausa, y después continuó:

— Pero, usted dirá que nos apartamos de la cuestión; vuelvo á ella... Lo que puedo decir para convencerle, es que los vicios de que ustedes adolecen, no se nos deben achacar ni á nosotros ni al gobierno; están en la imperfecta organización de nuestra sociedad, *qui multum probat, nihil probat*, que se pierde por

exceso de precaución, falta en lo necesario y sobra en lo superfluo.

— Si usted confiesa esos defectos en *su* sociedad, repuso Isagani, ¿por qué entonces meterse á arreglar sociedades ajenas en vez de ocuparse antes de sí misma?

— Vamos alejándonos de nuestra cuestión, joven; la teoría de los hechos consumados debe aceptarse...

— ¡Sea! la acepto porque es un hecho y sigo preguntando: ¿por qué, si su organización social es defectuosa, no la cambian ó al menos escuchan la voz de los que salen perjudicados?

— Todavía estamos lejos: hablábamos de lo que quieren los estudiantes de los frailes...

— Desde el instante en que los frailes se esconden detrás del gobierno, los estudiantes tienen que dirigirse á éste.

La observación era justa; por allí no había escapatoria.

— Yo no soy el gobierno y no puedo responder de sus actos. ¿Qué quieren los estudiantes que hagamos por ellos dentro de los límites en que estamos encerrados?

— No oponerse á la emancipación de la enseñanza, sino favorecerla.

El dominico sacudió la cabeza.

— Sin decir mi propia opinión, eso es pedirnos el suicidio, dijo.

— Al contrario, es pedirles paso para no atropellarlos y aplastarlos.

— ¡Hm! dijo el P. Fernández parándose y quedándose pensativo. Empiecen ustedes por pedir algo que no cueste tanto, algo que cada uno de nosotros pueda conceder sin menoscabo de su dignidad y privilegios, porque si podemos entendernos y vivir en paz, ¿á qué los odios, á qué las desconfianzas?

— Descendemos entonces á detalles...

— Sí, porque si tocamos á los cimientos, echaremos abajo el edificio.

— Vayamos pues á los detalles, dejemos la esfera de los principios, repuso Isagani sonriendo; y *sin decir también mi propia opinión* — y aquí acentuó el joven la frase — los estudiantes cesarían en su actitud y se suavizarían ciertas asperezas si los profesores supiesen tratarlos mejor de lo que hasta ahora han hecho... Esto está en sus manos.

— ¿Qué? preguntó el dominico; ¿tienen los alumnos alguna queja de mi conducta?

— Padre, nos hemos convenido desde un principio en no hablar ni de usted ni de mí. Hablamos en general: los estudiantes, tras de no sacar gran provecho de los años pasados en las clases, suelen muchos dejar allí girones de su dignidad, sino toda.

El P. Fernández se mordió los labios.

— Nadie les obliga á estudiar; los campos no están cultivados, observó secamente.

— Sí, que algo les obliga á estudiar, replicó en el mismo tono Isagani mirando cara á cara al dominico. Aparte del deber de cada uno de buscar su perfección, hay el deseo innato en el hombre de cultivar su inteligencia, deseo aquí más poderoso cuanto más reprimido; y el que da su oro y su vida al Estado, tiene derecho á exigirle que le dé la luz para ganar mejor su oro y conservar mejor su vida. Sí, Padre; hay algo que les obliga, y ese algo es el mismo gobierno, son ustedes mismos que se burlan sin compasión del indio no instruído y le niegan sus derechos, fundándose en que es ignorante. ¡Ustedes le desnudan y luego se burlan de sus vergüenzas!

El P. Fernández no contestó; siguió paseándose pero febrilmente, como muy excitado.

— ¡Usted dice que los campos no están cultivados! continuó Isagani en otro tono, después de una breve pausa; no entremos ahora á analizar el por qué, porque nos iríamos lejos; pero, usted, P. Fernández, usted, profesor, usted, hombre de ciencia, usted quiere un pueblo de braceros, de labradores! ¿Es para usted el labrador el estado perfecto á que puede llegar el hombre en su evolución? ¿O es que quiere usted la ciencia para sí y el trabajo para los demás?

— No, yo quiero la ciencia para el que se la merezca, para el que la sepa guardar, contestó; cuando los estudiantes den pruebas de amarla; cuando se vean jóvenes convencidos, jóvenes que sepan defender su dignidad y hacerla respetar, habrá ciencia, habrá entonces profesores considerados! ¡Si hay profesores que abusan es porque hay alumnos que condescienden!

— ¡Cuando haya profesores, habrá estudiantes!

— Empiecen ustedes por transformarse, que son los que tienen necesidad de cambio, y nosotros seguiremos.

— Sí, dijo Isagani con risa amarga; ¡que empecemos porque por nuestro lado está la dificultad! Bien sabe usted lo que le espera al alumno que se pone delante de un profesor: usted mismo, con todo su amor á la justicia, con todos sus buenos sentimientos, ha estado conteniéndose á duras penas cuando yo le decía amargas verdades, ¡usted mismo, P. Fernández! ¿Qué bienes ha sacado el que entre nosotros quiso sembrar otras ideas? Y ¿qué males han llovido sobre usted porque quiso ser bueno y cumplir con su deber?

— Señor Isagani, dijo el dominico, tendiéndole la mano; aunque parezca que de esta conversación nada práctico resulta, sin embargo algo se ha ganado; hablaré á mis hermanos de lo que usted me ha dicho y espero que algo se podrá hacer. Sólo temo que no crean en su existencia de usted...

— Lo mismo me temo, repuso Isagani, estrechando la mano del dominico; me temo que mis amigos no crean en su existencia de usted, tal como hoy se me ha presentado.

Y el joven, dando por terminada la entrevista, se despidió.

El P. Fernández le abrió la puerta, le siguió con los ojos hasta que le vió desaparecer al doblar el corredor. Estuvo oyendo mucho tiempo el ruido de sus pasos, después entró en su celda y esperó que apareciera en la calle. Vióle, en efecto, oyó que decía á un compañero que le preguntaba á dónde iba:

— Al Gobierno Civil! Voy á ver los pasquines y á reunirme con los otros!

El compañero, asustado, se quedó mirándole como quien mira á uno que se suicida y se alejó corriendo.

— ¡Pobre joven! murmuró el P. Fernández, sintiendo que sus ojos se humedecían; te envidio á los jesuítas que te han educado!

El P. Fernández se equivocaba de medio en medio; los jesuítas renegaban de Isagani, y cuando á la tarde supieron que había sido preso, dijeron que les comprometía.

— ¡Ese joven se pierde y nos va á hacer daño! Que se sepa que de aquí no ha aprendido esas ideas!

Los jesuítas no mentían, no: esas ideas sólo las da Dios por medio de la Naturaleza.

XXVIII  
TATAKUT

Ben Zayb tuvo inspiración de profeta al sostener días pasados en su periódico que la instrucción era funesta, funestísima para las Islas Filipinas: ahora en vista de los acontecimientos de aquel viernes de las pasquinadas, cacareaba el escritor y cantaba su triunfo, dejando tamañito y confuso á su adversario *Horatius*, que se había atrevido á ridiculizarle en la sección de *Pirotecnia* de la manera siguiente:



De nuestro colega *El Grito*:

«La instrucción es funesta, funestísima para las Islas Filipinas!»

Entendido.

Hace tiempo que *El Grito* cree representar al pueblo filipino; ergo... como diría Fray Ibáñez, si supiese latín.

Pero Fray Ibáñez se vuelve musulmán cuando escribe, y sabemos cómo tratan los musulmanes á la instrucción.

*Testiga*, como decía un real predicador, la biblioteca de Alejandría!

---

Ahora tenía él razón, él, Ben Zayb! ¡Si es el único que piensa en Filipinas, el único que prevé los acontecimientos!

En efecto, la noticia de haberse encontrado pasquines subversivos en las puertas de la Universidad, no sólo quitó el apetito á muchos y trastornó la digestión á otros, sino que también puso intranquilos á los flemáticos chinos, que no se atrevieron á sentarse en sus tiendas con una pierna recogida como de costumbre, por temor de que les faltase tiempo de extenderla para echarse á correr. Á las once de la mañana, aunque el sol continuaba su curso y su Excelencia, el Capitán General, no aparecía al frente de sus cohortes victoriosas, sin embargo el desasosiego había aumentado: los frailes que solían frecuentar el bazar de Quiroga, no aparecían y este síntoma presagiaba terribles cataclismos. Si el sol hubiese amanecido cuadrado y los Cristos, vestidos de pantalones, Quiroga no se habría alarmado tanto: habría tomado al sol por un *liampó* y á las sagradas imá-

genes por jugadores de *chapidquí* que se quedan sin camisa; pero, ¡no venir los frailes cuando precisamente acaban de llegarle novedades!

Por encargo de un provincial amigo suyo, Quiroga prohibió la entrada en sus casas de *liampó* y *chapidquí* á todo indio que no fuese de antiguo conocido; el futuro cónsul de los chinos temía se apoderasen de las cantidades que allí los miserables perdían. Después de disponer su bazar de manera que se pudiese cerrar rápidamente en un momento apurado, se hizo acompañar de un guardia veterano para el corto camino que separaba su casa de la de Simoun. Quiroga encontraba aquella ocasión la más propicia para emplear los fusiles y cartuchos que tenía en su almacén, de la manera como el joyero había indicado: era de esperar que en los días sucesivos se operasen requisas y entonces ¡cuántos presos, cuánta gente acoquinada no daría todas sus economías! Era el juego de los antiguos carabineros de deslizar debajo de las casas tabacos y hojas de contrabando, simular después una requisas y obligar al infeliz propietario á sobornos ó multas! Sólo que el arte se perfeccionaba y, desestancado el tabaco, se recurría ahora á las armas prohibidas!

Pero Simoun no quería ver á nadie é hizo decir al chino Quiroga que dejase las cosas como estaban, con lo que éste se fué á ver á don Custodio para preguntarle si debía ó no armar su bazar, pero don Custodio tampoco recibía: estaba á la sazón estudiando un proyecto de defensa en el caso de verse sitiado. Acordóse de Ben Zayb para pedirle noticias; mas, al encontrarle armado hasta los dientes y sirviéndose de dos revólvers cargados como de pesapapeles, Quiroga se despidió lo más pronto que pudo y se metió en su casa, acostándose so pretexto de que se sentía malo.

Á las cuatro de la tarde ya no se hablaba de simples pasquinadas. Se susurraban rumores de inteligencias entre los estudiantes y los remontados de San Mateo; se aseguraba que en una pansitería juraron sorprender la ciudad; se habló de barcos alemanes, fuera de la bahía, para secundar el movimiento; de un grupo de jóvenes que, so capa de protesta y españolismo, se iban á Malakañang para ponerse á las órdenes del General, y que fueron presos por descubrirse que iban armados. La Providencia había salvado á su Excelencia, impidiéndole recibir á



aquellos precoces criminales, por estar á la sazón conferenciando con los Provinciales, el Vice Rector y el P. Irene, comisionado por el P. Salví. Mucho de verdad había en estos rumores si hemos de creer al P. Irene, que á la tarde se fué á visitar á Capitán Tiago. Según él, ciertas personas habían aconsejado á S. E. aprovechase la ocasión para inspirar el terror y dar para siempre una buena lección á los filibusterillos.

— Unos cuantos fusilados, había dicho uno, unas dos docenas de reformistas, enviados al destierro inmediatamente y en medio del silencio de la noche, apagarían para siempre los humos de los descontentos!

— No, replicaba otro que tenía buen corazón; basta con que las tropas recorran las calles, el batallón de caballería por ejemplo, con el sable desenvainado; basta arrastrar algunos cañones... basta eso! El pueblo es muy tímido y todos entrarán en sus casas.

— No, no, insinuaba otro; esta es la ocasión de deshacerse del enemigo; no basta que entren en sus casas, hay que hacerlos salir, como los malos humores, por medio de sinapismos. Si no se deciden á armar motines, hay que excitarlos por medio de agentes provocadores... Yo soy de opinión que las tropas estén sobre las armas y se aparente abandono é indiferencia, para que se envalentonen y á cualquier disturbio, allá encima, y energíal

— El fin justifica los medios, decía otro; nuestro fin es nuestra santa Religión y la integridad de la Patria. Declárese el estado de sitio, y al más pequeño disturbio, coger á todos los ricos é ilustrados... y limpiar el país!

— Si no llego á tiempo para aconsejar la moderación, añadía el P. Irene, dirigiéndose á Capitán Tiago, de seguro que la sangre corría ahora por las calles. Yo pensaba en usted, capitán... El partido de los violentos no pudo conseguir mucho del General, y echaban de menos á Simoun... ¡Ah! si Simoun no llega á enfermarse...

Con la prisión de Basilio y la requisa que se hizo después entre sus libros y papeles, Capitán Tiago se había puesto ya bastante malo; Ahora venía el P. Irene á aumentar su terror con historias espeluznantes. Apoderóse del infeliz un miedo indecible, que se manifestó primero por ligero temblor, que se fué acentuando rápidamente hasta no dejarle hablar. Con los ojos

abiertos, la frente sudorosa, se cogió del brazo del P. Irene, trató de incorporarse, pero no pudo y, lanzando dos ronquidos, cayó pesadamente sobre la almohada. Capitán Tiago tenía los ojos abiertos y babeaba: estaba muerto. Aterrado el P. Irene huyó y, como el cadáver se le había agarrado, en su huída lo arrastró fuera de la cama, dejándolo en medio del aposento.

A la noche el terror llegó á su máximo. Habían tenido lugar varios hechos que hacían creer á los timoratos en los agentes provocadores.

Con ocasión de un bautismo, arrojáronse algunos cuartos á los chicos y naturalmente hubo cierto tumulto en la puerta de la iglesia. Acertó entonces pasar por allí un bravo militar que, algo preocupado, tomó el barullo por filibusterada, y arremetiendo sable en mano á los chicos, entra en el templo, y si no se enreda en la cortina suspendida del coro, no iba á dejar dentro títere con cabeza. Verlo esto los timoratos y echarse á correr propalando que la revolución había comenzado, fué cosa de un segundo. Cerráronse atropelladamente las pocas tiendas que quedaban abiertas, chinos hubo que se dejaron fuera piezas de tela, y no pocas mujeres perdieron sus chinelas al correr por las calles. Afortunadamente no hubo más que un herido y unos cuantos contusos, entre ellos el mismo militar al caerse luchando con la cortina, que olía á capa del filibusterismo. Tal proeza le dió tanto renombre y un renombre tan puro que ¡ojalá todas las famas se conquistasen de análoga manera! las madres llorarían menos y estaría más poblada la tierra!

En un arrabal sorprendieron los vecinos á dos individuos que enterraban armas debajo de una casa de tabla. Alborotóse el barrio; los habitantes quisieron perseguir á los desconocidos para matarlos y entregarlos á las autoridades, pero un vecino les calmó diciéndoles que bastaba con presentar al tribunal el cuerpo del delito. Eran por lo demás viejas escopetas que de seguro habrían herido al primero que hubiese querido servirse de ellas.

— ¡Bueno! decía un valentón; si quieren que nos alcemos, ¡adelante!

Pero el valentón fué sacudido á golpes y á puñetazos, pellizcado por las mujeres como si fuese el propietario de las escopetas.

En la Hermita la cosa ya fué más grave, si bien metió menos ruido, y eso que hubo tiros. Cierta empleado precavido que se había armado hasta los dientes, vió, al anochecer, un bulto cerca de su casa, lo tomó sin más ni más por estudiante y le soltó dos tiros de revólver. El bulto resultó después ser un guardia veterano y le enterraron y, *pax Christi! Mutis!*

En Dulumbayan resonaron también varios tiros, de los que resultaron muertos un pobre viejo sordo, que no había oído el *quien vive* del centinela, y un cerdo que lo oyó y no contestó *España*. Al viejo no le enterraron fácilmente, pues no tenía con que pagar las exequias, y al cerdo se lo comieron.

En Manila, en una dulcería que había cerca de la Universidad, muy frecuentada por estudiantes, se comentaban las prisiones de esta manera:

— ¿Ya cogí ba con Tadeo? preguntaba la dueña.

— Abá, ñora, contestaba un estudiante que vivía en Parían, *pusilau ya!*

— ¡Pusilau! ¡Nakúl! ¡no pa ta pagá conmigo su deuda!

— ¡Ay! no jablá vos puelte, ñora, baká pa di quedá vos cómplice. ¡Ya quemá yo ña el libro que ya dale prestau conmigo! ¡Baká pa di riquisá y di encontrá! ¡andá vos listo, ñora!

— ¿Ta quedá dice preso Isagani?

— ¡Loco-loco también aquel Isagani, decia el estudiante indignado; no sana di cogí con ele, ta andá pa presentá! ¡O, bueno ña, que topá rayo con ele! ¡Siguro pusilau!

La señora se encogió de hombros.

— ¡Conmigo no ta debí nada! ¿Y cosa di jasé Paulita?

— No di faltá novio, ñora. Siguro di llorá un poco, luego di casá con un español!

La noche fué de las más tristes. En las casas se rezaba el rosario y piadosas mujeres dedicaban sendos *padrenuestros* y *requiems* á las almas de parientes y amigos. A las ocho de la noche apenas se veía un transeunte: sólo de tiempo en tiempo se oía el galopar de un caballo cuyos flancos golpea escandalosamente un sable, después pitadas de guardias, coches que pasan á todo escape como perseguidos por turbas filibusteras.

Sin embargo, no en todas partes reinaba el terror.

En la platería donde se hospedaba Plácido Penitente, se comentaban también los acontecimientos y se discutían con cierta libertad.

— ¡Yo no creo en los pasquines! decía un obrero delgaducho y seco á fuerza de manejar el soplete; para mí es obra del P. Salví!

— ¡Ejem, ejem! tosió el maestro platero, hombre muy prudente que, temiendo pasar por cobarde, no se atrevía á cortar la conversación. El buen hombre se contentaba con toser, guiñaba á su oficial y miraba hacia la calle, como para decirle: — ¡Pueden espiarnos!

— ¡Por lo de la opereta! continuó el obrero.

— ¡Ohó! exclamó uno que tenía cara de simple; ya lo decía yo! Por eso...

— ¡Hm! repuso un escribiente en tono de compasión; lo de los pasquines es cierto, Chichoy, pero te daré su explicación! Y añadió en voz misteriosa:

— ¡Es una jugada del chino Quiroga!

— ¡Ejem, ejem! volvió á toser el maestro pasando el *sapá* del buyo de un carrillo á otro.

— ¡Créeme, Chichoy, del chino Quiroga! Lo he oído en la oficina!

— Nakú, *seguro pues!* exclamó el simple, creyéndolo ya de antemano.

— Quiroga, continuó el escribiente, tiene cien mil pesos en plata mejicana en la bahía. ¿Cómo hacerlos entrar? Pues sencillamente; inventa los pasquines, aprovechándose de la cuestión de los estudiantes, y mientras todo el mundo está alborotado, ¡pum! unta á los empleados y pasan las cajas!

— ¡Justo, justo! exclamó el crédulo pegando un puñetazo sobre la mesa. ¡Justo! Por eso *palá* el chino Quiroga... ¡por eso!

Y tiene que callarse no sabiendo qué decir del chino Quiroga.

— ¿Y nosotros pagaremos los platos rotos?... preguntaba Chichoy indignado.

— ¡Ejem, ejem, ejjem! tosió el platero oyendo acercarse pasos en la calle.

En efecto, los pasos se acercaban, y en la platería todos se callaron.

— San Pascual Bailón es un gran santo, dijo hipócritamente en voz alta el platero, guiñando á los otros; san Pascual Bailón...

En aquel momento asomó la cara Plácido Penitente, acompañado del pirotécnico que vimos recibiendo las órdenes de

Simoun. Todos rodearon á los recién llegados preguntando por novedades.

— No he podido hablar con los presos, respondió Plácido; hay unos treinta!

— ¡Estaos alerta! añadió el pirotécnico, cambiando una mirada de inteligencia con Plácido; dicen que esta noche va á haber un degüello...

— ¿Ja? ¡Rayo! exclamó Chichoy, buscando con los ojos un arma, y no viendo ninguna, cogió su soplete.

El maestro se sentó; le temblaban las piernas. El crédulo ya se veía degollado y lloraba de ántemano por la suerte de su familia.

— ¡Ca! dijo el escribiente; ¡degüello no va á haber! El consejero del — é hizo una seña misteriosa — está por fortuna enfermo.

— ¡Simoun!

— ¡Ejem, ejem, ejjem!

Plácido y el pirotécnico se cambiaron otra mirada.

— Si no llega á estar enfermo ese...

— Se simula una revolución! añadió negligentemente el pirotécnico, encendiendo un cigarrillo por encima del tubo del quinqué; y ¿qué haríamos entonces?

— Pues hacerla ya de veras, porque, ya que nos van á degollar...

La tos violenta que se apoderó del platero impidió que se oyese la continuación de la frase. Debía Chichoy decir cosas terribles, porque hacía gestos asesinos con su soplete y ponía cara de trágico japonés.

— Digan ustedes que se finge enfermo porque tiene miedo de salir! Como le vea...

Al maestro le atacó otra violentísima tos y acabó por suplicar á todos se retirasen.

— Sin embargo, prepararse, prepararse, decía el pirotécnico, Si quieren forzarnos á matar ó á morir...

Otra tos le volvió á atacar al infeliz patrón y los obreros ú oficiales se retiraron á sus casas, llevándose martillos, sierras y otros instrumentos más ó menos cortantes, más ó menos contundentes, disponiéndose á vender caras sus vidas. Plácido y el pirotécnico volvieron á salir.

— ¡Prudencia, prudencia! recomendaba el maestro con voz lacrimosa.

— ¡*Usté ya no más cuidado con mi viuda y mis huérfanos!* suplicaba el crédulo con voz más lacrimosa todavía.

El infeliz ya se veía acribillado de balas y enterrado.

Aquella noche los guardías de las puertas de la ciudad fueron sustituidos por artilleros peninsulares, y al día siguiente, á los primeros rayos del sol, Ben Zayb, que se aventuró á dar un paseo matinal para ver el estado de las murallas, encontró en el glacis, cerca de la Luneta, el cadáver de una jovencita india, medio desnuda y abandonada. Ben Zayb se horrorizó y después de tocarla con su bastón, y mirar hacia la dirección de las puertas, continuó su camino, pensando componer sobre el hecho un cuentecito sentimental. Ninguna alusión, sin embargo, apareció en los periódicos de los días sucesivos, los cuales se ocuparon de caídas y resbalones, ocasionados por cáscaras de plátanos, y, como falto de noticias, el mismo Ben Zayb tuvo que comentar largamente cierto ciclón que en América destruyó pueblos y causó la muerte á más de dos mil personas. Entre otras lindezas decía:

« *El sentimiento de la caridad, MÁS LATENTE EN LOS PUEBLOS CATÓLICOS QUE EN OTRO ALGUNO, y el recuerdo de Aquel que á impulsos de la misma se sacrificó por la humanidad, nos mueve (sic) á compasión por las desgracias de nuestros semejantes y á hacer votos por que en este país, tan castigado por los ciclones, no se produzcan escenas tan desoladoras como las que han debido presenciar los habitantes de los Estados Unidos!* »

Horatius no perdonó la ocasión y, sin hablar tampoco ni de los muertos, ni de la pobre india asesinada, ni de los atropellos, le contestó en su *Pirotecnia*:

« Después de tanta caridad y tanta humanidad, Fray Ibáñez, digo Ben Zayb, se reduce á pedir para Filipinas.

Pero se comprende.

Porque no es católico y el sentimiento de la caridad es más latente, etc. etc. etc. »

XXIX

ÚLTIMAS PALABRAS SOBRE CAPITÁN TIAGO

Talis vita finis ita.

Capitán Tiago tuvo buen fin, esto es, un entierro como pocos. Es cierto que el cura de la parroquia había hecho observar al P. Irene que Capitán Tiago se había muerto sin confesión, pero el buen sacerdote, sonriendo burlescamente, se frotó la punta de su nariz y respondió:

— Vamos ¡á mí con esas! si hubiéramos de negar las exequias á todos los que se mueren sin confesión, nos olvidaríamos del *De profundis!* Esos rigores, como usted sabe bien, se conservan cuando el impenitente es también insolvente, pero ¡con Capitán Tiago!... ¡Vaya! si chinos infieles ha enterrado usted y con misa de requiem!

Capitán Tiago había nombrado albacea y ejecutor testamentario al P. Irene, y legaba sus bienes parte á Sta. Clara, parte al Papa, al Arzobispo, á las Corporaciones religiosas, dejando veinte pesos para las matrículas de los estudiantes pobres. Esta última cláusula se dictó á propuesta del P. Irene, á fuer de protector de la juventud estudiosa. Capitán Tiago había anulado un legado de veinticinco pesos que dejaba á Basilio, en vista de la ingrata conducta observada por el joven en los últimos días, pero el P. Irene lo restablecía y anunciaba que lo tomaba sobre su bolsillo y su conciencia.

En la casa del muerto, á donde habían acudido al día siguiente antiguos conocidos y amigos, se comentaba mucho un milagro. Decíase que en el momento mismo en que agonizaba, el alma de Capitán Tiago se había aparecido á las monjas, rodeada de brillante luz. Dios la salvaba, gracias á las numerosas misas que había mandado decir y á los piadosos legados. El rumor se comentaba, se dibujaba, adquiría detalles y ninguno lo ponía en duda. Se describía el traje de Capitán Tiago, por supuesto, el frac, la mejilla levantada por el *sapá* del buyo, sin olvidar la pipa para fumar opio ni el gallo *sasabuğin*. El sacristán mayor que se encontraba en el grupo, afirmaba gravemente

con la cabeza, y pensaba que, muerto él, se aparecería con su taza de *tajú* blanco, porque, sin aquel desayuno refrescante, no se comprendía la felicidad ni en el cielo ni en la tierra. Sobre este tema y por no poder hablar de los acontecimientos del día anterior y por haber allí tahures, se emitían pareceres muy peregrinos, se hacían conjeturas sobre si Capitán Tiago invitaría ó no á San Pedro para una *soltada*, si se cruzarían apuestas, si los gallos serían inmortales, si invulnerables, y en este caso, quién sería el sentenciador, quién ganaría, etc., discusiones muy al gusto de los que fundan ciencias, teorías, sistemas basados en un texto que reputan infalible, revelado ó dogmático. Se citaban, además, pasajes de novenas, libros de milagros, dichos de curas, descripciones del cielo y otras zarandajas. Don Primitivo, el filósofo, estaba en sus glorias citando opiniones de teólogos.

— Porque ninguno puede perder, decía con mucha autoridad; perder ocasiona disgusto y en el cielo no puede haber disgustos.

— Pero alguno tiene que ganar, replicaba el tahir Aristorenas; en ganar está la gracia!

— Pues ganan ambos, sencillamente!

Eso de ganar ambos no lo podía admitir Martín Aristorenas, él que ha pasado su vida en la gallera y siempre ha visto que un gallo perdía y otro ganaba; á lo más puede haber tablas. En vano habló don Primitivo en latín, Martín Aristorenas sacudía la cabeza, y eso que el latín de don Primitivo era fácil de entenderse; hablaba de *an gallus talisainus, acuto tari armatus, an gallus beati Petri bulikus sasabungus sit*, etc., hasta que se decidió á emplear el argumento de que se valen muchos para hacer callar y convencer:

— Te vas á condenar, amigo Martín, vas á caer en una herejía! *Cave ne cadas!* Ya no voy á jugar contigo al monte! Ya no haremos vacas! Niegas la omnipotencia de Dios, *peccatum mortale!* Niegas la evidencia de la Santísima Trinidad: tres son uno y uno son tres! ¡Cuidadito! Niegas indirectamente que dos naturalezas, dos entendimientos y dos voluntades puedan tener una sola memoria! ¡Cuidado! *Quicumque non crederit, anathema sit!*

Martín Aristorenas se encogió pálido y tembloroso, y el chino Quiroga, que había escuchado con mucha atención el razona-



miento, con mucha deferencia ofreció al filósofo un magnífico cigarro y le preguntó con su voz acariciadora:

— Sigulo, puele contalata aliendo galela con Kilisto, ja? Cuando mia muele, mja contalatista, ja?

En otros corros se hablaba más del muerto; al menos se discutía el traje que le iban á poner. Capitán Tinong proponía el hábito de un franciscano; precisamente tenía él uno, viejo, raído y remendado, preciosa pieza que, según el fraile que se lo dió de limosna en cambio de treinta y seis pesos, preservaba al cadáver de las llamas del infierno, y contó en su apoyo varias anécdotas piadosas sacadas de los libros que distribuyen los curas. Capitán Tinong, aunque tenía en mucho aquella reliquia, estaba dispuesto á cedérsela á su íntimo amigo, á quien no había podido visitar durante su enfermedad. Pero un sastre objetó con mucha razón que, pues que las monjas le vieron á Capitán Tiago subiendo al cielo de frac, de frac tenían que vestirle aquí en la tierra y no había necesidad de preservativos ni impermeables; se va de frac cuando se va á un baile, á una fiesta, y no otra cosa le debe esperar en las alturas... y ¡miren! casualmente tiene él uno hecho, que lo puede ceder por treinta y dos pesos, cuatro más barato que el hábito del franciscano, porque con Capitán Tiago no quiere él ganar nada: fué su parroquiano en vida y ahora será su patrón en el cielo! Pero el P. Irene, albacea y ejecutor testamentario, rechazó una y otra proposición y mandó vistiesen al cadáver con cualquiera de sus antiguos trajes, diciendo con santa unción que Dios no se fijaba en vestiduras.

Las exequias fueron, pues, de primerísima clase. Hubo responsos en casa, en la calle, oficiaron tres frailes como si uno no pudiese bastar con tanta alma, se hicieron todos los ritos y ceremonias posibles, y es fama que se improvisaron otras, habiendo *extras* como en los beneficios de los teatrillos. Aquello fué una delicia: se quemó mucho incienso, se cantó mucho en latín, se gastó mucha agua bendita — el P. Irene en obsequio de su amigo cantó con voz de falsete el *Dies iræ*, desde el coro — y los vecinos cogieron verdadero dolor de cabeza con tanto doblar á muerto.

Doña Patrocinio, la antigua rival de Capitán Tiago en religiosería, deseó de todas veras morirse al día siguiente para encar-

gar exequias aún más soberanas. La piadosa vieja no podía sufrir que aquel, que ella tenía ya para siempre vencido, al morir, resucitase con tanta pompa. Sí, deseaba morir y le parecía escuchar las exclamaciones de la gente que presenciara sus responsos:

— Esto sí que es entierro! esto sí que es saber morir, doña Patrocinio!

### XXX

### JULÍ

La muerte de Capitán Tiago y la prisión de Basilio se supieron pronto en la provincia, y para honra de los sencillos habitantes de San Diego diremos que se sintió más la última y sólo de ella se habló casi. Y como era de esperar, la noticia fué adoptando diferentes formas, se dieron detalles tristes, pavorosos, se explicó lo que no se comprendía, se suplieron las lagunas con conjeturas, éstas pasaron por hechos acontecidos y el fantasma así engendrado aterró á sus mismos progenitores.

En el pueblo de Tianl se decía que, cuando menos, cuando menos, el joven iba á ser deportado y muy probablemente asesinado durante el viaje. Los timoratos y pesimistas no se contentaban con esto y hablaban de horcas y consejos de guerra; Enero era un mes fatal, en Enero fué lo de Cavite, y *aquéllos*, con ser curas, fueron ahorcados; con que un pobre Basilio sin amparo ni amistades...

— ¡Yo ya le decía! suspiraba el Juez de Paz, como si alguna vez hubiese dado un consejo á Basilio; yo ya le decía...

— ¡Era de prever! añadía hermana Penchang: entraba en la iglesia, y cuando veía algo sucia el agua bendita, no se santiguaba! Hablaba de animalitos y enfermedades, abá, castigo de Dios! Merecido lo tiene! Como si el agua bendita pudiese transmitir enfermedades! Todo lo contrario, abá!

Y contaba como se había curado de una indigestión mojándose el ombligo con el agua bendita al mismo tiempo que rezaba el *Sanctus Deus*, y recomendaba el remedio á los presentes

cuando padezcan disenterías ó ventosidades ó reine la peste, sólo que entonces deben rezar en español:

Santo Dios  
Santo fuerte  
Santo inmortal,  
Líbranos Señor de la peste  
Y de todo mal.

— El remedio es infalible, pero hay que llevar el agua bendita á la parte dolorida ó enferma, decía.

Pero muchos hombres no creían en estas cosas ni atribuían la prisión de Basilio á castigo de Dios. Tampoco creían en insurrecciones ni en pasquines, conocido el carácter ultra-pacífico y prudente del estudiante, y prefirieron atribuirla á venganzas de frailes, por haber sacado de la servidumbre á Juli, hija de tulisán, enemigo mortal de cierta poderosa corporación. Y como tenían bastante mala idea de la moralidad de la misma corporación y se recordaban mezquinas venganzas, la conjetura se creyó la más probable y justificada.

— ¡Qué bien hice en echarla de mi casa! decía hermana Penchang; no quiero tener disgustos con los frailes, así que la apuré á que buscase dinero.

La verdad era que sentía la libertad de Juli: Juli rezaba y ayunaba por ella, y si se hubiera quedado más tiempo habría hecho también penitencia. ¿Por qué, si los curas rezan por nosotros y Cristo muere por nuestros pecados, Juli no iba á hacer lo mismo por hermana Penchang?

Cuando las noticias llegaron á la cabaña donde vivían la pobre Juli y su abuelo, la joven tuvo necesidad de que se lo repitiesen dos veces. Miró á hermana Balí, que era quien se lo decía, como sin comprenderla, sin poder coordinar las ideas; le zumbaron los oídos, sintió opresión en el corazón y tuvo como un vago presentimiento de que aquel suceso iba á influir desastrosamente en su porvenir. Sin embargo, quiso agarrarse á un rayo de esperanza, sonrió, creyó que hermana Balí le daba una broma, bastante pesada, pero se la perdonaba de antemano si le decía que lo era; pero hermana Balí hizo una cruz con el pulgar y el índice y la besó, en prueba de que decía la verdad. Entonces la risa abandonó para siempre los labios de la joven, púsose pálida, espantosamente pálida, sintió que la abandona-

ban las fuerzas y, por primera vez en su vida, perdió el conocimiento desmayándose.

Cuando á fuerza de golpes, pellizcos, rociadas de agua, cruces y aplicaciones de palmas benditas volvió la joven en sí y dióse cuenta de su estado, las lágrimas brotaron silenciosas de sus ojos, gota á gota, sin sollozos, sin lamentos, sin quejas! Ella pensaba en Basilio que no tenía más protectores que Capitán Tiago, y que, muerto éste, se quedaba por completo sin amparo y sin libertad. En Filipinas es cosa sabida que para todo se necesitan padrinos, desde que uno se bautiza hasta que se muere, para obtener justicia, sacar un pasaporte ó explotar una industria cualquiera. Y como se decía que aquella prisión obedecía á venganzas por causa de ella y de su padre, la tristeza de la joven rayaba en desesperación. Ahora le tocaba á ella libartarle, como él lo había hecho sacándola de la servidumbre, y una voz interior le sugería la idea y presentaba á su imaginación un horrible medio.

— ¡El P. Camorra, el cura! decía la voz.

Juli se mordía los labios y quedaba sumida en sombría meditación.

A raíz del crimen de su padre, habían preso al abuelo esperando que por aquel medio aparecería el hijo. El único que le pudo dar la libertad fué el P. Camorra, y el P. Camorra se había mostrado mal satisfecho con palabras de gratitud y con su franqueza ordinaria había pedido sacrificios... Desde entonces Juli evitaba encontrarse con él, pero el cura le hacía besar la mano, la cogía de la nariz, de las mejillas, le daba bromas con guiños y riendo, riendo la pellizcaba. Juli fué la causa de la paliza, que el buen cura administró á unos jóvenes que recorrían el barrio, dando serenata á las muchachas. Los maliciosos, al verla pasar seria y cabizbaja, decían de manera que ella oyese:

— ¡Si quisiese, Cabesang Tales sería indultado!

La joven llegaba á su casa sombría y los ojos extraviados.

Juli se había cambiado mucho; había perdido su alegría, nadie la veía sonreír, hablaba apenas y hasta al parecer tenía miedo de verse la cara. Un día la vieron en el pueblo con una gran mancha de carbón en la frente, ella que solía ir bien arregladita y compuesta. Una vez preguntó á hermana Balí si los que se suicidaban se iban al infierno.

— ¡De seguro! contestó la mujer, y le pintó el sitio como si en él hubiera estado.

Con la prisión de Basilio, los sencillos y agradecidos parientes propusieron hacer toda clase de sacrificios para salvar al joven; pero como entre todos no reunían treinta pesos, hermana Balí, como siempre, tuvo la mejor idea.

— Lo que debemos hacer es pedir un consejo al escribiente, dijo.

Para aquellas pobres gentes, el escribiente del tribunal era el oráculo de Delfos para los antiguos griegos.

— Dándole un real y un tabaco, añadió, te dice todas las leyes que se te hincha la cabeza oyéndole. Si tienes un peso, te salva aunque estés al pie de la horca. Cuando á mi vecino Simón le metieron en la cárcel y le dieron de palos, por no poder declarar en un robo que se cometió cerca de su casa, abá! por dos reales y medio y una rosca de ajos, le sacó el escribiente. Y yo le ví á Simón que apenas podía andar y tuvo que guardar cama lo menos un mes. ¡Ay! se le pudrió el trasero, abá! y murió de resultas!

El consejo de hermana Balí fué admitido y la misma se encargó de hablar con el escribiente; Juli le dió cuatro reales y añadió pedazos de tapa de venado que el abuelo había cazado. Tandang Selo se dedicaba de nuevo á la caza.

Pero el escribiente nada podía: el preso estaba en Manila y hasta allí no llegaba su poder.

— ¡Si al menos estuviera en la cabecera, todavía!... dijo haciendo alarde de su poder.

El escribiente sabía muy bien que su poder no pasaba de los límites de Tianl, pero le convenía conservar su prestigio y quedarse con la tapa de venado.

— Pero, os puedo dar un sabio consejo y es que vayáis con Juli, al Juez de Paz. Es menester que vaya Juli.

El Juez de Paz era un hombre muy brusco, pero viendo á Juli acaso se portase menos groseramente: aquí estaba la sabiduría del consejo.

Con mucha gravedad oyó el señor Juez á hermana Balí, que era quien tomaba la palabra, no sin mirar de cuando en cuando á la joven, que tenía los ojos bajos y estaba muy avergonzada. La gente diría de ella que se interesaba mucho por Basilio, la

gente no se acordaba de su deuda de gratitud y de que aquella prisión, según se decía, era por causa de ella.

Después de eructar tres ó cuatro veces, porque el señor Juez tiene esta fea costumbre, dijo que la única persona que podía salvar á Basilio era el P. Camorra, *en el caso de que lo quisiese* — y miraba con mucha intención á la joven. — Él la aconsejaba tratase de hablar con el cura en persona.

— Ya sabéis la influencia que tiene; ha sacado á vuestro abuelo de la cárcel... Basta un informe suyo para desterrar á un recién nacido ó salvar de la muerte á un ahorcado.

Juli no decía nada, pero hermana Bali encontraba el consejo como si lo hubiese leído en una novena: estaba dispuesta á acompañarla al convento. Precisamente iba á tomar de limosna un escapulario mediante el cambio de cuatro reales fuertes.

Pero Juli sacudía la cabeza y no quería ir al convento. Hermana Bali, que creía adivinar el motivo — el P. Camorra se llamaba *Si cabayo* por otro nombre y era muy travieso — la tranquilizaba:

— ¡Nada tienes que temer! si voy contigo! decía; ¿no has leído en el librito de *Tandang Basio* dado por el cura, que las jóvenes deben ir al convento, aun sin saberlo sus mayores, para contar lo que pasa en la casa? Abál! Aquel libro está impreso con permiso del Arzobispo, abál!

Juli, impaciente y deseando cortar la conversación, suplicó á la devota que fuese si gustaba, pero el señor Juez observó eructando que las súplicas de una cara joven mueven más que las de una vieja, que el cielo derramaba su rocío sobre las flores frescas en más abundancia que sobre las secas. La metáfora resultaba hermosamente malvada.

Juli no contestó y ambas mujeres bajaron. En la calle, la joven se negó tenazmente á ir al convento y se retiraron á su barrio. Hermana Bali, que se sentía ofendida de la falta de confianza yendo con ella, se vengaba endilgándola un largo sermón.

La verdad era que la joven no podía dar aquel paso sin condenarse á sí misma, sin que la condenen los hombres, sin que la condene Dios! Le habían hecho oír varias veces, con razón ó sin ella, que si hacía aquel sacrificio, indultarían á su padre, y sin embargo ella se había negado, á pesar de los gritos de su

conciencia recordándola su deber filial. ¿Y ahora debía hacerlo por Basilio, por su novio? Sería caer al son de las burlas y carcajadas de toda la creación, Basilio mismo la despreciaría; no, jamás! Primero se ahorcaría ó saltaría en cualquier precipicio. De todos modos estaba ya condenada por ser mala hija.

La pobre Juli tuvo aún que sufrir todas las recriminaciones de sus parientes que, no sabiendo nada de lo que había podido pasar entre ella y el P. Camorra, se burlaban de sus temores. ¿Acaso el P. Camorra se iba á fijar en una campesina habiendo tantas en el pueblo? Y las buenas mujeres citaban nombres de solteras ricas y bonitas, más ó menos desgraciadas. Y entretanto ¿si le afusilan á D. Basilio?

Juli se tapaba los oídos, miraba á todas partes como buscando una voz que hablase por ella, miraba á su abuelo; pero el abuelo estaba mudo y tenía la vista fija en su pica de cazador.

Aquella noche durmió apenas. Ensueños y pesadillas, ya fúnebres ya sangrientos, danzaban delante de su vista, y se despertaba á cada momento nadando en frío sudor. Creía oír tiros, creía ver á su padre, su padre que tanto había hecho por ella, luchando en los bosques, cazado como un animal porque había vacilado en salvarle. Y la figura del padre se transformaba y reconocía á Basilio, agonizando y dirigiéndola miradas de reproche. La desgraciada se levantaba, oraba, lloraba, invocaba á su madre, á la muerte, y hubo un momento en que, rendida por el terror, á no haber sido de noche habría corrido derecha al convento, suceda lo que suceda.

El día llegó y los tristes presentimientos, los terrores de las sombras se disiparon en parte. La luz le trajo esperanzas. Mas, las noticias de la tarde fueron terribles; se habló de afusilados y la noche para la joven fué espantosa. En su desesperación decidió entregarse tan pronto como brillase el día y matarse después: todo, menos pasar semejantes torturas!

Pero la aurora trajo nuevas esperanzas y la joven no quiso bajar de casa, ni irse á la iglesia. Temía ceder.

Y así pasaron algunos días: orando y maldiciendo, invocando á Dios y deseando la muerte. El día era una tregua, Juli confiaba en algún milagro; las noticias que venían de Manila, si bien llegaban abultadas, decían que de los presos algunos ha-

bían conseguido su libertad gracias á padrinos y á influencias... Alguno tenía que salir sacrificado, ¿quién sería? Juli se estremeaba y se retiraba á su casa mordiéndose las uñas de los dedos. Y así venía la noche en que los temores, adquiriendo doble proporción, parecían convertirse en realidades. Juli temía el sueño, temía dormirse, pues su sueño era una continuada pesadilla. Miradas de reproche traspasaban sus párpados tan pronto como los cerraba, quejas y lamentos barrenaban sus oídos. Veía á su padre vagando, hambriento, sin tregua ni reposo; veía á Basilio agonizando en el camino, herido de dos balazos, como había visto el cadáver de aquel vecino, que fué muerto mientras le conducía la Guardia Civil. Y ella veía las ligaduras que habían penetrado la carne, veía la sangre saliendo por la boca y oía que Basilio le decía: — « ¡Sálvame, sálvame! tú sola me puedes salvar! » Resonaba después una carcajada, volvía los ojos y veía á su padre, que la miraba con ojos llenos de reproche. Y Juli se despertaba, se incorporaba sobre su petate, se pasaba las manos por la frente para recoger su cabellera: frío sudor, como el sudor de la muerte, la humedecía!

— ¡Madre, madre! sollozaba.

Y entre tanto los que disponían tan alegremente de los destinos de los pueblos, el que mandaba los asesinatos legales, el que violaba la justicia y hacía uso del derecho para sostener á la fuerza, dormían en paz.

Al fin, llegó un viajero de Manila y contó como habían sido puestos en libertad todos los presos, todos menos Basilio que no tenía protector. En Manila se decía, añadió el viajero, que el joven sería desterrado á Carolinas, habiéndole hecho firmar de antemano una petición en que se hacía constar que así voluntariamente lo pedía. El viajero había visto el vapor que le iba á conducir.

Aquella noticia acabó con las vacilaciones de la joven cuya mente, por lo demás, estaba ya bastante trabajada merced á tantas noches en vela y á sus horribles ensueños. Pálida y con los ojos extraviados, buscó á hermana Balí y, en voz que daba miedo, le dijo que estaba dispuesta y la preguntaba si la quería acompañar.

Hermana Balí se alegró y procuró tranquilizarla, pero Juli no escuchaba y parecía que sólo tenía prisa para llegar al convento.



Ella se había arreglado, se había puesto sus mejores trajes y hasta parecía que estaba muy animada. Hablaba mucho aunque algo incoherente.

Echaron á andar. Juli iba delante y se impacientaba porque su compañera se quedaba detrás. Pero á medida que se acercaban al pueblo, la energía nerviosa la abandonaba poco á poco, se volvía silenciosa, perdía su decisión, acortaba el paso, y después se quedaba detrás. Hermana Balí tenía que animarla.

— ¡Que vamos á llegar tarde! decía.

Juli seguía pálida, con los ojos bajos, sin atreverse á levantarlos. Creía que todo el mundo la miraba y la señalaban con el dedo. Un nombre infame silbaba en sus oídos, pero se hacía la sorda y continuaba su camino. No obstante, cuando vió el convento, se detuvo y empezó á temblar.

— ¡Volvamos al barrio, volvamos! suplicó deteniendo á su compañera.

Hermana Balí tuvo que cogerla del brazo y medio arrastrarla, tranquilizándola y hablándola de libros de frailes. Ella no la iba á abandonar, nada tenía que temer; el P. Camorra tenía otras cosas en la cabeza; Juli no era más que una pobre campesina...

Pero al llegar á la puerta del convento ó casa parroquial, Juli se negó tenazmente á subir y se cogió á la pared.

— ¡No, no! suplicaba llena de terror; ¡oh, no, no; tened piedad!...

— Pero qué tonta...

Hermana Balí la empujaba dulcemente; Juli resistía, pálida, con las facciones desencajadas. Su mirada decía que veía delante de sí á la muerte.

— ¡Bien, volvamos si no quieres! exclamó al fin despechada la buena mujer, que no creía en ningún peligro real. El P. Camorra, á pesar de toda su fama, no se atrevería delante de ella.

— ¡Que le lleven al destierro al pobre don Basilio, que le afusilen en el camino diciendo que ha querido escaparse! añadió; cuando ya esté muerto entonces vendrán los arrepentimientos. Por mí, yo no le debo ningún favor. De mí no se podrá quejar!

Aquello fué el golpe decisivo. Ante este reproche, con ira, con desesperación, como quien se suicida, Juli cerró los ojos para no ver el abismo en que se iba á lanzar y entró resuelta en

el convento. Un suspiro que más parecía estertor se escapó de sus labios. Hermana Balí la siguió haciéndole advertencias...

A la noche se comentaban en voz baja y con mucho misterio varios acontecimientos que tuvieron lugar aquella tarde.

Una joven había saltado por la ventana del convento, cayendo sobre unas piedras y matándose. Casi al mismo tiempo, otra mujer salía por la puerta y recorría las calles gritando y chillando como una loca. Los prudentes vecinos no se atrevían á pronunciar los nombres y muchas madres pellizcaban á sus hijas por dejar escapar palabras que podían comprometer. Después, pero mucho después, al caer la tarde, un anciano vino de un barrio y estuvo llamando á la puerta del convento, cerrada y guardada por sacristanes. El viejo llamaba con los puños, con la cabeza, lanzando gritos ahogados, inarticulados como los de un mudo, hasta que fué echado á palos y á empujones. Entonces se dirigió á casa del gobernadorcillo, pero le dijeron que el gobernadorcillo no estaba, que estaba en el convento; se fué al Juez de Paz, pero el Juez de Paz tampoco estaba, había sido llamado al convento; se fué al teniente mayor, tampoco, estaba en el convento; se dirigió al cuartel, el teniente de la Guardia Civil estaba en el convento... El viejo entonces se volvió á su barrio llorando como un niño: sus aullidos se oían en medio de la noche; los hombres se mordían los labios, las mujeres juntaban las manos, y los perros entraban en sus casas, medrosos, con la cola entre piernas!

— ¡Ah, Dios, ah Dios! decía una pobre mujer, demacrada á fuerza de ayunar; delante de tí no hay rico, no hay pobre, no hay blanco, no hay negro... ¡tú nos harás justicial!

— Sí, le contestaba el marido; con tal que ese Dios que predicán no sea pura invención, un engaño! Ellos son los primeros en no creer en él!

A las ocho de la noche, se decía que más de siete frailes, venidos de los pueblos comarcanos, se encontraban en el convento celebrando una junta. Al día siguiente, Tandang Selo desaparecía para siempre del barrio llevándose su pica de cazador.

XXXI

EL ALTO EMPLEADO

L'Espagnè et sa vertu, l'Espagne et sa grandeur  
Tout s'en val (VÍCTOR HUGO).

Los periódicos de Manila estaban tan ocupados por la reseña de un asesinato célebre cometido en Europa, por los panegíricos y bombos á varios predicadores de la capital, por el éxito cada vez más ruidoso de la opereta francesa, que apenas podían dedicar alguno que otro artículo á las fechorías que cometía en provincias una banda de tulisanes capitaneada por un jefe terrible y feroz que se llamaba *Matangladwin*. Sólo, cuando el asaltado era un convento ó un español, entonces aparecían largos artículos dando pavorosos detalles y pidiendo el estado de sitio, enérgicas medidas, etc., etc. Así es que tampoco pudieron ocuparse de lo ocurrido en el pueblo de Tiani, ni hubo una alusión ni un rumor. En círculos privados se susurraba algo, pero todo tan confuso, tan incierto, tan poco consistente que ni siquiera se supo el nombre de la víctima, y los que más interés manifestaron, lo olvidaron pronto, creyendo en alguna componenda con la familia ó parientes ofendidos. Lo único que se supo de cierto fué que el P. Camorra tuvo que dejar el pueblo para trasladarse á otro ó estar algún tiempo en el convento de Manila.

— ¡Pobre P. Camorra! exclamaba Ben Zayb echándoselas de generoso; era tan alegre, tenía tan buen corazón!

Era cierto que los estudiantes habían recobrado su libertad gracias á las instancias de sus parientes, que no perdonaron gastos, regalos ni sacrificio alguno. El primero que se vió libre fué, como era de esperar, Makaraig, y el último Isagani, porque el P. Florentino no llegó á Manila sino una semana después de los acontecimientos. Tantos actos de clemencia le valieron al General el epíteto de clemente y misericordioso, que Ben Zayb se apresuró á añadir á la larga lista de sus adjetivos.

El único que no obtuvo la libertad fué el pobre Basilio, acusado además de tener en su poder libros prohibidos. No sabe-

mos si se referirían al tratado de *Medicina Legal y Toxicología* del Dr. Mata, ó á los varios folletos que se le encontraron sobre asuntos de Filipinas, ó á ambas cosas juntas; es el caso que se dijo también que vendía clandestinamente obras prohibidas y sobre el infeliz cayó todo el rigor de la romana de la justicia.

Contaban que á su Excelencia le habían dicho:

— Es menester que *kaya* alguno para que quede en salvo el prestigio de la autoridad y no se diga que hemos metido mucho ruido para nada. La autoridad ante todo. Es menester que se quede alguno!

— Queda uno solo, uno que, según el P. Irene, fué criado de Capitán Tiago... No hay quien le reclama...

— ¿Criado y estudiante? preguntó S. E.; pues entonces ése, que se quede ése!

— Me permitirá V. E., observó el alto empleado que se hallaba presente, por casualidad; pero me han dicho que ese chico es estudiante de Medicina, sus profesores hablan bien de él... si continúa preso pierde un año, y como este año termina...

La intervención del alto empleado en favor de Basilio, en vez de hacerle bien, le perjudicó. Hacía tiempo que entre el empleado y S. E. había cierta tirantez, ciertos disgustos, aumentados por dimes y diretes. S. E. se sonrió nerviosamente y contestó:

— ¿Sí? pues razón de más para que continúe preso; un año más de carrera, en vez de hacerle daño, le hará bien, á él y á todos los que después caigan en sus manos. Por mucha práctica no es uno mal médico. Razón de más para que se quede! Y luego dirán los reformistas filibusterillos que nosotros no nos cuidamos del país! añadió S. E. riendo sarcásticamente.

El alto empleado comprendió su falta y tomó á pecho la causa de Basilio.

— Pero es que ese joven me parece el más inocente de todos, repuso con cierta timidez.

— Se le han ocupado libros, contestó el secretario.

— Sí, obras de Medicina y folletos escritos por peninsulares... aun sin cortar las hojas... y ¿qué quiere eso decir? Además, ese joven no ha estado en el banquete de la pansitería, ni se ha metido en nada... Como dije, es el más inocente...

— ¡Mejor que mejor! exclamó alegremente S. E.; así el castigo resulta más saludable y ejemplar como que infunde más terror! Gobernar es obrar así, señor mío; hay que sacrificar muchas veces el bien de uno por el bien de muchos... Pero yo hago más: del bien de uno, saco el bien de todos, salvo el principio de autoridad que peligra, el prestigio se respeta y se mantiene. Con este acto mío corrijo errores de propios y extraños!

Hizo un esfuerzo para contenerse el alto empleado, y desentendiéndose de las alusiones, quiso apelar á otro medio.

— ¿Pero V. E. no teme... la responsabilidad?

— ¿Qué he de temer? interrumpió el General impaciente; ¿no dispongo yo de poderes discrecionales? ¿no puedo hacer lo que me dé la gana para el mejor gobierno de estas islas? ¿Qué tengo que temer? ¿Puede acaso un criado acusarme ante los tribunales y pedirme responsabilidad? ¡Cal! Y aunque dispusiera de medios, tendría antes que pasar por el Ministerio, y el Ministro...

Hizo un gesto con la mano y se echó á reír.

— El Ministro que me nombró, sabe el diablo dónde está, y se tendrá por honrado con poderme saludar cuando vuelva! El actual, á ése me le paso... y también se lo llevará pateta... El que le sustituya se verá tan apurado con su nuevo cargo y no se podrá ocupar de bagatelas. Yo, señor mío, no tengo más que mi conciencia, obro según mi conciencia, mi conciencia está satisfecha, y me importan un comino los juicios de fulano ó zutano. Mi conciencia, señor mío, mi conciencia!

— Sí, mi General, pero el país...

— ¡Tu tu tu tu! El país, ¿qué tengo yo que ver con el país? ¿He contraído por ventura compromisos con él? ¿Le debo yo mi cargo? ¿Fué él quien me ha elegido?

Hubo un momento de pausa. El alto empleado tenía la cabeza baja. Después, como si tomase una decisión, la levantó, miró al General fijamente y, pálido y algo tembloroso, dijo con energía reprimida:

— ¡No importa, mi General, nada importa eso! V. E. no ha sido elegido por el pueblo filipino sino por España, razón de más para que V. E. trate bien á los filipinos, para que no puedan reprochar nada á España! Razón de más, mi General! V. E. al venir aquí ha prometido gobernar con justicia, buscar el bien...

— ¿Y no lo estoy haciendo? preguntó exasperado S. E. dando un paso; ¿no le he dicho á usted que saco del bien de uno el bien de todos? ¿Me va usted ahora á dar lecciones? Si usted no comprende mis actos ¿qué culpa tengo yo? ¿Le fuerzo acaso á que participe de mi responsabilidad?

— Sin duda que nol replicó el alto empleado irguiéndose con altanería; V. E. no me fuerza, V. E. no me puede forzar á mí, á mí á que participe de *su* responsabilidad! La mía la entiendo de otra manera, y porque la tengo voy á hablar, pues me he callado por mucho tiempo. ¡Oh, no haga V. E. esos gestos, porque el que aquí haya yo venido con este ó aquel cargo no quiere decir que abdique de mis derechos y me reduzca al papel de esclavo, sin voz ni dignidad! Yo no quiero que España pierda este hermoso imperio, esos ocho millones de súbditos sumisos y pacientes que viven de desengaños y esperanzas; pero tampoco quiero manchar mis manos en su explotación inhumana; no quiero que se diga jamás que, destruída la trata, España la ha continuado en grande cubriéndola con su pabellón y perfeccionándola bajo un lujo de aparatosas instituciones. No, España para ser grande no tiene necesidad de ser tirana; España se basta á sí misma, España era más grande cuando sólo tenía su territorio, arrancado de las garras del moro! Yo también soy español, pero antes que español soy hombre y antes que España y sobre España está su honra, están los altos principios de moralidad, los eternos principios de la inmutable justicia! ¡Ah, usted se asombra de que piense así, porque usted no tiene idea de la grandeza del nombre español, no la tiene usted, no; usted lo identifica con las personas, con los intereses; para usted el español puede ser pirata, puede ser asesino, hipócrita, falso, todo, con tal de conservar lo que tiene; para mí, el español debe perderlo todo, imperio, poderío, riquezas, todo, todo antes que el honor! ¡Ah, señor mío! Nosotros protestamos cuando leemos que la fuerza se antepone al derecho, y aplaudimos cuando en la práctica la vemos hipócrita no sólo torcerlo sino ponerlo á su servicio para imponerse... Por lo mismo que amo á España, hablo aquí y desafío el fruncimiento de sus cejas! Yo no quiero que en las edades venideras sea acusada de madrastra de naciones, vampiro de pueblos, tirana de pequeñas islas, porque sería horrible escarnio á los nobles propósitos de nuestros

antiguos reyes! ¿Cómo cumplimos con su sagrado testamento? Prometieron á estas islas amparo y rectitud, y jugamos con las vidas y libertades de sus habitantes; prometieron civilización, y se la escatimamos, temiendo que aspiren á más noble existencia; les prometieron luz, y les cegamos los ojos para que no vean nuestra bacanal; prometieron enseñarles virtudes y fomentamos sus vicios y, en vez de la paz, de la riqueza y la justicia, reina la zozobra, el comercio muere y el escepticismo cunde en las masas. Pongámonos en lugar de los filipinos y preguntémosnos qué haríamos en su caso! ¡Ay! en su silencio de usted leo su derecho de sublevarse, y si las cosas no se mejoran se sublevarán un día y á fe que la justicia estará de su parte y con ella las simpatías de todos los hombres honrados, de todos los patriotas del mundo! Cuando á un pueblo se le niega la luz, el hogar, la libertad, la justicia, bienes sin los cuales no es posible la vida y por lo mismo constituyen el patrimonio del hombre, ese pueblo tiene derecho para tratar al que así le despoja como al ladrón que nos ataja en el camino: no valen distingos, no valen excepciones, no hay más que un hecho, una propiedad, un atentado, y todo hombre honrado que no vaya de parte del agredido, se hace cómplice y mancha su conciencia. Sí, yo no soy militar, y los años van apagando el poco fuego de mi sangre; pero así como me dejaría hacer pedazos por defender la integridad de España contra un invasor extranjero ó contra las veleidades injustificadas de sus provincias, así también le aseguro á usted que me pondría del lado de los filipinos oprimidos, porque antes prefiero sucumbir por los derechos hollados de la humanidad, que triunfar con los intereses egoístas de una nación, aun cuando esta nación se llamase como se llama España!...

— ¿Sabe usted cuándo sale el correo? preguntó fríamente S. E. cuando el alto empleado hubo acabado de hablar.

El alto empleado le miró fijamente, después bajó la cabeza y en silencio dejó el palacio.

En el jardín encontró su coche que le esperaba.

— Cuando un día os declaréis independientes, dijo algo ensimismado al lacayo indio que le abría la portezuela, acordaos de que en España no han faltado corazones que han latido por vosotros y han luchado por vuestros derechos!

— ¿Dónde, señor? contestó el lacayo que no le había comprendido y preguntaba á dónde tenían que ir.

Dos horas después, el alto empleado presentaba su dimisión y anunciaba su vuelta á España por el próximo correo.

## XXXII

### EFFECTOS DE LOS PASQUINES

Á raíz de los acontecimientos narrados, muchas madres llamaron á sus hijos para que inmediatamente dejaran los estudios y se dedicasen á la holganza ó á la agricultura.

Cuando llegaron los exámenes, abundaron los suspenso y raro fué el que aprobó el curso, habiendo pertenecido á la famosa asociación de la que nadie se volvió á ocupar. Pecson, Tadeo y Juanito Peláez fueron igualmente suspendidos; el primero recibió las calabazas con su risa de bobo y prometió entrar de oficial en un juzgado cualquiera; Tadeo, con la cuacha eterna al fin, se pagó una iluminación encendiendo una hoguera con sus libros; los demás tampoco salieron bien librados y al fin tuvieron que dejar sus estudios, con gran contento de las madres, que siempre se imaginan á sus hijos ahorcados si llegan á enterarse de lo que dicen los libros. Sólo Juanito Peláez soportó mal el golpe, teniendo que dejar para siempre las aulas por el almacén de su padre, que en adelante le asociaba á su comercio: el truhán encontraba la tienda menos divertida, pero sus amigos, al cabo de algún tiempo, le vieron otra vez con la redonda joroba, lo cual era síntoma de que renacía su buen humor. El rico Makaraig, ante la hecatombe, se guardó muy bien de exponerse y, habiendo conseguido pasaporte á fuerza de dinero, se embarcó corriendo para Europa: decíase que S. E. el Capitán General, en su deseo de hacer el bien por el bien y cuidadoso de la comodidad de los filipinos, dificultaba la marcha á todo aquel que no probase antes materialmente que puede gastar y vivir con holgura en medio de las ciudades europeas. De nuestros conocidos, los que salieron mejor librados fueron Isagani y Sandoval: el primero aprobó la asignatura que cursaba bajo el P. Fernández y fué suspendido en las otras, y



el segundo pudo marear al tribunal á fuerza de discursos. Basilio fué el único que ni aprobó asignaturas, ni fué suspendido, ni se marchó á Europa: continuó en la cárcel de Bilibid, sometido cada tres días á interrogatorios, los mismos casi del principio, sin más novedad que la del cambio de jueces instructores, pues parecía que delante de tanta culpabilidad todos sucumbían ó huían horrorizados.

Y mientras dormían y se arrastraban los expedientes, mientras los papeles sellados menudeaban como cataplasmas de médico ignorante por el cuerpo de un hipocondríaco, Basilio se enteraba en todos sus detalles de cuanto había ocurrido en Tianl, de la muerte de Juli y la desaparición de Tandang Selo. Sinong, el apaleado cochero que le había conducido á San Diego, se encontraba entonces en Manila, le visitaba y le ponía al corriente de todo.

Entretanto Simoun había recobrado su salud, al menos así lo dijeron los periódicos. Ben Zayb dió gracias al «Omnipotente que vela por tan preciosa vida» y ha manifestado la esperanza de que el Altísimo hará que un día se descubra al criminal, cuyo delito permanece impune gracias á la caridad de la víctima, que observa demasiado las palabras del Gran Mártir: *Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen!* Estas y otras cosas más decía Ben Zayb en impreso, mientras que de boca indagaba si era cierto el rumor de que el opulento joyero iba á dar una gran fiesta, un banquete como jamás se ha visto otro, parte como celebrando su curación, parte como una despedida al país en donde había aumentado su fortuna. Se susurraba, es cierto, que Simoun, debiendo marcharse con el Capitán General, cuyo mando expiraba en Mayo, hacía todos los esfuerzos para conseguir en Madrid una prórroga y aconsejaba á S. E. emprendiese una campaña para tener motivos de quedarse, pero se decía también que Su Excelencia, por primera vez, desoía los consejos de su favorito, tomando como cuestión de honor no retener ni por un solo día de más el poder que le habían concedido, rumor que hacía creer que la anunciada fiesta iba á tener lugar dentro de muy poco. Simoun, por lo demás, permanecía impenetrable; se había vuelto menos comunicativo aún, se dejaba ver poco, y sonreía misteriosamente cuando le hablaban de la anunciada fiesta.

— Vamos, señor Simbad, le había dicho una vez Ben Zayb; deslúmbrenos usted con algo yankee! Ea, que algo le debe á este país.

— Sin duda alguna! respondía con su seca sonrisa.

— Echará usted la casa por la ventana, eh?

— Es posible, sólo que como no tengo casa...

— Haber comprado la de Capitán Tiago, que consiguió por nada el señor Peláez!

Simoun se había callado y desde entonces le vieron á menudo en el almacén de don Timoteo Peláez, con quien se dijo que se había asociado. Semanas después, por el mes de Abril, corría la voz de que Juanito Peláez, el hijo de don Timoteo, se iba á casar con Paulita Gómez, la joven codiciada por nacionales y extranjeros.

— Hay hombres afortunados! decían otros comerciantes envidiosos; comprar una casa por nada, vender bien su partida de zinc, asociarse con un Simoun y casar á su hijo con una rica heredera, diga usted que son gollerías que no las tienen todos los hombres honrados!

— Si supieran ustedes de dónde le viene al señor Peláez esa gollería!

Y con el tono de voz se indicaba á sí mismo.

— Y también les aseguro que habrá fiesta y en grande, añadía con misterio.

Era cierto, en efecto, que Paulita se casaba con Juanito Peláez. Sus amores con Isagani se habían desvanecido como todos los primeros amores, basados en la poesía, en el sentimiento. Los sucesos de la pasquinada y la prisión habían despojado al joven de todos sus atractivos. ¿Á quién se le ocurre buscar el peligro, desear participar de la suerte de sus compañeros, presentarse, cuando todo el mundo se escondía y rechazaba toda complicidad? Era un quijotismo, una locura, que ninguna persona sensata en Manila se lo podía perdonar y tenía mucha razón Juanito en ponerle en ridículo, representándole en el momento en que se iba al Gobierno Civil. Naturalmente, la brillante Paulita ya no podía amar á un joven que tan erradamente comprendía la sociedad y que todos condenaban. Ella empezó á reflexionar. Juanito era listo, hábil, alegre, píllo, hijo de un rico comerciante de Manila y mestizo español por añadidura,

ó si se ha de creer á don Timoteo, español de pura sangre; en cambio, Isagani era un indio provinciano que soñaba en sus bosques llenos de sanguijuelas, de familia dudosa, con un tío clérigo que quizás será enemigo del lujo y de bailes, á que ella era muy aficionada. Una hermosa mañana cayó pues en la cuenta de que había sido una solemne tonta en preferirle á su rival y desde entonces se notó el aumento de la joroba de Peláez. La ley descubierta por Darwin la cumplía Paulita inconsciente, pero rigurosamente: la hembra se entrega al macho más hábil, al que sabe adaptarse al medio en que se vive, y para vivir en Manila no había otro como Peláez, que desde pequeño sabía al dedillo la gramática parda.

La cuaresma pasó con su semana santa, con su cortejo de procesiones y ceremonias, sin más novedad que un misterioso motín de los artilleros, cuya causá jamás se llegó á divulgar. Se derribaron las casas de materiales ligeros, mediante el concurso de un cuerpo de caballería para cargar sobre los dueños en el caso de que se sublevasen: hubo muchos llantos y muchas lamentaciones, pero la cosa no pasó de allí. Los curiosos, entre ellos Simoun, fueron á ver á los que se quedaban sin hogar, paseándose indiferentes y se dijeron que en adelante podían dormir tranquilos.

Á fines de Abril, olvidados ya todos los temores, Manila sólo se ocupaba de un acontecimiento. Era la fiesta que don Timoteo Peláez iba á dar en las bodas de su hijo, de quien el General, gracioso y condescendiente, se prestaba á ser el padrino. Decíase que Simoun había arreglado el asunto. El casamiento se celebraría dos días antes de la marcha de Su Excelencia; ésta honraría la casa y haría un regalo al novio. Susurrábase que el joyero derramaría cascadas de brillantes, arrojaría á puñados perlas, en obsequio al hijo de su asociado y que, no pudiendo dar ninguna fiesta en su casa por no tener una propia y por ser solterón, aprovecharía la ocasión para sorprender al pueblo filipino con una sentida despedida. Toda Manila se preparaba para ser invitada: nunca la inquietud se apoderó con más vigor de los ánimos, como ante el pensamiento de no ser de los convidados. Se disputaban la buena amistad de Simoun, y muchos maridos, obligados por sus esposas, compraron barras de hierro y piezas de zinc para hacerse amigos de don Timoteo Peláez.

XXXIII

LA ÚLTIMA RAZÓN

Al fin llegó el día.

Simoun, desde la mañana, no había salido de su casa, ocupado en poner en orden sus armas y sus alhajas. Su fabulosa riqueza estaba ya encerrada en la gran maleta de acero con funda de lona. Quedaban pocos estuches que contenían brazaletes, alfileres, sin duda regalos que esperaba hacer. Iba á partir al fin con el Capitán General, que de ninguna manera quiso prolongar su mando, temeroso del qué dirán de las gentes. Los maliciosos insinuaban que Simoun no se arriesgaba á quedarse solo, que, perdido su apoyo, no quería exponerse á las venganzas de tantos explotados y desgraciados, con tanto más motivo cuanto que el General que iba á venir, pasaba por ser un modelo de rectitud, y acaso, acaso le haga devolver cuanto había ganado. Los indios supersticiosos, en cambio, creían que Simoun era el diablo que no quería separarse de su presa. Los pesimistas hacían un guiño malicioso y decían:

— Talado el campo, se va á otra parte la langosta.

Sólo algunos, muy pocos, sonreían y callaban.

Á la tarde, Simoun había dado orden á su criado para que si se presentaba un joven que se llamaba Basilio, le hiciese entrar en seguida. Después encerróse en su aposento y pareció sumido en profundas reflexiones. Desde su enfermedad, el rostro del joyero se había vuelto más duro y más sombrío, se había profundizado mucho la arruga entre ceja y ceja. Parecía algo encorvado; la cabeza ya no se mantenía erguida, se doblaba. Estaba tan absorto en su meditación que no oyó llamar á la puerta. Los golpes tuvieron que repetirse. Simoun se estremeció:

— ¡Adelante! dijo.

Era Basilio, pero *quantum mutatus!* Si el cambio operado en Simoun durante los dos meses era grande, en el joven estudiante era espantoso. Sus mejillas estaban socavadas, desali-

ñado el traje, despeinado. Había desaparecido la dulce melancolía de sus ojos; en ellos brillaba una llama oscura; diríase que había muerto y su cadáver resucitaba horrorizado de lo que había visto en la eternidad. Si no el crimen, su siniestra sombra se extendía por toda su figura. El mismo Simoun se espantó y sintió compasión por el desgraciado.

Basilio, sin saludar, avanzó lentamente, y en voz que hizo estremecerse al joyero, dijo:

— Señor Simoun, he sido mal hijo y mal hermano; he olvidado el asesinato del uno y las torturas de la otra, y Dios me ha castigado! Ahora no me queda más que una voluntad para devolver mal por mal, crimen por crimen, violencia por violencia!

Simoun le escuchaba silencioso.

— Hace cuatro meses, continuó Basilio, me hablaba usted de sus proyectos; he rehusado tomar parte, y he hecho mal; usted ha tenido razón. Hace tres meses y medio la revolución estaba á punto de estallar; tampoco he querido tomar parte y el movimiento ha fracasado. En pago de mi conducta he sido preso y sólo debo mi libertad á las instancias de usted. Usted ha tenido razón y ahora vengo á decirle: arme mi brazo y que la revolución estalle! Estoy dispuesto á servirle con todos los desgraciados!

La nube que obscurecía la frente de Simoun se disipó de repente, un rayo de triunfo brilló en sus ojos, y cual si hubiese encontrado lo que buscaba, exclamó:

— ¡Tengo razón, sí, tengo razón! el derecho me asiste, la justicia está de mi parte, porque mi causa es la de los desgraciados... ¡Gracias, joven, gracias! Usted viene á disipar mis dudas, á combatir mis vacilaciones...

Simoun se había levantado y su semblante estaba radiante: el ardor que le animaba cuando, cuatro meses antes, explicaba á Basilio sus proyectos en el bosque de sus antepasados, reaparecía en su fisonomía como un rojo crepúsculo después de un nublado día.

— Sí, continuó; el movimiento ha fracasado y me han desertado muchos porque me vieron abatido vacilar en el supremo instante: conservaba algo en mi corazón, no era dueño de todos mis sentimientos y amaba todavía!... Ahora todo está muerto

en mí, y ya no hay cadáver sagrado cuyo sueño tenga que respetar! Ya no habrá vacilaciones; usted mismo, joven ideal, paloma sin hiel, comprende la necesidad, se viene á mí y me excita á la acción! Algo tarde abre usted sus ojos! Entre usted y yo hubiéramos combinado y ejecutado planes maravillosos: yo arriba, en las altas esferas, esparciendo la muerte entre perfumes y oro, embruteciendo á los viciosos y corrompiendo ó paralizándolo á los pocos buenos, y usted abajo, en el pueblo, entre los jóvenes, evocando la vida entre sangre y lágrimas! Nuestra obra, en vez de ser sangrienta y bárbara, habría sido piadosa, perfecta, artística, y de seguro que el éxito habría coronado nuestros esfuerzos! Pero ninguna inteligencia me ha querido secundar; miedo y afeminamiento he encontrado en las clases ilustradas; egoísmo en las ricas, candidez en la juventud, y sólo en las montañas, en los destierros, en la clase miserable he encontrado á mis hombres! Pero no importa! si no podemos sacar una acabada estatua, pulida en todos sus detalles, del bloc grosero que desbastaremos se encargarán los que han de venir!

Y cogiendo del brazo á Basilio, que le escuchaba sin comprenderle en todo, le condujo al laboratorio donde encerraba sus productos químicos.

Sobre una mesa se encontraba una gran caja de chagrín oscuro, parecida á las que contienen las vajillas de plata que se regalan entre sí los ricos y los soberanos. Simoun la abrió y descubrió, sobre fondo raso rojo, una lámpara de forma muy original. El recipiente lo figuraba una granada, grande como la cabeza de un hombre, algo rajada, dejando ver los granos del interior, figurados por enormes cornalinas. La corteza era de oro oxidado é imitaba perfectamente hasta las rugosidades de la fruta.

Simoun la sacó con mucho cuidado, y retirando el mechero, descubrió el interior del depósito: el casco era de acero, grueso como dos centímetros y podía contener algo más de un litro. Basilio le interrogaba con la mirada: nada comprendía.

Sin entrar en explicaciones, Simoun sacó cuidadosamente de un armario un frasco y enseñó al joven la fórmula escrita encima.

— Nitro-glicerina! murmuró Basilio, retrocediendo y retirando instintivamente las manos. Nitro-glicerina! Dinamita!

Y creyendo comprender, se le erizaron los cabellos.

— Sí, nitro-glicerina! repitió lentamente Simoun con su sonrisa fría y contemplando con delicia el frasco de cristal; es algo más que nitro-glicerina! Son lágrimas concentradas, odios comprimidos, injusticias y agravios! Es la suprema razón del débil, fuerza contra fuerza, violencia contra violencia... Hace un momento vacilaba yo, pero usted ha venido y me ha convencido! Esta noche volarán pulverizados los tiranos más peligrosos, los tiranos irresponsables, los que se ocultan detrás de Dios y del Estado, y cuyos abusos permanecen impunes porque nadie los puede fiscalizar! Esta noche oírás Filipinas el estallido, que convertirá en escombros el informe monumento cuya podredumbre he apresurado!

Basilio estaba atontado: sus labios se movían sin producir sonido, sentía que se le paralizaba la lengua, se le secaba el paladar. Por primera vez veía el poderoso líquido, de que tanto había oído hablar, como destilado en sombras por hombres sombríos, en guerra abierta contra la sociedad. Ahora lo tenía delante, transparente y algo amarillento, vertiéndose con infinito cuidado en el seno de la artística granada. Simoun se le aparecía como el genio de las *Mil y una noches* que sale del seno del mar: adquiriría proporciones gigantescas, tocaba el cielo con la cabeza, hacía estallar la casa y sacudía toda la ciudad con un movimiento de sus espaldas. La granada tomaba las proporciones de una colosal esfera, y la rajadura, una risa infernal, por donde se escapaban brasas y llamas. Por primera vez Basilio se dejaba llevar del espanto y perdía su sangre fría por completo.

Simoun, entretanto, atornillaba sólidamente un curioso y complicado aparato, ponía el tubo de cristal, la bomba, y coronaba el todo con una elegantísima pantalla. Después se alejó á cierta distancia para contemplar el efecto, inclinando la cabeza ya á un lado ya á otro para mejor juzgar de su aspecto y magnificencia.

Y viendo que Basilio le miraba con ojos interrogadores á la vez que recelosos, repuso:

— Esta noche habrá una fiesta y esa lámpara se colocará en medio de un pequeño kiosco-comedor que he mandado hacer al efecto. La lámpara dará una luz brillante que bastará ella sola para iluminarlo todo; mas, al cabo de veinte minutos, la luz se oscurecerá, y entonces, cuando quieran subir la mecha, deto-

nará una cápsula de fulminato de mercurio, la granada estallará y con ella el comedor, en cuyo techo y en cuyo suelo he escondido sacos de pólvora para que nadie se pueda salvar...

Hubo un momento de silencio: Simoun contemplaba su aparato y Basilio apenas respiraba.

— De manera que mi concurso es inútil, observó el joven.

— No, usted tiene otra misión que cumplir, contestó Simoun pensativo; á las nueve la máquina habrá estallado y la detonación se habrá oído en las comarcas próximas, en los montes, en las cavernas. El movimiento que yo había combinado con los artilleros ha fracasado por falta de dirección y simultaneidad. Esta vez no será así. Al oirse el estallido, los miserables, los oprimidos, los que vagan perseguidos por la fuerza saldrán armados y se reunirán con Cabesang Tales en Santa Mesa para caer sobre la ciudad; en cambio, los militares á quienes he hecho creer que el General simula un alzamiento para tener motivos de permanecer, saldrán de sus cuarteles dispuestos á disparar sobre cualesquiera que designare. El pueblo entretanto, alebrestado, y creyendo llegada la hora de su degüello, se levantará dispuesto á morir, y como no tiene armas ni está organizado, usted con algunos otros se pondrá á su cabeza y los dirigirá á los almacenes del chino Quiroga en donde guardo mis fusiles. Cabesang Tales y yo nos reuniremos en la ciudad y nos apoderaremos de ella, y usted en los arrabales ocupará los puentes, se hará fuerte, estará dispuesto á venir en nuestra ayuda y pasará á cuchillo, no sólo á la contrarrevolución, sino á todos los varones que se nieguen á seguir con las armas!

— ¿A todos? balbuceó Basilio con voz sorda.

— ¡A todos! repitió con voz siniestra Simoun, á todos, indios, mestizos, chinos, españoles, á todos los que se encuentren sin valor, sin energía... Es menester renovar la raza! Padres cobardes sólo engendrarán hijos esclavos, y no vale la pena destruir para volver á edificar con podridos materiales! ¿Qué? se estremece usted? ¿Tiembra, teme sembrar la muerte? ¿Qué es la muerte? ¿Qué significa una hecatombe de veinte mil desgraciados? ¡Veinte mil miserias menos, y millones de miserables salvados en su origen! No vacila el más tímido gobernante en dictar una ley que ha de producir la miseria y la lenta agonía de miles y miles de súbditos, prósperos, trabajadores, felices tal



vez, para satisfacer un capricho, una ocurrencia, el orgullo; y ¿usted se estremece porque en una noche han de terminar para siempre las torturas morales de muchos ilotas, porque un pueblo parálítico y viciado ha de morir para dar paso á otro nuevo, joven, activo, lleno de energía? ¿Qué es la muerte? La nada ó un sueño! ¿Serán sus pesadillas comparables á la realidad de torturas de toda una miserable generación? Importa destruir lo malo, matar el dragón para bañar en su sangre al pueblo nuevo y hacerle robusto é invulnerable! ¿Qué otra cosa es la inexorable ley de la naturaleza, ley de lucha en que el débil tiene que sucumbir para que no se perpetúe la viciada especie y la creación camine al retroceso? ¡Fuera, pues, femeniles preocupaciones! Cúmplanse las leyes eternas, ayudémoslas, y pues que la tierra es tanto más fecunda cuanto más se abona con sangre, y los tronos más seguros cuanto más cimentados en crímenes y cadáveres, no haya vacilación, no haya duda! ¿Qué es el dolor de la muerte? La sensación de un momento, acaso confuso, acaso agradable como el tránsito de la vigilia al sueño... ¿Qué se destruye? Un mal, el sufrimiento, yerbas raquílicas para plantar en su lugar otras lozanas! ¿Llamará usted á eso destruir? Yo lo llamaría crear, producir, sustentar, vivificar...

Tan sangrientos sofismas, dichos con convicción y frialdad, anonadaban al joven, cuya inteligencia debilitada por más de tres meses de cárcel y cegada por la pasión de la venganza, no estaba en disposición para analizar el fondo moral de las cosas. En vez de replicar que el hombre más malo ó pusilánime siempre es algo más que la planta, porque tiene un alma y una inteligencia que, por viciadas ó embrutecidas que pudiesen estar, se pueden redimir; en vez de contestar que el hombre no tiene derecho de disponer de la vida de nadie en provecho de nadie, y que el derecho á la vida reside en cada individuo como el derecho á la libertad y á la luz; en vez de replicar que si es abuso en los gobiernos castigar en el reo las faltas ó crímenes, en que ellos le han precipitado por incuria ó torpeza, cuanto más lo sería en un hombre, por grande y por desgraciado que fuere, castigar en el pobre pueblo las faltas de sus gobiernos y antepasados, en vez de decir que Dios solo puede tentar tales medios, que Dios puede destruir porque puede crear, Dios que tiene en su mano la recompensa, la eternidad y el porvenir para justifi-

car sus actos y el hombre nunca! En vez de estos racionios, Basilio sólo opuso una vulgar observación:

— ¡Qué dirá el mundo, á la vista de tanta carnicería?

— El mundo aplaudirá como siempre, dando la razón al más fuerte, al más violento! contestó con su sonrisa cruel Simoun. Europa ha aplaudido cuando las naciones del occidente sacrificaron en América millones de indios, y no por cierto para fundar naciones mucho más morales ni más pacíficas; allí está el Norte con su libertad egoísta, su ley de Lynch, sus engaños políticos; allí está el Sur con sus repúblicas intranquilas, sus revoluciones bárbaras, guerras civiles, pronunciamientos, como en su madre España! Europa ha aplaudido cuando Portugal despojó á las islas Molucas, aplaude cuando la poderosa Inglaterra destruye en el Pacífico las razas primitivas para implantar la de sus emigrados. Europa aplaudirá como se aplaude al fin de un drama, al fin de una tragedia: el vulgo se fija poco en el fondo, sólo mira el efecto! Hágase bien el crimen y será admirado, y tendrá más partidarios que los actos virtuosos, llevados á cabo con modestia y timidez.

— Perfectamente, repuso el joven; ¿qué me importa al fin y al cabo que aplaudan ó censuren, cuando ese mundo no se cuida de los oprimidos, de los pobres y de las débiles mujeres? ¿Qué consideraciones he de guardar con la sociedad cuando ella no ha guardado ninguna conmigo?

— Así me gusta, dijo triunfante el tentador.

Y sacando de un cajón un revólver, se lo entregó diciendo:

— A las diez espéreme frente á la iglesia de San Sebastián para recibir mis últimas instrucciones. ¡Ah! A las nueve debe usted encontrarse lejos, muy lejos de la calle Anloague!

Basilio examinó el arma, la cargó y guardó en el bolsillo interior de su americana. Se despidió con un seco: — ¡Hasta luego!

### XXXIV

## LAS BODAS

Una vez en la calle, Basilio pensó en qué podía ocuparse hasta que llegase la fatal hora; no eran más que las siete. Era

la época de las vacaciones y todos los estudiantes estaban en sus pueblos. Isagani era el único que no quiso retirarse, pero había desaparecido desde aquella mañana y no se sabía su paradero. Esto le habían dicho á Basilio, cuando al salir de la cárcel fué á visitar á su amigo para pedirle hospitalidad. Basilio no sabía á dónde ir, no tenía dinero, no tenía nada fuera del revólver. El recuerdo de la lámpara ocupaba su imaginación; dentro de dos horas tendría lugar la gran catástrofe y, al pensar en ello, le parecía que los hombres que desfilaban delante de sus ojos pasaban sin cabeza: tuvo un sentimiento de feroz alegría al decirse que, hambriento y todo, aquella noche iba él á ser temible, que de pobre estudiante y criado, acaso el sol le viera terrible y siniestro, de pie sobre pirámide de cadáveres, dictando leyes á todos aquellos que pasaban delante en sus magníficos coches. Rióse como un condenado, y palpó la culata del revólver: las cajas de cartuchos estaban en sus bolsillos.

Se le ocurrió una pregunta ¿dónde principiaría el drama? En su aturdimiento, no se le había ocurrido preguntarlo á Simoun, pero Simoun le había dicho que se alejase de la calle de Anloague.

Entonces tuvo una sospecha; aquella tarde, al salir de la cárcel se había dirigido á la antigua casa de Capitán Tiago para buscar sus pocos efectos, y la había encontrado transformada y preparada para una fiesta; eran las bodas de Juanito Peláez! Simoun hablaba de fiesta.

En esto vió pasar delante de sí una larga fila de coches, llenos de señores y señoras conversando con animación; creyó distinguir dentro grandes ramilletes de flores, pero no paró atención en ello. Los coches se dirigían hacia la calle del Rosario, y por encontrarse con los que bajaban del puente de España, tenían que detenerse á menudo é ir lentamente. En uno vió á Juanito Peláez al lado de una mujer, vestida de blanco con un velo transparente: en ella reconoció á Paulita Gómez.

— ¡La Paulita! exclamó sorprendido.

Y viendo que en efecto era ella, en traje de novia, con Juanito Peláez, como si viniesen de la iglesia.

— ¡Pobre Isagani! murmuró ¿qué se habrá hecho de él?

Pensó unos instantes en su amigo, alma grande, generosa, y mentalmente se preguntó si no sería bueno comunicarle el proyecto, pero mentalmente se contestó también que Isagani nunca

querría tomar parte en semejante carnicería... A Isagani no le habían hecho lo que á él.

Después pensó en que sin la prisión, él sería novio ó marido en aquellas horas, licenciado en Medicina, viviendo y curando en un rincón de su provincia. La sombra de Juli, destrozada en su caída, cruzó por su imaginación; llamas oscuras de odio encendieron sus pupilas, y de nuevo acarició la culata del revólver sintiendo no llegase ya la terrible hora. En esto vió que Simoun salió de la puerta de su casa con la caja de la lámpara, cuidadosamente envuelta, entró en un coche que siguió la fila de los que acompañaban á los novios. Basilio, para no perder de vista á Simoun, quiso fijarse en el cochero, y con asombro reconoció en él al desgraciado que le había conducido á S. Diego, á Sinong el apaleado de la Guardia Civil, al mismo que le enteraba en la cárcel de cuanto había sucedido en Tiani.

Conjeturando que la calle Anloague iba á ser el teatro, allá se dirigió el joven, apresurando el paso y adelantándose á los coches. En efecto, se dirigen todos á la antigua casa de Capitán Tiago: allí se reúnan en busca de un baile para danzar por el aire! Basilio se rió al ver las parejas de la Guardia Veterana que hacían el servicio. Por su número se podía adivinar la importancia de la fiesta y de los invitados. La casa rebosaba de gente, derramaba torrentes de luz por sus ventanas; el zaguán estaba alfombrado y lleno de flores; allá arriba, acaso en su antiguo y solitario aposento, tocaba ahora la orquesta aires alegres, que no apagaban del todo el confuso tumulto de risas, interpelaciones y carcajadas.

D. Timoteo Peláez llegaba al pináculo de la fortuna, y la realidad sobrepujaba sus ensueños. Casaba, al fin, á su hijo con la riquísima heredera de los Gómez, y gracias al dinero que Simoun le había prestado, había alhajado regiamente aquella gran casa, comprada en la mitad de su valor, daba en ella una espléndida fiesta, y las primeras divinidades de Olimpo manifiesto iban á ser sus huéspedes, para dorarle con la luz de su prestigio. Ocurríanse desde aquella mañana, con la persistencia de una cantata en boga, unas vagas frases que había leído en sus comuniones: «¡Ya es llegada la hora dichosa! ¡Ya se acerca el momento feliz! Pronto se cumplirán en tí las admirables palabras de Simoun: Vivo yo, mas no yo sino que el Capitán Ge-

neral vive en mí, » etc. El Capitán General, padrino de su hijo. No asistía en verdad al casamiento; D. Custodio le representaba, pero vendría á cenar, y traería un regalo de boda, una lámpara que ni la de Aladin... — entre bastidores — Simoun daba la lámpara. Timoteo, ¿qué quieres más?

La transformación que había sufrido la casa de Capitán Tiago era considerable; se había empapelado de nuevo ricamente; el humo y el olor del opio desaparecieron por completo. La inmensa sala, ensanchada aun por los colosales espejos que multiplicaban al infinito las luces de las arañas, estaba toda alfombrada: alfombra tenían los salones de Europa, y aunque el piso era brillantísimo y de anchas tablas, alfombra debía tener también el suyo, pues ¡no faltaba más! La rica sillería de Capitán Tiago había desaparecido, en su lugar se veía otra, estilo Luis XV; grandes cortinas de terciopelo rojo, bordadas de oro, con las iniciales de los novios y sujetas por guirnaldas de azahar artificiales, pendían de los portiers y barrían el suelo con sus anchos flecos, de oro igualmente. En los ángulos se veían enormes vasos de Japón, alternando con otros de Sèvres, de un azul oscuro purísimo, colocados sobre pedestales cuadrados de madera tallada. Lo único que no estaba bien eran los cromos chillonos con que don Timoteo había sustituido los antiguos grabados y las litografías de santos de Capitán Tiago. Simoun no le pudo disuadir; el comerciante no quería cuadros al óleo, no vaya alguno á atribuirlos á artistas filipinos... ¡él, sostener á artistas filipinos, nunca! en ello le iba la paz y acaso la vida, y él sabía como hay que bogar en Filipinas! Verdad es que había oído hablar de pintores extranjeros como Rafael, Murillo, Velázquez, pero no sabía cómo dirigirse á ellos, y luego puede que salgan algo sediciosos... Con cromos no se arriesgaba nada, los filipinos no los hacían, le salían más baratos, el efecto parecía el mismo, si no mejor, los colores más brillantes y muy fina la ejecución! Vaya si don Timoteo sabía como arreglarse en Filipinas!

La gran caída, adornada toda de flores, se había convertido en comedor: una gran mesa en medio para treinta personas, y al rededor, pegadas á las paredes, otras pequeñitas para dos y tres. Ramilletes de flores, pirámides de frutas entre cintas y luces, cubrían los centros. El cubierto del novio estaba señalado por un ramo de rosas, el de la novia por otro de azahar y azu-

cenar. Ante tanto lujo y tanta flor se imagina uno que ninfas de ropaje ligero y amorcillos con alas irisadas iban á servir néctar y ambrosía á huéspedes aéreos, al son de liras y eolias arpas.

Sin embargo, la mesa para los grandes dioses no estaba allí, estaba servida allá en medio de la ancha azotea, en un elegantísimo kiosco, construido expresamente para el acto. Una celosía de madera dorada, por donde trepan olorosas enredaderas, ocultaba el interior á los ojos del vulgo sin impedir la libre circulación del aire, para mantener la frescura necesaria en aquella estación. Un elevado entarimado levantaba la mesa sobre el nivel de las otras en que iban á comer los simples mortales, y una bóveda, decorada por los mejores artistas, protegería los augustos cráneos de las miradas envidiosas de las estrellas.

Allí no había más que siete cubiertos; la vajilla era de plata maciza, mantel y servilletas de finísimo lino, vinos, los más caros y exquisitos. Don Timoteo buscó lo más raro y costoso y no habría vacilado ante un crimen si le hubiesen dicho que el Capitán General gustaba de comer carne humana.

### XXXV

## LA FIESTA

«Danzar sobre un volcán.»

A las siete de la noche fueron llegando los convidados: primero, las divinidades menores, pequeños empleados, jefes de negociado, comerciantes, etc., con los saludos más ceremoniosos y los aires más graves, al principio, como si fueran recién aprendidos: tanta luz, tanta cortina y tanto cristal imponían algo. Después se familiarizaban y se daban disimulados puñetazos, palmaditas en el vientre y algunos hasta se administraron familiares pescozones. Algunos, es verdad, adoptaban cierta actitud desdeñosa para hacer ver que estaban acostumbrados á cosas mejores, ¡vaya, si lo estaban! Diosa hubo que bostezó encontrando todo cursi y diciendo que tenía *gasusa*; otra que riñó con su dios, haciendo un gesto con el brazo para darle una manotada. Don Timoteo saludaba por aquí, por allá; enviaba una sonrisita,

hacía un movimiento de cintura, un retroceso, media vuelta, vuelta entera, etc., tanto que otra diosa no pudo menos de decir á su vecina, al amparo del abanico:

— ¡Chica, qué filadelfio está el tío! Mia que paese un fantoche!

Después, llegaron los novios, acompañados de doña Victorina y toda la comitiva. Felicitaciones, apretones de manos, palmaditas protectoras al novio, miradas insistentes, lascivas, anatómicas para la novia, por parte de ellos; por parte de ellas, análisis del traje, del aderezo, cálculo del vigor, de la salud, etc.

— ¡Psiquis y Cupido presentándose en el Olimpo! pensó Ben Zayb y se grabó la comparación en la mente para soltarla en mejor ocasión.

El novio tenía en efecto la fisonomía truhanesca del dios del amor, y con un poco de buena voluntad se podía tomar por aljaba la joroba en su *máximum*, que la severidad del frac no llegaba á ocultar.

Don Timoteo empezaba á sentir dolores de cintura, los callos de sus pies se irritaban poco á poco, su cuello se cansaba y ¡faltaba aún el Capitán General! Los grandes dioses, entre ellos el P. Irene y el P. Salví, habían llegado ya, es verdad, pero aún faltaba el trueno gordo. Estaba inquieto, nervioso, su corazón latía violentamente, tenía ganas de desahogar una necesidad, pero había primero que saludar, sonreír, y después iba y no podía, se sentaba, se levantaba, no oía lo que le decían, no decía lo que se le ocurría. Y mientras tanto, un dios aficionado le hacía observaciones sobre sus cromos, se los criticaba asegurándole que manchaban las paredes.

— ¡Manchaban las paredes! repetía don Timoteo sonriendo con ganas de arañarle; pero si están hechos en Europa y son los más caros que me he podido procurar en Manila! Manchaban las paredes!

Y don Timoteo se juraba cobrar al día siguiente todos los vales que del crítico tenía en su almacén.

Se oyeron pitadas, galopar de caballos, al fin!

— ¡El General! — El Capitán General!

Pálido de emoción, se levantó don Timoteo disimulando el dolor de sus callos, y acompañado de su hijo y de algunos dioses mayores, bajó á recibir al *Magnum Jovem*. Se le fué el dolor

de cintura ante las dudas que en el momento le asaltaron: ¿debía modelar una sonrisa ó afectar gravedad? ¿debía alargar la mano ó esperar á que el General le ofrezca la suya? Carambas! ¿cómo no se le había ocurrido nada del asunto para consultar con su gran amigo Simoun? Para ocultar su emoción preguntó en voz baja, muy quebrada á su hijo:

— ¿Has preparado algún discurso?

— Ya no se estilan discursos, papá, y con éste menos!

Llegó Júpiter en compañía de Juno, convertida en un castillo de fuegos artificiales: brillantes en el tocado, brillantes al cuello, en los brazos, en los hombros, en todas partes! Lucía un magnífico traje de seda, con larga cola, bordada de flores de realce.

S. E. tomó realmente posesión de la casa, como se lo suplicó balbuceando don Timoteo. La orquesta tocó la marcha real, y la divina pareja subió majestuosamente la alfombrada escalera.

La gravedad de S. E. no era afectada; acaso por primera vez, desde que llegó á las Islas, se sentía triste; algo de melancolía velaba sus pensamientos. Aquel era el último triunfo de sus tres años de soberano, y dentro de dos días, para siempre iba á descender de tan elevada altura. ¿Qué dejaba detrás de sí? S. E. no volvía la cabeza y prefería mirar hacia delante, hacia el porvenir! Se llevaba una fortuna consigo, grandes cantidades depositadas en los Bancos de Europa le esperaban, tenía hoteles, pero había lastimado á muchos, tenía muchos enemigos en la Corte, el alto empleado le esperaba allá! Otros generales se enriquecieron como él rápidamente, y ahora estaban arruinados. ¿Por qué no se quedaba más tiempo como se lo aconsejaba Simoun? No, la delicadeza ante todo. Los saludos, además, no eran ya profundos como antes; notaba miradas insistentes, y hasta displicencia; y él contestaba con afabilidad y hasta ensayaba sonrisas.

— ¡Se conoce que el sol está en su ocaso! observó el P. Irene al oído de Ben Zayb; ¡muchos le miran ya frente á frente!

¡Carambas con el cura! precisamente iba él á decir eso.

— Chica, murmuró al oído de su vecina la que llamó fantoche á don Timoteo, ¿has visto qué falda?

— Uy! las cortinas del Palacio!

— ¡Calla! y es verdad! Pues se llevan todo. Verás cómo se hace un abrigo con las alfombras!



— ¡Eso no prueba más sino que tiene ingenio y gusto! observó el marido, reprendiendo á su esposa con una mirada; las mujeres deben ser económicas!

Todavía le dolía al pobre dios la cuenta de la modista.

— ¡Hijo! dame cortinas de á doce pesos la vara y verás si me pongo estos trapos! replicó picada la diosa; ¡Jesús! hablarás cuando tengas tan espléndidos predecesores!

Entretanto Basilio, delante de la casa, confundido entre la turba de curiosos, contaba las personas que bajaban de los coches. Cuando vió tanta gente alegre, confiada; cuando vió al novio y á la novia, seguida de su cortejo de jovencitas inocentes y candorosas, y pensó que iban á encontrar allí una muerte horrible, tuvo lástima y sintió que se amortiguaba su odio.

Tuvo deseos de salvar á tantos inocentes, pensó escribir y dar parte á la justicia; pero un coche vino y bajaron el P. Salví y el P. Irene, ambos muy contentos, y como nube pasajera, se desvanecieron sus buenos propósitos.

— ¡Qué me importa? se dijo ¡que paguen los justos con los pecadores!

Y luego añadió para tranquilizar sus escrúpulos:

— Yo no soy delator, yo no debo abusar de la confianza que en mí ha depositado. Yo le debo á *él* más que á todos *esos*; él cavó la tumba de mi madre; *esos* la mataron! ¿Qué tengo que ver con ellos? Hice todo lo posible para ser bueno, útil; he procurado olvidar y perdonar; sufrí toda imposición y solo pedía me dejaran en paz! Yo no estorbaba á nadie... ¿Qué han hecho de mí? ¡Que vuelen sus miembros destrozados por el aire! Bastante hemos sufrido!

Después vió bajar á Simoun llevando en brazos la terrible lámpara, le vió atravesar el zaguán lentamente, con la cabeza baja y como reflexionando. Basilio sintió que su corazón latía débilmente, que sus pies y manos se enfriaban y que la negra silueta del joyero adquiría contornos fantásticos, circundados de llamas. Allá se detenía Simoun al pie de la escalera y como dudando; Basilio no respiraba. La vacilación duró poco: Simoun levantó la cabeza, subió resueltamente las escaleras y desapareció.

Parecióle entonces al estudiante que la casa iba á estallar de un momento á otro y que paredes, lámparas, convidados, tejado,

ventanas, orquesta, volaban lanzados por los aires como un puñado de brasas en medio de una detonación infernal; miró en torno suyo y creyó ver cadáveres en lugar de curiosos; los veía mutilados, le pareció que el aire se llenaba de llamas, pero la serenidad de su juicio triunfó de aquella alucinación pasajera que el hambre favorecía y se dijo:

— Mientras no baje, no hay peligro. Aún no ha llegado el Capitán General!

Y procuró aparecer sereno dominando el temblor convulsivo de sus piernas, y trató de distraerse pensando en otras cosas. Alguien se burlaba de él en su interior y le decía:

— Si tiembles ahora, antes de los momentos supremos, ¿cómo te portarás cuando veas correr sangre, arder las casas y silbar las balas?

Llegó S. E., pero el joven no se fijó en él: observaba la cara de Simoun que era uno de los que habían bajado para recibirle, y leyó en la implacable fisonomía la sentencia de muerte de todos aquellos hombres, y entonces nuevo terror se apoderó de él. Tuvo frío, se apoyó contra el muro de la casa y, fijos los ojos en las ventanas y atentos los oídos, quiso adivinar lo que podía pasar. Vió en la sala la multitud rodeando á Simoun, y contemplando la lámpara; oyó varias felicitaciones, exclamaciones de admiración; las palabras «comedor, estreno» se repitieron varias veces; vió al General sonreirse y conjeturó que se estrenaría aquella misma noche según la previsión del joyero y, por cierto, en la mesa donde iba á cenar Su Excelencia. Simoun desapareció, seguido de una multitud de admiradores.

En aquel momento supremo su buen corazón triunfó, olvidó sus odios, olvidóse de Juli, quiso salvar á los inocentes, y decidido, suceda lo que suceda, atravesó la calle y quiso entrar. Pero Basilio había olvidado que iba miserablemente vestido; el portero le detuvo, le interpeló groseramente, y al ver su insistencia, le amenazó con llamar á una pareja de la Veterana.

En aquel momento bajaba Simoun ligeramente pálido. El portero dejó á Basilio para saludar al joyero como si pasase un santo. Basilio comprendió en la expresión de la cara que dejaba para siempre la casa fatal y que la lámpara ya estaba encendida. *Alea jacta est.* Presa del instinto de conservación, pensó entonces en salvarse. Podía ocurrírsele á cualquiera por curiosidad

mover el aparato, sacar la mecha y entonces, estallaría y todo sería sepultado. Todavía oyó á Simoun que decía al cochero:

— ¡ Escolta, pica!

Azorado y temiendo oír de un momento á otro la terrible explosión, Basilio se dió toda la prisa que podía para alejarse del maldito sitio: sus piernas le parecían que no tenían la agilidad necesaria, sus pies resbalaban contra la acera como si anduviesen y no se moviesen, la gente que encontraba le cerraba el camino, y antes de dar veinte pasos creía que había pasado lo menos cinco minutos. Á cierta distancia tropezó con un joven que de pie, con la cabeza levantada, miraba fijamente hacia la casa. Basilio reconoció á Isagani.

— ¿Qué haces aquí? preguntóle. ¡ Ven!

Isagani le miró vagamente, se sonrió con tristeza y volvió á mirar hacia los balcones abiertos, al través de los cuales se veía la vaporosa silueta de la novia, cogida del brazo del novio, alejándose lánguidamente.

— Ven, Isagani! Alejémonos de esa casa, ven! decía en voz ronca Basilio cogiéndole del brazo.

Isagani le apartaba dulcemente y seguía mirando con la misma dolorosa sonrisa en los labios!

— ¡ Por Dios, alejémonos!

— ¿Por qué alejarme? Mañana ya no será ella!

Había tanto dolor en aquellas palabras que Basilio se olvidó por un segundo de su terror.

— ¿Quieres morir? preguntó.

Isagani se encogió de hombros y siguió mirando.

Basilio trató de arrastrarle de nuevo.

— ¡ Isagani, Isagani, óyeme, no perdamos tiempo! Esa casa está minada, va á saltar de un momento á otro, por una imprudencia, una curiosidad... Isagani, todo perecerá bajo sus ruinas!

— ¿Bajo sus ruinas? repitió Isagani como tratando de comprender sin dejar de mirar á la ventana.

— Sí, bajo sus ruinas, sí, Isagani! por Dios, ven! te lo explicaré después, ven! otro que ha sido más desgraciado que tú y que yo, los ha condenado... ¿Ves esa luz blanca, clara, como luz eléctrica, que parte de la azotea? Es la luz de la muerte! Una lámpara cargada de dinamita, en un comedor minado... estallará y ni una rata se escapará con vida, ven!

— ¡No! contestó Isagani moviendo tristemente la cabeza; quiero quedarme aquí, quiero verla por última vez... mañana ya será otra cosa!

— ¡Cúmplase el destino! exclamó entonces Basilio alejándose á toda prisa.

Isagani vió que su amigo se alejaba con la precipitación que denotaba un verdadero terror y siguió mirando hacia la fascinadora ventana, como el caballero de Toggenburg esperando que se asome la amada, de que nos habla Schiller. En aquel momento la sala estaba desierta; todos se habían ido á los comedores. Á Isagani se le ocurrió que los terrores de Basilio podían ser fundados. Recordó su cara aterrada, él que en todo conservaba su sangre fría y empezó á reflexionar. Una idea apareció clara á su imaginación: la casa iba á volar y Paulita estaba allí, Paulita iba á morir de una muerte espantosa...

Ante esta idea todo lo olvidó: celos, sufrimientos, torturas morales; el generoso joven sólo se acordó de su amor. Sin pensar en sí, sin detenerse, dirigióse á la casa, y gracias á su traje elegante y á su aire decidido, pudo franquear fácilmente la puerta.

Mientras estas cortas escenas pasaban en la calle, en el comedor de los dioses mayores, circulaba de mano en mano un pedazo de pergamino donde se leían escritas en tinta roja estas fatídicas palabras:

*Mane Thecel Phares.*

*Juan Crisóstomo Ibarra.*

— ¿Juan Crisóstomo Ibarra? ¿quién es ése? preguntó S. E. pasando el papel al vecino.

— ¡Vaya una broma de mal gusto! repuso don Custodio: firmar el papel con el nombre de un filibusterillo, muerto hace más de diez años!

— ¡Filibusterillo!!

— ¡Es una broma sediciosa!

— Habiendo señoras...

El P. Irene buscaba al bromista y vió al P. Salví, que estaba sentado á la derecha de la condesa, ponerse pálido como su servilleta mientras con los ojos desencajados contemplaba las

misteriosas palabras. La escena de la esfinge se le presentó en la memoria!

— ¿Qué hay, P. Salví? preguntó; ¿está usted reconociendo la firma de su amigo?

El P. Salví no contestó; hizo ademán de hablar, y sin apercibirse de lo que hacía, se pasó por la frente la servilleta.

— ¿Qué le pasa á V. R.?

— ¡Es su misma escritura! contestó en voz baja, apenas inteligible; es la misma escritura de Ibarra!

Y recostándose contra el respaldo de su silla, dejó caer los brazos como si le faltasen las fuerzas.

La inquietud convirtiéndose en terror; se miraron unos á otros sin decirse una sola palabra. S. E. quiso levantarse, pero temiéndolo atribuyeran á miedo, se dominó y miró en torno suyo. No había soldados: los criados que servían le eran desconocidos.

— Sigamos comiendo, señores, repuso, y no demos importancia á una broma!

Pero su voz, en vez de tranquilizar, aumentó la inquietud; la voz temblaba.

— Supongo que ese *Mane thecel phares*, no querrá decir que seremos asesinados esta noche? dijo don Custodio.

Todos se quedaron inmóviles.

— Pero pueden envenenarnos...

Soltaron los cubiertos.

La luz en tanto principió á oscurecerse poco á poco.

— La lámpara se apaga, observó el General inquieto; ¿quiere usted subir la mecha, P. Irene?

En aquel momento, con la rapidez del rayo, entró una figura derribando una silla y atropellando un criado, y en medio de la sorpresa general, se apoderó de la lámpara, corrió á la azotea y la arrojó al río. Todo pasó en un segundo: el comedor se quedó á oscuras.

La lámpara ya había caído en el agua cuando los criados pudieron gritar: — ¡Ladrón, ladrón! precipitándose también á la azotea.

— ¡Un revólver! gritó uno; ¡pronto un revólver! Al ladrón!

Pero la sombra, más ágil aún, ya había montado sobre la

balaustrada de ladrillo, y antes que pudiesen traer una luz se precipitaba al río, dejando oír un ruido quebrado al caer en el agua.

### XXXVI

#### APUROS DE BEN ZAYB

Inmediatamente que se enteró del acontecimiento cuando trajeron luces y vió las poco correctas posturas de los dioses sorprendidos, Ben Zayb, lleno de indignación y ya con la aprobación del fiscal de imprenta, fué corriendo á su casa — un entresuelo en donde vivía en república con otros — para escribir el artículo más sublime que jamás se haya leído bajo el cielo de Filipinas: el Capitán General se marcharía desconsolado si antes no se enteraba de sus ditirambos, y esto, Ben Zayb que tenía buen corazón, no lo podía permitir. Hizo pues el sacrificio de la cena y del baile y no se durmió aquella noche.

¡Sonoras exclamaciones de espanto, de indignación, fingir que el mundo se había venido abajo y las estrellas, las eternas estrellas, chocaban unas con otras! Después una introducción misteriosa, llena de alusiones, reticencias..., luego el relato del hecho y la peroración final. Multiplicó los giros, agotó los eufemismos para describir la caída de espaldas y el tardío bautismo de salsa que recibió S. E. sobre la olímpica frente; elogió la agilidad con que recobró la posición vertical, poniendo la cabeza donde antes estaban las piernas y viceversa; entonó un himno á la Providencia por haber velado solícita por tan sagrados huesos y el párrafo resultó tan delicado, que S. E. aparecía como un héroe y caía más alto, como dijo Víctor Hugo. Estuvo escribiendo, borrando, añadiendo y limando para que, sin faltar á la verdad —este era su especial mérito de periodista— resultase todo épico, grande para los siete dioses, cobarde y bajo para el desconocido ladrón, «que se había ajusticiado á sí mismo, espantado y convencido en el mismo instante de la enormidad de su crimen». Interpretó el acto del P. Irene de meterse debajo de la mesa, por «arranque de valor innato, que el hábito de un Dios de paz y mansedumbre, llevado toda la vida, no había podido amorti-

guar»; el P. Irene quería lanzarse sobre el criminal y tomando la línea recta pasó por el submesáneo. De paso habló de túneles submarinos, mencionó un proyecto de don Custodio, recordó la ilustración y los largos viajes del sacerdote. El desmayo del P. Salví era el dolor excesivo que se apoderó del virtuoso franciscano, viendo el poco fruto que sacaban los indios de sus piadosos sermones; la inmovilidad y el espanto de los otros comensales, entre ellos el de la condesa que «sostuvo» (se agarró) al P. Salví, eran serenidad y sangre fría de héroes, avezados al peligro en medio del cumplimiento de sus deberes, al lado quienes los senadores romanos, sorprendidos por los galos invasores, eran nerviosas muchachuelas que se asustan ante cucarachas pintadas. Después y para formar contraste, la pintura del ladrón: miedo, locura, azoramiento, torva mirada, facciones desencajadas y ¡fuerza de la superioridad moral de la raza! su respeto religioso al ver allí congregados á tan augustos personajes! Y venía entonces de perilla una larga imprecación, una arenga, una declamación contra la perversión de las buenas costumbres, de ahí la necesidad de erigir un tribunal militar permanente, «la declaración del estado de sitio dentro del estado de sitio ya declarado, una legislación especial, represiva, enérgica, porque es de todo punto necesario, es de imperiosa urgencia hacer ver á los malvados y criminales que si el corazón es generoso y paternal para los sumisos y obedientes á la ley, la mano es fuerte, firme, inexorable, severa y dura para los que contra toda razón faltan á ella é insultan las sagradas instituciones de la patria! Sí, señores, esto lo exige no sólo el bien de estas islas, no sólo el bien de la humanidad entera, sino también el nombre de España, la honra del nombre español, el prestigio del pueblo ibero, porque ante todas las cosas españoles somos y la bandera de España», etc., etc., etc.

Y terminaba el artículo con esta despedida:

«Vaya tranquilo el bravo guerrero, que con mano experta rigió los destinos de este país en épocas tan calamitosas! Vaya tranquilo á respirar las balsámicas brisas del Manzanares! Nosotros aquí nos quedaremos como fieles centinelas para venerar su memoria, admirar sus sabias disposiciones, y vengar el infame atentado contra su espléndido regalo, que hemos de encontrar aun cuando tengamos que secar los mares! Tan

«preciosa reliquia será para este país eterno monumento de su esplendor, sangre fría y bravura!»

Así terminaba algo confuso el artículo y antes que amaneciese, lo envió á la redacción ya con la previa autorización del censor. Y se durmió como Napoleón después de haber dispuesto el plan de la batalla de Jena.

Le despertaron al amanecer con las cuartillas devueltas y una nota del director, diciendo que S. E. había prohibido severa y terminantemente se hablase del asunto y encargado se desmintiese cuantos comentarios y versiones corrieran, dándolos todos por cuentos, exageraciones y consejas.

Para Ben Zayb aquello era matarle á un hijo tan guapo y tan valiente, nacido y criado con tanto dolor y fatiga y ¿dónde encajar ahora la soberbiá catilinaria, la exhibición espléndida de aprestos bélico-justicieros? Y pensar que dentro de un mes ó dos iba él á dejar Filipinas, y el artículo no tendría salida en España, porque ¿cómo decir aquello contra los criminales de Madrid si allí imperan otras ideas, se buscan circunstancias atenuantes, se pesan los hechos, hay jurados, etc., etc.? Artículos como los suyos eran, como ciertos aguardientes envenenados que se fabrican en Europa, buenos para vendidos entre los negros, *good for negroes*, con la diferencia de que si los negros no los beben no se destruyen, mientras que los artículos de Ben Zayb, léanlos ó no los filipinos, producian sus efectos.

— ¡Si al menos se cometiese otro crimen mañana ó pasado! decía.

Y ante el pensamiento de aquel hijo muerto antes de impreso, capullos helados, y sintiendo que sus ojos se humedecían, se vistió para ver al director. El director se encogió de hombros: S. E. lo había prohibido, porque si se llegaba á divulgar que siete dioses mayores se dejaron robar y sorprender por un cualquiera mientras blandían tenedores y cuchillos, peligraba la integridad de la Patria! Y así encargaba no se buscase ni la lámpara ni al ladrón y recomendaba á sus sucesores no se arriesgasen á comer en ninguna casa particular, sin estar rodeados de alabarderos y guardías. Y como los que aquella noche supieron algo de los acontecimientos en casa de don Timoteo eran en su mayor parte empleados y militares, no era difícil desmentir el hecho en público: se trataba de la integridad de



la patria. Ante este nombre, Ben Zayb bajó la cabeza lleno de heroísmo, pensando en Abraham, Guzmán el Bueno ó, cuando menos, en Brutus y otros antiguos héroes de la historia.

Tanto sacrificio no podía quedar sin recompensa. El dios de los periodistas estaba satisfecho de Abraham-Ben Zayb.

Casi al mismo tiempo vino el ángel gacetillero trayendo el cordero bajo la forma de un asalto, cometido en una quinta á orillas del Pasig, en donde ciertos frailes pasaban la época del calor! ¡Aquella era la ocasión, y Abraham-Ben Zayb alabó á su dios!

— Los bandidos sacaron más de dos mil pesos, dejaron mal herido á un religioso y á dos criados... El cura se defendió como pudo detrás de una silla, que quedó rota en sus manos...

— ¡Espere, espere! decía Ben Zayb tomando notas; cuarenta ó cincuenta tulisanes traídoramente... revólvers, bolos, escopetas, pistolas... león esgrimiendo, silla... astillas... herido bárbaramente... diez mil pesos...

Y entusiasmado y no contento con los detalles, se trasladó él mismo al sitio de la ocurrencia, componiendo en el camino la descripción homérica del combate. ¿Una arenguita en boca del jefe? ¿Una frase de desprecio en boca del religioso? Todas las metáforas y comparaciones, aplicadas á S. E., al P. Irene y al P. Salví, vendrían de molde para el religioso herido, y la descripción del ladrón para cada uno de los malhechores. En la imprecación podía extenderse más, podía hablar de religión, de la fe, de la caridad, del toque de las campanas, de lo que los indios deben á los frailes, enternecerse y diluirse en frases y lirismos castelanos. Las señoritas de la capital le leerían y dirían:

— Ben Zayb, bravo como un león y tierno como un cordero!

Cuando llegó al sitio de la ocurrencia, con gran sorpresa suya encontró que el herido no era otro que el P. Camorra, castigado por su provincial á espiar en la quinta de placer, á orillas del Pasig, sus travesuras de Tianì. Tenía una pequeña herida en la mano, una contusión en la cabeza al caerse de espaldas; los ladrones eran tres é iban armados de bolos; la cantidad robada, cincuenta pesos.

— ¡No puede ser! decía Ben Zayb; cállese usted... no sabe lo que se dice!

— ¡Que no lo he de saber, puñales!

— No sea usted tonto!... los ladrones debían ser más...

— Hombre! el chupa-tintas éste...

Tuvieron un buen altercado. Lo principal para Ben Zayb era no soltar el artículo, dar proporciones al hecho para que resulte la peroración.

Cortó la discusión un susurro. Los ladrones cogidos habían hecho declaraciones importantes. Uno de los tulisanes de *Matanglawin* (Cabesang Tales) les había dado cita para reunirse con su banda en Santa Mesa, para saquear los conventos y las casas de los ricos... Les guiaría un español, alto, moreno, de cabellos blancos, que decía obraba por orden del General, de quien era muy amigo; se les había asegurado además que la artillería y varios regimientos se les reunirían, por lo que no debían tener miedo ninguno. Los tulisanes serían indultados, y la tercera parte del botín les correspondería. La señal debiendo ser un cañonazo, y habiéndolo esperado en vano, los tulisanes creyéndose burlados, unos se retiraron, otros volvieron á sus montañas prometiendo vengarse del español, que por segunda vez había faltado á su palabra. Ellos entonces, los ladrones cogidos, quisieron hacer algo por su cuenta y atacaron la quinta que hallaron más á mano, prometiendo dar religiosamente las dos terceras partes del botín al español de cabellos blancos, si acaso las reclamaba.

Coincidiendo las señas con las de Simoun, la declaración fué recibida como un absurdo y al ladrón le aplicaron toda serie de torturas, la máquina eléctrica inclusive, por aquella impía blasfemia. Mas, la noticia de la desaparición del joyero habiendo llamado la atención de toda la Escolta, y habiéndose encontrado sacos de pólvora y grande cantidad de cartuchos en su casa, la declaración tuvo visos de verdad y empezó el misterio á rodear poco á poco el asunto, envolviéndose en nebulosidades, se habló cuchicheando, tosiendo, con miradas recelosas, puntos suspensivos y muchas frases huecas de ocasión. Los que fueron iniciados no acababan de salir de su asombro, sacaban caras largas, palidecían y poco faltó para que muchos perdieran la razón al descubrirse ciertas cosas que habían pasado desapercibidas.

— De buena nos hemos librado! ¿Quién iba á decir...

A la tarde, Ben Zayb, con los bolsillos llenos de revólvers y

cartuchos, fué á visitar á don Custodio, que encontró trabajando de firme en un proyecto contra alhajeros americanos. Murmuró al oído del periodista, en voz quedísima y entre las dos palmas de la mano, palabras misteriosas.

— ¿De veras? preguntó Ben Zayb llevándose las manos á los bolsillos, mientras palidecía visiblemente.

— Y donde le encuentren...

Terminó la frase con una mímica expresiva. Levantó ambos brazos á la altura de la cara, el derecho más encogido que el izquierdo, vueltas las palmas de la mano hacia el suelo cerró un ojo y haciendo dos movimientos de avance,

— ¡Psst, psst! silbó.

— ¿Y los brillantes? preguntó Ben Zayb.

— Si se le encuentran...

E hizo otra mímica con los dedos de la mano derecha, haciéndolos girar de delante atrás y de fuera adentro, en movimiento de abanico que se cierra, de algo que se recoge, de aspas que giran barriendo imaginarios objetos para sí, con hábil escamoteo. Ben Zayb respondió por otra mímica, abriendo mucho los ojos, arqueando las cejas y sorbiendo ávidamente el aire, como si el aire alimenticio ya se hubiese descubierto.

— Jhs!!!

## XXXVII

### EL MISTERIO

Todo se sabe.

No obstante, á pesar de tantas precauciones, los rumores llegaron hasta el público, si bien bastante alterados y mutilados. Eran el tema de los comentarios de la noche siguiente en casa de la rica familia de Orenda, comerciante en alhajas en el industrioso arrabal de Santa Cruz. Los numerosos amigos de la casa sólo se ocupaban de ello. No se jugaba al *tres-siete*, ni se tocaba el piano, y la pequeña Tinay, la menor de todas las señoritas, se aburría sola jugando á la *chongka*, sin poderse explicar el interés que despiertan los asaltos, las conspiraciones, los sacos de pólvora, habiendo tantos hermosos *sigayes* en las siete

casetas que parece le guiñan á una y le sonríen con sus boquitas entreabiertas para que los suba en la casa madre ó *indá*: Isagani que, cuando venía, jugaba con ella y se dejaba engañar lindamente, no acudía á sus llamamientos, Isagani escuchaba sombrío y silencioso lo que el platero Chichoy contaba. Momoy, el novio de la Sensia, la mayor de las de Orenda, hermosa y viva joven aunque algo burlona, había dejado la ventana donde solía pasar las noches en coloquio amoroso. Esto contrariaba mucho al loro cuya jaula pendía del alero, loro favorito de la casa por tener la habilidad de saludar por las mañanas á todo el mundo con maravillosas frases de amor. Capitana Loleng, la activa é inteligente capitana Loleng, tenía su libro de cuentas abierto pero sin leerlo ni escribir nada en él; no fijaba la atención en los platos, llenos de perlas sueltas, ni en los brillantes; aquella vez se olvidaba y era toda oídos. Su mismo marido, el gran Capitán Toringoy, transformación del nombre Domingo, el más feliz del arrabal, sin más ocupaciones que la de vestirse bien, comer, pasearse y charlar mientras toda su familia trabaja y se afana, no se iba á la tertulia, escuchando entre medroso y emocionado las horripilantes noticias del delgaducho Chichoy.

Y no había para menos. Chichoy había ido á entregar unos trabajos para don Timoteo Peláez, un par de pendientes para la recién casada, á la sazón en que demolían el kiosko que en la noche anterior había servido de comedor á las primeras autoridades. Aquí Chichoy se ponía pálido y sus cabellos se erizaban.

— Nakúl decía; sacos de pólvora, sacos de pólvora debajo del suelo, en el techo, debajo de la mesa, dentro de los asientos, en todas partes! Fortuna que ninguno de los trabajadores fumaba!

— Y ¿quién ha puesto esos sacos de pólvora? preguntaba Capitana Loleng, que era valiente y no palidecía como el enamorado Momoy.

Momoy había asistido á la boda y se comprende su póstuma emoción. Momoy había estado cerca del kiosko.

— Es lo que nadie podía explicarse, contestó Chichoy; ¿quién tenía interés en turbar la fiesta? No podía haber más que uno, decía el célebre abogado señor Pasta que estaba de visita, ó un enemigo de don Timoteo ó un rival de Juanito...

Las señoritas de Orenda se volvieron instintivamente hacia Isagani: Isagani se sonrió en silencio.

— Escóndase usted! le dijo Capitana Loleng; pueden calumniarle... escóndase usted!

Isagani volvió á sonreirse y no contestó nada.

— Don Timoteo, prosiguió Chichoy, no sabía á quien atribuir el hecho; él mismo había dirigido los trabajos, él y su amigo Simoun, y nadie más. La casa se alborotó, vino el teniente de la Veterana, y después de encargar á todos el secreto, me despidieron. Pero...

— Pero... pero... balbuceaba Momoy temblando.

— Nakúl! dijo la Sensia mirando á su novio y temblando también al recuerdo de que había estado en la fiesta; este señorito... si llegaba á estallar...

Y miraba á su novio con ojos iracundos y admiraba su valor.

— Si llegaba á estallar...

— No quedaba nadie vivo en toda la calle de Anloague! añadió Capitán Toringoy afectando valor é indiferencia á los ojos de su familia.

— Yo me retiraba consternado, prosiguió Chichoy, pensando en que si solamente una chispa, un cigarrillo, se hubiese caído ó se hubiese derramado una lámpara, á la hora presente no tendríamos ni General, ni Arzobispo, ni nada, ni empleados siquiera! Todos los que estaban anoche en la fiesta, pulverizados!

— ¡Virgen Santísima! Este señorito...

— ¡Susmariosepl exclamó Capitana Loleng; todos nuestros deudores estaban allí; susmariosepl Y allí cerca tenemos una finca! ¿Quién podrá ser...

— Ahora lo sabrán ustedes, añadió Chichoy en voz baja, pero es menester que guarden el secreto. Esta tarde me encontré con un amigo, escribiente en una oficina, y hablando del asunto, me ha dado la clave: lo ha sabido por unos empleados... ¿Quién creen ustedes que ha puesto los sacos de pólvora?

Muchos se encogieron de hombros; sólo Capitán Toringoy miró de soslayo á Isagani.

— ¿Los frailes?

— ¿El chino Quiroga?

— ¿Algún estudiante?

— ¿Makaraig?

Capitán Toringoy tosía y miraba á Isagani.

Chichoy sacudió la cabeza sonriendo.

— El joyero Simoun!

— Simoun!!!

Un silencio, producido por el asombro, sucedió á estas palabras. Simoun, el espíritu negro del Capitán General, el riquísimo comerciante en cuya casa iban para comprar piedras sueltas, Simoun que recibía á las señoritas de Orenda con mucha finura y les decía finos cumplidos! Por lo mismo que la versión parecía absurda, fué creída. *Credo quia absurdum*, decía S. Agustín.

— Pero Simoun, ¿no estaba anoche en la fiesta? preguntó Sensia.

— Sí, dijo Momoy, pero ahora me acuerdo! Dejó la casa en el momento en que íbamos á cenar. Se marchó para sacar su regalo de bodas.

— ¿Pero no era amigo del General? ¿no era socio de don Timoteo?

— Sí, se hizo socio para dar el golpe y matar á todos los españoles.

— ¡Ya! dijo Sensia; ahora lo veo!

— ¿Cuál?

— Ustedes no querían creer á tía Tentay. Simoun es el diablo que tiene compradas las almas de todos los españoles... tía Tentay lo decía!

Capitana Loleng se santiguó, miró inquieta hacia las piedras temiendo verlas convertidas en brasas; capitán Toringoy se quitó el anillo que había venido de Simoun.

— Simoun ha desaparecido sin dejar huellas, añadió Chichoy; la Guardia Civil le busca.

— Sí! dijo Sensia; que busquen al demonio!

Y se santiguó. Ahora se explicaban muchas cosas, la riqueza fabulosa de Simoun, el olor particular de su casa, olor á azufre. Bindow, otra de las señoritas de Orenda, cándida y adorable muchacha, se acordaba de haber visto llamas azules en la casa del joyero una tarde en que, en compañía de la madre, habían ido á comprar piedras.

Isagani escuchaba atento, sin decir una palabra.

— ¡Por eso, anoche...! balbuceó Momoy.

— ¿Anoche? repitió Sensia entre curiosa y celosa.

Momoy no se decidía, pero la cara que le puso Sensia le quitó el miedo.

— Anoche, mientras cenábamos, hubo un alboroto; la luz se apagó en el comedor del General. Dicen que un desconocido robó la lámpara que había regalado Simoun.

— ¿Un ladrón? ¿Uno de la Mano Negra?

Isagani se levantó y se puso á pasear.

— ¿Y no le cogieron?

— Saltó al río; nadie ha podido verle. Unos dicen que era español; otros que chino; otros, indio...

— Se cree que con esa lámpara, repuso Chichoy, se iba á encender toda la casa, la pólvora...

Momoy volvió á estremecerse, pero habiendo visto que Sensia se había apercebido de su miedo, quiso arreglarlo.

— ¡Qué lástima! exclamó haciendo un esfuerzo; ¡qué mal ha hecho el ladrón! Hubieran muerto todos...

Sensia le miró espantada; las mujeres se persignaron: Capitán Toringoy, que tenía miedo á la política, hizo ademán de alejarse. Momoy acudió á Isagani.

— Siempre es malo apoderarse de lo que no es suyo, contestó Isagani con enigmática sonrisa; si ese ladrón hubiese sabido de qué se trataba y hubiese podido reflexionar, de seguro que no lo habría hecho!

Y añadió después de una pausa:

— Por nada del mundo quisiera estar en su lugar!

Y así siguieron comentando y haciendo conjeturas.

Una hora después, Isagani se despedía de la familia para retirarse para siempre al lado de su tío.

### XXXVIII

#### FATALIDAD

*Matanglawin* era el terror de Luzón. Su banda tan pronto aparecía en una provincia donde menos se la esperaba, como hacía irrupción en otra que se preparaba á resistirle. Quemaba un trapiche en Batangas, devastaba los sembrados; al día siguiente asesina al juez de Paz de Tiani, al otro sorprenderá un pueblo en Cavite y se apoderará de las armas del tribunal.

Las provincias del centro, desde Tayabas hasta Pangasinan, sufrían de sus depredaciones y su nombre sangriento llegaba hasta Albay, en el sur, y en el norte, hasta Kagayan. Desarmados los pueblos por la desconfianza de un gobierno débil, caían en sus manos como fáciles presas; á su aproximación, los agricultores abandonaban sus campos, los ganados se diezmaban y un rastro de sangre y fuego marcaba su paso. Matanglawin se burlaba de todas las medidas severas que se dictaban contra los tulisanes: de ellas sólo sufrían los habitantes de los barrios, que cautivaba ó maltrataba si se le resistían, ó si pactaban con él eran azotados ó desterrados por el gobierno, si es que al destierro llegaban y no sufrían en el camino un mortal accidente. Gracias á esta terrible alternativa, muchos campesinos se decidían á alistarse bajo su mando.

Merced á este régimen de terror, el comercio de los pueblos agonizante ya, moría por completo. El rico no se atrevía á viajar, y el pobre temía ser preso por la Guardia Civil, quien, obligada á perseguir á los tulisanes, cogía muchas veces al primero que encontraba y le sometía á torturas indecibles. En su impotencia, el gobierno hacía alardes de vigor en las personas que le parecían sospechosas, para que, á fuerza de crueldad, los pueblos no conociesen su flaco, el miedo que dictaba tales medidas.

Un cordón de estos infelices sospechosos, seis ó siete, atados codo con codo y maniatados como racimo de carne humana, marchaba una siesta por un camino que costaba un monte, conducido por diez ó doce guardias, armados de fusiles. Hacía un calor extraordinario. Las bayonetas brillaban al sol, el cañón de los fusiles se calentaba, y las hojas de salvia, puestas en los capacetes, apenas bastaban para amortiguar los efectos del mortífero sol de Mayo.

Privados del uso de sus brazos y pegados unos á otros para economizar cuerda, los presos marchaban casi todos descubiertos y descalzos: el que mejor, tenía un pañuelo atado en torno de la cabeza. Jadeantes, miserables, cubiertos de polvo que en lodo convertía el sudor, sentían derretirse sus cerebros, flotar luces en el espacio, manchas rojas en el aire. La extenuación y el desaliento estaban pintados en el semblante, la desesperación, la ira, algo indefinible, mirada de moribundo que maldice, de



hombre que reniega de la vida, de sí mismo, que blasfema contra Dios... Los más resistentes bajaban la cabeza, frotaban la cara contra las sucias espaldas del que va delante para enjugarse el sudor que les cegaba; muchos cojeaban. Si alguno, al caerse, entorpecía la marcha, oíase un insulto y un soldado venía blandiendo una rama, arrancada de un árbol, y le obligaba á levantarse, pegando á diestro y á siniestro. El cordón corría entonces, arrastrando al caído que se revolcaba en el polvo y aullaba pidiendo la muerte: por casualidad conseguía levantarse, ponerse de pie, y entonces seguía su camino llorando como un niño y maldiciendo la hora en que le concibieron.

El racimo humano se detenía á veces mientras sus conductores bebían, y después proseguía su camino con la boca seca, el cerebro oscuro y el corazón lleno de maldiciones. La sed era lo de menos para aquellos desgraciados.

— ¡Adelante, hijos de p — ! gritaba el soldado, vigorizado de nuevo, lanzando el insulto común en la clase baja de los filipinos.

Y silbaba la rama y caía sobre una espalda cualquiera, la más próxima, á veces sobre un rostro, dejando una marca primero blanca, roja después, y más tarde sucia gracias al polvo del camino.

— ¡Adelante, cobardes! gritaba á veces en español ahuecando mucho la voz.

— ¡Cobardes! repetían los ecos del monte.

Y los cobardes apresuraban su marcha bajo el cielo de hierro caldeado, por un camino que quema, hostigados por la nudosa rama que se desmenuza sobre la acardenalada piel. El frío de la Siberia sería quizás más clemente que el sol de Mayo en Filipinas!

Sin embargo, entre los soldados había uno que miraba con malos ojos tantas crueldades inútiles: marchaba silencioso, las cejas fruncidas como disgustado. Al fin, viendo que el guardia, no satisfecho con la rama, daba de puntapiés á los presos que se caían, no se pudo contener y le gritó impaciente:

— Oye, Mautang, déjalos andar en paz!

Mautang se volvió sorprendido.

— Y á tí ¿qué te importa, Carolino? preguntó.

— Á mí nada, pero me dan pena! contestó el Carolino; son hombres como nosotros!

— Como se vé que eres nuevo en el oficio! repuso Mautang riendo compasivo; ¿cómo tratábais, pues, á los presos en la guerra?

— Con más consideración, seguramente! respondió el Carolino.

Mautang se quedó un momento silencioso, y después como encontrando su réplica, repuso tranquilamente:

— ¡Ah! es que aquéllos son enemigos y embisten, mientras que éstos... éstos son paisanos nuestros!

Y acercándose dijo al oído del Carolino:

— ¡Qué simple eres! Se les trata así para que ensayen de rebelarse ó escaparse, y entonces... pung!

El Carolino no contestó.

Uno de los presos suplicó que le dejaran descansar porque tenía que hacer una necesidad.

— ¡El lugar es peligroso! contestó el cabo, mirando inquieto al monte; *súlung!*

— *Súlung!* repitió Mautang.

Y silbó la vara. El preso se retorció y le miró con ojos de reproche:

— Eres más cruel que el mismo español! dijo el preso.

Mautang le replicó con otros golpes. Casi al mismo tiempo silbó una bala, seguida de una detonación: Mautang soltó el fusil, lanzó un juramento y llevándose ambas manos al pecho cayó girando sobre sí mismo. El preso le vió revolcándose en el polvo y arrojando sangre por la boca.

— Alto! gritó el cabo poniéndose súbitamente pálido.

Los soldados se pararon y miraron en torno. Una ligera ráfaga de humo salía de unos matorrales en la altura. Silbó otra bala, oyóse otra detonación y el cabo herido en el muslo se dobló lanzando blasfemias. La columna estaba atacada por hombres que se escondían entre las peñas de la altura.

El cabo, sombrío de ira, señaló hacia el racimo de presos y dijo:

— Fuego!

Los presos cayeron de rodillas, llenos de consternación. Como no podían levantar las manos, pedían gracia besando el polvo ó adelantando la cabeza: quién hablaba de sus hijos, quién de su madre que se quedaba sin amparo; el uno prometía dinero,

el otro invocaba á Dios, pero ya los cañones se habían bajado y una horrorosa descarga los hizo enmudecer.

Entonces empezaron los tiroteos contra los que estaban en la altura, que se coronó poco á poco de humo. A juzgar por éste y por la lentitud de los tiros, los enemigos invisibles no debían contar más que con tres fusiles. Los guardias en tanto avanzaban y disparaban, se escondían detrás de los troncos de los árboles, se acostaban y procuraban ganar la altura. Saltaban pedazos de rocas, se desgajaban ramas de árboles, se levantaban pedazos de tierra. El primer guardia que intentó trepar, cayó rodando herido por una bala en el hombro.

El enemigo invisible tenía la ventaja de la posición; los valientes guardias que no sabían huir, estaban á punto de cejar, pues se detenían y no querían avanzar. Aquella lucha contra lo invisible les aterraba. No veían más que humo y rocas: ninguna voz humana, ninguna sombra: diríase que luchaban contra la montaña.

— ¡Vamos, Carolino! Dónde está esa puntería, p — ¡gritó el cabo.

En aquel momento un hombre apareció sobre una roca haciendo gestos con el fusil.

— ¡Fuego á ése! gritó el cabo lanzando una sucia blasfemia.

Tres guardias obedecieron, pero el hombre siguió de pie; hablaba á gritos, pero no se le entendía.

El Carolino se detuvo, creyendo reconocer á alguien en aquella silueta que bañaba la luz del sol. Pero el cabo le amenazaba con ensartarle si no disparaba. El Carolino apuntó y se oyó una detonación. El hombre de la roca giró sobre sí mismo y desapareció lanzando un grito que dejó aturdido al Carolino.

Un movimiento se produjo en la espesura como si los que la ocupaban se dispersasen en todas direcciones. Los soldados entonces empezaron á avanzar, libres de toda resistencia. Otro hombre apareció sobre una peña blandiendo una lanza; los soldados dispararon, y el hombre se dobló poco á poco, se agarró á una rama; otro disparo, y cayó de bruces sobre la roca.

Los guardias treparon ágilmente, calando la bayoneta, dispuestos á un combate cuerpo á cuerpo; el Carolino era el único que marchaba perezoso, con la mirada extraviada, sombría, pensando en el grito del hombre al caer derribado por su bala.

El primero que llegó á la altura se encontró con un viejo moribundo, tendido sobre la roca; metiéndole la bayoneta en el cuerpo, pero el viejo no pestañeó: tenía la mirada fija en el Carolino, una mirada indefinible y con la huesuda mano le señalaba algo detrás de las rocas.

Los soldados se volvieron y vieron al Carolino espantosamente pálido, la boca abierta y con la mirada en que flotaba el último destello de la razón. El Carolino, que no era otro que Tanò, el hijo de Cablesang Tales, que volvía de Carolinas, reconocía en el moribundo á su abuelo, á Tandang Selo, que, como no le podía hablar, le decía por los agonizantes ojos todo un poema de dolor. Y cadáver ya, seguía aún señalando algo detrás de las rocas...

### XXXIX

En su solitario retiro, á orillas del mar, cuya movible superficie se descubría al través de las abiertas ventanas extendiéndose á lo lejos hasta confundirse en el horizonte, el P. Florentino distraía su soledad tocando en su armonium aires graves y melancólicos, á que servían de acompañamiento el sonoro clamoreo de las olas y el murmullo de las ramas del vecino bosque. Notas largas, llenas, plañideras como las de una plegaria sin dejar de ser varoniles, se escapaban del viejo instrumento; el P. Florentino, que era un acabado músico, improvisaba y como se encontraba solo, daba rienda suelta á las tristezas de su corazón.

En efecto, el anciano estaba muy triste. Su buen amigo, don Tiburcio de Espadaña, acababa de dejarle huyendo de la persecución de su mujer. Aquella mañana había recibido una cartita de un teniente de la Guardia Civil que decía:

«Mi querido Capellán: Acabo de recibir del comandante un telegrama que dice: *español escondido casa Padre Florentino cojera remitira vivo muerto*. Como el telegrama es bastante expresivo, prevéngale al amigo para que no esté allí cuando le vaya á prender á las ocho de la noche.

Suyo afmo.

PÉREZ.

Queme la carta. »

— E... e... esta Victorina, esta Victorina! había tartamudeado don Tiburcio; e... e... es capaz de hacerme afusilar.

El P. Florentino no le pudo detener: en vano le hizo observar que la palabra *cojera* querrá decir *cogerá*; que el español escondido no debe ser don Tiburcio sino el joyero Simoun, que hace dos días había llegado, herido y como fugitivo, pidiendo hospitalidad. Don Tiburcio no se dejó convencer; *cojera* era su propia cojera, sus señas personales; eran intrigas de Victorina que le quería tener á toda costa vivo ó muerto, como desde Manila había escrito Isagani. Y el pobre Ulises dejó la casa del sacerdote para esconderse en la cabaña de un leñador.

Ninguna duda abrigaba el P. Florentino de que el español buscado era el joyero Simoun. Había llegado misteriosamente, cargando él mismo con su maleta, sangrando, sombrío y muy abatido. Con la libre y afectuosa hospitalidad filipina, acogióle el clérigo sin permitirse indiscreciones, y como los acontecimientos de Manila no habían llegado aún á sus oídos, no se explicaba claramente aquella situación. La única conjetura que se le ocurría era que, habiéndose ya marchado el General, el amigo y protector del joyero, probablemente los enemigos de éste, los atropellados, los lastimados, se levantaban ahora clamando venganza, y el General interino le perseguiría para hacerle soltar las riquezas que había acumulado. De ahí la huída! Pero y sus heridas ¿de dónde provenían? ¿Había intentado suicidarse? ¿eran efecto de venganzas personales? ¿eran sencillamente causadas por una imprudencia, como pretendía Simoun? ¿Las había recibido huyendo de la fuerza que le perseguía?

Esta última conjetura era la que se le presentaba con más visos de probabilidad. Contribuían á robustecerla el telegrama hace poco recibido y la voluntad decidida que había manifestado Simoun desde un principio de no ser tratado por el médico de la cabecera. El joyero sólo aceptaba los cuidados de don Tiburcio y aun con marcada desconfianza. En este caso, se preguntaba el P. Florentino, ¿qué conducta debía él observar cuando la Guardia Civil le viniese á prender á Simoun? El estado del enfermo no permitía el movimiento y menos un largo viaje... Pero el telegrama decía vivo ó muerto...

El P. Florentino dejó de tocar y se acercó á la ventana para contemplar el mar. La desierta superficie, sin un barco, sin una

vela, nada le sugería. El islote que se distingue á lo lejos, solitario, sólo le hablaba de su soledad y hacía más solitario el espacio. El infinito es á veces desesperadamente mudo.

Trataba el anciano de analizar la sonrisa triste é irónica con que Simoun recibió la noticia de que iba á ser preso. ¿Qué significaba aquella sonrisa? ¿Y la otra sonrisa, más triste y más irónica todavía, cuando supo que sólo vendrían á las ocho de la noche? ¿Qué significaba aquel misterio? ¿Por qué se negaba Simoun á esconderse?

Se le venía á la memoria la célebre oración de San Juan Crisóstomo defendiendo al eunuco Eutropio: «¡Nunca fué como ahora oportuno decir: Vanidad de vanidades y todo vanidad!»

— Sí, aquel Simoun tan rico, tan poderoso, tan temido una semana antes, ahora, más desgraciado que Eutropio, buscaba asilo, y no en los altares de una iglesia, sino en la miserable casa de un pobre clérigo indio, perdida en el bosque, en la orilla solitaria del mar! Vanidad de vanidades y todo vanidad! Y aquel hombre, dentro de breves horas, va á ser preso, arrancado del lecho donde yace, sin respeto á su estado, sin consideración á sus heridas, *vivo ó muerto* le reclamaban sus enemigos! ¿Cómo salvarle? ¿Dónde encontrar los acentos conmovedores del obispo de Constantinopla? ¿Qué autoridad tenían sus pobres palabras, las palabras de un clérigo indio, cuya humillación aquel mismo Simoun en sus días de gloria parecía aplaudir y alentar?

El P. Florentino no se acordaba ya de la indiferente acogida que dos meses antes le había hecho el joyero, cuando quiso interesarle en favor de Isagani, preso por su exaltación imprudente; se olvidaba de la actividad que Simoun había desplegado para precipitar las bodas de Paulita, bodas que habían sumido á Isagani en una feroz misantropía, que ponía inquieto al tío: el P. Florentino lo olvidaba todo y sólo se acordaba del estado del enfermo, de sus deberes de huésped, y se devanaba los sesos. ¿Debía esconderlo para evitar la acción de la justicia? Pero si el mismo interesado no se apuraba: sonreía...

En esto pensaba el buen anciano cuando un criado vino á advertirle que el enfermo le deseaba hablar. Pasó á la estancia inmediata, un limpio y bien ventilado aposento, con el pavimento hecho de anchas tablas brillantes y pulidas, amueblado sencillamente con grandes y pesados sillones, de forma antigua,

sin barniz ni dibujos. Había en un extremo una gran cama de kamagón con sus cuatro columnas para sostener la corona del mosquitero y, al lado, una mesa cubierta de botellas, hilas y vendajes. Un reclinatorio á los pies de un Cristo y una pequeña biblioteca hacían sospechar que era el aposento del sacerdote, cedido á su huésped, según la costumbre filipina de ceder al forastero la mejor mesa, el mejor cuarto y la mejor cama de la casa. Al ver las ventanas abiertas en todo su largo para dejar entrada libre al aire sano del mar y los ecos de su eterno lamento, nadie en Filipinas diría que allí se encontraba un paciente, pues es costumbre de cerrar todas las ventanas y las más pequeñas rendijas tan pronto como alguno se acatarra ó coge un dolor de cabeza insignificante.

El P. Florentino miró hacia la cama y con gran espanto suyo vió que la fisonomía del enfermo había perdido su expresión tranquila é irónica. Un dolor oculto parecía fruncir sus cejas, en la mirada se leía la ansiedad y sus labios se contraían en una sonrisa de dolor.

— ¿Sufre usted, señor Simoun? preguntó solícito el sacerdote acercándose.

— Algo, pero dentro de poco, dejaré de sufrirl contestó agitando la cabeza.

El P. Florentino juntó las manos aterrado, creyendo comprender una terrible verdad.

— ¿Qué ha hecho usted, Dios mío? ¿Qué ha tomado usted? y tendió la mano hacia las botellas.

— Es inútil! no hay remedio ninguno! contestó con dolorosa sonrisa; ¿qué quería usted que hiciese? antes que den las ocho... Vivo ó muerto... muerto sí, pero vivo no!

— ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha hecho usted?

— Cállese usted! le interrumpió el enfermo con un gesto; lo hecho hecho está. No debo caer vivo en manos de nadie... pueden arrancarme el secreto. No se apure; no pierda la cabeza, es inútil... Escúchemel va á venir la noche y no hay tiempo que perder... necesito decirle mi secreto, necesito confiarle mi última voluntad... necesito que usted vea mi vida... En el momento supremo quiero aligerarme de un peso, quiero explicarme una duda... Usted que tanto cree en Dios... quiero que me diga si hay un Dios!

— Pero un\* antídoto, señor Simoun... tengo apomorfina... tengo éter, cloroformo...

Y el sacerdote trataba de buscar un frasco hasta que Simoun, impaciente, gritó:

— Es inútil... es inútil! No pierda usted tiempo! Me iré con mi secreto!

El clérigo, aturdido, se dejó caer sobre el reclinatorio, oró á los pies del Cristo, ocultando la cara en las manos y después se levantó serio y grave como si hubiese recibido de su Dios toda la energía, toda la dignidad, toda la autoridad del Juez de las conciencias. Acercó un sillón á la cabecera del enfermo, y se dispuso á escuchar.

A las primeras palabras que le murmuró Simoun, cuando le dijo su verdadero nombre, el anciano sacerdote se echó para atrás y le miró con terror. El enfermo se sonrió amargamente. Cogido de sorpresa, el hombre no fué dueño de sí mismo, pero pronto se dominó, y cubriéndose la cara con el pañuelo, volvió á inclinarse y á prestar atención.

Simoun contó su dolorosa historia, cómo, trece años antes, de vuelta de Europa, lleno de esperanzas y risueñas ilusiones, venía para casarse con una joven que amaba, dispuesto á hacer el bien y á perdonar á todos los que le han hecho mal, con tal que le dejasen vivir en paz. No fué así. Mano misteriosa le arrojó en el torbellino de un motín urdido por sus enemigos; nombre, fortuna, amor, porvenir, libertad, todo lo perdió y sólo se escapó de la muerte gracias al heroísmo de un amigo. Entonces juró vengarse. Con las riquezas de su familia, enterradas en un bosque, escapóse, se fué al extranjero y se dedicó al comercio. Tomó parte en la guerra de Cuba, ayudando ya á un partido ya á otro, pero ganando siempre. Allí conoció al General, entonces comandante, cuya voluntad se captó primero por medio de adelantos de dinero y haciéndose su amigo después gracias á crímenes cuyo secreto el joyero poseía. El, á fuerza de dinero le consiguió el destino, y una vez en Filipinas se sirvió de él como de ciego instrumento y le impulsó á cometer toda clase de injusticias valiéndose de su inextinguible sed del oro.

La confesión fué larga y pesada, pero durante ella el confesor no volvió á dar ningún signo de espanto y pocas veces interrumpió al enfermo. Era ya de noche cuando el P. Florentino, enju-



gándose el sudor del rostro, se irguió y se puso á meditar. Reinaba en la habitación oscuridad misteriosa, que los rayos de la luna, entrando por la ventana, llenaba de luces vagas y reflejos vaporosos.

En medio del silencio, la voz del sacerdote resonó triste, pausada, pero consoladora:

— Dios le perdonará á usted, señor... Simoun, dijo; sabe que somos falibles, ha visto lo que usted ha sufrido, y al permitir que usted halle el castigo de sus culpas recibiendo la muerte de mano de los mismos que ha instigado, podemos ver Su infinita misericordia! Él ha hecho abortar uno á uno sus planes, los mejor concebidos, primero con la muerte de María Clara, después por una imprevisión, y después misteriosamente... ¡acatemos Su voluntad y démosle gracias!

— Según usted, contestó débilmente el enfermo, su voluntad sería que estas islas...

— Continuasen en el estado en que gimen? concluyó el clérigo viendo que el otro se detenía. No lo sé, señor; no leo en el pensamiento del Inexcrutable! Sé que no ha abandonado á los pueblos que en los momentos supremos se confiaron á Él y Le hicieron Juez de su opresión; sé que Su brazo no ha faltado nunca cuando, pisoteada la justicia y agotado todo recurso, el oprimido coge la espada y lucha por su hogar, por su mujer, por sus hijos, por sus inalienables derechos que, como dice el poeta alemán, brillan inquebrantables é incólumes allá en la altura como las mismas eternas estrellas! No, Dios que es la justicia, no puede abandonar Su causa, la causa de la libertad sin la cual no hay justicia posible!

— ¿Por qué entonces me ha negado su apoyo? preguntó la voz del enfermo, llena de amarga queja.

— Porque usted ha escogido un medio que Él no podía aprobar! respondió el sacerdote con voz severa: la gloria de salvar á un país no la ha de tener el que ha contribuido á causar su ruina! Usted ha creído que lo que el crimen y la iniquidad han manchado y deformado, otro crimen y otra iniquidad podían purificar y redimir! Error! El odio no crea más que monstruos; el crimen, criminales; sólo el amor lleva á cabo obras maravillosas, sólo la virtud puede salvar! No; si nuestro país ha de ser alguna vez libre, no lo será por el vicio y el crimen, no lo será

corrompiendo á sus hijos, engañando á unos, comprando á otros, no; redención supone virtud, virtud, sacrificio y sacrificio, amor!

— Bien! acepto su explicación, contestó el enfermo después de una pausa; me he equivocado; pero, porque me he equivocado, ¿ese Dios ha de negar la libertad á un pueblo y ha de salvar á otros mucho más criminales que yo? ¿qué es mi error al lado del crimen de los gobernantes? ¿Por qué ese Dios ha de tener más en cuenta mi iniquidad que los clamores de tantos inocentes? ¿Por qué no me ha herido y después hecho triunfar al pueblo? ¿Por qué dejar sufrir á tantos dignos y justos y complacerse inmóvil en sus torturas?

— Los justos y los dignos deben sufrir para que sus ideas se conozcan y se extiendan! Hay que sacudir ó romper los vasos para derramar su perfume, hay que herir la piedra para que salte la luz! Hay algo providencial en las persecuciones de los tiranos, señor Simoun!

— Lo sabía, murmuró el enfermo, y por eso excitaba la tiranía...

— Sí, amigo mío, pero se derramaban más líquidos corrompidos que otra cosa! Usted fomentaba la podredumbre social sin sembrar una idea. De esa fermentación de vicios sólo podía surgir el hastío, y si naciese algo de la noche á la mañana, sería á lo más un hongo, porque espontáneamente sólo hongos pueden nacer de la basura. Ciertamente que los vicios de un gobierno le son fatales, le causan la muerte, pero matan también á la sociedad en cuyo seno se desarrollan. A gobierno inmoral corresponde un pueblo desmoralizado; á administración sin conciencia, ciudadanos rapaces y serviles en poblado, bandidos y ladrones en las montañas! Tal amo, tal esclavo. Tal gobierno, tal país.

Reinó una corta pausa.

— Entonces ¿qué hacer? preguntó la voz del enfermo.

— ¡Sufrir y trabajar!

— ¡Sufrir... trabajar...! repitió el enfermo con amargura; ¡ah! fácil es decirlo cuando no se sufre... cuando el trabajo se premia!... Si vuestro Dios exige al hombre tanto sacrificio, al hombre que apenas puede contar con el presente y duda del mañana; si hubiese usted visto lo que yo, miserables, desgraciados sufriendo indecibles torturas por crímenes que no han cometido,

asesinatos para tapar ajenas faltas ó incapacidades, pobres padres de familia, arrancados de su hogar para trabajar inútilmente en carreteras que se descomponen cada mañana y que parece sólo se entretienen para hundir á las familias en la miseria... ¡ah! sufrir... trabajar... es la voluntad de Dios! Convenza usted á esos de que su asesinato es su salvación, de que su trabajo es la prosperidad de su hogar! Sufrir... trabajar... ¿Qué Dios es ése?

— Un Dios justísimo, señor Simoun, contestó el sacerdote; un Dios que castiga nuestra falta de fe, nuestros vicios, el poco aprecio que hacemos de la dignidad, de las virtudes cívicas... Toleramos y nos hacemos cómplices del vicio, á veces lo aplaudimos; justo es, justísimo que suframos sus consecuencias y las sufran también nuestros hijos. Es el Dios de libertad, señor Simoun, que nos obliga á amarla haciendo que nos sea pesado el yugo; un Dios de misericordia, de equidad, que al par que nos castiga nos mejora, y sólo concede el bienestar al que se lo ha merecido por sus esfuerzos: la escuela del sufrimiento templó, la arena del combate vigoriza las almas. Yo no quiero decir que nuestra libertad se conquistó á filo de espada; la espada entra por muy poco ya en los destinos modernos, pero, sí, la hemos de conquistar mereciéndola, elevando la razón y la dignidad del individuo, amando lo justo, lo bueno, lo grande hasta morir por él, y cuando un pueblo llega á esa altura, Dios suministra el arma, y caen los ídolos, caen los tiranos como castillo de naipes, y brilla la libertad con la primera aurora! Nuestro mal lo debemos á nosotros mismos, no echemos la culpa á nadie. Si España nos viese menos complacientes con la tiranía, y más dispuestos á luchar y sufrir por nuestros derechos, España sería la primera en darnos la libertad, porque cuando el fruto de la concepción llega á su madurez ¡desgraciada la madre que lo quiera ahogar! En tanto, mientras el pueblo filipino no tenga suficiente energía para proclamar, alta la frente y desnudo el pecho, su derecho á la vida social y garantizarlo con su sacrificio, con su sangre misma; mientras veamos á nuestros paisanos, en la vida privada sentir vergüenzas dentro de sí, oír rugiendo la voz de la conciencia que se rebela y protesta, y en la vida pública callarse, hacer coro al que abusa para burlarse del abusado; mientras los veamos encerrarse en su egoísmo y alabar

con forzada sonrisa los actos más inicuos, mendigando con los ojos una parte del botín, ¿á qué darles libertad? Con España y sin España serían siempre los mismos, y acaso, acaso peores! ¿A qué la independencía si los esclavos de hoy serán los tiranos de mañana? Y lo serán sin duda porque ama la tiranía quien se somete á ella! Señor Simoun, mientras nuestro pueblo no esté preparado, mientras vaya á la lucha engañado ó empujado, sin clara conciencia de lo que ha de hacer, fracasarán las más sabias tentativas y más vale que fracasen, porque ¿á qué entregar al novio la esposa si no la ama bastante, si no está dispuesto á morir por ella?

El P. Florentino sintió que el enfermo le cogía la mano y se la estrechaba; calló entonces esperando que hablase, pero sólo sintió dos apretones más, oyó un suspiro y largo silencio reinó en la estancia. Sólo el mar, cuyas olas se habían encrespado con la brisa de la noche como si despertasen del calor del día, enviaba sus roncós bramidos, su canto inmortal al estrellarse contra las enhiestas rocas. La luna, ya sin la rivalidad del sol, triunfaba tranquila en el cielo, y los árboles del bosque inclinándose unos á otros, se confiaban sus seculares leyendas en misteriosos murmullos, que transportaba en sus alas el viento.

Viendo que el enfermo nada decía, el P. Florentino como absorto en un pensamiento, murmuró:

— ¿Dónde está la juventud que ha de consagrar sus rosadas horas, sus ilusiones y entusiasmos al bien de su patria? ¿Dónde está la que ha de verter generosa su sangre para lavar tantas vergüenzas, tantos crímenes, tanta abominación? Pura y sin mancha ha de ser la víctima para que el holocausto sea aceptable!.. ¿Dónde estáis, jóvenes, que habéis de encarnar en vosotros el vigor de la vida que ha huído de nuestras venas, la pureza de las ideas que se ha manchado en nuestros cerebros y el fuego del entusiasmo que se ha apagado en nuestros corazones?... Os esperamos, oh jóvenes, venid que os esperamos!

Y como sintiese sus ojos humedecerse, apartó su mano de la del enfermo, se levantó y se acercó á la ventana para contemplar la vasta superficie del mar. Sacáronle de su meditación unos golpecitos discretos dados en la puerta. Era el criado que preguntaba si debía encender la luz.

Cuando el sacerdote se acercó al enfermo y le vió, á la luz de la lámpara, inmóvil, los ojos cerrados, la mano que habia estrechado la suya, abierta y extendida al borde de la cama, creyó un momento que dormía; pero observando que no respiraba, tocóle suavemente y entonces se apercibió de que estaba muerto: comenzaba á enfriarse.

Arrodillóse entonces y oró.

Cuando se levantó y contempló el cadáver, en cuyo semblante se leía la tristeza más profunda, el pesar de toda una vida inútil que se llevaba más allá de la muerte, el anciano se estremeció y murmuró:

— ¡Dios tenga piedad de los que le han torcido el camino!

Y mientras los criados, llamados por él, se arrodillaban y rezaban por el muerto, curiosos y distraídos mirando hacia la cama y repitiendo *requiems* y más *requiems*, el P. Florentino sacó de un armario la célebre maleta de acero que contenía la fabulosa fortuna de Simoun. Vaciló unos instantes; mas, pronto, tomando una determinación, descendió con ella las escaleras, se fué á la roca donde Isagani solía sentarse para escudriñar el fondo del mar.

El P. Florentino miró á sus pies. Allá abajo se veían las oscuras olas del Pacífico batir las concavidades de la roca, produciendo sonoros truenos, al mismo tiempo que, heridas por un rayo de luna, olas y espumas brillaban como chispas de fuego, como puñados de brillantes que arrojase al aire algún genio del abismo. Miró en derredor suyo. Estaba solo. La solitaria costa se perdía á lo lejos en vana neblina, que la luna desvanecía hasta confundirla con el horizonte. El bosque murmuraba voces ininteligibles. El anciano entonces, con el esfuerzo de sus hercúleos brazos, lanzó la maleta al espacio arrojándola al mar. Giró varias veces sobre sí misma, y descendió rápidamente trazando una pequeña curva, reflejando sobre su pulimentada superficie algunos pálidos rayos. El anciano vió saltar gotas, oyó un ruido quebrado, y el abismo se cerró tragándose el tesoro. Esperó algunos instantes para ver si el abismo devolvería algo, pero la ola volvió á cerrarse tan misteriosa como antes, sin aumentar en un pliegue más su rizada superficie, como si en la inmensidad del mar sólo hubiese caído un pequeño pedrusco.

— ¡Qué la naturaleza te guarde en los profundos abismos,

entre los corales y perlas de sus eternos mares! dijo entonces el clérigo extendiendo solemnemente la mano. Cuando para un fin santo y sublime los hombres te necesiten, Dios sabrá sacarte del seno de las olas... Mientras tanto, allí no harás el mal, no torcerás el derecho, no fomentarás avaricias!..

FIN DE « EL FILIBUSTERISMO. »

## ÍNDICE

	Págs.
Dedicatoria . . . . .	5
I. — Sobre cubierta . . . . .	7
II. — Bajo cubierta . . . . .	17
III. — Leyendas . . . . .	24
IV. — Cabeang Tales . . . . .	29
V. — La Nochebuena de un cochero . . . . .	38
VI. — Basilio . . . . .	43
VII. — Simoun . . . . .	49
VIII. — ¡Buenas Pascuas! . . . . .	60
IX. — Pilatos . . . . .	63
X. — Riqueza y miseria . . . . .	65
XI. — Los baños . . . . .	75
XII. — Plácido Penitente . . . . .	88
XIII. — La clase de física . . . . .	95
XIV. — Una casa de estudiantes . . . . .	106
XV. — El señor Pasta . . . . .	116
XVI. — Las tribulaciones de un chino . . . . .	123
XVII. — La feria de Kiapò . . . . .	132
XVIII. — Supercherías . . . . .	137
XIX. — La mecha . . . . .	144
XX. — El ponente . . . . .	154
XXI. — Tipos manilenses . . . . .	162
XXII. — La función . . . . .	172
XXIII. — Un cadáver . . . . .	185
XXIV. — Sueños . . . . .	191
XXV. — Risas—Llantos . . . . .	200
XXVI. — Pasquinadas . . . . .	208
XXVII. — El fraile y el filipino . . . . .	213
XXVIII. — Tatakut . . . . .	223

	Págs.
XXIX. — Últimas palabras sobre Capitán Tiago . . . . .	231
XXX. — Julí . . . . .	234
XXXI. — El alto empleado . . . . .	243
XXXII. — Efectos de los pasquines . . . . .	248
XXXIII. — La última razón . . . . .	252
XXXIV. — Las bodas . . . . .	258
XXXV. — La fiesta . . . . .	262
XXXVI. — Apuros de Ben Zayb. . . . .	270
XXXVII. — El misterio . . . . .	275
XXXVIII. — Fatalidad. . . . .	279
XXXIX . . . . .	284





## OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

**NOLI ME TÁNGERE** (Novela Tagala).

**EL FILIBUSTERISMO** (Continuación del  
**NOLI ME TÁNGERE**).

**SUCESOS DE LAS ISLAS FILIPINAS**, por el Dr. ANTONIO DE MORGA. Obra publicada en Méjico el año de 1609, nuevamente sacada á luz y anotada por JOSÉ RIZAL y precedida de un prólogo del Prof. FERNANDO BLUMENTRITT (Agotada).

---

Diríjanse los pedidos á la Librería MANILA FILATÉLICA ó á los Sres. HEREDEROS del Autor, San Fernando, n.º 152, Binondo.

J. RIZAL

---

# FILIPINAS

DENTRO DE CIEN AÑOS

---

(ESTUDIO POLITICO-SOCIAL)

PUBLICADO EN EL QUINCENARIO "LA SOLIDARIDAD"

(SEPTIEMBRE 1889-ENERO 1890.)

---

---

TERCERA REIMPRESION

---

---

MANILA.

Librería "MANILA FILATELICA"

Soler, 929 y Carriedo, 318-320

---

1922

CATALOGO DE LAS OBRAS REFERENTES A FILIPINAS QUE SE HALLAN EN VENTA EN LA  
LIBRERIA "MANILA FILATELICA"

Estado de las Islas Filipinas en 1842-Madrid, 1843 2 tomos en un volumen . . . . .	P 22.00
<i>Buzeta.</i> —Diccionario Geográfico Estadístico Histórico de las Islas Filipinas, 1850. . . . .	20.00
<i>Jordana.</i> —Bosquejo Geográfico é Histórico del Archipiélago Filipino, 1885 . . . . .	18.00
<i>Fr. F. de S. Josef.</i> —Arte y Reglas de la Lengua Tagala, 1832 . . . . .	20.00
<i>M. H. Perez.</i> —Manual de Construcciones y de Fortificación de Campaña en Filipinas con sus Atlas, 1882 . . . . .	12.00
<i>Tomas de Comyn.</i> —Las Islas Filipinas, Progresos en 70 años, 1878. . . . .	4.00
<i>L. Moreno Jerez.</i> —Los Prisioneros Españoles en poder de los tagalos . . . . .	3.00
<i>V. Barrantes.</i> —Guerras Piráticas de Filipinas contra Mindanaos y Joloanos, 1878 . . . . .	6.00
<i>F. Foradada.</i> —La Soberanía de España en Filipinas . . . . .	1.20
<i>P. M. de Zuñiga.</i> —Estadismo de las Islas Filipinas, 2 ts. . . . .	15.00
<i>Burguete.</i> —¡La Guerra! Filipinas (memorias de un herido) . . . . .	0.50
<i>J. F. Giner.</i> —Filipinas. Notas de viaje y de estancia. . . . .	0.80
<i>J. de Alcazar.</i> —Historia de los Dominios Españoles en Oceanía—Filipinas . . . . .	2.50
<i>A. G. Sociats.</i> —Cavite, Subig y Olongapo. . . . .	3.00
<i>C. Ria Baja.</i> —El Desastre Filipino. . . . .	1.50
<i>J. Bowring.</i> —Una Visita á las Islas Filipinas . . . . .	4.00
<i>Fr. B. Campa.</i> —Los Mayóyaos y la Raza Ifugao . . . . .	2.00
<i>M. A. Espina.</i> —La Civilización y la Espada—Estudios Histórico-Filósoficos . . . . .	3.00
<i>P. G. y Zalazar.</i> —Las Proscripciones de Sila en Filipinas. . . . .	2.00
<i>F. Blumentritt.</i> —Ataques de los Holandeses en los siglos XVI, XVII y XVIII . . . . .	1.50
<i>M. de Ayerbe.</i> —Sitio y Conquista de Manila por los Ingleses en 1762 . . . . .	1.50
<i>Navarro.</i> —Cuestiones Filipinas de Actualidad . . . . .	4.00
<i>L. de Ibañez y García.</i> —Historia de las Islas Marianas, Carolinas y Palaos . . . . .	2.00
<i>J. Caro y Mora.</i> —Ataque de Li-Ma-Hong á Manila en 1574 . . . . .	2.50
<i>F. Aguilar y Biosca.</i> —Legislación sobre moneda Filipina . . . . .	2.00
<i>C. Eyot.</i> —The Story of the Lopez Family . . . . .	2.50
<i>Saleeby.</i> —Paper of the Philippine Academy 2 tomos . . . . .	1.00
<i>M. W. y Merino.</i> —El General Despujol en Filipinas . . . . .	0.50
<i>M. M. Norton.</i> —Builders of a Nation . . . . .	1.50

# FILIPINAS DENTRO DE CIEN AÑOS



J. RIZAL

# FILIPINAS

DENTRO DE CIENTO AÑOS

(ESTUDIO POLITICO-SOCIAL)

PUBLICADO EN EL QUINCENARIO "LA SOLIDARIDAD"

(SEPTIEMBRE 1889-ENERO 1890.)

TERCERA REIMPRESION

LIBRERIA

"MANILA FILATELICA"

Soler, 929 y Carriedo, 313-320

MANILA.







Jure Rijas



## DOS PALABRAS

En todas las épocas y en todos los países han surgido de tiempo en tiempo hombres que por su saber, su ciencia, su gran moralidad o su vida ejemplar han servido de modelo no sólo para sus compatriotas sino para la humanidad entera. Sus enseñanzas trasmitidas hasta nosotros por la tradición o por sus propios escritos han sido en la mayoría de los casos la base de los diversos conocimientos humanos siendo consagradas por la posteridad como dogmas o como principios incontrovertibles.

El pueblo juez infalible en cuestiones de esta naturaleza los coloca por encima del nivel común, consagra sus nombres rindiéndolos culto y se dedica, ferviente, al análisis de sus obras llevando a la práctica sus enseñanzas. De estos hechos quizás haya surgido aquel conocido dicho vulgar: *Vox populi vox Dei*.

Filipinas debe de haber contado también con algunos hombres de esta talla, pero como no dejaron nada escrito se han conservado anónimos. Apenas surge uno que debido a las circunstancias y al ambiente en que se agitaba imprime sus opiniones y pensamientos para conocimiento de propios y extraños, el pueblo acoge con amor sus obras y las consagra como el EVANGELIO DE LA RAZA.

Como tal evangelio califica el vulgo las obras de Rizal. ¿Merecen en realidad ese calificativo? Nosotros creemos que sí, pues sus trabajos a pesar de haber sido escritos bajo el influjo de otras circunstancias y de otro ambiente conservan un sello de actualidad característica de las grandes obras cuyas enseñanzas son aplicables a todos los tiempos. Pero como nuestra opinión pudiera ser considerada como parcial, damos a continuación el juicio

que este mismo trabajo ha merecido del conocido filipinólogo y escritor español Dn. W. E. Retana, autor de *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*.

\* \* \*

Todos los opúsculos de Rizal son dignos de ser estudiados, por la severidad del juicio y el altruismo en que solía inspirarse. De entre esos opúsculos, tal vez el más notable es el que lleva por título *Filipinas dentro de cien años*. Esparcido en diferentes números de *La Solidaridad*, publicación difícil de adquirir, por lo mucho que las autoridades españolas la persiguieron, nos ha parecido conveniente, sobre todo para los amantes de conocer la verdad de las aspiraciones de los filipinos, que, como Rizal, no eran separatistas, sino *reformistas*, traer á este volumen (\*) el opúsculo completo.

Invitamos á los españoles de espíritu sereno á que lean las admirables páginas de aquel gran romántico, de aquel pensador nobilísimo y honrado, á quien la fatalidad llevóle á morir trágicamente. Lo hemos dicho en otra parte: ¡ojalá que nuestros hombres de gobierno hubieran leído los trabajos de Rizal, pero sobre todo esa preciosa perla intitulada *Filipinas dentro de cien años*.

---

(\*) *Archivo del Bibliófilo Filipino*, Tomo quinto.

# FILIPINAS

DENTRO DE CIEN AÑOS

---

## I

**S**IGUIENDO nuestra costumbre de abordar de frente las más árduas y delicadas cuestiones que se relacionan con Filipinas, sin importarnos nada las consecuencias que nuestra franqueza nos pudiera ocasionar, vamos en el presente artículo á tratar de su porvenir.

Para leer en el destino de los pueblos, es menester abrir el libro de su pasado. El pasado de Filipinas se reduce en grandes rasgos á lo que sigue:

Incorporadas apenas á la Corona Española, tuvieron que sostener con su sangre y con los esfuerzos de sus hijos las guerras y las ambiciones conquistadoras del pueblo español, y estas luchas, en esa crisis terrible de los pueblos cuando cambian de gobierno, de leyes, de usos, costumbres, religión y creencias, las Filipinas se despoblaron, empobrecieron y atrasaron, sorprendidas en su metamorfosis, sin confianza ya en su pasado, sin fe aun en su presente y sin ninguna lisonjera esperanza en los venideros días. Los antiguos señores, que sólo habían tratado de conquistarse el temor y la sumisión de sus súbditos, por ellos acostumbrados á la servidumbre, cayeron como las hojas de un árbol seco y el pueblo, que no les tenía ni amor ni conocía lo que era libertad, cambió fácilmente de amo, esperando tal vez ganar algo en la novedad.

Comenzó entonces una nueva era para los Filipinos. Perdieron poco á poco sus antiguas tradiciones, sus recuerdos; olvidaron su escritura, sus cantos, sus poesías, sus leyes, para aprenderse de memoria otras doctrinas, que no comprendían, otra moral, otra estética, diferentes de las inspiradas á su raza por el clima y por su manera de sentir. Entonces rebajóse, degradándose ante sus mismos ojos, avergonzóse de lo que era suyo y nacional, para admirar y alabar cuanto era extraño é incomprendible; abatióse su espíritu y se doblegó.

Y así pasaron años y pasaron siglos. Las pompas religiosas, los ritos que hablan á los ojos, los cantos, las luces, las imágenes vestidas de oro, un culto en un idioma misterioso, los cuentos, los milagros, y los sermones fueron hipnotizando el espíritu, supersticioso ya de por sí, del país, pero sin conseguir destruirlo por completo, á pesar de todo el sistema después desplegado y seguido con implacable tenacidad.

Llegado á este estado el rebajamiento moral de los habitantes, el desaliento, el disgusto de sí mismo, se quiso dar entonces el último golpe de gracia, para reducir á la nada tantas voluntades y tantos cerebros adormecidos, para hacer de los individuos una especie de brazos, de brutos, de bestias de carga, así como una humanidad sin cerebro y sin corazón. Entonces díjose, dióse por admitido lo que se pretendía, se insultó á la raza, se trató de negarle toda virtud, toda cualidad humana, y hasta hubo escritores y sacerdotes que, llevando el golpe más adelante, quisieron negar á los hijos del país no sólo la capacidad para la virtud, sino también hasta la disposición para el vicio.

Entonces esto que creyeron que iba á ser la muerte fué precisamente su salvación. Moribundos hay que vuelven á la salud merced á ciertos medicamentos fuertes.

Tantos sufrimientos se colmaron con los insultos, y el alestargado espíritu volvió á la vida. La sensibilidad, la cualidad por excelencia del Indio, fué herida, y si paciencia tuvo para sufrir y morir al pie de una bandera extranjera, no la tuvo cuando aquel, por quien moría, le pagaba su sacrificio con insultos y sandeces. Entonces examinóse poco á poco, y conoció su desgracia. Los que no esperaban este resultado, cual los amos despóticos, consideraron como una injuria toda queja,

toda protesta, y castigóse con la muerte, tratóse de ahogar en sangre todo grito de dolor, y faltas tras faltas se cometieron.

El espíritu del pueblo no se dejó por esto intimidar, y si bien se había despertado en pocos corazones, su *Mama* sin embargo, se propagaba segura y voraz, gracias á los abusos y á los torpes manejos de ciertas clases para apagar sentimientos nobles y generosos. Así cuando una llama prende á un vestido, el temor y el azoramiento hacen que se propague más y más, y cada sacudida, cada golpe es un soplo de fuelle que la va á avivar.

Indudablemente que durante todo este periodo ni faltaron generosos y nobles espíritus entre la raza dominante que trataran de luchar por los fueros de la justicia y de la humanidad, ni almas mezquinas y cobardes entre la raza dominada que ayudaran al envilecimiento de su propia patria. Pero unos y otros fueron excepciones y hablamos en términos generales.

Esto ha sido el bosquejo de su pasado. Conocemos su presente. Y ahora, ¿cuál será su porvenir?

¿Continuarán las Islas Filipinas como colonia española, y, en este caso, qué clase de colonia? ¿Llegarán á ser provincias españolas con ó sin autonomía? Y para llegar á este estado, ¿qué clase de sacrificios tendrá que hacer?

¿Se separarán tal vez de la Madre patria para vivir independientes, para caer en manos de otras naciones ó para aliarse con otras potencias vecinas?

Es imposible contestar á estas preguntas, pues á todas se puede responder con un *sí* y un *no*, según el tiempo que se quiera marcar. Si no hay un estado eterno en la naturaleza, ¿cuánto menos lo debe de haber en la vida de los pueblos, seres dotados de movilidad y movimiento! Así es que para responder á estas preguntas es necesario fijar un espacio ilimitado de tiempo, y con arreglo á él tratar de prever los futuros acontecimientos.





## II

¿Qué será de las Filipinas dentro de un siglo?

¿Continuarán como colonia española?

Si esta pregunta se hubiera hecho tres siglos atrás, cuando, á la muerte de Legaspi, los malayos filipinos empezaron poco á poco á desengañarse, y encontrando pesado el yugo intentaron vanamente sacudirlo, sin duda alguna que la respuesta hubiera sido fácil. Para un espíritu entusiasta de las libertades de su patria, para uno de aquellos indomables Kagayanes que alimentaban en sí el espíritu de los Magalats, para los descendientes de los heroicos Gat Pulintang y Gat Salakab de la provincia de Batangas, la independencia era segura, era solamente una cuestión de entenderse y de tentar un decidido esfuerzo. Empero, para el que, desengañado á fuerza de tristes experiencias, veía en todas partes desconcierto y desorden, apatía y embrutecimiento en las clases inferiores, desaliento y desunión en las elevadas, sólo se presentaba una respuesta y era: tender las manos á las cadenas, bajar el cuello para someterlo al yugo y aceptar el porvenir con la resignación de un enfermo que ve caer las hojas y presiente un largo invierno, entre cuyas nieves entrevé los bordes de su fosa. Entonces el desconcierto era la razón del pesimismo: pasaron tres siglos, el cuello fué acostumbrando al yugo, y cada nueva generación, procreada entre las cadenas, se adaptó cada vez mejor al nuevo estado de las cosas.

Ahora bien; ¿encuéntranse las Filipinas en las mismas circunstancias de hace tres siglos?

Para los liberales Españoles el estado moral del pueblo continúa siendo el mismo, es decir, que los Indios filipinos no han adelantado: para los frailes y sus secuaces, el pueblo ha sido redimido de su salvajismo, esto es, ha progresado; para muchos Filipinos, la moral, el espíritu y las costumbres han decaído, como decaen todas las buenas cualidades de un pueblo que cae en la esclavitud, esto es, ha retrocedido.

Dejando á un lado estas apreciaciones, para no alejarnos de nuestro objetivo, vamos á hacer un breve paralelo de la situación política de entonces con la del presente, para ver si lo que en aquel tiempo no ha sido posible, lo será ahora, ó viceversa.

Descartémonos de la adhesión que pueden tener los Filipinos á España; supongamos por un momento con los escritores españoles que entre las dos razas sólo existen motivos de odio y recelo; admitamos las premisas cacareadas por muchos de que tres siglos de dominación no han sabido hacer germinar en el sensible corazón del Indio una semilla de afectión ó de gratitud, y veamos si la causa española ha ganado ó no terreno en el Archipiélago.

Antes sostenían el pabellón español ante los Indígenas un puñado de soldados, trescientos ó quinientos á lo más, muchos de los cuales se dedicaban al comercio y estaban diseminados, no sólo en el Archipiélago, sino también en las naciones vecinas, empeñados en largas guerras contra los Mahometanos del Sur, contra los Ingleses y Holandeses, é inquietados sin cesar por Japoneses, Chinos y alguna que otra provincia ó tribu en el interior. Entonces las comunicaciones con México y España eran lentas, raras y penosas; frecuentes y violentos los disturbios entre los poderes que regían el Archipiélago; exhausta casi siempre la Caja, dependiendo la vida de los colonizadores de una frágil nao, portadora del comercio de la China; entonces los mares de aquellas regiones estaban infestados de piratas, enemigos todos del nombre español, siendo la marina con que este se defendía, una marina improvisada, tripulada las más de las veces por bisoños aventureros, si no por extranjeros y enemigos, como sucedió con la armada de Gómez Pérez Dasmariñas, frustrada y detenida por la rebelión de los bogadores Chinos que le asesinaron, destruyendo todos sus planes é in-

tentos. Y sin embargo, á pesar de tan tristes circunstancias el pabellón español se ha sostenido por más de tres siglos, y su poder, si bien ha sido reducido, continúa sin embargo rigiendo los destinos del grupo de las Filipinas.

En cambio la situación actual parece de oro y rosa, diríamos, una hermosa mañana comparada con la tempestuosa y agitada noche del pasado. Ahora, se han triplicado las fuerzas materiales con que cuenta la dominación española; la marina relativamente se ha mejorado; hay más organización tanto en lo civil como en lo militar; las comunicaciones con la Metrópoli son más rápidas y más seguras; ésta no tiene ya enemigos en el exterior; su posesión está asegurada, y el país dominado, tiene al parecer menos espíritu, menos aspiraciones á la independencia, nombre que para él casi es incomprensible; todo augura, pues, á primera vista otros tres siglos, cuando menos, de pacífica dominación y tranquilo señorío.

Sin embargo por encima de estas consideraciones materiales se ciernen invisibles otras de carácter moral, mucho más trascendentales y poderosas.

Los pueblos del Oriente en general y los Malayos en particular son pueblos de sensibilidad: en ellos predomina la delicadeza de sentimientos. Aun hoy, á pesar del contacto con las naciones occidentales que tienen ideales distintos del suyo, vemos al Malayo filipino sacrificar todo, libertad, comodidad, bienestar, nombre en aras de una aspiración, ó de una vanidad, ya sea religiosa, ya científica ó de otro carácter cualquiera, pero á la menor palabra que lastime su amor propio olvida todos sus sacrificios, el trabajo empleado y guarda en su memoria y nunca olvida la ofensa que creyó recibir.

Así los pueblos Filipinos se han mantenido fieles durante tres siglos entregando su libertad y su independencia, ya alucinados por la esperanza del Cielo prometido, ya halagados por la amistad que les brindaba un pueblo noble y grande como el español, ya también obligados por la superioridad de las armas que desconocían y que para los espíritus apocados tenían un carácter misterioso, ó ya porque valiéndose de sus enemistades intestinas, el invasor extranjero se presentaba como tercero en discordia para después dominar á unos y otros y someterlos á su poderío.

Una vez dentro la dominación española, mantúvose firme gracias á la adhesión de los pueblos, á sus enemistades entre sí, y á que el sensible amor propio del Indígena no se encontraba hasta entonces lastimado. Entonces el pueblo veía á sus nacionales en los grados superiores del ejército, á sus *maeses de campo* pelear al lado de los héroes de España, compartir sus laureles, no escatimándoseles nunca ni honores, ni honras ni consideraciones; entonces la fidelidad y adhesión á España, el amor á la Patria hacían del Indio, Encomendero y hasta General, como en la invasión inglesa; entonces no se habían inventado aún los nombres denigrantes y ridículos con que después han querido deshonar los más trabajosos y penibles cargos de los jefes indígenas; entonces no se había hecho aún de moda insultar é injuriar en letras de molde, en periódicos, en libros *con superior permiso ó con licencia de la autoridad eclesiástica*, al pueblo que pagaba, combatía y derramaba su sangre por el nombre de España, ni se consideraba como hidalguía ni como gracejo ofender á una raza toda, á quien se le prohíbe replicar ó defenderse; y si religiosos hubo hipocondríacos, que en los ocios de sus claustros se habían atrevido á escribir contra él, como el agustino Gaspar de San Agustín y el jesuíta Velarde, sus ofensivos partos no salían jamás á luz, y menos les daban por ello mitras ó les elevaban á altas dignidades. Verdad es que tampoco eran los Indios de entonces como somos los de ahora: tres siglos de embrutecimiento y oscurantismo, algo tenían que influir sobre nosotros; la más hermosa obra divina en manos de ciertos obreros puede al fin convertirse en caricatura.

Los religiosos de entonces, queriendo fundar su dominio en el pueblo, se acercaban á él y con él formaban causa contra los encomenderos opresores. Naturalmente, el pueblo que los veía con mayor instrucción y cierto prestigio, depositaba en ellos su confianza, seguía sus consejos y los oía aun en los más amargos días. Si escribían, escribían abogando por los derechos de los Indios y hacían llegar el grito de sus miserias hasta las lejanas gradas del Trono. Y no pocos religiosos entre seculares y militares emprendían peligrosos viajes, como *diputado, del país*, lo cual unido á las estrictas *residencias* que se formaban entonces ante los ojos del Archipiélago á todos los gober-

nantes, desde el Capitán general hasta el último, consolaban no poco y tranquilizaban los ánimos lastimados, satisfaciendo, aunque no fuese más que en la forma, á todos los descontentos.

Todo esto ha desaparecido. Las carcajadas burlonas, penetran como veneno mortal en el corazón del Indio que paga y sufre, y son tanto más ofensivas cuanto más parapetadas están: las antiguas enemistades entre diferentes provincias las ha borrado una misma llaga, la afrenta general inferida á toda una raza. El pueblo ya no tiene confianza en los que un tiempo eran sus protectores, hoy sus explotadores y verdugos. Las máscaras han caído. Ha visto que aquel amor y aquella piedad del pasado se parecían al afecto de una nodriza, que incapaz de vivir en otra parte, deseara siempre la eterna niñez, la eterna debilidad del niño, para ir percibiendo su sueldo y alimentarse á su costa; ha visto que no sólo no le nutre para que crezca, sino que le emponzoña para frustrar su crecimiento, y que á su más leve protesta lella se convierte en furia! El antiguo simulacro de justicia, la santa *residencia* ha desaparecido; principia el caos en la conciencia; el afecto que se demuestra por un Gobernador general, como La Torre, se convierte en crimen en el gobierno del sucesor, y basta para que el ciudadano pierda su libertad y su hogar; si se obedece lo que un jefe manda, como en la reciente cuestión de la entrada de los cadáveres en las iglesias, es suficiente para que después el obediente súbdito sea vejado y perseguido por todos los medios posibles; los deberes, los impuestos y las contribuciones aumentan, sin que por eso los derechos, los privilegios y las libertades aumenten ó se aseguren los pocos existentes; un régimen de continuo terror y zozobra agita los ánimos, régimen peor que una era de disturbios, pues los temores que la imaginación crea suelen ser superiores á los de la realidad; el país está pobre; la crisis pecuniaria que atraviesa es grande, y todo el mundo señala con los dedos á las personas que causan el mal, ¡y nadie sin embargo se atreve á poner sobre ellas las manos!

Es verdad que como una gota de bálsamo á tanta amargura ha salido el Código Penal; pero ¿de qué sirven todos los Códigos del mundo, si por informes reservados, por motivos fútiles, por anónimos traidores se extraña, se destierra sin formación de causa, sin proceso alguno á cualquier honrado

vecino? ¿De qué sirve ese Código Penal, de qué sirve la vida si no se tiene seguridad en el hogar, fe en la justicia, y confianza en la tranquilidad de la conciencia? ¿De qué sirve todo ese andamiaje de nombres, todo ese cúmulo de artículos, si la cobarde acusación de un traidor ha de influir en los medrosos oídos del autócrata supremo, más que todos los gritos de la justicia?

Si este estado de cosas continuase, ¿qué será de las Filipinas dentro de un siglo?

Los acumuladores se van cargando poco á poco, y si la prudencia del Gobierno no da escape á las quejas que se concentran, puede que un día salte la chispa. No es ocasión esta de hablar sobre el éxito que pudiera tener conflicto tan desgraciado: depende de la suerte, de las armas y de un millón de circunstancias que el hombre no puede prever; pero aun cuando todas las ventajas estuviesen de parte del Gobierno y por consiguiente las probabilidades de la victoria, sería una victoria de Pirro, y un Gobierno no la debe desear.

Si los que dirigen los destinos de Filipinas se obstinan, y en vez de dar reformas quieren hacer retroceder el estado del país, extremar sus rigores y las represiones contra las clases que sufren y piensan, van á conseguir que éstas se aventuren y pongan en juego las miserias de una vida intranquila, llena de privaciones y amarguras por la esperanza de conseguir algo incierto. ¿Qué se perdería en la lucha? Casi nada: la vida de las numerosas clases descontentas no ofrece gran aliciente para que se la prefiera á una muerte gloriosa. Bien se puede tentar un suicidio; pero ¿y después? ¿No quedaría un arroyo de sangre entre vencedores y vencidos, y no podrían éstos con el tiempo y con la experiencia igualar en fuerzas, ya que son superiores en número, á sus dominadores? ¿Quién dice que no? Todas las pequeñas insurrecciones que ha habido en Filipinas fueron obra de unos cuantos fanáticos ó descontentos militares que para conseguir sus fines tenían que engañar y embaucar ó valerse de la subordinación de sus inferiores. Así cayeron todos. Ninguna insurrección tuvo carácter popular ni se fundó en una necesidad de toda una raza, ni luchó por los fueros de la humanidad, ni de la justicia; así ni dejaron recuerdos indelebles en el pueblo, antes al contrario, viendo que había sido en-

gañado, secándose las heridas, ¡aplaudió la caída de los que turbaron su paz! Pero y ¿si el movimiento nace del mismo pueblo y reconoce por causa sus miserias?

Así, pues, si la prudencia y las sabias reformas de nuestros ministros no encuentran hábiles y decididos intérpretes entre los gobernantes de Ultramar, y fieles continuadores en los que las frecuentes crisis políticas llaman á desempeñar tan delicado puesto; si á las quejas y necesidades del pueblo filipino se ha de contestar con el eterno *no há lugar*, sugerido por las clases que encuentran su vida en el atraso de los súbditos; si se han de desatender las justas reclamaciones para interpretarlas como tendencias subversivas, negando al país su representación en las Cortes y la voz autorizada para clamar contra toda clase de abusos, que escapan al embrollo de las leyes; si se ha de continuar, en fin, con el sistema fecundo en resultados de enajenarse la voluntad de los Indígenas, espoleando su *apático* espíritu por medio de insultos é ingraticudes, podemos asegurar que dentro de algunos años, el actual estado de las cosas se habrá modificado por completo; pero inevitablemente. Hoy existe un factor que no había antes; se ha despertado el espíritu de la nación, y una misma desgracia y un mismo rebajamiento han unido á todos los habitantes de las Islas. Se cuenta con una numerosa clase ilustrada dentro y fuera del Archipiélago, clase creada y aumentada cada vez más y más por las torpezas de ciertos gobernantes, obligando a los habitantes á expatriarse, á ilustrarse en el extranjero, y se mantiene y lucha gracias á las excitaciones y al sistema de ojeo emprendido. Esta clase, cuyo número aumenta progresivamente, está en comunicación constante con el resto de las Islas, y si hoy no forma más que el cerebro del país, dentro de algunos años formará todo su sistema nervioso y manifestará su existencia en todos sus actos.

Ahora bien; para atajar el camino al progreso de un pueblo, la política cuenta con varios medios: el embrutecimiento de las masas por medio de una casta adicta al Gobierno, aristocrática como en las colonias holandesas, ó teocrática como en Filipinas; el empobrecimiento del país: la destrucción paulatina de sus habitantes, y el fomento de las enemistades entre unas razas y otras.

El embrutecimiento de los Malayos filipinos se ha demostrado ser imposible. A pesar de la negra plaga de frailes, en cuyas manos está la *enseñanza* de la juventud, que pierde años y años miserablemente en las *aulas* saliendo de allí cansados, fatigados y disgustados de los libros; á pesar de la censura, que quiere cerrar todo paso al progreso; á pesar de todos los púlpitos, confesionarios, libros, novenas que inculcan odio á todo conocimiento no sólo científico, sino hasta el mismo de la lengua castellana; á pesar de todo ese sistema montado, perfeccionado y practicado con tenacidad por los que quieren mantener las Islas en una santa ignorancia, hay escritores, librepensadores, historiógrafos, filósofos, químicos, médicos, artistas, jurisconsultos, etc. La ilustración se extiende, y la persecución que sufre la aviva. No; la llama divina del pensamiento es inextinguible en el pueblo filipino, y de un modo ó de otro ha de brillar y darse á conocer. ¡No es posible embrutecer á los habitantes de Filipinas!

¿Podrá la pobreza detener su desarrollo?

Tal vez, pero es una medida muy peligrosa. La experiencia nos demuestra en todas partes, y sobre todo en Filipinas, que las clases más acomodadas han sido siempre las más amigas de la quietud y del orden, porque son las que viven mejor relativamente y podrían perder en los disturbios civiles. La riqueza trae consigo el refinamiento, el espíritu de conservación; mientras que la pobreza inspira ideas aventureras, deseos de cambiar las cosas, poco apego á la vida, etc. Machiavelo mismo encuentra peligroso este medio de sujetar á un pueblo, pues observa que la pérdida del bienestar suscita más tenaces enemigos que la pérdida de la vida. Además, cuando hay riqueza y abundancia hay menos descontentos, hay menos quejas, y el Gobierno, más rico, se encuentra también con más medios para sostenerse. En cambio en un país pobre sucede lo que en casa donde no hay harina; y además ¿de qué le serviría á la Metrópoli una colonia macilenta y pobre?

Tampoco es posible destruir paulatinamente á los habitantes. Las razas filipinas, como todas las malayas, no sucumben ante el extranjero, como las razas australianas, las polinésicas y las razas indias del Nuevo Continente. Pese á las numerosas guerras que los Filipinos han tenido que soste-



ner, pese á las epidemias que los visitan periódicamente, su número se ha triplicado, al igual que los malayos de Java y de las Molucas. El Filipino acepta la civilización y vive y se mantiene en contacto con todos los pueblos y en la atmósfera de todos los climas. El aguardiente, ese veneno que extingue á los naturales de las islas del Pacífico, no tiene poderío en Filipinas; antes por el contrario, parece que los Filipinos se han vuelto mas sobrios, á comparar su estado actual con el que nos pintan los antiguos historiadores. Las pequeñas guerras con los habitantes del Sur consumen solamente á los soldados, gente que por su fidelidad á la bandera española, lejos de ser un peligro, es precisamente uno de sus más sólidos sostenes.

Queda el fomento de las enemistades de las provincias entre sí.

Esto era posible antes, cuando las comunicaciones de unas islas con otras eran difíciles y raras, cuando no había vapores, ni telégrafos, cuando se formaban los regimientos según las diferentes provincias, se halagaba á unas concediéndoles privilegios y honores, y se sostenía á otras contra las más fuertes. Pero ahora en que desaparecieron los privilegios, en que por espíritu de desconfianza se han refundido los regimientos, en que los habitantes se extrañan de unas islas á otras, naturalmente las comunicaciones y el cambio de impresiones aumentan, y viéndose todos amenazados de un mismo peligro y heridos en unos mismos sentimientos, se dan las manos y se unen. Cierto que la unión no es todavía del todo completa, pero á ella van encaminadas las medidas de *buen* gobierno, las deportaciones, las vejaciones que los vecinos en sus pueblos sufren, la movilidad de los funcionarios, la escasez de los centros de enseñanza, que hace que la juventud de todas las islas se reúnan y aprendan á conocerse. Los viajes á Europa contribuyen también no poco á estrechar estas relaciones, pues en el extranjero sellan su sentimiento patrio los habitantes de las provincias más distantes, desde los marineros hasta los más ricos negociantes, y al espectáculo de las libertades modernas y al recuerdo de las desgracias del hogar, se abrazan y se llaman hermanos.

En suma, pues, el adelanto y progreso moral de Filipinas es inevitable, es fatal.

Las Islas no pueden continuar en el estado en que están, sin recabar de la Metrópoli más libertades. *Mutatis, mutandis*. A nuevos hombres, nuevo estado social.

Querer que continúen en sus pañales, es exponerse á que el pretendido niño se vuelva contra su nodriza y huya desgarrando los viejos trapos que le cifien.

Las Filipinas, pues, ó continuarán siendo del dominio español, pero con más derecho y más libertades, ó se declararán independientes, después de ensangrentarse y ensangrentar á la Madre patria.

Como nadie debe desear ni esperar esta desgraciada ruptura, que sería un mal para todos y solamente el último argumento en el trance más desesperado, vamos á examinar al través de qué formas de evolución pacífica podrían las Islas continuar sometidas á la bandera de España, sin que los derechos, ni los intereses ni la dignidad de unas y otras se encontrasen en lo más mínimo lastimados.

## III

Las Filipinas, si han de continuar bajo el dominio de España, tiene por fuerza que transformarse en sentido político, por exigirlo así la marcha de su historia y las necesidades de sus habitantes. Esto lo demostramos en el artículo anterior.

Esta transformación, dijimos también, ha de ser violenta y fatal, si parte de las esferas del pueblo; pacífica y fecunda en resultados, si de las clases superiores.

Algunos gobernantes han adivinado esta verdad, y llevados de su patriotismo, tratan de plantear reformas que necesitamos para prevenir los acontecimientos. Hasta el presente, no obstante cuantas se han dictado, han producido escasos resultados, tanto para el Gobierno como para el país, llegando á dañar en algunas ocasiones hasta aquellas que sólo prometían un éxito feliz. Y es que se edifica sobre terreno sin consistencia.

Dijimos, y lo repetiremos una vez más, y lo repetiremos siempre: todas las reformas que tienen un carácter *paliativo* son, no solamente inútiles, sino hasta perjudiciales, cuando el Gobierno se encuentra enfrente de males que hay que remediar *radicalmente*. Y si nosotros no estuviéramos convencidos de la honradez y rectitud de ciertos gobernantes, estaríamos tentados de decir que todas esas reformas parciales eran sólo emplastos y pomadas de un médico que, no sabiendo curar un cáncer, ó no atreviéndose á hacer la extirpación quiere de esa manera distraer los padecimientos del enfermo, ó contemporizar con la pusilanimidad de los tímidos é ignorantes.

Todas las reformas de nuestros ministros liberales fueron, eran, son y serán buenas... si se llavasen á cabo.

Quando pensamos en ellas, se nos viene á la memoria el régimen dietético de Sancho Panza en la *Insula Barataria*. Sentábase ante una suntuosa y bien servida mesa "llena de frutas y mucha diversidad de platos de diversos manjares"; pero entre la boca del infeliz y cada plato interponía su varilla el médico Pedro Rezio, diciendo: *absit!*, y retiraban el manjar, dejándole á Sancho más hambriento que nunca. Verdad es que el despótico Pedro Rezio daba razones que no parece sino que Cervantes las escribió para los Gobiernos de Ultramar:—"No se ha de comer, señor Gobernador, sino como es uso y costumbre en las otras ínsulas donde hay gobernadores", etcétera—encontrando inconvenientes en todos los platos, unos por calientes, otros por húmedos, etcétera, enteramente como nuestros Pedros Rezios de allende y aquende los mares. ¡Maldito el bien que le hacía á Sancho el arte de su cocinero!

En el caso de nuestro país, las reformas hacen el papel de los manjares; Filipinas el de Sancho, y el del médico charlatán lo desempeñan muchas personas, interesadas en que no se toque á los platos, para aprovecharse de ellos tal vez.

Resulta que el paciencudo Sancho, ó Filipinas, echa de menos su libertad, renegando de todos los gobiernos, y acaba por rebelarse contra su pretendido médico.

De igual manera, mientras Filipinas no tenga prensa libre, no tenga voz en las Cámaras para hacer saber al Gobierno y á la Nación si se cumplen ó no debidamente sus decretos, si aprovechan ó no al país, todas las habilidades del ministro de Ultramar tendrán la suerte de los platos de la *Ínsula Barataria*.

El ministro, pues, que quiera que sus reformas sean reformas, debe principiar por declarar la prensa libre en Filipinas, y por crear diputados filipinos.

La prensa libre en Filipinas, porque las quejas de allá raras veces llegan á la Península, rarísimas veces, y si llegan, tan encubiertas, tan misteriosas, que no hay periódico que se atreva á reproducirlas; y si se reproducen, se reproducen tarde y mal.

Un Gobierno que desde muy lejos administra un país, es el que más necesidad tiene de una prensa libre, más aun que el que gobierna en la Metrópoli, si es que quiere hacerlo

recta y decentemente. El Gobierno que *gobierna en el país*, puede todavía prescindir de la prensa (si es que puede), porque está en el terreno, porque tiene ojos y oídos, y porque observa de cerca lo que rige y administra. Pero el Gobierno que *gobierna desde lejos*, necesita absolutamente que la verdad y los hechos lleguen á su conocimiento por todas las vías posibles, para que pueda juzgarlos y apreciarlos mejor, y esta necesidad sube de punto cuando se trata de un país como Filipinas, cuyos habitantes hablan y se quejan en un idioma desconocido para las autoridades. Gobernar de otra manera se llamará también gobernar, puesto que es menester darle un nombre, pero es gobernar mal. Es juzgar oyendo sólo á una de las partes; es dirigir un buque sin tener en cuenta las condiciones de éste, el estado del mar, los escollos, los bajos, el curso del viento, las corrientes, etc. Es administrar una casa pensando sólo en darse lustre y pisto, sin ver lo que hay en la caja, sin pensar en los servidores y en la familia.

Pero la rutina es una pendiente por donde andan muchos Gobiernos, y la rutina dice que la libertad de la prensa es un peligro. Veamos qué dice la Historia. Las sublevaciones y las revoluciones han tenido siempre lugar en los países tiranizados, en aquellos donde al pensamiento y al corazón humano se les ha obligado á callar.

Si el gran Napoleón no hubiese tiranizado la prensa, acaso ella le hubiera advertido del peligro en que se precipitaba, y le hubiera dado á comprender que los pueblos estaban cansados y la tierra necesitaba paz; acaso su genio, en vez de gastarse en el engrandecimiento exterior, replegándose sobre sí mismo, hubiera trabajado por su consolidación y se hubiese consolidado. La misma España registra en su historia más revoluciones cuando la prensa estuvo amordazada. ¿Qué colonia se ha hecho independiente teniendo prensa libre, gozando de libertades? ¿Es preferible gobernar á tientas, ó gobernar con conocimiento de causa?

Nos contestará alguno, alegando de que en las colonias con la prensa libre peligrara mucho el PRESTIGIO de los gobernantes, esa columna de los gobiernos falsos. Le contestaremos de que es preferible el prestigio de la Nación al de varios individuos. Una nación se conquista respeto no sosteniendo

ni encubriendo abusos, sino castigándolos y reprobándolos. Además, le sucede á ese prestigio lo que decía Napoleón de los grandes hombres y sus ayudas de cámara. Nosotros, que sufrimos y sabemos todos los infundios y vejaciones de esos pretendidos dioses, no necesitamos la prensa libre para conocerlos; hace tiempo que están desprestigiados. La prensa libre la necesita el Gobierno, el Gobierno, que todavía sueña en el prestigio, que edifica sobre terreno minado.

Lo mismo decimos respecto de los diputados filipinos.

¿Qué peligros ve en ellos el Gobierno? Una de tres cosas: ó salen revoltosos, pasteleros, ó salen como deben ser.

Suponiendo que cayésemos en el pesimismo más absurdo y admitiésemos el insulto, grande para Filipinas, pero mayor aún para España, de que todos los diputados fuesen separatistas, y de que en todas sus proposiciones mantuviesen ideas filibusteras, ¿no está allí la mayoría, española y patriota, no está allí la clarividencia de los gobernantes para oponerse á sus fines y combatirlos? ¿Y no valdría esto más que el descontento que fermenta y cunde en el secreto del hogar, en las cabañas y en los campos? Ciertamente que el pueblo español no escatima nunca su sangre cuando de patriotismo se trata; pero ¿no sería más preferible la lucha de los principios en el Parlamento, que el cambio de balas en terrenos pantanosos, á 3,000 leguas de la patria, entre bosques impenetrables, bajo un ardiente sol ó entre lluvias torrenciales? Esas luchas pacíficas de las ideas, además de ser un termómetro para el Gobierno, tienen la ventaja de ser más baratas y gloriosas, porque el Parlamento español abunda precisamente en paladines de la palabra, invencibles en el terreno de los discursos. Además, dicen que los filipinos son indolentes y pacatos; ¿qué, pues, puede temer el Gobierno? ¿No influye en las elecciones? Francamente; es hacerles mucho honor á los filibusteros tenerles miedo en medio de las Cortes de la Nación.

Si salen pasteleros, como es de esperar y probablemente han de ser, tanto mejor para el Gobierno, y tanto peor para sus electores. Son unos votos más á favor, y el Gobierno podrá reirse á sus anchas de los filibusteros, si los hay.

Si salen como deben ser, dignos, honrados y fieles á sus misiones, molestarán sin duda con sus preguntas al ministro

ignorante ó incapaz, pero le ayudarán á gobernar y serán algunas personas honradas más entre los representantes de la Nación.

Ahora bien; si el verdadero inconveniente de los diputados filipinos consiste en el *olor á igorotes* que le ponía tan inquieto en pleno Senado, al aguerrido general Sr. Salamanca, el Sr. D. Sinibaldo de Mas, que ha visto de cerca á los igorotes y ha querido vivir con ellos, puede afirmar de que olerán cuando peor, como la pólvora, y el Sr. Salamanca, sin duda, no tiene miedo á ese olor. Y si no fuese más que esto, los filipinos, que allá en su país tienen la costumbre de bañarse todos los días, una vez que sean diputados, podrán dejar tan sucia costumbre, al menos durante el período legislativo, para no molestar con el olor del baño los delicados olfatos de los Salamanacas.

Inútil de refutar ciertos inconvenientes de algunos lindos escritores, sobre las pieles más ó menos morenas, y los rostros más ó menos narigudos. En cuestión de estética, cada raza tiene la suya la China, por ejemplo, que tiene 414 millones de habitantes y cuenta con una civilización muy antigua, encuentra feos á todos los europeos á quienes llama Fan-Kwai, ó sea diablos rojos. Su estética tiene 100 millones más de partidarios que la estética europea. Además si de eso se ha de tratar, tendríamos que aceptar la inferioridad de los latinos, en especial la de los españoles, respecto de los sajones que son mucho más blancos.

Y mientras no se diga que la Cámara española es una reunion de Adónises, Antínoos, *boys* y otros *angelos* parecidos; mientras se vaya allí para legislar y no pará socratizar ó errar por hemisferios imaginarios, creemos que el Gobierno no se debe detener ante esos inconvenientes. El Derecho no tiene piel, ni la razón narices.

No vemos, pues, ninguna causa seria para que Filipinas no tenga diputados. Con su creación se acallan muchos descontentos, y en vez de achacar el país sus males al Gobierno, como sucede ahora, los sobrellevará mejor, porque al menos puede quejarse, y porque, teniendo sus hijos entre sus legisladores, se hace en cierto modo solidario de sus actos.

No sabemos si servimos bien los verdaderos intereses de

nuestra patria pidiendo diputados. Sabemos que la falta de ilustración, el apocamiento, el egoísmo de muchos de nuestros compatriotas, y la audacia, la astucia y los poderosos medios de los que quieren allá el oscurantismo, pueden convertir la reforma en un nocivo instrumento. Pero queremos ser leales al Gobierno y le indicamos el camino que mejor nos parece para que sus esfuerzos no se malogren, para que desaparezcan los descontentos. Si después de planteada tan justa como necesaria medida, el pueblo filipino es tan necio y pusilánime, que haga traición á sus verdaderos intereses, entonces que recaigan sobre él las responsabilidades, que sufra todas las consecuencias. Cada país tiene la suerte que se merece, y el Gobierno podrá decir que ha cumplido con su deber.

Estas son las dos reformas fundamentales que, bien interpretadas y aplicadas, podrán disipar todas las nubes, afirmar el cariño á España y hacer fructificar todas las posteriores. Estas son las reformas *sine quibus non*.

Es pueril el temor de que por ellas venga la independencia: la prensa libre le hará conocer al Gobierno los latidos de la opinión, y los diputados, si son los mejores de entre los hijos de Filipinas, como deben ser, serán sus rehenes.

No habiendo motivo de descontento, ¿con qué se tratará de excitar las masas del pueblo?

Es de igual modo inaceptable el inconveniente que alegan otros acerca de la defectuosa cultura de la mayoría de los habitantes. Además de que no es tan defectuosa como se pretende, no hay razón ninguna plausible para que al ignorante y al desvalido (por culpa propia ó ajena), se le niegue su representante que vele por él para que no le atropellen. Es quien precisamente más lo necesita. Nadie deja de ser hombre, nadie pierde sus derechos á la civilización sólo por ser más ó menos inculto, y puesto que se le considera al filipino como ciudadano capaz cuando se le pide su contribución y su sangre para defender la patria, ¿por qué se le ha de negar esa capacidad cuando de concederle un derecho se trata? Además, por qué ha de ser responsable de su ignorancia, si está confesado por todos, amigos y enemigos, de que su afán de aprender es tan grande, que ya antes de que llegasen los españoles todos sabían



leer y escribir, y que como vemos ahora, las más modestas familias hacen enormes sacrificios para que sus hijos puedan ilustrarse un poco, llegando el caso de servir como criados siquiera para aprender el castellano? ¿Cómo se ha de esperar que el país se ilustre en el estado actual, si vemos que cuantos decretos lanza el Gobierno en favor de la instrucción, se encuentran con Pedros Rezos que impiden su cumplimiento, porque tienen en sus manos lo que llaman enseñanzas? Si el filipino, pues, es bastante inteligente para que contribuya, debe serlo también para elegir y tener quien vele por él y por sus intereses, con el producto de los cuales sirve al Gobierno de su Nación. Raciocinar de otra manera, es raciocinar como un embudo.

Vigiladas las leyes y los actos de las autoridades, la palabra Justicia puede comenzar á dejar de ser una ironía colonial. Lo que más hace respetables á los ingleses en sus posesiones, es su estricta y expeditiva justicia, de tal manera, que los habitantes depositan en los jueces toda su confianza. La Justicia es la virtud primera de las razas civilizadoras. Ella somete las naciones más bárbaras; la injusticia subleva á las más débiles.

Los puestos y los cargos debían darse por oposición, publicándose los trabajos y los juicios á fin de que haya estímulo y no surjan descontentos. Así si el Indio no sacude su *indolencia*, no podrá murmurar si todos los cargos los ve desempeñados por *castilas*.

Suponemos de que no serán los Españoles los que teman entrar en esta lid: así podrán probar su superioridad por la superioridad de su inteligencia. Y aunque esto no se acostumbra en la Metrópoli, debe practicarse en las colonias, por cuanto hay que buscar el verdadero prestigio por medio de las dotes morales, porque los colonizadores deben ser ó parecer, cuando menos, justos, inteligentes é íntegros, como el hombre aparenta virtudes cuando está en contacto con personas extrañas. Los puestos y cargos así ganados rechazan naturalmente la arbitraria cesantía y crean empleados y gobernantes aptos y conocedores de sus deberes. Los puestos que desempeñen los Indios, en vez de poner en peligro la dominación española, sólo servirían para afianzarla; pues ¿qué interés tendrían en cambiar lo seguro y estable contra lo incierto y problemático?

El Indio, además, es muy amante de la quietud y prefiere un modesto presente á un brillante porvenir. Díganlo esos varios funcionarios filipinos que se encuentran aún en las oficinas: son los más inertes conservadores.

Otras reformas de detalle podríamos añadir tocantes al comercio, á la agricultura, á la seguridad del individuo, de la propiedad, á la enseñanza, etc.; pero estas son cuestiones que trataremos por separado en otros artículos. Por ahora nos contentamos con los esquemas, no vaya alguno á decir que pedimos demasiado.

No faltarán espíritus que nos tacheñ de utópicos: mas ¿qué es la utopia? Utopia era un país que imaginó Thomas More, en donde había sufragio universal, tolerancia religiosa, abolición, casi completa, de la pena de muerte, etc. Cuando la novelita se publicó, consideráronse estas cosas como ensueños, imposibles, esto es, *utópicos*. Y, sin embargo, la civilización ha dejado muy atrás el país de la Utopia: la voluntad y la conciencia humana han realizado mas milagros, han suprimido los esclavos, y la pena de muerte para el adulterio ¡cosas imposibles aun para la misma Utopia!

Las colonias francesas tienen sus representantes; en las Cámaras inglesas se ha tratado tambien de dar representación á las colonias de la Corona (*Crown colonies*), pues las otras ya gozan de una cierta autonomía; la prensa, allí, es tambien libre; sólo en España, que en el siglo XVI fué la nación modelo en la colonización, se queda muy postergada. Cuba y Puerto Rico, cuyos habitantes no llegan á la tercera parte de los de Filipinas, y que no han hecho por España los sacrificios que ésta, cuentan con numerosos diputados. Filipinas tuvo desde sus primeros días los suyos, que trataban con los Reyes y el Papa de las necesidades del país; los tuvo en los momentos críticos de España cuando ésta gemía bajo el yugo napoleónico, y no se aprovecharon de la desgracia de la Metrópoli como otras colonias, sino que estrecharon más los vínculos que las unían á la Nación, dando pruebas de su lealtad; continuaron hasta muchos años después... ¿Qué crimen han cometido las Islas para que así se las prive de sus derechos?

En suma: las Filipinas continuarán siendo españolas, si entran en la vía de la vida legal y civilizada, si se respetan los

derechos de sus habitantes, si se les conceden los otros que se les deben, si la política liberal de los Gobiernos se lleva á cabo sin trabas ni mezquindades, sin subterfugios ni falsas interpretaciones.

De otra manera, si se quiere ver en las Islas un filón por explotar, un recurso para contentar ambiciones; para librar de impuestos la Metrópoli, apurando la gallina de los huevos de oro y cerrando los oídos á todos los gritos de la razón, entonces, por grande que sea la fidelidad de los filipinos, no podrán impedir que se cumplan las leyes fatales de la Historia. *Las colonias fundadas para servir la política ó el comercio de una Metrópoli, concluyen todas por hacerse independientes*, decía Bachelet; antes que Bachelet lo dijera, ya lo habían dicho todas las colonias fenicias, cartaginesas, griegas, romanas, inglesas, portuguesas y españolas.

Estrechos sin duda alguna son los vínculos que nos unen á España; no viven dos pueblos tres siglos en continuo contacto, participando de una misma suerte, vertiendo su sangre en los mismos campos, creyendo las mismas creencias, adorando al mismo Dios, comunicándose los mismos pensamientos, sin que nazcan entre ellos lazos más fuertes que los que imponen las armas ó el temor: sacrificios y beneficios por parte de uno y otro han hecho nacer afecciones; Machiavelo, el gran conocedor del corazón humano, decía: *la natura degli huomini, é così obligarsi per li beneficii che essi fanno, come per quelli che essi ricevono* (condición humana es ligarse tanto por los beneficios que se hacen como por los que se reciben); todo esto y aun más es cierto; pero es sentimentalismo puro, y en el amargo campo de la política la dura necesidad y los intereses se imponen. Por mucho que los filipinos deban á España, no se les puede exigir que renuncien á su redención, que los liberales é ilustrados vaguen como desterrados del patrio suelo, que se ahoguen en su atmósfera las aspiraciones más groseras, que el pacífico habitante viva en continua zozobra, dependiendo la suerte de los pueblos de los caprichos de un solo hombre; la España no puede pretender, ni en el nombre del mismo Dios, que seis millones de hombres se embrutezcan, se les explote y oprima, se les niegue la luz, los derechos innatos en el ser humano, y después se les colme de desprecio é insultos.

tos; no, no hay gratitud que pueda excusar, no hay pólvora suficiente en el mundo que pueda justificar los atentados contra la libertad del individuo, contra el sagrado del hogar, contra las leyes, contra la paz y el honor; atentados que allí se cometen cada día; no hay Divinidad que pueda proclamar el sacrificio de nuestras más caras afecciones, el de la familia, los sacrilegios y violaciones que se cometen por los que tienen el nombre de Dios en los labios; nadie puede exigir del pueblo filipino un imposible; el noble pueblo español, tan amante de sus libertades y derechos, no puede decirle que renuncie á los suyos; el pueblo que se complace en la glorias de su pasado no puede pedir de otro, educado por él, acepte la abyección y deshonor su nombre!

Los que hoy luchamos en el terreno legal y pacífico de las discusiones, lo comprendemos así, y con la mirada fija en nuestros ideales, no cesaremos de abogar por nuestra causa, sin salir de los límites de lo legal; pero si antes la violencia nos hace callar ó tenemos la desgracia de caer (lo cual es posible, pues no somos inmortales), entonces no sabemos qué camino tomarán los retoños numerosos y de mejor savia que se precipitarán para ocupar los puestos que dejemos vacíos.

Si lo que deseamos no se realiza...

Ante la eventualidad desgraciada, menester es que el horror no nos arredre, que en vez de cerrar los ojos, miremos cara á cara lo que pueda traer el porvenir. Y á ese fin, después de arrojar el puñado de tierra que se tributa á los Cancerberos, entremos francamente en el abismo para sondear sus terribles misterios.

## IV.

La historia no registra en sus anales ninguna dominación duradera ejercida por un pueblo sobre otro, de razas diferentes, de usos y costumbres extrañas, y de ideales opuestos ó divergentes.

Uno de los dos ha tenido que ceder y sucumbir; ó el extranjero fué arrojado como les sucedió á los cartagineses, los árabes y los franceses en España, ó el pueblo indígena tuvo que sucumbir, ó retirarse como fué el caso de los habitantes del nuevo Continente, de Australia, Nueva Zelanda, etc.

Una de las más largas dominaciones fué la de los árabes en España, que duró siete siglos. Pero, á pesar de vivir el pueblo conquistador en medio del país conquistado; á pesar del fraccionamiento de los pequeños estados de la Península que surgían poco á poco, como pequeñas islas en medio de la gran inundación sarracena; á pesar del espíritu caballeresco, de la bizarría y de la tolerancia religiosa de los califas, fueron echados al fin tras de sangrientas y tenaces luchas que formaron la Patria española y crearon la España de los siglos XV y XVI.

Es contra todas las leyes naturales y morales la existencia de un cuerpo extraño dentro de otro dotado de fuerza y actividad. La ciencia nos enseña, ó que se asimila, destruye el organismo, se elimina ó se enquistista.

El enquistamiento de un pueblo conquistador es imposible, toda vez que significa aislamiento completo, inercia absoluta, adinamia del elemento vencedor. El enquistamiento significa aquí la tumba del invasor extranjero.

Pues bien: aplicando estas consideraciones á Filipinas, tenemos por fuerza que concluir, como deducción de todo lo que venimos diciendo, que si no se asimila su población á la patria española; si los dominadores no se apropian el espíritu de sus habitantes, si leyes equitativas y reformas francas y liberales no les hacen olvidar á los unos y á los otros de que son de razas diferentes, ó si ambos pueblos no se funden para constituir una masa social y políticamente homogénea que no esté trabajada por opuestas tendencias y antagónicos pensamientos é intereses, las Filipinas se han de declarar un día fatal é infaliblemente independientes. Contra esta ley del destino no podrán oponerse ni el patriotismo español, ni el clamoreo de todos los tiranuelos de Ultramar, ni el amor á España de todos los filipinos, ni el dudoso porvenir de la desmembración y las luchas intestinas de las Islas entre si. La necesidad es la divinidad más fuerte que el mundo conoce, y la necesidad es el resultado de las leyes físicas puestas en movimiento por las fuerzas morales.

Dijimos, y la estadística lo prueba, que es imposible destruir la raza filipina. Y aun cuando fuese posible, ¿qué interés tendría España en la destrucción de los habitantes de un suelo que ella no puede poblar ni cultivar, cuyo clima le es hasta cierto punto funesto? ¿De qué le servirían las Filipinas sin los filipinos? Sí, precisamente, dado su sistema de colonización y el carácter transitorio de los peninsulares que pasan á Ultramar, una colonia le es tanto más útil y productiva cuanto más habitantes y riquezas posee. Además, que para destruir á los seis millones de malayos, aun suponiéndoles que están en la infancia y que nunca han de aprender á luchar y defenderse, se necesita cuando menos que España sacrifique una cuarta parte de su población. Esto se lo recordamos á los partidarios de la explotación colonial. Pero nada de esto puede suceder. Lo inminente es que, si la instrucción y las libertades necesarias á la vida humana España se las niega á los filipinos, éstos buscarán su instrucción en el extranjero, á espaldas de la Madre patria, y se procurarán de un modo ó de otro ciertas comodidades en su país. Resultado: que la resistencia de los políticos míopes y raquíuticos no sólo es inútil, sino perjudicial, pues lo que pudo ser motivo de gra-

titud y amor, se convierte en resentimiento y odio.

Odio y resentimiento por una parte, suspicacia é ira por otra, acabarán por fin en un choque violento y terrible; máxime cuando hay elementos interesados en que se perturbe el orden para pescar algo en turbio, para demostrar su valioso poder, para lanzar lamentaciones, recriminar ó activar medidas violentas, etc. De esperar es que el Gobierno salga triunfante, y generalmente (y es la costumbre) se extrema en el castigo, ya sea para dar un terrible escarmiento para hacer alarde de severidad, ó también para vengar en el vencido los momentos de terror y zozobra que el peligro le hizo pasar. Inevitable accesorio de estas catástrofes es el cúmulo de injusticias que se cometen en inocentes ó pacíficos habitantes. Las venganzas privadas, las delaciones, las acusaciones infames, los resentimientos, la codicia del bien ajeno, el momento oportuno para una calumnia, la prisa y los procedimientos expeditivos de los tribunales militares, el pretexto de la integridad de la Patria y de la razón de Estado que todo lo cubre y abona, aun para las conciencias escrupulosas, que son ya por desgracia raras, y sobre todo el temor cerval, la cobardía que se ceba en el vencido, todas estas cosas aumentan los rigores y el número de las víctimas. Resulta que un arroyo de sangre se interpone ahora entre los dos pueblos; que los heridos y resentidos, en vez de disminuirse se aumentan, pues á las familias y amigos de los culpables, que siempre creen excesivo el castigo é injusto el juez, hay que agregar las familias y amigos de los inocentes que no ven ninguna ventaja en vivir y obrar sumisa y pacíficamente. Considérese además que si las medidas de rigor son ya peligrosas en medio de una nación constituida por una población homogénea, el peligro se centuplica cuando el Gobierno forma raza diferente de la de los gobernados. En la primera, una injusticia todavía se puede atribuir á un solo hombre, al gobernante movido por pasiones privadas, y muerto el tirano, el ofendido se reconcilia con el Gobierno de su nación. Pero en países dominados por una raza extranjera, el acto de severidad más justo se interpreta por injusticia y opresión, por aque-

llo de que lo dicta una persona **extraña que no tiene simpatías ó que es enemigo del país**; y la **ofensa no sólo ofende al ofendido, sino á toda su raza, porque no se suele considerar personal, y el resentimiento, naturalmente, se extiende á toda la raza gobernante y no muere con el ofensor.**

De aquí la **inmensa prudencia y exquisito tacto que deben adornar á los países colonizadores**; y el **hecho de considerar el Gobierno de las colonias en general, y nuestro Ministerio de Ultramar en particular, como escuelas de aprendizaje, contribuye notablemente á que se cumpla la gran ley de que las colonias se declaran independien-tes más ó menos tarde.**

Así, por esa pendiente, se **despeñan los pueblos; á medida que se bañan en sangre y se empapan en hiel y lágrimas, la colonia, si tiene vitalidad, aprende á luchar y á perfeccionarse en el combate, mientras que la Madre patria, cuya vida en la colonia depende de la paz y de la sumisión de los súbditos, se debilita cada vez, y aunque haga heroicos esfuerzos, al fin, como su número es menor, y sólo tiene una vida ficticia, acaba por morir. Es como un rico sibarita que, acostumbrado á ser servido por numerosos criados, que trabajan y siembran para él, el día en que sus esclavos le nieguen la obediencia, como no vive de por sí, tiene que morir.**

Las **venganzas, las injusticias y la suspicacia de un lado, y por otro el sentimiento de la patria y de la libertad que se despertará en estas luchas continuas, insurrecciones y levantamientos, acabarán de generalizar el movimiento y uno de los dos pueblos tiene que sucumbir. La laxitud será corta, puesto que equivaldrá á una esclavitud mucho más cruel que la muerte para el pueblo, y á un desprestigio deshonroso para el dominador. Uno de los pueblos tiene que sucumbir.**

España, por el número de sus habitantes, por el estado de su ejército y marina, por la distancia á que se encuentran las Islas, por los pocos conocimientos que de ellas tiene, y por luchar contra una población cuyo amor y voluntad se ha enajenado, tendrá por fuerza que **ceder,**



si es que no quiere arriesgar, no sólo sus otras posesiones y su porvenir en África, sino también su misma independencia en Europa. Todo esto á costa de mucha sangre, muchos crímenes, después de mortales luchas, asesinatos, incendios, fusilamientos, hambres, miseria, etc., etc. El español es bravo y patriota, y lo sacrifica todo, en favorables momentos, al bien de la Patria: tiene el arrojo y la decisión de su toro; el filipino no ama menos la suya, y aunque es más tranquilo, pacífico y difícilmente se le excita, una vez que se lanza, no se detiene, y para él toda lucha significa la muerte de uno de dos combatientes; conserva toda la mansedumbre y toda la tenacidad y la furia de su karabaw. El clima influye de igual manera en los animales bípedos que en los cuadrúpedos.

Las terribles lecciones y las duras enseñanzas que estas luchas hayan dado á los filipinos, habrán servido para mejorar su moral y robustecerlos. La España del siglo XV no era la del siglo VIII. Con la severa experiencia, en vez de entrar en luchas intestinas de unas islas con otras, como generalmente se teme, se tenderán mutuamente los brazos, como los náufragos cuando arriban á una isla después de una espantosa noche de tormenta. No vayan á decir que nos ha de pasar lo que á las pequeñas repúblicas americanas. Estas se conquistaron fácilmente su independencia, y sus habitantes están animados de un espíritu diferente del de los filipinos. Además, el peligro de caer otra vez en otras manos, de ingleses ó alemanes, por ejemplo, les obligará á ser sensatos y prudentes. La no gran preponderancia de ninguna raza sobre las otras apartará de la imaginación toda ambición loca de dominar, y como la tendencia de los países tiranizados, una vez que sacuden el yugo, es adoptar el Gobierno más libre, como un chico que sale del colegio, como la oscilación del péndulo, por una ley de la reacción las Islas se declararán probablemente en República federal....

Si las Filipinas consiguen su independencia al cabo de luchas heroicas y tenaces, pueden estar seguras de que ni Inglaterra, ni Alemania, ni Francia, y menos Holanda, se atreverán á recoger lo que España no ha podido con-

servar. El África, dentro de algunos años, absorberá por completo la atención de los europeos, y no hay nación sensata que por ganar un puñado de islas aguerridas y pobres, descuide los inmensos territorios que le brinda el Continente Negro, vírgenes, no explotados y poco defendidos. Inglaterra tiene ya bastantes colonias en el Oriente y no se va a exponer á perder el equilibrio; no va á sacrificar su imperio de la India por el pobre Archipiélago filipino; si abrigase esta intención, no habría devuelto Manila en 1763; habría conservado un punto cualquiera de Filipinas para irse desde allí extendiendo poco á poco. Además, ¿para qué necesita el comerciante John Bull matarse por Filipinas cuando ésta ya no es la señora del Oriente, cuando allí están Singapore, Hong-Kong, Shanghai, etc.? Probablemente, Inglaterra mirará con buenos ojos la independencia de Filipinas, que le abrirá sus puertos y dará más franquicias á su comercio. Además, en el Reino Unido hay tendencias y opiniones que creen que ya tienen demasiado número de colonias, que éstas son perjudiciales, y que debilitan mucho á la Metrópoli.

Por las mismas razones Alemania no querrá aventurarse, y porque un desequilibrio de sus fuerzas y una guerra en países lejanos hacen peligrar su existencia en el continente; así vemos que su actitud, tanto en el Pacífico como en África, se limita á conquistar fáciles territorios que no pertenecen á nadie. Alemania rehuye toda complicación exterior.

Francia tiene mas que hacer y ve mas porvenir en Tonkin y en la China, además de que el espíritu francés no brilla por su afán colonizador; Francia ama la gloria, pero la gloria y los laureles que crecen en los campos de batalla de Europa: el eco de los campos de batalla del Extremo Oriente no satisface mucho su sed de renombre, porque llega muy amortiguado. Encuéntrase, además, con otras obligaciones, tanto en el interior como en el continente.

Holanda es sensata y se contentará con conservar las Molucas y Java; Sumatra le brinda más porvenir que Filipinas, cuyos mares y costas son de mal agüero para

las expediciones holandesas. Holanda va con mucha cautela en Sumatra y Borneo, por temor de perderlo todo.

La China se considerará bastante feliz si consigue mantenerse unida y no se desmembra, ó se la reparten las potencias europeas que colonizan en el Continente asiático.

Lo mismo le pasa al Japon. Tiene al Norte la Rusia, que lo codicia y espía; al Sur la Inglaterra, que se le entra hasta en el idioma oficial. Encuéntrase además bajo una diplomática presión europea tal, que no podrá pensar en el exterior hasta librarse de ella y no lo consentirá fácilmente. Verdad es que tiene exceso de población, pero la Corea le atrae más que Filipinas, y es además más fácil de tomar.

*Acaso la gran República Americana, cuyos intereses se encuentran en el Pacífico y que no tiene participación en los despojos del África, piense un día en posesiones ultramarinas.* No es imposible, pues el ejemplo es contagioso, la codicia y la ambición son vicios de los fuertes, y Harrison se manifestó algo en este sentido cuando la cuestión de Samoa; pero ni el Canal de Panamá está abierto, ni los territorios de los Estados tienen plétora de habitantes, y caso de que lo intentara abiertamente, no le dejarían paso libre las potencias europeas, que saben muy bien que el apetito se excitó con los primeros bocados. La América del Norte sería una rival demasiado molesta, si una vez practica el oficio. Es además contra sus tradiciones.

Muy probablemente las Filipinas defenderán con un ardor indecible la libertad comprada á costa de tanta sangre y sacrificios. Con los hombres nuevos que broten de su seno y con el recuerdo de su pasado, se dedicarán tal vez á entrar abiertamente en la ancha vía del progreso, y todos trabajarán de consuno á fortalecer su patria, así en el interior como en el exterior, con el mismo entusiasmo con que un joven vuelve á labrar el campo de sus padres, tanto tiempo devastado y abandonado gracias á la incuria de los que le enajenaron. Entonces volverá á desenterrar de las minas el oro para remediar la miseria, el hierro para armarse, el cobre, el plomo, el carbón, etc.; acaso el país rescite á la vida

marítima y mercantil á que están llamados los isleños por la Naturaleza, sus aptitudes y sus instintos, y libre otra vez, como el ave que deja la jaula, como la flor que vuelve al aire libre, volverá á recobrar las antiguas buenas cualidades que poco á poco va perdiendo, y será otra vez amante de la paz, jovial, alegre, sonriente, hospitalario y audaz.

Esto y otras cosas más pueden suceder dentro de cien años más ó menos. Pero el más lógico augurio, la profecía basada en mejores probabilidades pueden fallar por causas insignificantes y remotas. Un pulpo que se agarró á la nave de Marco Antonio cambió la faz del mundo; una cruz en el Calvario y un justo clavado en ella, cambió la moral de media humanidad, y, sin embargo, antes de Cristo, ¡cuántos justos no han perecido inicualemente y cuántas cruces no se plantaron en aquella colina! La muerte del Justo santificó su obra é hizo su doctrina incontrovertible. Un barranco en la batalla de Waterlóo sepultó todas las glorias de dos décadas luminosas, todo el mundo napoleónico, y libertó á la Europa. ¿De qué accidentes fortuitos dependerán los destinos de Filipinas?

Sin embargo, no es bueno fiarse en lo eventual; hay una lógica imperceptible é incomprensible á veces en las obras de la Historia. Bueno es que tanto los pueblos como los gobiernos se ajusten á ella.

Y por eso nosotros repetimos y repetiremos siempre, mientras sea tiempo, que vale más adelantarse á los deseos de un pueblo, que ceder: lo primero capta simpatías y amor; lo segundo, desprecio é ira. Puesto que es necesario dar á seis millones de filipinos sus derechos para que sean de hecho españoles, que se los dé el Gobierno libre y espontaneamente, sin reservas injuriosas, sin suspicacias irritantes. No nos cansaremos de repetirlo mientras nos quede un destello de esperanza: preferimos esta desagradable tarea á tener un día que decir á la Madre Patria: "España, hemos empleado nuestra juventud á servir tus intereses en los intereses de nuestro país; nos hemos dirigido á ti, hemos gastado toda la luz de nuestras in-

teligencias, todo el ardor y el entusiasmo de nuestro corazón para trabajar por el bien de lo que era tuyo, para recabar de ti una mirada de amor, una política liberal que nos asegure la paz de nuestra patria y tu dominio sobre unas adictas pero desgraciadas islas! España, te has mantenido sorda, y, envuelta en tu argullo, has proseguido tu funesto camino y nos has acusado de traidores, sólo porque amamos á nuestro país, porque te decimos la verdad, y odiamos toda clase de injusticias. ¿Qué quieres que digamos á nuestra miserable patria, cuando nos pregunte acerca del éxito de nuestros esfuerzos? ¿Le habremos de decir que, puesto que por ella hemos perdido todo, juventud, porvenir, ilusiones, tranquilidad, familia; puesto que en su servicio hemos agotado todos los recursos de la esperanza, todos los desengaños del anhelo, que reciba también el resto que no nos sirve, la sangre de nuestras venas y la vitalidad que queda en nuestros brazos? ¡España!, ¿le habremos de decir un día á Filipinas que no tienes oídos para sus males, y que si desea salvarse que se redima ella sola?"

*La Solidaridad*; núm. 24: Madrid, 31 Enero 1890





**OBRAS QUE SE HALLAN EN VENTA EN LA LIBRERIA  
"MANILA FILATELICA"**

DR. JOSE RIZAL.—Noli me tangere . . . . .	P 1.50
—El Filibusterismo . . . . .	,, 1.50
—Guillermo Tell traducido al tagalo por Mariano Ponce . . . . .	,, 0.30
—The Monkey and the Tortoise . . . . .	,, 1.00
EP. DE LOS SANTOS.—El Proceso del Dr. José Rizal . . . . .	,, 2.00
DR. PARDO DE TAVERA.—El Caracter de Rizal-Español e Inglés . . . . .	,, 0.40
—Plantas Medicinales de Filipinas . . . . .	,, 4.00
—El Mapa de Filipinas del P. Murillo . . . . .	,, 1.00
VICENTE ELIO.—Compendio de la Vida, de las doctrinas é Ideales del Dr. José Rizal . . . . .	,, 0.25
MARIANO PONCE.—Sun Yat Sen . . . . .	,, 0.80
SANSIANKO Y GOZON.—El Progreso de Filipinas . . . . .	,, 2.50
MANUEL ARTIGAS.—El Municipio Filipino. Compilacion de cuanto se ha prescrito sobre este par- ticular é historia municipal de Fili- pinas desde los primeros tiempos de la dominación española, 2 tomos. . . . .	,, 6.00
—Historia de Filipinas . . . . .	,, 4.00
—La Primera imprenta en Filipinas . . . . .	,, 2.00
—Reseña de la Provincia de Leyte . . . . .	,, 4.00
—Importancia de la Bibliografía . . . . .	,, 0.20
—Glorias Nacionales. Los Sucesos de 1872 . . . . .	,, 2.00
PEDRO A. PATERNO.—Historia de Filipinas, 7 Tomos . . . . .	,, 15.00
—Sinopsis de la Historia de Filipinas . . . . .	,, 2.00
---El Pacto de Biyak-na-Bato . . . . .	,, 1.00
---El Gobierno Civil de las Islas Filipinas . . . . .	,, 1.50
---Régimen Municipal en las Islas Filipinas . . . . .	,, 1.50
---Ninay (costumbres filipinas) . . . . .	,, 1.20
---Los Itas . . . . .	,, 1.20
---La Antigua Civilización de Filipinas . . . . .	,, 2.00
TEODORO M. KALAW.—Hacia la tierra del Zar . . . . .	,, 1.20
---La Masoneria en Filipinas . . . . .	,, 3.00
---Derecho Parlamentario Masónico . . . . .	,, 1.00
PARTRIDGE.—Fuera de Filipinas (Impresiones de Viaje) . . . . .	,, 0.40
JESÚS BALMORI.—Bancarrotta de Almas (Novela filipina) ! . . . .	,, 0.80
M. S. GUERRERO.—Prosa Literaria . . . . .	,, 2.00
E. ALTAVÁS.—Impresiones de Viaje . . . . .	,, 1.00
SINUGAT.—Varios Artículos . . . . .	,, 0.40
F. AMADOR.—Educación Individual . . . . .	,, 0.60
G. GOMEZ DE WINDHAM.—La Carrera de Cándida . . . . .	,, 1.50
Z. J. HILARIO.—Patria y Redencion . . . . .	,, 0.50
PONCIANO REYES.—Directorio Biográfico filipino . . . . .	,, 1.50
J. E. MÁRCÓ.—Reseña Histórica de la Isla de Negros . . . . .	,, 0.80
J. PUYA.—Almanaque—Guia Nacional de Filipinas, 1911 . . . . .	,, 1.00

**OBRAS QUE SE HALLAN EN VENTA EN LA LIBRERIA  
"MANILA FILATELICA"**

(CONTINUACION)

J. MA. GARCIA SUAREZ.---Teatro.---A divorciarse tocan---Eco- nomía doméstica---Concurso de Re- giones---Recién Casada y Coque- terias . . . . .	P 1.00
E. VALDES PICA.---Intimas-----	,, 0.50
Sinceridades-----	,, 1.00
Electa (poesías)-----	,, 0.40
A. M. DE PANDO.---(Casandra) Siemprevivas (poesías)-----	,, 2.00
CLARO M. RECTO.---Bajo los Cocoteros (poesías) con preciosos grabados y notas musicales-----	,, 1.20
FERNANDO MA. GUERRERO.---Crisálidas (poesías)-----	,, 1.20
JOSÉ PALMA.---Melancólicas (poesías)-----	,, 0.40
F. A. DE LA CÁMARA.---Cadena de Amor (poesías)-----	,, 1.00
J. HERNANDEZ GAVIRA.---De mi Jardín Sinfónico (poesías)----	,, 1.50
DR. A. DE MORGÁ.---Sucesos de las Islas Filipinas Anotada y prologada por W. E. Retana-----	,, 20.00
E. PLAUCHUT.---La Algarada Caviteña de 1872—Español y tagalog-----	,, 0.20
W. E. RETANA.---Vida y Escritos del Dr. José Rizal-----	,, 13.50
---Archivo del Bibliófilo Filipino, tomo 3o.-----	,, 3.00
---" " " " " " 4o.-----	,, 7.00
---" " " " " " 5o.-----	,, 7.00
---La Censura de Imprenta en Filipinas-----	,, 1.20
---Noticias Histórico-Bibliográficas de El Teatro en Filipinas desde sus orígenes hasta 1898	,, 2.50
---De la Evolucion de la Literatura Castellana en Filipinas.---Los Poetas-----	,, 1.00
A. CRAIG.---La Religión de Rizal-----	,, 0.80
---Rizal's Own Story-----	,, 2.00
H. CAÑIZA.---Say Carapatan,---El Filibusterismo de J. Rizal en Pangasinan-----	,, 1.00

Diríjanse los pedidos directamente a la LIBRERÍA MA-  
NILA FILATÉLICA, P. O. Box 70 acompañando el importe  
más un 10 o 15% para los gastos de envío.

No se sirven pedidos por C. O. D.

**Talleres de Imprenta y Fotogrado de la MANILA FILATELICA, Carriedo, 318-320--Manila.**









